



VALERA

PEPITA JIMENEZ
Y COMENDADOR
MENDOZA

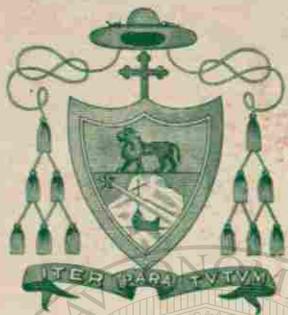
PQ6573

A19

C. 1

101514

V162n



EX LIBRIS

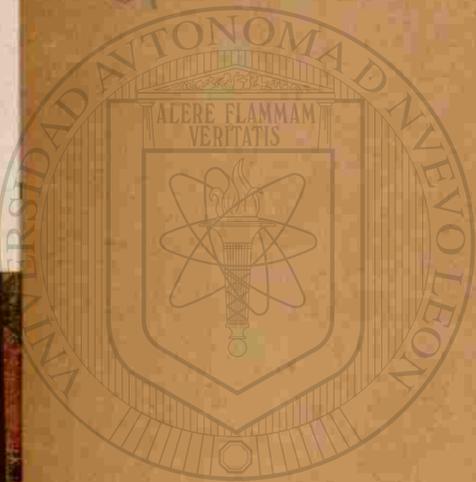
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080024059

a/af
2,50



COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

NOVELISTAS

UANL

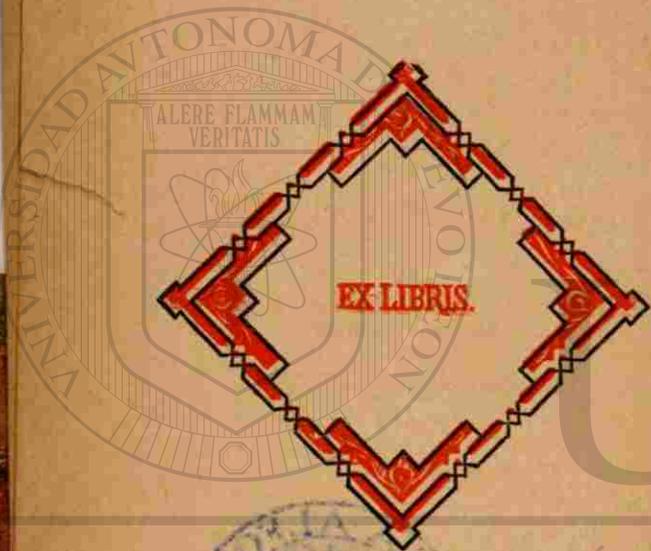
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



- LXV -

**FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ**



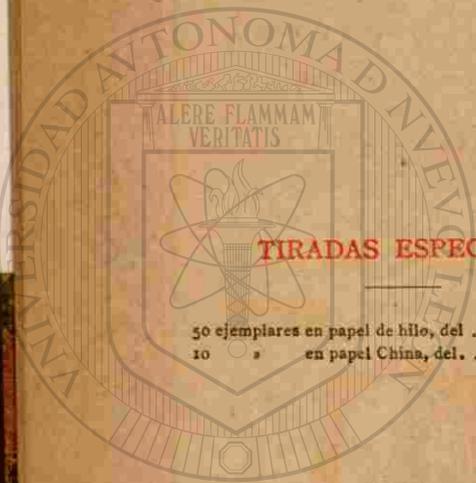
CIRCUITO DE FONDS
EX LIBRIS Y BIBLIOTECAS

OBRAS
DE
DON JUAN VALERA

IV
PEPITA JIMÉNEZ
EL COMENDADOR MENDOZA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.	4762
Núm. Autor	
Núm. Adg.	10503
Procedencia	6-
Precio	
Fecha	
Clasificó	
Catálogo	



TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo, del 1 al 50.
10 " en papel China, del 1 al X.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

NOVELAS

D. JUAN VALERA

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

Tomo I

PEPITA JIMÉNEZ

EL COMENDADOR MENDOZA

MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. L. G.

Impresor de Cámara de S. M.
Doñ Evaristo, 4

ALFONSO REYES

Ind. 1625 MONTERREY, N. L.

ALFONSO REYES

1888

101514

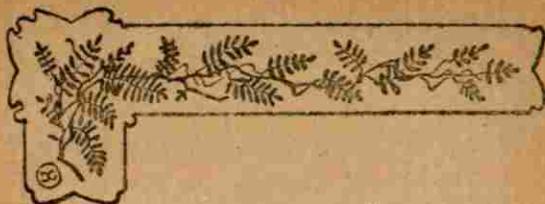
10503

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Teñoz



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



PRÓLOGO.

I.

EL autor de estas novelas suspendió cierto día un viaje, por lo común precipitadísimo, sin otro motivo que su deseo espontáneo de contestar al discurso con que me recibió la Academia Española. Menester es que lo recuerde bien para que, cediendo á los ruegos de su editor, las encabece con las siguientes páginas; mas como aquella acción amistosa tan sólo podemos estimarla en su justo precio los dos, permítaseme que sin explicarla pase adelante. Conste, sin embargo, que queda pagado el antiguo favor, y en muy semejante moneda, por más que deba reconocer que, aun forzado por las circunstancias, hizo en pocos días el Sr. Valera lo que no espero yo, produciendo una obra adecuada á su objeto. Bastábale, en verdad, con dar suelta á su personal simpatía, ya que las con-

010503

testaciones académicas son antes panegíricos que disertaciones críticas, y de mí ha de exigirse hoy más.

No estimaría el público la simple recomendación de unas novelas, sin autorizarla con razones y ejemplos, ó lo que es igual, no dando noticia de su carácter y significado, dentro del género á que pertenecen, ni suficiente explicación de la doctrina crítica, por virtud de la cual se determinan y diferencian los varios sistemas de escribir novelas, y los peculiares méritos de sus autores. De sobra excusa la primera exigencia el que los dichos sistemas no tienen por base única la profesión de distintos principios estéticos y literarios, sino conceptos por todo extremo opuestos tocante á la vida humana, su origen y fines; asuntos en que no cabe discurrir sin que se eleve á la contemplación el entendimiento de los misterios más altos del universo ó del sér. En cuanto á la segunda exigencia, justificase bastante por sí propia; que de no atender los prólogos á satisfacerla, ¿cuál sería su oficio, ni por qué habría de gastarse en escribirlos tanta parte de la vida cuanta llevo yo, por ejemplo, gastada?

Mas si por innecesarias paso en silencio las razones íntimas que hacen meritorio mi trabajo en esta ocasión, no he de callar de igual

modo una que, por más que suene á extravagante, quiero que me tome en cuenta el señor Valera. Sabe él bien, y no hay por qué ignore nadie, que lo preparé en Ragaz, estación de baños suiza sobre el naciente Rhin, comenzándole luego á saltos en Ems, no lejos del propio río; lugares ambos en que á mi sabor podía gozar de la dulce vida que corre debajo de los árboles, lo cual maldito si vendría al caso, si no me quedase por decir que en circunstancias tales se embotan mis sentidos y como que se me paraliza el alma, poseído de un panteísmo inconsciente. Género es, sin duda, de pereza, y no merece nombre mejor; pero siéntola, con efecto, tal y tan grande, que llega á embeber mi pensamiento en la naturaleza. Ni era raro que semejante estado de ánimo me sobreviniese en el alpino cantón de San Gall, rico por donde quiera en maravillas naturales, cuando he solido experimentarlo hasta en los rincones verdes del Retiro ó la Casa de Campo. Durante los remotos días, y va de cuento, en que recuperaba á fin de curso el tiempo mal empleado, ocurríaseme á veces huir del mundo por las mañanas y refugiarme con mi ingrato Heinecio ó Cavallario en aquellos sitios, que aún prefiero, sea como quiera, á cuantos he visitado después, figurándome que la soledad, el silen-

cio, la ausencia de distracciones, aguijarían mi aplicación tardía; pero ¡cuán constante desengaño! Porque no había remedio: el rumor frecuente de las hojas altas, ó de las rastreras aguas de riego; el pío y revoloteo de cualquier pájaro ordinario, cuanto más el trino de tal ó cual ruiseñor, por milagro libre de las uñas de los guardas, reducíanme antes de mucho á la mayor desatención, desmemoriándome de paso, por si atendía. ¿Y qué más? Releyendo en mi repaso reciente de la literatura naturalista, *El abate Mouret*, de Zola, todavía he pensado que la vegetación viciosa que acabó á él de perderle habríame en su pellejo ayudado á mí para pagar fiel tributo al más arduo, sin duda, de los votos sacerdotales. Pásales todo lo contrario en el campo á otros, es decir, que aprenden, sienten y piensan más y mejor allí que en su aposento; pero por estas cosas convenimos todos en que cada cual es como Dios le ha hecho.

No quiero ya callar, aunque esté todavía lejos de dar principio al examen de las presentes novelas, que, si por todo lo demás me cuesta su prólogo mayor esfuerzo que otros, la parte más fácil de mi tarea ha sido la de leerlas ó releerlas antes de hablar de ellas, según era de rigor. Apenas me engolfé en sus páginas, fuese poco á poco aliviando mi pereza

panteística, gracias al paso gentil, y al chisporroteo de ingenio con que se distingue de otro cualquiera el estilo de su autor. De donde infero que si le tuvieran parecido los novelistas todos, aunque no lo cincelasen plástica y menudamente como Flaubert, los hermanos Goncourt, ó el propio Zola, los excesos de los naturalistas franceses serían menos fatigosos de tolerar que suelen. Digo sólo verdad pura al decir que las frescas y ligeras descripciones y los conceptos tantas veces peregrinos y sabrosos siempre, del Sr. Valera, contribuyeron más que mi propio empeño y compromiso, para que, por fin, me olvidase á ratos de las frondosas cumbres alpinas que, desde el propio pie de mis ventanas, iban subiendo hacia el cielo, perfiladas ya de vez en cuando, con ser el agosto calentísimo, por las nieves nuevas; cumbres que, allá en sus puntas agudas, tomaban figura de sorbetes, no del todo desproporcionados en tamaño á la cara del sol, el cual debía de regalarse bien con ellos, según desaparecían, no bien presentados, ni más ni menos que en boca de cualquier bañista sediento.

Pero á todo esto, y como si mi accidental panteísmo no fuera suficiente embarazo, tropecé después, y viviendo más bajo techado, con una dificultad, si menos rara, para mi empresa, más grave. No era cosa de viajar con una

biblioteca á cuestras, y halléme escasísimo de libros, aunque reforzados los que saqué de Madrid con cuantos por arraigado vicio fuí comprando en los puestos de las estaciones ó los gabinetes de lectura del tránsito. Naturalmente, al decidirme á escribir sobre novelas durante el verano, contaba ya con que no era asunto eso de peregrina ó profunda erudición; y tengo para mí que no habría echado de menos más libros, á no encontrar en mi maleta los enciclopédicos *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, del Sr. Valera, y las discretísimas páginas de *La cuestión palpitante*, obra, como se sabe, de Doña Emilia Pardo Bazán. Precisamente son ambos libros prodigios de erudición en punto á novelas, tanto como dechados de aguda y vehemente polémica, y, teniendo por asunto los dos el propio mío, mal pudo lisonjearme la idea de tratarlo después de ellos con insuficiente ilustración, y esa en parte de memoria.

Ningún esfuerzo habría costado tal cosa al Sr. Valera, que acaso redactaría así sus *Apuntes*, con ser doctísimos: tan dichosa se la ha dado Dios. No diré otro tanto, por de contado, del libro de Doña Emilia Pardo Bazán, compuesto más despacio, y donde parece tan apercebida al combate, ó sea tan leída y enterada de novelas, que no debió de escribir en

sitio donde faltara una ^{reserva} de las modernas célebres, ya francesas, ya inglesas, españolas ó de cualquier nación. Mas era inevitable: queriéndolo ó no, tenía que encontrarme de por medio en la descomunal batalla emprendida contra aquella matrona esforzada por tan ágil campeón, y de mi parte mal armado, porque yo, que he de conocerla mejor que nadie, sé que debo desconfiar de mi memoria á punto que jamás cito sin texto al lado, como no traiga conmigo apuntes previas. Espero que, ni aun aquél de mis detractores que menos luces goce, y tengo á alguno en son de guerra que las goza cortísimas, osará atribuir esta confesión ingenua, que aquí viene á cuento, al intento cándido de alardear de otras facultades intelectuales, que pasan por superiores, calumniando mi memoria; pues si donde quiera sería vano propósito, en esta tierra, donde aparte de Valera poseemos á Menéndez Pelayo, frisaría en ridículo. De advertir es que en lo que justamente peco más, es en el olvido de las fábulas y hechos sueltos, donde la asociación de las ideas no se produce casi á la fuerza y por el modo incógnito con que recíprocamente las atrae y liga el cerebro unas á otras. No podía, por tanto, contar siquiera con el caudal de las novelas que había leído hasta allí; caudal por otro lado escaso, según diré luego.

¿Cómo y por qué, con dificultades tamañas, no dejé para Madrid y el otoño esta tarea? Otro secreto hay aquí, que ya no nos importa juntamente al Sr. Valera y á mí, sino á mí sólo. Deseo, no obstante, que los que echen de menos en estas páginas la falta de un estudio general de la novela contemporánea, y en especial de la española, cosas que ciertamente vendrían de molde; que los que noten que en mis citas, ó ejemplos, omito nombrar novelas de las que hoy pasan por mejores; que los que encuentren, en suma, incompletísima mi labor, queden bien enterados de las causas, y por eso más pecan estas previas explicaciones de difusas que de sobrias. Por lo demás, sería ocioso censurarme después de lo dicho porque de ningún autor sino del Sr. Valera conozca ó recuerde las novelas todas, cuando tampoco tengo mayor obligación, pues de él sólo, y por él, me pongo á escribir ahora.

II.

No es, con todo, la primera vez que trate yo de la novela contemporánea. Hicelo sumariamente en mi obra intitulada *El Solitario y su tiempo*, no tanto por haber compuesto una de carácter histórico aquel eximio prosista con

el título de *Cristianos y moriscos*, como porque era su fuerte pintar costumbres, y costumbres contemporáneas, aunque en cortos lienzos. Si dió la modesta forma de artículos á sus estudios, fué porque estuvo preferida para el caso algún tiempo; pero el fin de los llamados de costumbres era idéntico al que la novela *naturalista* pretende. Aparte la extensión de las obras, todo lo demás era también semejante, puesto que hoy se aspira á estudiar los tipos humanos con poco auxilio de la fábula, y sin dar importancia alguna al interés de su acción. Parecióme, por cuanto va dicho, caso de conciencia, conocer el modo de pintar costumbres que está de moda, antes de tratar de los artículos de *El Solitario*, y halléme así traído, como por la mano, á inquirir si la nueva novela era en la materia tan gran progreso como oía ponderar, renovando mis relaciones con una forma literaria que treinta y más años tenía abandonada.

No sé si debo avergonzarme de confesar que, cuando ocupaciones y lecturas de muy otra índole me alejaron de las novelas, todavía alcanzaban gran favor las históricas de Walter Scott, con sus mujeres púdicas y sus románticas descripciones, delicia inefable de mis primeros años. Justísimo era esto, porque no tan sólo fué el bardo escocés inimitable en

¿Cómo y por qué, con dificultades tamañas, no dejé para Madrid y el otoño esta tarea? Otro secreto hay aquí, que ya no nos importa juntamente al Sr. Valera y á mí, sino á mí sólo. Deseo, no obstante, que los que echen de menos en estas páginas la falta de un estudio general de la novela contemporánea, y en especial de la española, cosas que ciertamente vendrían de molde; que los que noten que en mis citas, ó ejemplos, omito nombrar novelas de las que hoy pasan por mejores; que los que encuentren, en suma, incompletísima mi labor, queden bien enterados de las causas, y por eso más pecan estas previas explicaciones de difusas que de sobrias. Por lo demás, sería ocioso censurarme después de lo dicho porque de ningún autor sino del Sr. Valera conozca ó recuerde las novelas todas, cuando tampoco tengo mayor obligación, pues de él sólo, y por él, me pongo á escribir ahora.

II.

No es, con todo, la primera vez que trate yo de la novela contemporánea. Hicelo sumariamente en mi obra intitulada *El Solitario y su tiempo*, no tanto por haber compuesto una de carácter histórico aquel eximio prosista con

el título de *Cristianos y moriscos*, como porque era su fuerte pintar costumbres, y costumbres contemporáneas, aunque en cortos lienzos. Si dió la modesta forma de artículos á sus estudios, fué porque estuvo preferida para el caso algún tiempo; pero el fin de los llamados de costumbres era idéntico al que la novela *naturalista* pretende. Aparte la extensión de las obras, todo lo demás era también semejante, puesto que hoy se aspira á estudiar los tipos humanos con poco auxilio de la fábula, y sin dar importancia alguna al interés de su acción. Parecióme, por cuanto va dicho, caso de conciencia, conocer el modo de pintar costumbres que está de moda, antes de tratar de los artículos de *El Solitario*, y halléme así traído, como por la mano, á inquirir si la nueva novela era en la materia tan gran progreso como oía ponderar, renovando mis relaciones con una forma literaria que treinta y más años tenía abandonada.

No sé si debo avergonzarme de confesar que, cuando ocupaciones y lecturas de muy otra índole me alejaron de las novelas, todavía alcanzaban gran favor las históricas de Walter Scott, con sus mujeres púdicas y sus románticas descripciones, delicia inefable de mis primeros años. Justísimo era esto, porque no tan sólo fué el bardo escocés inimitable en

lo que tiene de especial la novela histórica, sino que le debió mucho para sus temerarias escenas de pasión Jorge Sand, y el indisputado jefe de la contemporánea escuela realista, Honorato de Balzac, le adoptó con razón, por maestro. Mucho privaban también entonces las obras de este último, así como las de Jorge Sand, por tan opuesta dirección encaminadas; pero ningún novelista había llegado á ser tan popular como lo fueron Dumas el padre y Eugenio Sué. La intriga, el interés creciente, el embrollo con apariencias de insoluble de la acción, seducían más á los lectores que el análisis psicológico, y no hay que decir que el fisiológico ó clínico de los sujetos, hasta el punto de que si el mayor número de las novelas no se publicaran en folletines de periódicos á la sazón, poquísimos habrían terminado pacientemente ninguna, prefiriendo saltar páginas, por salir de angustias, sabiendo en lo que paraba la fábula. De mí sé decir que con frecuencia lo hice, cuando por ventura leí novelas en forma de libros. Tenían tanto exceso de acción, en una palabra, las novelas de aquella época como hay falta en las de ahora. Lo cual provenía en mucha parte de que, no obstante el profundo sentido realista del *Quijote*, los análisis áridamente psicológicos de Beyle ó Stendhal, y el sentimentalismo hu-

manitario ó sensualismo idealista de Jorge Sand, continuaban leyéndose por puro pasatiempo las novelas, ni más ni menos que en los días de Doña María de Zayas. En vano después, y señaladamente en manos de Lesage, Prevost, Richardson, Goldsmith, Manzoni y otros ingenios citados ya, este género literario había progresado cual ninguno, hasta ser uno de los más populares. No fué sino Sué, en su segunda manera, quien dió pruebas decisivas de que la novela aspiraba, no solamente á mayores fines que antes, y para más tenidos en cuenta, sino á fines tan ambiciosos, que en ningún otro siglo los han pretendido iguales las obras de imaginación.

No llegó el apartamiento mío á tamaño extremo que no fijase de vez en cuando mi atención en las excelentes novelas de Valera y Alarcón en España, ó Cherbulliez en Francia; pero para mí eran éstos amigos antes que autores y, en todo caso, más buscaba el ingenio y el estilo en sus obras, que no el placer de recrearme en sus invenciones. Al tropezar, sin embargo, en la *Revista de España* con una de las novelas primeras de Pérez Galdós, fuí, quizá, de los que estimaron antes todo el mérito de este novelista, hoy de fama universal, y tampoco dejaron de caer en mis manos, tal cual vez, dando á mi curiosidad apacible pas-

que se ve, consiste en la proscripción de las costumbres santas y buenas, que ciertamente las hay, quedándose con las malas costumbres por asunto perpetuo y único. No debían de estar previstas, lo repito, en *La cuestión palpitante* las consecuencias últimas del sistema, tal cual las ha deducido Zola en *La Terre*; que, á haberlas previsto, condenáralas tanto y más que yo su autora. Lo extraño es que habiendo acompañado hasta tan lejos á Zola, retrocedan hoy sus discípulos verdaderos avergonzados. Porque bien mirado, tras de *Nana* y *Pot-Bouille*, no era *La Terre* sino eslabón de una cadena. Juntos ahuyentaron á pedradas estos buenos positivistas los antiguos amorcillos voladores de la fantasía poética, porque les fastidiaba tanto candor: conténtense ahora con que el genio de la novela se les venga caballero sobre un cerdo con alas, tal y como cierto periódico ilustrado de Alemania dibujó no há mucho á Zola. Este cerdo estaba, por otra parte, previsto en el siguiente verso de un poeta francés:

Tout homme a dans son cœur un cochon qui sommeille.

No deben quejarse los discípulos más sino de que al cerdo consabido le tire de la oreja el maestro con demasiada violencia.

Grandemente errará quien sospeche que por

hablar de este modo quiera echar yo sobre el arte velos de monjas, ni disminuir poco ó mucho los fueros de lo cómico. Adorándola y todo, sin esfuerzo reconozco que la belleza clásica, en sus esferas distintas, sólo es conveniente á veces para ojos capaces de transmitir serenamente al alma el desinteresado placer estético. Ni mi admiración al elemento cómico de nuestro siglo de oro llega hasta desconocer que en Quevedo y otros, hasta en Cervantes mismo, inspiró escenas por extremo lejanas de aquéllas á que en el mundo cabe asistir decentemente. Pero allá el encanto de las líneas, la gracia acá de los contrastes, la elegancia de las formas ó el chiste de la expresión, excepcionalmente excusan lo que expuesto por modo grosero y sin gracia, resulta insoportable. Entre el frío torso de un mármol del Parthenón, y el de los ordinarios cuerpos muertos del anfiteatro anatómico, hay un abismo estético, por bien formados que los últimos estén; abismo que de sobra se advierte sin ser artista ni hombre de letras. La pretendida ciencia, malamente sobrepuesta al arte, so pretexto de informarlo, lo que de hecho consigue es mutilar y pervertir en hombres como Zola, talentos de primer orden. Contentárase éste con ser á secas novelista, siquiera prefiriese el análisis á la síntesis como procedimiento literario, y habría

escrito muchas páginas verdaderamente estéticas, y aun llenas de delicadeza admirable; que sabe cual pocos escribirlas, cuando se propone por acaso patentizar que son deliberadas, sistemáticas, hijas de un falso concepto del género que cultiva, no de falta de condiciones literarias, las otras con que nos avergüenza. Por eso no es el valor intrínseco del hombre lo que aquí impugno, sino sus procedimientos pseudo-científicos y anti-estéticos.

Yo no sé si será preocupación mía; pero ninguna de las obras obscenas de la antigüedad decadente me parece tan inútil empleo del tiempo cuanto *Pot-Bouille* ó *La Terre*. Porque *El Satirichón de Petronio*, sea su verdadero autor quien quiera, y tuviese éste ó aquel inmediato intento, sin disputa es una sátira de las costumbres del tiempo de Nerón, así como *El asno de Luciano* visiblemente se burla de la magia sacerdotal y las supersticiones gentílicas, cosas ambas que tienen satisfactoria explicación. Las demás novelas greco-orientales que conocemos, ya que no quede otra latina que *El Satirichón*, de consuno llenas de fantásticos viajes y aventuras inverosímiles, no contienen, por su lado, inmundicias, ni más obscenidades que las corrientes y públicas, testimoniadas por los más graves historiadores,

muchas obras de arte, y hasta los adornos femeniles y las fachadas de algunas casas en Pompeya. Y no es esto, no, lo que nos presenta el épico cinismo de Zola, en manifiesta oposición todavía con la cultura moderna, porque ni remotamente satiriza el vicio, antes lo expone con gravedad didáctica y consumada arte retórica. Ni tiene que ver su sistema con el de aquéllos que, profesando el arte por el arte, niegan á éste límite alguno en su propia esfera. Trátase de profesar lo inmundo, por ser inmundo únicamente.

¿No bastaban para sensualidad de decadencia algunos cuentos de Merimée y la *Mademoiselle de Maupin*, de Gautier, obras, por diverso modo, así en el fondo como en la forma, tan literarias, ó artísticas todavía? Lo demás creo que sobra hasta en una sociedad decadentísima. Y no quiero pasar adelante sin advertir que cuando se da Zola por sucesor del procedimiento realista de Balzac, le calumnia descaradamente. Propúsose aquél, según cierto prefacio de sus obras, encerrar en ellas la historia por todos los historiadores olvidada, es decir, la de las costumbres, la de la sociedad viviente, al modo que Walter Scott describió la de gentes de otros siglos; y á ese género de trabajo en los accidentes real, si en la trama fabuloso, púsole por nombre *La co-*

media humana. Por su cálculo bastaba con dos ó tres mil tipos para historiar así una generación entera, y nada menos que eso intentó, y llevó en grandísima parte á cabo, creando una verdadera sociedad novelesca, dignísima de poseer su *Registro civil* como cualquiera grupo de población de verdad, según acababan de demostrar dos de sus admiradores (1). Fué Balzac por de pronto infinitamente mayor inventor de tipos humanos que Zola, así como el más fecundo autor de fábulas conocido (fuera, por supuesto, de Lope y otros de nuestros dramáticos), y, aunque con escaso espíritu de observación, poseyó una intuición agudísima de lo esencial, y un talento de inducción maravilloso. No le faltó, por tanto, sino ser más artista, sentir la necesidad helénica de la proporción y unidad en las obras de arte, gozar más limpio y ancho espejo del pensamiento en su estilo, para merecer un primer lugar en la historia de las letras. Con esto y todo, hay que reconocer toda la grandeza de un genio en él, como al borde de su tumba dijo con razón Víctor Hugo. Pero no es tanto mi intento juzgar aquí á Balzac, cuanto

(1) Anatole Cerfberr et Jules Christophe. *Repertoire de la comédie humaine*, de H. de Balzac, avec une introduction de Paul Bourget: Bourlonton, 1887.

poner en claro que en nada se le parece Zola. De una parte, ¿quién puede negarlo? en el estilo y la fuerza descriptiva es éste muy superior á aquél, como que son cualidades en que poquísimos le han igualado. Carece más que Balzac, en cambio, de buen gusto, pervirtiéndose cada día más las consecuencias, á lo mejor apestosas, de su sistema. Mas, en el fondo, ¿qué comparación cabe con aquel Balzac, que, según sus textuales palabras, escribía á la luz de dos verdades, en concepto suyo eternas, la religión y la monarquía? ¿Qué ha de tener que ver Zola con quien diferenciaba la historia de la novela en que la suprema ley de ésta debía ser lo ideal, habiendo siempre de encaminarse á poner por dechado de vida humana, no este mundo presente, sino otro mejor? ¿No se jactaba, por otro lado, Balzac del gran número de mujeres de bien y de hombres honrados que en sus novelas había acertado á pintar? ¿Pues cómo el *naturalismo* de Zola osa tomarle por precursor?

Lo único en que este último sigue á aquel gran novelista es en el propósito de hacer la novela rama de la historia, narrando la vida anónima del común de los hombres, que vive y muere sin ninguna relación eficaz con los sucesos públicos. Mas por lo mismo que la historia *privada* de los franceses de su tiempo,

que escribió Balzac, pudiera formar parte de la historia general, poco ó nada tiene que ver con lo que mejor ó peor se llama *Historia natural*, única cosa que quieren verdaderamente cultivar Zola y sus adeptos en la novela. La historia legítima tiene un sentido esencialmente moral, que ni agotan, ni ahuyentan jamás las condiciones materiales con que todo lo humano se desenvuelve en el tiempo. Dentro, pues, del positivismo, por más que otra cosa haya pretendido el inglés Buckle, no puede llegar la historia á ser ciencia. Son, sin duda, los dos objetos principales de ésta la naturaleza y la historia, en el espacio la una, la otra en el tiempo; pero no hay que confundir sus respectivos límites. Quien estudie la naturaleza á solas no estudiará ninguna historia, y menos la del sér discordante que llamamos hombre. Pero sin entrar en las cosas tan adentro, hay que reconocer que el método histórico, ante todo y sobre todo, pide documentos humanos, y he aquí el vínculo que con él pretenden los naturalistas tener. Para demostrar lo atrevido de la pretensión, téngase en cuenta cuán inexorablemente exige la historia que estos documentos sean auténticos, fehacientes, al alcance de quien quiere contrastar su valor, por manera que aun las Memorias mismas, á causa de presentar sólo

el testimonio de sus autores, son sospechosas, mientras no confirma la crítica por otros datos su veracidad. Algún crédito merece la novela, cuando la escriben hombres más esclavos de la sinceridad que del efecto de sus cuadros; pero así y todo, ni Walter Scott, que cometió visibles errores históricos, ni Balzac, que sin estar inspirado por ninguna pasión de sectario, exageró al cabo y al fin muchas cosas, pasan por órganos íntegros de la verdad. Pues dado esto, ¿qué aprecio histórico ha de lograr en el porvenir el novelista que ha escrito *La Terre*? Si los partidarios mismos de Zola, unánimemente, ó poco menos, reconocen que ha calumniado allí las costumbres de la Francia, materia expuesta hoy á la contemplación de todos, ¿quién ha de fiar á ciegas en sus recónditos estudios del alma ó de los temperamentos individuales? ¿Quién ha de dar á la *neurosis* hereditaria de los *Rougon-Macquart* poco ni mucho valor en ninguna historia, ni siquiera en la llamada natural?

Porque lo peor es que, para hombre de ciencia, el saber del insigne biógrafo de esa familia fabulosa es escaso, aunque le sobre para mero hombre de letras. Zola se da, en vano, el lujo de plantear en la vida animal los problemas morales, procurando, con mucha menos formalidad que los criminalistas italia-

nos llamados antropológicos, fundar la teoría del vicio y del crimen sobre la negación de la libertad racional. Al leer el árbol genealógico de la familia Rougon-Macquart, que con tan cómica gravedad publicó Zola al frente de la novela intitulada *Une page d'amour*, diríase que su ciencia parodia la del maestro de la nueva escuela criminalista César Lombroso, el cual, no se contenta con menos en su tratado de *L'Homme délinquente*, que con explicar los infanticidios, desgraciadamente frecuentes en algunos países, por la secular transmisión hereditaria de aquel error de griegos y romanos que les permitía considerar el asesinato de los niños como cosa lícita y corriente en ciertos casos, justificando la repetición de otros delitos por la permanencia hereditaria del estado natural ó salvaje en muchos hombres civilizados (1). Delante de este prodigioso fenómeno de transmisión hereditaria, donde á tal punto se exagera el no grande influjo que de la herencia esté averiguado hasta ahora, influjo por tantas otras fuerzas combatido, sin contar con el elemento incógnito y superior que se da en la conciencia, el caso de los Rougon-Macquart todos juntos, no vale la pena. Lo singular es que reservara Zo-

(1) Capítulo XVII: *El atavismo del delito*.

la el árbol genealógico, donde tan malos sujetos figuran sucesivamente, para servir de introducción á una de las más poéticas de sus novelas. Por lo demás, nunca ha sido más inofensivo en el fondo ningún ostentoso aparato de guerra. Al repasar las leyendas con que las hojas del tal árbol genealógico se determinan una por una, diríase que con todo su talento, y ser con el prójimo tan burlón y despiadado, es para consigo Zola de aquellos mortales felices que ignoran el caudal de risa que para las ocasiones guardan los demás hombres. En el mundo de inducción de Balzac todavía puede aprender algo cualquier sociólogo; en éste de Zola no pienso que encuentre cosa que valga ninguno de los pensadores graves que cultivan la psico-fisiología, ni otro médico materialista que Pascual Rougon, el postrer personaje de su vitanda familia, por el novelista destinado á resumir el sistema.

No he de condenar aquí ninguna tentativa científica, ni procedimiento alguno experimental; muy al contrario. Llego yo hasta reputar posible que acaben por ser de provecho las experiencias novísimas mediante las cuales se reconocen y verifican ciertos fenómenos, quizá en todo tiempo denunciados por la naturaleza, como son las sugestiones en general, en especial las parálisis sugestivas, y aun las que-

maduras y llagas de igual índole. Por de pronto esos hechos pudieran dar á mis ojos razón de algunas cosas objeto de burlas incrédulas tiempo há. Tampoco dudo que gane algo ó mucho la medicina con sus observaciones sobre el magnetismo y el hipnotismo seriamente hechas y contrastadas. Mas, por ejemplo, con la exageradísima teoría militante de la herencia de los sentimientos é ideas, ¿se ha reparado bien en lo que quieren los *naturalistas* resucitar? Pues no es más en substancia que la distinción de sangre ó sea de castas, base del precedente estado social, de cuya destrucción se jacta tanto el progreso moderno. Allá en las novelas castellanas del siglo decimoséptimo, esto de la sangre ó la herencia de los sentimientos alcanzaba una importancia que todavía hace reír. Moralista tuvimos tan persuadido asimismo del valor de la sangre ó naturaleza heredada, que, proponiéndose el problema de si convenía tomar esposa noble ó plebeya, aunque ésta fuese de costumbres intachables, y no tuviera aquella escrúpulos, se decidían por la esposa noble, de quien nunca creían que del todo pudiera desmentir su honrado origen. La herencia moral y física, llevada á todas sus consecuencias, engendró así las más absurdas y feroces preocupaciones aristocráticas y no ha-

brían ya de reputarse hoy tales, sino verdades clarísimas, de ser cierto que la sangre lleve consigo *forzosas obligaciones*, como Lope creía y creía Calderón, y que por igual manera se transfieran de padres á hijos los vicios y errores. Más fácil era entonces, como ahora, no cabe duda, el conservar la honra en aquellas afortunadas familias, donde el gusano roedor de la miseria no abre camino holgado al decaimiento moral, que por eso dudó nuestro Cervantes «si el pobre puede ser honrado,» con realista y amarga expresión. Pero indudablemente puede serlo el pobre, lo es con frecuencia, aun viniendo de padres que no lo fueran, y en cambio no lo es siempre, ni lo piensa, el hijo de padres acaudalados. La herencia, como la educación misma, son sin duda elementos con que hay que contar en las previsiones de la conducta humana; pero felizmente para la dignidad del sér racional unas veces, desgraciadamente otras para las teorías pedagógicas y correccionalistas, la conciencia es fuerza incógnita que á lo mejor se sobrepone á cuanto pretende dirigirla ó determinarla, sea en mal ó en bien, siguiendo espontáneas y arbitrarias direcciones. Tal hombre, de raza de valientes y pundonorosos, nace cobarde; tal otro, hijo ó nieto de degradados siervos, resulta un héroe; la hija de la más santa mujer se

prostituye facilísimamente, y de un lupanar, ó poco menos, hemos visto surgir todos mujeres castas. ¡Qué se le ha de hacer! No es tanto de este mundo lo homogéneo ó lógico cuanto lo heterogéneo y contradictorio. Todavía es la conciencia humana lo más obscuro de la creación. Ni ha llegado ni llegará nunca el microscopio á ella, y ningún novelista, cualesquiera que sean el vigor de su imaginación y la perfección de su estilo, ha de poner con sus fábulas en claro, lo que tras tantos siglos no ha descifrado la metafísica ni aun la teología moral.

No son éstas, bien lo sé, las disciplinas en que los noveladores naturalistas buscan el concepto de la vida, sino las ciencias médicas. Yo no les disputo ya esa preferencia; pero, pues que tanto cultivan la fisiología, la patología y aun la clínica, bien pudieran observar la incertidumbre prudente con que los médicos experimentados determinan el origen ú orígenes de las enfermedades graves, y diagnostican su término, mientras no descomponen el organismo de suerte que la losa del sepulcro se entreatre por sí propia. La herencia, los antecedentes, el temperamento, las ocupaciones de los individuos, seguramente predisponen á tales ó cuales lesiones del organismo, y tiénelo todo eso muy en cuenta los prácticos; pero

harto saben que semejantes causas, ni separadas ni juntas, determinan inevitables consecuencias, ó sea lesiones, idénticas. Aun de lo mejor inducido de los hechos patológicos búrbase la idiosincrasia individual fácilmente, no siendo raro que del enfermo condenado por los más seguros principios del arte equivoque el médico el día, el mes, el año, en que sucumbe. No pocos, en compensación, fallecen cuando de su casa acaba de salir un doctor que los reputa capaces de vivir algún tiempo. Pues con todo esto, ¿no es gran disparate discurrir que en los misterios de la voluntad, supóngaseles el origen que se quiera, cabe penetrar con más seguro paso que en los de la vida puramente orgánica y vegetativa? Bien quisiera yo que el Dr. Lombroso, y otros médicos, ya criminalistas, ya alienistas, se mirasen tanto, como los verdaderos prácticos se miran al determinar las enfermedades ordinarias, cuando, por virtud de la novísima *teoría morbosa del delito*, se entrometen á hacer pronósticos en lo que toca á lo racional y moral. El orden social nada perdería á la verdad. Que es evidente, en suma, que aunque la psicología, la moral, la pedagogía, puedan establecer hipótesis generales, respecto al desenvolvimiento sucesivo de la voluntad humana, mediante la observación y la experiencia, á cada paso se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

10503

estrellan y desvanecen sus previsiones en los hechos concretos. La psico-fisiología está más en mantillas todavía que aquellas ciencias tradicionales: posee cantidad de hechos, pero no total suma de doctrina; toda prudencia y desinteresada imparcialidad serán, por tanto, pocas para que no haga mayor daño que provecho su cultivo, por largo plazo al menos. Mucho más adelantada está seguramente la medicina, pero no lo bastante para que no parezca por demás osada la pretensión de reemplazar con ella á las ciencias morales y políticas en el estudio del ser racional y social. ¿Y qué hombre de seso ha de admitir que el saber de afición de los novelistas sea mejor guía que el de los médicos de profesión para el caso? Además que, aun suponiendo que el determinismo fisiológico fuera indiscutible como doctrina, poco aprovecharía eso á los pretendidos novelistas científicos, porque de todas suertes faltaríanles medios para seguir en las tinieblas del organismo los complicadísimos contrastes que han de preceder á la final iniciación del movimiento psíquico, sea libre ó fatal, quedándose tan á oscuras de él en sí, cuanto cualquiera creyente acérrimo en el libre albedrío. Por el mal camino por donde anda, témome, en conclusión, que la teoría de la novela que pudiéramos también llamar *morbosa*, siguiendo el flamante tecni-

cismo criminalista, no dará mejores resultados prácticos que la ciencia, que ahora suele exhibirse por teatros y salones, reproduciendo algunos fenómenos del magnetismo é hipnotismo, y poniendo á prueba otros de la psico-fisiología en general. Que no sea todo charlatanismo en los expendedores de tal género de novedades es evidente, pues que tienen ya fundamentos indudables en la ciencia; pero cada día muestra la experiencia con más claridad que son peligrosos experimentos esos para tratados lejos de su esfera propia, con los cuales no ganan, sino pierden en valor, los verídicos resultados de las investigaciones formales. Lo único que la ciencia de teatro consigue con cierta facilidad es producir dinero á los que la ejercen, y no pienso que á ninguno de los escritores perspicuos que abusan de los fenómenos fisiológicos en la novela moderna les baste una recompensa semejante, por más que sea extraña la importancia que algunos naturalistas franceses dan á vender mayor cantidad de sus libros, que venden los que aún rinden tributo á los racionales límites de la estética y la crítica.

Patente está, por otro lado, que los documentos humanos, prácticamente sacados hasta aquí á luz por la novela naturalista ó morbosa, valen poquísimos, comparados con los que sin

escándalo acumula la ciencia de verdad. Para publicado, por ejemplo, en el folletín de un periódico político diario, destinado á andar en manos de todos, lo propio mozos y doncellas, que matronas ó ancianos, no cabe negar que la violación de una venerable vieja de ochenta y nueve años por su nieto, sea de lo más crudo que quepa leer: diríase que ha llegado Zola á lo último del naturalismo en las tales páginas de *La Terre*. Pero ¿qué vale, no obstante, eso, tratándose de ciencia, cuando en la *Higiene del Amor*, obra sería del sabio doctor y senador italiano Mantegazza, que he encontrado el verano último por todos los puestos de libros de París, quien quiera puede leer, que se ha visto niño de tres años propuesto á profanar de igual modo á su propia madre? ¿Ni qué importa la ponderada descripción de las angustias eróticas de la *Germinia Lacerteux*, de los hermanos Goncourt, cuando, sin salir del referido tratado científico, cabe seguir, paso á paso, el padecimiento implacable de una mujer honradísima, eróticamente sensible hasta al frío contacto de los instrumentos quirúrgicos destinados á remediar sus apetitos involuntarios? Lo que hay es que la pobre víctima de este caso práctico supo y pudo conservar el alma pura, porque á los sentidos no les está dado mancharla por sí solos, cualesquiera que

sean sus impulsos orgánicos, según la doctrina confesional. Luchó, pero venció en su dualismo inseparable la parte inteligente natural y moral de aquella mujer, decidiéndose por la ley de Dios ó el *imperativo categórico* del honor, resortes que los materialistas todos, escriban ó no novelas, menosprecian. Por eso mismo, su caso patológico inspira natural compasión, sirviendo de consuelo y estímulo á la virtud, mientras que á Germinia Lacerteux, de carne y hueso, nadie le desearía hoy más sino que de veras tropezase en su camino con la transformación asnal del héroe de Luciano y de Apuleyo.

Mas ya que la *novela naturalista* no produzca progreso alguno social ni científico, exagerado optimismo sería pensar que no traiga males más graves que la perversión erótica de muchas ó pocas criaturas humanas. Yo creo que esas novelas son también poderoso instrumento para obscurecer el sentido humano del derecho como el de la moral, popularizando un vulgar *determinismo* mil veces más perjudicial que el científico, porque una vez creído por los predispuestos á reos y por sus jueces *jurados*, podrá destruir desde los cimientos el orden jurídico, y por consecuencia todo el sistema social. Paréceme á mí que ni los economistas y políticos más sensatos temen hoy

cuanto cabe temer la propagación de ciertas quimeras que se suponen adelantos, ni los juristas llamados clásicos conceden toda la importancia que tiene á la *psiquiatría*, ó teoría fatalista del mal y el delito, que ya en las novelas naturalistas se expone y enseña. Por supuesto que hay no poco á mi ver en el socialismo democrático y en la criminología positivista que merece grave consideración científica, en vez de ser entregado ligeramente al desdén de un liberalismo y espiritualismo rutinarios. Pero no me cansaré de decir que la ciencia, fuera de la dirección inmediata de sus cultivadores formales, es siempre muy peligrosa, y más si cabe que en los ensayos de nuevos agentes químicos, tratándose de doctrinas morales. Por medio de la ciencia á medias, y al alcance de cualquier lector de novelas, puede cundir entre los más y más ignorantes, un brutal sentido de las cosas, que con el tiempo acabe por ser un nuevo sentido común, de todo punto sustituido al reinante, si es que reina ya alguno; sentido común que será capaz de demoler primero el derecho penal clásico, y el derecho de propiedad después, con mayor facilidad aún que se van demoliendo las instituciones y creencias tradicionales. Contamos ya en España, sin haber salido aún de los jueces de profesión, menos

propensos, generalmente, á tomar por cosa cierta cualquier error de moda, tamaños triunfos de las falsas ideas psico-fisiológicas, ó médico-juristas, sobre la responsabilidad humana, que deben hacer pensar mucho á cada uno en su seguridad personal, aunque sea obispo, y sólo se trate con gente de iglesia. El pueblo que, lógicamente combinado con el positivismo triunfante en las escuelas, posea el *jurado* en el sistema procesal, y el sufragio universal además en el orden político y económico, no necesitará sino la educación práctica de la novela *naturalista* para cifrar en el salvajismo su ideal. Por de pronto, ya se sabe: el jefe de la escuela ha abierto también cátedra de socialismo anarquista. De este profesorado alardea Zola, no tan sólo en sus novelas, sino en los dramas que de ellas saca, con escasa fortuna por cierto. *L'Assommoir* era una historia apasionada de la pobreza; *Germinál* pasó ya á ser una protesta y una proclama de rebelión. Especie de epopeya de la miseria, de la envidia, de los más brutales apetitos, no remediará esta obra ningún mal económico-social, pero casi de seguro ayudará á causarlos. Cuando, por conclusión, se pide en ella *piedad para los desdichados*, paródiese inútilmente al Evangelio. He mostrado ya mi repugnancia al positivismo inmoral y anárquico tantas veces, que

fácilmente se comprenderá que trate así á su hijo legítimo el *naturalismo* en la novela.

Pero con esto y todo nuevamente temo que mi impugnación parezca innecesaria, dados los fracasos últimos de la estética naturalista en Francia, así en el teatro como en la novela. Mi insistencia nace de temer que le preste á pesar de todo largo aliento su alianza estrecha con los instintos animales que, no sin ventaja, suelen luchar con la voluntad y la razón en el organismo humano, principalmente en días de decadencia moral. ¡Ojalá que el *naturalismo* se encerrase á la postre en los límites del *realismo*, que preconiza *La cuestión palpitante*, y profesan y practican hoy nuestros novelistas principales, librándonos del contagio del naturalismo francés! Todavía tendrían que observar algo, tal vez mucho, respecto al puro *realismo* en la novela, los que no hallan en la expresión de la realidad objetiva más legítimo empleo del genio que en la de lo ideal ó subjetivo, entendiéndose que juntamente constituyen ambas cosas la totalidad del ser, y el caudal común de las artes y letras. Pero de todas suertes, el realismo será digno siempre de concienzuda crítica, mientras corre riesgo de parar el *naturalismo* en un mero asunto de policía.

III.

Claro está que cuanto hasta aquí he dicho nada tiene que ver con lo que es, sino justamente con lo que el Sr. Valera no es ni quiere ser. Ni Galdós en sus pacientes resurrecciones de la España de fines del pasado siglo y primer tercio del presente, ó las páginas más realistas de sus últimos libros, ni Doña Emilia Pardo Bazán en los suyos propios, ni en *El Escándalo Alarcón*, ni Pereda en *La Montáñez*, que antes de imprimir este prólogo ha venido en mis manos, pretenden más que Valera coadyuvar al progreso social del principio determinista ó fatalista por medio de la novela. Pero Valera es, además, el menos realista de nuestros noveladores, aunque no se cifre el realismo sino en preferir asuntos y tipos inferiores á los escogidos y nobles. *La Montáñez*, por ejemplo, de que acabo de hacer mención, pinta más que las usuales las malas costumbres, y quizá sea la más *naturalista* de las novelas españolas, entre las que merecen leerse actualmente. Antes que tesis *naturalista*, lo que allí se ve, sin embargo, es una protesta honrada contra la corrupción que por las provincias se supone vinculada en la corte. Por

fácilmente se comprenderá que trate así á su hijo legítimo el *naturalismo* en la novela.

Pero con esto y todo nuevamente temo que mi impugnación parezca innecesaria, dados los fracasos últimos de la estética naturalista en Francia, así en el teatro como en la novela. Mi insistencia nace de temer que le preste á pesar de todo largo aliento su alianza estrecha con los instintos animales que, no sin ventaja, suelen luchar con la voluntad y la razón en el organismo humano, principalmente en días de decadencia moral. ¡Ojalá que el *naturalismo* se encerrase á la postre en los límites del *realismo*, que preconiza *La cuestión palpitante*, y profesan y practican hoy nuestros novelistas principales, librándonos del contagio del naturalismo francés! Todavía tendrían que observar algo, tal vez mucho, respecto al puro *realismo* en la novela, los que no hallan en la expresión de la realidad objetiva más legítimo empleo del genio que en la de lo ideal ó subjetivo, entendiéndolo que juntamente constituyen ambas cosas la totalidad del ser, y el caudal común de las artes y letras. Pero de todas suertes, el realismo será digno siempre de concienzuda crítica, mientras corre riesgo de parar el *naturalismo* en un mero asunto de policía.

III.

Claro está que cuanto hasta aquí he dicho nada tiene que ver con lo que es, sino justamente con lo que el Sr. Valera no es ni quiere ser. Ni Galdós en sus pacientes resurrecciones de la España de fines del pasado siglo y primer tercio del presente, ó las páginas más realistas de sus últimos libros, ni Doña Emilia Pardo Bazán en los suyos propios, ni en *El Escándalo Alarcón*, ni Pereda en *La Montáñez*, que antes de imprimir este prólogo ha venido en mis manos, pretenden más que Valera coadyuvar al progreso social del principio determinista ó fatalista por medio de la novela. Pero Valera es, además, el menos realista de nuestros noveladores, aunque no se cifre el realismo sino en preferir asuntos y tipos inferiores á los escogidos y nobles. *La Montáñez*, por ejemplo, de que acabo de hacer mención, pinta más que las usuales las malas costumbres, y quizá sea la más *naturalista* de las novelas españolas, entre las que merecen leerse actualmente. Antes que tesis *naturalista*, lo que allí se ve, sin embargo, es una protesta honrada contra la corrupción que por las provincias se supone vinculada en la corte. Por

otra parte, el decoro de la acción y el del estilo, ni por un instante se desmienten en dicha novela, cualquiera que sea la verosimilitud literaria, no siempre hermanada con la absoluta posibilidad de las cosas, de la flaqueza inmediata de la doncella del cuento, con el hombre que le daba la *puñalada en el corazón*, según sus palabras, de no querer casarse, pudiendo; sin otra razón que serle más cómodo tenerla por querida después. Pero de esto á *Pot-Bouille* hay grandísima distancia de todos modos. Tengo para mí, en suma, que todos nuestros naturalistas ó realistas merecerían por la falta de desvergüenza de sus documentos humanos, igual ó poco menor desdén que á Zola le inspiran Octavio de Feuillet, Víctor Cherbuliez y otros muchos franceses de mérito. No más favorablemente que de las de éstos habría, de seguro, pensado Zola de las novelas de Valera, si por acaso hubiese alguna caído en sus manos, que bien puede ser, habiéndolas como las hay traducidas en lengua francesa. Y preciso es confesar que en el fondo no tendría que quejarse de él solo nuestro autor, porque suele aquí mismo pasar entre ciertos críticos por idealista en un sentido que de cualquier pintor equivaldría á decir que no trazaba dibujos exactos, sino convencionales. A la altura en que me hallo debo examinar ya

de cerca esta injusta opinión. ¿Cuál es su fundamento? ¿Por ventura está en lo que ahora se llama el temperamento de autor? Más hombre de mundo que Valera no le hay en España, así por necesidad como por afición, y yo dudo que ninguno de nuestros novelistas haya visto tanto, ni experimentado más, ó que esté tan al cabo de lo que pasa y puede pasar entre las gentes. ¿Carece, para aprovechar estas ventajas indudables, de espíritu de observación? No lo dirá nadie que le haya oído conversar en sociedad una sola vez. Y en cuanto á mí siéntome cómplice de la falta de verdad de sus novelas, si la hay, porque en mucha parte lo que él ha observado es lo propio que he observado yo, no habiendo vivido tampoco muy por los rincones, ni grandemente abstraído de las cosas positivas y prácticas. Así poseyese yo conocimientos científicos tan extensos, como, aunque no quiera, debo tenerlos respecto á lo que se llama mundología en lenguaje vulgar.

Pero el mejor testimonio en favor de las novelas de Valera está en ellas propias. Comenzando por *Pepita Jiménez*, que fué la primera que escribió, ninguna hay que no posea tantos grados de verdad como las que pasan por realistas, sin que nadie les dispute ese carácter, tan sólo acaso por contener asuntos menos especulativos y poéticos. ¿Quién no ha

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

leído en España la tal *Pepita Jiménez*? Novelas ha escrito de trama más interesante y mejor desenlazada el autor, de personajes de mayor relieve y transcendencia individual y social; pero pienso yo, como todo el mundo, que no ha hecho cosa tan ingeniosa en el fondo, y tan acabada en la forma. Sabrosísima es á todas luces la correspondencia entre el seminarista D. Luis de Vargas y el tío Deán, tocante al trato naciente y creciente del primero con la linda y aseada viuda, que primero señoreó su alma inexperta, y sus sentidos después, como frágil varón que era al fin, aunque muy bien inclinado, y en filosofía y teología no poco estudioso y sagaz. Claro está, y tiénelo paladinamente reconocido el autor, que la lectura de los grandes escritores ascéticos preparó su prosa á los delicadísimos matices de estilo que en las epístolas ostenta el involuntario amante de Pepita Jiménez, y no cabe dudar que la posesión difícilísima de tan precioso cuanto descuidado instrumento le tentaría á tomar por asuntos, no sólo en *Pepita Jiménez*, sino en otras de sus novelas, ciertos casos de conciencia. ¿Pero han perdido algo las letras? Bien puede suceder que los conflictos entre las puras ideas ó la conciencia religiosa de una parte, y las pasiones humanas de otra, interesen poco á los que dentro ó fuera

de España no quieren oír hablar de Dios ni de cosas del espíritu, cuanto más de misticismo ó cosa tal. Bien puede acontecer asimismo que la turba numerosísima de los positivistas más ó menos científicos, de los indiferentes en religión y los que sin negar concretamente sus dogmas y preceptos para nada los tienen en cuenta, presten á semejantes conflictos escasa ó ninguna atención. Cierto es, con todo eso, que el propio Zola no ha juzgado indignos de su naturalismo tales temas. Ni cabe desconocer, si se les considera atentamente, que son cuando menos tan propios para estudios antropológicos en general, y en especial psicofisiológicos, como los contrastes que producen en el organismo humano, por un lado la lujuria, la codicia, los vicios todos, por otro los simples respetos sociales. Y llego yo más allá en esto, apoyado, lo confieso, en la lectura asidua que he hecho á las veces también de nuestros admirables tratados sobre la confesión y los confesores en los siglos xvi y xvii, con la mira de buscar, no primores de estilo á secas, sino la conciencia auténtica y los íntimos sentimientos y pensamientos de la sociedad española de entonces. Para mí no hay más hondos, ni más inagotables, ni más interesantes asuntos de novelas, que estos casos de conciencia. Si dando un poco de mano á la prostitución pú-

blica y el adulterio, favoritas tesis de la novela moderna, supieran todos los autores penetrar en aquel campo mal explorado, harto mayor variedad y profundidad de investigaciones, y más utilidad ofrecerían sus libros. Mas no hay que pensar en eso, claro está, tratándose de determinados autores y de cierto público, deliberadamente ignaro, tocante á semejantes cuestiones. Al Sr. Valera, que me parece que no pasa por ser lo que en España se ha solido decir un *neo*, y un *clerical* en Francia, le acontece lo contrario, porque, sin salirme del terreno puramente literario en que le juzgo, bien puedo añadir que la amplitud de su saber y de sus miras le ponen muy por encima del exclusivismo de las sectas, dejándole aprovechar la naturaleza humana toda entera en bien del arte.

Lo menos bueno de *Pepita Jiménes* es la acción, en que visiblemente no se ha esmerado su autor mucho, que por lo demás, las descripciones del terreno y de las costumbres caseras y lugareñas de Andalucía, son tan deliciosas, y no es poco decir, cuanto las epístolas. ¡Qué metafísica tan sutil y amena, sin estar por sólo un instante destituida, con eso y todo, de realidad racional y sensual! ¡Cuánto ingenio el de D. Luis para cerrar las puertas á aquel amor que de rondón se le entraba por

las del alma, cambiando sucesiva y lentamente sus gustos y aficiones, hasta trasladarle á mil leguas del sitio en que su carrera sacerdotal le tenía colocado! ¡Qué buen seminarista y sacerdote en ciernes, más que hombre tan hombre al fin, al descender de su razón pura, sin ser ningún Kant, á la razón práctica! Y aunque la acción dramática de *Pepita Jiménes* podría, con efecto, ser más original, más rica, más espiritual, cual ahora decimos, en una cierta ocasión, nada de esto debe reputarse falta dentro de la teoría flamante de la novela, ya que á voces piden sus doctores documentos ú observaciones psico-fisiológicas, con la menor cantidad de intriga posible, aunque carezcan las fábulas de interés. Para un crítico clásico, en cambio, el final de la acción de *Pepita Jiménes*, ó sea la fuga de la viuda con D. Luis detrás, hacia lo obscuro, ya que no precisamente hacia lo desconocido, carecería quizá de la gradación correspondiente al proceso ordinario de estas cosas; mas bien pudo ser uno de los casos en que dos pierden la cabeza súbitamente, de lo cual tampoco faltan experiencias en el mundo real. Filósofo con exceso era D. Luis, mas la viuda no tenía por qué serlo, poco preparada en concepto de tal para contentarse con *libros de caballería*, y sobre todo fijándose tanto como, según confesión propia,

se fijaba en los cabellos negros que se acariciaban con las manos, en el regalado acento de las palabras que «hieren y encantan materialmente los oídos,» en la «forma corporal,» en cuanto «enamora y seduce,» por último, para constituir tarde ó temprano segura materia de perdición. Por algo, en fin, ha dado, poco antes de ir mis cuartillas á la imprenta, este parecer sobre el caso nuestro popular Campoamor:

..... No hay ninguno
Que renuncie en amor á lo grosero.

Que es lo mismo que decir sin miramientos, que, quedando vivos, no hay modo de extraer en los seres humanos, ni el cuerpo del alma ni el alma del cuerpo, y por fuerza tenemos que contar con ambos á dos, sobre lo cual enseña mucho más *Pepita Jiménez* que, después de todo, le consentiría á su autor un intolerante idealismo.

Fue más tarde el asunto de *Doña Luz*, otra de las novelas de Valera, un mayor desenvolvimiento del de *Pepita Jiménez*. Planteado, desde luego, en más intensos términos, están más hondamente caracterizados los personajes, y la situación culminante despierta más interés. Sólo el discreto y el primor del estilo descienden algo, porque las epístolas del

inconsciente enamorado de Pepita ofrecían mejor campo para semejantes delicadezas que la severa narración de las entrevistas y los diálogos de Doña Luz con el P. Enrique. Cogióle á éste el nublado de su pasión, tan adentro ya del camino, que no pudo volver atrás sin har- to mayor daño, que al desandar, mal que bien, el suyo recibiera D. Luis de Vargas, porque entre estos sinceros cultivadores de la teología mediaba la distancia enorme que hay de seminarista á fraile profeso. Era por su lado, la nueva dama, una especie de romántica en acción, distinta de las de la vida alemana de la Edad Media, de las de nuestro teatro y Romancero, y más aún de las francesas de Alejandro Dumas ó Víctor Hugo, es decir, romántica *romancista*, ó sea de instinto, y de las que llama así el vulgo, por no parecerse á la generalidad. Pudiera mejor apellidársela novelesca que romántica; pero con este último nombre se la debió de bautizar en su patria Andalucía, cual á todas las de su especie.

No hizo cosa alguna la dicha mujer fuera del límite que basta para que cualquiera pase por muy honrada. Por desgracia ella ignoraba, como el pedernal, que despedía chispas capaces de producir involuntarios incendios. Del P. Enrique es de quien nos debe extrañar en todo caso que, con ser fraile dominico y resi-

dente en Filipinas, donde debió de conocer las sabias lecciones de nuestro insigne Fr. Ceferino González, haciéndose buen tomista, no hubiera con más provecho meditado el Opúsculo 64 del santo y eximio Doctor, donde tan sabiamente trata del peligro de frecuentar con santas obligaciones á las mujeres. «*Amor spiritualis* (llega á decir textualmente el doctor), *degenerat in carnalem inter confessarium, et penitentem.*» Sentencia en verdad asperísima, pero muy prudente. Por eso Fray Pedro de Calatayud, en uno de los libros místicos que en más aprecio tengo⁽¹⁾, procuró alejar semejante riesgo de todos los sacerdotes, que no de los confesores sólo, con las siguientes reflexiones que, de intento, llevaba entre mis *Apuntes* este verano. Faltando la sobria comunicación que con beatas recomienda, expónense aquéllos y éstas (dice el varón experimentado) «á peligro de mirarse y hablarse mutuamente con palabras suaves y dulces, que recrean naturalmente el ánimo y el apetito, á peligro de apetecer uno la preferencia corporal del otro, de pensar continuamente la penitente en su confesor, y al con-

(1) *Doctrinas prácticas que suele explicar en sus Misiones* el P. Pedro de Calatayud, Maestro de Teología y Misionero Apostólico de la Compañía de Jesús de la provincia de Castilla: Valladolid, 1750.

trario, derretirse las voluntades de ambos, y quedar presas de un amor natural y sensual, y de cierto calor que es precursor del fuego venéreo; y quiera Dios que alguna vez no se siga algún tacto de manos, algún abrazo ó menos cauta deliberación de los sentidos con pretexto de dilección y caridad, porque es tan poderoso el atractivo y peso de inclinación que se cobran, que no se puede apartar uno de otro si no es á más no poder, ó porque llega la noche, y entonces, tristes y con cierta violencia, se despiden uno de otro.» Por donde se ve cuán profundamente humana y de verdad realista es la doctrina católica, la cual, sabiendo bien que son imperfectísimas las criaturas racionales, aunque capaces de voluntaria perfección, nunca olvida, al tratar del bien, el mal, y comprende así en sus preceptos la totalidad de las leyes biológicas del hombre, muy al revés de lo que pretende un cierto optimismo, hermano carnal del pesimismo contemporáneo. Si aquel buen cura de Villafra, D. Miguel, hubiera siquiera leído los libros que yo, aunque laico, sobre la materia, de sobra hubiera sabido qué contestar en confesión al P. Enrique, aunque éste lo juzgase tan incapaz de comprender la heterogénea situación de su ánimo, porque no era aquél, en puridad, sino un caso entre muchos, según me he referido ya

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
c. 1025 MONTERREY, MEXICO

peles de Inquisición en Alcalá y otras partes.

Hoy que tan de moda está buscar tesis en las obras de ingenio, con justicia se le debe estimar á Valera que tan al vivo demuestre en *Doña Luz* que, al par de los estímulos objetivos ó externos y por lo común groseros de los sentidos, se dan en el hombre otros, aunque de índole subjetiva, no menos peligrosos al fin y al cabo, porque lo racional ó especulativo tiende á actuarse naturalmente. También y mejor que el P. Calatayud, lo explica esto el P. Enrique, después de aprendido á su costa, entre otras, con las palabras que siguen: «Hubo, decía, en mi afecto por esta mujer (la Doña Luz), una serenidad y una limpieza har- to engañosa. Me la fingí etérea, fantástica; intangible, como deben ser los ángeles; inasequible, durante la vida mortal, como es el cielo. Hoy, cuando pienso que va á caer en brazos de un hombre, en balde luché por apartar de mí las imágenes que mi fantasía me traza y presenta. Antes creía admirarla con un sentimiento á manera del sentimiento del arte, desinteresado, exento de fin, y de utilidad, y de deleite, que en él no estuviera. Y hoy veo que sus labios piden besos y los van á dar, y que todo su gallardo cuerpo no está sólo destinado á la especulativa contemplación, con la inmóvil é impasible tranquilidad de la estatua.»

¡Ah! No todo ha de inventarse en nuestros días ni siquiera en las novelas. Santo Tomás, repito, Santo Tomás y el P. Calatayud entendían de esto ya muchísimo. Y vanamente se repetirá que el Sr. Valera propende á este linaje de asuntos con exceso, que para mí es injustísima observación, cuando no necia. Una parte de la teología, la que se llama Moral, es ciencia de la vida humana principalmente, y posee tantos títulos al menos como la fisiología, psíquica ó no, para inspirar novelas. Lo que hay que ver es si los problemas planteados se dan de verdad, y si por interesantes ó instructivos merecen novelarse como otros cualesquiera.

Tócame hablar ahora, que acaso debiera haber hablado ya, de *El Comendador Mendoza*, libro *vivido*, si los hay, donde se encierra otro conflicto moral muy positivo, y más frecuente quizá que se piensa. Mendoza no había sido en conclusión mejor ni peor que cualquiera otro galanteador de mujeres casadas. No son, por cierto, escasos los hombres que apetecen á muchas mujeres, sean casadas ó no, de verdad apasionados en tal cual ocasión, movidos más frecuentemente por una especie de curiosidad insaciable, y por simple vanidad de coleccionistas no pocas veces; pero debe ser rarísimo que mida bien el seductor las consecuencias

ó la extensión de los males que pueden engendrar sus entretenimientos. Los más peligrosos de este mundo son por supuesto los delitos ó pecados que, como el que digo, no se necesita perverso ánimo para cometer, sino que así como de burlas, ó indiferentemente al menos, se inician y consuman. De sobra lo enseña la novela que aquí estoy examinando.

Fué por excepción Mendoza de los que han pagado ciertas fechorías en vida, ya por su vehemente amor de padre ilícito y oculto, ya por la virtud cruel de la cómplice; y sus amargos padecimientos y su abnegación heroica están muy bien descritos en la novela. La arrepentida Doña Blanca me parece asimismo un tipo de mujer bien estudiado, aunque poco común. Verdaderamente que si no fuera por la desigualdad extrema, que no ha de ser cosa de Dios, con que las resultas del amor pecaminoso recaen sobre los dos sexos, diríase que para las mujeres son sus amantes el providencial castigo que de consuno, si no por idénticas partes, merecen entrambos. La Doña Blanca de *El Comendador Mendoza*, es una Madame de Bovary, con religión y posición; pero su amante valió poco más, mientras lo fué, que los de aquella desengañada romántica de provincia, con fidelidad tan exquisita

retratados en el libro de Flaubert. Fuera de eso, cualquiera otra comparación de Doña Blanca con Madame de Bovary parecería calumniosa, porque descendió ésta toda la escalera del mal hasta el pie, y aquélla se detuvo en el primer peldaño. Su flaqueza no fué, pues, de las peores, y el fin de la historia puede estar sacado estrictamente de la vida real, que no nos presenta sólo incorregibles enfermedades eróticas, sino también sincerísimas reacciones de virtud.

Adviértase ya que ninguna de las mujeres que ha pintado Valera es perfecta, antes son bastante pecadoras las más; pero en todas se da la mezcla de bueno y malo, que con diferente proporción constituye el ordinario modo de ser de las criaturas humanas.

Nadie es tan bueno como tú querías,
Nadie tan malo como el mundo piensa.

Esto, que años há puse en el álbum de una joven soltera, unida á mí por estrechos lazos de afinidad hoy en día, pareceme patentizado á cada paso por el Sr. Valera, especialmente en sus personajes femeninos, por lo mismo que á las mujeres se les exige más virtud hasta en las novelas. Vese, por el ejemplo de Doña Luz, cuán difícil sea que, con más ó menos deliberación y conciencia, no resulte coqueta

una mujer con los hombres que trae muy al lado. El más inocente deseo de parecer bien suele en ellas obrar á modo de un tizón aparentemente apagado, que, al contacto de objetos combustibles, con cualquier pequeño venticillo levanta llamas, de las cuales no libran tan á gusto todas como la viuda con el seminarista, ya que al fin se casó. Mas si á Doña Luz misma no la podemos del todo disculpar, ¿qué habremos de decir de la susodicha Pepita Jiménez? Tampoco era mala muchacha según parece, pero se expuso demasiado, y de ahí que flaquease en cierto particular, de suyo peligrosísimo. Desearía con todo creer que no fué sabia estratagema para empeñar en la persecución y vencer de una vez al enemigo, aquella retirada súbita hacia su propio cuarto, que puso definitivo término á los repulgos de D. Luis de Vargas; pero aunque hubiese sido menos buena que quisiera el autor, preferirla todavía yo á *La Viuda* de Octavio de Feuillet, que provocó y precipitó de intento á su novio á cosas malas, por hallar pretexto en sus atrevimientos naturales para plantarlo honestamente y casarse con quien le convenía más. Volviendo ya á Doña Blanca, paréceme que tuvo ésta más de condescendiente que de enamorada, sobre lo cual se dan frecuentes casos. Aun por eso debió de durar su deslum-

bramiento un plazo tan breve; no perdonó, como se perdona casi siempre al infiel, y, en vez de un recuerdo sabroso, quedóle del pecado desahogada ira y odio en la edad madura. Pero en conjunto estuvo muy por debajo de Doña Luz, mera coqueta, que acabó con su fraile sin pecado mortal. Lo malo en parecidos casos es que el diablo, no menos temible por eso, á lo mejor se despoja de las alarmantes formas mortales, encajándose á la chita callando por los costados unas alitas de ángel, de aquellas arrumbadas desde que no pasea el cielo, con las cuales, y como si no le hubieran despedido de allí ignominiosamente, dase el maligno á agenciar culpas por medio de buenas mujeres. Y dígolo, no ya sólo por la precedente, sino también por la Doña Beatriz de *Passarse de listo*. La heroína de esta otra novela era señora honestísima, según supimos todos después que hubo obligado á tirarse á su marido por el viaducto de la calle de Segovia; porque libre Dios á cualquier hombre de una excelente mujer como ella. Nadie dirá que éste sea un convencional tipo femenino. Al contrario: por el mundo sobran las mujeres de esa especie, tocadas tan sólo del deseo cándido de dejarse querer, y á tal punto seguras de sí propias, que no consienten poner oído en el *qué dirán*, contando con lo bien pensadas que de-

bieran ser las demás gentes. No digo yo, es claro, que no fuera mucho peor que esta confiada Doña Beatrix su cauta y callada hermana Inés; pero respecto á las de su tipo, pareceme ociosa la lección que Valera nos da, porque ¿quién no ha tenido que hacer con alguna de esas que no alzan los ojos del suelo, blanquísimas y rubias vírgenes, criadas para patente ejemplo de cuán diferentes cosas sean el fondo y la forma, el alma y el cuerpo en el sér humano? Si de verdad hay mujeres que no rompen un plato, debe de ser entre las que parecen dispuestas á romper vajillas enteras. Lo cual no quiere decir, repito, que las virtuosas como Doña Beatriz, no sean también para perdidas de vista si se puede.

De los personajes masculinos del Sr. Valera no hay mucho que decir, como que los más, y sobre todo los principales, pasarían en el mundo por hombres comunes ó de bien. Medidos por el rigor del Decálogo, especialmente en cierto artículo, no diré otro tanto, aunque se dé en las novelas éstas por excepción el D. Braulio de *Pasarse de listo*, hombre que quizá por eso mismo se precipitó algo de ligero por el viaducto. *Fué mejor que el pan*, según suele decirse, y para vivir tiene sus inconvenientes. Confieso además que me parece poco eficaz este ejemplo para convertir peca-

dores, porque hemos de creer como cristianos que penaría él más en el infierno por suicida, que por coqueta su mujer. Muy distinto que D. Braulio fué el *Doctor Faustino*, de *Las Ilusiones*, en la más extensa y complicada de las novelas de Valera. A este tal mozo no habría por dónde cogerle, si las cosas se tratasen por acá según Dios manda. Hombre de fecundísimo corazón en ternuras, no era todavía su inconstancia lo peor, sino que se derritiese constantemente con dos y tres, como si tal cosa, no sin proporcionarse, por de contado, conflictos penosos, aunque no tanto como para aquéllas que en sus medallas de Cupido le servían de anverso ó reverso. Ni aun este personaje, por demás caprichoso ó fantástico, pienso que sea creación convencional: téngole en el fondo por un tipo tan real ó *naturalista* cual otro cualquiera. Sabidísimo es que, por ligeros y pervertidos, más se exponen los hombres á perder el cielo que no la simpatía de las mujeres, las cuales se suelen mostrar, con pecadores á lo D. Faustino, muy indulgentes, en tanto al menos que son las burladas prójimas. Nuestro héroe logró, pues, buenas fortunas, y no pasó la vida mal por este lado, ni mucho menos. Desgraciadamente tenía el cerebro poco equilibrado, por lo que su razón y su voluntad andaban como á la greña, resul-

tando de aquí, que abrigase mucho mayores ambiciones que medios ó elementos poseía para realizarlas. Persuadiase unas veces de que no le hacía justicia la gente; rendíase otras al convencimiento melancólico de que no merecía, pues que no lograba; alternativas que no bastan para tenerle por hombre muy raro, porque esa interior contienda es conocida enfermedad que hasta al suicidio lleva con cierta frecuencia. Lo singular consiste en el modo y manera con que el autor explica á su personaje, haciendo allí excepcional alarde de su discreción ingeniosa, de su regocijada metafísica de hombre de mundo y de su estilo, que de encargo parece hecho para análisis científicos de los que en una novela están bien.

Desde los principios anduvieron en confusiones el dicho D. Faustino y su madre, sobre el camino que había aquél de tomar en este mundo, nunca abierto de par en par al mérito positivo ó supuesto. Bueno será advertir que de nada sabía al terminar su carrera el buen doctor, como á tantos, que no son personajes de novela, les ha acontecido y acontece. Las letras no le sirvieron, en puridad, sino para enumerar sus apellidos y sus títulos de familia, más ó menos imaginarios, como principal hidalgo que era del incógnito pueblo de Villabermeja. Pero ello es que ni abogado, ni em-

pleado, ni juez, ni periodista, ni poeta siquiera pudo al fin ser, porque á todo le encontró sus peros, y en virtud de esto, no le quedó otro recurso que dedicarse más y más á las mujeres. Fortuna suya fué no necesitar vender al diablo el alma para ostentar en vez de ciencia amor, como su colega Fausto, de teatral memoria, quién sabe si porque para poseer Margaritas no haga falta dar tanto en Andalucía. No es, á pesar de todo, el amor en sí, ni son sus arrebatos ordinarios y comunes delicias, lo que hay principalmente que buscar en la consabida novela. Lo mejor desenvuelto, á mis ojos, es el tema seguramente inagotable de la infidelidad varonil. Nuestro D. Faustino amaba á cierta Constancia *pour le bon motif*, pues que tenía dineros con que él emprendiese la carrera de rico, que, después de todo, era la que apetecía más, no sin alguna razón; pero su sino quiso que se prendase al propio tiempo de una Rosita, muchacha más lista y enamorada que la otra, tampoco pobre, por más que no fuese hidalga, con quien hubiera podido casarse bien, á ser más formal. Ni lo uno ni lo otro le estorbó, ¿qué le había de estorbar? para que recibiese contemporáneamente en sus brazos á María, romántica andante, desinteresadísima y abrasada en amor espontáneo, que pronto hizo de él su esposo, por la manera im-

perfecta que solían las doncellas de Doña María de Zayas ó Doña Mariana Caravajal y muchas del teatro antiguo, con el aditamento de que la de Villabermeja no recuerdo que pidiese siquiera aquella tan concedida como mal guardada palabra de matrimonio. De esta complicación de pasiones y ternuras surgieron antes de mucho dolorosas y hasta violentas escenas, como la de la fantástica María con Rosita, que era toda espíritu práctico, hasta en celos y amor. A D. Faustino no le faltaron, según he dicho, quebraderos de cabeza, y cómo no? siendo personaje único de historias tan variadas. Pero bien da á entender el señor Valera con su estilo, hasta sin querer, zumbón, que padecía inmensamente menos el muy veleidoso de doctor que aquellas heroínas reunidas, á modo de combinados ejércitos, para que ganase en su género de guerra insignes lauros de vencedor y conquistador.

Pasaron luego muchas, muchísimas cosas; pero la última vez en que D. Faustino se encontró de frente con las tres mujeres, tomó el conflicto un carácter que merece especial consideración. De una parte, Doña Constanza, después de haberle desdeñado, por ambiciosa, en tiempo útil, vino á caer en sus brazos adúltera, cuando menos pudiera él pensarlo, cansada ya de ser casta, que de esos casos se dan,

y prefiriéndole á amantes de mucha más valía, por virtud de un cierto linaje de misericordia, menos raro en las mujeres que se pudiera creer. Mentira parece; mas no hay duda, según probó en la ocasión Constancia, que un *no* suele dejar más arrepentimiento y aun mayor remordimiento que un *sí*, sea el que quiera, en los corazones femeniles. ¿Todo esto no es mundo? ¿no es todo esto vida real? Pues en verdad que tampoco deja de serlo aquello de que, no obstante sus nuevas relaciones con Constanza, amase más que nunca D. Faustino á María, su legítima esposa ya, y tipo verdaderamente ideal de mujer, donde en una pieza se juntaron toda la desinteresada y ciega pasión y toda la abnegación inefable de que no sólo el bello, sino para mí el mejor de los sexos, es capaz. Doña María comprueba mi opinión particular de que la más perfecta obra de Dios, acá en la tierra, es una mujer enamorada de veras: con amor lícito se entiende, que otra cosa no me atreviera yo á decir ni pensar. El papel de Doña Rosita, en cambio, al tropezarse unas con otras, poco antes de terminar la acción, las tres mujeres con que empieza, fué odiosísimo, ya que no inverosímil, dado su carácter especial. Lanzada con la eficaz ayuda de su prosaísmo por los caminos de la vida ordinaria, fué á la larga señora considerada en Ma-

drid, rica, de equívoca reputación, es verdad, pero feliz con eso y todo, en su propio entender y en el de la gente. Todavía se acordaba, sin embargo, del encuentro que tuvo con su rival María en casa de D. Faustino, y burla burlando, más que con depravada intención, hizo llegar á oídos de esta última la nueva infidelidad de su marido con Constanza. Y vengóse completamente, porque agobiada de tantas penas sucesivas, murió entonces Doña María, eso sí, como un ángel, bendiciendo y perdonando á la que, para castigar el primero y único pecado de una rival bastante mejor que ella, se convirtió en desalmada ejecutora de las altas obras de Dios. Esta María es, sin duda, un personaje idealista; pero no más que la Luz de Pareda en *La Montálvez*, ó algunos de los blancos é inocentes fantasmas que por los infectos antros de las novelas de Zola se pasean á las veces.

A todas las reprehensibles inconsecuencias del D. Faustino, aquí expuestas, respondería, un *como si lo viera*, cualquier hombre de mundo á quien se le diesen en sociedad tales noticias; que así es de verdad el alma humana, mal que nos pese: presa eterna de contrapuestas inclinaciones y apetitos divergentes, no bien pierde ó suspende su imperio la ley moral. No hay otras cosas lógicas que las ilógicas en la vida,

entregada, como quieren los *naturalistas*, á la naturaleza. Por eso para mí son profundamente humanas y verdaderas también aquellas extremas contradicciones de *Safo* en la mejor novela de Daudet, idolatrando ahora á un hombre de bien, sin renegar del todo de la afición á un presidiario, muriéndose luego por el primero de amor mientras pensó que iba á casarse con otra, todo para comenzar á apartarse de él, y abandonarle, al fin, no bien lo sintió otra vez rendido, y ya definitivamente, en sus brazos. De esta suerte alternan en la mujer como en el hombre, sin dominio aquella ó éste de sí, los más puros y sublimes pensamientos con las pasiones más groseras, la abnegación con el egoísmo, lo bello y lo noble con lo vil y lo feo, en violento y constante vaivén.

Materia primera del novelista es todo esto, y aprovéchala lícitamente para tejer sus fábulas, como la ha aprovechado el Sr. Valera, no sólo en las citadas ya, sino en otras menos importantes, de que no hablaré, por no dilatar fuera de toda medida estas páginas, pero tampoco indignas de su pluma. No es nuestro autor, aunque pase por escéptico, de los que desconocen ó escarnecen los grandes y eternos principios á que ha debido y deberá siempre el alma humana, ya que no el total remedio de

sus imperfecciones, suficiente influjo para impedir que la vida racional se confunda de hecho con la de los animales domésticos. Inútil es que repita que para el sistema social no hay en mi concepto otros verdaderos fundamentos que los de la moral cristiana; pero los que, por su origen sobrenatural, no los quieran, obligación tienen de construir cuanto antes, si como afirman es posible, otros nuevos y firmes, sobre una *moral independiente*. Porque sin fundamentos morales, si el mundo de Zola no es todavía el solo y único, puede llegar á serlo, con gran dolor de él mismo, por la parte que, siendo hombre honrado, le cabría también.

IV.

Cuanto de bueno he dicho hasta aquí del Sr. Valera y sus novelas, sinceramente lo pienso, y hubiéralo dicho, aunque ninguna amistad nos uniese. Podrá alguien advertir, y no se equivocará, por cierto, que si alabo cuanto digno de ello me parece, no escudriño ni inquiero, en cambio, todos los defectos, que acaso tengan, y en aquéllas de mayor celebridad cabría igualmente hallar y exponer. Buenamente declaro que no me parece eso de

mi especial incumbencia. Nunca soy yo de los que en las obras de arte, cualquiera que su índole sea, buscan antes las faltas que las bellezas; pero semejante intento me parecería impertinentísimo en la ocasión actual. Todo artista tiene derecho, en mi concepto, á ser juzgado por el total residuo que su obra ofrezca, imparcialmente cotejadas las cosas buenas, por una parte, por otra las malas. Y no digo que los defectos accidentales dejen de señalarse; mas ha de ser de buena fe y sin acrimonia, que la censura nimia y sofisticada es caudal de impotentes ó estériles. Presentar un libro al público no es lo mismo, en todo caso, que criticarlo de oficio, y sin relación ninguna con su autor. No necesita indulgencias la reputación del de estas novelas seguramente, que él es de los que pueden desafiar los asaltos de cualquier malhechor, ya que en la crítica los hay como por las carreteras. Pero, como nada es perfecto en este mundo, sobradamente tendrá el Sr. Valera quien le critique con menos benevolencia que yo, y con menos justicia á la par. Correspóndeme antes á mí, ya que en conciencia hallo buenas sus novelas, justificarlas de algunas censuras, y aunque de paso ya lo he hecho tal cual vez, quiero tratar de ello de propósito.

Háblase, por ejemplo, de inverosimilitudes

sus imperfecciones, suficiente influjo para impedir que la vida racional se confunda de hecho con la de los animales domésticos. Inútil es que repita que para el sistema social no hay en mi concepto otros verdaderos fundamentos que los de la moral cristiana; pero los que, por su origen sobrenatural, no los quieran, obligación tienen de construir cuanto antes, si como afirman es posible, otros nuevos y firmes, sobre una *moral independiente*. Porque sin fundamentos morales, si el mundo de Zola no es todavía el solo y único, puede llegar á serlo, con gran dolor de él mismo, por la parte que, siendo hombre honrado, le cabría también.

IV.

Cuanto de bueno he dicho hasta aquí del Sr. Valera y sus novelas, sinceramente lo pienso, y hubiéralo dicho, aunque ninguna amistad nos uniese. Podrá alguien advertir, y no se equivocará, por cierto, que si alabo cuanto digno de ello me parece, no escudriño ni inquiero, en cambio, todos los defectos, que acaso tengan, y en aquéllas de mayor celebridad cabría igualmente hallar y exponer. Buenamente declaro que no me parece eso de

mi especial incumbencia. Nunca soy yo de los que en las obras de arte, cualquiera que su índole sea, buscan antes las faltas que las bellezas; pero semejante intento me parecería impertinentísimo en la ocasión actual. Todo artista tiene derecho, en mi concepto, á ser juzgado por el total residuo que su obra ofrezca, imparcialmente cotejadas las cosas buenas, por una parte, por otra las malas. Y no digo que los defectos accidentales dejen de señalarse; mas ha de ser de buena fe y sin acrimonia, que la censura nimia y sofisticada es caudal de impotentes ó estériles. Presentar un libro al público no es lo mismo, en todo caso, que criticarlo de oficio, y sin relación ninguna con su autor. No necesita indulgencias la reputación del de estas novelas seguramente, que él es de los que pueden desafiar los asaltos de cualquier malhechor, ya que en la crítica los hay como por las carreteras. Pero, como nada es perfecto en este mundo, sobradamente tendrá el Sr. Valera quien le critique con menos benevolencia que yo, y con menos justicia á la par. Correspóndeme antes á mí, ya que en conciencia hallo buenas sus novelas, justificarlas de algunas censuras, y aunque de paso ya lo he hecho tal cual vez, quiero tratar de ello de propósito.

Háblase, por ejemplo, de inverosimilitudes

en sus fábulas, y á mí se me antoja que, de las del Sr. Valera, ninguna lo es tanto como muchas que por modelo se nos dan, verbigracia, la de la *Fille Elise*, de Edmundo de Goncourt, ya sin su hermano. Aquella muchacha, con tal concepto de la vergüenza, que al entrar de aficionada en una casa de prostitución negó estar virgen, por tenerlo á menos, sin embargo de lo cual, mató luego á un soldado, de quien llegó tiernamente á enamorarse, porque intentaba violarla, constituirá un *documento humano* muy científico, pero Dios libre al Sr. Valera de poseer semejante ciencia y arte, ni siquiera igual sentido de lo verosímil en obras de imaginación. Como de esos casos irracionales vense tal vez en las colecciones de causas célebres; pero no son en novelas admisibles. Tocante á la acción, á la pobreza de acción en las presentes novelas, que también parece tema obligado, mal puede censurarse, según la crítica naturalista, al Sr. Valera, cuando dejo ya expuesto que la intriga y el interés de la fábula son para ellos objeto de desdén. A los que no participen de tal opinión, debe, por el contrario, satisfacerles la acción de *El Doctor Faustino*, por ofrecer la abundancia de sucesos y pormenores que en las novelas de cuarenta años há sobre todo buscaban los lectores.

Con alguna más aparente razón se acusa al Sr. Valera por los naturalistas de no ser *impersonales* sus novelas, es decir, de que se le vea siempre detrás de los personajes, conociéndose que son de él así el razonamiento disertado y erudito como el estilo. Sobre esto he de decir, que yo no noto sino rarísima vez algo de impersonalidad en los libros. Mucho há que se intenta en la historia, harto más obligada á la indiferencia del autor que la novela, y no sé que por nadie se haya logrado del todo. Á la legua se traslucen en los mejores historiadores cuáles sean sus presentes opiniones religiosas y políticas, sus afectos de raza, sus preocupaciones personales de cualquiera especie. Los *naturalistas*, para quienes esto de la impersonalidad pasa por un dogma, lo procuran y afectan más; pero suelen estar lejos de conseguirlo también, que ningún trabajo cuesta percibir sus ideas sistemáticas en los discursos de sus héroes varios. Por otra parte, tienen la novela y el drama, al cual se intenta tomar por modelo en este punto, muy diferentes exigencias. El novelista narra, por lo general, los sucesos, y cuenta los diálogos sin ponerlos directa y materialmente en escena, al revés del autor dramático, que se sirve de actores que presten á sus personajes el concurso de la voz, del movimiento, del gesto, del

traje y aun de la decoración. Puede así aspirarse á una ficción vecina de la verdad; pero ¿cómo es posible que al enunciar cualquiera de por sí las cosas que hacen ó dicen otros, no se transparente al cabo y al fin su personal estilo, por más que procure disimularlo? Además que, por su propia naturaleza, tiende el narrador á aclarar, á dar la mayor exactitud posible á los sentimientos ó ideas de las personas que presenta, y, sin repararlo, válese para ello de cuantos recursos y medios posee, recelando sólo no dar bien á entender lo que piensan ó quieren. El autor dramático experimenta en mucho menor grado ese afán, porque cuenta con que han de hacerse comprender de un modo ú otro los actores. Pero con ser tanto mayores, según se ve, los recursos que ofrece la representación escénica para que el autor no se trasluzca en los personajes, con frecuencia le vende asimismo á éste el diálogo. Excelente dialoguista es, por ejemplo, Dumas hijo, y ¿quién no descubre fácilmente en las conversaciones de los personajes el hilo de la demostración que de cada tesis va haciendo en sus comedias? Á todo esto, cuando entendían los escritores de costumbres que su oficio se limitaba á copiar modestamente la naturaleza, érales bastante más fácil hacer hablar á sus personajes como en la vida ordinaria. Hoy ya,

con las grandes ambiciones didácticas y filosóficas que se han despertado, si difícil es, para los autores de comedias, reducirse al papel de imitadores serviles, para los novelistas pica en imposible. Novela y comedia son cátedras, no espejos cual antes de las acciones comunes. No se tenga por mortal, de consiguiénte, el pecado de Valera, suponiendo que deje entrever su personalidad con exceso, sino por venial y digno de excusa. Ni hará, cuando más, sino lo que los historiadores mismos hacían otras veces, que era poner en boca de los personajes discursos que aquéllos y no éstos habrían compuesto, con el fin de dar á comprender mejor las intenciones y los hechos. ¿Quién pidió nunca á Tito Livio ó Mariana, que prescindiesen de su propio sentido y lenguaje para tales casos? Diráse, por ventura, que algo más podría perdonársele á Valera, si no se engolfase tanto, y sin necesidad manifiesta, en explicar subjetivamente las acciones de sus héroes, relacionándolas con sus peculiares conceptos de la verdad tocante á lo divino y lo humano. Pero ¿nos habríamos enterado, pongo por caso, de cuanto pasó por dentro del P. Enrique y de Doña Luz, siguiendo otro camino el autor? No siendo los hechos que penetran por los sentidos lo principal de una novela, sino lo accesorio, cuando queda en las

almas invisible lo mejor de la acción, el modo que tiene Valera de darse á entender parece en gran parte inevitable. Lejos de negar estoy, no obstante, que el enciclopédico saber de nuestro autor y la flexibilidad singular de su estilo, lo estimulen con frecuencia á explicar mucho más de lo estrictamente necesario sus noticias é interpretaciones. Mas si á él se le conoce que es gran sabidor de filosofías, ¿no trasciende por ejemplo, á la legua, en *Mannett Salomon*, la mejor novela de los dos hermanos Goncourt, á juicio de Doña Emilia Pardo Bazán y al mío, que antes de meterse á novelistas fueron artistas ambos hermanos? Por sí sólo el asunto de esta novela es bastante vulgar. Trátase de una *modelo* de raza judáica, de quien gusta cierto artista que frecuentemente la dibuja y pinta en todas las posturas posibles, ya con ropa, ya sin ella, cosa que por los Estudios se ve todos los días, la cual mujer, después de ser su querida muchos años, consigue dominarlo en madura edad hasta el punto de que se case con ella, legitimando una criatura común: esto es todo, y ni como estudio social, ni como estudio de caracteres individuales, hay nada en esa novela de moda muy extraordinario. Lo que allí interesa á muchos, y con razón, es la vida particular de los artistas; son las varias maneras de ser que ellos y

sus mujeres ó queridas tienen; los contrastes de opiniones y sentimientos de unos y otros; la dialogada crítica, en conclusión, de los novelistas, que no de los personajes, sobre las diversas escuelas ó maneras de pintar, durante cierto espacio de tiempo preferidas en el gran mercado de París.

No ha mostrado hasta aquí el Sr. Valera la fecundidad, que cuentan hoy algunos entre los grandes méritos literarios, aunque tampoco la tuvo sobrada el ponderadísimo Flaubert, autor de poco más que una sola novela de costumbres, indudablemente magistral, y otra histórica detestable, *Salambó*, según reconoce en sus Memorias novísimas Edmundo de Goncourt, y está á la vista de todos. Tampoco ha pretendido el lauro Valera de abrazar largas series de vida humana en sus novelas, escalonándolas y combinándolas para levantar, como Balzac, una total construcción harmónica, con valor histórico-social. Pero si no ha intentado tanto, perdonoselo yo de buena gana, porque no hay, á lo menos, entre lo que ha hecho, malos libros ni malas acciones. Cierto es, por lo demás, que dada la exacta y abundante ciencia de mundo que posee, habríansele venido los asuntos á las manos de decidirse á dedicar más parte de su vida á semejante empeño.

De poco realista, por último, según ya he dicho, hay personas que califican al Sr. Valera clasificándole en la escuela apellidada idealista, no sé bien por qué, aunque sí que hostilmente, en la literatura contemporánea. Tiempo sería ya de fijar bien la significación positiva de esta cómoda cuanto vaga expresión. Por de pronto, tiene mucho más estudiada Valera la vida que el gran Balzac, de quien su ardentísimo panegirista Pablo Bourget acaba de decirnos que le faltó tiempo para vivir á fuerza de escribir tanto. En el curiosísimo *Registro civil* de los personajes de Balzac, ya citado, aquellos dos mil de ambos sexos y de toda edad, aparecen inventados y pintados por el escritor que apenas vivió, con efecto, entre gentes, induciendo, imaginando, creando instintivamente lo más, aunque, puesto á ello, fuera observador sagacísimo. Este novelador sí que fué idealista, en mucho más exacto sentido que otros que hoy pasan por tales, es decir, un lógico, un psicólogo *apriorista*, un genio sintético y generalizador tanto y más que analítico, dedicado á esclarecer las obscuras noches de la humana conciencia; dialéctico poderoso, en suma, antes que positivista empírico. De aquí que si se toma cualquiera de sus mejores obras, verbigracia, *El Padre Goriot*, se halle al punto que lo ideal ó fantaseado, aunque profundo y

verdadero, entra allí por mayor cantidad que lo exactamente observado y copiado. El Padre Goriot es un padre idealista ó idealizado también. No trato, por lo que digo, de comparar con nadie á Balzac en este momento; sírvome de su glorioso nombre, por ejemplo de lo que el subjetivismo, vulgarmente apellidado idealismo, puede dar de sí, aunque tanto se le denoste actualmente.

Reconocí antes ya que lo único que flaqueaba por parte de este novelista insigne era el estilo, ciertamente trabajoso, difuso, poco digerible, por lo que hace sobre todo á las descripciones, con las cuales nunca acierta á formar en la imaginación del lector verdaderos cuadros, como que, á causa de la prodigalidad de los detalles, no cabe abarcarlos de una vez. Zola, no sin amaneramiento, en la narración, y con descripciones también minuciosas y pesadas, aunque exactísimas y ricas de color, posee en sumo grado el manejo técnico de la palabra, y es, todo junto, un estilista de primer orden. Flaubert lo fué también, y fuélo el joven Goncourt, así como su hermano superviviente y Daudet lo son. Nuestros principales noveladores de hoy en día, Doña Emilia Pardo Bazán, Galdós, Alarcón, Pereda, son asimismo excelentes prosistas. Pero he aquí un punto precisamente, en que según la opinión común

y la mía propia, á nadie cede el Sr. Valera. Su prosa, aunque más atildada, y no con tanto rigor castiza, recuerda la del célebre abate Marchena, en su traducción de los cuentos de Voltaire, donde sin desventaja rivaliza con el celebrado estilo de aquel maestro. No le costará, con todo, á Valera la vida, como quizá á Flaubert, no obstante los sensatos consejos de Jorge Sand, y como, al decir de Edmundo de Goncourt, le costó de veras á su hermano, el trabajo asídulo, intenso, implacable, de buscar verbos y objetivos pintorescos, capaces de competir en exactitud de dibujo y verdad de color con los pinceles, para reproducir, tal y como en el lienzo se reproducen, las cosas del cielo, de la mar, de la tierra, y además los pensamientos y discursos humanos. Ni deben de preocuparle tampoco gran cosa los intrincados estudios de originalidad léxica y gramatical, ó de flores retóricas, que practica Zola y alaba tanto en el estilo novísimo. Mientras se intenta, quizá en vano, que éste iguale en perfección al de los sofistas greco-orientales que escribieron las más de las novelas antiguas, entrégase plenamente Valera, de igual modo que Jorge Sand se entregaba á los dulces placeres de la espontaneidad de la pluma, no yéndole por eso peor. La erudición de que su gran memoria está sobrecargada rara vez se tradu-

ce, si bien se considera su estilo, en pedantesca afectación. Y si ordinariamente carece éste de la naturalidad psicológica del de Jorge Sand, no es para él poca fortuna, porque eso depende de que no ha vivido efectivamente la vida de pasión y de quimeras que aquella escritora inimitable.

Por cierto que el recuerdo anterior de la novela greco-oriental y greco-latina, me trae á la mente una final consideración que juzgo oportuna. No tienen por realmente observado los modernos *naturalistas* sino lo que ven ellos ó juzgan ver, reputando todo lo demás idealista, ó sea convencional y arbitrario. Mas ¿hay, ó de verdad ha habido novelista en ningún tiempo que saque las costumbres, las pasiones, las ideas de sus personajes y fábulas del propio caletre, sin observar las cosas de este mundo ni curarse de lo que pasa en él? Y si alguien ha incurrido en torpeza tal ó tamaño desvarío, ¿merece, por ventura, título de novelista, bajo ningún sistema literario? La poesía se ha tomado muchas libertades tocante á esto, ya en verso, ya en prosa; la novela propiamente dicha, jamás.

Sin salir del espacio que el *naturalismo* ha hecho especialmente suyo, observación, y grande, se descubre en los acertadísimos consejos de Clinias, sobre el método de seducir á las

mujeres, que contiene la novela griega de Aquiles Tacio ú Estacio, intitulada *Leucipo y Clitofon*; observación y sobrada hay, sin duda, en aquella lección famosa de Palestra á Lucio, sobre los placeres sensuales, que se lee en *El asno de Luciano*; observación se encuentra, y tan *naturalista* que, aunque recuerde algo á Ovidio, bien se ve que está cosechada personalmente en los consejos eróticos de la vieja del *Roman de la Rose*; y tampoco falta observación en la *Requesta de amors que fa la Reina* al valeroso *Tirante el Blanco* en su lecho, según el rarísimo libro de caballería que lleva este título. Pero ¿qué más? Hasta en aquella notable novela de la Edad Media, intitulada *Historia de Duobus Amantibus*, cuyo autor, con el nombre de Pío II, fué luego Papa, descúbrese no escaso espíritu de observación también, al hacerle pronunciar en el crítico instante en que lo pronunció, un cierto *scelus est*, á la rendida Lucrecia. Y es que decir novela, *roman* ó cosa tal, en todo tiempo ha equivalido á narración de sucesos humanos, bien que fabulosos, por lo cual, quien quiera que de eso escribiese, ya mejor, ya peor, sinceramente se proponía también contar lo que por el mundo, y del mundo, tenía experimentado. Acaso los naturalistas tendrán algo que oponer á la verdad científica de tal cual fábula antigua, verbigra-

cia, el idilio de *Dafnis y Cloe*, que ha hecho castellano Valera, por mucho mejor arte que los traductores antiguos de *Teagenes y Cariclea* y el de *El asno de Apuleyo* ⁽¹⁾, supuesto que se piensa ahora que el instinto enseña siempre lo que aquellos enamorados primerizos ignoraban. No debo callar, sin embargo, que en el Archivo de Alcalá existen cartas de un gran Rey de España, por donde se ve que, lejos de ser inverosímil el consabido caso, tanto como otro cualquiera pudo sacarse de la observación y experiencia. Pues no digamos si están observadas y vistas *al natural* las novelas españolas de Cervantes, Quevedo, Alemán, Espinel, ó Vélez de Guevara, y las de Céspedes de Meneses, Castillo Solórzano, Salas de Barbadiello y otros, pues su realismo, sobre todo en las picarescas, no ha sido excedido jamás. Estas fábulas nuestras de los siglos décimosexto y decimoséptimo, á no dudar fueron las primeras que merecieron el título de novelas de

(1) *El asno de Luciano* está también traducido al español, y publicado con algunos expurgos en el folletín del periódico *La Patria*, que vió la luz de 1849 á 1851 ó 52. El traductor fué un malogrado sabio, D. Enrique Alíx, con quien me unió en mis primeros años una estrecha amistad. Esta es la razón de que aquí no omita una noticia bibliográfica que para otros no tendrá acaso interés.

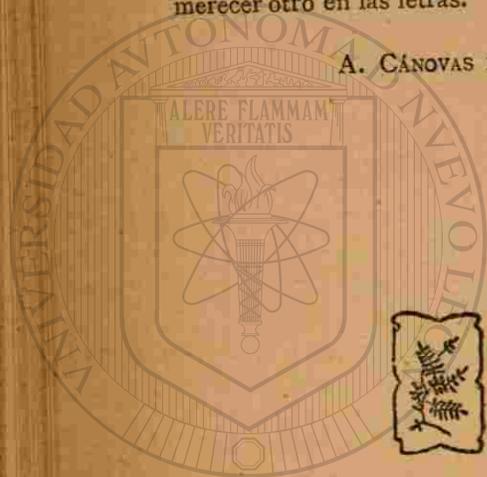
costumbres, por la grandísima verdad de las cosas del mundo que encierran, separándose en ello mucho de nuestro teatro, informado siempre por un idealismo magnífico, y hasta sublime, pero no poco convencional. Ninguna de las modernas novelas *naturalistas* ofrece tipos que lo sean tanto, hasta en el moderno sentido de esta palabra, como Sancho Panza, el Lazarillo de Tormes, con su ciego, y Guzmán de Alfarache, tratándose de hombres. En libro ninguno moderno está mejor observado tampoco cierto género de amor que en la primera *Celestina* y aun la segunda, en la *Lozana Andaluza* ó la *Pícara Justina*, la *Niña de los embustes*, de Castillo Solórzano, ó la *Ingeniosa Elena*, de Salas Barbadillo. También hay en nuestras novelas, como en las actuales, regocijos melancólicos, miserias, lacerías y hambre, sobre todo muchísima hambre, aunque no en verdad desesperada, porque autores y lectores creían á puño cerrado en otro mundo compensador. Fáltales sólo más sobriedad de reflexiones ó máximas y más llano estilo en ocasiones para merecer que su lectura se prefiera hoy mismo al mayor número de las modernas.

Pero basta, que materia es ésta que merece un libro. Fuerza es que ponga punto ya á mi largo trabajo. Escribí al fin este verano de-

masiadas cuartillas, por la repetidísima razón de que, para ser exacto y ajustado, hay que no estar de prisa, y yo lo estaba. Una vez vencida la pereza primitiva y el miedo de no estar bien apercibido para el caso, parecióme que es raro el viajero á la postre, y singular el bañista que no dedique parte del tiempo, que fuera de su casa emplea, leyendo y juzgando novelas. Esto y no otra cosa he venido á hacer en resumen. Lo que hay es que la generalidad de tales sujetos ó guarda para sí ó reserva para sus horas de conversación lo que por razones que ya el lector sabe de sobra, pongo aquí yo en letras de molde. Por lo demás, el haberse retardado la nueva edición de estas novelas bastante más que pensaba, me ha dado lugar, después de borroneado el prólogo, para retocar y añadir algo, que bien lo necesitaba. Y pues dejo complacido, en fin, al editor, tan grande amigo mío como el propio Sr. Valera, ruégoles á los dos juntamente que propalen por ahí mi resolución inquebrantable de no escribir otro ningún prólogo, fuera de los ofrecidos con anterioridad, que por desgracia no son muy pocos. Pero nuevos compromisos de este linaje no volveré á aceptarlos, porque ya que he contraído el vicio de escribir para el público á ratos perdidos, justo será que á trabajos más míos destine el

tiempo en adelante. ¿No es verdad que el solo título de *prologuista* debe envanecer en este mundo poquísimo? Pues á riesgo estoy de no merecer otro en las letras.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PEPITA JIMÉNEZ

UANL

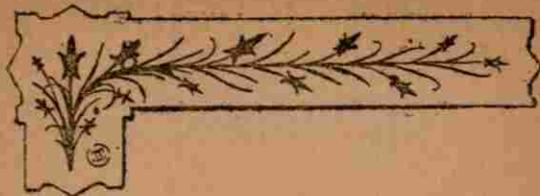
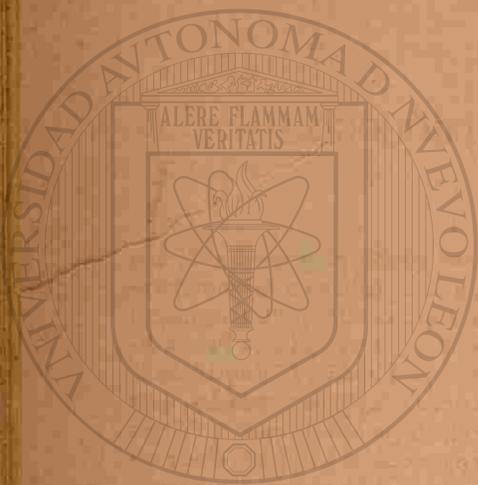
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1944 LEÓN MONTERREY, MEXICO



PRÓLOGO.

A presente edición es la novena de esta novela, que ha tenido un éxito muy superior á lo que el autor podía imaginarse.

Se publicó por vez primera PEPITA JIMÉNEZ en la *Revista de España. El Imparcial* la publicó después en su edición de provincias, de la que hace una tirada de 30.000 ejemplares. Y, por último, en tomo aparte se ha publicado cinco veces: una vez por cuenta del autor; otra, por cuenta del Sr. D. Abelardo de Carlos; y tres, por cuenta de los Sres. Perojo y Álvarez.

En otros países no ha alcanzado menor favor con el público la mencionada novela.

En Francia ha dado de ella, si no una traducción, un compendio bastante extenso, el acreditado *Journal des Débats*; y ha sido traducida al portugués, al inglés, al polaco, al alemán, al bohemio y al italiano, siendo fiel y elegantísima la traducción hecha en este último idioma por Daniel Rubbi, y

publicada en Milán en *La Perseveranza*, y en tomo por el Sr. Farina (1).

En Buenos Aires y en Caracas han reimpresso también á PEPITA JIMÉNEZ, publicándola en los periódicos y haciendo de ella los encomios más lisonjeros.

Todo esto anima al autor á hacer una edición nueva; y como nada tiene que decir sobre su obra que ya no haya dicho, se limita á reproducir aquí los primeros párrafos del prólogo de la edición que hizo el Sr. De Carlos, y que son como siguen:

«El favor con que el público ha acogido mi novela de PEPITA JIMÉNEZ, me induce á hacer de ella esta nueva edición, más esmerada.

«Poco tengo que decir de la novela misma, en la cual no he hecho variación alguna. Diré sólo, para descargo de mi conciencia, que al escribir PEPITA JIMÉNEZ no tuve ningún propósito de demostrar esto ó de impugnar aquello; de burlarme de un *ideal* y de encomiar otro; de mostrarme más pío ó menos pío. Mi propósito se limitó á escribir una obra de entretenimiento. Si la gente se ha entretenido un rato leyendo mi novela, lo he conseguido, y no aspiro á más.

«Es evidente, sin embargo, que una novela bonita no puede consistir en la servil, prosáica y vulgar representación de la vida humana: una novela bonita debe ser poesía y no historia; esto es, debe

(1) No entra en esta cuenta de las ediciones en castellano la hecha, en 1887, en Nueva York, por la casa editorial de los Sres. Appleton.

pintar las cosas, no como son, sino más bellas de lo que son, iluminándolas con luz que tenga cierto hechizo.

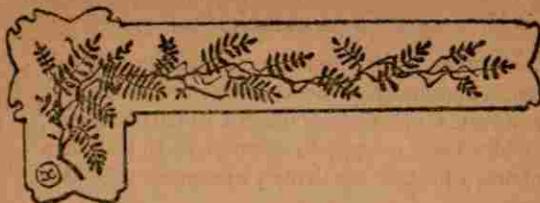
«En busca de esta luz tuve yo la ocurrencia dichosa, y perdónese me la inmodestia con que me alabo, de acudir á nuestros místicos de los siglos XVI y XVII. De ellos tomé á manos llenas cuanto me pareció más adecuado á mi asunto, y de aquí el encanto que no dudo que hay en PEPITA JIMÉNEZ, y que más se debe á dichos autores que á mí, que los he despojado para ataviarme.

«La malicia que algunos críticos presumen hallar en el narrador, se me figura que está más en ellos que en mí. El señor Deán, y no yo, es quien narra; y cuanto suena á burlas en lo que dice, va contra la petulancia juvenil de su sobrino, contra la falta de solidez de sus intentos y contra lo vano de su vocación, no contra la vocación misma.

«Es inútil defenderme de los pudorosos que me condenan porque llevo las cosas al último extremo á fin de que D. Luis abandone su vocación. ¿Qué poesía ni qué arte habría en hacerle desistir fría y razonadamente de ser un santo misionero para casarse por sus pasos contados y del modo más *correcto*, y sin el menor trastorno de trámites, con su Pepita? Al cabo la vocación de D. Luis, aunque entraba por mucho en ella el amor propio, el orgullo, los inexpertos ensueños ambiciosos del colegial, el entusiasmo, más fantástico que firme, que los libros elocuentes, las hermosas teorías y doctrinas y todo el brillo poético de nuestra religión habían infundido en su alma, era una voca-

ción que no podía desvanecerse sin la violencia de pasión grandísima, y sin el esfuerzo extraordinario de una mujer enamorada, con quien conspiran, á sabiendas ó sin saberlo, el padre de D. Luis, Antoñona y hasta el excelente y candoroso señor Vicario.

»Prueba clara, por último, de que no estaba en la mente del autor el censurar la vocación de Don Luis, es que, apartado de ella, careciendo ya del impulso que hubiera bastado á superar obstáculos, á vencer tentaciones y á seguirla, la vocación vale á D. Luis, sembrando en su alma gérmenes de virtud, que hacen de él un marido excelente y un dechado de padres de familia, lo cual no es tan poco.»



PEPITA JIMÉNEZ.

Nescit labi virtus.

El señor Deán de la catedral de..., muerto pocos años há, dejó entre sus papeles un legajo, que, rodando de unas manos en otras, ha venido á dar en las mías, sin que, por extraña fortuna, se haya perdido uno solo de los documentos de que constaba. El rótulo del legajo es la sentencia latina que me sirve de epígrafe, sin el nombre de mujer que yo le doy por título ahora; y tal vez este rótulo haya contribuído á que los papeles se conserven, pues creyéndolos cosa de sermón ó de teología, nadie se movió antes que yo á desatar el balduque ni á leer una sola página.

Contiene el legajo tres partes. La primera dice: *Cartas de mi sobrino*; la segunda, *Paralipómenos*, y la tercera, *Epílogo*.—*Cartas de mi hermano*.

Todo ello está escrito de una misma letra, que se puede inferir fuese la del señor Deán. Y como el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

conjunto forma algo á modo de novela, si bien con poco ó ningún enredo, yo imaginé en un principio que tal vez el señor Deán quiso ejercitar su ingenio componiéndola en algunos ratos de ocio; pero, mirando el asunto con más detención y notando la natural sencillez del estilo, me inclino á creer ahora que no hay tal novela, sino que las cartas son copia de verdaderas cartas, que el señor Deán rasgó, quemó ó devolvió á sus dueños, y que la parte narrativa, designada con el título bíblico de *Paralipómenos*, es la sola obra del señor Deán, á fin de completar el cuadro con sucesos que las cartas no refieren.

De cualquier modo que sea, confieso que no me ha cansado, antes bien me ha interesado casi la lectura de estos papeles; y como en el día se publica todo, he decidido publicarlos también, sin más averiguaciones, mudando sólo los nombres propios, para que si viven los que con ellos se designan, no se vean en novela sin quererlo ni permitirlo.

Las cartas que la primera parte contiene parecen escritas por un joven de pocos años, con algún conocimiento teórico, pero con ninguna práctica de las cosas del mundo, educado al lado del señor Deán, su tío, y en el Seminario, y con gran fervor religioso y empeño decidido de ser sacerdote.

A este joven llamaremos D. Luis de Vargas.

El mencionado *manuscrito*, fielmente trasladado á la estampa, es como sigue:



I.

CARTAS DE MI SOBRINO.

22 de marzo.



QUERIDO tío y venerable maestro: Hace cuatro días que llegué con toda felicidad á este lugar de mi nacimiento, donde he hallado bien de salud á mi padre, al señor Vicario y á los amigos y parientes. El contento de verlos y de hablar con ellos, después de tantos años de ausencia, me ha embargado el ánimo y me ha robado el tiempo, de suerte que hasta ahora no he podido escribir á V.

V. me lo perdonará.

Como salí de aquí tan niño y he vuelto hecho un hombre, es singular la impresión que me causan todos estos objetos que guardaba en la memoria. Todo me parece mucho más chico, pero también más bonito que el recuerdo que tenía. La casa de mi padre, que en mi imaginación era inmensa, es sin duda una gran casa de un rico labrador, pero más pequeña que el Seminario. Lo que

ahora comprendo y estimo mejor es el campo de por aquí. Las huertas, sobre todo, son deliciosas. ¡Qué sendas tan lindas hay entre ellas! Á un lado, y tal vez á ambos, corre el agua cristalina con grato murmullo. Las orillas de las acequias están cubiertas de hierbas olorosas y de flores de mil clases. En un instante puede uno coger un gran ramo de violetas. Dan sombra á estas sendas pomposos y gigantescos nogales, higueras y otros árboles, y forman los vallados la zarzamora, el rosal, el granado y la madreSelva.

Es portentosa la multitud de pajarillos que alegran estos campos y alamedas.

Yo estoy encantado con las huertas, y todas las tardes me paseo por ellas un par de horas.

Mi padre quiere llevarme á ver sus olivares, sus viñas, sus cortijos; pero nada de esto hemos visto aún. No he salido del lugar y de las amenas huertas que le circundan.

Es verdad que no me dejan parar con tanta visita.

Hasta cinco mujeres han venido á verme, que todas han sido mis amas y me han abrazado y besado.

Todos me llaman Luisito ó el niño de D. Pedro, aunque tengo ya veintidós años cumplidos. Todos preguntan á mi padre por el niño cuando no estoy presente.

Se me figura que son inútiles los libros que he traído para leer, pues ni un instante me dejan solo.

La dignidad de cacique, que yo creía cosa de

broma, es cosa harto seria. Mi padre es el cacique del lugar.

Apenas hay aquí quien acierte á comprender lo que llaman mi manía de hacerme clérigo, y esta buena gente me dice, con un candor selvático, que debo ahorcar los hábitos, que el ser clérigo está bien para los pobretones; pero que yo, que soy un rico heredero, debo casarme y consolar la vejez de mi padre, dándole media docena de hermosos y robustos nietos.

Para adularme y adular á mi padre, dicen hombres y mujeres que soy un real mozo, muy salado, que tengo mucho ángel, que mis ojos son muy pícaros y otras sandeces que me afligen, disgustan y avergüenzan, á pesar de que no soy tímido y conozco las miserias y locuras de esta vida, para no escandalizarme ni asustarme de nada.

El único defecto que hallan en mí es el de que estoy muy delgadito á fuerza de estudiar. Para que engorde se proponen no dejarme estudiar ni leer un papel mientras aquí permanezca, y además hacerme comer cuantos primores de cocina y de repostería se confeccionan en el lugar. Está visto: quieren cebarme. No hay familia conocida que no me haya enviado algún obsequio. Ya me envían una torta de bizcocho, ya un cuajado, ya una pirámide de piñonate, ya un tarro de almíbar. ^(R)

Los obsequios que me hacen no son sólo estos presentes enviados á casa, sino que también me han convidado á comer tres ó cuatro personas de las más importantes del lugar.

Mañana como en casa de la famosa Pepita Ji-

ménez, de quien V. habrá oído hablar, sin duda alguna. Nadie ignora aquí que mi padre la pretende.

Mi padre, á pesar de sus cincuenta y cinco años, está tan bien, que puede poner envidia á los más gallardos mozos del lugar. Tiene además el atractivo poderoso, irresistible para algunas mujeres, de sus pasadas conquistas, de su celebridad, de haber sido una especie de D. Juan Tenorio.

No conozco aún á Pepita Jiménez. Todos dicen que es muy linda. Yo sospecho que será una belleza lugareña y algo rústica. Por lo que de ella se cuenta, no acierto á decidir si es buena ó mala moralmente; pero sí que es de gran despejo natural. Pepita tendrá veinte años; es viuda; sólo tres años estuvo casada. Era hija de Doña Francisca Gálvez, viuda, como V. sabe, de un capitán retirado,

Que le dejó á su muerte

Sólo su honrosa espada por herencia,

según dice el poeta. Hasta la edad de diez y seis años vivió Pepita con su madre en la mayor estrechez, casi en la miseria.

Tenía un tío llamado D. Gumersindo, poseedor de un mezquínísimo mayorazgo, de aquéllos que en tiempos antiguos una vanidad absurda fundaba. Cualquiera persona regular hubiera vivido con las rentas de este mayorazgo en continuos apuros, llena tal vez de trampas y sin acertar á darse el lustre y decoro propios de su clase; pero D. Gumersindo era un sér extraordinario: el genio de la

economía. No se podía decir que crease riqueza; pero tenía una extraordinaria facultad de absorción con respecto á la de los otros, y en punto á consumirla, será difícil hallar sobre la tierra persona alguna en cuyo mantenimiento, conservación y bienestar hayan tenido menos que afanarse la madre naturaleza y la industria humana. No se sabe cómo vivió; pero el caso es que vivió hasta la edad de ochenta años, ahorrando sus rentas íntegras y haciendo crecer su capital por medio de préstamos muy sobre seguro. Nadie por aquí le critica de usurero, antes bien le califican de caritativo, porque siendo moderado en todo, hasta en la usura lo era, y no solía llevar más de un 10 por 100 al año, mientras que en toda esta comarca llevan un 20 y hasta un 30 por 100 y aun parece poco.

Con este arreglo, con esta industria y con el ánimo consagrado siempre á aumentar y á no disminuir sus bienes, sin permitirse el lujo de casarse, ni de tener hijos, ni de fumar siquiera, llegó D. Gumersindo á la edad que he dicho, siendo poseedor de un capital importante sin duda en cualquier punto, y aquí considerado enorme, merced á la pobreza de estos lugareños y á la natural exageración andaluza.

D. Gumersindo, muy aseado y cuidadoso de su persona, era un viejo que no inspiraba repugnancia.

Las prendas de su sencillo vestuario estaban algo raidas, pero sin una mancha y saltando de limpias, aunque de tiempo inmemorial se le conocía la misma capa, el mismo chaquetón y los mismos

pantalones y chaleco. Á veces se interrogaban en balde las gentes unas á otras á ver si alguien le había visto estrenar una prenda.

Con todos estos defectos, que aquí y en otras partes muchos consideran virtudes, aunque virtudes exageradas, D. Gumersindo tenía excelentes cualidades: era afable, servicial, compasivo, y se desvivía por complacer y ser útil á todo el mundo, aunque le costase trabajo, desvelo y fatiga, con tal de que no le costase un real. Alegre y amigo de chanzas y de burlas, se hallaba en todas las reuniones y fiestas, cuando no eran á escote, y las regocijaba con la amenidad de su trato y con su discreta, aunque poco ática, conversación. Nunca había tenido inclinación alguna amorosa á una mujer determinada; pero inocentemente, sin malicia, gustaba de todas, y era el viejo más amigo de requebrar á las muchachas y que más las hiciese reír que había en diez leguas á la redonda.

Ya he dicho que era tío de la Pepita. Cuando frisaba en los ochenta años, iba ella á cumplir los diez y seis. Él era poderoso; ella pobre y desvalida.

La madre de ella era una mujer vulgar, de cortas luces y de instintos groseros. Adoraba á su hija, pero continuamente y con honda amargura se lamentaba de los sacrificios que por ella hacía, de las privaciones que sufría y de la desconsolada vejez y triste muerte que iba á tener en medio de tanta pobreza. Tenía, además, un hijo mayor que Pepita, que había sido gran calavera en el lugar, jugador y pendenciero, á quien después de muchos

disgustos había logrado colocar en la Habana en un empleillo de mala muerte, viéndose así libre de él y con el charco de por medio. Sin embargo, á los pocos años de estar en la Habana el muchacho, su mala conducta hizo que le dejaran cesante, y asaeteaba á cartas á su madre pidiéndole dinero. La madre, que apenas tenía para sí y para Pepita, se desesperaba, rabiaba, maldecía de sí y de su destino con paciencia poco evangélica, y cifraba toda su esperanza en una buena colocación para su hija que la sacase de apuros.

En tan angustiosa situación empezó D. Gumersindo á frecuentar la casa de Pepita y de su madre y á requebrar á Pepita con más ahinco y persistencia que solía requebrar á otras. Era, con todo, tan inverosímil y tan desatinado el suponer que un hombre que había pasado ochenta años sin querer casarse pensase en tal locura cuando ya tenía un pie en el sepulcro, que ni la madre de Pepita, ni Pepita mucho menos, sospecharon jamás los en verdad atrevidos pensamientos de D. Gumersindo. Así es que un día ambas se quedaron atónitas y pasmadas cuando, después de varios requiebros, entre burlas y veras, D. Gumersindo soltó con la mayor formalidad y á boca de jarro la siguiente categórica pregunta:

—Muchacha, ¿quieres casarte conmigo?

Pepita, aunque la pregunta venía después de mucha broma y pudiera tomarse por broma, y aunque inexperta de las cosas del mundo, por cierto instinto adivinatorio que hay en las mujeres, y sobre todo en las mozas, por cándidas que sean,

conoció que aquello iba por lo serio, se puso colorada como una guinda y no contestó nada. La madre contestó por ella:

—Niña, no seas mal criada; contesta á tu tío lo que debes contestar: Tío, con mucho gusto; cuando V. quiera.

Este Tío, con mucho gusto; cuando V. quiera, entonces, y varias veces después, dicen que salió casi mecánicamente de entre los trémulos labios de Pepita, cediendo á las amonestaciones, á los discursos, á las quejas, y hasta al mandato imperioso de su madre.

Veo que me extiendo demasiado en hablar á usted de esta Pepita Jiménez y de su historia; pero me interesa, y supongo que debe interesarle, pues si es cierto lo que aquí aseguran, va á ser cuñada de V. y madrastra mía. Procuraré, sin embargo, no detenerme en pormenores, y referir, en resumen, cosas que acaso V. ya sepa, aunque hace tiempo que falta de aquí.

Pepita Jiménez se casó con D. Gumersindo.

La envidia se desencadenó contra ella en los días que precedieron á la boda, y algunos meses después.

En efecto, el valor moral de este matrimonio es harto discutible; mas para la muchacha, si se atiende á los ruegos de su madre, á sus quejas, hasta á su mandato; si se atiende á que ella creía por este medio proporcionar á su madre una vejez descansada y libertar á su hermano de la deshonra y de la infamia, siendo su ángel tutelar y su providencia, fuerza es confesar que merece atenuación la cen-

sura. Por otra parte, ¿cómo penetrar en lo íntimo del corazón, en el secreto escondido de la mente juvenil de una doncella, criada tal vez con recogimiento exquisito é ignorante de todo, y saber qué idea podía ella formarse del matrimonio? Tal vez entendió que casarse con aquel viejo era consagrar su vida á cuidarle, á ser su enfermera, á dulcificar los últimos años de su vida, á no dejarle en soledad y abandono, cercado sólo de achaques y asistido por manos mercenarias, y á iluminar y dorar, por último, sus postrimerías con el rayo esplendente y suave de su hermosura y de su juventud, como ángel que toma forma humana. Si algo de esto ó todo esto pensó la muchacha, y en su inocencia no penetró en otros misterios, salva queda la bondad de lo que hizo.

Como quiera que sea, dejando á un lado estas investigaciones psicológicas que no tengo derecho á hacer, pues no conozco á Pepita Jiménez, es lo cierto que ella vivió en santa paz con el viejo durante tres años; que el viejo parecía más feliz que nunca; que ella le cuidaba y regalaba con un esmero admirable, y que en su última y penosa enfermedad le atendió y veló con infatigable y tierno afecto, hasta que el viejo murió en sus brazos, dejándola heredera de una gran fortuna.

Aunque hace más de dos años que perdió á su madre, y más de año y medio que enviudó, Pepita lleva aún luto de viuda. Su compostura, su vivir retirado y su melancolía son tales, que cualquiera pensaría que llora la muerte del marido como si hubiera sido un hermoso mancebo. Tal vez

alguien presume ó sospecha que la soberbia de Pepita y el conocimiento cierto que tiene hoy de los poco poéticos medios con que se ha hecho rica, traen su conciencia alterada y más que escrupulosa; y que, avergonzada á sus propios ojos y á los de los hombres, busca en la austeridad y en el retiro el consuelo y reparo á la herida de su corazón.

Aquí, como en todas partes, la gente es muy aficionada al dinero. Y digo mal *como en todas partes*: en las ciudades populosas, en los grandes centros de civilización, hay otras distinciones que se ambicionan tanto ó más que el dinero, porque abren camino y dan crédito y consideración en el mundo; pero en los pueblos pequeños, donde ni la gloria literaria ó científica, ni tal vez la distinción en los modales, ni la elegancia, ni la discreción y amenidad en el trato, suelen estimarse ni comprenderse, no hay otros grados que marquen la jerarquía social sino el tener más ó menos dinero ó cosa que lo valga. Pepita, pues, con dinero y siendo además hermosa, y haciendo, como dicen todos, buen uso de su riqueza, se ve en el día considerada y respetada extraordinariamente. De este pueblo y de todos los de las cercanías han acudido á pretenderla los más brillantes partidos, los mozos mejor acomodados. Pero, á lo que parece, ella los desdeña á todos con extremada dulzura, procurando no hacerse ningún enemigo, y se supone que tiene llena el alma de la más ardiente devoción, y que su constante pensamiento es consagrar su vida á ejercicios de caridad y de piedad religiosa.

Mi padre no está más adelantado ni ha salido

mejor librado, según dicen, que los demás pretendientes; pero Pepita, para cumplir el refrán de que no quita lo cortés á lo valiente, se esmera en mostrarle la amistad más franca, afectuosa y desinteresada. Se deshace con él en obsequios y atenciones; y siempre que mi padre trata de hablarle de amor, le pone á raya echándole un sermón dulcísimo, trayéndole á la memoria sus pasadas culpas, y tratando de desengañarle del mundo y de sus pompas vanas.

Confieso á V. que empiezo á tener curiosidad de conocer á esta mujer; tanto oigo hablar de ella. No creo que mi curiosidad carezca de fundamento, tenga nada de vano ni de pecaminoso; yo mismo siento lo que dice Pepita; yo mismo deseo que mi padre, en su edad proveya, venga á mejor vida, olvide y no renueve las agitaciones y pasiones de su mocedad, y llegue á una vejez tranquila, dichosa y honrada. Sólo difiero del sentir de Pepita en una cosa: en creer que mi padre, mejor que quedándose soltero, conseguiría esto casándose con una mujer digna, buena y que le quisiese. Por esto mismo deseo conocer á Pepita y ver si ella puede ser esta mujer, pesándome ya algo, y tal vez entre en esto cierto orgullo de familia, que si es malo quisiera desechar, los desdenes, aunque melifluos y afectuosos, de la mencionada joven viuda. ®

Si tuviera yo otra condición, preferiría que mi padre se quedase soltero. Hijo único entonces, heredaría todas sus riquezas, y como si dijéramos, nada menos que el cacicato de este lugar; pero V. sabe bien lo firme de mi resolución.

Aunque indigno y humilde, me siento llamado al sacerdocio, y los bienes de la tierra hacen poca mella en mi ánimo. Si hay algo en mí del ardor de la juventud y de la vehemencia de las pasiones propias de dicha edad, todo habrá de emplearse en dar pábulo á una caridad activa y fecunda. Hasta los muchos libros que V. me ha dado á leer, y mi conocimiento de la historia de las antiguas civilizaciones de los pueblos del Asia, unen en mí la curiosidad científica al deseo de propagar la fe, y me convidan y excitan á irme de misionero al remoto Oriente. Yo creo que no bien salga de este lugar, donde V. mismo me envía á pasar algún tiempo con mi padre, y no bien me vea elevado á la dignidad del sacerdocio, y aunque ignorante y pecador como soy, me sienta revestido por don sobrenatural y gratuito, merced á la soberana bondad del Altísimo, de la facultad de perdonar los pecados y de la misión de enseñar á las gentes, y reciba el perpetuo y milagroso favor de traer á mis manos impuras al mismo Dios humanado, dejaré á España y me iré á tierras distantes á predicar el Evangelio.

No me mueve vanidad alguna; no quiero crearme superior á ningún otro hombre. El poder de mi fe, la constancia de que me siento capaz, todo, después del favor y de la gracia de Dios, se lo debo á la atinada educación, á la santa enseñanza y al buen ejemplo de V., mi querido tío.

Casi no me atrevo á confesarme á mí mismo una cosa; pero contra mi voluntad, esta cosa, este pensamiento, esta cavilación acude á mi mente

con frecuencia, y ya que acude á mi mente, quiero, debo confesársela á V.; no me es lícito ocultarle ni mis más recónditos é involuntarios pensamientos. V. me ha enseñado á analizar lo que el alma siente, á buscar su origen bueno ó malo, á escudriñar los más hondos senos del corazón, á hacer, en suma, un escrupuloso examen de conciencia.

He pensado muchas veces sobre dos métodos opuestos de educación: el de aquéllos que procuran conservar la inocencia, confundiendo la inocencia con la ignorancia y creyendo que el mal no conocido se evita mejor que el conocido, y el de aquéllos que, valerosamente y no bien llegado el discípulo á la edad de la razón, y salva la delicadeza del pudor, le muestran el mal en toda su fealdad horrible y en toda su espantosa desnudez, á fin de que le aborrezca y le evite. Yo entiendo que el mal debe conocerse para estimar mejor la infinita bondad divina, término ideal é inasequible de todo bien nacido deseo. Yo agradezco á V. que me haya hecho conocer, como dice la Escritura, con la miel y la manteca de su enseñanza, todo lo malo y todo lo bueno, á fin de reprobado lo uno y aspirar á lo otro, con discreto ahinco y con pleno conocimiento de causa. Me alegro de no ser cándido y de ir derecho á la virtud, y en cuanto cabe en lo humano, á la perfección, sabedor de todas las tribulaciones, de todas las asperezas que hay en la peregrinación que debemos hacer por este valle de lágrimas, y no ignorando tampoco lo llano, lo fácil, lo dulce, lo sembrado de flores que

está, en apariencia, el camino que conduce á la perdición y á la muerte eterna.

Otra cosa que me considero obligado á agradecer á V. es la indulgencia, la tolerancia, aunque no complaciente y relajada, sino severa y grave, que ha sabido V. inspirarme para con las faltas y pecados del prójimo.

Digo todo esto porque quiero hablar á V. de un asunto tan delicado, tan vidrioso, que apenas hallo términos con que expresarle. En resolución, yo me pregunto á veces: este propósito mío, ¿tendrá por fundamento, en parte al menos, el carácter de mis relaciones con mi padre? En el fondo de mi corazón, ¿he sabido perdonarle su conducta con mi pobre madre, víctima de sus liviandades?

Lo examino detenidamente y no hallo un átomo de rencor en mi pecho. Muy al contrario: la gratitud lo llena todo. Mi padre me ha criado con amor; ha procurado honrar en mí la memoria de mi madre, y se diría que al criarme, al cuidarme, al mimarme, al esmerarse conmigo cuando pequeño, trataba de aplacar su irritada sombra, si la sombra, si el espíritu de ella, que era un ángel de bondad y de mansedumbre, hubiera sido capaz de ira. Repito, pues, que estoy lleno de gratitud hacia mi padre; él me ha reconocido, y además, á la edad de diez años me envió con V., á quien debo cuanto soy.

Si hay en mi corazón algún germen de virtud; si hay en mi mente algún principio de ciencia; si hay en mi voluntad algún honrado y buen propósito, á V. lo debo.

El cariño de mi padre hacia mí es extraordinario, es grande; la estimación en que me tiene, inmensamente superior á mis merecimientos. Acaso influya en esto la vanidad. En el amor paterno hay algo de egoísta; es como una prolongación del egoísmo. Todo mi valer, si yo le tuviese, mi padre le consideraría como creación suya, como si yo fuera emanación de su personalidad, así en el cuerpo como en el espíritu. Pero de todos modos, creo que él me quiere y que hay en este cariño algo de independiente y de superior á todo ese disculpable egoísmo de que he hablado.

Siento un gran consuelo, una gran tranquilidad en mi conciencia, y doy por ello las más fervientes gracias á Dios, cuando advierto y noto que la fuerza de la sangre, el vínculo de la naturaleza, ese misterioso lazo que nos une, me lleva, sin ninguna consideración del deber, á amar á mi padre y á reverenciarle. Sería horrible no amarle así, y esforzarse por amarle para cumplir con un mandamiento divino. Sin embargo, y aquí vuelve mi escrupulo, mi propósito de ser clérigo ó fraile, de no aceptar, ó de aceptar sólo una pequeña parte de los cuantiosos bienes que han de tocarme por herencia, y de los cuales puedo disfrutar ya en vida de mi padre, ¿proviene sólo de mi menosprecio de las cosas del mundo, de una verdadera vocación á la vida religiosa, ó proviene también de orgullo, de rencor escondido, de queja, de algo que hay en mí que no perdona lo que mi madre perdonó con generosidad sublime? Esta duda me asalta y me atormenta á veces; pero casi siempre la resuelvo

en mi favor, y creo que no soy orgulloso con mi padre; creo que yo aceptaría todo cuanto tiene si lo necesitara, y me complazco en ser tan agradecido con él por lo poco como por lo mucho.

Adiós, tío: en adelante escribiré á V. á menudo y tan por extenso como me tienen encargado, si bien no tanto como hoy, para no pecar de prolijo.

28 de Marzo.

Me voy cansando de mi residencia en este lugar, y cada día siento más deseo de volverme con V. y de recibir las órdenes; pero mi padre quiere acompañarme, quiere estar presente en esa gran solemnidad y exige de mí que permanezca aquí con él dos meses por lo menos. Está tan afable, tan cariñoso conmigo, que sería imposible no darle gusto en todo. Permaneceré, pues, aquí el tiempo que él quiera. Para complacerle me violento y procuro aparentar que me gustan las diversiones de aquí, las giras campestres y hasta la caza, á todo lo cual le acompaño. Procuro mostrarme más alegre y bullicioso de lo que naturalmente soy. Como en el pueblo, medio de burla, medio en son de elogio, me llaman el *santo*, yo por modestia trato de disimular estas apariencias de santidad ó de suavizarlas y humanarlas con la virtud de la eutropelia. ostentando una alegría serena y decente, la cual nunca estuvo reñida ni con la santidad ni con los santos. Confieso, con todo, que las bromas y fiestas de aquí, que los chistes groseros y el regocijo estruendoso, me cansan. No quisiera incurrir en

murmuración ni ser maldiciente, aunque sea con todo sigilo y de mí para V.; pero á menudo me doy á pensar que tal vez sería más difícil empresa el moralizar y evangelizar un poco á estas gentes, y más lógica y meritoria que el irse á la India, á la Persia ó á la China, dejándose atrás á tanto compatriota, si no perdido, algo pervertido. ¡Quién sabel Dicen algunos que las ideas modernas, que el materialismo y la incredulidad tienen la culpa de todo; pero si la tienen, pero si obran tan malos efectos, ha de ser de un modo extraño, mágico, diabólico, y no por medios naturales, pues es lo cierto que nadie lee aquí libro alguno ni bueno ni malo, por donde no atino á comprender cómo puedan pervertirse con las malas doctrinas que privan ahora. ¿Estarán en el aire las malas doctrinas, á modo de miasmas de una epidemia? Acaso (y siento tener este mal pensamiento, que á V. sólo declaro), acaso tenga la culpa el mismo clero. ¿Está en España á la altura de su misión? ¿Va á enseñar y á moralizar en los pueblos? ¿En todos sus individuos es capaz de esto? ¿Hay verdadera vocación en los que se consagran á la vida religiosa y á la cura de almas, ó es sólo un modo de vivir como otro cualquiera, con la diferencia de que hoy no se dedican á él sino los más menesterosos, los más sin esperanzas y sin medios, por lo mismo que esta *carra* ofrece menos porvenir que cualquiera otra? Sea como sea, la escasez de sacerdotes instruidos y virtuosos excita más en mí el deseo de ser sacerdote. No quisiera yo que el amor propio me engañase: reconozco todos mis defectos; pero siento en mí

una verdadera vocación, y muchos de ellos podrán enmendarse con el auxilio divino.

Hace tres días tuvimos el convite, de que hablé á V., en casa de Pepita Jiménez. Como esta mujer vive tan retirada, no la conocí hasta el día del convite: me pareció, en efecto, tan bonita como dice la fama, y advertí que tiene con mi padre una afección tan grande, que le da alguna esperanza, al menos miradas las cosas someramente, de que al cabo ceda y acepte su mano.

Como es posible que sea mi madrastra, la he mirado con detención y me parece una mujer singular, cuyas condiciones morales no atino á determinar con certidumbre. Hay en ella un sosiego, una paz exterior, que puede provenir de frialdad de espíritu y de corazón, de estar muy sobre sí y de calcularlo todo, sintiendo poco ó nada, y pudiera provenir también de otras prendas que hubiera en su alma; de la tranquilidad de su conciencia, de la pureza de sus aspiraciones y del pensamiento de cumplir en esta vida con los deberes que la sociedad impone, fijando la mente, como término, en esperanzas más altas. Ello es lo cierto que, ó bien porque en esta mujer todo es cálculo, sin elevarse su mente á superiores esferas, ó bien porque enlaza la prosa del vivir y la poesía de sus ensueños en una perfecta armonía, no hay en ella nada que desentone del cuadro general en que está colocada, y, sin embargo, posee una distinción natural, que la levanta y separa de cuanto la rodea. No afecta vestir traje aldeano, ni se viste tampoco según la moda de las ciudades: mezcla ambos es-

tilos en su vestir, de modo que parece una señora, pero una señora de lugar. Disimula mucho, á lo que yo presumo, el cuidado que tiene de su persona; no se advierten en ella ni cosméticos ni afeites; pero la blancura de sus manos, las uñas tan bien cuidadas y acicaladas, y todo el aseo y pulcritud con que está vestida, denotan que cuida de estas cosas más de lo que pudiera creerse en una persona que vive en un pueblo y que además dicen que desdeña las vanidades del mundo y sólo piensa en las cosas de cielo.

Tiene la casa limpiísima y todo en un orden perfecto. Los muebles no son artísticos ni elegantes; pero tampoco se advierte en ellos nada de pretencioso y de mal gusto. Para poetizar su estancia, tanto en el patio como en las salas y galerías, hay multitud de flores y plantas. No hay, en verdad, ninguna planta rara ni ninguna flor exótica; pero sus plantas y sus flores, de lo más común que hay por aquí, están cuidadas con extraordinario mimo.

Varios canarios en jaulas doradas animan con sus trinos toda la casa. Se conoce que el dueño de ella necesita seres vivos en quien poner algún cariño; y, á más de algunas criadas, que se diría que ha elegido con empeño, pues no puede ser mera casualidad el que sean todas bonitas, tiene, como las viejas solteronas, varios animales que le hacen compañía: un loro, una perrita de lana muy lavada y dos ó tres gatos, tan mansos y sociables, que se le ponen á uno encima.

En un extremo de la sala principal hay algo como oratorio, donde resplandece un niño Jesús de

talla, blanco y rubio, con ojos azules y bastante guapo. Su vestido es de raso blanco, con manto azul lleno de estrellitas de oro, y todo él está cubierto de dijes y de joyas. El altarito en que está el niño Jesús se ve adornado de flores, y alrededor macetas de brusco y laureola, y en el altar mismo, que tiene gradas ó escaloncitos, mucha cera ardiendo.

Al ver todo esto no sé qué pensar; pero más á menudo me inclino á creer que la viuda se ama á sí misma sobre todo, y que para recreo y para efusión de este amor tiene los gatos, los canarios, las flores y al propio niño Jesús, que en el fondo de su alma tal vez no esté muy por encima de los canarios y de los gatos.

No se puede negar que la Pepita Jiménez es discreta: ninguna broma tonta, ninguna pregunta impertinente sobre mi vocación y sobre las órdenes que voy á recibir dentro de poco han salido de sus labios. Habló conmigo de las cosas del lugar, de la labranza, de la última cosecha de vino y de aceite y del modo de mejorar la elaboración del vino; todo ello con modestia y naturalidad, sin mostrar deseo de pasar por muy entendida.

Mi padre estuvo finísimo; parecía remozado, y sus extremos cuidadosos hacia la dama de sus pensamientos eran recibidos, si no con amor, con gratitud.

Asistieron al convite el médico, el escribano y el señor Vicario, grande amigo de la casa y padre espiritual de Pepita.

El señor Vicario debe de tener un alto concepto

de ella, porque varias veces me habló aparte de su caridad, de las muchas limosnas que hacía, de lo compasiva y buena que era para todo el mundo; en suma, me dijo que era una santa.

Oído el señor Vicario y fiándome en su juicio, yo no puedo menos de desear que mi padre se case con la Pepita. Como mi padre no es á propósito para hacer vida penitente, éste sería el único modo de que cambiase su vida, tan agitada y tempestuosa hasta aquí, y de que viniese á parar á un término, si no ejemplar, ordenado y pacífico.

Quando nos retiramos de casa de Pepita Jiménez y volvimos á la nuestra, mi padre me habló resueltamente de su proyecto: me dijo que él había sido un gran calavera, que había llevado una vida muy mala y que no veía medio de enmendarse, á pesar de sus años, si aquella mujer, que era su salvación, no le quería y se casaba con él. Dando ya por supuesto que iba á quererle y á casarse, mi padre me habló de intereses: me dijo que era muy rico y que me dejaría mejorado, aunque tuviese varios hijos más. Yo le respondí que para los planes y fines de mi vida necesitaba harto poco dinero, y que mi mayor contento sería verle dichoso con mujer é hijos, olvidado de sus antiguos devaneos. Me habló luego mi padre de sus esperanzas amorosas, con un candor y con una vivacidad tales, que se diría que yo era el padre y el viejo, y él un chico de mi edad ó más joven. Para ponderarme el mérito de la novia y la dificultad del triunfo, me refirió las condiciones y excelencias de los quince ó veinte novios que Pepita ha-

bía tenido, y que todos habían llevado calabazas. En cuanto á él, según me explicó, hasta cierto punto las había también llevado; pero se lisonjeaba de que no fuesen definitivas, porque Pepita le distinguía tanto y le mostraba tan grande afecto, que, si aquello no era amor, pudiera fácilmente convertirse en amor con el largo trato y con la persistente adoración que él le consagraba. Además, la causa del desvío de Pepita tenía para mi padre un no sé qué de fantástico y de sofisticado que al cabo debía desvanecerse. Pepita no quería retirarse á un convento ni se inclinaba á la vida penitente: á pesar de su recogimiento y de su devoción religiosa, hartó se dejaba ver que se complacía en agradar. El aseo y el esmero de su persona poco tenían de cenobíticos. La culpa de los desvíos de Pepita, decía mi padre, es sin duda su orgullo, orgullo en gran parte fundado: ella es naturalmente elegante, distinguida; es un sér superior por la voluntad y por la inteligencia, por más que con modestia lo disimule: ¿cómo, pues, ha de entregar su corazón á los palurdos que la han pretendido hasta ahora? Ella imagina que su alma está llena de un místico amor de Dios, y que sólo con Dios se satisface, porque no ha salido á su paso todavía un mortal bastante discreto y agradable que le haga olvidar hasta á su niño Jesús. Aunque sea inmodestia, añadía mi padre, yo me lisonjeo aún de ser ese mortal dichoso.

Tales son, querido tío, las preocupaciones y ocupaciones de mi padre en este pueblo, y las cosas tan extrañas para mí y tan ajenas á mis propó-

sitos y pensamientos de que me habla con frecuencia, y sobre las cuales quiere que dé mi voto.

No parece sino que la excesiva indulgencia de V. para conmigo ha hecho cundir aquí mi fama de hombre de consejo; paso por un pozo de ciencia; todos me refieren sus cuitas y me piden que les muestre el camino que deben seguir. Hasta el bueno del señor Vicario, aun exponiéndose á revelar algo como secretos de confesión, ha venido ya á consultarme sobre varios casos de conciencia que se le han presentado en el confesonario.

Mucho me ha llamado la atención uno de estos casos, que me ha sido referido por el Vicario, como todos, con profundo misterio y sin decirme el nombre de la persona interesada.

Cuenta el señor Vicario que una hija suya de confesión tiene grandes escrúpulos porque se siente llevada, con irresistible impulso, hacia la vida solitaria y contemplativa; pero teme, á veces, que este fervor de devoción no venga acompañado de una verdadera humildad, sino que en parte le promueva y excite el mismo demonio del orgullo.

Amar á Dios sobre todas las cosas, buscarle en el centro del alma donde está, purificarse de todas las pasiones y afecciones terrenales para unirse á El, son ciertamente anhelos piadosos y determinaciones buenas; pero el escrúpulo está en saber, en calcular si nacerán ó no de un amor propio exagerado. ¿Nacerán acaso, parece que piensa la penitente, de que yo, aunque indigna y pecadora, presumo que vale más mi alma que las almas de mis semejantes; que la hermosura interior de mi

mente y de mi voluntad se turbaría y se empañaría con el afecto de los seres humanos que conozco y creo que no me merecen? ¿Amo á Dios, no sobre todas las cosas, de un modo infinito, sino sobre lo poco conocido que desdeño, que desestimo, que no puede llenar mi corazón? Si mi devoción tiene este fundamento, hay en ella dos grandes faltas: la primera, que no está cimentada en un puro amor de Dios, lleno de humildad y de caridad, sino en el orgullo; y la segunda, que esa devoción no es firme y valedera, sino que está en el aire, porque ¿quién asegura que no pueda el alma olvidarse del amor á su Creador, cuando no le ama de un modo infinito, sino porque no hay criatura á quien juzgue digna de que el amor en ella se emplee?

Sobre este caso de conciencia, harto alambicado y sutil para que así preocupe á una lugareña, ha venido á consultarme el padre Vicario. Yo he querido excusarme de decir nada, fundándome en mi inexperiencia y pocos años; pero el señor Vicario se ha obstinado de tal suerte, que no he podido menos de discurrir sobre el caso. He dicho, y mucho me alegraría de que V. aprobase mi parecer, que lo que importa á esta hija de confesión atribulada es mirar con mayor benevolencia á los hombres que la rodean, y en vez de analizar y desentrañar sus faltas con el escalpelo de la crítica, tratar de cubrir las con el manto de la caridad, haciendo resaltar todas las buenas cualidades de ellos y ponderándolas mucho, á fin de amarlos y estimarlos; que debe esforzarse por ver en cada

sér humano un objeto digno de amor, un verdadero prójimo, un igual suyo, un alma en cuyo fondo hay un tesoro de excelentes prendas y virtudes, un sér hecho, en suma, á imagen y semejanza de Dios. Realzado así cuanto nos rodea, amando y estimando á las criaturas por lo que son y por más de lo que son, procurando no tenerse por superior á ellas en nada, antes bien profundizando con valor en el fondo de nuestra conciencia para descubrir todas nuestras faltas y pecados, y adquiriendo la santa humildad y el menosprecio de uno mismo, el corazón se sentirá lleno de afectos humanos, y no despreciará, sino valorará en mucho el mérito de las cosas y de las personas; de modo que, si sobre este fundamento descuellan luego y se levanta el amor divino con invencible pujanza, no hay ya miedo de que pueda nacer este amor de una exagerada estimación propia, del orgullo ó de un desdén injusto del prójimo, sino que nacerá de la pura y santa consideración de la hermosura y de la bondad infinitas.

Si, como sospecho, es Pepita Jiménez la que ha consultado al señor Vicario sobre estas dudas y tribulaciones, me parece que mi padre no puede lisonjearse todavía de ser muy querido; pero si el Vicario acierta á darla mi consejo, y ella le acepta y pone en práctica, ó vendrá á hacerse una María de Agreda ó cosa por el estilo, ó lo que es más probable, dejará á un lado misticismos y desvíos, y se conformará y contentará con aceptar la mano y el corazón de mi padre, que en nada es inferior á ella.

4 de abril.

La monotonía de mi vida en este lugar empieza á fastidiarme bastante, y no porque la vida mía en otras partes haya sido más activa físicamente; antes al contrario, aquí me paseo mucho á pie y á caballo, voy al campo, y por complacer á mi padre concurre á casinos y reuniones; en fin, vivo como fuera de mi centro y de mi modo de ser; pero mi vida intelectual es nula: no leo un libro ni apenas me dejan un momento para pensar y meditar sosegadamente; y como el encanto de mi vida estribaba en estos pensamientos y meditaciones, me parece monótona la que hago ahora. Gracias á la paciencia que V. me ha recomendado para todas las ocasiones, puedo sufrirla.

Otra causa de que mi espíritu no esté completamente tranquilo es el anhelo, que cada día siento más vivo, de tomar el estado á que resueltamente me inclino desde hace años. Me parece que en estos momentos, cuando se halla tan cercana la realización del constante sueño de mi vida, es como una profanación distraer la mente hacia otros objetos. Tanto me atormenta esta idea y tanto cavilo sobre ella, que mi admiración por la belleza de las cosas creadas; por el cielo, tan lleno de estrellas en estas serenas noches de primavera y en esta región de Andalucía; por estos alegres campos, cubiertos ahora de verdes sembrados, y por estas frescas y amenas huertas con tan lindas y sombrías alamedas, con tantos mansos arroyos y ace-

quias, con tanto lugar apartado y esquivo, con tanto pájaro que le da música, y con tantas flores y hierbas olorosas; esta admiración y entusiasmo mío, repito, que en otro tiempo me parecían avenirse por completo con el sentimiento religioso que llenaba mi alma, excitándole y sublimándole en vez de debilitarle, hoy casi me parecen pecaminosa distracción é imperdonable olvido de lo eterno por lo temporal, de lo increado y supra-sensible por lo sensible y creado. Aunque con poco aprovechamiento en la virtud, aunque nunca libre mi espíritu de los fantasmas de la imaginación, aunque no exento en mí el hombre interior de las impresiones exteriores y del fatigoso método discursivo, aunque incapaz de reconcentrarme por un esfuerzo de amor en el centro mismo de la simple inteligencia, en el ápice de la mente, para ver allí la verdad y la bondad, desnudas de imágenes y de formas, aseguro á V. que tengo miedo del modo de orar imaginario, propio de un hombre corporal y tan poco aprovechado como yo soy. La misma meditación racional me infunde recelo. No quisiera yo hacer discursos para conocer á Dios, ni traer razones de amor para amarle. Quisiera alzarme de un vuelo á la contemplación esencial é íntima. ¿Quién me diese alas como de paloma para volar al seno del que ama mi alma? Pero ¿cuáles son, dónde están mis méritos? ¿Dónde las mortificaciones, la larga oración y el ayuno? ¿Qué he hecho yo, Dios mío, para que Tú me favorezcas?

Harto sé que los ímpíos del día presente acu-

san, con falta completa de fundamento, á nuestra santa religión de mover las almas á aborrecer todas las cosas del mundo, á despreciar ó á desdeñar la naturaleza, tal vez á temerla casi, como si hubiera en ella algo de diabólico, encerrando todo su amor y todo su afecto en el que llaman monstruoso egoísmo del amor divino, porque creen que el alma se ama á sí propia amando á Dios. Harto sé que no es así, que no es ésta la verdadera doctrina, que el amor divino es la caridad, y que amar á Dios es amarlo todo, porque todo está en Dios, y Dios está en todo por inefable y alta manera. Harto sé que no peço amando las cosas por el amor de Dios, lo cual es amarlas por ellas con rectitud; porque, ¿qué son ellas más que la manifestación, la obra del amor de Dios? Y, sin embargo, no sé qué extraño temor, qué singular escrúpulo, qué apenas perceptible é indeterminado remordimiento me atormenta ahora, cuando tengo, como antes, como en otros días de mi juventud, como en la misma niñez, alguna efusión de ternura, algún rapto de entusiasmo, al penetrar en una enramada frondosa, al oír el canto del ruiseñor en el silencio de la noche, al escuchar el pío de las golondrinas, al sentir el arrullo enamorado de la tórtola, al ver las flores ó al mirar las estrellas. Se me figura á veces que hay en todo esto algo de delectación sensual, algo que me hace olvidar, por un momento al menos, más altas aspiraciones. No quiero yo que en mí el espíritu peque contra la carne; pero no quiero tampoco que la hermosura de la materia, que sus deleites, aun los más deli-

cados, sutiles y aéreos, aun los que más bien por el espíritu que por el cuerpo se perciben, como el silbo delgado del aire fresco cargado de aromas campesinos, como el canto de las aves, como el majestuoso y reposado silencio de las horas nocturnas, en estos jardines y huertas, me distraigan de la contemplación de la superior hermosura, y entibien ni por un momento mi amor hacia quien ha creado esta armoniosa fábrica del mundo.

No se me oculta que todas estas cosas materiales son como las letras de un libro, son como los signos y caracteres donde el alma, atenta á su lectura, puede penetrar un hondo sentido y leer y descubrir la hermosura de Dios, que, si bien imperfectamente, está en ellas como trasunto ó más bien como cifra, porque no la pintan, sino que la representan. En esta distinción me fundo, á veces, para dar fuerza á mis escrúpulos y mortificarme. Porque yo me digo: si amo la hermosura de las cosas terrenales tales como ellas son, y si la amo con exceso, es idolatría: debo amarla como signo, como representación de una hermosura oculta y divina, que vale mil veces más, que es incomparablemente superior en todo.

Hace pocos días cumplí veintidós años. Tal ha sido hasta ahora mi fervor religioso, que no he sentido más amor que el inmaculado amor de Dios mismo y de su santa religión, que quisiera difundir y ver triunfante en todas las regiones de la tierra. Confieso que algún sentimiento profano se ha mezclado con esta pureza de afecto. V. lo sabe, se lo he dicho mil veces; y V., mirándo-

me con su acostumbrada indulgencia, me ha contestado que el hombre no es un ángel, y que sólo pretender tanta perfección es orgullo; que debo moderar esos sentimientos y no empeñarme en ahogarlos del todo. El amor á la ciencia, el amor á la propia gloria, adquirida por la ciencia misma, hasta el formar uno de sí propio no desventajoso concepto; todo ello, sentido con moderación, velado y mitigado por la humildad cristiana y encaminado á buen fin, tiene, sin duda, algo de egoísta; pero puede servir de estímulo y apoyo á las más firmes y nobles resoluciones. No es, pues, el escrúpulo que me asalta hoy el de mi orgullo, el de tener sobrada confianza en mí mismo, el de ansiar gloria mundana, ó el de ser sobrado curioso de ciencia: no es nada de esto; nada que tenga relación con el egoísmo, sino en cierto modo lo contrario. Siento una dejadez, un quebranto, un abandono de la voluntad, una facilidad tan grande para las lágrimas; lloro tan fácilmente de ternura al ver una florecilla bonita ó al contemplar el rayo misterioso, tenue y ligerísimo de una remota estrella, que casi tengo miedo.

Dígame V. qué piensa de estas cosas; si hay algo de enfermizo en esta disposición de mi ánimo.

8 de abril.

Siguen las diversiones campestres, en que tengo que intervenir muy á pesar mío.

He acompañado á mi padre á ver casi todas sus fincas, y mi padre y sus amigos se pasan de que

yo no sea completamente ignorante de las cosas del campo. No parece sino que para ellos el estudio de la teología, á que me he dedicado, es contrario del todo al conocimiento de las cosas naturales. ¡Cuánto han admirado mi erudición al verme distinguir en las viñas, donde apenas empiezan á brotar los pámpanos, la cepa Pedro-Jiménez de la baladí y de la Don-Bueno! ¡Cuánto han admirado también que en los verdes sembrados sepa yo distinguir la cebada del trigo y el anís de las habas; que conozca muchos árboles frutales y de sombra, y que, aun de las hierbas que nacen espontáneamente en el campo, acierte yo con varios nombres y refiera bastantes condiciones y virtudes!

Pepita Jiménez, que ha sabido por mi padre lo mucho que me gustan las huertas de por aquí, nos ha convidado á ver una que posee á corta distancia del lugar, y á comer las fresas tempranas que en ella se crían. Este antojo de Pepita de obsesquiar tanto á mi padre, quien la pretende y á quien desdenea, me parece á menudo que tiene su poco de coquetería, digna de reprobación; pero cuando veo á Pepita después, y la hallo tan natural, tan franca y tan sencilla, se me pasa el mal pensamiento é imagino que todo lo hace candorosamente y que no la lleva otro fin que el de conservar la buena amistad que con mi familia la liga.

Sea como sea, anteayer tarde fuimos á la huerta de Pepita. Es hermoso sitio, de lo más ameno y pintoresco que puede imaginarse. El riachuelo que riega casi todas estas huertas, sangrado por mil acequias, pasa al lado de la que visitamos; se for-

ma allí una presa, y cuando se suelta el agua sobrante del riego, cae en un hondo barranco poblado en ambas márgenes de álamos blancos y negros, mimbrones, adelfas floridas y otros árboles frondosos. La cascada, de agua limpia y transparente, se derrama en el fondo, formando espuma, y luego sigue su curso tortuoso por un cauce que la naturaleza misma ha abierto, esmaltando sus orillas de mil hierbas y flores, y cubriéndolas ahora con multitud de violetas. Las laderas que hay á un extremo de la huerta están llenas de nogales, higueras, avellanos y otros árboles de fruta. Y en la parte llana hay cuadros de hortaliza, de fresas, de tomates, patatas, judías y pimientos, y su poco de jardín, con grande abundancia de flores, de las que por aquí más comunmente se crían. Los rosales, sobre todo, abundan, y los hay de mil diferentes especies. La casilla del hortelano es más bonita y limpia de lo que en esta tierra se suele ver, y al lado de la casilla hay otro pequeño edificio reservado para el dueño de la finca, y donde nos agasajó Pepita con una espléndida merienda, á la cual dió pretexto el comer las fresas, que era el principal objeto que allí nos llevaba. La cantidad de fresas fué asombrosa para lo temprano de la estación, y nos fueron servidas con leche de algunas cabras que Pepita también posee.

Asistimos á esta gira el médico, el escribano, mi tía Doña Casilda, mi padre y yo; sin faltar el indispensable señor Vicario, padre espiritual, y más que padre espiritual, admirador y encomiador perpetuo de Pepita.

Por un refinamiento algo sibarítico, no fué el hortelano, ni su mujer, ni el chiquillo del hortelano, ni ningún otro campesino quien nos sirvió la merienda, sino dos lindas muchachas, criadas y como confidentas de Pepita, vestidas á lo rústico, si bien con suma pulcritud y elegancia. Llevaban trajes de percal de vistosos colores, cortos y ceñidos al cuerpo; pañuelos de seda cubriendo las espaldas, y descubierta la cabeza, donde lucían abundantes y lustrosos cabellos negros, trenzados y atados luego formando un moño en figura de martillo, y por delante rizos sujetos con sendas horquillas, por acá llamados *caracoles*. Sobre el moño ó castaña ostentaba cada una de estas doncellas un ramo de frescas rosas.

Salva la superior riqueza de la tela y su color negro, no era más cortesano el traje de Pepita. Su vestido de merino tenía la misma forma que el de las criadas, y, sin ser muy corto, no arrastraba ni recogía sucitamente el polvo del camino. Un modesto pañolito de seda negra cubría también, al uso del lugar, su espalda y su pecho, y en la cabeza no ostentaba tocado, ni flor, ni joya, ni más adorno que el de sus propios cabellos rubios. En la única cosa que noté por parte de Pepita cierto esmero, en que se apartaba de los usos aldeanos, era en llevar guantes. Se conoce que cuida mucho sus manos y que tal vez pone alguna vanidad en tenerlas muy blancas y bonitas, con unas uñas lustrosas y sonrosadas; pero si tiene esta vanidad, es disculpable en la flaqueza humana, y al fin, si yo no estoy trascordado, creo que Santa Teresa tu-

UNIVERSIDAD DE NUBIA BEOTI

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTREUX, SUIZA

10503

vo la misma vanidad cuando era joven, lo cual no le impidió ser una santa tan grande.

En efecto, yo me explico, aunque no disculpo, esta pícara vanidad. ¡Es tan distinguido, tan aristocrático, tener una linda mano! Hasta se me figura, á veces, que tiene algo de simbólico. La mano es el instrumento de nuestras obras, el signo de nuestra nobleza, el medio por donde la inteligencia reviste de forma sus pensamientos artísticos, y da sér á las creaciones de la voluntad, y ejerce el imperio que Dios concedió al hombre sobre todas las criaturas. Una mano ruda, nerviosa, fuerte, tal vez callosa, de un trabajador, de un obrero, demuestra noblemente ese imperio; pero en lo que tiene de más violento y mecánico. En cambio, las manos de esta Pepita, que parecen casi diáfanas como el alabastro, si bien con leves tintas rosadas, donde cree uno ver circular la sangre pura y sutil, que da á sus venas un ligero viso azul; estas manos, digo, de dedos afilados y de sin par corrección de dibujo, parecen el símbolo del imperio mágico, del dominio misterioso que tiene y ejerce el espíritu humano, sin fuerza material, sobre todas las cosas visibles que han sido inmediatamente creadas por Dios y que por medio del hombre Dios completa y mejora. Imposible parece que quien tiene manos como Pepita tenga pensamiento impuro, ni idea grosera, ni proyecto ruín que esté en discordancia con las limpias manos que deben ejecutarle.

No hay que decir que mi padre se mostró tan embelesado como siempre de Pepita, y ella tan

fina y cariñosa con él, si bien con un cariño más filial de lo que mi padre quisiera. Es lo cierto que mi padre, á pesar de la reputación que tiene de ser por lo común poco respetuoso y bastante profano con las mujeres, trata á ésta con un respeto y unos miramientos tales, que ni Amadis los usó mayores con la Sra. Oriana en el período más humilde de sus pretensiones y galanteos: ni una palabra que disuene, ni un requiebro brusco é importuno, ni un chiste algo amoroso de éstos que con tanta frecuencia suelen permitirse los andaluces. Apenas si se atreve decir á Pepita «buenos ojos tienes;» y en verdad que si lo dijese no mentiría, porque los tiene grandes, verdes como los de Circe, hermosos y rasgados; y lo que más mérito y valor les da es que no parece sino que ella no lo sabe, pues no se descubre en ella la menor intención de agradar á nadie ni de atraer á nadie con lo dulce de sus miradas. Se diría que cree que los ojos sirven para ver y nada más que para ver. Lo contrario de lo que yo, según he oído decir, presumo que creen la mayor parte de las mujeres jóvenes y bonitas, que hacen de los ojos un arma de combate y como un aparato eléctrico ó fulmineo para rendir corazones y cautivarlos. No son así, por cierto, los ojos de Pepita, donde hay una serenidad y una paz como del cielo. Ni por eso se puede decir que miren con fría indiferencia. Sus ojos están llenos de caridad y de dulzura. Se posan con afecto en un rayo de luz, en una flor, hasta en cualquier objeto inanimado; pero con más afecto aún, con muestras de sentir más blando,

humano y benigno, se posan en el prójimo, sin que el prójimo, por joven, gallardo y presumido que sea, se atreva á suponer nada más que caridad y amor al prójimo, y, cuando más, predilección amistosa, en aquella serena y tranquila mirada.

Yo me paro á pensar si todo esto será estudiado; si esta Pepita será una gran comedianta; pero sería tan perfecto el fingimiento y tan oculta la comedia, que me parece imposible. La misma naturaleza, pues, es la que guía y sirve de norma á esta mirada y á estos ojos. Pepita, sin duda, amó á su madre primero, y luego las circunstancias la llevaron á amar á D. Gumersindo por deber, como al compañero de su vida; y luego, sin duda, se extinguió en ella toda pasión que pudiera inspirar ningún objeto terreno, y amó á Dios, y amó las cosas todas por amor de Dios, y se encontró quizás en una situación de espíritu apacible y hasta envidiable, en la cual, si tal vez hubiese algo que censurar, sería un egoísmo de que ella misma no se da cuenta. Es muy cómodo amar de este modo suave, sin atormentarse con el amor; no tener pasión que combatir; hacer del amor y del afecto á los demás un aditamento y como un complemento del amor propio.

Á veces me pregunto á mí mismo si al censurar en mi interior esta condición de Pepita, no soy yo quien me censuro. ¿Qué sé yo lo que pasa en el alma de esa mujer, para censurarla? ¿Acaso, al creer que veo su alma, no es la mía la que veo? Yo no he tenido ni tengo pasión alguna que vencer: todas mis inclinaciones bien dirigidas, todos

mis instintos buenos y malos, merced á la sabia enseñanza de V., van sin obstáculos ni tropiezos encaminados al mismo propósito; cumpliéndose se satisfarían no sólo mis nobles y desinteresados deseos, sino también mis deseos egoístas, mi amor á la gloria, mi afán de saber, mi curiosidad de ver tierras distantes, mi anhelo de ganar nombre y fama. Todo esto se cifra en llegar al término de la carrera que he emprendido. Por este lado se me antoja á veces que soy más censurable que Pepita, aun suponiéndola merecedora de censura.

Yo he recibido ya las órdenes menores; he desechado de mi alma las vanidades del mundo; estoy tonsurado; me he consagrado al altar, y, sin embargo, un porvenir de ambición se presenta á mis ojos y veo con gusto que puedo alcanzarle y me complazco en dar por ciertas y valederas las condiciones que tengo para ello, por más que á veces llame á la modestia en mi auxilio, á fin de no confiar demasiado. En cambio, esta mujer ¿á qué aspira ni qué quiere? Yo la censuro de que se cuida las manos; de que mira tal vez con complacencia su belleza; casi la censuro de su pulcritud, del esmero que pone en vestirse, de yo no sé qué coquetería que hay en la misma modestia y sencillez con que se viste. ¡Pues qué! ¿La virtud ha de ser desaliñada? ¿Ha de ser sucia la santidad? Un alma pura y limpia, ¿no puede complacerse en que el cuerpo también lo sea? Es extraña esta malevolencia con que miro el primor y el aseo de Pepita, ¿Será tal vez porque va á ser mi madrastra? ¡Pero si no quiere ser mi madrastra! ¡Si no quiere á mi

padre! Verdad es que las mujeres son raras; quién sabe si en el fondo de su alma no se siente inclinada ya á querer á mi padre y á casarse con él, si bien, atendiendo á aquello de que lo que mucho vale mucho cuesta, se propone, pásame V. la palabra, molerle antes con sus desdenes, tenerle sujeto á su servidumbre, poner á prueba la constancia de su afecto y acabar por darle el plácido sí. ¡Allá veremos!

Ello es que la fiesta en la huerta fué apaciblemente divertida: se habló de flores, de frutos, de inertos, de plantaciones y de otras mil cosas relativas á la labranza, luciendo Pepita sus conocimientos agrónomos en competencia con mi padre, conmigo y con el señor Vicario, que se queda con la boca abierta cada vez que habla Pepita, y jura que en los setenta y pico de años que tiene de edad, y en sus largas peregrinaciones, que le han hecho recorrer casi toda la Andalucía, no ha conocido mujer más discreta ni más atinada en cuanto piensa y dice.

Cuando volvemos á casa de cualquiera de estas expediciones, vuelvo á insistir con mi padre en mi ida con V. á fin de que llegue el suspirado momento de que yo me vea elevado al sacerdocio; pero mi padre está tan contento de tenerme á su lado y se siente tan á gusto en el lugar, cuidando de sus fincas, ejerciendo mero y mixto imperio como cacique, y adorando á Pepita y consultándose todo como á su ninfa Egeria, que halla siempre y hallará aún, tal vez durante algunos meses, fundado pretexto para retenerme aquí. Ya tiene

que clarificar el vino de yo no sé cuántas pipas de la candiotera; ya tiene que trasegar otro; ya es menester binar los majuelos; ya es preciso arar los olivares y cavar los pies á los olivos: en suma, me retiene aquí contra mi gusto; aunque no debiera yo decir «contra mi gusto,» porque le tengo muy grande en vivir con un padre que es para mí tan bueno.

Lo malo es que con esta vida temo materializarme demasiado: me parece sentir alguna sequedad de espíritu durante la oración; mi fervor religioso disminuye; la vida vulgar va penetrando y se va infiltrando en mi naturaleza. Cuando rezo padezco distracciones; no pongo en lo que digo á mis solas, cuando el alma debe elevarse á Dios, aquella atención profunda que antes ponía. En cambio, la ternura de mi corazón, que no se fija en objeto condigno, que no se emplea y consume en lo que debiera, brota y como que rebosa en ocasiones por objetos y circunstancias que tienen mucho de pueriles, que me parecen ridículos, y de los cuales me avergüenzo. Si me despierto en el silencio de la alta noche y oigo que algún campesino enamorado canta, al son de su guitarra mal rasgueada, una copla de fandango ó de rondeñas, ni muy discreta, ni muy poética, ni muy delicada, suelo enternecerme como si oyera la más celestial melodía. Una compasión loca, insana, me aqueja á veces. El otro día cogieron los hijos del aperador de mi padre un nido de gorriónes, y al ver yo los pajarillos sin plumas aún y violentamente separados de la madre cariñosa, sentí suma angus-

tia, y, lo confieso, se me saltaron las lágrimas. Pocos días antes trajo del campo un rústico una ternerita que se había perniquebrado; iba á llevarla al matadero y venia á decir á mi padre qué quería de ella para su mesa: mi padre pidió unas cuantas libras de carne, la cabeza y las patas; yo me conmoví al ver la ternerita, y estuve á punto, aunque la vergüenza lo impidió, de comprársela al hombre, á ver si yo la curaba y conservaba viva. En fin, querido tío, menester es tener la gran confianza que tengo yo con V. para contarle estas muestras de sentimiento extraviado y vago, y hacerle ver con ellas que necesito volver á mi antigua vida, á mis estudios, á mis altas especulaciones, y acabar por ser sacerdote para dar al fuego que devora mi alma el alimento sano y bueno que debe tener.

14 de abril.

Sigo haciendo la misma vida de siempre y detenido aquí á ruegos de mi padre.

El mayor placer de que disfruto, después del de vivir con él, es el trato y conversación del señor Vicario, con quien suelo dar á solas largos paseos. Imposible parece que un hombre de su edad, que debe de tener cerca de ochenta años, sea tan fuerte, ágil y andador. Antes me canso yo que él, y no queda vericuetos ni lugar agreste, ni cima de cerro escarpado en estas cercanías, á donde no lleguemos.

El señor Vicario me va reconciliando mucho

con el clero español, á quien algunas veces he tildado yo, hablando con V., de poco ilustrado. ¡Cuánto más vale, me digo á menudo, este hombre, lleno de candor y de buen deseo, tan afectuoso é inocente, que cualquiera que haya leído muchos libros y en cuya alma no arda con tal viveza como en la suya el fuego de la caridad unido á la fe más sincera y más pura! No crea V. que es vulgar el entendimiento del señor Vicario: es un espíritu inculto, pero despejado y claro. A veces imagino que pueda provenir la buena opinión que de él tengo, de la atención con que me escucha; pero, si no es así, me parece que todo lo entiende con notable perspicacia y que sabe unir al amor entrañable de nuestra santa religión el aprecio de todas las cosas buenas que la civilización moderna nos ha traído. Me encantan, sobre todo, la sencillez, la sobriedad en hiperbólicas manifestaciones de sentimentalismo, la naturalidad, en suma, con que el señor Vicario ejerce las más penosas obras de caridad. No hay desgracia que no remedie, ni infortunio que no consuele, ni humillación que no procure restaurar, ni pobreza á que no acuda solícito con un socorro.

Para todo esto, fuerza es confesarlo, tiene un poderoso auxiliar en Pepita Jiménez, cuya devoción y natural compasivo siempre está él poniendo por las nubes.

El carácter de esta especie de culto que el Vicario rinde á Pepita va sellado, casi se confunde con el ejercicio de mil buenas obras: con las limosnas, el rezo, el culto público y el cuidado de los me-

nesterosos. Pepita no da sólo para los pobres, sino también para novenas, sermones y otras fiestas de iglesia. Si los altares de la parroquia brillan á veces adornados de bellísimas flores, estas flores se deben á la munificencia de Pepita, que las ha hecho traer de su huerta. Si en lugar del antiguo manto, viejo y raído, que tenía la Virgen de los Dolores, luce hoy un flamante y magnífico manto de terciopelo negro bordado de plata, Pepita es quien le ha costado.

Éstos y otros tales beneficios, el Vicario está siempre decantándolos y ensalzándolos. Así es que, cuando no hablo yo de mis miras, de mi vocación, de mis estudios, lo cual embelesa en extremo al señor Vicario, y le trae suspenso de mis labios; cuando es él quien habla y yo quien escucho, la conversación, después de mil vueltas y rodeos, viene á parar siempre en hablar de Pepita Jiménez. Y al cabo, ¿de quién me ha de hablar el señor Vicario? Su trato con el médico, con el boticario, con los ricos labradores de aquí, apenas da motivo para tres palabras de conversación. Como el señor Vicario posee la rarísima cualidad en un lugareño de no ser amigo de contar vidas ajenas ni lances escandalosos, de nadie tiene que hablar sino de la mencionada mujer, á quien visita con frecuencia, y con quien, según se desprende de lo que dice, tiene los más íntimos coloquios.

No sé qué libros habrá leído Pepita Jiménez, ni qué instrucción tendrá; pero de lo que cuenta el señor Vicario se colige que está dotada de un espíritu inquieto é investigador, donde se ofrecen

infinitas cuestiones y problemas que anhela dilucidar y resolver, presentándolos para ello al señor Vicario, á quien deja agradablemente confuso. Este hombre, educado á la rústica, clérigo de misa y olla como vulgarmente suele decirse, tiene el entendimiento abierto á toda luz de verdad, aunque carece de iniciativa, y, por lo visto, los problemas y cuestiones que Pepita le presenta le abren nuevos horizontes y nuevos caminos, aunque nebulosos y mal determinados, que él no presumía siquiera, que no acierta á trazar con exactitud, pero cuya vaguedad, novedad y misterio le encantan.

No desconoce el padre Vicario que esto tiene mucho de peligroso, y que él y Pepita se exponen á dar, sin saberlo, en alguna herejía; pero se tranquiliza, porque, distando mucho de ser un gran teólogo, sabe su catecismo al dedillo; tiene confianza en Dios, que le iluminará, y espera no extraviarse, y da por cierto que Pepita seguirá sus consejos y no se extraviará nunca.

Así imaginan ambos mil poesías, aunque informes, bellas, sobre todos los misterios de nuestra religión y artículos de nuestra fe. Inmensa es la devoción que tienen á Marfa Santísima, Señora nuestra, y yo me quedo absorto de ver cómo saben enlazar la idea ó el concepto popular de la Virgen con algunos de los más remontados pensamientos teológicos.

Por lo que relata el padre Vicario, entreveo que en el alma de Pepita Jiménez, en medio de la serenidad y calma que aparenta, hay clavado un

agudo dardo de dolor; hay un amor de pureza contrariado por su vida pasada. Pepita amó á Don Gumersindo como á su compañero, como á su bienhechor, como al hombre á quien todo se lo debía; pero la atormenta, la avergüenza el recuerdo de que D. Gumersindo fué su marido.

En su devoción á la Virgen se descubre un sentimiento de humillación dolorosa, un torcedor, una melancolla que influye en su mente el recuerdo de su matrimonio indigno y estéril.

Hasta en su adoración al niño Dios, representado en la preciosa imagen de talla que tiene en su casa, interviene el amor maternal sin objeto, el amor maternal que busca ese objeto en un sér no nacido de pecado y de impureza.

El padre Vicario dice que Pepita adora al niño Jesús como á su Dios, pero que le ama con las entrañas maternas con que amaría á un hijo, si le tuviese, y si en su concepción no hubiera habido cosa de que tuviera ella que avergonzarse. El padre Vicario nota que Pepita sueña con la madre ideal y con el hijo ideal, immaculados ambos, al rezar á la Virgen Santísima, y al cuidar á su lindo niño Jesús de talla.

Aseguro á V. que no sé qué pensar de todas estas extrañezas. ¡Conozco tan poco lo que son las mujeres! Lo que de Pepita me cuenta el padre Vicario me sorprende; y si bien más á menudo entiendo que Pepita es buena, y no mala, á veces me infunde cierto terror por mi padre. Con los cincuenta y cinco años que tiene, creo que está enamorado, y Pepita, aunque buena por reflexión,

puede, sin premeditarlo ni calcularlo, ser un instrumento del espíritu del mal; puede tener una coquetería irreflexiva é instintiva, más invencible, eficaz y funesta aún que la que procede de premeditación, cálculo y discurso.

¿Quién sabe, me digo yo á veces, si á pesar de las buenas obras de Pepita, de sus rezos, de su vida devota y recogida, de sus limosnas y de sus donativos para las iglesias, en todo lo cual se puede fundar el afecto que el padre Vicario la profesa, no hay también un hechizo mundano, no hay algo de magia diabólica en este prestigio de que se rodea y con el cual emboba á este cándido padre Vicario, y le lleva y le trae y le hace que no piense ni hable sino de ella á todo momento?

El mismo imperio que ejerce Pepita sobre un hombre tan descreído como mi padre, sobre una naturaleza tan varonil y poco sentimental, tiene en verdad mucho de raro.

No explican tampoco las buenas obras de Pepita el respeto y afecto que infunde, por lo general, en estos rústicos. Los niños pequeñuelos acuden á verla las pocas veces que sale á la calle y quieren besarla la mano; las mozelas le sonríen y la saludan con amor; los hombres todos se quitan el sombrero á su paso y se inclinan con la más espontánea reverencia y con la más sencilla y natural simpatía. ®

Pepita Jiménez, á quien muchos han visto nacer; á quien vieron todos en la miseria, viviendo con su madre; á quien han visto después casada con el decrépito y avaro D. Gumersindo, hace ol-

vidar todo esto, y aparece como un sér peregrino, venido de alguna tierra lejana, de alguna esfera superior, pura y radiante, y obliga y mueve al acatamiento afectuoso, á algo como admiración amantísima á todos sus compatriotas.

Veo que distraidamente voy cayendo en el mismo defecto que en el padre Vicario censuro, y que no hablo á V. sino de Pepita Jiménez. Pero esto es natural. Aquí no se habla de otra cosa. Se diría que todo el lugar está lleno del espíritu, del pensamiento, de la imagen de esta singular mujer, que yo no acierto aún á determinar si es un ángel ó una refinada coqueta llena de *astucia instintiva*, aunque los términos parezcan contradictorios. Porque lo que es con plena conciencia estoy convencido de que esta mujer no es coqueta ni sueña en ganarse voluntades para satisfacer su vanagloria.

Hay sinceridad y candor en Pepita Jiménez. No hay más que verla para creerlo así. Su andar airoso y reposado, su esbelta estatura, lo terso y despejado de su frente, la suave y pura luz de sus miradas, todo se concierta en un ritmo adecuado, todo se une en perfecta armonía, donde no se descubre nota que disuene.

¡Cuánto me pesa de haber venido por aquí y de permanecer aquí tan largo tiempo! Había pasado la vida en su casa de V. y en el Seminario; no había visto ni tratado más que á mis compañeros y maestros; nada conocía del mundo sino por especulación y teoría; y de pronto, aunque sea en un lugar, me veo lanzado en medio del mundo, y

distraído de mis estudios, meditaciones y oraciones, por mil objetos profanos.

20 de abril.

Las últimas cartas de V., queridísimo tío, han sido de grata consolación para mi alma. Benévolo como siempre, me amonesta V. y me ilumina con advertencias útiles y discretas.

Es verdad: mi vehemencia es digna de vituperio. Quiero alcanzar el fin sin poner los medios; quiero llegar al término de la jornada sin andar antes paso á paso el áspero camino.

Me quejo de sequedad de espíritu en la oración, de distraído, de disipar mi ternura en objetos pueriles, ansío volar al trato íntimo con Dios, á la contemplación esencial, y desdeño la oración imaginaria y la meditación racional y discursiva. ¿Cómo sin obtener la pureza, cómo sin ver la luz he de lograr el goce del amor?

Hay mucha soberbia en mí, y yo he de procurar humillarme á mis propios ojos, á fin de que el espíritu del mal no me humille, permitiéndolo Dios, en castigo de mi presunción y de mi orgullo.

No creo, á pesar de todo, como V. me advierte, que es tan fácil para mí una fea y no pensada caída. No confío en mí: confío en la misericordia de Dios y en su gracia, y espero que no sea.

Con todo, razón tiene V. que le sobra en aconsejarme que no me ligue mucho en amistad con Pepita Jiménez; pero yo disto bastante de estar ligado con ella.

No ignoro que los varones religiosos y los santos, que deben servirnos de ejemplo y dechado, cuando tuvieron gran familiaridad y amor con mujeres fué en la ancianidad, ó estando ya muy probados y quebrantados por la penitencia, ó existiendo una notable desproporción de edad entre ellos y las piadosas amigas que elegían; como se cuenta de San Jerónimo y Santa Paulina, y de San Juan de la Cruz y Santa Teresa. Y aun así, y aun siendo el amor de todo punto espiritual, sé que puede pecar por demasía. Porque Dios no más debe ocupar nuestra alma, como su dueño y esposo, y cualquiera otro sér que en ella more ha de ser sólo á título de amigo ó siervo ó hechura del esposo, y en quien el esposo se complace.

No crea V., pues, que yo me jacte de invencible y desdeñe los peligros y los desafíos y los busque. En ellos perece quien los ama. Y cuando el rey profeta, con ser tan conforme al corazón del Señor y tan su valido, y cuando Salomón, á pesar de su sobrenatural é infusa sabiduría, fueron conturbados y pecaron, porque Dios quitó su faz de ellos, ¿qué no debo temer yo, mísero pecador, tan joven, tan inexperto de las astucias del demonio, y tan poco firme y adiestrado en las peleas de la virtud?

Lleno de un provechoso temor de Dios, y con la debida desconfianza de mi flaqueza, no olvidaré los consejos y prudentes amonestaciones de V., rezando con fervor mis oraciones y meditando en las cosas divinas para aborrecer las mundanas en lo que tienen de aborrecibles; pero aseguro á V. que

hasta ahora, por más que ahondo en mi conciencia y registro con suspicacia sus más escondidos senos, nada descubro que me haga temer lo que V. teme.

Si de mis cartas anteriores resultan encomios para el alma de Pepita Jiménez, culpa es de mi padre y del señor Vicario, y no mía; porque al principio, lejos de ser favorable á esta mujer, estaba yo prevenido contra ella con prevención injusta.

En cuanto á la belleza y donaire corporal de Pepita, crea V. que lo he considerado todo con entera limpieza de pensamiento. Y aunque me sea costoso el decirlo, y aunque á V. le duela un poco, le confesaré que si alguna leve mancha ha venido á empañar el sereno y pulido espejo de mi alma, en que Pepita se reflejaba, ha sido la ruda sospecha de V., que casi me ha llevado por un instante á que yo mismo sospeche.

Pero no. ¿Qué he pensado yo, qué he mirado, qué he celebrado en Pepita, por donde nadie pueda colegir que propendo á sentir por ella algo que no sea amistad y aquella inocente y limpia admiración que inspira una obra de arte, y más si la obra es del Artífice soberano, y nada menos que su templo?

Por otra parte, querido tío, yo tengo que vivir en el mundo, tengo que tratar á las gentes, tengo que verlas, y no he de arrancarme los ojos. V. me ha dicho mil veces que me quiere en la vida activa, predicando la ley divina, difundiéndola por el mundo, y no entregado á la vida contemplativa en la soledad y el aislamiento. Ahora bien; si esto

es así, como lo es, ¿de qué suerte me había yo de gobernar para no reparar en Pepita Jiménez? Á no ponerme en ridículo, cerrando en su presencia los ojos, fuerza es que yo vea y note la hermosura de los suyos; lo blanco, sonrosado y limpio de su tez; la igualdad y el nacarado esmalte de los dientes, que descubre á menudo cuando sonrío; la fresca púrpura de sus labios; la serenidad y tersura de su frente, y otros mil atractivos que Dios ha puesto en ella. Claro está que para el que lleva en su alma el germen de los pensamientos livianos, la levadura del vicio, cada una de las impresiones que Pepita produce puede ser como el golpe del eslabón que hiere el pedernal y que hace brotar la chispa que todo lo incendia y devora; pero yendo prevenido contra este peligro, y reparándome y cubriéndome bien con el escudo de la prudencia cristiana, no encuentro que tenga yo nada que recelar. Además que, si bien es temerario buscar el peligro, es cobardía no saber arrostrarle y huir de él cuando se presenta.

No lo dude V.: yo veo en Pepita Jiménez una hermosa criatura de Dios, y por Dios la amo como á hermana. Si alguna predilección siento por ella, es por las alabanzas que de ella oigo á mi padre, al señor Vicario y á casi todos los de este lugar.

Por amor á mi padre desearía yo que Pepita desistiese de sus ideas y planes de vida retirada, y se casase con él; pero, prescindiendo de esto, y si yo viesse que mi padre sólo tenía un capricho, y no una verdadera pasión, me alegraría de que Pepita permaneciese firme en su casta viudez, y cuando

yo estuviese muy lejos de aquí, allá en la India ó en el Japón, ó en algunas misiones más peligrosas, tendría un consuelo en escribirle algo sobre mis peregrinaciones y trabajos. Cuando, ya viejo, volviese yo por este lugar, también gozaría mucho en intimar con ella, que estaría ya vieja, y en tener con ella coloquios espirituales y pláticas por el estilo de las que tiene ahora el padre Vicario. Hoy, sin embargo, como soy mozo, me acerco poco á Pepita; apenas la hablo. Prefiero pasar por encogido, por tonto, por mal criado y arisco, á dar la menor ocasión, no ya á la realidad de sentir por ella lo que no debo, pero ni á la sospecha ni á la maledicencia.

En cuanto á Pepita, ni remotamente convengo en lo que V. deja entrever como vago recelo. ¿Qué plan ha de formar respecto á un hombre que va á ser clérigo dentro de dos ó tres meses? Ella, que ha desairado á tantos, ¿por qué había de prendarse de mí? Harto me conozco, y sé que no puedo, por fortuna, inspirar pasiones. Dicen que no soy feo, pero soy desmañado, torpe, corto de genio, poco ameno; tengo trazas de lo que soy: de un estudiante humilde. ¿Qué valgo yo al lado de los gallardos mozos, aunque algo rústicos, que han pretendido á Pepita: ágiles jinetes, discretos y regocijados en la conversación, cazadores como Nembrot, diestros en todos los ejercicios de cuerpo, cantadores finos y celebrados en todas las ferias de Andalucía, y bailarines apuestos, elegantes y primorosos? Si Pepita ha desairado todo esto, ¿cómo ha de fijarse ahora en mí y ha de concebir

el diabólico deseo y más diabólico proyecto de turbar la paz de mi alma, de hacerme abandonar mi vocación, tal vez de perderme? No, no es posible. Yo creo buena á Pepita, y á mí, lo digo sin mentida modestia, me creo insignificante. Ya se entiende que me creo insignificante para enamorarla, no para ser su amigo; no para que ella me estime y llegue á tener un día cierta predilección por mí, cuando yo acierte á hacerme digno de esta predilección con una santa y laboriosa vida.

Perdóneme V. si me defiendo con sobrado calor de ciertas reticencias de la carta de V., que suenan á acusaciones y á fatídicos pronósticos.

Yo no me quejo de esas reticencias; V. me da avisos prudentes, gran parte de los cuales acepto y pienso seguir. Si va V. más allá de lo justo en el recelar, consiste, sin duda, en el interés que por mí se toma, y que yo de todo corazón le agradezco.

4 de mayo.

Extraño es que en tantos días ya no haya tenido tiempo para escribir á V.; pero tal es la verdad. Mi padre no me deja parar y las visitas me asedian.

En las grandes ciudades es fácil no recibir, aislarse, crearse una soledad, una Tebaida en medio del bullicio: en un lugar de Andalucía, y sobre todo teniendo la honra de ser hijo del cacique, es menester vivir en público. No ya sólo hasta al cuarto donde escribo, sino hasta mi alcoba penetran, sin que nadie se atreva á oponerse, el señor

Vicario, el escribano, mi primo Currito, hijo de Doña Casilda, y otros mil, que me despiertan si estoy dormido y me llevan donde quieren.

El casino no es aquí mera diversión nocturna, sino de todas las horas del día. Desde las once de la mañana está lleno de gente que charla, que lee por cima algún periódico para saber las noticias, y que juega al tresillo. Personas hay que se pasan diez ó doce horas al día jugando á dicho juego. En fin, hay aquí una holganza tan encantadora, que más no puede ser. Las diversiones son muchas, á fin de entretener dicha holganza. Además del tresillo se arma la timbirimba con frecuencia, y se juega al monte. Las damas, el ajedrez y el dominó no se descuidan. Y, por último, hay una pasión decidida por las riñas de gallos.

Todo esto, con el visiteo, el ir al campo á inspeccionar las labores, el ajustar todas las noches las cuentas con el aperador, el visitar las bodegas y candioteras, y el clarificar, trasegar y perfeccionar los vinos, y el tratar con gitanos y chalanos para compra, venta ó cambalache de los caballos, mulas y borricos, ó con gente de Jerez que viene á comprar nuestro vino para trocarle en jerezano, ocupa aquí de diario á los hidalgos, señoritos ó como quieran llamarse. En ocasiones extraordinarias hay otras faenas y diversiones que dan á todo más animación, como en tiempo de la siega, de la vendimia y de la recolección de la aceituna; ó bien cuando hay feria y toros aquí ó en otro pueblo cercano, ó bien cuando hay romería al santuario de alguna milagrosa imagen de María Santísi-

ma, á donde, si acuden no pocos por curiosidad y para divertirse y feriar á sus amigas cupidos y escapularios, más son los que acuden por devoción y en cumplimiento de voto ó promesa. Hay santuario de éstos que está en la cumbre de una elevadísima sierra, y con todo no faltan aún mujeres delicadas que suben allí con los pies descalzos, hiéndose los con abrojos, espinas y piedras, por el pendiente y mal trazado sendero.

La vida de aquí tiene cierto encanto. Para quien no sueña con la gloria, para quien nada ambiciona, comprendo que sea muy descansada y dulce vida. Hasta la soledad puede lograrse aquí haciendo un esfuerzo. Como yo estoy aquí por una temporada, no puedo ni debo hacerlo; pero, si yo estuviese de asiento, no hallaría dificultad, sin ofender á nadie, en encerrarme y retraerme durante muchas horas ó durante todo el día, á fin de entregarme á mis estudios y meditaciones.

Su nueva y más reciente carta de V. me ha afligido un poco. Veo que insiste V. en sus sospechas, y no sé qué contestar para justificarme, sino lo que ya he contestado.

Dice V. que la gran victoria en cierto género de batallas consiste en la fuga: que huir es vencer. ¿Cómo he de negar yo lo que el Apóstol y tantos santos Padres y Doctores han dicho? Con todo, de sobra sabe V. que el huir no depende de mi voluntad. Mi padre no quiere que me vaya; mi padre me retiene á pesar mío: tengo que obedecerle. Necesito, pues, vencer por otros medios, y no por el de la fuga.

Para que V. se tranquilice, repetiré que la lucha apenas está empeñada; que V. ve las cosas más adelantadas de lo que están.

No hay el menor indicio de que Pepita Jiménez me quiera. Y aunque me quisiese, sería de otro modo que como querían las mujeres que V. cita para mi ejemplar escarmiento. Una señora bien educada y honesta en nuestros días no es tan inflamable y desaforada como esas matronas de que están llenas las historias antiguas.

El pasaje que aduce V. de San Juan Crisóstomo es digno del mayor respeto, pero no es del todo apropiado á las circunstancias. La gran dama que en Of, Tebas ó Dióspolis Magna, se enamoró del hijo predilecto de Jacob, debió de ser hermosísima: sólo así se concibe que asegure el Santo ser mayor prodigio el que Josef no ardiera que el que los tres mancebos que hizo poner Nabucodonosor en el horno candente no se redujesen á cenizas.

Confieso con ingenuidad que, lo que es en punto á hermosura, no atino á representarme que supere á Pepita Jiménez la mujer de aquel príncipe egipcio, mayordomo mayor ó cosa por el estilo del palacio de los Faraones; pero ni yo soy como Josef, agraciado con tantos dones y excelencias, ni Pepita es una mujer sin religión y sin decoro. Y aunque fuera así, aun suponiendo todos estos horrores, no me explico la ponderación de San Juan Crisóstomo sino porque vivía en la capital corrompida, y semi-gentilica aún, del Bajo Imperio; en aquella corte, cuyos vicios tan cru-

damente censuró, y donde la propia emperatriz Eudoxia daba ejemplo de corrupción y de escándalo. Pero hoy, que la moral evangélica ha penetrado más profundamente en el seno de la sociedad cristiana, me parece exagerado creer más milagroso el casto desdén del hijo de Jacob que la incombustibilidad material de los tres mancebos de Babilonia.

Otro punto toca V. en su carta que me anima y lisonjea en extremo. Condena V. como debe el sentimentalismo exagerado y la propensión á enternecerme y á llorar por motivos pueriles, de que le dije padecía á veces; pero esta afeminada pasión de ánimo, ya que existe en mí, importando desecharla, celebra V. que no se mezcle con la oración y la meditación, y las contamine. V. reconoce y aplaude en mí la energía verdaderamente varonil que debe haber en el afecto y en la mente que anhelan elevarse á Dios. La inteligencia que pugna por comprenderle ha de ser briosa; la voluntad que se le somete por completo es porque triunfa de sí misma, riñendo bravas batallas con todos los apetitos, y derrotando y poniendo en fuga todas las tentaciones; el mismo afecto acendrado y ardiente, que, aun en criaturas simples y cuitadas, puede encumbrarse hasta Dios por un rapto de amor, logrando conocerle por iluminación sobrenatural, es hijo, á más de la gracia divina, de un carácter firme y entero. Esa languidez, ese quebranto de la voluntad, esa ternura enfermiza, nada tienen que hacer con la caridad, con la devoción y con el amor divino. Aquello es atri-

buto de menos que mujeres; éstas son pasiones, si pasiones pueden llamarse, de más que hombres, de ángeles. Sí; tiene V. razón de confiar en mí, y de esperar que no he de perderme porque una piedad relajada y muelle abra las puertas de mi corazón á los vicios, transigiendo con ellos. Dios me salvará y yo combatiré por salvarme con su auxilio; pero, si me pierdo, los enemigos del alma y los pecados mortales no han de entrar disfrazados ni por capitulación en la fortaleza de mi conciencia, sino con banderas desplegadas, llevándolo todo á sangre y fuego y después de acérrimo combate.

En estos últimos días he tenido ocasión de ejercitar mi paciencia en grande y de mortificar mi amor propio del modo más cruel.

Mi padre quiso pagar á Pepita el obsequio de la huerta, y la convidó á visitar su quinta del Pozo de la Solana. La expedición fué el 22 de abril. No se me olvidará esta fecha.

El Pozo de la Solana dista más de dos leguas de este lugar, y no hay hasta allí sino camino de herradura. Tuvimos todos que ir á caballo. Yo, como jamás he aprendido á montar, he acompañado á mi padre en todas las anteriores excursiones en una mulita de paso, muy mansa, y que, según la expresión de Dientes, el mulero, es más noble que el oro y más serena que un coche. En el viaje al Pozo de la Solana fui en la misma cabalgadura.

Mi padre, el escribano, el boticario y mi primo Carrito iban en buenos caballos. Mi tía Doña Casilda, que pesa más de diez arrobas, en una enorme y poderosa burra con sus jamugas. El señor

Vicario en una mula mansa y serena como la mía.

En cuanto á Pepita Jiménez, que imaginaba yo que vendría también en burra con jamugas, pues ignoraba que montase, me sorprendió, apareciendo en un caballo tordo muy vivo y fogoso, vestido de amazona, y manejando el caballo con destreza y primor notables.

Me alegré de ver á Pepita tan gallarda á caballo; pero desde luego presentí y empecé á mortificarme el desairado papel que me tocaba hacer al lado de la robusta tía Doña Casilda y del padre Vicario, yendo nosotros á retaguardia, pacíficos y *serenos*, como en coche, mientras que la lucida cabalgata caracolearía, correría, trotaría y haría mil evoluciones y escarceos.

Al punto se me antojó que Pepita me miraba compasiva, al ver la facha lastimosa que sobre la mula debía yo de tener. Mi primo Currito me miró con sonrisa burlona, y empezó en seguida á embromarme y atormentarme.

Aplauda V. mi resignación y mi valerosa paciencia. Á todo me sometí de buen talante, y pronto hasta las bromas de Currito acabaron al notar cuán invulnerable yo era. Pero ¡cuánto sufrí por dentro! Ellos corrieron, galoparon, se nos adelantaron á la ida y á la vuelta. El Vicario y yo permanecemos siempre *serenos*, como las mulas, sin salir del paso y llevando á Doña Casilda en medio.

Ni siquiera tuve el consuelo de hablar con el padre Vicario, cuya conversación me es tan grata, ni de encerrarme dentro de mí mismo y fanta-

sear y soñar, ni de admirar á mis solas la belleza del terreno que recorriamos. Doña Casilda es de una locuacidad abominable, y tuvimos que oirla. Nos dijo cuanto hay que saber de chismes del pueblo, y nos habló de todas sus habilidades, y nos explicó el modo de hacer salchichas, morcillas de sesos, hojaldres y otros mil guisos y regalos. Nadie la vence en negocios de cocina y de matanza de cerdos, según ella, sino Antoñona, la nodriza de Pepita Jiménez, y hoy su ama de llaves y directora de su casa. Yo conozco ya á la tal Antoñona, pues va y viene á casa con recados, y, en efecto, es muy lista; tan parlanchina como la tía Casilda, pero cien mil veces más discreta.

El camino hasta el Pozo de la Solana es delicioso; pero yo iba tan contrariado, que no acerté á gozar de él. Cuando llegamos á la casería y nos apeamos, se me quitó de encima un gran peso, como si fuese yo quien hubiese llevado á la mula y no la mula á mí.

Ya á pie, recorrimos la posesión, que es magnífica, variada y extensa. Hay allí más de 120 fanegas de viña vieja y majuelo, todo bajo una linde; otro tanto ó más de olivar, y, por último, un bosque de encinas de las más corpulentas que aún quedan en pie en toda Andalucía. El agua del Pozo de la Solana forma un arroyo claro y abundante, donde vienen á beber todos los pajarillos de las cercanías, y donde se cazan á centenares por medio de espartos con liga ó con red, en cuyo centro se colocan el cimbel y el reclamo. Allí recordé mis diversiones de la niñez y cuantas veces

había ido yo á cazar pajarillos de la manera expresada.

Siguiendo el curso del arroyo, y sobre todo en las hondonadas, hay muchos álamos y otros árboles altos, que, con las matas y hierbas, crean un intrincado laberinto y una sombría espesura. Mil plantas silvestres y olorosas crecen allí de un modo espontáneo, y por cierto que es difícil imaginar nada más esquivo, agreste y verdaderamente solitario, apacible y silencioso que aquellos lugares. Se concibe allí en el fervor del mediodía, cuando el sol vierte á torrentes la luz desde un cielo sin nubes, en las calorosas y reposadas siestas, el mismo terror misterioso de las horas nocturnas. Se concibe allí la vida de los antiguos patriarcas y de los primitivos héroes y pastores, y las apariciones y visiones que tenían de ninfas, de deidades y de ángeles, en medio de la claridad meridiana.

Andando por aquella espesura, hubo un momento en el cual, no acierto á decir cómo, Pepita y yo nos encontramos solos: yo al lado de ella. Los demás se habían quedado atrás.

Entonces sentí por todo mi cuerpo un estremecimiento. Era la primera vez que me veía á solas con aquella mujer y en sitio tan apartado, y cuando yo pensaba en las apariciones meridianas, ya siniestras, ya dulces y siempre sobrenaturales, de los hombres de las edades remotas.

Pepita había dejado en la casería la larga falda de montar, y caminaba con un vestido corto que no estorbaba la graciosa ligereza de sus movimien-

tos. Sobre la cabeza llevaba un sombrerillo andaluz colocado con gracia. En la mano el látigo, que se me antojó como varita de virtudes, con que pudiera hechizarme aquella maga.

No temo repetir aquí los elogios de su belleza. En aquellos sitios agrestes se me apareció más hermosa. La cautela que recomiendan los ascetas, de pensar en ella, afeada por los años y por las enfermedades; de figurármela muerta, llena de hedor y podredumbre, y cubierta de gusanos, vino, á pesar mío, á mi imaginación; y digo á *pesar mío*, porque no entiendo que tan terrible cautela fuese indispensable. Ninguna idea mala en lo material, ninguna sugestión del espíritu maligno turbó entonces mi razón ni logró inficionar mi voluntad y mis sentidos.

Lo que sí se me ocurrió fué un argumento para invalidar, al menos en mí, la virtud de esa cautela. La hermosura, obra de un arte soberano y divino, puede ser caduca y efímera, desaparecer en el instante; pero su idea es eterna, y en la mente del hombre vive vida inmortal, una vez percibida. La belleza de esta mujer, tal como hoy se me manifiesta, desaparecerá dentro de breves años: ese cuerpo elegante, esas formas esbeltas, esa noble cabeza, tan gentilmente erguida sobre los hombros, todo será pasto de gusanos inmundos; pero si la materia ha de transformarse, la forma, el pensamiento artístico, la hermosura misma, ¿quién la destruirá? ¿No está en la mente divina? Percibida y conocida por mí, ¿no vivirá en mi alma, vencedora de la vejez y aun de la muerte?

Así meditaba yo, cuando Pepita y yo nos acercamos. Así serenaba yo mi espíritu y mitigaba los recelos que V. ha sabido infundirme. Yo deseaba y no deseaba á la vez que llegasen los otros. Me complacía y me afligía al mismo tiempo de estar solo con aquella mujer.

La voz argentina de Pepita rompió el silencio, y, sacándome de mis meditaciones, dijo:

—¿Qué callado y qué triste está V., Sr. Don Luis! Me apesadumbra el pensar que tal vez por culpa mía, en parte al menos, da á V. hoy un mal rato su padre trayéndole á estas soledades, y sacándole de otras más apartadas, donde no tendrá V. nada que le distraiga de sus oraciones y piadosas lecturas.

Yo no sé lo que contesté á esto. Hube de contestar alguna sandez, porque estaba turbado; y ni quería hacer un cumplimiento á Pepita, diciendo galanterías profanas, ni quería tampoco contestar de un modo grosero.

Ella prosiguió:

—V. me ha de perdonar si soy maliciosa; pero se me figura que, además del disgusto de verse V. separado hoy de sus ocupaciones favoritas, hay algo más que contribuye poderosamente á su mal humor.

—¿Qué es ese algo más?—dije yo,—pues V. lo descubre todo ó cree descubrirlo.

—Ese algo más—replicó Pepita,—no es sentimiento propio de quien va á ser sacerdote tan pronto; pero sí lo es de un joven de veintidós años.

Al oír esto, sentí que la sangre me subía al rostro y que el rostro me ardía. Imaginé mil extravagancias; me creí presa de una obsesión. Me juzgué provocado por Pepita, que iba á darme á entender que conocía que yo gustaba de ella. Entonces mi timidez se trocó en atrevida soberbia, y la miré de hito en hito. Algo de ridículo hubo de haber en mi mirada; pero, ó Pepita no lo advirtió, ó lo disimuló con benévola prudencia, exclamando del modo más sencillo:

—No se ofenda V. porque yo le descubra alguna falta. Ésta que he notado me parece leve. Usted está lastimado de las bromas de Currito y de hacer (hablando profanamente) un papel poco airoso, montado en una mula mansa, como el señor Vicario, con sus ochenta años, y no en un brioso caballo, como debiera un joven de su edad y circunstancias. La culpa es del señor Deán, que no ha pensado en que V. aprenda á montar. La equitación no se opone á la vida que V. piensa seguir, y yo creo que su padre de V., ya que está V. aquí, debiera en pocos días enseñarle. Si V. va á Persia ó á China, allí no hay ferrocarriles aún, y hará V. una triste figura cabalgando mal. Tal vez se desacredite el misionero entre aquellos bárbaros, merced á esta torpeza, y luego sea más difícil de lograr el fruto de las predicaciones.

Estos y otros razonamientos más adujo Pepita para que yo aprendiese á montar á caballo, y quedé tan convencido de lo útil que es la equitación para un misionero, que le prometí aprender en seguida, tomando á mi padre por maestro.

—En la primera nueva expedición que hagamos —le dije,—he de ir en el caballo más fogoso de mi padre, y no en la mulita de paso en que voy ahora.

—Mucho me alegraré,—replicó Pepita con una sonrisa de indecible suavidad.

En esto llegaron todos al sitio en que estábamos, y yo me alegré en mis adentros, no por otra cosa, sino por temor de no acertar á sostener la conversación, y de salir con doscientas mil simplicidades por mi poca ó ninguna práctica de hablar con mujeres.

Después del paseo, sobre la fresca hierba y en el más lindo sitio junto al arroyo, nos sirvieron los criados de mi padre una rústica y abundante merienda. La conversación fué muy animada, y Pepita mostró mucho ingenio y discreción. Mi primo Currito volvió á embromarme sobre mi manera de cabalgar y sobre la mansedumbre de mi mula: me llamó *teólogo*, y me dijo que sobre aquella mula parecía que iba yo repartiendo bendiciones. Esta vez, ya con el firme propósito de hacerme jinete, contesté á las bromas con desenfado picante. Me callé, con todo, el compromiso contraído de aprender la equitación. Pepita, aunque en nada habíamos convenido, pensó sin duda, como yo, que importaba el sigilo para sorprender luego, cabalgando bien, y nada dijo de nuestra conversación. De aquí provino, natural y sencillamente, que existiera un secreto entre ambos, lo cual produjo en mi ánimo extraño efecto.

Nada más ocurrió aquel día, que merezca contarse.

Por la tarde volvimos al lugar como habíamos venido. Yo, sin embargo, en mi mula mansa y al lado de la tía Casilda, no me aburrí ni entristecí á la vuelta como á la ida. Durante todo el viaje oí á la tía sin cansancio referir sus historias, y por momentos me distraje en vagas imaginaciones.

Nada de lo que en mi alma pasa debe ser un misterio para V. Declaro que la figura de Pepita era como el centro, ó mejor dicho, como el núcleo y el foco de estas imaginaciones vagas.

Su meridiana aparición en lo más intrincado, umbrío y silencioso de la verde enramada me trajo á la memoria todas las apariciones, buenas ó malas, de seres portentosos y de condición superior á la nuestra, que había yo leído en los autores sagrados y los clásicos profanos. Pepita, pues, se me mostraba en los ojos y en el teatro interior de mi fantasía, no como iba á caballo delante de nosotros, sino de un modo ideal y etéreo, en el retiro nemoroso, como á Eneas su madre, como á Calímaco Palas, como al pastor bohemio Kroco la sífide que luego concibió á Libusa, como Diana al hijo de Aristeo, como al Patriarca los ángeles en el valle de Mambré, como á San Antonio el hipocentauro en la soledad del yermo.

Encuentro tan natural como el de Pepita se trocaba en mi mente en algo de prodigio. Por un momento, al notar la consistencia de esta imaginación, me creí obseso; me figuré, como era evidente, que en los pocos minutos que había estado á solas con Pepita junto al arroyo de la Solana, nada había ocurrido que no fuese natural y vulgar;

pero que después, conforme iba yo caminando tranquilo en mi mula, algún demonio se agitaba invisible en torno mío, sugiriéndome mil disparates.

Aquella noche dije á mi padre mi deseo de aprender á montar. No quise ocultarle que Pepita me había excitado á ello. Mi padre tuvo una alegría extraordinaria. Me abrazó, me besó, me dijo que ya no era V. sólo mi maestro; que él también iba á tener el gusto de enseñarme algo. Me aseguró, por último, que en dos ó tres semanas haría de mí el mejor caballista de toda Andalucía; capaz de ir á Gibraltar por contrabando y de volver de allí, burlando al resguardo, con una coracha de tabaco y con un buen alijo de algodones; apto, en suma, para pasmar á todos los jinetes que se lucen en las ferias de Sevilla y de Mairena, y para oprimir los lomos de Babieca, de Bucéfalo, y aun de los propios caballos del Sol, si por acaso bajaban á la tierra y podía yo asirlos de la brida.

Ignoro qué pensará V. de este arte de la equitación que estoy aprendiendo; pero presumo que no le tendrá por malo.

¡Si viera V. qué gozoso está mi padre y cómo se deleita enseñándome! Desde el día siguiente al de la expedición que he referido, doy dos lecciones diarias. Día hay durante el cual la lección es perpetua, porque nos le pasamos á caballo. La primera semana fueron las lecciones en el corralón de casa, que está desempedrado y sirvió de picadero.

Ya salimos al campo, pero procurando que na-

die nos vea. Mi padre no quiere que me muestre en público hasta que pame por lo bien plantado, según él dice. Si su vanidad de padre no le engaña, esto será muy pronto, porque tengo una disposición maravillosa para ser buen jinete.

—¡Bien se ve que eres mi hijo!—exclama mi padre con júbilo al contemplar mis adelantos.

Es tan bueno mi padre, que espero que V. le perdonará su lenguaje profano y sus chistes irreverentes. Yo me aflijo en lo interior de mi alma, pero lo sufro todo.

Con las continuadas y largas lecciones estoy que da lástima de agujetas. Mi padre me recomienda que escriba á V. que me abro las carnes á disciplinazos.

Como dentro de poco sostiene que me dará por enseñado, y no desea jubilarse de maestro, me propone otros estudios extravagantes y harto impropios de un futuro sacerdote. Unas veces quiere enseñarme á derribar para llevarme luego á Sevilla, donde dejaré bizcos á los ternes y gente del bronce, con la garrocha en la mano, en los llanos de Tablada. Otras veces se acuerda de sus mocedades y de cuando fué guardia de corps, y dice que va á buscar sus floretes, guantes y caretas y á enseñarme la esgrima. Y, por último, presumiendo también mi padre de manejar como nadie una navaja, ha llegado á ofrecerme que me comunicará esta habilidad.

Ya se hará V. cargo de lo que yo contesto á tantas locuras. Mi padre replica que en los buenos tiempos antiguos, no ya los clérigos, sino hasta los

obispos, andaban á caballo acuchillando infieles. Yo observo que eso podía suceder en las edades bárbaras; pero que ahora no deben los ministros del Altísimo saber esgrimir más armas que las de la persuasión.—Y cuando la persuasión no basta —añade mi padre,—¿no viene bien corroborar un poco los argumentos á linternazos?—El misionero completo, según entiende mi padre, debe en ocasiones apelar á estos medios heroicos; y como mi padre ha leído muchos romances é historias, cita ejemplos en apoyo de su opinión. Cita en primer lugar á Santiago, quien, sin dejar de ser apóstol, más acuchilla á los moros que les predica y persuade en su caballo blanco; cita á un señor de la Vera, que fué con una embajada de los Reyes Católicos para Boabdil, y que en el patio de los Leones se enredó con los moros en disputas teológicas, y, apurado ya de razones, sacó la espada y arremetió contra ellos para acabar de convertirlos; y cita, por último, al hidalgo vizcaíno D. Íñigo de Loyola, el cual, en una controversia que tuvo con un moro sobre la pureza de María Santísima, harto ya de las impías y horrorosas blasfemias con que el moro le contradecía, se fué sobre él espada en mano, y si el moro no se salva por pies, le infunde el convencimiento en el alma por estilo tremendo. Sobre el lance de San Ignacio contesto yo á mi padre que fué antes de que el santo se hiciera sacerdote, y sobre los otros ejemplos digo que no hay paridad.

En suma, yo me defiendo como puedo de las bromas de mi padre y me limito á ser buen jinete

sin estudiar esas otras artes, tan impropias de los clérigos, aunque mi padre asegura que no pocos clérigos españoles las saben y las ejercen á menudo en España, aun en el día de hoy, á fin de que la fe triunfe y se conserve ó restaure la unidad católica.

Me pesa en el alma de que mi padre sea así; de que hable con irreverencia y de burla de las cosas más serias; pero no incumbe á un hijo respetuoso el ir más allá de lo que voy en reprimir sus desahogos un tanto volterianos. Los llamo un tanto volterianos, porque no acierto á calificarlos bien. En el fondo mi padre es buen católico, y esto me consuela.

Ayer fué día de la Cruz y estuvo el lugar muy animado. En cada calle hubo seis ó siete cruces de mayo llenas de flores, si bien ninguna tan bella como la que puso Pepita en la puerta de su casa. Era un mar de flores el que engalanaba la cruz.

Por la noche tuvimos fiesta en casa de Pepita. La cruz, que había estado en la calle, se colocó en una gran sala baja, donde hay piano, y nos dió Pepita un espectáculo sencillo y poético que yo había visto cuando niño, aunque no le recordaba.

De la cabeza de la cruz pendían siete listones ó cintas anchas, dos blancas, dos verdes y tres encarnadas, que son los colores simbólicos de las virtudes teologales. Ocho niños de cinco ó seis años, representando los siete Sacramentos, asidos de las siete cintas que pendían de la cruz, bailaron á modo de una contradanza muy bien ensayada. El Bautismo era un niño vestido de catecúmeno con su túnica blanca; el Orden, otro niño de

sacerdote; la Confirmación, un obispito; la Extremaunción, un peregrino con bordón y esclavina llena de conchas; el Matrimonio, un novio y una novia, y un Nazareno con cruz y corona de espinas, la Penitencia.

El baile, más que baile, fué una serie de reve-rencias, pasos, evoluciones y genuflexiones al compás de una música no mala, de algo como marcha, que el organista tocó en el piano con bastante destreza.

Los niños, hijos de criados y familiares de la casa de Pepita, después de hacer su papel, se fueron á dormir muy regalados y agasajados.

La tertulia continuó hasta las doce, y hubo refresco; esto es, tacillas de almíbar, y, por último, chocolate con torta de bizcocho y agua con azucarillos.

El retiro y la soledad de Pepita van olvidándose desde que volvió la primavera, de lo cual mi padre está muy contento. De aquí en adelante Pepita recibirá todas las noches, y mi padre quiere que yo sea de la tertulia.

Pepita ha dejado el luto, y está ahora más galana y vistosa con trajes ligeros y casi de verano, aunque siempre muy modestos.

Tengo la esperanza de que lo más que mi padre me retendrá ya por aquí será todo este mes. En junio nos iremos juntos á esa ciudad, y ya V. verá cómo, libre de Pepita, que no piensa en mí ni se acordará de mí para malo ni para bueno, tendré el gusto de abrazar á V. y de lograr la dicha de ser sacerdote.

7 de mayo.

Todas las noches, de nueve á doce, tenemos, como ya indiqué á V., tertulia en casa de Pepita. Van cuatro ó cinco señoras y otras tantas señoritas del lugar, contando con la tía Casilda, y van también seis ó siete caballeros, que suelen jugar á juegos de prendas con las niñas. Como es natural, hay tres ó cuatro noviazgos.

La gente formal de la tertulia es la de siempre. Se compone, como si dijéramos, de los altos funcionarios: de mi padre, que es el cacique; del boticario, del médico, del escribano y del señor Vicario.

Pepita juega al tresillo con mi padre, con el señor Vicario y con algún otro.

Yo no sé de qué lado ponerme. Si me voy con la gente joven, estorbo con mi gravedad en sus juegos y enamoramientos. Si me voy con el estado mayor, tengo que hacer el papel de mirón en una cosa que no entiendo. Yo no sé más juego de naipes que el burro ciego, el burro con vista y un poco de tute ó brisca cruzada.

Lo mejor sería que yo no fuese á la tertulia; pero mi padre se empeña en que vaya. Con no ir, según él, me pondría en ridículo.

Muchos extremos de admiración hace mi padre al notar mi ignorancia de ciertas cosas. Esto de que yo no sepa jugar al tresillo, si quiera al tresillo, le tiene maravillado.

—Tu tío te ha criado—me dice,—debajo de un

fanal, haciéndote tragar teología y más teología, y dejándote á obscuras de lo demás que hay que saber. Por lo mismo que vas á ser clérigo y que no podrás bailar ni enamorar en las reuniones, necesitas jugar al tresillo. Si no, ¿qué vas á hacer, desdichado?

Á estos y otros discursos por el estilo he tenido que rendirme, y mi padre me está enseñando en casa á jugar al tresillo, para que, no bien le sepa, le juegue en la tertulia de Pepita. También, como ya le dije á V., ha querido enseñarme la esgrima, y después á fumar y á tirar á la pistola y á la barra; pero en nada de esto he consentido yo.

—¿Qué diferencia—exclama mi padre,—entre tu mocedad y la mía!

Y luego añade riéndose:

—En substancia, todo es lo mismo. Yo también tenía mis horas canónicas en el cuartel de Guardias de Corps; el cigarro era el incensario, la baraja el libro de coro, y nunca me faltaban otras devociones y ejercicios más ó menos espirituales.

Aunque V. me tenía prevenido acerca de estas genialidades de mi padre, y de que por ellas había estado yo con V. doce años, desde los diez á los veintidós, todavía me aturden y desazonan los dichos de mi padre, sobrado libres á veces. Pero ¿qué le hemos de hacer? Aunque no puedo censurárselos, tampoco se los aplaudo ni se los río.

Lo singular y plausible es que mi padre es otro hombre cuando está en casa de Pepita. Ni por casualidad se le escapa una sola frase, un solo chiste

de éstos que prodiga tanto en otros lugares. En casa de Pepita es mi padre el propio comedimiento. Cada día parece, además, más prendado de ella y con mayores esperanzas del triunfo.

Sigue mi padre contentísimo de mí como discípulo de equitación. Dentro de cuatro ó cinco días asegura que podré ya montar y montaré en Lucero, caballo negro, hijo de un caballo árabe y de una yegua de la casta de Guadalcázar, saltador, corredor, lleno de fuego y adiestrado en todo linaje de corvetas.

—Quien eche á Lucero los calzones encima—dice mi padre,—ya puede apostarse á montar con los propios centauros; y tú le echarás los calzones encima dentro de poco.

Aunque me paso todo el día en el campo á caballo, en el casino y en la tertulia, robo algunas horas al sueño, ya voluntariamente, ya porque me desvelo, y medito en mi posición y hago examen de conciencia. La imagen de Pepita está siempre presente en mi alma. ¿Será esto amor? me pregunto.

Mi compromiso moral, mi promesa de consagrarme á los altares, aunque no confirmada, es para mí valedera y perfecta. Si algo que se oponga al cumplimiento de esa promesa ha penetrado en mi alma, es necesario combatirlo.

Desde luego noto, y no me acuse V. de soberbia porque le digo lo que noto, que el imperio de mi voluntad, que V. me ha enseñado á ejercer, es omnímodo sobre todos mis sentidos. Mientras Moisés en la cumbre del Sinaí conversaba con

Dios, la baja plebe en la llanura adoraba rebelde el becerro. A pesar de mis pocos años, no teme mi espíritu rebeldías semejantes. Bien pudiera conversar con Dios con plena seguridad, si el enemigo no viniese á pelear contra mí en el mismo santuario. La imagen de Pepita se me presenta en el alma. Es un espíritu quien hace guerra á mi espíritu; es la idea de su hermosura en toda su imaterial pureza la que se me ofrece en el camino que guía al abismo profundo del alma donde Dios asiste, y me impide llegar á él.

No me obceco, con todo. Veo claro, distingo, no me alucino. Por cima de esta inclinación espiritual que me arrastra hacia Pepita, está el amor de lo infinito y de lo eterno. Aunque yo me presente á Pepita como una idea, como una poesía, no deja de ser la idea, la poesía de algo finito, limitado, concreto, mientras que el amor de Dios y el concepto de Dios todo lo abarcan. Pero por más esfuerzos que hago, no acierto á revestir de una forma imaginaria ese concepto supremo, objeto de un afecto superiorísimo, para que luche con la imagen, con el recuerdo de la verdad caduca y efímera que de continuo me atosiga. Ferrosamente pido al cielo que se despierte en mí la fuerza imaginativa y cree una semejanza, un símbolo de ese concepto que todo lo comprende, á fin de que absorba y ahogue la imagen, el recuerdo de esta mujer. Es vago, es oscuro, es indescriptible, es como tiniebla profunda el más alto concepto, blanco de mi amor; mientras que ella se me representa con determinados contornos,

clara, evidente, luminosa, con la luz velada que resisten los ojos del espíritu, no luminosa con la otra luz intensísima que para los ojos del espíritu es como tinieblas.

Toda otra consideración, toda otra forma, no destruye la imagen de esta mujer. Entre el Crucifijo y yo se interpone, entre la imagen devotísima de la Virgen y yo se interpone, sobre la página del libro espiritual que leo viene también á interponerse.

No creo, sin embargo, que estoy herido de lo que llaman amor en el siglo. Y aunque lo estuviera, yo lucharía y vencería.

La vista diaria de esa mujer, y el oír cantar sus alabanzas de continuo, hasta al padre Vicario, me tienen preocupado; divierten mi espíritu hacia lo profano, y le alejan de su debido recogimiento; pero no, yo no amo á Pepita todavía. Me iré y la olvidaré.

Mientras aquí permanezca, combatiré con valor. Combatiré con Dios, para vencerle por el amor y el rendimiento. Mis clamores llegarán á Él como inflamadas saetas, y derribarán el escudo con que se defiende y oculta á los ojos de mi alma. Yo pelearé, como Israel, en el silencio de la noche, y Dios me llagará en el muslo y me quebrantará en ese combate, para que yo sea vencedor siendo vencido.

12 de mayo.

Antes de lo que yo pensaba, querido tío, me decidió mi padre á que montase en Lucero. Ayer,

á las seis de la mañana, cabalgué en esta hermosa fiera, como le llama mi padre, y me fuí con mi padre al campo. Mi padre iba caballero en una jaca alazana.

Lo hice tan bien, fuí tan seguro y apuesto en aquel soberbio animal, que mi padre no pudo resistir á la tentación de lucir á su discípulo; y, después de reposarnos en un cortijo que tiene media legua de aquí, y á eso de las once, me hizo volver al lugar y entrar por lo más concurrido y céntrico, metiendo mucha bulla y desempedrando las calles. No hay que afirmar que pasamos por la de Pepita, quien de algún tiempo á esta parte se va haciendo algo ventanera, y estaba á la reja, en una ventana baja, detrás de la verde celosía.

No bien sintió Pepita el ruido y alzó los ojos y nos vió, se levantó, dejó la costura que traía entre manos y se puso á mirarnos. Lucero, que, según he sabido después, tiene ya la costumbre de hacer piernas cuando pasa por delante de la casa de Pepita, empezó á retozar y á levantarse un poco de manos. Yo quise calmarle; pero como extrañase las mías, y también extrañase al jinete, despreciándole tal vez, se alborotó más y más, empezó á dar resoplidos, á hacer corvetas y aun á dar algunos botes; pero yo me tuve firme y sereno, mostrándole que era su amo, castigándole con la espuela, tocándole con el látigo en el pecho y reteniéndole por la brida. Lucero, que casi se había puesto de pie sobre los cuartos traseros, se humilló entonces hasta doblar mansamente las rodillas haciendo una reverencia.

La turba de curiosos, que se había agrupado alrededor, rompió en estrepitosos aplausos. Mi padre dijo:

—¡Bien por los mozos crudos y de arrestos!

Y notando después que Currito, que no tiene otro oficio que el de paseante, se hallaba entre el concurso, se dirigió á él con estas palabras:

—Mira, arrastrado; mira al *teólogo* ahora, y, en vez de burlarte, quédate patitieso de asombro.

En efecto, Currito estaba con la boca abierta; inmóvil, verdaderamente asombrado.

Mi triunfo fué grande y solemne, aunque impropio de mi carácter. La inconveniencia de este triunfo me infundió vergüenza. El rubor coloró mis mejillas. Debí ponerme encendido como la grana, y más aún cuando advertí que Pepita me aplaudía y me saludaba cariñosa, sonriendo y agitando sus lindas manos.

En fin, he ganado la patente de hombre recio y de jinete de primera calidad.

Mi padre no puede estar más satisfecho y orondo: asegura que está completando mi educación; que V. le ha enviado en mí un libro muy sabio, pero en borrador y desencuadernado, y que él está poniéndome en limpio y encuadernándome.

El tresillo, si es parte de la encuadernación y de la limpieza, también está ya aprendido.

Dos noches he jugado con Pepita.

La noche que siguió á mi hazaña ecuestre, Pepita me recibió entusiasmada, é hizo lo que nunca había querido ni se había atrevido á hacer conmigo: me alargó la mano.

No crea V. que no recordé lo que recomiendan tantos y tantos moralistas y ascetas; pero allá en mi mente pensé que exageraban el peligro. Aquello del Espíritu Santo de que el que echa mano á una mujer se expone como si cogiera un escorpión, me pareció dicho en otro sentido. Sin duda que en los libros devotos, con la más sana intención, se interpretan harto duramente ciertas frases y sentencias de la Escritura. ¿Cómo entender, si no, que la hermosura de la mujer, obra tan perfecta de Dios, es causa de perdición siempre? ¿Cómo entender tampoco, en sentido general y constante, que la mujer es más amarga que la muerte? ¿Cómo entender que el que toca á una mujer, en toda ocasión y con cualquier pensamiento que sea, no saldrá sin mancha?

En fin, respondí rápidamente dentro de mi alma á éstos y otros avisos, y tomé la mano que Pepita cariñosamente me alargaba, y la estreché en la mía. La suavidad de aquella mano me hizo comprender mejor su delicadeza y primor, que hasta entonces no conocía sino por los ojos.

Según los usos del siglo, dada ya la mano una vez, la debe uno dar siempre, cuando llega y cuando se despide. Espero que en esta ceremonia, en esta prueba de amistad, en esta manifestación de afecto, si se procede con pureza y sin el menor átomo de liviandad, no verá V. nada malo ni peligroso.

Como mi padre tiene que estar muchas noches con el aperador y con otra gente de campo, y hasta las diez y media ó las once suele no verse libre,

yo le sustituyo en la mesa de tresillo al lado de Pepita. El señor Vicario y el escribano son casi siempre los otros tercios. Jugamos á décimo de real, de modo que un duro ó dos es lo más que se atraviesa en la partida.

Mediando como media tan poco interés en el juego, le interrumpimos continuamente con agradables conversaciones y hasta con discusiones sobre puntos extraños al mismo juego, en todo lo cual demuestra siempre Pepita una lucidez de entendimiento, una viveza de imaginación y una tan extraordinaria gracia en el decir, que no pueden menos de maravillarme.

No hallo motivo suficiente para variar de opinión respecto á lo que ya he dicho á V. contestando á sus recelos de que Pepita puede sentir cierta inclinación hacia mí. Me trata con el afecto natural que debe tener al hijo de su pretendiente D. Pedro de Vargas, y con la timidez y encogimiento que inspira un hombre en mis circunstancias, que no es sacerdote aún, pero que pronto va á serlo.

Quiero y debo, no obstante, decir á V., ya que le escribo siempre como si estuviese de rodillas delante de V. á los pies del confesonario, una rápida impresión que he sentido dos ó tres veces; algo que tal vez sea una alucinación ó un delirio, pero que he notado.

Ya he dicho á V. en otras cartas que los ojos de Pepita, verdes como los de Circe, tienen un mirar tranquilo y honestísimo. Se diría que ella ignora el poder de sus ojos, y no sabe que sirven más que

para ver. Cuando fija en alguien la vista, es tan clara, franca y pura la dulce luz de su mirada, que en vez de hacer nacer ninguna mala idea, parece que crea pensamientos limpios; que deja en reposo grato á las almas inocentes y castas, y mata y destruye todo incentivo en las almas que no lo son. Nada de pasión ardiente, nada de fuego hay en los ojos de Pepita. Como la tibia luz de la luna es el rayo de su mirada.

Pues bien, á pesar de esto, yo he creído notar dos ó tres veces un resplandor instantáneo, un relámpago, una llama fugaz devoradora en aquellos ojos que se posaban en mí. ¿Será vanidad ridícula sugerida por el mismo demonio?

Me parece que sí: quiero creer y creo que sí.

Lo rápido, lo fugitivo de la impresión, me induce á conjeturar que no ha tenido nunca realidad extrínseca; que ha sido ensueño mío.

La calma del cielo, el frío de la indiferencia amorosa, si bien templado por la dulzura de la amistad y de la caridad, es lo que descubro siempre en los ojos de Pepita.

Me atormenta, no obstante, este ensueño, esta alucinación de la mirada extraña y ardiente.

Mi padre dice que no son los hombres, sino las mujeres las que toman la iniciativa, y que la toman sin responsabilidad, y pudiendo negar y volverse atrás cuando quieren. Según mi padre, la mujer es quien se declara por medio de miradas fugaces, que ella misma niega más tarde á su propia conciencia, si es menester, y de las cuales, más que leer, logra el hombre á quien van dirigidas

adivinar el significado. De esta suerte, casi por medio de una conmoción eléctrica, casi por medio de una sutilísima é inexplicable intuición, se percata el que es amado de que es amado, y luego, cuando se resuelve á hablar, va ya sobre seguro y con plena confianza de la correspondencia.

¿Quién sabe si estas teorías de mi padre, oídas por mí, porque no puedo menos de oirlas, son las que me han calentado la cabeza y me han hecho imaginar lo que no hay?

De todos modos, me digo á veces, ¿sería tan absurdo, tan imposible que lo hubiera? Y si lo hubiera, si yo agradase á Pepita de otro modo que como amigo, si la mujer á quien mi padre pretende se prendase de mí, ¿no sería espantosa mi situación?

Desechemos estos temores fraguados, sin duda, por la vanidad. No hagamos de Pepita una Fedra y de mí un Hipólito.

Lo que sí empieza á sorprenderme es el descuido y plena seguridad de mi padre. Perdone V., pídale á Dios que perdone mi orgullo; de vez en cuando me pica y enoja la tal seguridad. Pues qué, me digo, ¿soy tan adefesio para que mi padre no tema que, á pesar de mi supuesta santidad, ó por mi misma supuesta santidad, no pueda yo enamorar, sin querer, á Pepita?

Hay un curioso raciocinio, que yo me hago, y por donde me explico, sin lastimar mi amor propio, el descuido paterno en este asunto importante. Mi padre, aunque sin fundamento, se va considerando ya como marido de Pepita, y empieza á

participar de aquella ceguera funesta que Asmodeo ú otro demonio más torpe infunde á los maridos. Las historias profanas y eclesiásticas están llenas de esta ceguera que Dios permite, sin duda, para fines providenciales. El ejemplo más egregio quizás es el del emperador Marco Aurelio, que tuvo mujer tan liviana y viciosa como Faustina; y, siendo varón tan sabio y tan agudo filósofo, nunca advirtió lo que de todas las gentes que formaban el imperio romano era sabido; por donde, en las meditaciones ó memorias que sobre sí mismo compuso, da infinitas gracias á los dioses inmortales porque le habían concedido mujer tan fiel y tan buena, y provoca la risa de sus contemporáneos y de las futuras generaciones. Desde entonces no se ve otra cosa todos los días, sino magnates y hombres principales que hacen sus secretarios y dan todo su valimiento á los que le tienen con su mujer. De esta suerte me explico que mi padre se descuide, y no recele que, hasta á pesar mío, pudiera tener un rival en mí.

Sería una falta de respeto, pecaría yo de presumido é insolente si advirtiese á mi padre del peligro que no ve. No hay medio de que yo le diga nada. Además, ¿qué había yo de decirle? ¿Que se me figura que una ó dos veces Pepita me ha mirado de otra manera que como suele mirar? ¿No puede ser esto ilusión mía? No; no tengo la menor prueba de que Pepita desee siquiera coquetear conmigo.

¿Qué es, pues, lo que entonces podría yo decir á mi padre? ¿Había de decirle que yo soy quien

está enamorado de Pepita, que yo codicio el tesoro que ya él tiene por suyo? Esto no es verdad; y sobre todo, ¿cómo declarar esto á mi padre, aunque fuera verdad, por mi desgracia y por mi culpa?

Lo mejor es callarme; combatir en silencio, si la tentación llega á asaltarme de veras, y tratar de abandonar cuanto antes este pueblo y de volverme con V.

19 de mayo.

Gracias á Dios y á V. por las nuevas cartas y nuevos consejos que me envía. Hoy los necesito más que nunca.

Razón tiene la mística doctora Santa Teresa cuando pondera los grandes trabajos de las almas tímidas que se dejan turbar por la tentación; pero es mil veces más trabajoso el desengaño para quienes han sido, como yo, confiados y soberbios.

Templos del Espíritu Santo son nuestros cuerpos; mas si se arrima fuego á sus paredes, aunque no ardan, se tiznan.

La primera sugestión es la cabeza de la serpiente. Si no la hollamos con planta valerosa y segura, el ponzoñoso reptil sube á esconderse en nuestro seno.

El licor de los deleites mundanos, por inocentes que sean, suele ser dulce al paladar, y luego se trueca en hiel de dragones y veneno de áspides.

Es cierto; ya no puedo negárselo á V. Yo no debí poner los ojos con tanta complacencia en esta mujer peligrosísima.

No me juzgo perdido; pero me siento conturbado.

Como el corzo sediento desea y busca el manantial de las aguas, así mi alma busca á Dios todavía. Á Dios se vuelve para que le dé reposo, y anhela beber en el torrente de sus delicias, cuyo impetu alegra el Paraíso, y cuyas ondas claras ponen más blanco que la nieve; pero un abismo llama á otro abismo, y mis pies se han clavado en el cieno que está en el fondo.

Sin embargo, aún me quedan voz y aliento para clamar con el Salmista: ¡Levántate, gloria mía! Si te pones de mi lado, ¿quién prevalecerá contra mí?

Yo digo á mi alma pecadora, llena de quiméricas imaginaciones y de vagos deseos, que son sus hijos bastardos: ¡Oh hija miserable de Babilonia, bienaventurado el que te dará tu galardón, bienaventurado el que deshará contra las piedras á tus pequeñuelos!

Las mortificaciones, el ayuno, la oración, la penitencia serán las armas de que me revista para combatir y vencer con el auxilio divino.

No era sueño, no era locura: era realidad. Ella me mira á veces con la ardiente mirada de que ya he hablado á V. Sus ojos están dotados de una atracción magnética inexplicable. Me atrae, me seduce, y se fijan en ella los míos. Mis ojos deben arder entonces, como los suyos, con una llama funesta; como los de Amón cuando se fijaban en Tamar; como los del príncipe de Siquén cuando se fijaban en Dina.

Al mirarnos así, hasta de Dios me olvido. La

imagen de ella se levanta en el fondo de mi espíritu, vencedora de todo. Su hermosura resplandece sobre toda hermosura; los deleites del cielo me parecen inferiores á su cariño; una eternidad de penas creo que no paga la bienaventuranza infinita que vierte sobre mí en un momento con una de estas miradas que pasan cual relámpago.

Cuando vuelvo á casa, cuando me quedo solo en mi cuarto, en el silencio de la noche, reconozco todo el horror de mi situación y formo buenos propósitos, que luego se quebrantan.

Me prometo á mí mismo fingirme enfermo, buscar cualquier otro pretexto para no ir á la noche siguiente en casa de Pepita, y sin embargo voy.

Mi padre, confiado hasta lo sumo, sin sospechar lo que pasa en mi alma, me dice cuando llega la hora:

—Vete á la tertulia. Yo iré más tarde, luego que despache al aperador.

Yo no atino con la excusa, no hallo el pretexto, y en vez de contestar:—No puedo ir,—tomo el sombrero y voy á la tertulia.

Al entrar, Pepita y yo nos damos la mano, y al dárnosla me hechiza. Todo mi sér se muda. Penetra hasta mi corazón un fuego devorante, y ya no pienso más que en ella. Tal vez soy yo mismo quien provoca las miradas si tardan en llegar. La miro con insano ahinco, por un estímulo irresistible, y á cada instante creo descubrir en ella nuevas perfecciones. Ya los hoyuelos de sus mejillas cuando sonrío, ya la blancura sonrosada de la tez,

ya la forma recta de la nariz, ya la pequeñez de la oreja, ya la suavidad de contornos y admirable modelado de la garganta.

Entro en su casa, á pesar mío, como evocado por un conjuro; y, no bien entro en su casa, caigo bajo el poder de su encanto; veo claramente que estoy dominado por una maga cuya fascinación es ineluctable.

No es ella grata á mis ojos solamente, sino que sus palabras suenan en mis oídos como la música de las esferas, revelándome toda la armonía del universo, y hasta imagino percibir una sutilísima fragancia que su limpio cuerpo despide, y que supera al olor de los mastranzos que crecen á orillas de los arroyos y al aroma silvestre del tomillo que en los montes se cría.

Excitado de esta suerte, no sé cómo juego al tresillo, ni hablo, ni discuro con juicio, porque estoy todo en ella.

Cada vez que se encuentran nuestras miradas se lanzan en ellas nuestras almas, y en los rayos que se cruzan se me figura que se unen y penetran. Allí se descubren mil inefables misterios de amor, allí se comunican sentimientos que por otro medio no llegarían á saberse, y se recitan poesías que no caben en lengua humana, y se cantan canciones que no hay voz que exprese ni acordada cítara que module.

Desde el día en que ví á Pepita en el Pozo de la Solana no he vuelto á verla á solas. Nada le he dicho ni me ha dicho, y, sin embargo, nos lo hemos dicho todo.

Cuando me sustraigo á la fascinación, cuando estoy solo por la noche en mi aposento, quiero mirar con frialdad el estado en que me hallo, y veo abierto á mis pies el precipicio en que voy á sumirme, y siento que me resbalo y que me hundo.

Me recomienda V. que piense en la muerte; no en la de esta mujer, sino en la mía. Me recomienda V. que piense en lo inestable, en lo inseguro de nuestra existencia y en lo que hay más allá. Pero esta consideración y esta meditación ni me atemorizan ni me arredran. ¿Cómo he de temer la muerte cuando deseo morir? El amor y la muerte son hermanos. Un sentimiento de abnegación se alza de las profundidades de mi sér, y me llama á sí, y me dice que todo mi sér debe darse y perderse por el objeto amado. Ansío confundirme en una de sus miradas; diluir y evaporar toda mi esencia en el rayo de luz que sale de sus ojos; quedarme muerto mirándola, aunque me condene.

Lo que es aún eficaz en mí contra el amor, no es el temor, sino el amor mismo. Sobre este amor determinado, que ya veo con evidencia que Pepita me inspira, se levanta en mi espíritu el amor divino en consurrección poderosa. Entonces todo se cambia en mí, y aun me promete la victoria. El objeto de mi amor superior se ofrece á los ojos de mi mente como el sol que todo lo enciende y alumbra, llenando de luz los espacios; y el objeto de mi amor más bajo, como átomo de polvo que vaga en el ambiente y que el sol dora. Toda su beldad, todo su resplandor, todo su atractivo no es más que el

reflejo de ese sol increado, no es más que la chispa brillante, transitoria, inconsistente de aquella infinita y perenne hoguera.

Mi alma, abrasada de amor, pugna por criar alas, y tender el vuelo, y subir á esa hoguera, y consumir allí cuanto hay en ella de impuro.

Mi vida, desde hace algunos días, es una lucha constante. No se cómo el mal que padezco no me sale á la cara. Apenas me alimento; apenas duermo. Si el sueño cierra mis párpados, suelo despertar azorado, como si me hallase peleando en una batalla de ángeles rebeldes y de ángeles buenos. En esta batalla de la luz contra las tinieblas yo combato por la luz; pero tal vez imagino que me paso al enemigo, que soy un desertor infame; y oigo la voz del águila de Patmos que dice: «Y los hombres prefirieron las tinieblas á la luz,» y entonces me lleno de terror y me juzgo perdido.

No me queda más recurso que huir. Si en lo que falta para terminar el mes mi padre no me da su venia y no viene conmigo, me escapo como un ladrón; me fugo sin decir nada.

23 de mayo.

Soy un vil gusano, y no un hombre; soy el oprobio y la abyección de la humanidad; soy un hipócrita.

Me han circundado dolores de muerte, y torrentes de iniquidad me han conturbado.

Vergüenza tengo de escribir á V., y no obstante le escribo. Quiero confesárselo todo.

No logro enmendarme. Lejos de dejar de ir á casa de Pepita, voy más temprano todas las noches. Se diría que los demonios me agarran de los pies y me llevan allá sin que yo quiera.

Por dicha, no hallo sola nunca á Pepita. No quisiera hallarla sola. Casi siempre se me adelanta el excelente padre Vicario, que atribuye nuestra amistad á la semejanza de gustos piadosos, y la funda en la devoción, como la amistad inocentísima que él la profesa.

El progreso de mi mal es rápido. Como piedra que se desprende de lo alto del templo y va aumentando su velocidad en la caída, así va mi espíritu ahora.

Cuando Pepita y yo nos damos la mano, no es ya como al principio. Ambos hacemos un esfuerzo de voluntad, y nos transmitimos, por nuestras diestras enlazadas, todas las palpitations del corazón. Se diría que, por arte diabólico, obramos una transfusión y mezcla de lo más sutil de nuestra sangre. Ella debe de sentir circular mi vida por sus venas, como yo siento en las mías la suya.

Si estoy cerca de ella, la amo; si estoy lejos, la odio. Á su vista, en su presencia, me enamora, me atrae, me rinde con suavidad, me pone un yugo dulcísimo.

Su recuerdo me mata. Soñando con ella, sueño que me divide la garganta, como Judit al capitán de los asirios, ó que me atraviesa las sienas con un clavo, como Jael á Sisara; pero, á su lado, me parece la esposa del *Cantar de los Cantares*, y la llamo con voz interior, y la bendigo, y la juzgo

fuente sellada, huerto cerrado, flor del valle, lirio de los campos, paloma mía y hermana.

Quiero libertarme de esta mujer y no puedo. La aborrezco y casi la adoro. Su espíritu se infunde en mí al punto que la veo, y me posee, y me domina, y me humilla.

Todas las noches salgo de su casa diciendo: «Esta será la última noche que vuelva aquí,» y vuelvo á la noche siguiente.

Cuando habla y estoy á su lado, mi alma queda como colgada de su boca; cuando sonrío se me antoja que un rayo de luz inmaterial se me entra en el corazón y le alegra.

Á veces, jugando al tresillo, se han tocado por acaso nuestras rodillas, y he sentido un indescripible sacudimiento.

Sáqueme V. de aquí. Escriba V. á mi padre que me dé licencia para irme. Si es menester, dígaselo todo. ¡Socórrame V.! ¡Sea V. mi amparo!

30 de mayo.

Dios me ha dado fuerzas para resistir y he resistido.

Hace días que no pongo los pies en casa de Pepita, que no la veo.

Casi no tengo que pretextar una enfermedad, porque realmente estoy enfermo. Estoy pálido y ojeroso; y mi padre, lleno de afectuoso cuidado, me pregunta qué padezco y me muestra el interés más vivo.

El reino de los cielos cede á la violencia, y yo

quiero conquistarle. Con violencia llamo á sus puertas para que se me abran.

Con ajeno me alimenta Dios para probarme, y en balde le pido que aparte de mí ese cáliz de amargura; pero he pasado y paso en vela muchas noches, entregado á la oración, y ha venido á endulzar lo amargo del cáliz una inspiración amorosa del espíritu consolador y soberano.

He visto con los ojos del alma la nueva patria, y en lo más íntimo de mi corazón ha resonado el cántico nuevo de la Jerusalén celeste.

Si al cabo logro vencer, será gloriosa la victoria; pero se la deberé á la Reina de los Ángeles, á quien me encomiendo. Ella es mi refugio y mi defensa; torre y alcázar de David, de que penden mil escudos y armaduras de valerosos campeones; cedro del Líbano, que pone en fuga á las serpientes.

En cambio, á la mujer que me enamora de un modo mundanal procuro menospreciarla y abatirla en mi pensamiento, recordando las palabras del Sabio y aplicándoselas.

Eres lazo de cazadores, la digo; tu corazón es red engañosa, y tus manos redes que atan: quien ama á Dios huirá de tí, y el pecador será por tí aprisionado.

Meditando sobre el amor, hallo mil motivos para amar á Dios y no amarla.

Siento en el fondo de mi corazón una inefable energía que me convence de que yo lo despreciaría todo por el amor de Dios: la fama, la honra, el poder y el imperio. Me hallo capaz de imitar á

Cristo; y si el enemigo tentador me llevase á la cumbre de la montaña y me ofreciese todos los reinos de la tierra porque doblase ante él la rodilla, yo no la doblaría; pero cuando me ofrece á esta mujer, vacilo aún y no le rechazo. ¿Vale más esta mujer á mis ojos que todos los reinos de la tierra; más que la fama, la honra, el poder y el imperio?

¿La virtud del amor, me pregunto á veces, es la misma siempre, aunque aplicada á diversos objetos, ó bien hay dos linajes y condiciones de amores? Amar á Dios me parece la negación del egoísmo y del exclusivismo. Amándole, puedo y quiero amarle todo por Él, y no me enoja ni tengo celos de que Él lo ame todo. No estoy celoso ni envidioso de los santos, de los mártires, de los bienaventurados, ni de los mismos serafines. Mientras mayor me represento el amor de Dios á las criaturas y los favores y regalos que les hace, menos celoso estoy y más le amo, y más cercano á mí le juzgo, y más amoroso y fino me parece que está conmigo. Mi hermandad, mi más que hermandad con todos los seres, resalta entonces de un modo dulcísimo. Me parece que soy uno con todo, y que todo está enlazado con lazada de amor por Dios y en Dios.

Muy al contrario, cuando pienso en esta mujer y en el amor que me inspira. Es un amor de odio que me aparta de todo menos de mí. La quiero para mí, toda para mí y yo todo para ella. Hasta la devoción y el sacrificio por ella son egoístas. Morir por ella sería por desesperación de no lo-

garla de otra suerte, ó por esperanza de no gozar de su amor por completo, sino muriendo y confundiendo con ella en un eterno abrazo.

Con todas estas consideraciones procuro hacer aborrecible el amor de esta mujer; pongo en este amor mucho de infernal y de horriblemente ominoso; pero como si tuviese yo dos almas, dos entendimientos, dos voluntades y dos imaginaciones, pronto surge dentro de mí la idea contraria; pronto me niego lo que acabo de afirmar, y procuro conciliar locamente los dos amores. ¿Por qué no huir de ella y seguir amándola sin dejar de consagrarme fervorosamente al servicio de Dios? Así como el amor de Dios no excluye el amor de la patria, el amor de la humanidad, el amor de la ciencia, el amor de la hermosura en la naturaleza y en el arte, tampoco debe excluir este amor, si es espiritual é inmaculado. Yo haré de ella, me digo, un símbolo, una alegoría, una imagen de todo lo bueno y hermoso. Será para mí como Beatriz para Dante, figura y representación de mi patria, del saber y de la belleza.

Esto me hace caer en una horrible imaginación, en un monstruoso pensamiento. Para hacer de Pepita ese símbolo, esa vaporosa y etérea imagen, esa cifra y resumen de cuanto puedo amar por bajo de Dios, en Dios y subordinándolo á Dios, me la finjo muerta, como Beatriz estaba muerta cuando Dante la cantaba.

Si la dejo entré los vivos, no acierto á convertirla en idea pura, y para convertirla en idea pura, la asesino en mi mente.

Luego la lloro, luego me horrorizo de mi crimen, y me acerco á ella en espíritu, y con el calor de mi corazón le vuelvo la vida, y la veo, no vagarosa, diáfana, casi esfumada entre nubes de color de rosa y flores celestiales, como vió el feroz Gibelino á su amada en la cima del Purgatorio, sino consistente, sólida, bien delineada en el ambiente sereno y claro, como las obras más perfectas del cincel helénico; como Galatea, animada ya por el afecto de Pigmalión, y bajando llena de vida, respirando amor, lozana de juventud y de hermosura, de su pedestal de mármol.

Entonces exclamo desde el fondo de mi conurbado corazón: «Mi virtud desfallece; Dios mío, no me abandones. Apresúrate á venir en mi auxilio. Muéstrame tu cara y seré salvo.»

Así recobro las fuerzas para resistir á la tentación. Así renace en mí la esperanza de que volveré al antiguo reposo no bien me aparte de estos sitios.

El demonio anhela con furia tragarse las aguas puras del Jordán, que son las personas consagradas á Dios. Contra ellas se conjura el infierno y desencadena todos sus monstruos. San Buenaventura lo ha dicho: «No debemos admirarnos de que estas personas pecaron, sino de que no pecaron.» Yo, con todo, sabré resistir y no pecar. Dios me protege.

6. de junio.

La nodriza de Pepita, hoy su ama de llaves, es, como dice mi padre, una buena pieza de arruga-

dillo; picotera, alegre y hábil como pocas. Se casó con el hijo del maestro Cencias, y ha heredado del padre lo que el hijo no heredó: una portentosa facilidad para las artes y los oficios. La diferencia está en que el maestro Cencias componía un husillo de lagar, arreglaba las ruedas de una carreta ó hacía un arado, y esta nuera suya hace dulces, arropes y otras golosinas. El suegro ejercía las artes de utilidad; la nuera las del deleite, aunque deleite inocente, ó lícito al menos.

Antoñona, que así se llama, tiene ó se toma la mayor confianza con todo el señorío. En todas las casas entra y sale como en la suya. Á todos los señoritos y señoritas de la edad de Pepita, ó de cuatro ó cinco años más, los tutea, los llama niños y niñas, y los trata como si los hubiera criado á sus pechos.

Á mí me habla de mira, como á los otros. Viene á verme, entra en mi cuarto, y ya me ha dicho varias veces que soy un ingrato, y que hago mal en no ir á ver á su señora.

Mi padre, sin advertir nada, me acusa de extravagante; me llama buho, y se empeña también en que vuelva á la tertulia. Anoche no pude ya resistirme á sus repetidas instancias, y fui muy temprano, cuando mi padre iba á hacer las cuentas con el aperador.

¡Ojalá no hubiera ido!

Pepita estaba sola. Al vernos, al saludarnos, nos pusimos los dos colorados. Nos dimos la mano con timidez, sin decirnos palabra.

Yo no estreché la suya; ella no estrechó la

mía, pero las conservamos unidas un breve rato.

En la mirada que Pepita me dirigió nada había de amor, sino de amistad, de simpatía, de honda tristeza.

Había adivinado toda mi lucha interior; presumía que el amor divino había triunfado en mi alma; que mi resolución de no amarla era firme é invencible.

No se atrevía á quejarse de mí; no tenía derecho á quejarse de mí; conocía que la razón estaba de mi parte. Un suspiro, apenas perceptible, que se escapó de sus frescos labios entreabiertos, manifestó cuánto lo deploraba.

Nuestras manos seguían unidas aún. Ambos mudos. ¿Cómo decirle que yo no era para ella ni ella para mí; que importaba separarnos para siempre?

Sin embargo, aunque no se lo dije con palabras, se lo dije con los ojos. Mi severa mirada confirmó sus temores; la persuadió de la irrevocable sentencia.

De pronto se nublaron sus ojos; todo su rostro hermoso, pálido ya de una palidez traslúcida, se contrajo con una bellísima expresión de melancolía. Parecía la madre de los dolores. Dos lágrimas brotaron lentamente de sus ojos y empezaron á deslizarse por sus mejillas.

No sé lo que pasó en mí. ¿Ni cómo describirlo, aunque lo supiera?

Acerqué mis labios á su cara para enjugar el llanto, y se unieron nuestras bocas en un beso.

Inefable embriaguez, desmayo fecundo en peli-

gros invadió todo mi sér y el sér de ella. Su cuerpo desfallecía y la sostuve entre mis brazos.

Quiso el cielo que oyésemos los pasos y la tos del padre Vicario que llegaba, y nos separamos al punto.

Volviendo en mí, y reconcentrando todas las fuerzas de mi voluntad, pude entonces llenar con estas palabras, que pronuncié en voz baja é intensa, aquella terrible escena silenciosa:

—¡El primero y el último!

Yo aludía al beso profano; mas, como si hubieran sido mis palabras una evocación, se ofreció en mi mente la visión apocalíptica en toda su terrible majestad. Ví al que es por cierto el primero y el último, y con la espada de dos filos que salía de su boca me hería en el alma, llena de maldades, de vicios y de pecados.

Toda aquella noche la pasé en un frenesí, en un delirio interior, que no sé cómo disimulaba.

Me retiré de casa de Pepita muy temprano.

En la soledad fué mayor mi amargura.

Al recordarme de aquel beso y de aquellas palabras de despedida, me comparaba yo con el traidor Judas, que vendía besando, y con el sanguinario y alevoso asesino Joab cuando, al besar á Amasá, le hundió el hierro agudo en las entrañas.

Había incurrido en dos traiciones y en dos falsas.

Había faltado á Dios y á ella.

Soy un sér abominable.

11 de junio.

Aún es tiempo de remediarlo todo. Pepita sanará de su amor y olvidará la flaqueza que ambos tuvimos.

Desde aquella noche no he vuelto á su casa.

Antoñona no parece por la mía.

Á fuerza de súplicas he logrado de mi padre la promesa formal de que partiremos de aquí el 25, pasado el día de San Juan, que aquí se celebra con fiestas lucidas, y en cuya víspera hay una famosa velada.

Lejos de Pepita me voy serenando y creyendo que tal vez ha sido una prueba este comienzo de amores.

En todas estas noches he rezado, he velado, me he mortificado mucho.

La persistencia de mis plegarias, la honda contrición de mi pecho han hallado gracia delante del Señor, quien ha mostrado su gran misericordia.

El Señor, como dice el Profeta, ha enviado fuego á lo más robusto de mi espíritu, ha alumbrado mi inteligencia, ha encendido lo más alto de mi voluntad y me ha enseñado.

La actividad del amor divino, que está en la voluntad suprema, ha podido en ocasiones, sin yo merecerlo, llevarme hasta la oración de quietud afectiva. He desnudado las potencias inferiores de mi alma de toda imagen, hasta de la imagen de esa mujer; y he creído, si el orgullo no me alucina, que he conocido y gozado, en paz con la inteli-

gencia y con el afecto, del bien supremo que está en el centro y abismo del alma.

Ante este bien todo es miseria; ante esta hermosura es fealdad todo; ante esta felicidad todo es infortunio; ante esta altura todo es bajaera. ¿Quién no olvidará y despreciará por el amor de Dios todos los demás amores?

Sí, la imagen profana de esa mujer saldrá definitivamente y para siempre de mi alma. Yo haré un azote durísimo de mis oraciones y penitencias, y con él la arrojaré de allí, como Cristo arrojó del templo á los condenados mercaderes.

18 de junio.

Esta será la última carta que yo escriba á V.

El 25 saldré de aquí sin falta. Pronto tendré el gusto de dar á V. un abrazo.

Cerca de V. estaré mejor. V. me infundirá ánimo y me prestará la energía de que carezco.

Una tempestad de encontradas afecciones combate ahora en mi corazón.

El desorden de mis ideas se conocerá en el desorden de lo que estoy escribiendo.

Dos veces he vuelto á casa de Pepita. He estado frío, severo, como debía estar, pero ¡cuánto me ha costado!

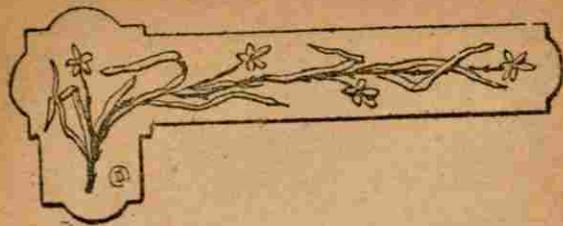
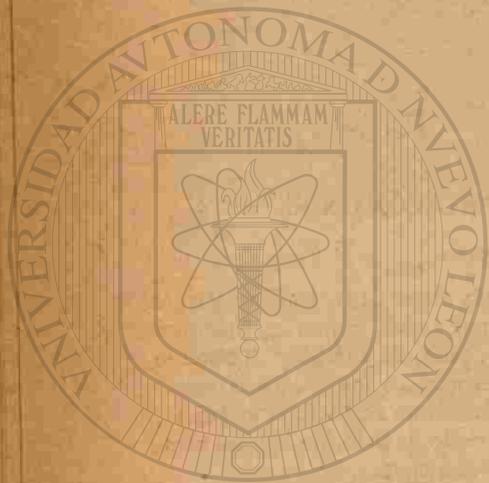
Ayer me dijo mi padre que Pepita está indispuesta y que no recibe.

En seguida me asaltó el pensamiento de que su amor mal pagado podría ser la causa de la enfermedad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERRREY, MEXICO



II.

PARALIPÓMENOS.

No hay más cartas de D. Luis de Vargas que las que hemos transcrito. Nos quedaríamos, pues, sin averiguar el término que tuvieron estos amores, y esta sencilla y apasionada historia no acabaría, si un sujeto, perfectamente enterado de todo, no hubiese compuesto la relación que sigue.

Nadie extrañó en el lugar la indisposición de Pepita, ni menos pensó en buscarle una causa que sólo nosotros, ella, D. Luis, el señor Deán y la discreta Antoñona sabemos hasta lo presente.

Más bien hubieran podido extrañarse la vida alegre, las tertulias diarias y hasta los paseos campestres de Pepita durante algún tiempo. El que volviese Pepita á su retiro habitual era naturalísimo.

Su amor por D. Luis, tan silencioso y tan reconcentrado, se ocultó á las miradas investigadoras de Doña Casilda, de Currito y de todos los personajes del lugar que en las cartas de D. Luis se nombran. Menos podía saberlo el vulgo. Á nadie le cabía en la cabeza, á nadie le pasaba por la imaginación, que *el teólogo, el santo*, como llamaban á D. Luis, rivalizase con su padre, y hubiera conseguido lo que no había conseguido el terrible y poderoso D. Pedro de Vargas: enamorar á la linda, elegante, esquiva y zahareña viudita.

Á pesar de la familiaridad que las señoras de lugar tienen con sus criadas, Pepita nada había dejado traslucir á ninguna de las suyas. Sólo Antoñona, que era un lince para todo, y más aún para las cosas de su niña, había penetrado el misterio.

Antoñona no calló á Pepita su descubrimiento, y Pepita no acertó á negar la verdad á aquella mujer que la había criado, que la idolatraba y que, si bien se complacía en descubrir y referir cuanto pasaba en el pueblo, siendo modelo de maldicientes, era sigilosa y leal como pocas para lo que importaba á su dueño.

De esta suerte se hizo Antoñona la confidenta de Pepita, la cual hallaba gran consuelo en desahogar su corazón con quien, si era vulgar ó grosera en la expresión ó en el lenguaje, no lo era en los sentimientos y en las ideas que expresaba y formulaba.

Por lo dicho, se explican las visitas de Antoño-

na á D. Luis, sus palabras y hasta los feroces, poco respetuosos y mal colocados pellizcos, con que maceró sus carnes y atormentó su dignidad la última vez que estuvo á verle.

Pepita no sólo no había excitado á Antoñona á que fuese á D. Luis con embajadas, pero ni sabía siquiera que hubiese ido.

Antoñona había tomado la iniciativa, y había hecho papel en este asunto, porque así lo quiso.

Como ya se dijo, se había enterado de todo con perspicacia maravillosa.

Cuando la misma Pepita apenas se había dado cuenta de que amaba á D. Luis, ya Antoñona lo sabía. Apenas empezó Pepita á lanzar sobre él aquellas ardientes, furtivas é involuntarias miradas que tanto destrozo hicieron, miradas que nadie sorprendió de los que estaban presentes, Antoñona, que no lo estaba, habló á Pepita de las miradas. Y no bien las miradas recibieron dulce pago, también lo supo Antoñona.

Poco tuvo, pues, la señora que confiar á una criada tan penetrante y tan zahorí de cuanto pasaba en lo más escondido de su pecho.

Á los cinco días de la fecha de la última carta que hemos leído empieza nuestra narración.

Eran las once de la mañana. Pepita estaba en una sala alta al lado de su alcoba y de su tocador, donde nadie, salvo Antoñona, entraba jamás sin que llamase ella.

Los muebles de aquella sala eran de poco valor,

pero cómodos y aseados. Las cortinas y el forro de los sillones, sofás y butacas, eran de tela de algodón pintada de flores: sobre una mesita de caoba había recado de escribir y papeles; y en un armario, de caoba también, bastantes libros, de devoción y de historia. Las paredes se veían adornadas con cuadros, que eran estampas de asuntos religiosos; pero con el buen gusto, inaudito, raro, casi inverosímil en un lugar de Andalucía, de que dichas estampas no fuesen malas litografías francesas, sino grabados de nuestra Calcografía, como el Pismo de Sicilia, de Rafael; el San Ildefonso y la Virgen, la Concepción, el San Bernardo y los dos medios puntos, de Murillo.

Sobre una antigua mesa de roble, sostenida por columnas salomónicas, se veía un contadorcillo ó papelera con embutidos de concha, nácar, marfil y bronce, y muchos cajoncitos donde guardaba Pepita cuentas y otros documentos. Sobre la misma mesa había dos vasos de porcelana con muchas flores. Colgadas en la pared había, por último, algunas macetas de loza de la Cartuja sevillana, con geranio-hiedra y otras plantas, y tres jaulas doradas con canarios y jilgueros.

Aquella sala era el retiro de Pepita, donde no entraban de día sino el médico y el padre Vicario, y donde á prima noche entraba sólo el aperador á dar sus cuentas. Aquella sala era y se llamaba el despacho.

Pepita estaba sentada, casi recostada en un sofá, delante del cual había un velador pequeño con varios libros.

Se acababa de levantar, y vestía una ligera bata de verano. Su cabello rubio, mal peinado aún, parecía más hermoso en su mismo desorden. Su cara, algo pálida y con ojeras, si bien llena de juventud, lozanía y frescura, parecía más bella con el mal que le robaba colores.

Pepita mostraba impaciencia: aguardaba á alguien.

Al fin llegó, y entró sin anunciarse la persona que aguardaba, que era el padre Vicario.

Después de los saludos de costumbre, y arrellanado el padre Vicario en una butaca al lado de Pepita, se entabló la conversación.

—Me alegre, hija mía, de que me hayas llamado; pero sin que te hubieras molestado en llamarme, ya iba yo á venir á verte. ¡Qué pálida estás! ¿Qué padeces? ¿Tienes algo importante que decirme?

Á esta serie de preguntas cariñosas empezó á contestar Pepita con un hondo suspiro. Después dijo:

—¿No adivina V. mi enfermedad? ¿No descubre V. la causa de mi padecimiento?

El Vicario se encogió de hombros y miró á Pepita con cierto susto, porque nada sabía, y le llamaba la atención la vehemencia con que ella se expresaba.

Pepita prosiguió:

—Padre mío, yo no debí llamar á V., sino ir á

la iglesia y hablar con V. en el confesonario, y allí confesar mis pecados. Por desgracia, no estoy arrepentida; mi corazón se ha endurecido en la maldad, y no he tenido valor ni me he hallado dispuesta para hablar con el confesor, sino con el amigo.

—¿Qué dices de pecados ni de dureza de corazón? ¿Estás loca? ¿Qué pecados han de ser los tuyos, si eres tan buena?

—No, padre, yo soy mala. He estado engañando á V., engañándome á mí misma, queriendo engañar á Dios.

—Vamos, cálmate, serénate; habla con orden y con juicio para no decir disparates.

—¿Y cómo no decirlos cuando el espíritu del mal me posee?

—¡Ave María Purísima! Muchacha, no desatines. Mira, hija mía: tres son los demonios más temibles que se apoderan de las almas, y ninguno de ellos, estoy seguro, se puede haber atrevido á llegar hasta la tuya. El uno es Leviatán, ó el espíritu de la soberbia; el otro Mamón, ó el espíritu de la avaricia; el otro Asmodeo, ó el espíritu de los amores impuros.

—Pues de los tres soy víctima; los tres me dominan.

—¡Qué horror!... Repito que te calmes. De lo que tú eres víctima es de un delirio.

—¡Pluguiese á Dios que así fuera! Es, por mi culpa, lo contrario. Soy avarienta, porque poseo cuantiosos bienes y no hago las obras de caridad que debiera hacer; soy soberbia, porque he despre-

ciado á muchos hombres, no por virtud, no por honestidad, sino porque no los hallaba acreedores á mi cariño. Dios me ha castigado; Dios ha permitido que ese tercer enemigo, de que V. habla, se apodere de mí.

—¿Cómo es eso, muchacha? ¿Qué diablura se te ocurre? ¿Estás enamorada quizás? Y si lo estás, ¿qué mal hay en ello? ¿No eres libre? Cásate, pues, y déjate de tonterías. Seguro estoy de que mi amigo D. Pedro de Vargas ha hecho el milagro. ¡El demonio es el tal D. Pedro! Te declaro que me asombra. No juzgaba yo el asunto tan mollar y tan malduro como estaba.

—Pero si no es de D. Pedro de Vargas de quien estoy enamorada.

—¿Pues de quién entonces?

Pepita se levantó de su asiento; fué hacia la puerta; la abrió; miró para ver si alguien escuchaba desde fuera; la volvió á cerrar; se acercó luego al padre Vicario, y toda acongojada, con voz trémula, con lágrimas en los ojos, dijo casi al oído del buen anciano:

—Estoy perdidamente enamorada de su hijo.

—¿De qué hijo?—interrumpió el padre Vicario, que aún no quería creerlo.

—¿De qué hijo ha de ser? Estoy perdida, frenéticamente enamorada de D. Luis.

La consternación, la sorpresa más dolorosa se pintó en el rostro del cándido y afectuoso sacerdote.

Hubo un momento de pausa. Después dijo el Vicario:

—Pero ese es un amor sin esperanza; un amor imposible. D. Luis no te querrá.

Por entre las lágrimas que nublaban los hermosos ojos de Pepita brilló un alegre rayo de luz; su linda y fresca boca, contraída por la tristeza, se abrió con suavidad, dejando ver las perlas de sus dientes y formando una sonrisa.

—Me quiere,—dijo Pepita con un ligero y mal disimulado acento de satisfacción y de triunfo, que se alzaba por cima de su dolor y de sus escrúpulos.

Aquí subieron de punto la consternación y el asombro del padre Vicario. Si el santo de su mayor devoción hubiera sido arrojado del altar y hubiera caído á sus pies, y se hubiera hecho cien mil pedazos, no se hubiera el Vicario consternado tanto. Todavía miró á Pepita con incredulidad, como dudando de que aquello fuese cierto, y no una alucinación de la vanidad mujeril. Tan de firme creía en la santidad de D. Luis y en su misticismo.

—¡Me quiere!—dijo otra vez Pepita, contestando á aquella incrédula mirada.

—¡Las mujeres son peores que pateta!—dijo el Vicario. —Echáis la zancadilla al mismísimo mengue.

—¿No se lo decía yo á V.? ¡Yo soy muy mala!

—¡Sea todo por Dios! Vamos, sosiégate. La misericordia de Dios es infinita. Cuéntame lo que ha pasado.

—¿Qué ha de haber pasado? Que le quiero, que le amo, que le adoro; que él me quiere tam-

bién, aunque lucha por sofocar su amor y tal vez lo consiga; y que V., sin saberlo, tiene mucha culpa de todo.

—¡Pues no faltaba más! ¿Cómo es eso de que tengo yo mucha culpa?

—Con la extremada bondad que le es propia, no ha hecho V. más que alabarme á D. Luis, y tengo por cierto que á D. Luis le habrá V. hecho de mí mayores elogios aún, si bien hartos menos merecidos. ¿Qué había de suceder? ¿Soy yo de bronce? ¿Tengo más de veinte años?

—Tienes razón que te sobra. Soy un mentecato. He contribuído poderosamente á esta obra de Lucifer.

El padre Vicario era tan bueno y tan humilde, que al decir las anteriores frases estaba confuso y contrito, como si él fuese el reo y Pepita el juez.

Conoció Pepita el egoísmo rudo con que había hecho cómplice y punto menos que autor principal de su falta al padre Vicario, y le habló de esta suerte:

—No se aflija V., padre mío; no se aflija usted, por amor de Dios. ¡Mire V. si soy perversal! ¡Cometo pecados gravísimos y quiero hacer responsable de ellos al mejor y más virtuoso de los hombres! No han sido las alabanzas que V. me ha hecho de D. Luis, sino mis ojos y mi poco recato los que me han perdido. Aunque V. no me hubiera hablado jamás de las prendas de D. Luis, de su saber, de su talento y de su entusiasta corazón, yo lo hubiera descubierto todo oyéndole hablar, pues al cabo no soy tan tonta ni tan rústica.

Me he fijado además en la gallardía de su persona, en la natural distinción y no aprendida elegancia de sus modales, en sus ojos llenos de fuego y de inteligencia, en todo él, en suma, que me parece amable y deseable. Los elogios de V. han venido sólo á lisonjear mi gusto, pero no á despertarle. Me han encantado porque coincidían con mi parecer y eran como el eco adulador, har-to amortiguado y debilísimo, de lo que yo pensaba. El más elocuente encomio que me ha hecho V. de D. Luis no ha llegado, ni con mucho, al encomio que sin palabras me hacía yo de él á cada minuto, á cada segundo, dentro del alma.

—¡No te exaltes, hija mía!—interrumpió el padre Vicario.

Pepita continuó con mayor exaltación:

—Pero ¡qué diferencia entre los encomios de V. y mis pensamientos! V. veía y trazaba en Don Luis el modelo ejemplar del sacerdote, del misionero, del varón apostólico; ya predicando el Evangelio en apartadas regiones y convirtiendo infieles, ya trabajando en España para realzar la cristiandad, tan perdida hoy por la impiedad de los unos y la carencia de virtud, de caridad y de ciencia de los otros. Yo, en cambio, me le representaba galán, enamorado, olvidando á Dios por mí, consagrándome su vida, dándome su alma, siendo mi apoyo, mi sostén, mi dulce compañero. Yo anhelaba cometer un robo sacrilego. Soñaba con robársele á Dios y á su templo, como el ladrón, enemigo del cielo, que roba la joya más rica de la veneranda Custodia. Para cometer este

robo he desechado los lutos de la viudez y de la orfandad y me he vestido galas profanas; he abandonado mi retiro y he buscado y llamado á mí á las gentes; he procurado estar hermosa; he cuidado con infernal esmero de todo este cuerpo miserable, que ha de hundirse en la sepultura y ha de convertirse en polvo vil, y he mirado, por último, á D. Luis con miradas provocantes, y, al estrechar su mano, he querido transmitir de mis venas á las suyas este fuego inextinguible en que me abraso.

—¡Ay, niña! ¡Qué pena me da lo que te oigo! ¡Quién lo hubiera podido imaginar siquiera!

—Pues hay más todavía—añadió Pepita.—Lo-gré que D. Luis me amase. Me lo declaraba con los ojos. Sí; su amor era tan profundo, tan ardiente como el mío. Su virtud, su aspiración á los bienes eternos, su esfuerzo varonil trataban de vencer esta pasión insana. Yo he procurado impedirlo. Una vez, después de muchos días que faltaba de esta casa, vino á verme y me halló sola. Al darme la mano lloré; sin hablar me inspiró el infierno una maldita elocuencia muda, y le dí á entender mi dolor porque me desdeñaba, porque no me quería, porque prefería á mi amor otro amor sin mancilla. Entonces no supo él resistir á la tentación y acercó su boca á mi rostro para secar mis lágrimas. Nuestras bocas se unieron. Si Dios no hubiera dispuesto que llegase V. en aquel instante, ¿qué hubiera sido de mí?

—¡Qué vergüenza, hija mía! ¡Qué vergüenza!—dijo el padre Vicario.

Pepita se cubrió el rostro con entrambas manos y empezó á sollozar como una Magdalena. Las manos eran, en efecto, tan bellas, más bellas que lo que D. Luis había dicho en sus cartas. Su blancura, su transparencia nítida, lo afilado de los dedos, lo sonrosado, pulido y brillante de las uñas de nácar, todo era para volver loco á cualquier hombre.

El virtuoso Vicario comprendió, á pesar de sus ochenta años, la caída ó tropiezo de D. Luis.

—¡Muchacha—exclamó,—no seas extremosa! ¡No me partas el corazón! Tranquilízate. D. Luis se ha arrepentido, sin duda, de su pecado. Arrepientete tú también, y se acabó. Dios os perdonará y os hará unos santos. Cuando D. Luis se va pasado mañana, clara señal es de que la virtud ha triunfado en él, y huye de tí, como debe, para hacer penitencia de su pecado, cumplir su promesa y acudir á su vocación.

—Bueno está eso—replicó Pepita;—cumplir su promesa... acudir á su vocación... ¡y matarme á mí antes! ¿Por qué me ha querido, por qué me ha engreído. por qué me ha engañado? Su beso fué marca, fué hierro candente con que me señaló y selló como á su esclava. Ahora, que estoy marcada y esclavizada, me abandona, y me vende, y me asesina. ¡Feliz principio quiere dar á sus misiones, predicaciones y triunfos evangélicos! ¡No será! ¡Vive Dios que no será!

Este arranque de ira y de amoroso despecho aturdió al padre Vicario.

Pepita se había puesto de pie. Su ademán, su

gesto tenían una animación trágica. Fulguraban sus ojos como dos puñales; relucían como dos soles. El Vicario callaba y la miraba casi con terror. Ella recorrió la sala á grandes pasos. No parecía ya tímida gacela, sino iracunda leona.

—Pues qué—dijo, encarándose de nuevo con el padre Vicario,—¿no hay más que burlarse de mí, destrozarme el corazón, humillármele, pisoteármele después de habérmele robado por engaño? ¿Se acordará de mí! ¡Me la pagará! Si es tan santo, si es tan virtuoso, ¿por qué me miró prometiéndomelo todo con su mirada? Si ama tanto á Dios, ¿por qué hace mal á una pobre criatura de Dios? ¿Es esto caridad? ¿Es religión esto? No; es egoísmo sin entrañas.

La cólera de Pepita no podía durar mucho. Dichas las últimas palabras, se trocó en desfallecimiento. Pepita se dejó caer en una butaca, llorando más que antes, con una verdadera congoja.

El Vicario sintió la más tierna compasión; pero recobró su brío al ver que el enemigo se rendía.

—Pepita, niña—dijo,—vuelve en tí; no te atormentes de ese modo. Considera que él habrá luchado mucho para vencerse; que no te ha engañado; que te quiere con toda el alma, pero que Dios y su obligación están antes. Esta vida es muy breve y pronto se pasa. En el cielo os reuniréis y os amaréis como se aman los ángeles. Dios aceptará vuestro sacrificio y os premiará y recompensará con usura. Hasta tu amor propio debe estar satisfecho. ¡Qué no valdrás tú cuando has hecho vacilar y aun pecar á un hombre como Don

Luis! ¡Cuán honda herida no habrás logrado hacer en su corazón! Bástete con esto. ¡Sé generosa; sé valiente! Compíte con él en firmeza. Déjale partir; lanza de tu pecho el fuego del amor impuro; ámale como á tu prójimo, por el amor de Dios. Guarda su imagen en tu mente, pero como la criatura predilecta, reservando al Creador la más noble parte del alma. No sé lo que te digo, hija mía, porque estoy muy turbado; pero tú tienes mucho talento y mucha discreción, y me comprendes por medias palabras. Hay además motivos mundanos poderosos que se opondrían á estos absurdos amores, aunque la vocación y promesa de D. Luis no se opusieran. Su padre te pretende: aspira á tu mano por más que tú no le ames. ¿Estará bien visto que salgamos ahora con que el hijo es rival del padre? ¿No se enojará el padre contra el hijo por amor tuyo? Mira cuán horrible es todo esto, y domínate por Jesús Crucificado y por su bendita madre María Santísima.

—¡Qué fácil es dar consejos!—contestó Pepita sosegándose un poco.—¡Qué difícil me es seguirlos, cuando hay como una fiera y desencadenada tempestad en mi cabeza! ¡Si me da miedo de volverme local!

—Los consejos que te doy son por tu bien. Deja que D. Luis se vaya. La ausencia es gran remedio para el mal de amores. Él sanará de su pasión entregándose á sus estudios y consagrándose al altar. Tú, así que esté lejos D. Luis, irás poco á poco serenándote, y conservarás de él un grato y melancólico recuerdo, que no te hará daño. Será

como una hermosa poesía que dorará con su luz tu existencia. Si todos tus deseos pudieran cumplirse... ¿quién sabe?... Los amores terrenales son poco consistentes. El deleite que la fantasía entrevé, con gozarlos y apurarlos hasta las heces, nada vale comparado con los amargos dejos. ¡Cuánto mejor es que vuestro amor, apenas contaminado y apenas impurificado, se pierda y se evapore ahora, subiendo al cielo como nube de incienso, que no el que muera, una vez satisfecho, á manos del hastío! Ten valor para apartar la copa de tus labios, cuando apenas has gustado el licor que contiene. Haz con ese licor una libación y una ofrenda al Redentor Divino. En cambio, te dará Él de aquella bebida que ofreció á la Samaritana; bebida que no cansa, que satisface la sed y que produce vida eterna.

—¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Qué bueno es V.! Sus santas palabras me prestan valor. Yo me dominaré; yo me venceré. Sería bochornoso, ¿no es verdad que sería bochornoso que D. Luis supiera dominarse y vencerse, y yo fuera liviana y no me venciera? Que se vaya. Se va pasado mañana. Vaya bendito de Dios. Mire V. su tarjeta. Ayer estuvo á despedirse con su padre y no le he recibido. Ya no le veré más. No quiero conservar ni el recuerdo poético de que V. habla. Estos amores han sido una pesadilla. Yo la arrojaré lejos de mí.

—¡Bien, muy bien! Así te quiero yo, enérgica, valiente.

—¡Ay, padre mío! Dios ha derribado mi soberbia con este golpe; mi engreimiento era insolentí-

simo, y han sido indispensables los desdenes de ese hombre para que sea yo todo lo humilde que debo. ¿Puedo estar más postrada ni más resignada? Tiene razón D. Luis: yo no le merezco. ¿Cómo, por más esfuerzos que hiciera, habría yo de elevarme hasta él, y comprenderle, y poner en perfecta comunicación mi espíritu con el suyo? Yo soy zafia aldeana, inculta, necia; él no hay ciencia que no comprenda, ni arcano que ignore, ni esfera encubierta del mundo intelectual á donde no suba. Allá se remonta en alas de su genio, y á mí, pobre y vulgar mujer, me deja por acá, en este bajo suelo, incapaz de seguirle ni siquiera con una levísima esperanza y con mis desconsolados suspiros.

—Pero, Pepita, por los clavos de Cristo, no digas eso ni lo pienses. ¡Si D. Luis no te desdén por zafia, ni porque es muy sabio y tú no le entiendes, ni por esas majaderías que ahí estás ensartando! Él se va porque tiene que cumplir con Dios; y tú debes alegrarte de que se vaya, porque sanarás del amor, y Dios te dará el premio de tan grande sacrificio.

Pepita, que ya no lloraba y que se había enjugado las lágrimas con el pañuelo, contestó tranquila:

—Está bien, padre; yo me alegraré; casi me alegro ya de que se vaya. Deseando estoy que pase el día de mañana, y que, pasado, venga Antoñona á decirme cuando yo despierte: «Ya se fué D. Luis.» V. verá cómo renacen entonces la calma y la serenidad antigua en mi corazón.

—Así sea,—dijo el padre Vicario; y convencido de que había hecho un prodigio y de que había cu-

rado casi el mal de Pepita, se despidió de ella y se fué á su casa, sin poder resistir ciertos estímulos de vanidad al considerar la influencia que ejercía sobre el noble espíritu de aquella preciosa muchacha.

Pepita, que se había levantado para despedir al padre Vicario, no bien volvió á cerrar la puerta y quedó sola, de pie, en medio de la estancia, permaneció un rato inmóvil, con la mirada fija, aunque sin fijarla en ningún objeto, y con los ojos sin lágrimas. Hubiera recordado á un poeta ó á un artista la figura de Ariadna, como la describe Catulo, cuando Teseo la abandonó en la isla de Naxos. De repente, como si lograra desatar un nudo que le apretaba la garganta, como si quebrase un cordel que la ahogaba, rompió Pepita en lastimeros gemidos, vertió un raudal de llanto, y dió con su cuerpo, tan lindo y delicado, sobre las losas frías del pavimento. Allí, cubierta la cara con las manos, desatada ya la trenza de sus cabellos y en desorden la vestidura, continuó en sus sollozos y en sus gemidos.

Así hubiera seguido largo tiempo, si no llega Antoñona. Antoñona la oyó gemir, antes de entrar y verla, y se precipitó en la sala. Cuándo la vió tendida en el suelo, hizo Antoñona mil extremos de furor.

—¡Vea V.—dijo,—ese zángano, pelgar, vejete, tonto, qué maña se da para consolar á sus amigas! Habrá largado alguna barbaridad, algún buen par

de coces á esta criaturita de mi alma, y me la ha dejado aquí medio muerta, y él se ha vuelto á la iglesia á preparar lo conveniente para cantarla el gorigori, y rociarla con el hisopo y enterrármela sin más ni más.

Antoñona tendría cuarenta años, y era dura en el trabajo, briosa y más forzada que muchos cavadores. Con frecuencia levantaba poco menos que á pulso una corambre con tres arrobas y media de aceite ó de vino y la plantaba sobre el lomo de un mulo, ó bien cargaba con un costal de trigo y le subía al alto desván, donde estaba el granero. Aunque Pepita no fuese una paja, Antoñona la alzó del suelo en sus brazos, como si lo fuera, y la puso con mucho tiento sobre el sofá, como quien coloca la alhaja más frágil y primorosa para que no se quiebre.

—¿Qué soponcio es éste?—preguntó Antoñona. —Apuesto cualquier cosa á que este zanguango de Vicario te ha echado un sermón de acíbar y te ha destrozado el alma á pesadumbres.

Pepita seguía llorando y sollozando sin con-
testar.

—¡Eal Déjate de llanto y dime lo que tienes. ¿Qué te ha dicho el Vicario?

—Nada ha dicho que pueda ofenderme,—contestó al fin Pepita.

Viendo luego que Antoñona aguardaba con interés á que ella hablase, y deseando desahogarse con quien simpatizaba mejor con ella y más humanamente la comprendía, Pepita habló de esta manera:

—El padre Vicario me amonesta con dulzura para que me arrepienta de mis pecados; para que deje partir en paz á D. Luis; para que me alegre de su partida; para que le olvide. Yo he dicho que sí á todo. He prometido alegrarme de que D. Luis se vaya. He querido olvidarle y hasta aborrecerle. Pero mira, Antoñona, no puedo; es un empeño superior á mis fuerzas. Cuando el Vicario estaba aquí, juzgué que tenía yo bríos para todo, y no bien se fué, como si Dios me dejara de su mano, perdí los bríos y me caí en el suelo desolada. Yo había soñado una vida venturosa al lado de este hombre que me enamora; yo me veía ya elevada hasta él por obra milagrosa del amor; mi pobre inteligencia en comunión perfectísima con su inteligencia sublime; mi voluntad siendo una con la suya; con el mismo pensamiento ambos; latiendo nuestros corazones acordes. ¡Dios me le quita y se le lleva, y yo me quedo sola, sin esperanza ni consuelo! ¿No es verdad que es espantoso? Las razones del padre Vicario son justas, discretas... Al pronto me convencieron. Pero se fué; y todo el valor de aquellas razones me parece nulo; vano juego de palabras; mentiras, enredos y argucias. Yo amo á D. Luis, y esta razón es más poderosa que todas las razones. Y si él me ama, ¿por qué no lo deja todo y me busca, y se viene á mí y quebranta promesas y anula compromisos? No sabía yo lo que era amor. Ahora lo sé: no hay nada más fuerte en la tierra y en el cielo. ¿Qué no haría yo por D. Luis? Y él por mí nada hace. Acaso no me ama. No, D. Luis no me ama. Yo

me engañé: la vanidad me cegó. Si D. Luis me amase, me sacrificaría sus propósitos, sus votos, su fama, sus aspiraciones á ser un santo y á ser una lumbrera de la Iglesia; todo me lo sacrificaría. Dios me lo perdone... es horrible lo que voy á decir, pero lo siento aquí en el centro del pecho; me arde aquí, en la frente calenturienta: yo por él daría hasta la salvación de mi alma.

—¡Jesús, María y José!—interrumpió Antoñona.

—¡Es cierto, Virgen Santa de los Dolores, perdónadme, perdonadme... estoy loca... no sé lo que digo y blasfemo!

—Si, hija mía, ¡estás algo empecatada! ¡Válgame Dios y cómo te ha trastornado el juicio ese teólogo pisaverde! Pues si yo fuera que tú, no lo tomaría contra el cielo, que no tiene la culpa; sino contra el mequetrefe del colegial, y me las pagaría ó me borraría el nombre que tengo. Ganas me dan de ir á buscarle y traértele aquí de una oreja, y obligarle á que te pida perdón y á que te bese los pies de rodillas.

—No, Antoñona. Veo que mi locura es contagiosa, y que tú deliras también. En resolución, no hay más recurso que hacer lo que me aconseja el padre Vicario. Lo haré aunque me cueste la vida. Si muero por él, él me amará, él guardará mi imagen en su memoria, mi amor en su corazón; y Dios, que es tan bueno, hará que yo vuelva á verle en el cielo con los ojos del alma, y que allí nuestros espíritus se amen y se confundan.

Antoñona, aunque era recia de veras y nada

sentimental, sintió, al oír esto, que se le saltaban las lágrimas.

—Caramba, niña—dijo Antoñona,—vas á conseguir que suelte yo el trapo á llorar y que berree como una vaca. Cálmate y no pienses en morirte ni de chanza. Veo que tienes muy excitados los nervios. ¿Quieres que traiga una taza de tila?

—No, gracias. Déjame... ya ves como estoy sosegada.

—Te cerraré las ventanas, á ver si duermes. Si no duermes hace días, ¿cómo has de estar? ¡Mal haya el tal D. Luis y su manía de meterse cura! ¡Buenos supiripandos te cuesta!

Pepita había cerrado los ojos; estaba en calma y en silencio, harta ya de coloquio con Antoñona.

Ésta, creyéndola dormida, ó deseando que durmiera, se inclinó hacia Pepita, puso con lentitud y suavidad un beso sobre su blanca frente, le arregló y plegó el vestido sobre el cuerpo, entornó las ventanas para dejar el cuarto á media luz y se salió de puntillas, cerrando la puerta sin hacer el menor ruido.

Mientras que ocurrían estas cosas en casa de Pepita, no estaba más alegre y sosegado en la suya el Sr. D. Luis de Vargas.

Su padre, que no dejaba casi ningún día de salir al campo á caballo, había querido llevarle en su compañía; pero D. Luis se había excusado con que le dolía la cabeza, y D. Pedro se fué sin él.

D. Luis había pasado solo toda la mañana, entregado á sus melancólicos pensamientos, y más firme que roca en su resolución de borrar de su alma la imagen de Pepita y de consagrarse á Dios por completo.

No se crea, con todo, que no amaba á la joven viuda. Ya hemos visto por las cartas la vehemencia de su pasión; pero él seguía enfrenándola con los mismos afectos piadosos y consideraciones elevadas de que en las cartas da larga muestra, y que podemos omitir aquí para no pecar de prolijos.

Tal vez, si profundizamos con severidad en este negocio, notaremos que contra el amor de Pepita no luchaban sólo en el alma de D. Luis el voto hecho ya en su interior, aunque no confirmado; el amor de Dios; el respeto á su padre, de quien no quería ser rival, y la vocación, en suma, que sentía por el sacerdocio. Había otros motivos de menos depurados quilates y de más baja ley.

D. Luis era pertinaz, era terco: tenía aquella condición que bien dirigida constituye lo que se llama firmeza de carácter, y nada había que le rebajase más á sus propios ojos que el variar de opinión y de conducta. El propósito de toda su vida, lo que había sostenido y declarado ante cuantas personas le trataban, su figura moral, en una palabra, que era ya la de un aspirante á santo, la de un hombre consagrado á Dios, la de un sujeto imbuído en las más sublimes filosofías religiosas, todo esto no podía caer por tierra sin gran mengua de D. Luis, como caería, si se dejase

llevar del amor de Pepita Jiménez. Aunque el precio era sin comparación mucho más subido, á D. Luis se le figuraba que si cedía iba á remedar á Esaú, y á vender su primogenitura y á deslustrar su gloria.

Por lo general los hombres solemos ser juguete de las circunstancias; nos dejamos llevar de la corriente, y no nos dirigimos sin vacilar á un punto. No elegimos papel, sino tomamos y hacemos el que nos toca; el que la ciega fortuna nos depara. La profesión, el partido político, la vida entera de muchos hombres pende de casos fortuitos, de lo eventual, de lo caprichoso y no esperado de la suerte.

Contra esto se rebelaba el orgullo de D. Luis con titánica pujanza. ¿Qué se diría de él, y, sobre todo, qué pensaría él de sí mismo, si el ideal de su vida, el hombre nuevo que había creado en su alma, si todos sus planes de virtud, de honra y hasta de santa ambición se desvaneciesen en un instante, se derritiesen al calor de una mirada, por la llama fugitiva de unos lindos ojos, como la escarcha se derrite con el rayo débil aún del sol matutino?

Éstas y otras razones de un orden egofista militaban también contra la viuda, á par de las razones legítimas y de substancia; pero todas las razones se revestían del mismo hábito religioso, de manera que el propio D. Luis no acertaba á reconocerlas y distinguirlas, creyendo amor de Dios, no sólo lo que era amor de Dios, sino asimismo amor propio. Recordaba, por ejemplo, las vidas

de muchos santos, que habían resistido tentaciones mayores que las suyas, y no quería ser menos que ellos. Y recordaba, sobre todo, aquella entereza de San Juan Crisóstomo, que supo desestimar los halagos de una madre amorosa y buena, y su llanto y sus quejas dulcísimas y todas las elocuentes y sentidas palabras que le dijo para que no la abandonase y se hiciese sacerdote, llevándole para ello á su propia alcoba, y haciéndole sentar junto á la cama en que le había parido. Y después de fijar en esto la consideración, D. Luis no se sufría á sí propio el no menospreciar las súplicas de una mujer extraña á quien hacía tan poco tiempo que conocía, y el vacilar aún entre su deber y el atractivo de una joven, tal vez más que enamorada, coqueta.

Pensaba luego D. Luis en la alteza soberana de la dignidad del sacerdocio á que estaba llamado, y la veía por cima de todas las instituciones y de las miserables coronas de la tierra; porque no ha sido hombre mortal, ni capricho del voluble y servil populacho, ni irrupción ó avenida de gente bárbara, ni violencia de amotinadas huestes movidas de la codicia, ni ángel, ni arcángel, ni potestad criada, sino el mismo Paráclito quien la ha fundado. ¿Cómo por el liviano incentivo de una mozuela, por una lagrimilla quizás mentida, despreciar esa dignidad augusta, esa potestad que Dios no concedió ni á los arcángeles que están más cerca de su trono? ¿Cómo bajar á confundirse entre la obscura plebe, y ser uno del rebaño, cuando ya soñaba ser pastor, atando y desatando

en la tierra para que Dios ate y desate en el cielo, perdonando los pecados, regenerando á las gentes por el agua y por el espíritu, adocrinándolas en nombre de una autoridad infalible, dictando sentencias que el Señor de las alturas ratifica luego y confirma, siendo iniciador y agente de tremendos misterios, inasequibles á la razón humana, y haciendo descender del cielo, no como Elías la llama que consume la víctima, sino al Espíritu Santo, al Verbo hecho carne y el torrente de la gracia, que purifica los corazones y los deja limpios como el oro?

Cuando D. Luis reflexionaba sobre todo esto, se elevaba su espíritu, se encumbraba por cima de las nubes en la región empírea, y la pobre Pepita Jiménez quedaba allá muy lejos, y apenas si él la veía.

Pero pronto se abatía el vuelo de su imaginación, y el alma de D. Luis tocaba á la tierra y volvía á ver á Pepita, tan graciosa, tan joven, tan candorosa y tan enamorada, y Pepita combatía dentro de su corazón contra sus más fuertes y arraigados propósitos, y D. Luis temía que diese al traste con ellos.

Así se atormentaba D. Luis con encontrados pensamientos, que se daban guerra, cuando entró Curruto en su cuarto sin decir oxe ni moxe.

Curruto, que no estimaba gran cosa á su primo mientras no fué más que teólogo, le veneraba, le admiraba y formaba de él un concepto sobrehumano.

no desde que le había visto montar tan bien en Lucero.

Saber teología y no saber montar desacreditaba á D. Luis á los ojos de Currito; pero cuando Currito advirtió que sobre la ciencia y sobre todo aquello que él no entendía, si bien presumía difícil y enmarañado, era D. Luis capaz de sostenerse tan bizarramente en las espaldas de una fiera, ya su veneración y su cariño á D. Luis no tuvieron límites. Currito era un holgazán, un perdido, un verdadero mueble, pero tenía un corazón afectuoso y leal. Á D. Luis, que era el ídolo de Currito, le sucedía como á todas las naturalezas superiores con los seres inferiores que se les aficionan. D. Luis se dejaba querer, esto es, era dominado despóticamente por Currito en los negocios de poca importancia. Y como para hombres como Don Luis casi no hay negocios que la tengan en la vida vulgar y diaria, resultaba que Currito llevaba y traía á D. Luis como un zarandillo.

—Vengo á buscarte—le dijo,—para que me acompañes al casino, que está animadísimo hoy y lleno de gente. ¿Qué haces aquí solo, tonteando y hecho un papamoscas?

D. Luis, casi sin replicar, y como si fuera mandado, tomó su sombrero y su bastón, y diciendo —Vámonos donde quieras—siguió á Currito, que se adelantaba, tan satisfecho de aquel dominio que ejercía.

El casino, en efecto, estaba de bote en bote, gracias á la solemnidad del día siguiente, que era el día de San Juan. Á más de los señores del lugar,

había muchos forasteros, que habían venido de los lugares inmediatos para concurrir á la feria y velada de aquella noche.

El centro de la concurrencia era el patio, enlosado de mármol, con fuente y surtidor en medio y muchas macetas de don-pedros, gala-de-Francia, rosas, claveles y albahaca. Un toldo de lona doble cubría el patio, preservándole del sol. Un corredor ó galería, sostenida por columnas de mármol, le circundaban; y así en la galería, como en varias salas á que la galería daba paso, había mesas de tresillo, otras con periódicos, otras para tomar café ó refrescos, y, por último, sillas, banquillos y algunas butacas. Las paredes estaban blancas como la nieve del frecuente enjalbiego, y no faltaban cuadros que las adornasen. Eran litografías francesas iluminadas, con circunstanciada explicación bilingüe escrita por bajo. Unas representaban la vida de Napoleón I, desde Toulón á Santa Elena; otras, las aventuras de Matilde y Malek-Adel; otras, los lances de amor y de guerra del Templario, Rebeca, Lady Rowena é Ivanhoe; y otras, los galanteos, travesuras, caídas y arrepentimientos de Luis XIV y la señorita de la Vallière.

Currito llevó á D. Luis, y D. Luis se dejó llevar, á la sala donde estaba la flor y nata de los elegantes, *dandies* y *cocodés* del lugar y de toda la comarca. Entre ellos descollaba el Conde de Genazar, de la vecina ciudad de... Era un personaje ilustre y respetado. Había pasado en Madrid y en Sevilla largas temporadas, y se vestía con los mejores sastres, así de mayo como de se-

ñorito. Había sido diputado dos veces, y había hecho una interpelación al Gobierno sobre un atropello de un alcalde-corregidor.

Tendría el Conde de Genazahar treinta y tantos años; era buen mozo y lo sabía, y se jactaba además de tremendo en paz y en lides, en desaffos y en amores. El Conde, no obstante, y á pesar de haber sido uno de los más obstinados pretendientes de Pepita, había recibido las confitadas calabazas que ella solía propinar á quienes la requirían y aspiraban á su mano.

La herida que aquel duro y amargo confite había abierto en su endiosado corazón, no estaba cicatrizada todavía. El amor se había vuelto odio, y el Conde se desahogaba á menudo, poniendo á Pepita como chupa de dómíne.

En este ameno ejercicio se hallaba el Conde cuando quiso la mala ventura que D. Luis y Currito llegasen y se metiesen en el corro, que se abrió para recibirlos, de los que oían el extraño sermón de honras. D. Luis, como si el mismo diablo lo hubiera dispuesto, se encontró cara á cara con el Conde, que decía de este modo:

—No es mala pécora la tal Pepita Jiménez. Con más fantasía y más humos que la infanta Micomicona, quiere hacernos olvidar que nació y vivió en la miseria hasta que se casó con aquel pelele, con aquel vejestorio, con aquel maldito usurero, y le cogió los ochavos. La única cosa buena que ha hecho en su vida la tal viuda es concertarse con Satanás para enviar pronto al infierno á su galopín de marido, y librar la tierra de tanta infección

y de tanta peste. Ahora le ha dado á Pepita por la virtud y por la castidad. ¡Bueno estará todo ello! Sabe Dios si estará enredada de ocultis con algún gañán, y burlándose del mundo como si fuese la reina Artemisa.

Á las personas recogidas, que no asisten á reuniones de hombres solos, escandalizará sin duda este lenguaje, les parecerá desbocado y brutal hasta la inverosimilitud; pero los que conocen el mundo confesarán que este lenguaje es muy usado en él, y que las damas más bonitas, las más agradables mujeres, las más honradas matronas suelen ser blanco de tiros no menos infames y soeces, si tienen un enemigo, y aun sin tenerle, porque á menudo se murmura, ó mejor dicho, se injuria y se deshonra á voces para mostrar chiste y desenfado.

D. Luis, que desde niño había estado acostumbrado á que nadie se descompusiese en su presencia ni le dijese cosas que pudieran enojarle, porque durante su niñez le rodeaban criados, familiares y gente de la clientela de su padre, que atendían sólo á su gusto, y después en el Seminario, así por sobrino de Deán, como por lo mucho que él merecía, jamás había sido contrariado, sino considerado y adulado, sintió un aturdimiento singular, se quedó como herido por un rayo, cuando vió al insolente Conde arrastrar por el suelo, mancillar y cubrir de inmundo lodo la honra de la mujer que amaba.

¿Cómo defenderla, no obstante? No se le ocultaba que, si bien no era marido, ni hermano, ni pa-

riente de Pepita, podía sacar la cara por ella como caballero; pero veía el escándalo que esto causaría cuando no había allí ningún profano que defendiese á Pepita, antes bien todos reían al Conde la gracia. Él, casi ministro ya de un Dios de paz, no podía dar un mentís y exponerse á una riña con aquel desvergonzado.

D. Luis estuvo por enmudecer é irse; pero no lo consintió su corazón, y pugnando por revestirse de una autoridad que ni sus años juveniles, ni su rostro, donde había más bozo que barbas, ni su presencia en aquel lugar consentían, se puso á hablar con verdadera elocuencia contra los maldicientes y á echar en rostro al Conde, con libertad cristiana y con acento severo, la fealdad de su ruin acción.

Fué predicar en desierto, ó peor que predicar en desierto. El Conde contestó con pullas y burlas á la homilia; la gente, entre la que había no pocos forasteros, se puso del lado del burlón, á pesar de ser D. Luis el hijo del cacique; el propio Currito, que no valía para nada y era un blandengue, aunque no se rió, no defendió á su amigo, y éste tuvo que retirarse, vejado y humillado bajo el peso de la chacota.

—¡Esta flor le faltaba al ramo!—murmuró entre dientes el pobre D. Luis cuando llegó á su casa, y volvió á meterse en su cuarto, mohino y maltratado por la rechifla, que él se exageraba y se figuraba insufrible. Se echó de golpe en un sillón, aba-

tido y descorazonado, y mil ideas contrarias asaltaron su mente.

La sangre de su padre, que hervía en sus venas, le despertaba la cólera y le excitaba á ahorcar los hábitos, como al principio le aconsejaban en el lugar, y dar luego su merecido al señor Conde; pero todo el porvenir que se había creado se deshacía al punto, y veía al Deán, que renegaba de él; y hasta el Papa, que había enviado ya la dispensa pontificia para que se ordenase antes de la edad, y el prelado diocesano, que había apoyado la solicitud de la dispensa en su probada virtud, ciencia sólida y firmeza de vocación, se le aparecían para reconvenirle.

Pensaba luego en la teoría chistosa de su padre sobre el complemento de la persuasión de que se valían el apóstol Santiago; los obispos de la Edad Media, D. Íñigo de Loyola y otros personajes, y no le parecía tan descabellada la teoría, arrepintiéndose casi de no haberla practicado.

Recordaba entonces la costumbre de un doctor ortodoxo, insigne filósofo persa contemporáneo, mencionada en un libro reciente escrito sobre aquel país; costumbre que consistía en castigar con duras palabras á los discípulos y oyentes cuando se reían de las lecciones ó no las entendían, y, si esto no bastaba, descender de la cátedra sable en mano y dar á todos una paliza. Este método era eficaz, principalmente en la controversia, si bien dicho filósofo había encontrado una vez á otro contrincante del mismo orden, que le había hecho un chirlo descomunal en la cara.

D. Luis, en medio de su mortificación y mal humor, se reía de lo cómico del recuerdo; hallaba que no faltarían en España filósofos que adoptarían de buena gana el método persiano; y si él no le adoptaba también, no era á la verdad por miedo del chirlo, sino por consideraciones de mayor valor y nobleza.

Acudían, por último, mejores pensamientos á su alma y le consolaban un poco.

—Yo he hecho muy mal —se decía,—en predicar allí; debí haberme callado. Nuestro Señor Jesucristo lo ha dicho: «No deis á los perros las cosas santas, ni arrojéis vuestras margaritas á los cerdos, porque los cerdos se revolverán contra vosotros y os hollarán con sus asquerosas pezuñas.» Pero no, ¿por qué me he de quejar? ¿Por qué he de volver injuria por injuria? ¿Por qué me he de dejar vencer de la ira? Muchos santos Padres lo han dicho: «La ira es peor aún que la lascivia en los sacerdotes.» La ira de los sacerdotes ha hecho verter muchas lágrimas y ha causado males horribles. Esta ira, consejera tremenda, tal vez los ha persuadido de que era menester que los pueblos sudaran sangre bajo la presión divina, y ha traído á sus encarnizados ojos la visión de Isafas, y han visto y han hecho ver á sus secuaces fanáticos al manso Cordero convertido en vengador inexorable, descendiendo de la cumbre de Edón, soberbio con la muchedumbre de su fuerza, pisoteando á las naciones como el pisador pisa las uvas en el lagar, y con la vestimenta levantada y cubierto de sangre hasta los muslos. ¡Ah, no, Dios mío!

Voy á ser tu ministro; Tú eres un Dios de paz, y mi primera virtud debe ser la mansedumbre. Lo que enseñó tu Hijo en el sermón de la Montaña tiene que ser mi norma. No ojo por ojo, ni diente por diente, sino amar á nuestros enemigos. Tú amaneces sobre justos y pecadores, y derramas sobre todos la lluvia fecunda de tus inexhaustas bondades. Tú eres nuestro Padre, que estás en el cielo, y debemos ser perfectos como Tú, perdonando á quienes nos ofendan, y pidiéndote que los perdones porque no saben lo que se hacen. Yo debo recordar las bienaventuranzas. Bienaventurados cuando os ultrajaren y persiguieren y dijeren todo mal de vosotros. El sacerdote, el que va á ser sacerdote, ha de ser humilde, pacífico, manso de corazón. No como la encina, que se levanta orgullosa hasta que el rayo la hiere, sino como las hierbecillas fragantes de las selvas y las modestas flores de los prados, que dan más suave y grato aroma cuando el villano las pisa.

En éstas y otras meditaciones por el estilo transcurrieron las horas hasta que dieron las tres, y D. Pedro, que acababa de volver del campo, entró en el cuarto de su hijo para llamarle á comer. La alegre cordialidad del padre, sus chistes, sus muestras de afecto, no pudieron sacar á D. Luis de la melancolía ni abrirle el apetito. Apenas comió; apenas habló en la mesa.

Si bien disgustadísimo con la silenciosa tristeza de su hijo, cuya salud, aunque robusta, pudiera resentirse, como D. Pedro era hombre que se levantaba al amanecer y bregaba mucho durante el

día, luego que acabó de fumar un buen cigarro habano de sobremesa, acompañándole con su taza de café y su copita de aguardiente de anís doble, se sintió fatigado, y, según costumbre, se fué á dormir sus dos ó tres horas de siesta.

D. Luis tuvo buen cuidado de no poner en noticia de su padre la ofensa que le había hecho el Conde de Genazahar. Su padre, que no iba á cantar misa y que tenía una índole poco sufrida, se hubiera lanzado al instante á tomar la venganza que él no tomó.

Solo ya D. Luis, dejó el comedor para no ver á nadie, y volvió al retiro de su estancia para abismarse más profundamente en sus ideas.

Abismado en ellas estaba hacía largo rato, sentado junto al bufete, los codos sobre él, y en la derecha mano apoyada la mejilla, cuando sintió cerca ruido. Alzó los ojos y vió á su lado á la entrometida Antoñona, que había penetrado como una sombra, aunque tan maciza, y que le miraba con atención y con cierta mezcla de piedad y de rabia.

Antoñona se había deslizado hasta allí sin que nadie lo advirtiese, aprovechando la hora en que comían los criados y D. Pedro dormía, y había abierto la puerta del cuarto y la había vuelto á cerrar tras sí con tal suavidad que D. Luis, aunque no hubiera estado tan absorto, no hubiera podido sentirla.

Antoñona venía resuelta á tener una conferen-

cia muy seria con D. Luis; pero no sabía á punto fijo lo que iba á decirle. Sin embargo, había pedido, no se sabe si al cielo ó al infierno, que desatase su lengua y que le diese habla, y habla no chabacana y grotesca, como la que usaba por lo común, sino culta, elegante é idónea para las nobles reflexiones y bellas cosas que ella imaginaba que le convenía expresar.

Cuando D. Luis vió á Antoñona arrugó el entrecejo, mostró bien en el gesto lo que le contrariaba aquella visita, y dijo con tono brusco:

—¿Á qué vienes aquí? Vete.

—Vengo á pedirte cuenta de mi niña—contestó Antoñona sin turbarse,—y no me he de ir hasta que me la des.

En seguida acercó una silla á la mesa, y se sentó en frente de D. Luis con aplomo y descaro.

Viendo D. Luis que no había remedio, mitigó el enojo, se armó de paciencia, y, ya con acento menos cruel, exclamó:

—Dí lo que tengas que decir.

—Tengo que decir—prosiguió Antoñona,—que lo que estás maquinando contra mi niña es una maldad. Te estás portando como un tuno. La has hechizado; le has dado un bebedizo maligno. Aquel angelito se va á morir. No come, ni duerme, ni sosiega por culpa tuya. Hoy ha tenido dos ó tres sonponcios sólo de pensar en que te vas. Buena hacienda dejas hecha antes de ser elérigo. Dime, condenado, ¿por qué viniste por aquí y no te quedaste por allá con tu tío? Ella, tan libre, tan señora de su voluntad, avasallando la de todos y no dejándose cau-

tivar de ninguno, ha venido á caer en tus traidoras redes. Esta santidad mentida fué, sin duda, el señuelo de que te valiste. Con tus teologías y tiquismiquis celestiales, has sido como el pícaro y desalmado cazador, que atrae con el silbato á los zorzales bobalicones para que se ahorquen en la percha.

—Antoñona— contestó D. Luis,— déjame en paz. Por Dios, no me atormentes. Yo soy un malvado: lo confieso. No debí mirar á tu ama. No debí darle á entender que la amaba; pero yo la amaba y la amo aún con todo mi corazón, y no le he dado bebedizo ni filtro, sino el mismo amor que la tengo. Es menester, sin embargo, desechar, olvidar este amor, Dios me lo manda. ¿Te imaginas que no es, que no está siendo, que no será inmenso el sacrificio que hago? Pepita debe revestirse de fortaleza y hacer el mismo sacrificio.

—Ni siquiera das ese consuelo á la infeliz— replicó Antoñona.— Tú sacrificas voluntariamente en el altar á esa mujer que te ama, que es ya tuya, á tu víctima; pero ella, ¿dónde te tiene á tí para sacrificarte? ¿Qué joya tira por la ventana, qué lindo primor echa en la hoguera, sino un amor mal pagado? ¿Cómo ha de dar á Dios lo que no tiene? ¿Va á engañar á Dios y á decirle: «Dios mío, puesto que él no me quiere, ahí te le sacrifico; no le querré yo tampoco?» Dios no se ríe: si Dios se riera, se reiría de tal presente.

D. Luis, aturdido, no sabía qué objetar á estos raciocinios de Antoñona, más atroces que sus pelizcos pasados. Además, le repugnaba entrar en metafísicas de amor con aquella sirvienta.

—Dejemos á un lado—dijo,—esos vanos discursos. Yo no puedo remediar el mal de tu dueño. ¿Qué he de hacer?

—¿Qué has de hacer?—interrumpió Antoñona, ya más blanda y afectuosa y con voz insinuante.— Yo te diré lo que has de hacer. Si no remediases el mal de mi niña, le aliviarás al menos. ¿No eres tan santo? Pues los santos son compasivos y además valerosos. No huyas como un cobardón grosero, sin despedirte. Ven á ver á mi niña, que está enferma. Haz esta obra de misericordia.

—¿Y qué conseguiré con esa visita? Agravar el mal en vez de sanarle.

—No será así; no estás en el busilis. Tú irás allí, y con esa cháchara que gastas y esa labia que Dios te ha dado, le infundirás en los cascos la resignación, y la dejarás consolada; y si le dices que la quieres y que por Dios sólo la dejas, al menos su vanidad de mujer no quedará ajada.

—Lo que me propones es tentar á Dios, es peligroso para mí y para ella.

—¿Y por qué ha de ser tentar á Dios? Pues si Dios ve la rectitud y la pureza de tus intenciones, no te dará su favor y su gracia para que no te pierdas en esta ocasión en que te pongo con sobrado motivo? ¿No debes volar á librar á mi niña de la desesperación y traerla al buen camino? Si se muriera de pena por verse así desdénada, ó si rabiosa agarrase un cordel y se colgase de una viga, créeme, tus remordimientos serían peores que las llamas de pez y azufre de las calderas de Lucifer.

— ¡Qué horror! No quiero que se desespere. Me revestiré de todo mi valor; iré á verla.

— ¡Bendito seas! ¡Si me lo decía el corazón! ¡Si eres bueno!

— ¿Cuándo quieres que vaya?

— Esta noche á las diez en punto. Yo estaré en la puerta de la calle aguardándote y te llevaré donde está.

— ¿Sabe ella que has venido á verme?

— No lo sabe. Ha sido todo ocurrencia mía; pero yo la prepararé con buen arte, á fin de que tu visita, la sorpresa, el inesperado gozo, no la hagan caer en un desmayo. ¿Me prometes que irás?

— Iré.

— Adiós. No faltes. Á las diez de la noche en punto. Estaré á la puerta.

Y Antoñona echó á correr, bajó la escalera de dos en dos escalones y se plantó en la calle.

No se puede negar que Antoñona estuvo discretísima en esta ocasión, y hasta su lenguaje fué tan digno y urbano, que no faltaría quien le calificase de apócrifo, si no se supiese con la mayor evidencia todo esto que aquí se refiere, y si no constasen, además, los prodigios de que es capaz el ingénito despejo de una mujer, cuando le sirve de estímulo un interés ó una pasión grande.

Grande era, sin duda, el afecto de Antoñona por su niña, y viéndola tan enamorada y tan desesperada, no pudo menos de buscar remedio á sus males. La cita á que acababa de comprometer á

D. Luis fué un triunfo inesperado. Así es que Antoñona, á fin de sacar provecho del triunfo, tuvo que disponerlo todo de improviso, con profunda ciencia mundana.

Señaló Antoñona para la cita la hora de las diez de la noche, porque ésta era la hora de la antigua y ya suprimida ó suspendida tertulia en que D. Luis y Pepita solían verse. La señaló, además, para evitar murmuraciones y escándalo, porque ella había oído decir á un predicador que, según el Evangelio, no hay nada tan malo como el escándalo, y que á los escandalosos es menester arrojarlos al mar con una piedra de molino atada al pescuezo.

Volvió, pues, Antoñona á casa de su dueño, muy satisfecha de sí misma y muy resuelta á disponer las cosas con tino para que el remedio que había buscado no fuese inútil, ó no agravase el mal de Pepita en vez de sanarle.

Á Pepita no pensó ni determinó prevenirla sino á lo último, diciéndole que D. Luis espontáneamente le había pedido hora para hacerle una visita de despedida, y que ella había señalado las diez.

Á fin de que no se originasen habladurías, si en la casa veían entrar á D. Luis, pensó en que no le viesen entrar, y para ello era también muy propicia la hora y la disposición de la casa. Á las diez estaría llena de gente la calle con la velada, y por lo mismo repararían menos en D. Luis cuando pasase por ella. Penetrar en el zaguán sería obra de un segundo; y ella, que estaría allí

aguardando, llevaría á D. Luis hasta el despacho, sin que nadie le viese.

Todas ó la mayor parte de las casas de los ricos lugareños de Andalucía son como dos casas en vez de una, y así era la casa de Pepita. Cada casa tiene su puerta. Por la principal se pasa al patio enlosado y con columnas, á las salas y demás habitaciones señoriales; por la otra, á los corrales, caballeriza y cochera, cocinas, molino, lagar, graneros, trojes donde se conserva la aceituna hasta que se muele; bodegas donde se guarda el aceite, el mosto, el vino de quema, el aguardiente y el vinagre en grandes tinajas, y candioteras ó bodegas donde está en pipas y toneles el vino bueno y ya hecho ó rancio. Esta segunda casa ó parte de casa, aunque esté en el centro de una población de veinte ó veinticinco mil almas, se llama casa de campo. El aperador, los capataces, el mulero, los trabajadores principales y más constantes en el servicio del amo, se juntan allí por la noche: en invierno, en torno de una enorme chimenea de una gran cocina, y en verano, al aire libre ó en algún cuarto muy ventilado y fresco, y están holgando y de tertulia hasta que los señores se recogen.

Antoñona imaginó que el coloquio y la explicación que ella deseaba que tuviesen su niña y Don Luis requerían sosiego y que no viniesen á interrumpirlos, y así determinó que aquella noche, por ser la velada de San Juan, las chicas que servían á Pepita vacasen en todos sus quehaceres y oficios, y se fuesen á solazar á la casa de campo,

armando con los rústicos trabajadores un *jaleo probe*, de fandango, lindas coplas, repiqueteo de castañuelas, brincos y mudanzas.

De esta suerte la casa señorial quedaría casi desierta y silenciosa, sin más habitantes que ella y Pepita, y muy á propósito para la solemnidad, transcendencia y no turbado sosiego que eran necesarios en la entrevista que ella tenía preparada, y de la que dependía quizás, ó de seguro, el destino de dos personas de tanto valer.

Mientras Antoñona iba rumiando y concertando en su mente todas estas cosas, D. Luis, no bien se quedó solo, se arrepintió de haber procedido tan de ligero y de haber sido tan débil en conceder la cita que Antoñona le había pedido.

D. Luis se paró á considerar la condición de Antoñona, y le pareció más aviesa que la de Enone y la de Celestina. Vió delante de sí todo el peligro á que voluntariamente se aventuraba, y no vió ventaja alguna en hacer recatadamente y á hurto de todos una visita á la linda viuda.

Ir á verla para ceder y caer en sus redes, burlándose de sus votos, dejando mal al Obispo, que había recomendado su solicitud de dispensa, y hasta al Sumo Pontífice, que la había concedido, y desistiendo de ser clérigo, le parecía un desdoro muy enorme. Era además una traición contra su padre, que amaba á Pepita y deseaba casarse con ella. Ir á verla para desengañarla más aún se le antojaba

mayor refinamiento de crueldad que partir sin decirle nada.

Impulsado por tales razones, lo primero que pensó D. Luis fué faltar á la cita sin dar excusa ni aviso, y que Antoñona le aguardase en balde en el zaguán; pero Antoñona anunciaría á su señora la visita, y él faltaría, no sólo á Antoñona, sino á Pepita, dejando de ir, con una grosería incalificable.

Discurrió entonces escribir á Pepita una carta muy afectuosa y discreta, excusándose de ir, justificando su conducta, consolándola, manifestando sus tiernos sentimientos por ella, si bien haciendo ver que la obligación y el cielo eran antes que todo, y procurando dar ánimo á Pepita para que hiciese el mismo sacrificio que él hacía.

Cuatro ó cinco veces se puso á escribir esta carta. Emborronó mucho papel; le rasgó en seguida, y la carta no salía jamás á su gusto. Ya era seca, fría, pedantesca, como un mal sermón ó como la plática de un dómine; ya se deducía de su contenido un miedo pueril y ridículo, como si Pepita fuese un monstruo pronto á devorarle; ya tenía el escrito otros defectos y lunares no menos lastimosos. En suma, la carta no se escribió, después de haberse consumido en las tentativas unos cuantos pliegos.

—No hay más recurso—dijo para sí D. Luis,—la suerte está echada. Valor, y vamos allá.

D. Luis confortó su espíritu con la esperanza de que iba á tener mucha serenidad y de que Dios iba á poner en sus labios un raudal de elocuencia, por donde persuadiría á Pepita, que era tan

buena, de que ella misma le impulsase á cumplir con su vocación, sacrificando el amor mundanal y haciéndose semejante á las santas mujeres que ha habido, las cuales, no ya han desistido de unirse con un novio ó con un amante, sino hasta de unirse con el esposo, viviendo con él como con un hermano, según se refiere, por ejemplo, en la vida de San Eduardo, rey de Inglaterra. Y después de pensar en esto, se sentía D. Luis más consolado y animado, y ya se figuraba que él iba á ser como otro San Eduardo, y que Pepita era como la reina Edita, su mujer; y bajo la forma y condición de la tal reina, virgen á par de esposa, le parecía Pepita, si cabe, mucho más gentil, elegante y poética.

No estaba, sin embargo, D. Luis todo lo seguro y tranquilo que debiera estar después de haberse resuelto á imitar á San Eduardo. Hallaba aún cierto no sé qué de criminal en aquella visita que iba á hacer sin que su padre lo supiese, y estaba por ir á despertarle de su siesta y descubrirselo todo. Dos ó tres veces se levantó de su silla y empezó á andar en busca de su padre; pero luego se detenía y creía aquella revelación indigna, la creía una vergonzosa chiquillada. Él podía revelar sus secretos; pero revelar los de Pepita para ponerse bien con su padre, era bastante feo. La fealdad y lo cómico y miserable de la acción se aumentaban, notando que el temor de no ser bastante fuerte para resistir era lo que á hacerla le movía. D. Luis se calló, pues, y no reveló nada á su padre.

Es más: ni siquiera se sentía con la desenvoltura y la seguridad convenientes para presentarse

á su padre, habiendo de por medio aquella cita misteriosa. Estaba asimismo tan alborotado y fuera de sí por culpa de las encontradas pasiones que se disputaban el dominio de su alma, que no cabía en el cuarto, y como si brincase ó volase, le andaba y recorría todo en tres ó cuatro pasos, aunque era grande, por lo cual temía darse de calabazadas contra las paredes. Por último, si bien tenía abierto el balcón por ser verano, le parecía que iba á ahogarse allí por falta de aire, y que el techo le pesaba sobre la cabeza, y que para respirar necesitaba de toda la atmósfera, y para andar de todo el espacio sin límites, y para alzar la frente y exhalar sus suspiros y encumbrar sus pensamientos, de no tener sobre sí sino la inmensa bóveda del cielo.

Aguijoneado de esta necesidad, tomó su sombrero y su bastón y se fué á la calle. Ya en la calle, huyendo de toda persona conocida y buscando la soledad, se salió al campo y se internó por lo más frondoso y esquivo de las alamedas, huertas y sendas que rodean la población y hacen un paraíso de sus alrededores en un radio de más de media legua.

Poco hemos dicho hasta ahora de la figura de D. Luis. Sépase, pues, que era un buen mozo en toda la extensión de la palabra: alto, ligero, bien formado, cabello negro, ojos negros también y llenos de fuego y de dulzura. La color trigueña, la dentadura blanca, los labios finos, aunque re-

levados, lo cual le daba un aspecto desdénoso, y algo de atrevido y varonil en todo el ademán, á pesar del recogimiento y de la mansedumbre clericales. Había, por último, en el porte y continente de D. Luis aquel indescriptible sello de distinción y de hidalguía que parece, aunque no lo sea siempre, privativa calidad y exclusivo privilegio de las familias aristocráticas.

Al ver á D. Luis, era menester confesar que Pepita Jiménez sabía de estética por instinto.

Corría, que no andaba, D. Luis por aquellas sendas, saltando arroyos y fijándose apenas en los objetos, casi como toro picado del tábano. Los rústicos con quienes se encontró, los hortelanos que le vieron pasar, tal vez le tuvieron por loco.

Cansado ya de caminar sin propósito, se sentó al pie de una cruz de piedra, junto á las ruínas de un antiguo convento de San Francisco de Paula, que dista más de tres kilómetros del lugar, y allí se hundió en nuevas meditaciones, pero tan confusas que ni él mismo se daba cuenta de lo que pensaba.

El tañido de las campanas que, atravesando el aire, llegó á aquellas soledades, llamando á la oración á los fieles, y recordándoles la salutación del Ángel á la Sacratísima Virgen, hizo que D. Luis volviera de su éxtasis y se hallase de nuevo en el mundo real.

El sol acababa de ocultarse detrás de los picos gigantescos de las sierras cercanas, haciendo que las pirámides, agujas y rotos obeliscos de la cumbre se destacasen sobre un fondo de púrpura y to-

pacio, que tal parecía el cielo, dorado por el sol poniente. Las sombras empezaban á extenderse sobre la vega, y en los montes, opuestos á los montes por donde el sol se ocultaba, relucían las peñas más erguidas, como si fueran de oro ó de cristal hecho ascua.

Los vidrios de las ventanas y los blancos muros del remoto santuario de la Virgen, patrona del lugar, que está en lo más alto de un cerro, así como otro pequeño templo ó ermita que hay en otro cerro más cercano, que llaman el Calvario, resplandecían aún como dos faros salvadores, heridos por los postreros rayos oblicuos del sol moribundo.

Una poesía melancólica inspiraba á la Naturaleza, y con la música callada que sólo el espíritu acierta á oír, se diría que todo entonaba un himno al Creador. El lento son de las campanas, amortiguado y semiperdido por la distancia, apenas turbaba el reposo de la tierra, y convidaba á la oración sin distraer los sentidos con rumores. D. Luis se quitó su sombrero; se hincó de rodillas al pie de la cruz, cuyo pedestal le había servido de asiento, y rezó con profunda devoción el *Angelus Domini*.

Las sombras nocturnas fueron pronto ganando terreno; pero la noche, al desplegar su manto y cobijar con él aquellas regiones, se complace en adornarle de más luminosas estrellas y de una luna más clara. La bóveda azul no trocó en negro su color azulado: conservó su azul, aunque le hizo más obscuro. El aire era tan diáfano y tan sutil,

que se veían millares y millares de estrellas fulgurando en el éter sin término. La luna plateaba las copas de los árboles y se reflejaba en la corriente de los arroyos, que parecían de un líquido luminoso y transparente, donde se formaban iris y cambiantes como en el ópalo. Entre la espesura de la arboleda cantaban los ruiseñores. Las hierbas y flores vertían más generoso perfume. Por las orillas de las acequias, entre la hierba menuda y las flores silvestres, relucían como diamantes ó carbunclos los gusanillos de luz en multitud innumerable. No hay por allí luciérnagas aladas ni cocuyos, pero estos gusanillos de luz abundan y dan un resplandor bellísimo. Muchos árboles frutales, en flor todavía; muchas acacias y rosales sin cuento embalsamaban el ambiente, impregnándole de suave fragancia.

D. Luis se sintió dominado, seducido, vencido por aquella voluptuosa naturaleza, y dudó de sí. Era menester, no obstante, cumplir la palabra dada y acudir á la cita.

Aunque dando un largo rodeo, aunque recorriendo otras sendas, aunque vacilando á veces en irse á la fuente del río, donde al pie de la sierra brota de una peña viva todo el caudal cristalino que riega las huertas, y es sitio delicioso, D. Luis, á paso lento y pausado, se dirigió hacia la población.

Conforme se iba acercando, se aumentaba el terror que le infundía lo que se determinaba á hacer. Penetraba por lo más sombrío de las enramadas, anhelando ver algún prodigio espantable, al-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1825 MONTREY, MEXICO

gún signo, algún aviso que le retrajese. Se acordaba á menudo del estudiante Lisardo, y ansiaba ver su propio entierro. Pero el cielo sonreía con sus mil luces y excitaba á amar; las estrellas se miraban con amor unas á otras; los ruiñeños cantaban enamorados; hasta los grillos agitaban amorosamente sus elictas sonoras, como trovadores el plectro cuando dan una serenata; la tierra toda parecía entregada al amor en aquella tranquila y hermosa noche. Nada de aviso, nada de signo, nada de pompa fúnebre: todo vida, paz y deleite. ¿Dónde estaba el Ángel de la Guarda?

¿Había dejado á D. Luis como cosa perdida, ó, calculando que no corría peligro alguno, no se cuidaba de apartarle de su propósito? ¿Quién sabe? Tal vez de aquel peligro resultaría un triunfo. San Eduardo y la reina Edita se ofrecían de nuevo á la imaginación de D. Luis y corroboraban su voluntad.

Embelesado en estos discursos, retardaba Don Luis su vuelta, y aún se hallaba á alguna distancia del pueblo, cuando sonaron las diez, hora de la cita, en el reloj de la parroquia. Las diez campanadas fueron como diez golpes que le hirieron en el corazón. Allí le dolieron materialmente, si bien con un dolor y con un sobresalto mixtos de traidora inquietud y de regalada dulzura.

D. Luis apresuró el paso á fin de no llegar muy tarde, y pronto se encontró en la población.

El lugar estaba animadísimo. Las mozas solteras venían á la fuente del ejido á lavarse la cara, para que fuese fiel el novio á la que le tenía, y pa-

ra que á la que no le tenía le saltase novio. Mujeres y chiquillos, por acá y por allá, volvían de coger verbena, ramos de romero ú otras plantas, para hacer sahumeros mágicos. Las guitarras sonaban por varias partes. Los coloquios de amor y las parejas dichosas y apasionadas se oían y se veían á cada momento. La noche y la mañanita de San Juan, aunque fiesta católica, conservan no sé qué resabios del paganismo y naturalismo antiguos. Tal vez sea por la coincidencia aproximada de esta fiesta con el solsticio de verano. Ello es que todo era profano, y no religioso. Todo era amor y galanteo. En nuestros viejos romances y leyendas siempre roba el moro á la linda infantina cristiana y siempre el caballero cristiano logra su anhelo con la princesa mora, en la noche ó en la mañanita de San Juan, y en el pueblo se diría que conservaban la tradición de los viejos romances.

Las calles estaban llenas de gente. Todo el pueblo estaba en las calles, y además los forasteros. Hacían asimismo muy difícil el tránsito la multitud de mesillas de turrón, arropía y tostones, los puestos de fruta, las tiendas de muñecos y juguetes y las buñolerías, donde gitanas jóvenes y viejas, ya freían la masa, infestando el aire con el olor del aceite, ya pesaban y servían los buñuelos, ya respondían con donaire á los piropos de los galanes que pasaban, ya decían la buena ventura.

D. Luis procuraba no encontrar á los amigos y, si los veía de lejos, echaba por otro lado. Así fué llegando poco á poco, sin que le hablasen ni de-

tuviesen, hasta cerca del zaguán de casa de Pepita. El corazón empezó á latirle con violencia, y se paró un instante para serenarse. Miró el reloj: eran cerca de las diez y media.

—¡Válgame Dios!—dijo,—hará cerca de media hora que me estará aguardando.

Entonces se precipitó y penetró en el zaguán. El farol que le alumbraba de diario daba poquísimas luz aquella noche.

No bien entró D. Luis en el zaguán, una mano, mejor diremos una garra, le asió por el brazo derecho. Era Antoñona, que dijo en voz baja:

—¡Diantre de colegial, ingrato, desaborido, mostrenco! Ya imaginaba yo que no venías. ¿Dónde has estado, *peal*? ¿Cómo te atreves á tardar, haciéndote de pencas, cuando toda la sal de la tierra se está derritiendo por tí, y el sol de la hermosura te aguarda!

Mientras Antoñona expresaba estas quejas no estaba parada, sino que iba andando y llevando en pos de sí, asido siempre del brazo, al colegial atortolado y silencioso. salvaron la cancela, y Antoñona la cerró con tiento y sin ruido; atravesaron el patio, subieron por la escalera, pasaron luego por unos corredores y por dos salas, y llegaron á la puerta del despacho, que estaba cerrada.

En toda la casa reinaba maravilloso silencio. El despacho estaba en lo interior y no llegaban á él los rumores de la calle. Sólo llegaban, aunque confusos y vagos, el resonar de las castañuelas y el son de la guitarra, y un leve murmullo, causa-

do todo por los criados de Pepita, que tenían su *jaleo probe* en la casa de campo.

Antoñona abrió la puerta del despacho, empujó á D. Luis para que entrase, y al mismo tiempo le anunció diciendo:

—Niña, aquí tienes al Sr. D. Luis, que viene á despedirse de tí.

Hecho el anuncio con la formalidad debida, la discreta Antoñona se retiró de la sala, dejando á sus anchas al visitante y á la niña, y volviendo á cerrar la puerta.

Al llegar á este punto, no podemos menos de hacer notar el carácter de autenticidad que tiene la presente historia, admirándonos de la escrupulosa exactitud de la persona que la compuso. Porque si algo de fingido, como en una novela, hubiera en estos *Paralipómenos*, no cabe duda en que una entrevista tan importante y trascendente como la de Pepita y D. Luis se hubiera dispuesto por medios menos vulgares que los aquí empleados. Tal vez nuestros héroes, yendo á una nueva expedición campestre, hubieran sido sorprendidos por deshecha y pavorosa tempestad, teniendo que refugiarse en las ruínas de algún antiguo castillo ó torre moruna, donde por fuerza había de ser fama que aparecían espectros ó cosas por el estilo. Tal vez nuestros héroes hubieran caído en poder de alguna partida de bandoleros, de la cual hubieran escapado merced á la serenidad y valentía de D. Luis, albergándose luego,

durante la noche, sin que se pudiese evitar, y solitos los dos, en una caverna ó gruta. Y tal vez, por último, el autor hubiera arreglado el negocio de manera que Pepita y su vacilante admirador hubieran tenido que hacer un viaje por mar, y aunque ahora no hay piratas ó corsarios argelinos, no es difícil inventar un buen naufragio, en el cual D. Luis hubiera salvado á Pepita, arribando á una isla desierta ó á otro lugar poético y apartado. Cualquiera de estos recursos hubiera preparado con más arte el coloquio apasionado de los dos jóvenes y hubiera justificado mejor á D. Luis. Creemos, sin embargo, que en vez de censurar al autor porque no apela á tales enredos, conviene darle gracias por la mucha conciencia que tiene, sacrificando á la fidelidad del relato el portentoso efecto que haría si se atreviese á exornarle y bordarle con lances y episodios sacados de su fantasía.

Si no hubo más que la oficiosidad y destreza de Antoñona y la debilidad con que D. Luis se comprometió á acudir á la cita, ¿para qué forjar embustes y traer á los dos amantes como arrastrados por la fatalidad á que se vean y hablen á solas con gravísimo peligro de la virtud y entereza de ambos? Nada de eso. Si D. Luis se conduce bien ó mal en venir á la cita, y si Pepita Jiménez, á quien Antoñona había ya dicho que D. Luis espontáneamente venía á verla, hace mal ó bien en alegrarse de aquella visita algo misteriosa y fuera de tiempo, no echemos la culpa al acaso, sino á los mismos personajes que en esta historia figuran y á las pasiones que sienten.

Mucho queremos nosotros á Pepita; pero la verdad es antes que todo, y la hemos de decir, aunque perjudique á nuestra heroína. Á las ocho le dijo Antoñona que D. Luis iba á venir, y Pepita, que hablaba de morir, que tenía los ojos encendidos y los párpados un poquito inflamados de llorar, y que estaba bastante despeinada, no pensó desde entonces sino en componerse y arreglarse para recibir á D. Luis. Se lavó la cara con agua tibia para que el estrago del llanto desapareciese hasta el punto preciso de no afeár, mas no para que no quedasen huellas de que había llorado; se compuso el pelo de suerte que no denunciaba estudio cuidadoso, sino que mostraba cierto artístico y gentil descuido, sin rayar en desorden, lo cual hubiera sido poco decoroso; se pulió las uñas, y como no era propio recibir de bata á D. Luis, se vistió un traje sencillo de casa. En suma, miró instintivamente á que todos los pormenores de tocador concurriesen á hacerla parecer más bonita y aseada, sin que se trasluciera el menor indicio del arte, del trabajo y del tiempo gastados en aquellos perfiles, sino que todo ello resplandeciera como obra natural y don gratuito; como algo que persistía en ella, á pesar del olvido de sí misma, causado por la vehemencia de los afectos.

Según hemos llegado á averiguar, Pepita empleó más de una hora en estas faenas de tocador, que habían de sentirse sólo por los efectos. Después se dió el postrer retoque y vistazo al espejo con satisfacción mal disimulada. Y, por último, á eso de las nueve y media, tomando una palmatoria, bajó

á la sala donde estaba el Niño Jesús. Encendió primero las velas del altarito, que estaban apagadas; vió con cierta pena que las flores yacían marchitas; pidió perdón á la devota imagen por haberla tenido desatendida mucho tiempo, y, postrándose de hinojos, y á solas, oró con todo su corazón y con aquella confianza y franqueza que inspira quien está de huésped en casa desde hace muchos años. Á un Jesús Nazareno, con la cruz á cuestras y la corona de espinas; á un Ecce-Homo, ultrajado y azotado, con la caña por irrisorio cetro y la áspera sogá por ligadura de las manos, ó á un Cristo crucificado, sangriento y moribundo, Pepita no se hubiera atrevido á pedir lo que pidió á Jesús, pequenuelo todavía, risueño, lindo, sano y con buenos colores. Pepita le pidió que le dejase á Don Luis; que no se le llevase, porque él, tan rico y tan abastado de todo, podía sin gran sacrificio desprenderse de aquel servidor y cedérsele á ella.

Terminados estos preparativos, que nos será lícito clasificar y dividir en *cosméticos*, indumentarios y religiosos, Pepita se instaló en el despacho, aguardando la venida de D. Luis con febril impaciencia.

Atinada anduvo Antoñona en no decirle que iba á venir, sino hasta poco antes de la hora. Aun así, gracias á la tardanza del galán, la pobre Pepita estuvo deshaciéndose, llena de ansiedad y de angustia, desde que terminó sus oraciones y súplicas con el Niño Jesús hasta que vió dentro del despacho al otro niño.

La visita empezó del modo más grave y ceremonioso. Los saludos de fórmula se pronunciaron maquinalmente de una y otra parte, y D. Luis, invitado á ello, tomó asiento en una butaca, sin dejar el sombrero ni el bastón, y á no corta distancia de Pepita. Pepita estaba sentada en el sofá. El velador se veía al lado de ella con libros y con la palmatoria, cuya luz iluminaba su rostro. Una lámpara ardía además sobre el bufete. Ambas luces, con todo, siendo grande el cuarto, como lo era, dejaban la mayor parte de él en la penumbra. Una gran ventana que daba á un jardincillo interior estaba abierta por el calor, y si bien sus hierros eran como la trama de un tejido de rosas-enredaderas y jazmines, todavía por entre la verdura y las flores se abrían camino los claros rayos de la luna, penetraban en la estancia y querían luchar con la luz de la lámpara y de la palmatoria. Penetraban además por la ventana-verjel el lejano y confuso rumor del jaleo de la casa de campo, que estaba al otro extremo; el murmullo monótono de una fuente que había en el jardincillo, y el aroma de los jazmines y de las rosas que tapizaban la ventana, mezclado con el de los donpedros, albahacas y otras plantas que adornaban los arriates al pie de ella.

Hubo una larga pausa, un silencio tan difícil de sostener como de romper. Ninguno de los dos interlocutores se atrevía á hablar. Era, en verdad, la situación muy embarazosa. Tanto para ellos el expresarse entonces, como para nosotros el reproducir ahora lo que expresaron, es empresa ar-

dua; pero no hay más remedio que acometerla. Dejemos que ellos mismos se expliquen, y copiémos al pie de la letra sus palabras.

—Al fin se dignó V. venir á despedirse de mí antes de su partida—dijo Pepita.—Yo había perdido ya la esperanza.

El papel que hacía D. Luis era de mucho empeño, y, por otra parte, los hombres, no ya novicios, sino hasta experimentados y curtidos en estos diálogos, suelen incurrir en tonterías al empezar. No se condene, pues, á D. Luis porque empezase contestando tonterías.

—Su queja de V. es injusta—dijo.—He estado aquí á despedirme de V. con mi padre, y como no tuvimos el gusto de que V. nos recibiese, dejamos tarjetas. Nos dijeron que estaba V. algo delicada de salud, y todos los días hemos enviado recado para saber de V. Grande ha sido nuestra satisfacción al saber que estaba V. aliviada. ¿Y ahora, se encuentra V. mejor?

—Casi estoy por decir á V. que no me encuentro mejor—replicó Pepita;—pero como veo que viene V. de embajador de su padre, y no quiero afligir á un amigo tan excelente, justo será que diga á V., y que V. repita á su padre, que siento bastante alivio. Singular es que haya venido usted solo. Mucho tendrá que hacer D. Pedro cuando no le ha acompañado.

—Mi padre no me ha acompañado, señora, porque no sabe que he venido á ver á V. Yo he ve-

nido solo, porque mi despedida ha de ser solemne, grave, para siempre quizás, y la suya es de indole harto diversa. Mi padre volverá por aquí dentro de unas semanas; yo es posible que no vuelva nunca, y, si vuelvo, volveré muy otro del que soy ahora.

Pepita no pudo contenerse. El porvenir de felicidad con que había soñado se desvanecía como una sombra. Su resolución inquebrantable de vencer á toda costa á aquel hombre, único que había amado en la vida, único que se sentía capaz de amar, era una resolución inútil. D. Luis se iba. La juventud, la gracia, la belleza, el amor de Pepita no valían para nada. Estaba condenada, con veinte años de edad y tanta hermosura, á la viudez perpetua, á la soledad, á amar á quien no la amaba. Todo otro amor era imposible para ella. El carácter de Pepita, en quien los obstáculos recrudescían y avivaban más los anhelos; en quien una determinación, una vez tomada, lo arrollaba todo hasta verse cumplida, se mostró entonces con notable violencia y rompiendo todo freno. Era menester morir ó vencer en la demanda. Los respetos sociales, la inveterada costumbre de disimular y de velar los sentimientos, que se adquiere en el gran mundo, y que pone dique á los arrebatos de la pasión y envuelve en gasas y cendales y disuelve en perifrasis y frases ambiguas la más enérgica explosión de los mal reprimidos afectos, nada podían con Pepita, que tenía poco trato de gentes y que no conocía término medio; que no había sabido sino obedecer á ciegas á su madre y á su primer

marido, y mandar después despóticamente á todos los demás seres humanos. Así es que Pepita habló en aquella ocasión y se mostró tal como era. Su alma, con cuanto había en ella de apasionado, tomó forma sensible en sus palabras, y sus palabras no sirvieron para envolver su pensar y su sentir, sino para darle cuerpo. No habló como hubiera hablado una dama de nuestros salones, con ciertas pleguerías y atenuaciones en la expresión, sino con la desnudez idílica con que Cloe hablaba á Dafnis, y con la humildad y el abandono completo con que se ofreció á Booz la nuera de Noemi.

Pepita dijo:

—¿Persiste V., pues, en su propósito? ¿Está V. seguro de su vocación? ¿No teme V. ser un mal clérigo? Sr. D. Luis, voy á hacer un esfuerzo; voy á olvidar por un instante que soy una ruda muchacha; voy á prescindir de todo sentimiento, y voy á discurrir con frialdad, como si se tratase del asunto que me fuese más extraño. Aquí hay hechos que se pueden comentar de dos modos. Con ambos comentarios queda V. mal. Expondré mi pensamiento. Si la mujer que con sus coqueterías, no por cierto muy desenvueltas, casi sin hablar á V. palabra, á los pocos días de verle y tratarle, ha conseguido provocar á V., moverle á que la mire con miradas que auguraban amor profano, y hasta ha logrado que le dé V. una muestra de cariño, que es una falta, un pecado en cualquiera, y más en un sacerdote; si esta mujer es, como lo es en realidad, una lugareña ordinaria, sin instrucción, sin talento y sin elegancia, ¿qué no se debe temer de

V. cuando trate y vea y visite en las grandes ciudades á otras mujeres mil veces más peligrosas? Usted se volverá loco cuando vea y trate á las grandes damas que habitan palacios, que huellan mullidas alfombras, que deslumbran con diamantes y perlas, que visten sedas y encajes y no percal y muselina, que desnudan la cándida y bien formada garganta, y no la cubren con un plebeyo y modesto pañolito; que son más diestras en mirar y herir; que por el mismo boato, séquito y pompa de que se rodean son más deseables por ser en apariencia inasequibles; que disertan de política, de filosofía, de religión y de literatura; que cantan como canarios, y que están como envueltas en nubes de aroma, adoraciones y rendimientos, sobre un pedestal de triunfos y victorias, endiosadas por el prestigio de un nombre ilustre, encumbradas en áureos salones ó retiradas en voluptuosos gabinetes, donde entran sólo los felices de la tierra, tituladas acaso, y llamándose únicamente para los íntimos Pepita, Antoñita ó Angelita, y para los demás la Exema. Señora Duquesa ó la Exema. Señora Marquesa. Si V. ha cedido á una zafia aldeana, hallándose en vísperas de la ordenación, con todo el entusiasmo que debe suponerse, y si ha cedido impulsado por capricho fugaz, ¿no tengo razón en prever que va V. á ser un clérigo detestable, impuro, mundanal y funesto, y que cederá á cada paso? En esta suposición, créame V., Sr. D. Luis, y no se me ofenda, ni siquiera vale V. para marido de una mujer honrada. Si V. ha estrechado las manos con el ahinco y la ternura del más frenético aman-

te; si V. ha mirado con miradas que prometan un cielo, una eternidad de amor, y si V. ha... besado á una mujer que nada le inspiraba sino algo que para mí no tiene nombre, vaya V. con Dios, y no se case V. con esa mujer. Si ella es buena, no le querrá á V. para marido, ni siquiera para amante; pero, por amor de Dios, no sea V. clérigo tampoco. La Iglesia há menester de otros hombres más serios y más capaces de virtud para ministros del Altísimo. Por el contrario, si V. ha sentido una gran pasión por esta mujer de que hablamos, aunque ella sea poco digna, ¿por qué abandonarla y engañarla con tanta crueldad? Por indigna que sea, si es que ha inspirado esa gran pasión, ¿no cree V. que la compartirá y que será víctima de ella? Pues qué, cuando el amor es grande, elevado y violento, ¿deja nunca de imponerse? ¿No tiraniza y subyuga al objeto amado de un modo irresistible? Por los grados y quilates de su amor debe usted medir el de su amada. ¿Y cómo no temer por ella si V. la abandona? ¿Tiene ella la energía varonil, la constancia que infunde la sabiduría que los libros encierran, el aliciente de la gloria, la multitud de grandiosos proyectos, y todo aquello que hay en su cultivado y sublime espíritu de V. para distraerle y apartarle, sin desgarradora violencia, de todo otro terrenal afecto? ¿No comprende usted que ella morirá de dolor, y que V., destinado á hacer incruentos sacrificios, empezará por sacrificar despiadadamente á quien más le ama?

—Señora— contestó D. Luis, haciendo un esfuerzo para disimular su emoción y para que no

se conociese lo turbado que estaba en lo trémulo y balbuciente de la voz.—Señora, yo también tengo que dominarme mucho para contestar á V. con la frialdad de quien opone argumentos á argumentos como en una controversia; pero la acusación de V. viene tan razonada (y V. perdone que se lo diga), es tan hábilmente sofística, que me fuerza á desvanecerla con razones. No pensaba yo tener que disertar aquí y que aguzar mi corto ingenio; pero V. me condena á ello, si no quiero pasar por un monstruo. Voy á contestar á los extremos del cruel dilema que ha forjado V. en mi daño. Aunque me he criado al lado de mi tío y en el Seminario, donde no he visto mujeres, no me crea V. tan ignorante ni tan pobre de imaginación que no acertase á representármelas en la mente todo lo bellas, todo lo seductoras que pueden ser. Mi imaginación, por el contrario, sobrepujaba á la realidad en todo eso. Excitada por la lectura de los cantores bíblicos y de los poetas profanos, se fingía mujeres más elegantes, más graciosas, más discretas que las que por lo común se hallan en el mundo real. Yo conocía, pues, el precio del sacrificio que hacía, y hasta le exageraba, cuando renuncié al amor de esas mujeres, pensando elevarme á la dignidad del sacerdocio. Harto conocía yo lo que puede y debe añadir de encanto á una mujer hermosa el vestirla de ricas telas y joyas esplendentes, y el circundarla de todos los primores de la más refinada cultura, y de todas las riquezas que crean la mano y el ingenio infatigables del hombre. Harto conocía yo también lo que

acrecientan el natural despejo, lo que pulen, realzan y abrillantan la inteligencia de una mujer el trato de los hombres más notables por la ciencia, la lectura de buenos libros, el aspecto mismo de las florecientes ciudades con los monumentos y grandezas que contienen. Todo esto me lo figuraba yo con tal viveza y lo veía con tal hermosura, que no lo dude V., si yo llego á ver y á tratar á esas mujeres de que V. me habla, lejos de caer en la adoración y en la locura que V. predice, tal vez sea un desengaño lo que reciba, al ver cuánta distancia media de lo soñado á lo real y de lo vivo á lo pintado.

—¡Éstos de V. sí que son sofismas!—interrumpió Pepita.—¿Cómo negar á V. que lo que V. se pinta en la imaginación es más hermoso que lo que existe realmente? Pero ¿cómo negar tampoco que lo real tiene más eficacia seductora que lo imaginado y soñado? Lo vago y aéreo de un fantasma, por bello que sea, no compite con lo que mueve materialmente los sentidos. Contra los ensueños mundanos comprendo que venciesen en su alma de V. las imágenes devotas; pero temo que las imágenes devotas no habían de vencer á las mundanas realidades.

—Pues no lo tema V., señora—replicó D. Luis.

—Mi fantasía es más eficaz en lo que crea que todo el universo, menos V., en lo que por los sentidos me transmite.

—¿Y por qué *menos yo*? Esto me hace caer en otro recelo. ¿Será quizás la idea que V. tiene de mí, la idea que ama, creación de esa fantasía tan eficaz, ilusión en nada conforme conmigo?

—No, no lo es; tengo fe de que esta idea es en todo conforme con V.; pero tal vez es ingénita en mi alma; tal vez está en ella desde que fué creada por Dios; tal vez es parte de su esencia; tal vez es lo más puro y rico de su sér, como el perfume en las flores.

—¡Bien me lo temía yo! V. me lo confiesa ahora. V. no me ama. Eso que ama V. es la esencia, el aroma, lo más puro de su alma, que ha tomado una forma parecida á la mía.

—No, Pepita; no se divierta V. en atormentarme. Esto que yo amo es V., y V. tal cual es; pero es tan bello, tan limpio, tan delicado esto que yo amo, que no me explico que pase todo por los sentidos de un modo grosero y llegue así hasta mi mente. Supongo, pues, y creo, y tengo por cierto, que estaba antes en mí. Es como la idea de Dios, que estaba en mí, que ha venido á magnificarse y desenvolverse en mí, y que, sin embargo, tiene su objeto real, superior, infinitamente superior á la idea. Como creo que Dios existe, creo que existe V. y que vale V. mil veces más que la idea que de V. tengo formada.

—Aún me queda una duda. ¿No pudiera ser la mujer en general, y no yo singular y exclusivamente, quien ha despertado esa idea?

—No, Pepita: la magia, el hechizo de una mujer, bella de alma y de gentil presencia, habían, antes de ver á V., penetrado en mi fantasía. No hay duquesa ni marquesa en Madrid, ni emperatriz en el mundo, ni reina ni princesa en todo el orbe, que valgan lo que valen las ideales y fantás-

ticas criaturas con quienes yo he vivido, porque se aparecían en los alcáceres y camarines, estu-
pendos de lujo, buen gusto y exquisito ornato,
que yo edificaba en mis espacios imaginarios, des-
de que llegué á la adolescencia, y que daba luego
por morada á mis Lauras, Beatrices, Julietas, Mar-
garitas y Eleonoras, ó á mis Cintias, Gliceras y
Lesbias. Yo las coronaba en mi mente con diade-
mas y mitras orientales, y las envolvía en mantos
de púrpura y de oro, y las rodeaba de pompa re-
gia, como á Ester y á Vasti; yo les prestaba la sen-
cillez bucólica de la edad patriarcal, como á Re-
beca y á la Sulamita; yo les daba la dulce humil-
dad y la devoción de Ruth; yo las oía discurrir
como Aspasia ó Hipatia, maestras de elocuencia;
yo las encumbraba en estrados riquísimos, y po-
nía en ellas reflejos gloriosos de clara sangre y de
ilustre prosapia, como si fuesen las matronas pa-
tricias más orgullosas y nobles de la antigua Ro-
ma; yo las veía ligeras, coquetas, alegres, llenas
de aristocrática desenvoltura, como las damas del
tiempo de Luis XIV en Versalles, y yo las ador-
naba, ya con púdicas estolas, que infundían vene-
ración y respeto, ya con túnicas y peplos sutiles,
por entre cuyos pliegues airosos se dibujaba toda
la perfección plástica de las gallardas formas; ya
con la *coa* transparente de las bellas cortesanas de
Atenas y Corinto, para que reluciese, bajo la ne-
bulosa velatura, lo blanco y sonrosado del bien
torneado cuerpo. Pero ¿qué valen los deleites del
sentido, ni qué valen las glorias todas y las mag-
nificencias del mundo, cuando un alma arde y se

consume en el amor divino, como yo entendía,
tal vez con sobrada soberbia, que la mía estaba
ardiendo y consumiéndose? Ingentes peñascos,
montañas enteras, si sirven de obstáculo á que se
dilate el fuego que de repente arde en el seno de la
tierra, vuelan deshechos por el aire, dando lugar y
abriendo paso á la amontonada pólvora de la mina
ó á las inflamadas materias del volcán en erupción
atronadora. Así, ó con mayor fuerza, lanzaba de sí
mi espíritu todo el peso del universo y de la her-
mosura creada, que se le ponía encima y le aprisionaba,
impidiéndole volar á Dios, como á su
centro. No, no he dejado yo por ignorancia nin-
gún regalo, ninguna dulzura, ninguna gloria: to-
do lo conocía y lo estimaba en más de lo que va-
le cuando lo desprecié por otro regalo, por otra
gloria, por otras dulzuras mayores. El amor pro-
fano de la mujer, no sólo ha venido á mi fantasía
con cuantos halagos tiene en sí, sino con aquellos
hechizos soberanos y casi irresistibles de la más
peligrosa de las tentaciones: de la que llaman los
moralistas tentación virgínea, cuando la mente,
aún no desengañada por la experiencia y el peca-
do, se finge en el abrazo amoroso un subidísimo
deleite, inmensamente superior, sin duda, á toda
realidad y á toda verdad. Desde que vivo, desde
que soy hombre, y ya hace años, pues no es tan
grande mi mocedad, he despreciado todas esas
sombras y reflejos de deleites y de hermosuras,
enamorado de una hermosura arquetipo y ansioso
de un deleite supremo. He procurado morir en
mí para vivir en el objeto amado; desnudar, no ya

sólo los sentidos, sino hasta las potencias de mi alma, de afectos del mundo y de figuras y de imágenes, para poder decir con razón que no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. Tal vez, de seguro, he pecado de arrogante y de confiado, y Dios ha querido castigarme. V. entonces se ha interpuesto en mi camino y me ha sacado de él y me ha extraviado. Ahora me zahiere, me burla, me acusa de liviano y de fácil; y al zahirme y burlarme se ofende á sí propia, suponiendo que mi falta me la hubiera hecho cometer otra mujer cualquiera. No quiero, cuando debo ser humilde, pecar de orgulloso defendiéndome. Si Dios, en castigo de mi soberbia, me ha dejado de su gracia, harto posible es que el más ruin motivo me haya hecho vacilar y caer. Con todo, diré á V. que mi mente, quizás alucinada, lo entiende de muy diversa manera. Será efecto de mi no domada soberbia; pero repito que lo entiendo de otra manera. No acierto á persuadirme de que haya ruindad ni bajeza en el motivo de mi caída. Sobre todos los ensueños de mi juvenil imaginación ha venido á sobreponerse y entronizarse la realidad que en V. he visto; sobre todas mis ninfas, reinas y diosas, V. ha descollado; por cima de mis ideales creaciones, derribadas, rotas, desechas por el amor divino, se levantó en mi alma la imagen fiel, la copia exactísima de la viva hermosura que adorna, que es la esencia de ese cuerpo y de esa alma. Hasta algo de misterioso, de sobrenatural, puede haber intervenido en esto, porque amé á V. desde que la ví, casi antes de que la vie-

ra. Mucho antes de tener conciencia de que la amaba á V., ya la amaba. Se diría que hubo en esto algo de fatídico; que estaba escrito; que era una predestinación.

—Y si es una predestinación, si estaba escrito— interrumpió Pepita,—¿por qué no someterse, por qué resistirse todavía? Sacrifique V. sus propósitos á nuestro amor. ¿Acaso no he sacrificado yo mucho? Ahora mismo, al rogar, al esforzarme por vencer los desdenes de V., ¿no sacrifiqué mi orgullo, mi decoro y mi recato? Yo también creo que amaba á V. antes de verle. Ahora amo á V. con todo mi corazón, y sin V. no hay felicidad para mí. Cierto es que en mi humilde inteligencia no puede V. hallar rivales tan poderosos como yo tengo en la de V. Ni con la mente, ni con la voluntad, ni con el afecto atino á elevarme á Dios inmediatamente. Ni por naturaleza ni por gracia subo ni me atrevo á querer subir á tan encumbradas esferas. Llena está mi alma, sin embargo, de piedad religiosa, y conozco y amo y adoro á Dios; pero sólo veo su omnipotencia y admiro su bondad en las obras que han salido de sus manos. Ni con la imaginación acierto tampoco á forjarme esos ensueños que V. me refiere. Con alguien, no obstante, más bello, entendido, poético y amoroso que los hombres que me han pretendido hasta ahora; con un amante más distinguido y cabal que todos mis adoradores de este lugar y de los lugares vecinos, soñaba yo para que me amara y para que yo le amase y le rindiese mi albedrío. Ese alguien era V. Lo presenté cuando me dijeron que

V. había llegado al lugar; lo reconocí cuando ví á V. por vez primera. Pero como mi imaginación es tan estéril, el retrato que yo de V. me había trazado no valía, ni con mucho, lo que V. vale. Yo también he leído algunas historias y poesías; pero de todos los elementos que de ellas guardaba mi memoria, no logré nunca componer una pintura que no fuese muy inferior en mérito á lo que veo en V. y comprendo en V. desde que le conozco. Así es que estoy rendida y vencida y aniquilada desde el primer día. Si amor es lo que V. dice, si es morir en sí para vivir en el amado, verdadero y legítimo amor es el mío, porque he muerto en mí y sólo vivo en V. y para V. He deseado desechar de mí este amor, creyéndole mal pagado, y no me ha sido posible. He pedido á Dios con mucho fervor que me quite el amor ó me mate, y Dios no ha querido oirme. He rezado á María Santísima para que borre del alma la imagen de V., y el rezo ha sido inútil. He hecho promesas al santo de mi nombre para no pensar en V. sino como él pensaba en su bendita Esposa, y el santo no me ha socorrido. Viendo esto, he tenido la audacia de pedir al cielo que V. se deje vencer, que V. deje de querer ser clérigo, que nazca en su corazón de V. un amor tan profundo como el que hay en mi corazón. Don Luis, dígamelo V. con franqueza, ¿ha sido también sordo el cielo á esta última súplica? ¿O es acaso que para avasallar y rendir un alma pequeña, cuitada y débil como la mía, basta un pequeño amor, y para avasallar la de V., cuando tan altos y fuertes pensamientos la velan y custodian, se

necesita de amor más poderoso, que yo no soy digna de inspirar, ni capaz de compartir, ni hábil para comprender siquiera?

—Pepita—contestó D. Luis,—no es que su alma de V. sea más pequeña que la mía, sino que está libre de compromisos, y la mía no lo está. El amor que V. me ha inspirado es inmenso; pero luchan contra él mi obligación, mis votos, los propósitos de toda mi vida, próximos á realizarse. ¿Por qué no he de decirlo, sin temor de ofender á V.? Si V. logra en mí su amor, V. no se humilla. Si yo cedo á su amor de V., me humillo y me rebajo. Dejo al Creador por la criatura, destruyo la obra de mi constante voluntad, rompo la imagen de Cristo, que estaba en mi pecho, y el hombre nuevo, que á tanta costa había yo formado en mí, desaparece para que el hombre antiguo renazca. ¿Por qué, en vez de bajar yo hasta el suelo, hasta el siglo, hasta la impureza del mundo, que antes he menospreciado, no se eleva V. hasta mí por virtud de ese mismo amor que me tiene, limpiándole de toda escoria? ¿Por qué no nos amamos entonces sin vergüenza y sin pecado y sin mancha? Dios, con el fuego purísimo y refulgente de su amor, penetra las almas santas y las llena por tal arte, que así como un metal que sale de la fragua, sin dejar de ser metal, reluce y deslumbra, y es todo fuego, así las almas se hinchen de Dios, y en todo son Dios, penetradas por donde quiera de Dios, en gracia del amor divino. Estas almas se aman y se gozan entonces, como si amaran y gozaran á Dios, amándole y gozándole, porque Dios son ellas. Su-

bamos, juntos en espíritu, esta mística y difícil escala; asciendan á la par nuestras almas á esta bienaventuranza, que aun en la vida mortal es posible; mas para ello es fuerza que nuestros cuerpos se separen; que yo vaya á donde me llama mi deber, mi promesa y la voz del Altísimo, que dispone de su siervo y le destina al culto de sus altares.

—¡Ay, Sr. D. Luis!—replicó Pepita toda desolada y compungida.—Ahora conozco cuán vil es el metal de que estoy forjada y cuán indigno de que le penetre y mude el fuego divino. Lo declararé todo, desechando hasta la vergüenza. Soy una pecadora infernal. Mi espíritu grosero é inculato no alcanza esas sutilezas, esas distinciones, esos refinamientos de amor. Mi voluntad rebelde se niega á lo que V. propone. Yo ni siquiera concibo á usted sin V. Para mí es V. su boca, sus ojos, sus negros cabellos, que deseo acariciar con mis manos; su dulce voz y el regalado acento de sus palabras, que hieren y encantan materialmente mis oídos; toda su forma corporal, en suma, que me enamora y seduce, y al través de la cual, y sólo al través de la cual se me muestra el espíritu invisible, vago y lleno de misterios. Mi alma, rehacia é incapaz de esos raptos misteriosos, no acertará á seguir á usted nunca á las regiones donde quiere llevarla. Si V. se eleva hasta ellas, yo me quedaré sola, abandonada, sumida en la mayor aflicción. Prefiero morirme. Merezco la muerte; la deseo. Tal vez al morir, desatando ó rompiendo mi alma estas infames cadenas que la detienen, se haga hábil para ese

amor con que V. desea que nos amemos. Máteme V. antes, para que nos amemos así; máteme V. antes y, ya libre mi espíritu, le seguirá por todas las regiones y peregrinará invisible al lado de V., velando su sueño, contemplándole con arrobo, penetrando sus pensamientos más ocultos, viendo en realidad su alma, sin el intermedio de los sentidos. Pero viva, no puede ser. Yo amo en V., no ya sólo el alma, sino el cuerpo, y la sombra del cuerpo, y el reflejo del cuerpo en los espejos y en el agua, y el nombre y el apellido, y la sangre, y todo aquello que le determina como tal D. Luis de Vargas; el metal de la voz, el gesto, el modo de andar y no sé qué más diga. Repitó que es menester matarme. Máteme V. sin compasión. No: yo no soy cristiana, sino idólatra materialista.

Aquí hizo Pepita una larga pausa. D. Luis no sabía qué decir y callaba. El llanto bañaba las mejillas de Pepita, la cual prosiguió sollozando:

—Lo conozco: V. me desprecia y hace bien en despreciarme. Con ese justo desprecio me matará V. mejor que con un puñal, sin que se manche de sangre ni su mano ni su conciencia. Adiós. Voy á librtar á V. de mi presencia odiosa. Adiós para siempre.

Dicho esto, Pepita se levantó de su asiento, y sin volver la cara, inundada de lágrimas, fuera de sí, con precipitados pasos se lanzó hacia la puerta que daba á las habitaciones interiores. D. Luis sintió una invencible ternura, una piedad funesta. Tuvo miedo de que Pepita muriese. La siguió para detenerla, pero no llegó á tiempo. Pepita pasó la

puerta. Su figura se perdió en la obscuridad. Arrastrado D. Luis como por un poder sobrehumano, impulsado como por una mano invisible, penetró en pos de Pepita en la estancia sombría.

El despacho quedó solo.

El baile de los criados debía de haber concluído, pues no se oía el más leve rumor. Sólo sonaba el agua de la fuente del jardincillo.

Ni un leve soplo de viento interrumpía el sosiego de la noche y la serenidad del ambiente. Penetraban por la ventana el perfume de las flores y el resplandor de la luna. Al cabo de un largo rato, D. Luis apareció de nuevo, saliendo de la obscuridad. En su rostro se veía pintado el terror, algo de la desesperación de Judas.

Se dejó caer en una silla; puso ambos puños cerrados en su cara y en sus rodillas ambos codos, y así permaneció más de media hora, sumido sin duda en un mar de reflexiones amargas.

Cualquiera, si le hubiera visto, hubiera sospechado que acababa de asesinar á Pepita.

Pepita, sin embargo, apareció después. Con paso lento, con actitud de profunda melancolía, con el rostro y la mirada inclinados al suelo, llegó hasta cerca de donde estaba D. Luis, y dijo de este modo:

—Ahora, aunque tarde, conozco toda la vileza de mi corazón y toda la iniquidad de mi conducta. Nada tengo que decir en mi abono; mas no quiero que me creas más perversa de lo que soy. Mi-

ra, no pienses que ha habido en mí artificio, ni cálculo, ni plan para perderte. Sí, ha sido una maldad atroz, pero instintiva; una maldad inspirada quizá por el espíritu del infierno, que me posee. No te desesperes ni te aflijas, por amor de Dios. De nada eres responsable. Ha sido un delirio: la enajenación mental se apoderó de tu noble alma. No es en tí el pecado sino muy leve. En mí es grave, horrible, vergonzoso. Ahora te merezco menos que nunca. Vete: yo soy ahora quien te pide que te vayas. Vete: haz penitencia. Dios te perdonará. Vete: que un sacerdote te absuelva. Limpio de nuevo de culpa, cumple tu voluntad y sé ministro del Altísimo. Con tu vida trabajosa y santa no sólo borrarás hasta las últimas señales de esta caída, sino que, después de perdonarme el mal que te he hecho, conseguirás del cielo mi perdón. No hay lazo alguno que conmigo te ligue; y si le hay, yo le desato ó le rompo. Eres libre. Básteme el haber hecho caer por sorpresa al lucero de la mañana; no quiero, ni debo, ni puedo retenerle cautivo. Lo adivino, lo infiero de tu ademán, lo veo con evidencia; ahora me desprecias más que antes, y tienes razón en despreciarme. No hay honra, ni virtud, ni vergüenza en mí.

Al decir esto, Pepita hincó en tierra ambas rodillas, y se inclinó luego hasta tocar con la frente el suelo del despacho. D. Luis siguió en la misma postura que antes tenía. Así estuvieron los dos algunos minutos en desesperado silencio.

Con voz ahogada, sin levantar la faz de la tierra, prosiguió al cabo Pepita:

—Vete ya, D. Luis, y no por una piedad afrentosa permanezcas más tiempo al lado de esta mujer miserable. Yo tendré valor para sufrir tu desvío, tu olvido y hasta tu desprecio, que tengo tan merecido. Seré siempre tu esclava, pero lejos de tí, muy lejos de tí, para no traerte á la memoria la infamia de esta noche.

Los gemidos sofocaron la voz de Pepita al terminar estas palabras.

D. Luis no pudo más. Se puso en pie, llegó donde estaba Pepita y la levantó entre sus brazos, estrechándola contra su corazón, apartando blandamente de su cara los rubios rizos que en desorden caían sobre ella, y cubriéndola de apasionados besos.

—Alma mía—dijo por último D. Luis,—vida de mi alma, prenda querida de mi corazón, luz de mis ojos, levanta la abatida frente y no te prosternes más delante de mí. El pecador, el flaco de voluntad, el miserable, el sandío y el ridículo soy yo, que no tú. Los ángeles y los demonios deben reirse igualmente de mí y no tomarme por lo serio. He sido un santo postizo, que no he sabido resistir y desengañarte desde el principio, como hubiera sido justo, y ahora no acierto tampoco á ser un caballero, un galán, un amante fino, que sabe agradecer en cuanto valen los favores de su dama. No comprendo qué viste en mí para prendarte de ese modo. Jamás hubo en mí virtud sólida, sino hojarasca y pedantería de colegial, que había leído los libros devotos como quien lee novelas, y con ellos se había forjado su novela necia de misiones

y contemplaciones. Si hubiera habido virtud sólida en mí, con tiempo te hubiera desengañado y no hubiéramos pecado ni tú ni yo. La verdadera virtud no cae tan fácilmente. Á pesar de toda tu hermosura, á pesar de tu talento, á pesar de tu amor hacia mí, no, yo no hubiera caído, si en realidad hubiera sido virtuoso, si hubiera tenido una vocación verdadera. Dios, que todo lo puede, me hubiera dado su gracia. Un milagro, sin duda, algo de sobrenatural se requería para resistir á tu amor; pero Dios hubiera hecho el milagro si yo hubiera sido digno objeto y bastante razón para que le hiciera. Haces mal en aconsejarme que sea sacerdote. Reconozco mi indignidad. No era más que orgullo lo que me movía. Era una ambición mundana como otra cualquiera. ¡Qué digo, como otra cualquiera! Era peor: era una ambición hipócrita, sacrílega, simoniaca.

—No te juzgues con tal dureza—replicó Pepita, ya más serena y sonriendo á través de las lágrimas.—No deseo que te juzgues así, ni para que no me halles tan indigna de ser tu compañera; pero quiero que me elijas por amor, libremente, no para reparar una falta, no porque has caído en un lazo que pérfidamente puedes sospechar que te he tendido. Vete si no me amas, si sospechas de mí, si no me estimas. No exhalarán mis labios una queja si para siempre me abandonas y no vuelves á acordarte de mí.

La contestación de D. Luis no cabía ya en el estrecho y mezquino tejido del lenguaje humano. D. Luis rompió el hilo del discurso de Pepita se-

llando los labios de ella con los suyos y abrazándola de nuevo.

Bastante más tarde, con previas toses y resonar de pies, entró Antoñona en el despacho diciendo: —¡Vaya una plática larga! Este sermón que ha predicado el colegial no ha sido el de las siete palabras, sino que ha estado á punto de ser el de las cuarenta horas. Tiempo es ya de que te vayas, D. Luis. Son cerca de las dos de la mañana.

—Bien está—dijo Pepita,—se irá al momento.

Antoñona volvió á salir del despacho y aguardó fuera.

Pepita estaba transformada. Las alegrías que no había tenido en su niñez, el gozo y el contento de que no había gustado en los primeros años de su juventud, la bulliciosa actividad y travesura que una madre adusta y un marido viejo habían contenido y como represado en ella hasta entonces, se diría que brotaron de repente en su alma, como retoñan las hojas verdes de los árboles cuando las nieves y los hielos de un invierno riguroso y dilatado han retardado su germinación.

Una señora de ciudad, que conoce lo que llamamos *conveniencias sociales*, hallará extraño y hasta censurable lo que voy á decir de Pepita; pero Pepita, aunque elegante de suyo, era una criatura muy á lo natural, y en quien no cabían la compostura disimulada y toda la circunspección que en el gran mundo se estilan. Así es que, vencidos los obstáculos que se oponían á su dicha,

viendo ya rendido á D. Luis, teniendo su promesa espontánea de que la tomaría por mujer legítima, y creyéndose con razón amada, adorada, de aquél á quien amaba y adoraba tanto, brincaba y reía y daba otras muestras de júbilo, que, en medio de todo, tenían mucho de infantil y de inocente.

Era menester que D. Luis partiera. Pepita fué por un peine y le alisó con amor los cabellos, besándoselos después.

Pepita le hizo mejor el lazo de la corbata.

—Adiós, dueño amado—le dijo.—Adiós, dulce rey de mi alma. Yo se lo diré todo á tu padre si tú no quieres atreverte. Él es bueno y nos perdonará.

Al cabo los dos amantes se separaron.

Cuando Pepita se vió sola, su bulliciosa alegría se disipó, y su rostro tomó una expresión grave y pensativa.

Pepita pensó dos cosas igualmente serias: una de interés mundano; otra de más elevado interés. Lo primero en que pensó fué en que su conducta de aquella noche, pasada la embriaguez del amor, pudiera perjudicarle en el concepto de D. Luis. Pero hizo severo examen de conciencia, y, reconociendo que ella no había puesto ni malicia ni premeditación en nada, y que cuanto hizo nació de un amor irresistible y de nobles impulsos, consideró que D. Luis no podía menospreciarla nunca, y se tranquilizó por este lado. No obstante,

aunque su confesión candorosa de que no entendía el mero amor de los espíritus, y aunque su fuga á lo interior de la alcoba sombría habían sido obra del instinto más inocente, sin prever los resultados, Pepita no se negaba que había pecado después contra Dios, y en este punto no hallaba disculpa. Encomendóse, pues, de todo corazón á la Virgen para que la perdonase; hizo promesa á la imagen de la Soledad, que había en el convento de monjas, de comprar siete lindas espadas de oro, de sutil y prolija labor, con que adornar su pecho, y determinó ir á confesarse al día siguiente con el Vicario y someterse á la más dura penitencia que le impusiera para merecer la absolución de aquellos pecados, merced á los cuales venció la terquedad de D. Luis, quien, de lo contrario, hubiera llegado á ser cura, sin remedio.

Mientras Pepita discurría así allá en su mente, y resolvía con tanto tino sus negocios del alma, D. Luis bajó hasta el zaguán acompañado por Antoñona.

Antes de despedirse, dijo D. Luis sin preparación ni rodeos:

—Antoñona, tú, que lo sabes todo, dime quién es el Conde de Genazahar y qué clase de relaciones ha tenido con tu ama.

—Temprano empiezas á mostrarte celoso.

—No son celos: es curiosidad solamente.

—Mejor es así. Nada más fastidioso que los celos. Voy á satisfacer tu curiosidad. Ese Conde está bastante tronado. Es un perdido, jugador y mala cabeza; pero tiene más vanidad que D. Rodri-

go en la horca. Se empeñó en que mi niña le quisiera y se casase con él, y como la niña le ha dado mil veces calabazas, está que trina. Esto no impide que se guarde por allá más de mil duros, que hace años le prestó D. Gumersindo, sin más hipoteca que un papelucho, por culpa y á ruegos de Pepita, que es mejor que el pan. El tonto del Conde creyó, sin duda, que Pepita, que fué tan buena de casada, que hizo que le diesen dinero, había de ser de viuda tan rebuena para él, que le había de tomar por marido. Vino después el desengaño con la furia consiguiente.

—Adiós, Antoñona—dijo D. Luis,—y se salió á la calle, silenciosa ya y sombría.

Las luces de las tiendas y puestos de la feria se habían apagado y la gente se retiraba á dormir, salvo los amos de las tiendas de juguetes y otros pobres buhoneros, que dormían al sereno al lado de sus mercancías.

En algunas rejas seguían aún varios embozados, pertinaces é incansables, pelando la pava con sus novias. La mayoría había desaparecido ya.

En la calle, lejos de la vista de Antoñona, Don Luis dió rienda suelta á sus pensamientos. Su resolución estaba tomada, y todo acudía á su mente á confirmar su resolución. La sinceridad y el ardor de la pasión que había inspirado á Pepita; su hermosura; la gracia juvenil de su cuerpo y la lozanía primaveral de su alma, se le presentaban en la imaginación y le hacían dichoso.

Con cierta mortificación de la vanidad reflexionaba, no obstante, D. Luis en el cambio que en

él se había obrado. ¿Qué pensaría el Deán? ¿Qué espanto no sería el del Obispo? Y sobre todo, ¿qué motivo tan grave de queja no había dado D. Luis á su padre? Su disgusto, su cólera cuando supiese el compromiso que ligaba á Luis con Pepita, se ofrecían al ánimo de D. Luis y le inquietaban sobremanera.

En cuanto á lo que él llamaba su caída antes de caer, fuerza es confesar que le parecía poco honda y poco espantosa después de haber caído. Su misticismo, bien estudiado con la nueva luz que acababa de adquirir, se le antojó que no había tenido ser ni consistencia; que había sido un producto artificial y vano de sus lecturas, de su petulancia de muchacho y de sus ternuras sin objeto de colegial inocente. Cuando recordaba que á veces había creído recibir favores y regalos sobrenaturales, y había oído susurros místicos, y había estado en conversación interior, y casi había empezado á caminar por la vía unitiva, llegando á la oración de quietud, penetrando en el abismo del alma y subiendo al ápice de la mente, D. Luis se sonreía y sospechaba que no había estado por completo en su juicio. Todo había sido presunción suya. Ni él había hecho penitencia, ni él había vivido largos años en contemplación, ni él tenía ni había tenido merecimientos bastantes para que Dios le favoreciese con distinciones tan altas. La mayor prueba que se daba á sí propio de todo esto, la mayor seguridad de que los regalos sobrenaturales de que había gozado eran sofisticos, eran simples recuerdos de los autores que leía, na-

cía de que nada de eso había deleitado tanto su alma como un *te amo* de Pepita, como el toque delicadísimo de una mano de Pepita jugando con los negros rizos de su cabeza.

D. Luis apelaba á otro género de humildad cristiana para justificar á sus ojos lo que ya no quería llamar caída, sino cambio. Se confesaba indigno de ser sacerdote, y se allanaba á ser lego, casado, vulgar, un buen lugareño cualquiera, cuidando de las viñas y los olivos, criando á sus hijos, pues ya los deseaba, y siendo modelo de maridos al lado de su Pepita.

Aquí vuelvo yo, como responsable que soy de la publicación y divulgación de esta historia, á creermé en la necesidad de interpolar varias reflexiones y aclaraciones de mi cosecha.

Dije al empezar que me inclinaba á creer que esta parte narrativa ó *Paralipómenos* era obra del señor Deán, á fin de completar el cuadro y acabar de relatar los sucesos que las cartas no relatan; pero entonces aún no había yo leído con detención el manuscrito. Ahora, al notar la libertad con que se tratan ciertas materias y la manga ancha que tiene el autor para algunos deslices, dudo de que el señor Deán, cuya rigidez sé de buena tinta, haya gastado la de su tintero en escribir lo que el lector habrá leído. Sin embargo, no hay bastante razón para negar que sea el señor Deán el autor de los *Paralipómenos*.

La duda queda en pie, porque en el fondo nada

hay en ellos que se oponga á la verdad católica ni á la moral cristiana. Por el contrario, si bien se examina, se verá que sale de todo una lección contra los orgullosos y soberbios, con ejemplar escarmiento en la persona de D. Luis. Esta historia pudiera servir sin dificultad de apéndice á los *Desengaños místicos* del P. Arbiol.

En cuanto á lo que sostienen dos ó tres amigos míos discretos, de que el señor Deán, á ser el autor, hubiera referido los sucesos de otro modo, diciendo *mi sobrino* al hablar de D. Luis, y poniendo sus consideraciones morales de vez en cuando, no creo que es argumento de gran valer. El señor Deán se propuso contar lo ocurrido y no probar ninguna tesis, y anduvo atinado en no meterse en dibujos y en no sacar moralejas. Tampoco hizo mal, en mi sentir, en ocultar su personalidad y en no mentar su *yo*, lo cual no sólo demuestra su humildad y modestia, sino buen gusto literario, porque los poetas épicos y los historiadores, que deben servir de modelo, no dicen yo aunque hablen de ellos mismos y ellos mismos sean héroes y actores de los casos que cuentan. Jenofonte Ateniese, pongo por caso, no dice yo en su *Anábasis*, sino se nombra en tercera persona cuando es menester, como si fuera uno el que escribió y otro el que ejecutó aquellas hazañas. Y aun así, pasan no pocos capítulos de la obra sin que aparezca Jenofonte. Sólo poco antes de darse la famosa batalla en que murió el joven Ciro, revistando este príncipe á los griegos y bárbaros que formaban su ejército, y estando ya cerca el de su hermano Artajer-

jes, que había sido visto desde muy lejos, en la extensa llanura sin árboles, primero como nubecilla blanca, luego como mancha negra, y, por último, con claridad y distinción, oyéndose el relinchar de los caballos, el rechinar de los carros de guerra, armados de truculentas hoces, el gruñir de los elefantes y el son de los instrumentos bélicos, y viéndose el resplandor del bronce y del oro de las armas iluminadas por el sol; sólo en aquel instante, digo, y no de antemano, se muestra Jenofonte y habla con Ciro, saliendo de las filas y explicándole el murmullo que corría entre los griegos, el cual no era otro que lo que llamamos *santo y seña* en el día, y que fué en aquella ocasión *Júpiter salvador y Victoria*. El señor Deán, que era un hombre de gusto y muy versado en los clásicos, no había de incurrir en el error de ingerirse y entremetarse en la historia á título de tío y ayo del héroe, y de moler al lector saliendo á cada paso un tanto difícil y resbaladizo con un *párate ahl*, con un *¿qué haces? mira no te caigas, desventurado!* ó con otras advertencias por el estilo. No chistar tampoco, ni oponerse en alguna manera, hallándose presente, al menos en espíritu, sentaba mal en algunos de los lances que van referidos. Por todo lo cual, á no dudarlo, el señor Deán, con la mucha discreción que le era propia, pudo escribir estos *Paralipómenos*, sin dar la cara, como si dijéramos. Lo que sí hizo fué poner glosas y comentarios de provechosa edificación, cuando tal ó cual pasaje lo requería; pero yo los suprimo aquí, porque no están en moda las novelas anotadas ó glo-

sadas, y porque sería voluminosa esta obrilla si se imprimiese con los mencionados requisitos.

Pondré, no obstante, en este lugar, como única excepción, é incluyéndola en el texto, la nota del señor Deán sobre la rápida transformación de Don Luis de místico en no místico. Es curiosa la nota, y derrama mucha luz sobre todo.

—Esta mudanza de mi sobrino—dice,—no me ha dado chasco. Yo la preveía desde que me escribió las primeras cartas. Luisito me alucinó al principio. Pensé que tenía una verdadera vocación, pero luego caí en la cuenta de que era un vano espíritu poético; el misticismo fué la máquina de sus poemas, hasta que se presentó otra máquina más adecuada.

¡Alabado sea Dios, que ha querido que el desengaño de Luisito llegue á tiempo! ¡Mal clérigo hubiera sido si no acude tan en sazón Pepita Jiménez! Hasta su impaciencia de alcanzar la perfección de un brinco hubiera debido darme mala espina, si el cariño de tío no me hubiera cegado. Pues qué, ¿los favores del cielo se consiguen en seguida? ¿No hay más que llegar y triunfar? Contaba un amigo mío, marino, que cuando estuvo en ciertas ciudades de América era muy mozo y pretendía á las damas con sobrada precipitación, y que ellas le decían con un tonillo lánguido americano:—¡Apenas llega y ya quiere!... ¡Haga méritos si puede!—Si esto pudieron decir aquellas señoras, ¿qué no dirá el cielo á los audaces que pretenden escalarle sin méritos y en un abrir y cerrar de ojos? Mucho hay que afanarse, mucha purifi-

cación se necesita, mucha penitencia se requiere para empezar á estar bien con Dios y á gozar de sus regalos. Hasta en las vanas y falsas filosofías, que tienen algo de místico, no hay don ni favor sobrenatural, sin poderoso esfuerzo y costoso sacrificio. Jámblico no tuvo poder para evocar á los genios del amor y hacerlos salir de la fuente de Edgábara, sin haberse antes quemado las cejas á fuerza de estudio y sin haberse maltratado el cuerpo con privaciones y abstinencias. Apolonio de Tiana se supone que se maceró de lo lindo antes de hacer sus falsos milagros. Y en nuestros días, los krausistas, que ven á Dios, según aseguran, con vista real, tienen que leerse y aprenderse antes muy bien toda la *Analtica* de Sanz del Río, lo cual es más dificultoso y prueba más paciencia y sufrimiento que abrirse las carnes á azotes y ponérselas como una breva madura. Mi sobrino quiso de bóbilis-bóbilis ser un varón perfecto, y... ¡vean Vds. en lo que ha venido á parar! Lo que importa ahora es que sea un buen casado, y que, ya que no sirve para grandes cosas, sirva para lo pequeño y doméstico, haciendo feliz á esa muchacha, que al fin no tiene otra culpa que la de haberse enamorado de él como una loca, con un candor y un ímpetu selváticos.

Hasta aquí la nota del señor Deán, escrita con desenfado íntimo, como para él solo, pues bien ajeno estaba el pobre de que yo había de jugarle la mala pasada de darla al público.

Sigamos ahora la narración.

D. Luis, en medio de la calle á las dos de la noche, iba discurriendo, como ya hemos dicho, en que su vida, que hasta allí había él soñado con que fuese digna de la *Leyenda áurea*, se convirtiese en un suavísimo y perpetuo idilio. No había sabido resistir las asechanzas del amor terrenal; no había sido como un sinnúmero de santos, y entre ellos San Vicente Ferrer, con cierta lasciva señora valenciana; pero tampoco era igual el caso; y si el salir huyendo de aquella daífa endemoniada fué en San Vicente un acto de virtud heroica, en él hubiera sido el salir huyendo del rendimiento, del candor y de la mansedumbre de Pepita, algo de tan monstruoso y sin entrañas, como si cuando Ruth se acostó á los pies de Booz, diciéndole: *Soy tu esclava; extiende tu capa sobre tu sierva*, Booz le hubiera dado un puntapié y la hubiera mandado á paseo. D. Luis, cuando Pepita se le rendía, tuvo, pues, que imitar á Booz y exclamar: *Hija, bendita seas del Señor, que has excedido tu primera bondad con ésta de ahora*. Así se disculpaba D. Luis de no haber imitado á San Vicente y á otros santos no menos ariscos. En cuanto al mal éxito que tuvo la proyectada imitación de San Eduardo, también trataba de cohonestarle y disculparle. San Eduardo se casó por razón de Estado, porque los grandes del reino lo exigían, y sin inclinación hacia la reina Edita; pero en él y en Pepita Jiménez no había razón de Estado, ni grandes ni pequeños, sino amor finísimo de ambas partes.

De todos modos, no se negaba D. Luis, y esto

prestaba á su contento un leve tinte de melancolía que había destruído su ideal, que había sido vencido. Los que jamás tienen ni tuvieron ideal alguno no se apuran por esto; pero D. Luis se apuraba. D. Luis pensó desde luego en sustituir el antiguo y encumbrado ideal con otro más humilde y fácil. Y si bien recordó á D. Quijote, cuando, vencido por el caballero de la Blanca Luna, decidió hacerse pastor, maldito el efecto que le hizo la burla, sino que pensó en renovar con Pepita Jiménez, en nuestra edad prosáica y descreída, la edad venturosa y el piadosísimo ejemplo de Filemón y de Baucis, tejiendo un dechado de vida patriarcal en aquellos campos amenos; fundando en el lugar que le vió nacer un hogar doméstico, lleno de religión, que fuese á la vez asilo de menesterosos, centro de cultura y de amistosa convivencia, y limpio espejo donde pudieran mirarse las familias; y uniendo, por último, el amor conyugal con el amor de Dios para que Dios santificase y visitase la morada de ellos, haciéndola como templo, donde los dos fuesen ministros y sacerdotes, hasta que dispusiese el cielo llevarse-los juntos á mejor vida.

Al logro de todo ello se oponían dos dificultades que era menester allanar antes, y D. Luis se preparaba á allanarlas.

Era una el disgusto, quizás el enojo de su padre, á quien había defraudado en sus más caras esperanzas. Era la otra dificultad de muy diversa índole y en cierto modo más grave.

D. Luis, cuando iba á ser clérigo, estuvo en su

papel no defendiendo á Pepita de los groseros insultos del Conde de Genazahar, sino con discursos morales, y no tomando venganza de la mofa y desprecio con que tales discursos fueron oídos; pero, ahorcados ya los hábitos y teniendo que declarar en seguida que Pepita era su novia y que iba á casarse con ella, D. Luis, á pesar de su carácter pacífico, de sus ensueños de humana ternura y de las creencias religiosas que en su alma quedaban íntegras y que repugnaban todo medio violento, no acertaba á compaginar con su dignidad el abstenerse de romper la crisma al Conde desvergonzado. De sobra sabía que el duelo es usanza bárbara; que Pepita no necesitaba de la sangre del Conde para quedar limpia de todas las manchas de la calumnia, y hasta que el mismo Conde, por mal criado y por bruto, y no porque lo creyese ni quizás por un rencor desmedido, había dicho tanto denuesto. Sin embargo, á pesar de todas estas reflexiones, D. Luis conocía que no se sufriría á sí propio durante toda su vida, y que, por consiguiente, no llegaría á hacer nunca á gusto el papel de Filemón, si no empezaba por hacer el de Fierabrás, dando al Conde su merecido, si bien pidiendo á Dios que no le volviese á poner en otra ocasión semejante.

Decidido, pues, al lance, resolvió llevarle á cabo en seguida. Y pareciéndole feo y ridículo enviar padrinos y hacer que trajesen en boca el honor de Pepita, halló lo más razonable buscar camorra con cualquier otro pretexto.

Supuso además que el Conde, forastero y vicio-

so jugador, sería muy posible que estuviese aún en el casino hecho un tahir, á pesar de lo avanzado de la noche, y D. Luis se fué derecho al casino.

El casino permanecía abierto, pero las luces del patio y de los salones estaban casi todas apagadas. Sólo en un salón había luz. Allí se dirigió D. Luis, y desde la puerta vió al Conde de Genazahar, que jugaba al monte, haciendo de banquero. Cinco personas nada más apuntaban: dos eran forasteros como el Conde; las otras tres eran el capitán de caballería encargado de la remonta, Currito y el médico. No podían disponerse las cosas más al intento de D. Luis. Sin ser visto, por lo asustados que estaban en el juego, D. Luis los vió, y apenas los vió, volvió á salir del casino, y se fué rápidamente á su casa. Abrió un criado la puerta; preguntó D. Luis por su padre, y sabiendo que dormía, para que no le sintiera ni se despertara, subió D. Luis de puntillas á su cuarto con una luz, recogió unos tres mil reales que tenía de su peculio, en oro, y se los guardó en el bolsillo. Dijo después al criado que le volviese á abrir, y se fué al casino otra vez.

Entonces entró D. Luis en el salón donde jugaban, dando taconazos recios, con estruendo y con aire de taco, como suele decirse. Los jugadores se quedaron pasmados al verle.

—Tú por aquí á estas horas!—dijo Currito.

—¿De dónde sale V., curita?—dijo el médico.

—¿Viene V. á echarme otro sermón?—exclamó el Conde.

—Nada de sermones—contestó D. Luis con mucha calma.—El mal efecto que surtió el último que prediqué me ha probado con evidencia que Dios no me llama por ese camino, y ya he elegido otro. V., señor Conde, ha hecho mi conversión. He ahorcado los hábitos; quiero divertirme, estoy en la flor de la mocedad y quiero gozar de ella.

—Vamos, me alegro—interrumpió el Conde;—pero cuidado, niño, que si la flor es delicada, puede marchitarse y deshojarse temprano.

—Ya de eso cuidaré yo—replicó D. Luis.—Veo que se juega. Me siento inspirado. V. talla. ¿Sabe V., señor Conde, que tendría chiste que yo le desbancase?

—Tendría chiste, ¿eh? ¡V. ha cenado fuerte!

—He cenado lo que me ha dado la gana.

—Respondonzuelo se va haciendo el mocito.

—Me hago lo que quiero.

—Voto va...—dijo el Conde; y ya se sentía venir la tempestad, cuando el capitán se interpuso y la paz se restableció por completo.

—Ea—dijo el Conde, sosegado y afable,—desembaule V. los dinerillos y pruebe fortuna.

D. Luis se sentó á la mesa y sacó del bolsillo todo su oro. Su vista acabó de serenar al Conde, porque casi excedía aquella suma á la que tenía él de banca, y ya imaginaba que iba á ganársela al novato.

—No hay que calentarse mucho la cabeza en este juego—dijo D. Luis.—Ya me parece que le entiendo. Pongo dinero á una carta, y si sale la carta, gano, y si sale la contraria, gana V.

—Así es, amiguito; tiene V. un entendimiento macho.

—Pues lo mejor es que no tengo sólo macho el entendimiento, sino también la voluntad; y con todo, en el conjunto, disto bastante de ser un macho, como hay tantos por ahí.

—¡Vaya si viene V. parlanchín y si saca alicantinas!

D. Luis se calló: jugó unas cuantas veces, y tuvo tan buena fortuna, que ganó casi siempre.

El Conde comenzó á cargarse.

—¿Si me desplumaré el niño?—dijo.—Dios protege la inocencia.

Mientras que el Conde se amostazaba, D. Luis sintió cansancio y fastidio y quiso acabar de una vez.

—El fin de todo esto—dijo,—es ver si yo me llevo esos dineros ó si V. se lleva los míos. ¿No es verdad, señor Conde?

—Es verdad.

—Pues ¿para qué hemos de estar aquí en vela toda la noche? Ya va siendo tarde, y, siguiendo su consejo de V., debo recogerme para que la flor de mi mocedad no se marchite.

—¿Qué es eso? ¿Se quiere V. largar? ¿Quiere V. tomar el olivo?

—Yo no quiero tomar olivo ninguno. Al contrario. Curro, dime tú: aquí, en este montón de dinero, ¿no hay ya más que en la banca?

Currito miró, y contestó:

—Es indudable.

—¿Cómo explicaré—preguntó D. Luis,—que

juego en un golpe cuanto hay en la banca contra otro tanto?

—Eso se explica—respondió Currito,—diciendo: ¡copo!

—Pues, copo—dijo D. Luis dirigiéndose al Conde:—va el copo y la red en este rey de espadas, cuyo compañero hará de seguro su epifanía antes que su enemigo el tres.

El Conde, que tenía todo su capital mueble en la banca, se asustó al verle comprometido de aquella suerte; pero no tuvo más que aceptar.

Es sentencia del vulgo que los afortunados en amores son desgraciados al juego; pero más cierta parece la contraria afirmación. Cuando acude la buena dicha, acude para todo, y lo mismo cuando la desdicha acude.

El Conde fué tirando cartas, y no salía ningún tres. Su emoción era grande, por más que lo disimulaba. Por último, descubrió por la pinta el rey de copas y se detuvo.

—Tire V.—dijo el capitán.

—No hay para qué. El rey de copas. ¡Maldito sea! El curita me ha desplumado. Recoja V. el dinero.

El Conde echó con rabia la baraja sobre la mesa.

D. Luis recogió todo el dinero con indiferencia y reposo.

Después de un corto silencio habló el Conde:

—Curita, es menester que me dé V. el desquite.

—No veo la necesidad.

—¡Me parece que entre caballeros!...

—Por esa regla el juego no tiene término—ob-

servó D. Luis;—por esa regla lo mejor sería ahorrar el trabajo de jugar.

—Deme V. el desquite,—replicó el Conde, sin atender á razones.

—Sea—dijo D. Luis:—quiero ser generoso.

El Conde volvió á tomar la baraja y se dispuso á echar nueva talla.

—Alto ahí—dijo D. Luis:—entendámonos antes. ¿Dónde está el dinero de la nueva banca de usted?

El Conde se quedó turbado y confuso.

—Aquí no tengo dinero—contestó;—pero me parece que sobra con mi palabra.

D. Luis entonces con acento grave y reposado dijo:

—Señor Conde, yo no tendría inconveniente en fiarme de la palabra de un caballero y en llegar á ser su acreedor, si no temiese perder su amistad que casi voy ya conquistando; pero desde que ví esta mañana la crueldad con que trató V. á ciertos amigos míos, que son sus acreedores, no quiero hacerme culpado para con V. del mismo delito. No faltaba más sino que yo voluntariamente incurriese en el enojo de V. prestándole dinero, que no me pagaría, como no ha pagado, sino con injurias, el que debe á Pepita Jiménez.

Por lo mismo que el hecho era cierto, la ofensa fué mayor. El Conde se puso lívido de cólera, y ya de pie, pronto á venir á las manos con el colegial, dijo con voz alterada:

—¡Mientes, deslenguado! ¡Voy á deshacerte entre mis manos, hijo de la grandísima!...

Esta última injuria, que recordaba á D. Luis la falta de su nacimiento, y caía sobre el honor de la persona cuya memoria le era más querida y respetada, no acabó de formularse, no acabó de llegar á sus oídos.

D. Luis por encima de la mesa, que estaba entre él y el Conde, con agilidad asombrosa y con tino y fuerza, tendió el brazo derecho, armado de un junco ó bastoncillo flexible y cimbreante, y cruzó la cara de su enemigo, levantándole al punto un verdugón amoratado.

No hubo ni grito ni denuesto ni alboroto posterior. Cuando empiezan las manos suelen callar las lenguas. El Conde iba á lanzarse sobre D. Luis para destrozarle si podía; pero la opinión había dado una gran vuelta desde aquella mañana, y entonces estaba en favor de D. Luis. El capitán, el médico y hasta Curríto, ya con más ánimo, contuvieron al Conde, que pugnaba y forcejeaba ferozmente por desasirse.

—Dejadme libre, dejadme que le mate,—decía.

—Yo no trato de evitar un duelo—dijo el capitán;—el duelo es inevitable. Trato sólo de que no luchéis aquí como dos ganapanes. Faltaría á mi decoro si presenciase tal lucha.

—Que vengan armas—dijo el Conde:—no quiero retardar el lance ni un minuto... En el acto... aquí.

—¿Queréis reñir al sable?—dijo el capitán.

—Bien está,—respondió D. Luis.

—Vengan los sables,—dijo el Conde.

Todos hablaban en voz baja para que no se

oyese nada en la calle. Los mismos criados del casino, que dormían en sillas, en la cocina y en el patio, no llegaron á despertar.

D. Luis eligió para testigos al capitán y á Curríto. El Conde á los dos forasteros. El médico quedó para hacer su oficio, y enarboló la bandera de la Cruz Roja.

Era todavía de noche. Se convino en hacer campo de batalla de aquel salón, cerrando antes la puerta.

El capitán fué á su casa por los sables y los trajo al momento debajo de la capa que para ocultarlos se puso.

Ya sabemos que D. Luis no había empuñado en su vida un arma. Por fortuna, el Conde no era mucho más diestro en la esgrima, aunque nunca había estudiado teología ni pensado en ser clérigo.

Las condiciones del duelo se redujeron á que, una vez el sable en la mano, cada uno de los dos combatientes hiciese lo que Dios le diera á entender.

Se cerró la puerta de la sala.

Las mesas y las sillas se apartaron en un rincón para despejar el terreno. Las luces se colocaron de un modo conveniente. D. Luis y el Conde se quitaron levitas y chalecos, quedaron en mangas de camisa y tomaron las armas. Se hicieron á un lado los testigos. Á una señal del capitán, empezó el combate.

Entre dos personas que no sabían parar ni defenderse, la lucha debía ser brevísima, y lo fué.

La furia del Conde, retenida por algunos minutos, estalló y le cegó. Era robusto; tenía unos puños de hierro, y sacudía con el sable una lluvia de tajos sin orden ni concierto. Cuatro veces tocó á D. Luis, por fortuna siempre de plano. Lastimó sus hombros, pero no le hirió. Menester fué de todo el vigor del joven teólogo para no caer derribado á los tremendos golpes y con el dolor de las contusiones. Todavía tocó el Conde por quinta vez á D. Luis, y le dió en el brazo izquierdo. Aquí la herida fué de filo, aunque de soslayo. La sangre de D. Luis empezó á correr en abundancia: lejos de contenerse un poco, el Conde arremetió con más ira para herir de nuevo; casi se metió bajo el sable de D. Luis. Éste, en vez de prepararse á parar, dejó caer el sable con brío y acertó con una cuchillada en la cabeza del Conde. La sangre salió con ímpetu, y se extendió por la frente y corrió sobre los ojos. Aturdido por el golpe, dió el Conde con su cuerpo en el suelo.

Toda la batalla fué negocio de algunos segundos.

D. Luis había estado sereno, como un filósofo estóico, á quien la dura ley de la necesidad obliga á ponerse en semejante conflicto, tan contrario á sus costumbres y modo de pensar; pero no bien miró á su contrario por tierra, bañado en sangre y como muerto, D. Luis sintió una angustia grandísima y temió que le diese una congoja. Él, que no se creía capaz de matar un gorrión, acaso acababa de matar á un hombre. Él, que aún estaba resuelto á ser sacerdote, á ser misionero, á ser mi-

nistro y nuncio del Evangelio hacía cinco ó seis horas, había cometido ó se acusaba de haber cometido en nada de tiempo todos los delitos, y de haber infringido todos los mandamientos de la ley de Dios. No había quedado pecado mortal de que no se contaminase. Sus propósitos de santidad heroica y perfecta se habían desvanecido primero. Sus propósitos de una santidad más fácil, cómoda y *burguesa*, se desvanecían después. El diablo desbarataba sus planes. Se le antojaba que ni siquiera podía ya ser un Filemón cristiano, pues no era buen principio para el idilio perpetuo el de rasgar la cabeza al prójimo de un sablazo.

El estado de D. Luis, después de las agitaciones de todo aquel día, era el de un hombre que tiene fiebre cerebral.

Currito y el capitán, cada uno de un lado, le agarraron y llevaron á su casa.

D. Pedro de Vargas se levantó sobresaltado cuando le dijeron que venía su hijo herido. Acudió á verle; examinó las contusiones y la herida del brazo, y vió que no eran de cuidado; pero puso el grito en el cielo diciendo que iba á tomar venganza de aquella ofensa, y no se tranquilizó hasta que supo el lance, y que D. Luis había sabido tomar venganza por sí, á pesar de su teología.

El médico vino poco después á curar á D. Luis, y pronosticó que en tres ó cuatro días estaría Don Luis para salir á la calle, como si tal cosa. El Con-

de, en cambio, tenía para meses. Su vida, sin embargo, no corría peligro. Había vuelto de su desmayo, y había pedido que le llevaran á su pueblo, que no dista más que una legua del lugar en que pasaron estos sucesos. Habían buscado un carricoche de alquiler y le habían llevado, yendo en su compañía su criado y los dos forasteros que le sirvieron de testigos.

Á los cuatro días del lance se cumplieron, en efecto, los pronósticos del doctor, y D. Luis, aunque magullado de los golpes y con la herida abierta aún, estuvo en estado de salir, y prometiendo un restablecimiento completo en plazo muy breve.

El primer deber que D. Luis creyó que necesitaba cumplir, no bien le dieron de alta, fué confesar á su padre sus amores con Pepita, y declararle su intención de casarse con ella.

D. Pedro no había ido al campo ni se había empleado sino en cuidar á su hijo durante la enfermedad. Casi siempre estaba á su lado acompañándole y mimándole con singular cariño.

En la mañana del día 27 de junio, después de irse el médico, D. Pedro quedó solo con su hijo, y entonces la tan difícil confesión para D. Luis tuvo lugar del modo siguiente:

—Padre mío—dijo D. Luis;—yo no debo seguir engañando á V. por más tiempo. Hoy voy á confesar á V. mis faltas y á desechar la hipocresía.

—Muchacho, si es confesión lo que vas á hacer, mejor será que llames al padre Vicario. Yo tengo muy holgachón el criterio, y te absolveré de todo, sin que mi absolución te valga para nada. Pero si

quieres confiarme algún hondo secreto como á tu mejor amigo, empieza, que te escucho.

—Lo que tengo que confiar á V. es una gravísima falta mía, y me da vergüenza...

—Pues no tengas vergüenza con tu padre y dí sin rebozo.

Aquí D. Luis, poniéndose muy colorado y con visible turbación, dijo:

—Mi secreto es que estoy enamorado de... Pepita Jiménez, y que ella...

D. Pedro interrumpió á su hijo con una cargada y continuó la frase:

—Y que ella está enamorada de tí, y que la noche de la velada de San Juan estuviste con ella en dulces coloquios hasta las dos de la mañana, y que por ella buscaste un lance con el Conde de Genazahar, á quien has roto la cabeza. Pues, hijo, bravo secreto me confías. No hay perro ni gato en el lugar que no esté ya al corriente de todo. Lo único que parecía posible ocultar era la duración del coloquio hasta las dos de la mañana; pero unas gitanas buñoleras te vieron salir de la casa, y no pararon hasta contárselo á todo bicho viviente. Pepita, además, no disimula cosa mayor; y hace bien, porque sería el disimulo de Antequera... Desde que estás enfermo viene aquí Pepita dos veces al día, y otras dos ó tres veces envía á Antoñona á saber de tu salud; y si no han entrado á verte, es porque yo me he opuesto, para que no te alborotes.

La turbación y el apuro de D. Luis subieron de punto cuando oyó contar á su padre toda la historia en lacónico compendio.

—¡Qué sorpresa!—dijo,—¡qué asombro habrá sido el de V.!

—Nada de sorpresa ni de asombro, muchacho. En el lugar sólo se saben las cosas hace cuatro días, y la verdad sea dicha, ha pasmado tu transformación. ¡Miren el cógelas á tientas y mátalas callando; miren el santurrón y el gatito muerto, exclaman las gentes, con lo que ha venido á descolgarse! El padre Vicario, sobre todo, se ha quedado turulado. Todavía está haciéndose cruces al considerar cuánto trabajaste en la viña del Señor en la noche del 23 al 24, y cuán variados y diversos fueron tus trabajos. Pero á mí no me cogieron las noticias de susto, salvo tu herida. Los viejos sentimos crecer la hierba. No es fácil que los pollos engañen á los recoveros.

—Es verdad: he querido engañar á V. ¡He sido un hipócrita!

—No seas tonto: no lo digo por motejarte. Lo digo para darme tono de perspicaz. Pero hablemos con franqueza: mi jactancia es inmotivada. Yo sé punto por punto el progreso de tus amores con Pepita, desde hace más de dos meses; pero lo sé porque tu tío el Deán, á quien escribías tus impresiones, me lo ha participado todo. Oye la carta acusadora de tu tío, y oye la contestación que le dí, documento importantísimo de que he guardado minuta.

D. Pedro sacó del bolsillo unos papeles, y leyó lo que sigue:

Carta del Deán.—«Mi querido hermano: Siento en el alma tener que darte una mala noticia;

pero confío en Dios, que habrá de concederte paciencia y sufrimiento bastantes para que no te enoje y acibare demasiado. Luisito me escribe hace días extrañas cartas, donde descubro, al través de su exaltación mística, una inclinación harto terrenal y pecaminosa hacia cierta viudita guapa, traviesa y coquetísima, que hay en ese lugar. Yo me había engañado hasta aquí creyendo firme la vocación de Luisito, y me lisonjeaba de dar en él á la Iglesia de Dios un sacerdote sabio, virtuoso y ejemplar; pero las cartas referidas han venido á destruir mis ilusiones. Luisito se muestra en ellas más poeta que verdadero varón piadoso, y la viuda, que ha de ser de la piel de Barrabás, le rendirá con poco que haga. Aunque yo escribo á Luisito amonestándole para que huya de la tentación, doy ya por seguro que caerá en ella. No debiera esto pesarme, porque si ha de faltar y ser galanteador y cortejante, mejor es que su mala condición se descubra con tiempo, y no llegue á ser clérigo. No vería yo, por lo tanto, grave inconveniente en que Luisito siguiera ahí y fuese ensayado y analizado en la piedra de toque y crisol de tales amores, á fin de que la viudita fuese el reactivo por medio del cual se descubriera el oro puro de sus virtudes clericales ó la baja liga con que el oro está mezclado; pero tropezamos con el escollo de que la dicha viuda, que habíamos de convertir en fiel contraste, es tu pretendida y no sé si tu enamorada. Pasaría, pues, de castaño obscuro el que resultase tu hijo rival tuyo. Esto sería un escándalo monstruoso, y para evi-

tarle con tiempo te escribo hoy á fin de que, pretextando cualquiera cosa, envíes ó traigas á Luisito por aquí, cuanto antes mejor.»

D. Luis escuchaba en silencio y con los ojos bajos. Su padre continuó:

—Á esta carta del Deán contesté lo que sigue:

Contestación.—«Hermano querido y venerable padre espiritual: Mil gracias te doy por las noticias que me envías y por tus avisos y consejos. Aunque me precio de listo, confieso mi torpeza en esta ocasión. La vanidad me cegaba. Pepita Jiménez, desde que vino mi hijo, se me mostraba tan afable y cariñosa, que yo me las prometía felices. Ha sido menester tu carta para hacerme caer en la cuenta. Ahora comprendo que, al haberse humanizado, al hacerme tantas fiestas y al bailarme el agua delante, no miraba en mí la pícara de Pepita sino al papá del teólogo barbilampíño. No te lo negaré: me mortificó y afligió un poco este desengaño en el primer momento; pero después lo reflexioné todo con la madurez debida, y mi mortificación y mi aflicción se convirtieron en gozo. El chico es excelente. Yo le he tomado mucho más afecto desde que está conmigo. Me separé de él y te le entregué para que le educases, porque mi vida no era muy ejemplar, y en este pueblo, por lo dicho y por otras razones, se hubiera criado como un salvaje. Tú fuiste más allá de mis esperanzas y aun de mis deseos, y por poco no sacas de Luisito un Padre de la Iglesia. Tener un hijo santo hubiera lisonjeado mi vanidad; pero hubiera sentido yo quedarme sin un heredero de mi ca-

sa y nombre, que me diese lindos nietos, y que después de mi muerte disfrutase de mis bienes, que son mi gloria, porque los he adquirido con ingenio y trabajo, y no haciendo fulleras y chanchullos. Tal vez la persuasión en que estaba yo de que no había remedio, de que Luis iba á catequizar á los chinos, á los indios y á los negritos de Monicongo, me decidió á casarme para dilatar mi sucesión. Naturalmente puse mis ojos en Pepita Jiménez, que no es de la piel de Barrabás, como imaginas, sino una criatura remonísima, más bendita que los cielos y más apasionada que coqueta. Tengo tan buena opinión de Pepita, que si volviese ella á tener diez y seis años y una madre imperiosa que la violentara, y yo tuviese ochenta años como D. Gumersindo, esto es, si viera ya la muerte en puertas, tomaría á Pepita por mujer para que me sonriese al morir como si fuera el ángel de mi guarda que había revestido cuerpo humano, y para dejarle mi posición, mi caudal y mi nombre. Pero ni Pepita tiene ya diez y seis años, sino veinte, ni está sometida al culebrón de su madre, ni yo tengo ochenta años, sino cincuenta y cinco. Estoy en la peor edad, porque empiezo á sentirme harto averiado, con un poquito de asma, mucha tos, bastantes dolores reumáticos y otros alifafes, y, sin embargo, maldita la gana que tengo de morirme. Creo que ni en veinte años me moriré, y como le llevo treinta y cinco á Pepita, calcula el desastroso porvenir que le aguardaba con este viejo perdurable. Al cabo de los pocos años de casada conmigo hubiera tenido que abo-

recerme, á pesar de lo buena que es. Porque es buena y discreta no ha querido sin duda aceptarme por marido, á pesar de la insistencia y de la obstinación con que se lo he propuesto. ¡Cuánto se lo agradezco ahora! La misma puntita de vanidad, lastimada por sus desdenes, se embota ya al considerar que si no me ama, ama mi sangre, se prenda del hijo mío. Si no quiere esta fresca y lozana hiedra enlazarse al viejo tronco, carcomido ya, trepe por él, me digo, para subir al renuevo tierno y al verde y florido pimpollo. Dios los bendiga á ambos y prospere estos amores. Lejos de llevarte al chico otra vez, le retendré aquí hasta por fuerza, si es necesario. Me decido á conspirar contra su vocación. Sueño ya con verle casado. Me voy á remozar contemplando á la gentil pareja unida por el amor. ¿Y cuándo me den unos cuantos chiquillos? En vez de ir de misionero y de traerme de Australia, ó de Madagascar, ó de la India, varios neófitos con jetas de á palmo, negros como la tizne, ó amarillos como el estezado y con ojos de mochuelo, ¿no será mejor que Luisito predique en casa y me saque en abundancia una serie de catecumenillos rubios, sonrosados, con ojos como los de Pepita, y que parezcan querubines sin alas? Los catecúmenos que me trajese de por allá sería menester que estuvieran á respetable distancia para que no me inficionasen, y éstos de por acá me olerían á rosas del Paraíso, y vendrían á ponerse sobre mis rodillas, y jugarían conmigo, y me besarían, y me llamarían abuelito, y me darían palmaditas en la calva que ya voy teniendo.

¿Qué quieres? Cuando estaba yo en todo mi vigor no pensaba en las delicias domésticas; mas ahora, que estoy tan próximo á la vejez, si ya no estoy en ella, como no me he de hacer cenobita, me complazco en esperar que haré el papel de patriarca. Y no entiendas que voy á limitarme á esperar que cuaje el naciente noviazgo, sino que he de trabajar para que cuaje. Siguiendo tu comparación, pues que transformas á Pepita en crisol y á Luis en metal, yo buscaré, ó tengo buscado ya, un fuelle ó soplete utilísimo que contribuya á avivar el fuego para que el metal se derrita pronto. Este soplete es Antoñona, nodriza de Pepita, muy lagarta, muy sigilosa y muy afecta á su dueño. Antoñona se entiende ya conmigo, y por ella sé que Pepita está muerta de amores. Hemos convenido en que yo siga haciendo la vista gorda y no dándome por entendido de nada. El padre Vicario, que es un alma de Dios, siempre en babia, me sirve tanto ó más que Antoñona, sin advertirlo él, porque todo se le vuelve hablar de Luis con Pepita, y de Pepita con Luis; de suerte que este excelente señor, con medio siglo en cada pata, se ha convertido ¡oh milagro del amor y de la inocencia! en palomito mensajero, con quien los dos amantes se envían sus requiebros y finezas, ignorándolo también ambos. Tan poderosa combinación de medios naturales y artificiales debe dar un resultado infalible. Ya te le diré al darte parte de la boda, para que vengas á hacerla, ó envíes á los novios tu bendición y un buen regalo.»

Así acabó D. Pedro de leer su carta, y al volver

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

á mirar á D. Luis, vió que D. Luis había estado escuchando con los ojos llenos de lágrimas.

El padre y el hijo se dieron un abrazo muy apretado y muy prolongado.

Al mes justo de esta conversación y de esta lectura, se celebraron las bodas de D. Luis de Vargas y de Pepita Jiménez.

Temeroso el señor Deán de que su hermano le embromase demasiado con que el misticismo de Luisito había salido huero, y conociendo además que su papel iba á ser poco airoso en el lugar, donde todos dirían que tenía mala mano para sacar santos, dió por pretexto sus ocupaciones y no quiso venir, aunque envió su bendición y unos magníficos zarcillos, como presente para Pepita.

El padre Vicario tuvo, pues, el gusto de casarla con D. Luis.

La novia, muy bien engalanada, pareció hermosísima á todos y digna de trocarse por el cilicio y las disciplinas.

Aquella noche dió D. Pedro un baile estupendo en el patio de su casa y salones contiguos. Criados y señores, hidalgos y jornaleros, las señoras y señoritas y las mozas del lugar asistieron y se mezclaron en él como en la soñada primera edad del mundo, que no sé por qué llaman de oro. Cuatro diestros, ó, si no diestros, infatigables guitarristas, tocaron el fandango. Un gitano y una gitana, famosos cantadores, entonaron las coplas más amo-

rosas y alusivas á las circunstancias. Y el maestro de escuela leyó un epitalamio en verso heróico.

Hubo hojuelas, pestiños, gajorros, rosquillas, mostachones, bizcotelas y mucho vino para la gente menuda. El señorío se regaló con almíbares, chocolate, miel de azahar y miel de prima, y varios rosolis y mistelas aromáticas y refinadísimas.

D. Pedro estuyo hecho un cadete: bullicioso, bromista y galante. Parecía que era falso lo que declaraba en su carta al Deán del reuma y demás alifafes. Bailó el fandango con Pepita, con sus más graciosas criadas y con otras seis ó siete mozuelas. Á cada una, al volverla á su asiento, cansada ya, le dió con efusión el correspondiente y prescrito abrazo, y á las menos serias algunos pellizcos, aunque esto no forma parte del ceremonial. D. Pedro llevó su galantería hasta el extremo de sacar á bailar á Doña Casilda, que no pudo negarse, y que, con sus diez arrobas de humanidad, y los calores de julio, vertía un chorro de sudor por cada poro. Por último, D. Pedro atracó de tal suerte á Currito, y le hizo brindar tantas veces por la felicidad de los nuevos esposos, que el mulero Dientes tuvo que llevarle á su casa á dormir la mona, terciado en una borrica como un pellejo de vino.

El baile duró hasta las tres de la madrugada; pero los novios se eclipsaron discretamente antes de las once y se fueron á casa de Pepita. D. Luis volvió á entrar con luz, con pompa y majestad, y como dueño y señor adorado, en aquella limpia alcoba, donde poco más de un mes antes había

entrado á obscuras, lleno de turbación y zozobra.

Aunque en el lugar es uso y costumbre, jamás interrumpida, dar una terrible cencerrada á todo viudo ó viuda que contrae segundas nupcias, no dejándolos tranquilos con el resonar de los cencerros en la primera noche del consorcio, Pepita era tan simpática y D. Pedro tan venerado y Don Luis tan querido, que no hubo cencerros ni el menor conato de que resonasen aquella noche: caso raro, que se registra como tal en los anales del pueblo.



III.

EPÍLOGO.

CARTAS DE MI HERMANO.

LA historia de Pepita y Luisito debiera terminar aquí. Este epílogo está de sobra; pero el señor Deán le tenía en el legajo, y ya que no le publicaremos por completo, publicaremos parte; daremos una muestra si quiera.

Á nadie debe quedar la menor duda en que D. Luis y Pepita, enlazados por un amor irresistible, casi de la misma edad, hermosa ella, él gallardo y agraciado, y discretos y llenos de bondad los dos, vivieron largos años, gozando de cuanta felicidad y paz caben en la tierra; pero esto, que para la generalidad de las gentes es una consecuencia dialéctica bien deducida, se convierte en certidumbre para quien lee el epílogo.

El epílogo, además, da algunas noticias sobre

entrado á obscuras, lleno de turbación y zozobra.

Aunque en el lugar es uso y costumbre, jamás interrumpida, dar una terrible encerrada á todo viudo ó viuda que contrae segundas nupcias, no dejándolos tranquilos con el resonar de los cencerros en la primera noche del consorcio, Pepita era tan simpática y D. Pedro tan venerado y Don Luis tan querido, que no hubo cencerros ni el menor conato de que resonasen aquella noche: caso raro, que se registra como tal en los anales del pueblo.



III.

EPÍLOGO.

CARTAS DE MI HERMANO.

La historia de Pepita y Luisito debiera terminar aquí. Este epílogo está de sobra; pero el señor Deán le tenía en el legajo, y ya que no le publicaremos por completo, publicaremos parte; daremos una muestra si quiera.

Á nadie debe quedar la menor duda en que D. Luis y Pepita, enlazados por un amor irresistible, casi de la misma edad, hermosa ella, él gallardo y agraciado, y discretos y llenos de bondad los dos, vivieron largos años, gozando de cuanta felicidad y paz caben en la tierra; pero esto, que para la generalidad de las gentes es una consecuencia dialéctica bien deducida, se convierte en certidumbre para quien lee el epílogo.

El epílogo, además, da algunas noticias sobre

los personajes secundarios que en la narración aparecen, y cuyo destino puede acaso haber interesado á los lectores.

Se reduce el epílogo á una colección de cartas, dirigidas por D. Pedro de Vargas á su hermano el señor Deán, desde el día de la boda de su hijo hasta cuatro años después.

Sin poner las fechas, aunque siguiendo el orden cronológico, trasladaremos aquí pocos y breves fragmentos de dichas cartas, y punto concluído.

Luis muestra la más viva gratitud á Antoñona, sin cuyos servicios no poseería á Pepita; pero esta mujer, cómplice de la única falta que él y Pepita han cometido, y tan íntima en la casa y tan enterada de todo, no podía menos de estorbar. Para librarse de ella, favoreciéndola, Luis ha logrado que vuelva á reunirse con su marido, cuyas borracheras diarias no quería ella sufrir. El hijo del maestro Cencias ha prometido no volver á emborracharse casi nunca; pero no se ha atrevido á dar un *nunca* absoluto y redondo. Fiada, sin embargo, en esta semipromesa, Antoñona ha consentido en volver bajo el techo conyugal. Una vez reunidos estos esposos, Luis ha creído eficaz el método homeopático para curar de raíz al hijo del maestro Cencias, pues habiendo oído afirmar que los confiteros aborrecen el dulce, ha inferido que los taberneros deben aborrecer el vino y el aguardiente, y ha enviado á Antoñona y á su marido á la capital de esta provincia, donde les ha

puesto de su bolsillo una magnífica taberna. Ambos viven allí contentos, se han proporcionado muchos marchantes y probablemente se harán ricos. Él se emborracha aún algunas veces; pero Antoñona, que es más forzuda, le suele sacudir para que acabe de corregirse.

Currito, deseoso de imitar á su primo, á quien cada día admira más, y notando y envidiando la felicidad doméstica de Pepita y de Luis, ha buscado novia á toda prisa, y se ha casado con la hija de un rico labrador de aquí, sana, frescota, colorada como las amapolas, y que promete adquirir en breve un volumen y una densidad superiores á los de su suegra Doña Casilda.

El Conde de Genazahar, á los cinco meses de cama, está ya curado de su herida, y, según dicen, muy enmendado de sus pasadas insolencias. Ha pagado á Pepita, hace poco, más de la mitad de la deuda, y pide espera para pagar lo restante.

Hemos tenido un disgusto grandísimo, aunque harto le preveíamos. El padre Vicario, cediendo al peso de la edad, ha pasado á mejor vida. Pepita ha estado á la cabecera de su cama hasta el último instante, y le ha cerrado la entreabierta boca con sus hermosas manos. El padre Vicario ha tenido la muerte de un bendito siervo de Dios. Más

que muerte parecía tránsito dichoso á más serenas regiones. Pepita, no obstante, y todos nosotros también, le hemos llorado de veras. No ha dejado más que cinco ó seis duros y sus muebles, porque todo lo repartía de limosna. Con su muerte habrían quedado aquí huérfanos los pobres si Pepita no viviese.

Mucho lamentan todos en el lugar la muerte del padre Vicario, y no faltan personas que le dan por santo verdadero y merecedor de estar en los altares, atribuyéndole milagros. Yo no sé de esto; pero sé que era un varón excelente, y debe haber ido derecho á los cielos, donde tendremos en él un intercesor. Con todo, su humildad y su modestia y su temor de Dios eran tales, que hablaba de sus pecados en la hora de la muerte, como si los tuviese, y nos rogaba que pidiésemos su perdón y que rezásemos por él al Señor y á María Santísima.

En el ánimo de Luis han hecho honda impresión esta vida y esta muerte ejemplares de un hombre, menester es confesarlo, simple y de cortas luces, pero de una voluntad sana, de una fe profunda y de una caridad fervorosa. Luis se compara con el Vicario, y dice que se siente humillado. Esto ha traído cierta amarga melancolía á su corazón; pero Pepita, que sabe mucho, la disipa con sonrisas y cariño.

Todo prospera en casa. Luis y yo tenemos unas candioteras que no las hay mejores en España, si

prescindimos de Jerez. La cosecha de aceite ha sido este año soberbia. Podemos permitirnos todo género de lujos, y yo aconsejo á Luis y á Pepita que den un buen paseo por Alemania, Francia é Italia, no bien salga Pepita de su cuidado y se restablezca. Los chicos pueden, sin imprevisión ni locura, derrochar unos cuantos miles de duros en la expedición y traer muchos primores de libros, muebles y objetos de arte para adornar su vivienda.

Hemos aguardado dos semanas para que sea el bautizo el día mismo del primer aniversario de la boda. El niño es un sol de bonito y muy robusto. Yo he sido el padrino, y le hemos dado mi nombre. Yo estoy soñando con que Periquito hable y diga gracias.

Para que todo les salga bien á estos enamorados esposos, resulta ahora, según cartas de la Habana, que el hermano de Pepita, cuyas tunanterías recelábamos que afrentasen á la familia, casi y sin casi va á honrarla y á encumbrarla haciéndose personaje. En tanto tiempo como hacía que no sabíamos de él, ha aprovechado bien las coyunturas y le ha soplado la suerte. Ha tenido nuevo empleo en las aduanas, ha comerciado luego en negros, ha quebrado después, que viene á ser para ciertos hombres de negocios como una buena poda para los árboles, la cual hace que retoñen

con más brío, y hoy está tan boyante, que tiene resuelto ingresar en la primera aristocracia titulando de marqués ó de duque. Pepita se asusta y se escandaliza de esta improvisada fortuna; pero yo le digo que no sea tonta: si su hermano es y había de ser de todos modos un pillete, ¿no es mejor que lo sea con buena estrella?

Así pudiéramos seguir extractando, si no temiésemos fatigar á los lectores. Concluiremos, pues, copiando un poco de una de las últimas cartas.

Mis hijos han vuelto de su viaje bien de salud, y con Periquito muy travieso y precioso.

Luis y Pepita vienen resueltos á no volver á salir del lugar, aunque les dure más la vida que á Filemón y á Baucis. Están enamorados como nunca el uno del otro.

Traen lindos muebles, muchos libros, algunos cuadros y no sé cuántas otras baratijas elegantes que han comprado por esos mundos, y principalmente en París, Roma, Florencia y Viena.

Así como el afecto que se tienen y la ternura y cordialidad con que se tratan y tratan á todo el mundo ejercen aquí benéfica influencia en las costumbres, así la elegancia y el buen gusto con que acabarán ahora de ordenar su casa servirán de mucho para que la cultura exterior cunda y se extienda.

La gente de Madrid suele decir que en los lugares somos gansos y soeces, pero se quedan por allá y nunca se toman el trabajo de venir á pulirnos; antes al contrario, no bien hay alguien en los lugares que sabe ó vale, ó cree saber y valer, no para hasta que se larga, si puede, y deja los campos y los pueblos de provincias abandonados.

Pepita y Luis siguen el opuesto parecer, y yo los aplaudo con toda el alma.

Todo lo van mejorando y hermoheando para hacer de este retiro su edén.

No imagines, sin embargo, que la afición de Luis y de Pepita al bienestar material haya entibiado en ellos, en lo más mínimo, el sentimiento religioso. La piedad de ambos es más profunda cada día, y en cada contento ó satisfacción de que gozan ó que pueden proporcionar á sus semejantes ven un nuevo beneficio del cielo, por el cual se reconocen más obligados á demostrar su gratitud. Es más: esa satisfacción y ese contento no lo serían, no tendrían precio, ni valor, ni substancia para ellos, si la consideración y la firme creencia en las cosas divinas no se lo prestasen.

Luis no olvida nunca, en medio de su dicha presente, el rebajamiento del ideal con que había soñado. Hay ocasiones en que su vida de ahora le parece vulgar, egoísta y prosáica, comparada con la vida de sacrificio, con la existencia espiritual á que se creyó llamado en los primeros años de su juventud; pero Pepita acude solícita á dissipar estas melancolías, y entonces comprende y afirma Luis que el hombre puede servir á Dios

en todos los estados y condiciones, y concierta a viva fe y el amor de Dios, que llenan su alma, con este amor lícito de lo terrenal y caduco. Pero en todo ello pone Luis como un fundamento divino, sin el cual, ni en los astros que pueblan el éter, ni en las flores y frutos que hermocean el campo, ni en los ojos de Pepita, ni en la inocencia y belleza de Periquito, vería nada de amable. El mundo mayor, toda esa fábrica grandiosa del Universo, dice él que sin su Dios providente le parecería sublime, pero sin orden, ni belleza, ni propósito. Y en cuanto al mundo menor, como suele llamar al hombre, tampoco le amaría si por Dios no fuera. Y esto, no porque Dios le mande amarle, sino porque la dignidad del hombre y el merecer ser amado estriban en Dios mismo, quien no sólo hizo el alma humana á su imagen, sino que ennobleció el cuerpo humano, haciéndole templo vivo del Espíritu, comunicando con él por medio del Sacramento, sublimándole hasta el extremo de unir con él su Verbo increado. Por estas razones, y por otras que yo no acierto á explicarte aquí, Luis se consuela y se conforma con no haber sido un varón místico, extático y apostólico, y desecha la especie de envidia generosa que le inspiró el padre Vicario el día de su muerte; pero tanto él como Pepita siguen con gran devoción cristiana dando gracias á Dios por el bien de que gozan, y no viendo base, ni razón, ni motivo de este bien, sino en el mismo Dios.

En la casa de mis hijos hay, pues, algunas salas que parecen preciosas capillitas católicas ó devo-

tos oratorios; pero he de confesar que tienen ambos también su poquito de paganismo, como poesía rústica amoroso-pastoril, la cual ha ido á refugiarse extramuros.

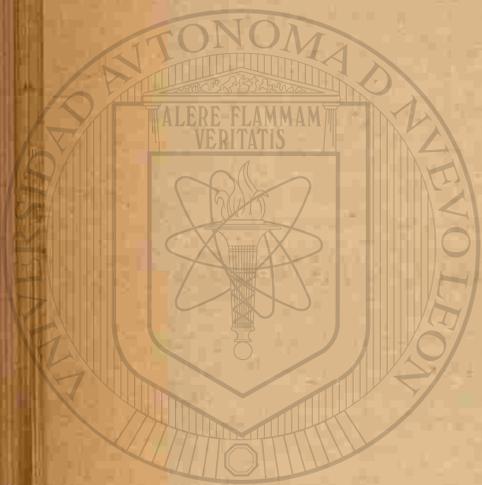
La huerta de Pepita ha dejado de ser huerta, y es un jardín amenísimo con sus araucarias, con sus higueras de la India, que crecen aquí al aire libre, y con su bien dispuesta, aunque pequeña estufa, llena de plantas raras.

El merendero ó cenador, donde comimos las fresas aquella tarde, que fué la segunda vez que Pepita y Luis se vieron y se hablaron, se ha transformado en un airoso templete, con pórtico y columnas de mármol blanco. Dentro hay una espaciosa sala con muy cómodos muebles. Dos bellas pinturas la adornan: una representa á Psiquis, descubriendo y contemplando extasiada, á la luz de su lámpara, al Amor, dormido en su lecho; otra representa á Cloe cuando la cigarra fugitiva se le mete en el pecho, donde, creyéndose segura, y á tan grata sombra, se pone á cantar, mientras que Dafnis procura sacarla de allí.

Una copia, hecha con bastante esmero en mármol de Carrara, de la Venus de Médicis, ocupa el preferente lugar, y como que preside en la sala. En el pedestal tiene grabados, en letras de oro, estos versos de Lucrecio:

Nec sine te quidquam dias in luminis oras

Exoritur, neque fit latum, neque amabile quidquam.



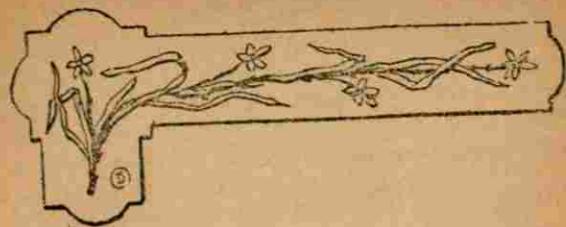
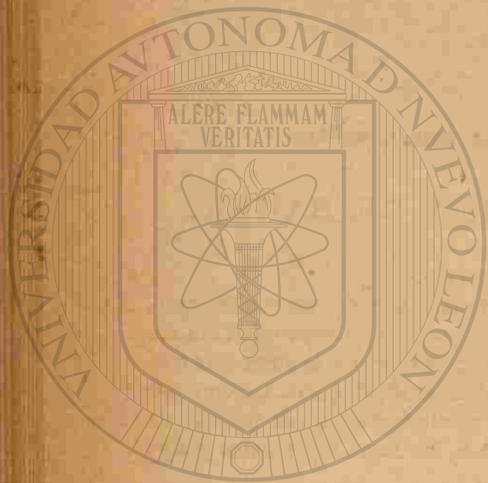
EL COMENDADOR MENDOZA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 3625 MONTANREYES, MEXICO



Á LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA IDA DE BAUER.

NUNCA, estimada señora y bondadosa amiga, soñé con ser escritor popular. No me explico la causa, pero es lo cierto que tengo y tendré siempre pocos lectores. Mi afición á escribir es, sin embargo, tan fuerte, que puede más que la indiferencia del público y que mis desengaños.

Varias veces me dí ya por vencido y hasta por muerto; mas apenas dejé de ser escritor, cuando reviví como tal bajo diversa forma. Primero fui poeta lírico, luego periodista, luego crítico, luego aspiré á filósofo, luego tuve mis intenciones y conatos de dramaturgo zarzuelero, y al cabo traté de figurar como novelista en el largo catálogo de nuestros autores. [®]

Bajo esta última forma es como la gente me ha recibido menos mal; pero aun así, no las tengo todas conmigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avda. LOS TRINCHEROS, 13070

Mi musa es tan voluntariosa, que hace lo que quiere y no lo que yo le mando. De aquí proviene que, si por dicha logro aplausos, es por falta de previsión.

Escribí mi primera novela sin caer hasta el fin en que era novela lo que escribía.

Acababa yo de leer multitud de libros devotos.

Lo poético de aquellos libros me tenía hechizado, pero no cautivo. Mi fantasía se exaltó con tales lecturas, pero mi frío corazón siguió en libertad y mi seco espíritu se atuvo á la razón severa.

Quise entonces recoger como en un ramillete todo lo más precioso, ó lo que más precioso me parecía, de aquellas flores místicas y ascéticas, é inventé un personaje que las recogiera con fe y entusiasmo, juzgándome yo, por mí mismo, incapaz de tal cosa. Así brotó espontánea una novela, cuando yo distaba tanto de querer ser novelista.

Después me he puesto adrede á componer otras, y dicen que lo he hecho peor.

Esto me ha desanimado de tal suerte, que he estado á punto de no volver á escribirlas.

Entre las pocas personas que me han dado nuevo aliento, descuelia V., ora por la indulgencia con que celebra mis obrillas, ora por el valor que los elogios de V., si prescindimos por un instante de la bondad que los inspira, deben tener para cuantos conocen su rara discreción, su delicado gusto y el hondo y exquisito sentir con que percibe todo lo bello.

Aunque yo no hubiese seguido de antemano la sentencia de aquel sabio alejandrino que afirmaba

que sólo las personas hermosas entendían de hermosura, V. me hubiera movido á seguirla, mostrándose luminoso y vivo ejemplo y gentil prueba de su verdad.

No extrañe V., pues, que, lleno de agradecimiento, le dedique este libro.

Por ir dedicado á V., quisiera yo que fuese mejor que *Pepita Jiménez*, á quien V. tanto celebra; pero hartos sabido es que las obras literarias, y muy en particular las de carácter poético, sólo se dan bien en momentos dichosos de inspiración, que los autores no renuevan á su antojo.

En esto, como en otras mil cosas, la poesía se parece á la magia. Requiere la intervención del cielo.

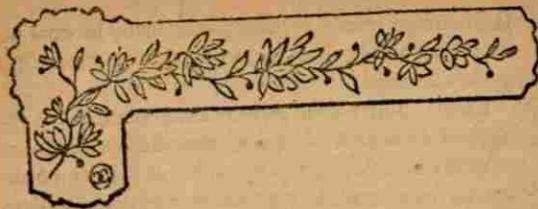
Cuentan de Alberto Magno que, yendo en peregrinación de Roma á Alemania, pasó una noche á las orillas del Po, en la cabaña de un pescador. Agasajado allí muy bien, quiso el doctor probar su gratitud al huésped, y le hizo y le dió un pez de madera, tan maravilloso que, puesto en la red, atraía á todos los peces vivos. No hay que ponderar la ventura del pescador con su pez mágico. Cierto día, con todo, tuvo un descuido, y el pez se le perdió. Entonces se puso en camino, fué á Alemania, buscó á Alberto, y le rogó que le hiciera otro pez semejante al primero. Alberto respondió que lo deseaba (también deseo yo hacer otra *Pepita Jiménez*); mas que, para hacer otro pez que tuviese todas las virtudes del antiguo, era menester esperar á que el cielo presentase idéntico aspecto y disposición en constelaciones, signos y planetas, que en

la noche en que el primer pez se hizo, lo cual no podía acontecer sino dentro de treinta y seis mil y pico de años.

Como yo no puedo esperar tanto tiempo, me resigno á dedicar á V. *El Comendador Mendoza*.

Este simpático personaje, antes de salir en público, no ya escondido y á trozos, sino por completo y por sí solo, pasa, con la venia de Lucía, á besar humildemente los lindos pies de V. y á ponerse bajo su amparo. Remedando á un antiguo compañero mío, elige á V. por su madrina. No desdeñe V. al nuevo ahijado que le presento, aunque no valga lo que *Pepita*, y créame su afectísimo y respetuoso servidor.

JUAN VALERA.



EL COMENDADOR MENDOZA.

I.

A pesar de los quehaceres y cuidados que me retienen en Madrid casi de continuo, todavía suelo ir de vez en cuando á Villabermeja y á otros lugares de Andalucía, á pasar cortas temporadas de uno ó dos meses.

La última vez que estuve en Villabermeja ya habían salido á luz *Las Ilusiones del Doctor Faustino*.

D. Juan Fresco me mostró en un principio algún enojo de que yo hubiese sacado á relucir su vida y las de varios parientes suyos en un libro de entretenimiento; pero al cabo, conociendo que yo no lo había hecho á mal hacer, me perdonó la falta de sigilo. Es más: D. Juan aplaudió la idea de escribir novelas fundadas en hechos reales, y me animó á que siguiese cultivando el género. Esto nos movió á hablar del Comendador Mendoza.

—El vulgo—dije yo,—cree aún que el Comen-

la noche en que el primer pez se hizo, lo cual no podía acontecer sino dentro de treinta y seis mil y pico de años.

Como yo no puedo esperar tanto tiempo, me resigno á dedicar á V. *El Comendador Mendoza*.

Este simpático personaje, antes de salir en público, no ya escondido y á trozos, sino por completo y por sí solo, pasa, con la venia de Lucía, á besar humildemente los lindos pies de V. y á ponerse bajo su amparo. Remedando á un antiguo compañero mío, elige á V. por su madrina. No desdeñe V. al nuevo ahijado que le presento, aunque no valga lo que *Pepita*, y créame su afectísimo y respetuoso servidor.

JUAN VALERA.



EL COMENDADOR MENDOZA.

I.

A pesar de los quehaceres y cuidados que me retienen en Madrid casi de continuo, todavía suelo ir de vez en cuando á Villabermeja y á otros lugares de Andalucía, á pasar cortas temporadas de uno ó dos meses.

La última vez que estuve en Villabermeja ya habían salido á luz *Las Ilusiones del Doctor Faustino*.

D. Juan Fresco me mostró en un principio algún enojo de que yo hubiese sacado á relucir su vida y las de varios parientes suyos en un libro de entretenimiento; pero al cabo, conociendo que yo no lo había hecho á mal hacer, me perdonó la falta de sigilo. Es más: D. Juan aplaudió la idea de escribir novelas fundadas en hechos reales, y me animó á que siguiese cultivando el género. Esto nos movió á hablar del Comendador Mendoza.

—El vulgo—dije yo,—cree aún que el Comen-

dador anda penando, durante la noche, por los desvanes de la casa solariega de los Mendozas, con su manto blanco del hábito de Santiago?

—Amigo mío—contestó D. Juan,—el vulgo lee ya *El Ciudador* y otros libros y periódicos libre-pensadores. En la incredulidad, además, está como impregnado el aire que se respira. No faltan jornaleros escépticos; pero las mujeres, por lo común, siguen creyendo á pies juntillas. Los mismos jornaleros escépticos niegan de día y rodeados de gente, y de noche, á solas, tienen más miedo que antes de lo sobrenatural, por lo mismo que lo han negado durante el día. Resulta, pues, que, á pesar de que vivimos ya en la edad de la razón y se supone que la de la fe ha pasado, no hay mujer bermejina que se aventure á subir á los desvanes de la casa de los Mendozas sin bajar gritando y afirmando á veces que ha visto al Comendador, y apenas hay hombre que suba solo á dichos desvanes sin hacer un grande esfuerzo de voluntad para vencer ó disimular el miedo. El Comendador, por lo visto, no ha cumplido aún su tiempo de purgatorio, y eso que murió al empezar este siglo. Algunos entienden que no está en el purgatorio, sino en el infierno; pero no parece natural que, si está en el infierno, se le deje salir de allí para que venga á mortificar á sus paisanos. Lo más razonable y verosímil es que esté en el purgatorio, y esto cree la generalidad de las gentes.

—Lo que se infiere de todo, ora esté el Comendador en el infierno, ora en el purgatorio, es que sus pecados debieron de ser enormes.

—Pues, mire V.—replicó D. Juan Fresco,—nada cuenta el vulgo de terminante y claro con relación al Comendador. Cuenta, sí, mil confusas patrañas. En Villabermeja se conoce que hirió más la imaginación popular por su modo de ser y de pensar que por sus hechos. Sus hechos conocidos, salvo algún extravío de la mocedad, más le califican de buena que de mala persona.

—De todos modos, ¿V. cree que el Comendador era una persona notable?

—Y mucho que lo creo. Yo contaré á V. lo que sé de él, y V. juzgará.

D. Juan Fresco me contó entonces lo que sabía acerca del Comendador Mendoza. Yo no hago más que ponerlo ahora por escrito.

II.

D. Fadrique López de Mendoza, llamado comúnmente el Comendador, fué hermano de Don José, el mayorazgo, abuelo de nuestro D. Faustino, á quien supongo que conocen mis lectores.

Nació D. Fadrique en 1744.

Desde niño dicen que manifestó una inclinación perversa á reirse de todo y á no tomar nada por lo serio. Esta cualidad es la que menos fácilmente se perdona, cuando se entreyé que no proviene de ligereza, sino de tener un hombre el espíritu tan serio, que apenas halla cosa terrena y humana que merezca que él la considere con se-

riedad; por donde, en fuerza de la seriedad misma, nacen el desdén y la risa burlona.

D. Fadrique, según la general tradición, era un hombre de este género: un hombre jocosos de puro serio.

Claro está que hay dos clases de hombres jocosos de puro serios. A una clase, que es muy numerosa, pertenecen los que andan siempre tan serios, que hacen reír á los demás, y sin quererlo son jocosos. A otra clase, que siempre cuenta pocos individuos, es á la que pertenecía D. Fadrique. D. Fadrique se burlaba de la seriedad vulgar é inmotivada, en virtud de una seriedad exquisita y superlativa; por lo cual era jocosos.

Conviene advertir, no obstante, que la jocosidad de D. Fadrique rara vez tocaba en la insolencia ó en la crueldad, ni se ensañaba en daño del prójimo. Sus burlas eran benévolas y urbanas, y tenían á menudo cierto barniz de dulce melancolía.

El rasgo predominante en el carácter de Don Fadrique no se puede negar que implicaba una mala condición: la falta de respeto. Como veía lo ridículo y lo cómico en todo, resultaba que nada ó casi nada respetaba, sin poderlo remediar. Sus maestros y superiores se lamentaron mucho de esto.

D. Fadrique era ágil y fuerte, y nada ni nadie le inspiró jamás temor, más que su padre, á quien quiso entrañablemente. No por eso dejaba de conocer y aun de decir en confianza, cuando recordaba á su padre, después de muerto, que, si bien había sido un cumplido caballero, honrado, pun-

donoroso, buen marido y lleno de caridad para con los pobres, había sido también un *vándalo*.

En comprobación de este aserto contaba D. Fadrique varias anécdotas, entre las cuales ninguna le gustaba tanto como la del bolero.

D. Fadrique bailaba muy bien este baile cuando era niño, y D. Diego, que así se llamaba su padre, se complacía en que su hijo luciese su habilidad cuando le llevaba de visitas ó las recibía con él en su casa.

Un día llevó D. Diego á su hijo D. Fadrique á la pequeña ciudad, que dista dos leguas de Villabermeja, cuyo nombre no he querido nunca decir, y donde he puesto la escena de mi *Pepita Jiménez*. Para la mejor inteligencia de todo, y á fin de evitar perfrasis, pido al lector que siempre que en adelante hable yo de la ciudad entienda que hablo de la pequeña ciudad ya mencionada.

D. Diego, como queda dicho, llevó á D. Fadrique á la ciudad. Tenía D. Fadrique trece años, pero estaba muy espigado. Como iba de visitas de ceremonia, lucía casaca y chupa de damasco encarnado con botones de acero bruñido, zapatos de hebilla y medias de seda blanca, de suerte que parecía un sol.

La ropa de viaje de D. Fadrique, que estaba muy traída y con algunas manchas y desgarrones, se quedó en la posada, donde dejaron los caballos. D. Diego quiso que su hijo le acompañase en todo su esplendor. El muchacho iba contentísimo de verse tan guapo y con traje tan señoril y lujoso. Pero la misma idea de la elegancia aristocrática

del traje le infundió un sentimiento algo exagerado del decoro y compostura que debía tener quien le llevaba puesto.

Por desgracia, en la primera visita que hizo Don Diego á una hidalga viuda, que tenía dos hijas doncellas, se habló del niño Fadrique y de lo crecido que estaba, y del talento que tenía para bailar el bolero.

—Ahora—dijo D. Diego,—baila el chico peor que el año pasado, porque está en la *edad del pavo*: edad insufrible, entre la palmeta y el barbero. Ya Vds. sabrán que en esa edad se ponen los chicos muy empalagosos, porque empiezan á presumir de hombres y no lo son. Sin embargo, ya que Vds. se empeñan, el chico lucirá su habilidad.

Las señoras, que habían mostrado deseos de ver á D. Fadrique bailar, repitieron sus instancias, y una de las doncellas tomó una guitarra y se puso á tocar para que D. Fadrique bailase.

—Baila, Fadrique,—dijo D. Diego, no bien empezó la música.

Repugnancia invencible al baile, en aquella ocasión, se apoderó de su alma. Veía una contrariedad monstruosa, algo de lo que llaman ahora una *antinomia*, entre el bolero y la casaca. Es de advertir que en aquel día D. Fadrique llevaba casaca por primera vez: estrenaba la prenda, si puede calificarse de estreno el aprovechamiento del arreglo ó refundición de un vestido, usado primero por el padre y después por el mayorazgo, á quien se le había quedado estrecho y corto.

—Baila, Fadrique,—repitió D. Diego, bastante amostazado.

D. Diego, cuyo traje de campo y camino, al uso de la tierra, estaba en muy buen estado, no se había puesto casaca como su hijo. D. Diego iba todo de estezado, con botas y espuelas, y en la mano llevaba el látigo con que castigaba al caballo y á los podencos de una jauría numerosa que tenía para cazar.

—Baila, Fadrique,—exclamó D. Diego por tercera vez, notándose ya en su voz cierta alteración, causada por la cólera y la sorpresa.

Era tan elevado el concepto que tenía D. Diego de la autoridad paterna, que se maravillaba de aquella rebeldía.

—Déjele V., señor de Mendoza—dijo la hidalga viuda.—El niño está cansado del camino y no quiere bailar.

—Ha de bailar ahora.

—Déjele V.; otra vez le veremos,—dijo la que tocaba la guitarra.

—Ha de bailar ahora—repitió D. Diego.—Baila, Fadrique.

—Yo no bailo con casaca,—respondió éste al cabo.

Aquí fué Troya. D. Diego prescindió de las señoras y de todo.

—¡Rebelde! ¡mal hijo!—gritó:—te enviaré á los Toribios: baila ó te desuello; y empezó á latigazos con D. Fadrique.

La señorita de la guitarra paró un instante la música; pero D. Diego la miró de modo tan terri-

ble, que ella tuvo miedo de que la hiciese tocar como quería hacer bailar á su hijo, y siguió tocando el bolero.

D. Fadrique, después de recibir ocho ó diez latigazos, bailó lo mejor que supo.

Al pronto se le saltaron las lágrimas; pero después, considerando que había sido su padre quien le había pegado, y ofreciéndose á su fantasía de un modo cómico toda la escena, y viéndose él mismo bailar á latigazos y con casaca, se rió, á pesar del dolor físico, y bailó con inspiración y entusiasmo.

Las señoras aplaudieron á rabiar.

—Bien, bien—dijo D. Diego.—¡Por vida del diablo! ¿Te he hecho mal, hijo mío?

—No, padre—dijo D. Fadrique.—Está visto: yo necesitaba hoy de doble acompañamiento para bailar.

—Hombre, disimula. ¿Por qué eres tonto? ¿Qué repugnancia podías tener, si la casaca te va que ni pintada, y el bolero clásico y de buena escuela es un baile muy señor? Estas damas me perdonarán. ¿No es verdad? Yo soy algo vivo de genio.

Así terminó el lance del bolero.

Aquel día bailó otras cuatro veces D. Fadrique en otras tantas visitas, á la más leve insinuación de su padre.

Decía el cura Fernández, que conoció y trató á D. Fadrique, y de quien sabía muchas de estas cosas mi amigo D. Juan Fresco, que D. Fadrique refería con amor la anécdota del bolero, y que lloraba de ternura filial y reía al mismo tiempo,

diciendo «mi padre era un vándalo,» cuando se acordaba de él, dándole de latigazos, y retraía á su memoria á las damas aterradas, sin dejar una de ellas de tocar la guitarra, y á él mismo bailando el bolero mejor que nunca.

Parece que había en todo esto algo de orgullo de familia. El *mi padre era un vándalo* de D. Fadrique casi sonaba en sus labios como alabanza. D. Fadrique, educado en el lugar y del mismo modo que su padre, D. Fadrique cerril, hubiera sido más vándalo aún.

La fama de sus travesuras de niño duró en el lugar muchos años después de haberse él partido á servir al Rey.

Huérfano de madre á los tres años de edad, había sido criado y mimado por una tía solterona, que vivía en la casa, y á quien llamaban la chacha Victoria.

Tenía además otra tía, que si bien no vivía con la familia, sino en casa aparte, había también permanecido soltera y competía en mimos y en halagos con la chacha Victoria. Llamábase esta otra tía la chacha Ramoncica. D. Fadrique era el ojito derecho de ambas señoras, cada una de las cuales estaba ya en los cuarenta y pico de años cuando tenía doce nuestro héroe.

Las dos tías ó chachas se parecían en algo y se diferenciaban en mucho.

Se parecían en cierto entono amable y benévolo de hidalgas, en la piedad católica y en la profunda ignorancia. Esto último no provenía sólo de que hubiesen sido educadas en el lugar, sino de una

idea de entonces. Yo me figuro que nuestros abuelos, hartos de la bachillería femenil, de las cultas latini-parlas y de la desenvoltura pedantesca de las damas que retratan Quevedo, Tirso y Calderón en sus obras, habían caído en el extremo contrario de empeñarse en que las mujeres no aprendiesen nada. La ciencia en la mujer hubo de considerarse como un manantial de perversión. Así es que en los lugares, en las familias acomodadas y nobles, cuando eran religiosas y morigeradas, se educaban las niñas para que fuesen muy hacendosas, muy arregladas y muy señoras de su casa. Aprendían á coser, á bordar y á hacer calceta; muchas sabían de cocina; no pocas planchaban perfectamente; pero casi siempre se procuraba que no aprendiesen á escribir, y apenas si se les enseñaba á leer de corrido en *El Año Cristiano* ó en algún otro libro devoto.

Las chachas Victoria y Ramoncica se habían educado así. La diversa condición y carácter de cada una estableció después notables diferencias.

La chacha Victoria, alta, rubia, delgada y bien parecida, había sido, y continuó siendo hasta la muerte, naturalmente sentimental y curiosa. Á fuerza de deletrear, llegó á leer casi de corrido cuando estaba ya muy granada; y sus lecturas no fueron sólo de vidas de santos, sino que conoció también algunas historias profanas y las obras de varios poetas. Sus autores favoritos fueron Doña María de Zayas y Gerardo Lobo.

Se preciaba de experimentada y desengañada. Su conversación estaba siempre como salpicada de

estas dos exclamaciones:—¡Qué mundo éste!—¡Lo que ve el que vive!—La chacha Victoria se sentía como hastiada y fatigada de haber visto tanto, y eso que sus viajes no se habían extendido más allá de cinco ó seis leguas de distancia de Villabermeja.

Una pasión, que hoy calificaríamos de romántica, había llenado toda la vida de la chacha Victoria. Cuando apenas tenía diez y ocho años, conoció y amó en una feria á un caballero cadete de infantería. El cadete amó también á la chacha, que no lo era entonces; pero los dos amantes, tan hidalgos como pobres, no se podían casar por falta de dinero. Formaron, pues, el firme propósito de seguir amándose, se juraron constancia eterna y decidieron aguardar para la boda á que llegase á capitán el cadete. Por desgracia, entonces se caminaba con pies de plomo en las carreras, no había guerras civiles ni pronunciamientos, y el cadete, firme como una roca y fiel como un perro, envejeció sin pasar de teniente nunca.

Siempre que el servicio militar lo consentía, el cadete venía á Villabermeja; hablaba por la ventana con la chacha Victoria, y se decían ambos mil ternuras. En las largas ausencias se escribían cartas amorosas, cada ocho ó diez días; asiduidad y frecuencia extraordinarias entonces.

Esta necesidad de escribir obligó á la chacha Victoria á hacerse letrada. El amor fué su maestro de escuela, y le enseñó á trazar unos garapatos anárquicos y misteriosos, que por revelación de amor leía, entendía y descifraba el cadete.

De esta suerte, entre temporadas de pelar la pava en Villabermeja, y otras más largas temporadas de estar ausentes, comunicándose por cartas, se pasaron cerca de doce años. El cadete llegó á teniente.

Hubo entonces un momento terrible: una despedida desgarradora. El cadete, teniente ya, se fué á la guerra de Italia. Desde allí venían las cartas muy de tarde en tarde. Al cabo cesaron del todo. La chacha Victoria se llenó de presentimientos melancólicos.

En 1747, firmada ya la paz de Aquisgrán, los soldados españoles volvieron de Italia á España; pero nuestro cadete, que había esperado volver de capitán, no parecía ni escribía. Sólo pareció, con la licencia absoluta, su asistente, que era bermejino.

El bueno del asistente, en el mejor lenguaje que pudo, y con los preparativos y rodeos que le parecieron del caso para amortiguar el golpe, dió á la chacha Victoria la triste noticia de que el cadete, cuando iba ya á ver colmados sus deseos, cuando iba á ser ascendido á capitán, en vísperas de la paz, en la rota de Trebia, había caído atravesado por la lanza de un croata.

No murió en el acto. Vivió aún dos ó tres días con la herida mortal, y tuvo tiempo de entregar al asistente, para que trajese á su querida Victoria, un rizo rubio que de ella llevaba sobre el pecho en un guardapelo, las cartas y un anillo de oro con un bonito diamante.

El pobre soldado cumplió fielmente su comisión.

La chacha Victoria recibió y bañó en lágrimas

las amadas reliquias. El resto de su vida le pasó recordando al cadete, permaneciendo fiel á su memoria y llorándole á veces. Cuanto había de amor en su alma fué consumiéndose en devociones y transformándose en cariño por el sobrino Fadriquito, el cual tenía tres años cuando supo la chacha Victoria la muerte de su perpetuo y único novio.

La pobre chacha Ramoncica había sido siempre pequenuela y mal hecha de cuerpo, sumamente morena y bastante fea de cara. Cierta dignidad natural é instintiva le hizo comprender, desde que tenía quince años, que no había nacido para el amor. Si algo del amor con que aman las mujeres á los hombres había en germen en su alma, ella acertó á sofocarlo y no brotó jamás. En cambio tuvo afecto para todos. Su caridad se extendía hasta los animales.

Desde la edad de veinticuatro años, en que la chacha Ramoncica se quedó huérfana y vivía en casa propia, sola, le hacían compañía media docena de gatos, dos ó tres perros y un grajo, que poseía varias habilidades. Tenía asimismo Ramoncica un palomar lleno de palomos, y un corral poblado de pavos, patos, gallinas y conejos.

Una criada llamada Rafaela, que entró á servir á la chacha Ramoncica cuando ésta vivía aún en casa de sus padres, siguió sirviéndola toda la vida. Ama y criada eran de la misma edad y llegaron juntas á una extrema vejez.

Rafaela era más fea que la chacha, y, hasta por imitarla, permaneció siempre soltera.

En medio de su fealdad, había algo de noble y distinguido en la chacha Ramoncica, que era una señora de muy cortas luces. Rafaela, por el contrario, sobre ser fea, tenía el más innoble aspecto; pero estaba dotada de un despejo natural grandísimo.

Por lo demás, ama y criada, guardando siempre cada cual su posición y grado en la jerarquía social, se identificaron por tal arte, que se diría que no había en ellas sino una voluntad, los pensamientos mismos y los mismos propósitos.

Todo era orden, método y arreglo en aquella casa. Apenas se gastaba en comer, porque ama y criada comían poquísimos. Un vestido, una saya, una basquiña, cualquiera otra prenda, duraba años y años sobre el cuerpo de la chacha Ramoncica ó guardada en el armario. Después, estando aún en buen uso, pasaba á ser prenda de Rafaela.

Los muebles eran siempre los mismos y se conservaban, como por encanto, con un lustre y una limpieza que daban consuelo.

Con tal modo de vivir, la chacha Ramoncica, si bien no tenía sino muy escasas rentas, apenas gastaba de ellas una tercera parte. Iba, pues, acumulando y atesorando, y pronto tuvo fama de rica. Sin embargo, jamás se sentía con valor de ser despilarrada sino por empeño de su sobrino Fadrique, á quien, según hemos dicho, mimaba en competencia de la chacha Victoria.

D. Diego andaba siempre en el campo, de caza ó atendiendo á las labores. Sus dos hijos, D. José y D. Fadrique, quedaban al cuidado de la chacha

Victoria y del P. Jacinto, fraile dominico, que pasaba por muy docto en el lugar, y que les sirvió de ayo, enseñándoles las primeras letras y el latín.

D. José era bondadoso y reposado, D. Fadrique un diablo de travieso; pero D. José no atinaba á hacerse querer, y D. Fadrique era amado con locura de ambas chachas, del feroz D. Diego y del ya citado P. Jacinto, quien apenas tendría treinta y seis años de edad cuando enseñaba la lengua de Cicerón á los dos pimpollos lozanos del glorioso y antiguo tronco de los López de Mendoza bermejinos.

Mientras que el apacible D. José se quedaba en casa estudiando, ó iba al convento á ayudar á misa, ó empleaba su tiempo en otras tareas tranquilas, D. Fadrique solía escaparse y promover mil alborotos en el pueblo.

Como segundón de la casa, D. Fadrique estaba condenado á vestirse de lo que se quedaba estrecho ó corto para su hermano, el cual, á su vez, solía vestirse de los desechos de su padre. La chacha Victoria hacía estos arreglos y traspasos. Ya hemos hablado de la casaca y de la chupa encarnadas, que vinieron á ser memorables por el lance del bolero; pero mucho antes había heredado Don Fadrique una capa, que se hizo más famosa, y que había servido sucesivamente á D. Diego y á D. José. La capa era blanca, y cuando cayó en poder de D. Fadrique recibió el nombre de la capa-paloma.

La capa-paloma parecía que había dado alas al chico, quien se hizo más inquieto y diabólico desde que la poseyó. D. Fadrique, cabeza de motín y

de bando entre los muchachos más desatinados del pueblo, se diría que llevaba la capa-paloma como un estandarte, como un signo que todos seguían, como el penacho blanco de Enrique IV.

No era muy numeroso el bando de D. Fadrique, no por falta de simpatías, sino porque él elegía á sus parciales y secuaces haciendo pruebas análogas á las que hizo Gedeón para elegir ó desechar á sus soldados. De esta suerte logró D. Fadrique tener unos cincuenta ó sesenta que le seguían, tan atrevidos y devotos á su persona, que cada uno valía por diez.

Se formó un partido contrario, capitaneado por D. Casimiro, hijo del hidalgo más rico del lugar. Este partido era de más gente; pero, así por las prendas personales del capitán, como por el valor y decisión de los soldados, quedaba siempre muy inferior á los fadriqueños.

Varias veces llegaron á las manos ambos bandos, ya á puñadas y luchando á brazo partido, ya en pedreas, de que era teatro un llanete que está por bajo de un sitio llamado el Retamal.

Siempre que había un lance de éstos, D. Fadrique era el primero en acudir al lugar del peligro; pero es lo cierto que no bien corría la voz de que *la capa-paloma iba por el Retamal abajo*, las calles y las plazuelas se despoblaban de los más belicosos chiquillos, y todos acudían en busca del capitán idolatrado.

La victoria, en todas estas pendencias, quedó siempre por el bando de D. Fadrique. Los de Don Casimiro resistían poco y se ponían en un mo-

mento en vergonzosa fuga; pero como D. Fadrique se aventuraba siempre más de lo que conviene á la prudencia de un general, resultó que dos veces regó los laureles con su sangre, quedando descalabrado.

No sólo en batalla campal, sino en otros ejercicios y haciendo travesuras de todo género, Don Fadrique se había roto además la cabeza otra tercera vez, se había herido el pecho con unas tijeras, se había quemado una mano y se había dislocado un brazo; pero de todos estos percances salía al cabo sano y salvo, merced á su robustez y á los cuidados de la chacha Victoria, que decía, maravillada y santiguándose:—¡Ay, hijo de mi alma, para muy grandes cosas quiere reservarte el cielo, cuando vives de milagro y no mueres!

III.

Casimiro tenía tres años más de edad que Don Fadrique, y era también más fornido y alto. Irritado de verse vencido siempre como capitán, quiso probarse con D. Fadrique en singular combate. Lucharon, pues, á puñadas y á brazo partido, y el pobre Casimiro salió siempre acogotado y pisoteado, á pesar de su superioridad aparente.

Los frailes dominicos del lugar nunca quisieron bien á la familia de los Mendozas. Á pesar de la piedad suma de las chachas Victoria y Ramoncica, y de la devoción humilde de D. José, no podían tragar á D. Diego, y se mostraban escandali-

zados de los desafueros é insolencias de D. Fadrique.

Sólo el P. Jacinto, que amaba tiernamente á D. Fadrique, le defendía de las acusaciones y quejas de los otros frailes.

Éstos, no obstante, le amenazaban á menudo con cogerle y enviarle á los Toribios, ó con hacer que el propio hermano Toribio viniese por él y se le llevase.

Bien sabían los frailes que el bendito hermano Toribio había muerto hacía más de veinte años; pero la institución creada por él florecía, prestando al glorioso fundador una existencia inmortal y mitológica. Hasta muy entrado el segundo tercio del siglo presente, el hermano Toribio y los Toribios en general han sido el tema constante de todas las amenazas para infundir saludable terror á los muchachos traviesos.

En la mente de D. Fadrique no entraba la idea de la fervorosa caridad con que el hermano Toribio, á fin de salvar y purificar las almas de cuantos muchachos cogía, les martirizaba el cuerpo, dándoles rudos azotes sobre las carnes desnudas. Así es que se presentaba en su imaginación el bendito hermano Toribio como loco furioso y perverso, enemigo de sí mismo para llagarse con cadenas ceñidas á los riñones, y enemigo de todo el género humano, á quien desollaba y atormentaba en la edad de la niñez y de la más temprana juventud, cuando se abren al amor las almas y cuando la naturaleza y el cielo debieran sonreír y acariciar en vez de dar azotes.

Como ya habían ocurrido casos de llevarse á los Toribios, contra la voluntad de sus padres, á varios muchachos traviesos, y como el hermano Toribio, durante su santa vida, había salido á caza de tales muchachos, no sólo por toda Sevilla, sino por otras poblaciones de Andalucía, desde donde los conducía á su terrible establecimiento, la amenaza de los frailes pareció para broma harito pesada á D. Diego, y para veras le pareció más pesada aún. Hizo, pues, decir á los frailes que se abstuviesen de embromar á su hijo, y mucho más de amenazarle, que ya él sabría castigar al chico cuando lo mereciese, pero que nadie más que él había de ser osado á ponerle las manos encima. Añadió D. Diego que el chico, aunque pequeño todavía, sabría defenderse y hasta ofender, si le atacaban, y que además él volaría en su auxilio, en caso necesario, y arrancaría las orejas á tiros á todos los Toribios que ha habido y hay en el mundo.

Con estas insinuaciones, que bien sabían todos cuán capaz era de hacer efectivas D. Diego, los frailes se contuvieron en su malevolencia; pero como D. Fadrique (fuerza es confesarlo, si hemos de ser imparciales) seguía siendo peor que Pateta, los frailes, no atreviéndose ya á esgrimir contra él armas terrenas y temporales, acudieron al arsenal de las espirituales y eternas, y no cesaron de querer amedrentarle con el infierno y el demonio.

De este método de intimidación se ocasionó un mal gravísimo. D. Fadrique, á pesar de sus chachas, se hizo impío, antes de pensar y de reflexio-

nar, por un sentimiento instintivo. La religión no se ofreció á su mente por el lado del amor y de la ternura infinita, sino por el lado del miedo, contra el cual su natural valeroso é independiente se rebelaba. D. Fadrique no vió el objeto del amor insaciable del alma, y el fin digno de su última aspiración, en los poderes sobrenaturales. D. Fadrique no vió en ellos sino tiranos, verdugos ó espantajos sin consistencia.

Cada siglo tiene su espíritu, que se esparce y como que se diluye en el aire que respiramos, infundiéndose tal vez en las almas de los hombres, sin necesidad de que las ideas y teorías pasen de unos entendimientos á otros por medio de la palabra escrita ó hablada. El siglo xviii tal vez no fué crítico, burlón, sensualista y descreído porque tuvo á Voltaire, á Kant y á los enciclopedistas, sino porque fué crítico, burlón, sensualista y descreído tuvo á dichos pensadores, quienes formularon en términos precisos lo que estaba vago y difuso en el ambiente: el giro del pensamiento humano en aquel período de su civilización progresiva.

Sólo así se comprende que D. Fadrique viniese á ser impío sin leer ni oír nada que á ello le llevase.

Esta nueva calidad que apareció en él era bastante peligrosa en aquellos tiempos. D. Diego mismo se espantó de ciertas ideas de su hijo. Por dicha, el desenvolvimiento de tan mala inclinación coincidió casi con la ida de D. Fadrique al Colegio de Guardias marinas, y se evitó así todo escándalo y disgusto en Villabermeja.

Las chachas Victoria y Ramoncica lloraron mucho la partida de D. Fadrique; el P. Jacinto la sintió; D. Diego, que le llevó á la Isla, se alegró de ver á su hijo puesto en carrera, casi más que se afligió al separarse de él; y los frailes, y Casimirito sobre todo, tuvieron un día de júbilo el día en que le perdieron de vista.

D. Fadrique volvió al lugar de allí adelante, pero siempre por brevisimo tiempo: una vez cuando salió del Colegio para ir á navegar; otra vez siendo ya alférez de navío. Luego pasaron años y años sin que viese á D. Fadrique ningún bermejino. Se sabía que estaba, ya en el Perú, ya en el Asia, en el extremo Oriente.

IV.

De las cosas de D. Fadrique, durante tan larga ausencia, se tenía ó se forjaba en el lugar el concepto más fantástico y absurdo.

D. Diego y la chacha Victoria, que eran las personas de la familia más instruidas é inteligentes, murieron á poco de hallarse D. Fadrique en el Perú. Y lo que es á la cándida Ramoncica y al limitado D. José no escribía D. Fadrique sino muy de tarde en tarde, y cada carta tan breve como una fe de vida.

Al P. Jacinto, aunque D. Fadrique le estimaba y quería de veras, también le escribía poco, por efecto de la repulsión y desconfianza que en general le inspiraban los frailes. Así es que nada se sa-

nar, por un sentimiento instintivo. La religión no se ofreció á su mente por el lado del amor y de la ternura infinita, sino por el lado del miedo, contra el cual su natural valeroso é independiente se rebelaba. D. Fadrique no vió el objeto del amor insaciable del alma, y el fin digno de su última aspiración, en los poderes sobrenaturales. D. Fadrique no vió en ellos sino tiranos, verdugos ó espantajos sin consistencia.

Cada siglo tiene su espíritu, que se esparce y como que se diluye en el aire que respiramos, infundiéndose tal vez en las almas de los hombres, sin necesidad de que las ideas y teorías pasen de unos entendimientos á otros por medio de la palabra escrita ó hablada. El siglo xviii tal vez no fué crítico, burlón, sensualista y descreído porque tuvo á Voltaire, á Kant y á los enciclopedistas, sino porque fué crítico, burlón, sensualista y descreído tuvo á dichos pensadores, quienes formularon en términos precisos lo que estaba vago y difuso en el ambiente: el giro del pensamiento humano en aquel período de su civilización progresiva.

Sólo así se comprende que D. Fadrique viniese á ser impío sin leer ni oír nada que á ello le llevase.

Esta nueva calidad que apareció en él era bastante peligrosa en aquellos tiempos. D. Diego mismo se espantó de ciertas ideas de su hijo. Por dicha, el desenvolvimiento de tan mala inclinación coincidió casi con la ida de D. Fadrique al Colegio de Guardias marinas, y se evitó así todo escándalo y disgusto en Villabermeja.

Las chachas Victoria y Ramoncica lloraron mucho la partida de D. Fadrique; el P. Jacinto la sintió; D. Diego, que le llevó á la Isla, se alegró de ver á su hijo puesto en carrera, casi más que se afligió al separarse de él; y los frailes, y Casimirito sobre todo, tuvieron un día de júbilo el día en que le perdieron de vista.

D. Fadrique volvió al lugar de allí adelante, pero siempre por brevisimo tiempo: una vez cuando salió del Colegio para ir á navegar; otra vez siendo ya alférez de navío. Luego pasaron años y años sin que viese á D. Fadrique ningún bermejino. Se sabía que estaba, ya en el Perú, ya en el Asia, en el extremo Oriente.

IV.

De las cosas de D. Fadrique, durante tan larga ausencia, se tenía ó se forjaba en el lugar el concepto más fantástico y absurdo.

D. Diego y la chacha Victoria, que eran las personas de la familia más instruidas é inteligentes, murieron á poco de hallarse D. Fadrique en el Perú. Y lo que es á la cándida Ramoncica y al limitado D. José no escribía D. Fadrique sino muy de tarde en tarde, y cada carta tan breve como una fe de vida.

Al P. Jacinto, aunque D. Fadrique le estimaba y quería de veras, también le escribía poco, por efecto de la repulsión y desconfianza que en general le inspiraban los frailes. Así es que nada se sa-

bía nunca á ciencia cierta en el lugar de las andanzas y aventuras del ilustre marino.

Quien más supo de ello en su tiempo fué el cura Fernández, que, según queda dicho, trató á D. Fadrique y tuvo alguna amistad con él. Por el cura Fernández se enteró D. Juan Fresco, en quien influyó mucho el relato de las peregrinaciones y lances de fortuna de D. Fadrique para que se hiciese piloto y siguiese en todo sus huellas.

Recogiendo y ordenando yo ahora las esparcidas y vagas noticias, las apuntaré aquí en resumen.

D. Fadrique estuvo poco tiempo en el Colegio, donde mostró grande disposición para el estudio.

Pronto salió á navegar, y fué á la Habana en ocasión tristísima. España estaba en guerra con los ingleses, y la capital de Cuba fué atacada por el almirante Pocok. Echado á pique el navío en que se hallaba nuestro bermejino, la gente de la tripulación, que pudo salvarse, fué destinada á la defensa del castillo del Morro, bajo las órdenes del valeroso D. Luis Velasco.

Allí estuvo D. Fadrique haciendo estragos en la escuadra inglesa con sus certeros tiros de cañón. Luego, durante el asalto, peleó como un héroe en la brecha, y vió morir á su lado á D. Luis, su jefe. Por último, fué de los pocos que lograron salvarse cuando, pasando sobre un montón de cadáveres y haciendo prisioneros á los vivos, llegó el general inglés, Conde de Albemarle, á levantar el pabellón británico sobre la principal fortaleza de la Habana.

D. Fadrique tuvo el disgusto de asistir á la capi-

tulación de aquella plaza importante, y, contado en el número de los que la guarnecían, fué conducido á España en cumplimiento de lo capitulado.

Entonces, ya de alférez de navío, vino á Villabermeja, y vió á su padre la última vez.

La reina de las Artillas, muchos millones de duros y lo mejor de nuestros barcos de guerra habían quedado en poder de los ingleses.

D. Fadrique no se descorazonó con tan trágico principio. Era hombre poco dado á melancolías. Era optimista y no quejumbroso. Además, todos los bienes de la casa los había de heredar el mayorazgo, y él ansiaba adquirir honra, dinero y posición.

Pocos días estuvo en Villabermeja. Se fué antes de que su licencia se cumpliera.

El rey Carlos III, después de la triste paz de París, á que le llevó el desastroso *Pacto de familia*, trató de mejorar por todas partes la administración de sus vastísimos Estados. En América era donde había más abusos, escándalos, inmoralidad, tiranías y dilapidaciones. A fin de remediar tanto mal, envió el Rey á Gálvez de visitador á Méjico, y algo más tarde envió al Perú, con la misma misión, á D. Juan Antonio de Areche. En esta expedición fué á Lima D. Fadrique.

Allí se encontraba cuando tuvo lugar la rebelión de Tupac-Amaru. En la mente imparcial y filosófica del bermejino se presentaba como un contra-sentido espantoso el que su Gobierno tratase de ahogar en sangre aquella rebelión, al mismo tiem-

po que estaba auxiliando la de Washington y sus parciales contra los ingleses; pero D. Fadrique, murmurando y censurando, sirvió con energía á su Gobierno, y contribuyó bastante á la pacificación del Perú.

D. Fadrique acompañó á Areche en su marcha al Cuzco, y desde allí, mandando una de las seis columnas en que dividió sus fuerzas el general Valle, siguió la campaña contra los indios, tomando gloriosa parte en muchas refriegas, sufriendo con firmeza las privaciones, las lluvias y los fríos en escabrosas alturas á la falda de los Andes, y no parando hasta que Tupac-Amaru quedó vencido y cayó prisionero.

D. Fadrique, con grande horror y disgusto, fué testigo ocular de los tremendos castigos que hizo nuestro Gobierno en los rebeldes. Pensaba él que las crueldades é infamias cometidas por los indios no justificaban las de un Gobierno culto y europeo. Era bajar al nivel de aquella gente semisalvaje. Así es que casi se arrepintió de haber contribuído al triunfo cuando vió en la plaza del Cuzco morir á Tupac-Amaru, después de un brutal martirio, que parecía invención de fieras y no de seres humanos.

Tupac-Amaru tuvo que presenciar la muerte de su mujer, de un hijo suyo y de otros deudos y amigos: á otro hijo suyo de diez años le condenaron á ver aquellos bárbaros suplicios de su padre y de su madre, y á él mismo le cortaron la lengua y le ataron luego por los cuatro remos á otros tantos caballos para que, saliendo á escape, le hi-

ciesen pedazos. Los caballos, aunque espoleados duramente por los que los montaban, no tuvieron fuerza bastante para descuartizar al indio, y á éste, descoyuntado, después de tirar de él un rato en distintas direcciones, tuvieron que desatarle de los caballos y cortarle la cabeza.

Á pesar de su optimismo, de su genio alegre y de su afición á tomar muchos sucesos por el lado cómico, D. Fadrique, no pudiendo hallar nada cómico en aquel suceso, cayó enfermo con fiebre y se desanimó mucho en su afición á la carrera militar.

Desde entonces se declaró más en él la manía de ser filántropo, especie de secularización de la caridad, que empezó á estar muy en moda en el siglo pasado.

La impiedad precoz de D. Fadrique vino á fundarse en razones y en discursos con el andar del tiempo y con la lectura de los malos libros que en aquella época se publicaban en Francia. El carácter burlón y regocijado de D. Fadrique se avenía mal con la misantropía tétrica de Rousseau. Voltaire, en cambio, le encantaba. Sus obras más impías parecíanle eco de su alma.

La filosofía de D. Fadrique era el sensualismo de Condillac, que él consideraba como el *non plus* ultra de la especulación humana.

En cuanto á la política, nuestro D. Fadrique era un liberal anacrónico en España. Por los años de 1783, cuando vió morir á Tupac-Amaru, era casi como un radical de ahora.

Todo esto se encadenaba y se fundaba en una

teodicea algo confusa y somera, pero común entonces. D. Fadrique creía en Dios y se imaginaba que tenía ciencia de Dios, representándosele como inteligencia suprema y libre, que hizo el mundo porque quiso, y luego le ordenó y arregló según los más profundos principios de la mecánica y de la física. A pesar del *Cándido*, novela que le hacía llorar de risa, D. Fadrique era casi tan optimista como el Dr. Pangloss, y tenía por cierto que todo estaba divinamente bien y que nada podía estar mejor de lo que estaba. El mal le parecía un accidente, por más que á menudo se pasmase de que ocurriera con tanta frecuencia y de que fuera tan grande, y el bien le parecía lo substancial, positivo é importante que había en todo.

Sobre el espíritu y la materia, sobre la vida ultra-mundana y sobre la justificación de la Providencia, basada en compensaciones de eterna duración, D. Fadrique estaba muy dudoso; pero su optimismo era tal, que veía demostrada y hasta patente la bondad del cielo, sin salir de este mundo sublunar y de la vida que vivimos. Verdad es que para ello había adoptado una teoría, novísima entonces. Y decimos que la había adoptado, y no que la había inventado, porque no nos consta, aunque bien pudo ser que la inventase; ya que cuando llega el momento y suena la hora de que nazca una idea y de que se formule un sistema, la idea nace y el sistema se formula en mil cabezas á la vez, si bien la gloria de la invención se la lleva aquél que por escrito ó de palabra le expone con más claridad, precisión ó elegancia.

La idea, ó mejor dicho, la teoría novísima, tal como estaba en la mente de D. Fadrique, era en compendio la siguiente:

Entendía el filósofo de Villabermeja que había una ley providencial y eterna para la historia, tan indefectible como las leyes matemáticas, según las cuales giran en sus órbitas los astros. En virtud de esta ley, la humanidad iba adelantando siempre por un camino de perfectibilidad indefinida; su ascensión hacia la luz, el bien, la verdad y la belleza, no tenía pausa ni término. En esto, el humano linaje, en su conjunto, seguía un impulso necesario. Toda la gloria del éxito era para el Sér Supremo, que había dado aquel impulso; pero, dentro del providencial movimiento que de él nacía, en toda acción, en toda idea, en todo propósito, cada individuo era libre y responsable. El maravilloso trabajo de la Providencia, el misterio más bello de su sabiduría infinita, consistía en concertar con atinada armonía todos aquellos resultados de la libertad humana á fin de que concudiesen al cumplimiento de la ley eterna del progreso, ó en tenerlos previstos con tan divina previsión y acierto, que no perturbasen lo que estaba prescrito y ordenado; así como, aunque sea baja comparación, cuenta el inventor y constructor perito de una máquina con los rozamientos y con el medio ambiente.

Tal manera de considerar los sucesos se avenía bien con el carácter de D. Fadrique, corroborando su desdén hacia las menudencias, y su prurito de calificar de menudencias lo que para los más

de los hombres es importante en grado sumo, y transformando su propensión á la alegría y á la risa en serenidad olimpica, digna de los inmortales.

En su moral no dejaba de ser severo. No había borrado de sus tablas de la ley ni un tilde ni una coma de los mandamientos divinos. Lo único que hacía era dar más vigor, si cabe, á toda prohibición de actos que produzcan dolor, y relajar no poco las prohibiciones de todo aquello que á él se le antojaba que sólo traía deleite ó bienestar consigo.

En aquella edad, pensar así en España y en sus dominios ya hemos dicho que era expuesto; pero D. Fadrique tenía el don de la mesura y del tino, y sin hipocresía lograba no chocar ni lastimar opiniones ó creencias.

Concurría á esto la buena gracia con que se ganaba las voluntades, no con inspirar trivial afecto á todo el mundo, sino inspirándole muy vivo á los pocos que él quería, los cuales valían siempre por muchos para defenderle y encomiarle.

En la primera mocedad, dotado D. Fadrique de tales prendas, y siendo además bello y agraciado de rostro, de buen talle, atrevido y sigiloso, consiguió que lloviesen sobre él las aventuras galantes, y tuvo alta fama de afortunado en amores.

Después de terminada la rebelión de Tupac-Amaru ascendió á capitán de fragata, y su reputación de buen soldado y de sabio y hábil marino llegó á su colmo.

Casi cuando acababan de espirar en el Cuzco los últimos indios parciales de la independencia de

su patria, siendo atenaceados algunos con tenazas candentes antes de ahorcarlos, llegó la nueva á Lima de que habíamos hecho la paz con Inglaterra, logrando la independencia de su colonia, en pro de la cual combatimos.

D. Fadrique pudo entonces obtener licencia para navegar á las órdenes de la Compañía de Filipinas, y salió para Calcuta mandando un navío cargado de preciosas mercaderías. Tres viajes hizo de Lima á Calcuta y de Calcuta á Lima; y como llevaba muy buena pacotilla y un sueldo crecido, y alcanzó ventas muy ventajosas, se halló en poco tiempo poseedor de algunos millones de reales.

En las largas temporadas que D. Fadrique pasó en la India se aficionó mucho á la dulzura de los indígenas de aquel país, y tomó en mayor aborrecimiento el fervor religioso y guerrero de otras naciones. Tippoo, sultán de Misor, se había empeñado en convertir al islamismo á todos los indostaníes y en dilatar su imperio hasta el Cabo Comorín, á donde nunca habían penetrado las huestes de otros conquistadores musulmanes. La horrible devastación del floreciente reino de Travancor, en las barbas de los ingleses, fué la consecuencia de la ambición y del celo musulmico del sultán mencionado. El Gobernador general de la India se resolvió al cabo á vengar y á remediar lo que hubieran debido impedir, y partió de Calcuta á Madrás con muchos soldados, europeos y cipayos, y grandes aprestos de guerra. En aquella ocasión D. Fadrique tuvo el gusto de ganar bastantes rupias, sirviendo una buena causa y conduciendo á Madrás

en su navío, con la autorización debida, tropas, víveres y municiones.

Parece que poco tiempo después de este suceso, y aun antes de que el rajah de Travancor fuese restablecido en su trono, y el sultán Tippoo vencido y obligado á hacer la paz, D. Fadrique, cansado ya de peregrinaciones y trabajos, con la ambición apagada y con el deseo de fortuna más que satisfecho, logró, de vuelta á Lima, obtener su retiro, y se vino á Europa, anhelante de presenciar la gran revolución que en Francia se estaba realizando, cuyos principios se hallaban tan en concordancia con los suyos, y cuya fama llenaba el mundo de asombro.

D. Fadrique, sin embargo, sólo estuvo en París algunos meses: desde fines de 1791 hasta septiembre de 1792. Este tiempo le bastó para cansarse y hartarse de la gran revolución, desengañarse un poco de su liberalismo y dudar de sus teorías de constante progreso.

En Madrid vivió, por último, dos años, y también se desengañó de muchísimas cosas.

Entrado ya en los cincuenta de su edad, aunque sano y bueno, y apareciendo en el semblante, en la robustez y gallardía del cuerpo, y en la serenidad y viveza del espíritu mucho más joven, le entró la nostalgia de que padecen casi todos los bermejinos, y tomó la irrevocable resolución de retirarse á Villabermeja para acabar allí tranquilamente su vida.

Las cartas que escribió á su hermano D. José y á la chacha Ramoncica, que vivían aún, anuncián-

doles su vuelta definitiva y para siempre, fueron breves, aunque muy cariñosas. En cambio, escribió al P. Jacinto una extensa carta, que se conserva aún y que debe ser trasladada á este sitio. La carta es como sigue.

V.

Mi querido P. Jacinto: Ya sabrá V. por mi hermano y por la chacha Ramoncica que estoy decidido á irme á ese lugar á acabar mi vida donde pasé los mejores años y los más inocentes de ella (¡buena inocencia era la mía!), jugando al hoyuelo, á las chapas, al salto de la comba y algunas veces al cané, y andando á pedradas y á mojicones con mis coetáneos y compatriotas.

Entonces estaba yo cerril; pero ya V. se hará cargo de que me he pulido bastante peregrinando por esos mundos, y de que ahora son otras mis aficiones y muy diversos mis cuidados. Los frailes compañeros de V. no tendrán ya necesidad de amenazarme con los Toribios.

Mi estancia en el lugar no traerá perturbación alguna; antes, por el contrario, yo me lisonjeo de que reporte algunas ventajas. He hecho dinero y emplearé ahí mucha parte en fomentar la agricultura. El vino que ahí se produce es abominable y puede ser excelente. Trabajando se logrará hacerle potable y bueno.

Soñando estoy con las agradables veladas que vamos á pasar en el invierno, jugando á la malilla

y al tute, disputando sobre nuestras no muy concordantes teologías, y refiriendo yo á V. mis aventuras en el Perú, en la India y en otras apartadas regiones.

Sé que V., á pesar de los años, está firme como un roble, por lo cual me prometó que ha de dar conmigo largos paseos á caballo y á pie, y ha de acompañarme á cazar perdices. Tengo dos magníficas escopetas inglesas, que compré en Calcuta, y con las cuales he cazado tigres, tan grandes algunos de ellos como horricos. Ya verá V. qué bien le va tirando con cualquiera de estas escopetas á las pacíficas y enamoradas perdices que acuden al reclamo en la estación del cielo.

Á pesar de nuestra edad, hemos de emplearnos todavía, si V. no se opone, en algunas cosas har- to infantiles. Hemos de volver al Pozo de la Solana, como hace cuarenta años, á cazar colorines y otros pajarillos, ya con red, ya con liga y esparto. Téngame V. preparado un buen par de cimbeles.

Todas las cosas de por ahí se me ofrecen á la memoria con el encanto de los primeros años. Entiendo que voy á remozarme al verlas y gozarlas. Tengo gana de volver á comer piñonate, salmorejo, hojuelas, gajorros, pestiños, cordero en caldereta, cabrito en cochifrito, empanadas de boquerones con chocolate, torta-maimón, gazpacho, longanizas y los demás primores de cocina y repostería con que suelen regalarse los sibaritas bermejinos. No por eso romperé con la costumbre contraída en otras tierras, sino que pienso llevar en mi compañía á un gabacho que he traído de

París, el cual condimenta unos manjares que doy por cierto que han de gustar á V., aunque tienen nombres imposibles casi de pronunciar por una boca de Villabermeja; pero ya V. se conven- cerá de que, sin pronunciarlos, los mastica, los saborea, se los traga y le saben á gloria.

Por más extraño que á V. le parezca, llevo tam- bien vino á esa tierra del vino. Yo recuerdo que V. era un excelente catador; que V. tenía un pa- ladar muy fino y una nariz delicadísima. Espe- ro, pues, que ha de comprender y estimar el mé- rito de los vinos de *extranjis* que yo lleve, y que no caerán en su estómago como si cayesen en el sumidero.

Estoy muy contento de que me viva aún la cha- cha Ramoncica. Me han dicho que en su casa sigue todo como antes. Los mismos muebles, la misma criada Rafaela, y hasta el grajo, bien sea el mismo también, que por milagro de nuestro Santo Patro- no vive aún, ó bien sea otro que le reemplazó á tiempo, y parece el fénix renacido de sus cenizas.

Mucha gana tengo de dar un abrazo á la chacha Ramoncica, aunque, dicho sea entre nosotros, yo quería más á la pobre chacha Victoria. ¡Qué noble mujer aquélla! Aseguro á V. que no he hallado igual mujer en el mundo. Si la hubiera hallado, no sería yo solterón. ®

En este punto he sido poco feliz. No he hallado más que mujeres ligeras, casquivanas, frívolas y sin alma. Una sola, allá en Lima, me quiso de ve- ras: con amor fervoroso, pero criminal. Yo tam- bién la quise, por mi desgracia, porque tenía un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1911 - 1912

genio de todos los diablos, y queriéndonos mucho, la historia de nuestros amores se compuso de una serie de peloterías diarias. Aquellos amores fueron pesadilla, y no deleite. Ella era muy devota, había sido una santa y seguía en opinión de tal, porque procedimos siempre con cautela y recato. Sin embargo, en el fondo de su atribulada conciencia, en lo profundo de su mente, orgullosa y fanática á la vez, sentía vergüenza de haber humillado ante mí su soberbia y de haberse rendido á mi voluntad, y tenía miedo y horror de haber dejado por mí el buen camino, ofendiendo á Dios y faltando á sus deberes. Todo esto, sin darse ella mucha cuenta de lo que hacía, me lo quería hacer pagar, considerándome en extremo culpado. Lo que yo tuve que aguantar no tiene nombre. Créame V., P. Jacinto, en el pecado llevé la penitencia. Así es que me harté de amores serios para años, y me dediqué desde entonces á los ligeros. ¿Para qué atormentarse en un asunto que debe ser todo de amenidad, regocijo y alegría?

Quizás por esta razón, y no porque apenas se dé *in rerum natura*, no alcancé nunca el amor de una chacha Victoria joven. Si le hubiera alcanzado, poco tierno soy de corazón, pero no lo dude V., hubiera muerto bendiciéndola, como murió el cadete, ó hubiera conquistado por ella y para ella, no el grado de capitán, sino el mundo.

En fin, ya pasó la mocedad, y no hay que pensar en novelorías.

Yo estoy desengañado y aburrido, si bien con desengaño apacible y suave aburrimiento.

Se me acabó la ambición; no siento apetito de gloria; no aspiro á ser del vano dedo señalado; tengo más bienes de fortuna de los que necesito; estoy sediento de reposo, de obscuridad y de calma, y por todo esto me retiro á Villabermeja; pero no para hacer penitencia, sino para darme una vida regalada, tranquila, llena de orden y bienestar, cuidándome mucho y viendo lo que dura un comendador Mendoza bien conservado. Hasta ahora lo estoy. No parece que tengo cincuenta años, sino menos de cuarenta. Ni una cana. Ni una arruga. Todavía me llaman señorito, y no señor, y no faltan hembras de garbo que me califiquen de real mozo, ofendiendo mi modestia.

Mi mayor desengaño ha sido en mis ideas y doctrinas, si bien no ha sido bastante para hacerme variar.

Dios me perdone si me equivoqué á fuerza de creerle bueno. Yo, creyendo en él y figurándomele como persona, tengo que figurármele todo lo bueno que concibo que una persona puede ser. Por consiguiente, no completando mi concepto de su bondad la gloria de la otra vida por inmensa que sea, supongo en esta vida que vivimos, por más que sirva para ganar la otra, un fin y un propósito en sí, y no sólo el ultramundano. Este fin, este propósito es ir caminando hacia la perfección, y sin alcanzarla aquí nunca, acercarse cada vez más á ella. Creo, pues, en el progreso; esto es, en la mejora gradual y constante de la sociedad y del individuo, así en lo material como en lo moral, y así en la ciencia especulativa como en la que nace

de la observación y la experiencia, y da sér á las artes y á la industria.

El mejor medio de este progreso, y al mismo tiempo su mejor resultado en nuestros días, es, á mi ver, la libertad. La condición más esencial de esta libertad es que todos seamos igualmente libres.

Figúrese V. cuánto me encantaría la revolución francesa y su Asamblea constituyente, que propendía á realizar estos principios míos; que proclamaba los derechos del hombre.

Pedí mi retiro, dejé mi carrera, y vine, lleno de impaciencia, desde el otro hemisferio á bañarme en la luz inmortal de la gran revolución y á encender mi entusiasmo en el sagrado fuego que ardía en París, donde imaginé que estaban el corazón y la mente del mundo.

Pronto se desvanecieron mis ilusiones. Los apóstoles de la nueva ley me parecieron, en su mayor parte, bribones infames ó frenéticos furiosos, llenos de envidia y sedientos de sangre. Ví al talento, á la virtud, á la belleza, al saber, á la elegancia, á todo lo que por algo sobresale en la tierra, ser víctima de aquellos fanáticos ó de aquellos envidiosos. Las hazañas de los soldados de la revolución contra los reyes de Europa coligados no podían admirarme. No me parecían la defensa serena del que confía en su valor y en su derecho, sino el brío febril de la locura, excitada por la embriaguez de la sangre y por medio de asesinatos horribles. París se me antojaba el infierno, y no atino ahora á comprender cómo permanecí tanto

tiempo en él. Todo estaba trocado: la brutalidad se llamaba energía; sencillez el desaliño indecente; franqueza la grosería, y virtud el no tener entrañas para la compasión. Recordaba yo las épocas de mayor tiranía, y no hallaba época alguna peor, sobre todo si se considera que estábamos en el centro de Europa y que llevábamos tantos siglos de civilización y cultura. El tirano no era uno, eran varios, y todos soeces y sucios de alma y de cuerpo.

Huí de París y vine á Madrid. Otra desilusión. Si por allá creí presenciar una abominable y bárbara tragedia, aquí me encontré en un grotesco, asqueroso y lascivo sainete. Por allá sangre; por acá inmundicia.

No por eso apostaté de mi optimismo ni eché á un lado mi doctrina de indefinido progreso. Lo que hice fué reconocer mi error en cálculos de cronología, para los cuales no había contado yo con la feroz y desgredada revolución de Francia.

En vista de esta revolución, el bien relativo, el estado de libertad y de adelantamiento para las sociedades, que yo fantaseaba como inmediato, se hundió hacia adentro, en los abismos del porvenir, lo menos dos ó tres siglos.

Como para entonces no viviré yo, y como en el estado presente del mundo estoy ya harto de la vida práctica, he resuelto refugiarme en la contemplación; y á fin de gozar del espectáculo de las cosas humanas, mezclándome en ellas lo menos posible, voy á tomar asiento, como espectador desapasionado, en la propia Villabermeja.

Mi hermano, que tiene ya una hija casadera, á

quien naturalmente desea que salte un buen novio, se va á vivir á la vecina ciudad, donde ya tiene casa tomada, y á mí me deja á mis anchas y solo en la casa solariega de los Mendozas, donde le daré albergue siempre que venga al lugar para sus negocios.

Yo me atengo al refrán que dice *ó corte ó cortijo*; y ya que me fugo de París y de Madrid, no quiero ciudad de provincia, sino aldea.

En la gran casa de los Mendozas bermejinos voy á estar como garbanzo en olla; pero se llenarán algunos cuartos con la multitud de libros que voy á llevar.

Vamos á tener una vida envidiable; y digo *vamos*, porque supongo y espero que V. me hará compañía á menudo.

Mi determinación es irrevocable, y me voy ahí, para no salir de ahí, salvo cuando vaya, como de paseo á caballo, á visitar á mi hermano y á su familia, en la ciudad cercana, la cual, á pesar de su pomposo título de ciudad, tiene también mucho de pueblo pequeño y rural, con perdón y en paz sea dicho.

Adiós, beatísimo padre. Encomiéndeme V. á Dios, con cuyo favor cuento para escapar de esta confusión ridícula de la corte, y poder pronto darle, en esa encantadora Villabermeja, un apretado abrazo.

VI.

Veinte días después de recibida esta carta por el P. Jacinto, se realizó la entrada solemne en Villabermeja del ilustre Comendador Mendoza.

Desde Madrid á la capital de la provincia, que entonces se llamaba reino, nuestro héroe vino en coche de colleras y empleó nueve días. En la capital de la provincia se encontró con su hermano D. José, con el P. Jacinto y con otros amigos de la infancia, que le estaban aguardando. Entre ellos sobresalía el tío Gorico, maestro pellejero, hábil fabricante de corambres y notabilísimo en el difícil arte de echar botanas á los pellejos rotos. Este había sido el muchacho más diabólico del lugar, después de D. Fadrique, y su teniente cuando las pendencias, pedreas y demás hazañas contra el bando de D. Casimiro.

El tío Gorico no tenía más defecto que el de haberse entregado con sobrado cariño á la bebida blanca. El aguardiente anisado le encantaba. Y como al asomar la aurora por el estrecho horizonte de Villabermeja, el tío Gorico, según su expresión, mataba el gusanillo, resultaba que casi todo el día estaba cala mocano, porque aquel fuego que encendía en su ser con el primer fulgor matutino, se iba alimentando, durante el día, merced á frecuentes libaciones.

Por lo demás, el tío Gorico no perdía nunca la razón: lo que lograba era envolver aquella luz del

cielo en una gasa tenue, en un fanal primoroso, que le hacía ver las cosas del mundo exterior y todo lo interno de su alma y los tesoros de su memoria como al través de un vidrio mágico. Jamás llegaba á la embriaguez completa; y una vez sola, decía él, había tenido en toda su vida alferecía en las piernas. Era, pues, hombre de chispa en diversos sentidos, y nadie tenía mejores ocurrencias, ni contaba más picantes chascarrillos, ni se mostraba más útil y agradable compañero en una partida de caza.

En el lugar gozaba de celebridad envidiable por mil motivos, y, entre otros, porque hacía el papel de Abraham en el paso del Jueves Santo por la mañana tan admirablemente bien, que nadie se le igualaba en muchas leguas á la redonda. Con un vestido de mujer por túnica, una colcha de cama por manto, su turbante y sus barbas de lino, tomaba un aspecto venerable. Y cuando subía al monte Moria, que era un tablado cubierto de verdura, que se elevaba en medio de la plaza, adquiría la majestad patética de un buen actor. Pero en lo que más se lucía, arrancando gritos de entusiasmo, era cuando ofrecía á Isaac al Todopoderoso antes de sacrificarle. Isaac era un chiquillo de diez años lo menos. Con la mano derecha el tío Gorico le levantaba hacia el cielo, y así, extendido el brazo, como si no fuera de hueso y carne, sino de acero firmísimo, permanecía catorce ó quince minutos. Luego venía el momento de las más vivas emociones: el terror trágico en toda su fuerza. Abraham ataba al chiquillo al ara, y sacaba un

truculento chafarote que llevaba al cinto. Tres ó cuatro veces descargaba cuchilladas con una violencia increíble. Las mujeres se tapaban los ojos y daban espantosos chillidos, creyendo ya segada la garganta del muchacho que prefiguraba á Cristo; pero el tío Gorico paraba el golpe antes de herir, como no atreviéndose á consumir el sacrificio. Al fin aparecía un ángel, con alas de papel dorado, en el balcón de las Casas Consistoriales, y cantaba el romance que empieza:

«Detente, detente, Abraham;
No mates á tu hijo Isaac,
Que ya está mi Dios contento
Con tu buena voluntad.»

El sacrificio del cordero en vez del hijo, con lo demás del paso, lo ejecutaba el tío Gorico con no menor maestría.

En más de una ocasión trataron de ganarle, ofreciéndole mucho dinero para que fuese á hacer de Abraham á otras poblaciones; pero él no quiso jamás ser infiel á su patria y privarla de aquella gloria.

D. José, el P. Jacinto, el tío Gorico y los demás amigos, muy contentos de haber abrazado á D. Fadrique, contentísimo también de verse entre los compañeros de su infancia, emprendieron á caballo el viaje á Villabermeja, que, con madrugar y picar mucho, pudo hacerse en diez horas, llegando todos al lugar al anochecer de un hermoso día de primavera, en el año de 1794.

Doña Antonia, mujer de D. José, y sus dos hi-

jos, D. Francisco, de edad de catorce años, y Doña Lucía, que tenía ya diez y ocho, acompañados de la chacha Ramoncica, recibieron con júbilo, con abrazos y otras mil muestras de cariño al Comendador, quien ya tenía por suya la casa solariega. D. José y su familia se habían establecido en la ciudad, y sólo por dos días habían venido al pueblo para recibir al querido pariente.

Este, como era de suyo muy modesto, se maravilló y complació en ver que alcanzaba en Villabermeja más popularidad de lo que creía. Vinieron á verle todos los frailes, desde los más encopetados hasta los legos, el médico, el boticario, el maestro de escuela, el alcalde, el escribano y mucha gente menuda.

Al día siguiente de la llegada la chacha Ramoncica quiso lucirse, y se lució, dando un magnífico *pipiripao*. D. Fadrique, cuando oyó esta palabra, tuvo que preguntar qué significaba, y le dijeron que algo á modo de festín. En cambio, se cuentan aún en Villabermeja los grandes apuros en que estuvo aquella noche la chacha Ramoncica cuando volvió á su casa, cavilando qué sería lo que su sobrino le había pedido para el festín, y que ella ansiaba que le sirviesen, á fin de darle gusto en todo. El vocablo, para ella inaudito, con que su sobrino había significado la cosa que deseaba, casi se le había borrado de la mente. Por último, consultando el caso con Rafaela, y haciendo un esfuerzo de memoria, vino á recomponer el vocablo y á declarar que lo que su sobrino había pedido era *economía*.

—¿Qué es eso, Rafaela?—preguntó á su fiel criada.

Y Rafaela contestó:

—Señora, ¿qué ha de ser? ¡Agorro!

No le hubo, sin embargo. La chacha Ramoncica echó aquel día el bodegón por la ventana.

Al siguiente le tocó lucirse al Comendador, y á pesar de toda su filosofía gozó en el alma de que sus deudos y paisanos viesan maravillados su vajilla de porcelana, su plata y los demás objetos raros ó bellos que de sus viajes había traído, y que había mandado por delante de él con su criado de más confianza. Hasta la extraña fisonomía de éste, que era un indio, pasmó á los bermejinos, con deleite y satisfacción de D. Fadrique. Tuvo además un placer indescriptible en contar sus aventuras y en hacer descripciones de países remotos, de costumbres peregrinas y de casos singulares que había visto ó en los que había tomado parte.

Nada de esto debe movernos á rebajar el concepto que del Comendador tenemos. Por más que parezca pueril, tal vanidad es más común de lo que se cree. ¿Á quién no le agrada, cuando vuelve al lugar de su nacimiento, darse cierto tono, sin ofender á nadie, manifestando cuán importante papel ha hecho en el mundo?

Gente hay que no espera para esto á ir á su lugar. Nacido en uno muy pequeño de Andalucía tuve yo cierto amigo que, como llegase á ser personaje de gran suposición y de muchas campanillas, cifraba su mayor deleite en mandar á su pueblo todos los años un ejemplar de la *Guía de fo-*

rasteros, con registro en las varias páginas en que estaba estampado su nombre. Un año fué la *Guta* con ocho registros, y el pasmo de los lugareños, participado por cartas á mi amigo, le dió un contento que casi rayaba en beatitud ó bienaventuranza.

No es menor el gusto que se tiene en contar lances y sucesos y en describir prodigios. De aquí sin duda el refrán: *de luengas vias, luengas mentiras*. Baste, pues, decir, en elogio de D. Fadrique, que el refrán no rezó con él nunca, porque era la veracidad en persona. Lo que no aseguraremos es que fuese siempre creído en cuanto refirió. Los lugareños son maliciosos y desconfiados; suelen tener un criterio allá á su manera, y á menudo las cosas más ciertas les parecen falsas ó inverosímiles, y las mentiras, por el contrario, muy conformes con la verdad. Recuerdo que un mayordomo andaluz de cierto inolvidable y discreto Duque, que estuvo de embajador en Nápoles, fué á su pueblo con licencia. Cuando volvió le embromábamos suponiendo que habría contado muchos embustes. Él nos confesó que sí, y aun añadió, jactándose de ello, que todo se lo habían creído, menos una cosa.

—¿Qué cosa era esa?—le preguntamos.

—Que cerca de Nápoles—respondió,—hay un monte que echa chispas por la punta.

De esta suerte pudo muy bien nuestro D. Fadrique, sin apartarse un ápice de la verdad, dejar de ser creído en algo, sin que sus paisanos se atreviesen á decirle, como decían al mayordomo del

Duque cuando hablaba del Vesubio: «¡Esa es grilla!»

Al día tercero después de la llegada de D. Fadrique, su hermano D. José y su familia se volvieron á la ciudad; y entonces, con más reposo, pudo entregarse el Comendador á otro placer no menos grato: el de visitar y recordar los sitios más queridos y frecuentados de su niñez, y aquéllos en que le había ocurrido algo memorable. Estuvo en el Retamal y en el Llanete, que está junto, donde le descabalaron dos veces; fué á la fuente de Genazahar y al Pilar de Abajo; subió al Laderón y á la Nava, y extendió sus excursiones hasta el cerro de Jilena y el monte de Horquera, poblado entonces de corpulentas y seculares encinas.

Tomó, por último, D. Fadrique verdadera posesión de su vivienda, arrellanándose en ella, por decirlo así, poniendo en orden los muebles que había traído, colocando los libros y colgando los cuadros.

En estas faenas, dirigidas por él, casi siempre estaba presente el P. Jacinto; y al cabo D. Fadrique quedó instalado, forjándose un retiro, rústico á par que elegante, y una soledad amenísima en el lugar donde había nacido.

VII.

Encantado estaba D. Fadrique con su modo de vivir. Ya leyendo, ya de tertulia ó de paseo con el P. Jacinto, ya de expediciones campestres y vena-

rasteros, con registro en las varias páginas en que estaba estampado su nombre. Un año fué la *Guta* con ocho registros, y el pasmo de los lugareños, participado por cartas á mi amigo, le dió un contento que casi rayaba en beatitud ó bienaventuranza.

No es menor el gusto que se tiene en contar lances y sucesos y en describir prodigios. De aquí sin duda el refrán: *de luengas vias, luengas mentiras*. Baste, pues, decir, en elogio de D. Fadrique, que el refrán no rezó con él nunca, porque era la veracidad en persona. Lo que no aseguraremos es que fuese siempre creído en cuanto refirió. Los lugareños son maliciosos y desconfiados; suelen tener un criterio allá á su manera, y á menudo las cosas más ciertas les parecen falsas ó inverosímiles, y las mentiras, por el contrario, muy conformes con la verdad. Recuerdo que un mayordomo andaluz de cierto inolvidable y discreto Duque, que estuvo de embajador en Nápoles, fué á su pueblo con licencia. Cuando volvió le embromábamos suponiendo que habría contado muchos embustes. Él nos confesó que sí, y aun añadió, jactándose de ello, que todo se lo habían creído, menos una cosa.

—¿Qué cosa era esa?—le preguntamos.

—Que cerca de Nápoles—respondió,—hay un monte que echa chispas por la punta.

De esta suerte pudo muy bien nuestro D. Fadrique, sin apartarse un ápice de la verdad, dejar de ser creído en algo, sin que sus paisanos se atreviesen á decirle, como decían al mayordomo del

Duque cuando hablaba del Vesubio: «¡Esa es grilla!»

Al día tercero después de la llegada de D. Fadrique, su hermano D. José y su familia se volvieron á la ciudad; y entonces, con más reposo, pudo entregarse el Comendador á otro placer no menos grato: el de visitar y recordar los sitios más queridos y frecuentados de su niñez, y aquéllos en que le había ocurrido algo memorable. Estuvo en el Retamal y en el Llanete, que está junto, donde le descabalaron dos veces; fué á la fuente de Genazahar y al Pilar de Abajo; subió al Laderón y á la Nava, y extendió sus excursiones hasta el cerro de Jilena y el monte de Horquera, poblado entonces de corpulentas y seculares encinas.

Tomó, por último, D. Fadrique verdadera posesión de su vivienda, arrellanándose en ella, por decirlo así, poniendo en orden los muebles que había traído, colocando los libros y colgando los cuadros.

En estas faenas, dirigidas por él, casi siempre estaba presente el P. Jacinto; y al cabo D. Fadrique quedó instalado, forjándose un retiro, rústico á par que elegante, y una soledad amenísima en el lugar donde había nacido.

VII.

Encantado estaba D. Fadrique con su modo de vivir. Ya leyendo, ya de tertulia ó de paseo con el P. Jacinto, ya de expediciones campestres y vena-

torias con el mismo Padre y con el iluminado y ameno tío Gorico, el tiempo se deslizaba del modo más grato. Ningún deseo sentía D. Fadrique de ir á otro pueblo, abandonando á Villabermeja; pero D. José tenía cuarto preparado para recibirle en su casa de la ciudad, y sus instancias fueron tales, que no hubo más que ceder á ellas.

El Comendador fué á la ciudad á pasar todo el mes de mayo. Llegó en la tarde del último día de abril, y como el viaje es un paseo, aquella noche estuvo de tertulia hasta cerca de las once, que en 1794 era ya mucho velar. Dos ó tres hidalgos; otras tantas señoras machuchas; dos jóvenes amiguitas de Lucía, sobrina de D. Fadrique; un respetable señor cura y un caballero forastero y muy elegante componían la reunión de casa de D. José, que empezó antes de que anocheciera.

Nadie llamó la atención de D. Fadrique, que era harto distraído. Necesitaba que las personas le gustasen ó le disgustasen para fijarse en ellas, y con gran dificultad acertaba la gente á gustarle, y mucho menos á disgustarle. Así es que, mostrándose muy urbano con todos, apenas reparó en ninguno.

Al toque de oraciones sirvieron el refresco.

Primero pasaron dos criadas repartiendo platos, servilletas y cucharillas de plata; luego entraron otras dos criadas, que traían sendas bandejas llenas de tacillas de cristal con almíbares diferentes. Cada tertuliano fué tomando en su asiento una tacilla del almíbar que más le gustaba. Las criadas de las bandejas pasaron de nuevo recogiendo las tacillas vacías, y rogando á los señores que toma-

sen otra de otro almíbar, como en efecto la tomaron muchos.

La historia, prolija en este punto, cuenta que los almíbares eran de nueces verdes, de cabellos de ángel, de tomate y de hoja de azahar. Hubo también arrope de melocotón.

Las ninfas fregonas, muy compuestas y con muchas flores en el moño, sirvieron luego copitas de rosoli, del que sólo bebieron los caballeros; y por último trajeron el chocolate con torta de bizcocho, polvorones, pan de aceite y hojaldres. Terminó todo con el agua, que en vasos de cristal y en búcaros olorosos repartieron asimismo las criadas.

Duró esto hasta que dieron las ánimas.

El refresco se tomó con toda ceremonia y con pocas palabras. Las sillas pegadas á la pared, y todos sentados sin echar una pierna sobre otra, ni inclinarse de ningún lado, ni recostarse mucho.

Después de tomado el refresco hubo alguna más libertad y expansión, y Lucía se atrevió á rogar al caballero que recitase unos versos.

—Sí, sí—dijeron en coro casi todos los tertulianos;—que recite.

—Recitaré algo de Meléndez,—dijo el joven.

—No, de V.—replicó Lucía.—Sepa V., tío—añadió dirigiéndose al Comendador,—que este señor es muy poeta y gran estudiante. Ya verá usted qué lindos versos compone.

—V. es muy amable, Srta. Doña Lucía. La amistad que me tiene la engaña. Su señor tío de V. va á salir chasqueado cuando me oiga.

—Yo confío tanto en el fino gusto de mi sobri-

na—dijo el Comendador,—que dudo de que se equivoque, por ferviente que sea la amistad que V. le inspire. Casi estoy convencido de que los versos serán buenos.

—Vamos, recítelos V., D. Carlos.

—No sé cuáles recitar que cansen menos, y que á V. que me fía, y á mí que soy el autor, nos dejen airosos.

—Recite V.—contestó Lucía,—los últimos que ha compuesto á Clori.

—Son largos.

—No importa.

D. Carlos no se hizo más de rogar, y con entonación mesurada y cierta timidez que le hubiera hecho simpático, aunque ya por sí no lo fuese, recitó lo que sigue:

El plácido arroyuelo

Rompe el lazo de hielo,

Y desatado en onda cristalina

Fecunda la pradera.

Flora presta sus galas á Chiprina;

Reluce Febo en la celeste esfera,

Y en la noche callada

La casta diosa á su pastor dormido.

Con trémulo fulgor, besa extasiada.

Del techo antiguo á suspender su nido

Ha vuelto ya la golondrina errante;

Dulces trinos difunde Filomena;

El mar se calma, el cielo se serena;

Sólo Céfiro amante,

Oreando la hierba en los alcores,

Y acariciando las tempranas flores,

Con música y aroma el aire agita.

En la rica estación de los amores

Amor en todo corazón palpita;

Pero en el alma del zagal Mirtilo

Halla perpetuo asilo.

Allí ingenioso el dios labra un dechado

De gracia encantadora,

Donde con fiel esmero ha retratado

Á Clori bella, á la gentil pastora,

Por quien Mirtilo muere.

Clori, en tanto, amistosa y compasiva,

Quiere que el zagal viva,

Mas amarle no quiere;

Antes, dicen que piensa dar su mano

Á un rabadán anciano.

Con celos el zagal su pena aumenta,

Y así en la selva oculto se lamenta:

—¡Tú no sabes de amor, encanto mío!

¡Ah! Tu ignorancia virginal te engaña.

Seré merecedor de tu desvío,

Mas no comprendo la ilusión extraña

Que á dar tanta beldad te precipita,

Inútil don, tesoro inmaculado,

Á la vejez marchita.

La amapola del prado

No despliega la pompa de sus hojas,

De púdico amor rojas,

Hasta que el sol derrama

En su velado seno estiva llama;

Ni la rosa se atreve

Á abrir el cáliz entre escarcha y nieve.

No censurara yo que Galatea
 Al ciclope adorase: la hermosura
 Bien en la fuerza y el valor se emplea:
 Bien con estrecho, cariñoso nudo,
 La hiedra cifre firme tronco rudo.
 Mas nunca á quien apenas
 Sostener puede el peso de la vida
 Á llevar sus cadenas,
 Si dulces, graves, el amor convida.
 Huyen del mustio viejo las Camenas;
 Si la flauta de Pan su labio toca,
 Allí perece el desmayado aliento,
 Sin convertirse en melodioso viento,
 Y la risa del sátiro provoca.
 Con vacilante pie mal en el coro
 De ninfas entra; y el alegre giro
 Y canto de las Ménades sonoro,
 Ó con flébil suspiro,
 Ó con dolientes ayes turba acaso;
 Que, en el misterio de la santa orgía,
 Ni el hierofante el tirso le confía,
 Ni él llega hasta la cumbre del Parnaso.
 ¡Ay Clori! ¿Qué demencia te extravía?
 Ya que por tí se pierde
 Mi tierno amor, mi juventud lozana,
 De frescas rosas y de mirto verde
 No ciñas ora una cabeza cana.
 Trepas la vid al álamo frondoso,
 Y á la punzante ortiga
 Deja que adorne el murallón ruinoso.
 ¿Qué riesgo, qué fatiga
 No aceptará mi amor por agradarte?

Por tí en el bosque venceré las fieras;
 Por tí el furor arrostraré de Marte;
 Y el rey de las praderas,
 Cuya bronceada frente
 Arma ostenta terrible, que figura
 De nueva luna el disco refulgente,
 De mi garrocha dura
 Sentirá en la cerviz la picadura.
 El rabadán, por la vejez postrado,
 Tu solícito afán reclamaría,
 ¡Oh Clori! mientras yo, por tu mandado,
 Al abismo del mar descendería,
 Sus perlas para ver en tu garganta,
 Y acosaría al lobo carnícero,
 Su hirsuta piel con plomo ó con acero
 Ganando para alfombra de tu planta.
 Alucinada ninfa candorosa,
 Desecha ese delirio que te lleva
 Á ser del viejo rabadán esposa.
 Pues ¡qué! ¿te he dado en balde tanta prueba
 De amor? Ya ves que por seguirte dejo
 El templo de Minerva y los verjeles
 Por do Betis copioso se dilata.
 De mis padres me alejo,
 Y huyo también de mis amigos fieles
 Para sufrir crueldades de una ingrata.
 No estriba tu desdén en mi pobreza,
 Que no oculta tan bajo sentimiento
 Tu noble corazón, y ni en riqueza
 Me vence el rabadán, ni en nacimiento.
 Sólo un funesto error, una locura,
 ¡Oh Clori! ¡Oh rosa del pensil divino!

Te hará exhalar tu aroma y tu frescura
 Entre las secas ramas del espino;
 Te hará romper el broche delicado,
 No para abril, para diciembre helado.
 No así me hieras, si matarme quieres;
 Mira que así te matas cuando hieres.

No bien terminaron los versos, fueron estrepitosamente aplaudidos por el benévolo auditorio; pero, si hemos de decir la verdad, ni D. José ni Doña Antonia prestaron atención durante la lectura; las señoras mayores se adormecieron con el sonsonte; el señor Cura halló la composición sobrado materialista y mitológica y un poco pesada, y las amiguitas de Lucía más se entusiasmaron con la buena presencia del poeta que con el mérito literario de su obra.

D. Carlos, en efecto, era un morenito muy salado de veintidós á veintitrés años. Sus vivos y grandes ojos resplandecían con el fuego de la inspiración. Su cabellera negra, ya sin polvos, lucía y daba reflejos azulados como las alas del cuervo. Los movimientos de su boca al hablar eran graciosos. Los dientes que dejaba ver, blancos é iguales; la nariz, recta, y la frente, despejada y serena.

Iba D. Carlos vestido con suma elegancia, á la última moda de París. Era todo un petimetre. Parecía el príncipe de la juventud dorada, transportado por arte mágica desde las orillas del Sena al riñón de Andalucía. El cuello de su camisa y el lienzo con que formaba lazo en torno de él, estaban bastante bajos para descubrir la garganta y la

cerviz robusta sobre que posaba airosamente la cabeza. La estatura, más bien alta que mediana, y el talle, esbelto. El calzón ajustado de casimir, la media de seda blanca y el zapato de hebilla de plata, daban lugar á que mostrase el galán la bien formada pierna y un pie pequeño, largo y levantado por el tarso.

Sin duda las niñas contemplaron más todas estas cosas, y se deleitaron más con la dulzura de la voz del señorito que con el que nos atreveremos á calificar de idilio, la mitad de cuyas palabras estaba en griego para ellas.

D. Fadrique había reparado en todo. Como la mayor parte de los distraídos, era muy observador, y prestaba atención intensa cuando se dignaba prestarla.

Los versos le parecieron regulares, no inferiores á los de Meléndez, aunque, ni con mucho, tan buenos como los de Andrés Chénier, que había oído en París. Lo que es el chico le pareció muy guapo.

Advirtió también, con cierto gusto mezclado de zozobra, que Lucía, su sobrina, había escuchado con ademán y gesto propios de quien entiende la poesía, y con cierta afición, que no atinaba él á deslindar si era meramente literaria, ó reconocía otra causa más personal y más honda.

Por lo pronto, en consecuencia de tales observaciones, calificó á su sobrina, de quien hasta entonces apenas había hecho caso, de bonita y de discreta. Se puede decir que la miró concienzudamente por primera vez, y vió que era rubia, blanca, con ojos azules, airosa de cuerpo y muy distin-

guida. De todos estos descubrimientos no pudo menos de alegrarse, como buen tío que era; pero hizo, ó creyó haber hecho, otros descubrimientos, que le mortificaban algo. «Tal vez serán cavilaciones,» decía para sí.

En punto de las diez se acabó la tertulia.

Sola ya la familia, Doña Antonia convocó á los criados, y en compañía de todos, y en alta voz, se rezó el rosario.

Por último, no bastando el chocolate y el refresco, que pudiera pasar por merienda, para gente que comía entonces poco después de mediodía, se sirvió la indispensable cena.

Durante este tiempo D. Fadrique buscó y encontró ocasión de tener un aparte con su sobrina, y le habló de este modo:

—Niña, veo que te gustan los versos más de lo que yo creía.

Ella, poniéndose muy colorada y más bonita desde la primera palabra que el tío pronunció, respondióle, algo cortada:

—¿Y por qué no han de gustarme? Aunque criada en un lugar, no soy tan ruda.

—Basta con mirarte, hija mía, para conocer que no lo eres. Pero el que te gusten los versos no se opone á que puedan gustarte los poetas.

—Ya lo creo que me gustan. Fr. Luis de León y Garcilaso son mis predilectos entre los líricos españoles,—dijo Lucía con suma naturalidad.

Casi se disipó la sospecha de D. Fadrique. Parecía inverosímil tanto disimulo en una muchacha de diez y ocho años, que rezaba el rosario todas las

noches, iba á misa y se confesaba con frecuencia.

D. Fadrique no tenía tiempo para rodeos y perfrasis, y se fué bruscamente al asunto que le mortificaba.

—Sobrina, con franqueza: ¿los versos que hemos oído los ha compuesto D. Carlos para tí?

—¡Qué disparate!—respondió Lucía, soltando una carcajada.

—¿Y por que había de ser disparate?

—Porque nada de aquello me conviene: porque yo no soy Clori.

—Bien pudieras serlo. El poeta no describe á Clori. Afirma vaga é indeterminadamente que Clori es bella, y tú eres bella.

—Gracias, tío; V. me favorece.

—No; te hago justicia.

—Sea como V. guste. Pero dígame V., ¿de dónde sacamos á mi viejo rabadán? porque yo no doy con él.

—Pues mira, yo creí haberle encontrado.

—¿Cómo, tío, si no estaba en la tertulia más que el señor Cura?

—Y yo, ¿no soy nadie?

—¿Qué quiere V. decir con eso?

—Quiero decir que tengo cincuenta años, que te llevo treinta y dos, y que no estoy loco para aspirar á que me quieran; pero los poetas fingen lo que se les antoja, y el barbilindó de D. Carlos puede haber levantado esa máquina de suposiciones absurdas para escribir su idilio. En tal caso, no está muy conforme con la verdad todo aquello de que el viejo rabadán no puede ya con sus huesos, ni

baila, ni corre, ni guerrea, ni es capaz de cazar lobos como el zagal. Con mi medio siglo encima, me apuesto á todo con el tal D. Carlitos. Todavía, si me pongo á bailar el bolero, estoy seguro de que he de bailarle mejor que cuando mi padre me hizo que le bailara á latigazos. Y en punto á pulmones y á resuello, no ya para encaramarme al Parnaso corriendo detrás de las bacantes, no ya para tocar todas las flautas y clarinetes del mundo, sino para mover las aspas de un molino, entiendo que tengo de sobra.

—Pero, tío, si D. Carlos no ha soñado en V. ni ha pensado en mí.

—Vamos, muchacha, no seas hipocritilla. Á mí se me ha metido en la cabeza que ese chico te quiere, que ha sabido que yo venía á pasar aquí un mes, que ha oído decir que yo era viejo, y, con estos datos, el insolente ha supuesto lo demás.

D. Fadrique decía todo esto con risa, para embromar á su sobrina; y, aunque dudoso de su recelo, algo picado de la desvergüenza del poeta, que por otra parte no había dejado de caerle en gracia.

—Tío—dijo por último Lucía con la mayor gravedad que pudo,—V. no es el viejo rabadán. El viejo rabadán es de Villabermeja como V.: hace dos años que está establecido aquí, y merece, en efecto, las calificaciones que le prodiga el poeta, porque está muy asendereado y estropeado. El viejo rabadán se llama D. Casimiro. V. debe de conocerle.

—¡Ya lo creo! ¡Y vaya si le conozco!—dijo el

Comendador recordando á su antiguo adversario y víctima de la niñez.

—Pero entonces, ¿quién es Clori?—añadió en seguida.

—Clori es una linda señorita, muy amiga mía. Su madre vive con gran recogimiento y no sale ni deja salir á su hija de noche. Por eso no ha estado Clori de tertulia; pero es mi vecina, y su madre consiente en que venga conmigo de paseo, en compañía de mi madre. Si mañana quiere V. ser nuestro acompañante, iremos á las huertas, á las diez, después del almuerzo, por sendas en que haya sombra. Clori vendrá, y V. conocerá á Clori.

—Iré con mucho gusto.

—¡Ah, tío! Por amor de Dios, que no se le escape á V. lo de que D. Carlos está enamorado de mi amiga y lo de que ella es Clori. Mire V. que es un secreto. Nadie más que yo lo sabe en la población. Hay que tener mucho recato, porque los padres de ella no quieren más que á D. Casimiro y nada traslucen del amor de D. Carlos. Yo se lo he confiado á V. para que no fuese V. á creer que yo era Clori y que sin razón de ningún género habíamos convertido á V. en viejo rabadán enclenque, á fin de dar motivo á los versos.

—Quedo satisfecho, muchacha, y no diré nada. Te aseguro ya que me interesa tu amiga Clori y que tengo curiosidad de verla.

De esta suerte, de improviso, vino D. Fadrique á tener, apenas llegado, un secreto con su sobrina, y á figurar en intrigas y lances de amor.

Pensando en ello, se retiró á su cuarto, como los

demás se retiraron cada cual al suyo, y durmió hasta las ocho de la mañana, mejor que un mozo de veinte años.

VIII.

Doña Antonia amaneció con un tremendo jaquecazo, enfermedad á que era muy propensa. Tuvo, pues, que guardar cama y no pudo acompañar á paseo á su hija Lucía; pero, como el mal no era de cuidado, y ya Lucía tenía concertado el paseo con su amiga, se decidió que el Comendador las acompañase.

La amiga de Lucía vivía en la casa inmediata. Un muro separaba los patios de una casa y otra. Á la hora convenida, en punto de las nueve y media, pronta ya Lucía para salir y con su tío al lado, gritó desde el patio, al pie del muro:

—Clara (así se llamaba Clorí en la vida real), ¿estás ya lista?

No se hizo aguardar la contestación.

Oyóse primero la voz de una criada que decía:

—Señorita, señorita, Doña Lucía está llamando á su merced.

Un momento más tarde sonó en el patio contiguo una voz argentina y simpática que respondía:

—Allá voy: sal á la calle: ¿para qué he de entrar en tu casa?

Salieron D. Fadrique y Doña Lucía, y hallaron ya á Doña Clara en la puerta.

El Comendador, á pesar de sus distracciones,

miró á Doña Clara con extraordinaria curiosidad. Era una niña de poco más de diez y seis años. El color de su rostro, de un moreno limpio, teñido en las mejillas y en los labios del más fresco carmín. La tez parecía tan suave, delicada y transparente, que al través de ella se imaginaba ver circular la sangre por las venas azules. Los ojos, negros y grandes, estaban casi siempre dormidos y velados por los párpados y las largas y rizadas pestañas; si bien, cuando fijaban la mirada y se abrían por completo, brotaban de ellos dulce fuego y luz viva. Todo en Doña Clara manifestaba salud y lozanía, y, sin embargo, en torno de sus ojos, fingiéndolos mayores y acrecentando su brillantez, se notaba un cerco obscuro, como el morado lirio.

Era Doña Clara más alta que su amiga Lucía, bastante alta también, y, aunque delgada, sus formas eran bellas y revelaban el precoz y completo desenvolvimiento de la mujer. El cabello de Doña Clara era negrísimo, las manos y el pie pequeños, la cabeza bien plantada y airosa.

Ambas amigas iban vestidas de negro, con mantilla y basquiña, y algunas rosas en el peinado.

Lucía dijo á su amiga la indisposición de su madre, y que su tío, el Comendador, recién llegado de Villabermeja, las acompañaría en el paseo. Salvos los cumplimientos y ceremonias de costumbre, no hubo en la conversación nada memorable, hasta que los tres, que iban juntos, salieron de la ciudad y llegaron al campo.

La pequeña ciudad está por todas partes circundada de huertas. Muchas sendas las cortan en di-

versas direcciones. Á un lado y otro de cada senda hay una cerca de granados, zarza-moras, mimbrés y otras plantas. En muchas sendas hay un arroyo cristalino á cada lado; en otras, un solo arroyo. Todas ellas gozan, en primavera, verano y otoño, de abundante sombra, merced á los álamos, corpulentos y frondosos nogales, y demás árboles de todo género que en las huertas se crían.

La tierra es allí tan generosa y feraz, que no puede imaginarse el sinnúmero de flores y la masa de verdura que ciñen las márgenes de los arroyos, esparciendo grato y campestre aroma. Campanillas, mosquetas, violetas moradas y blancas, lirios y margaritas abren allí sus cálices y lucen su hermosura.

El sol radiante, que brilla en el cielo despejado y dora el aire diáfano, hace más espléndida la escena. Increíble multitud de pájaros la anima y alegra con sus trinos y gorjeos. En Andalucía, huyendo de la tierra de secano, buscando el agua y la sombra, se refugian las aves en estos oasis de regadío, donde hay frescura y tupidas enramadas.

Tales eran los sitios por donde paseaba el Comendador con las dos bonitas muchachas. Apenas salieron de la población, tomaron la senda que llaman *del medio*. Ellas cogían flores, se deleitaban oyendo cantar los colorines ó reían sin saber de qué. El Comendador meditaba, sentía gran bienestar, gozaba de todo, aunque más tranquilamente que ellas.

Al llegar á sitio más ancho, no ya á otra senda, sino á un camino, los tres, que, por ser la senda

casi siempre estrecha, habían ido uno en pos de otro, se pusieron en la misma línea. Clara estaba en el centro. Lucía dijo entonces, dirigiéndose á su tío:

—Vamos, ya habrá satisfecho V. su curiosidad. Ésta es Clori. ¿No es verdad que merece haber inspirado el idilio?

Doña Clara, que, si bien más moza que Lucía, era más reflexiva y grave, sintió que su amiga hubiese confiado á su tío aquel secreto, y no pudo reprimir las muestras de su disgusto, frunciendo el entrecejo, poniéndose más seria y tiñéndose al mismo tiempo de grana sus mejillas con la vergüenza y el enojo.

Nada dijo Doña Clara, á pesar de ello; pero Lucía advirtió su disgusto y prosiguió de esta suerte:

—No te ofendas, Clarita. No me motejes de parlanchina. Mi tío me puso anoche entre la espada y la pared, y tuve que confesárselo todo. Tuve que disculparme y que disculpar á D. Carlos. Á mi tío se le metió en la cabeza que él era el viejo rabadán y que yo era Clori. Además, mi tío es muy sigiloso y no dirá nada á nadie. ¿No es verdad, tío?

—Descuide V., señorita—respondió el Comendador, encarándose con Doña Clara, que se puso más encarnada aún:—nadie sabrá por mí quién ha inspirado el idilio, que es, por cierto, precioso. ®

El Comendador advirtió que Clara se tranquilizaba, si bien no acertó, con la turbación, á pronunciar palabra alguna.

Doña Lucía continuó:

—¡Vaya si es precioso el idilio! Créame V., tío:

desde Vicente Espinel hasta nuestra edad, Ronda no ha producido más ingenioso poeta que nuestro amigo D. Carlos de Atienza, ilustre mayorazgo de la mencionada ciudad, el cual vive en Sevilla con sus padres, trata de tomar en aquella Universidad la borla de doctor en ambos derechos, y ahora descuida bastante los estudios por seguir á Clorí, que, desde Sevilla, se ha venido aquí de asiento con su familia, á quien V. sin duda conoce.

—Sobrina, yo no sé si tengo ó no la honra de conocer á la familia de esta señorita, cuyo apellido no me has dicho. ¿Cómo un forastero recién llegado ha de adivinar la familia de quien sólo sabe que se llama Clorí en poesía y Clara en prosa?

—¡Ay, es verdad! ¡Qué distraída soy! No había yo dicho á V. cómo se llamaba mi amiga. Pues bien, tío: esta señorita se llama Doña Clara de Solís y Roldán. Y ahora, ¿qué dice V.? ¿Conoce V. ó no conoce á su familia?

Al oír en boca de Lucía el nombre y apellidos de su amiga y la última inocente pregunta, el Comendador se estremeció, se turbó; el color rojo, que había teñido antes las mejillas delicadas de Clarita, se diría que había pasado con más fuerza á encender el rostro varonil de D. Fadrique, curtido por el sol de la India y por los vientos de los remotos mares.

Lucía, sin advertir la turbación de su tío, siguió diciendo:

—Pero ¿qué digo á su familia? A la misma Clara es posible que V. la conozca, sólo que ya no se acuerda. Cuando era ella chiquirritita, tal vez

cuando ella nació, estaba V. en Lima. Clara es limeña.

Dominándose al cabo el Comendador, contestó á su sobrina:

—Mal puedo acordarme y mal puedo haber olvidado á esta señorita, á quien nunca he visto. Á quien sí he conocido y tratado mucho es á su señor padre; y también, á pesar de la vida retirada y austera que siempre ha hecho, tuve el gusto de tratar y ser amigo de mi señora Doña Blanca Roldán. ¿Cómo está su señora madre de V., señorita?

—Sigue bien de salud—contestó Doña Clara;—pero, entregada como nunca á sus devociones, apenas se deja ver de nadie.

—¿Y el Sr. D. Valentín está bueno?

—Gracias á Dios, lo está,—dijo Clara.

—Se ha retirado ya de la magistratura—añadió Lucía;—ha heredado los cuantiosos bienes de su hermano el mayor, que murió sin hijos, y vive aquí, donde tiene sus mejores fincas, de que Clarita es única heredera.

Como una nueva oleada de sangre subió entonces á la cara del Comendador, enrojeciéndola toda. Reportándose luego, dijo de la manera más natural á su partera sobrina:

—¿Con qué esta señorita, además de ser tan guapa, es muy rica?

—Para estos lugares lo es. ¿No es verdad, tío, que es muy extraño que la quieran casar con Don Casimiro? ¡Si viera V. qué viejo y qué feo está! Vamos, es ofender á Dios. Yo, si fuera el Papa negaba la licencia que habrá que pedirle.

—Pues qué—exclamó D. Fadrique,—¿son ustedes parientes tan cercanos?

—D. Casimiro Solís es el pariente más cercano que tiene mi padre,—contestó Clara.

—Sería su inmediato heredero si Clara no viviese,—añadió Lucía, que no dejaba por contar nada de cuanto sabía, cuando se hallaba entre personas, como Clara y su tío, que le infundían tanta confianza y cariño.

D. Fadrique no llevó adelante la conversación. Quedó callado y como pensativo y melancólico.

En silencio continuaron, pues, paseando hasta que llegaron al *nacimiento*. En mitad de un bosque de encinas y olivos, que pone término á las huertas, se alza un monte escarpado, formado de riscos y peñascos enormes, que parecen como suspendidos en el aire, amenazando derrumbarse á cada momento.

Higueras bravías, jaras de varias especies, romero y tomillo, musgo, retama y otras mil hierbas, plantas y flores, nacen en las hendiduras de aquellas peñas ó cubren los sitios en que no está pelada la roca viva, y hallan alguna capa vegetal donde fijar y alimentar las raíces.

Los peñascos horadados abren paso á diversas grutas ó cuevas en no pocos sitios del cerro, á cuyo pie, más bajo aún que el nivel del camino, están como socavadas las piedras, formando una gruta mayor y de más grande entrada que las otras. En el fondo de esta gruta, que se ve todo sin penetrar allí, brota de una grieta, sin hipérbole alguna, un verdadero río. Por eso se llama

aquel sitio el nacimiento del río, ó sencillamente *el nacimiento*.

El agua que mana de entre las peñas cae con grato estruendo en un estanque natural, cuyo suelo está sembrado de blanquísimas y redondas piedrezuelas. Por aquel estanque se extiende mansa el agua, creando y desvaneciendo de continuo círculos fugaces; mas, á pesar de los círculos, son las ondas de tal transparencia, que al través de ellas se ve el fondo, aunque está á más de vara y media de profundidad, y en él pueden contarse las guijas todas.

En la margen del pequeño lago crecen juncos, juncia, berros y otras plantas acuáticas.

El estanque ó lago llena la gruta y se dilata buen espacio fuera de ella, reflejando el cielo en su cristal. Á derecha y á izquierda hay dos acequias, por donde el agua corre, dividiéndose después en infinitos arroyuelos, y yendo á regar las mil y quinientas huertas que hacen del término de aquella pequeña ciudad un verde y florido paraíso.

Como todo por aquellas cercanías es terreno quebrado, el agua baja á las hondonadas con ímpetu brioso; á veces se precipita en cascadas, y á veces pone en movimiento aceñas, batanes y martinetes. No obstante, cerca del nacimiento el agua va por tierra llana, con sosegada corriente y apacible murmullo, sin que haya ruido mayor en aquella amena soledad que el que produce el nacimiento mismo; el golpe del agua que brota de la peña y cae dentro de la gruta.

Á la orilla del estanque rústico hay varios sauces, y junto al tronco del más alto y frondoso un poyo ó asiento de piedra. Allí estaba sentado el poeta rondeño D. Carlos de Atienza cuando llegaron el Comendador, su sobrina y Doña Clara.

D. Fadrique, como si anhelase apartar de sí tristes y enojosos pensamientos, impropios de su carácter y risueña filosofía, se pasó la mano por la frente, y creyendo que recobraba su serena y alegre condición, dijo en voz alta:

—Hola, ilustre poeta, ¿qué nuevo idilio compone V. en estas soledades?

D. Carlos se levantó del asiento, y yendo hacia los recién venidos, dijo:

—Buenos días, Sr. D. Fadrique. Beso los pies de Vds., señoritas.

El Comendador le allanó el camino para que se viniese con él y con las niñas y los acompañase un rato en el paseo. Habló á D. Carlos de sus estudios, le ponderó lo mucho que le agradaba la poesía, le encomió el idilio y se le hizo repetir.

No podía haber dado mayor gusto á D. Carlos, ni mayor satisfacción de amor propio; porque, como todos los que escriben, han escrito ó escribirán versos en el mundo, era D. Carlos aficionadísimo á recitarlos en presencia de un benévolo y discreto auditorio, y siempre se inclinaba á calificarle de discreto, con tal de que fuese benévolo.

D. Fadrique miró con disimulo, pero con mucha atención, á Clarita mientras que D. Carlos recitó el idilio. Si aún le hubiera quedado la menor duda de que Clara era Clori, la duda se hubiera disipa-

do. Á Clarita, valiéndonos de una expresión en extremo vulgar, si bien muy pintoresca, un color se le iba y otro se le venía mientras los versos duraron. Ya se ponía pálida, ya se cubrían de púrpura sus mejillas. Hasta cuando exclamó D. Carlos recitando:

«Pues ¡que! ¿te he dado en balde tanta prueba
De amor?»

vió ó imaginó ver D. Fadrique que los párpados de Doña Clara se contraían más de lo ordinario, como para recoger y ocultar indiscretas lágrimas, que ansiaban por brotar de los hermosos ojos.

Después de recitados los versos, D. Carlos, menos atrevido en prosa, apenas se acercó á Clara, y no le dijo palabra que todos no oyesen. Sólo con Lucía habló en voz baja y como en secreto.

Los cuatro se internaron, prosiguiendo el paseo y volviendo á la ciudad por otro camino, en medio de una frondosísima alameda. Allí Clara, ó adelantándose ó quedándose atrás y dejando al Comendador con su sobrina, hubiera podido hablar á su placer con D. Carlos; pero no parecía sino que le tenía miedo, que temblaba de oír su voz sin testigo, y que deseaba demostrar á los ojos del Comendador que no quería pertenecer á D. Carlos, sino á D. Casimiro. Ello es que en los lugares más agrestes, Clara no se apartaba del lado de D. Fadrique, como si temiese que saliese una fiera á devorarla y buscarse en él su amparo y defensa.

¿Quién sabe lo que pasaba en aquellos instantes en el alma del Comendador? Lo cierto es que casi

no se atrevía á hablar á Clara; pero de repente, en una ocasión en que D. Carlos y Lucía se adelantaron y se perdieron de vista entre los árboles, el Comendador detuvo á Clara, la contempló de un modo extraño y dulce, y tomando su semblante una expresión solemne y en cierto modo venerable, exclamó:

—¡Hija mía! Es V. muy buena, muy hermosa... inocente de todo; Dios bendiga á V. y la haga tan feliz como merece.

Y diciendo esto, alzó las manos como para bendecir á la muchacha, tomó su cabeza entre ellas y le dió en la frente un beso.

Clara halló, sin duda, muy raro todo aquello, fuera del uso y del estilo común; pero la cara de D. Fadrique estaba tan seria, y su expresión era tan simpática y noble, que, á pesar de las ideas con que personajes devotos habían manchado precozmente la conciencia de la niña, hablándole de pecados y faltas, Clara no pudo ver allí ningún atrevimiento liviano.

Más aún se afirmó en la idea de lo puro é impecable del extraño é inesperado beso, cuando le dijo el Comendador:

—D. Carlos me parece un mozo excelente. ¿Le ama V. mucho?

Había en el acento de D. Fadrique un suave imperio, al que Clara no supo resistir.

—Le he amado mucho— contestó,—pero yo acertaré á no amarle. He sido muy culpada. Sin que lo sepa mi madre le he querido. En adelante no le querré. Seré buena hija. Obedeceré á mi ma-

dre. Ella sabe mejor que yo lo que me conviene.

D. Fadrique no se atrevió á replicar ni á hacer un discurso subversivo de la autoridad materna.

Á poco volvieron á reunirse en un solo grupo los cuatro.

Antes de entrar de nuevo en la ciudad, D. Carlos se despidió del Comendador y de las dos señoritas, y se fué por otros sitios.

Apenas Lucía y su tío dejaron á Clara á la puerta de su casa, el tío preguntó á la sobrina:

—¿Qué te ha dicho D. Carlos?

—¿Qué ha de decir? Que está desesperado; que Clara le desdenna, que le rechaza, y que, por obedecer á su madre, se casará con D. Casimiro.

—Y D. Valentín, ¿qué hace?

—Nada. ¿Qué quiere V. que haga? Pues qué, ¿ignora V. que D. Valentín es un gurrumino? Una mirada de Doña Blanca le confunde y aterra; una palabra de enojo de aquella terrible mujer hace que tiemble D. Valentín como un azogado.

—De suerte que Doña Blanca es quien ha decidido el casamiento de Clara con D. Casimiro.

—Sí, tío: en esa casa Doña Blanca es quien lo decide todo. Ella manda y los demás obedecen. No se atreven á respirar sin su licencia. No se puede negar que Doña Blanca tiene mucho talento y es una santa. Sabe más de las cosas de Dios que todos los predicadores juntos. Reza muchísimo; lee y estudia libros piadosos; lleva una vida ejemplar y penitente, y hace muchas limosnas á los pobres y á las iglesias; pero, á pesar de tantas virtudes y excelentes prendas, nada tiene de ama-

ble. Antes al contrario, es terrible. Á mí me pone miedo.

—No lo dudo, sobrina: ya era como tú la describes cuando yo la conocí.

—¡Ay, tío! ¿Y la veía V. con frecuencia?

—No con frecuencia, sobrina, pero al fin la traté algo.

—No extrañe V. que en una semana no vengan á casa, ni para cumplir. Doña Blanca vive con la mente tan lejos de todo, y se resiste tanto á que le cuenten cosas del mundo exterior, que distraigan su espíritu de la contemplación íntima en que vive, que de seguro ni ella ni su pobre marido sabrán que V. ha llegado. D. Valentín no creo que sea hombre muy interior, espiritual y contemplativo; pero, como tiene tanto miedo á su mujer y quiere darle gusto siempre, vive también á lo místico, apartado del trato humano, y yo le juzgo capaz de azotarse con unas disciplinas, no tanto por amor de Dios, cuanto por amor y por miedo de Doña Blanca.

D. Fadrique escuchaba y callaba. No tenía humor de despegar los labios. Lucía, que era aficionada á hablar, soltó la tarabilla y prosiguió diciendo:

—¡Pobre Clara! Figúrese V. lo divertida que estará. Yo no lo dudo: ella se irá al cielo; pero ¿qué no puede ir uno al cielo con menos trabajo? No acierto á ponderar á V. los prodigios de astucia, los portentos de habilidad, aunque esté mal que yo me alabe, que he tenido que hacer para ganar-me un poco la voluntad y la confianza de Doña

Blanca y lograr que su hija se trate conmigo y salga á veces en mi compañía. Si no fuera por mí, Clara estaría como enterrada en vida, entre cuatro paredes. No sé cómo ha podido entenderse con D. Carlos. Gracias á que él es muy listo y capaz de todo. Clara ha estado con él, no diré que en relaciones, sino casi en relaciones. Ello es que Clara le amaba. Luego ha tenido remordimientos de amar á un hombre á escondidas de su madre, y sobre todo cuando su madre la destina para otro. Así es que ahora rechaza al pobre D. Carlos, y el infeliz zagal Mirtilo se muere de pena.

El Comendador oía con interés á su sobrina, y no ponía en la conversación ni una exclamación siquiera. Parecía que se había quedado mudo ó que no sabía qué decir.

—Clara—prosiguió Lucía,—ahora que cree pecado amar á D. Carlos, y que no halla posible oponerse á la voluntad de su madre, piensa á veces en ser monja; pero ni este deseo se atreve á confiar á su madre. Considera ella, en primer lugar, que no es buena su vocación; que quiere tomar el velo por despecho y como desesperada; y, por otra parte, cree que decir á su madre que quiere ser monja es un acto de rebeldía, es oponerse á su voluntad de casarla con D. Casimiro. ¿Qué piensa V. de la situación de mi desgraciada amiga?

Interrogado tan directamente el Comendador, tuvo al cabo que romper el silencio; pero respondió con laconismo:

—Mala es, en verdad, la situación; pero ¿quién sabe? Todo tiene remedio menos la muerte. Entre

tanto—añadió D. Fadrique, hablando con lentitud y bajo, dejando caer las palabras una á una, como si le costasen grandes esfuerzos, y como si en vez de responder á su sobrina hablase consigo mismo y á sí propio se respondiese;—entre tanto, Doña Blanca es discreta, es piadosa y es buena madre. Razones de mucho peso tiene... sin duda... para querer casar á su hija con D. Casimiro. En fin, muchacha, sigue siendo buena amiga de Clara; pero no caviles ni formes juicios acerca de la conducta de Doña Blanca. Voy, además, á hacerte otra súplica.

—Mande V., tío.

—Es algo difícil lo que exijo de tí.

—¿Por qué?

—Porque te gusta hablar, y lo que exijo es que calles.

—¿Y qué he de callar? Ya verá V. cómo me callo. Yo no quiero que V. se disguste y forme mal concepto de mí.

—Pues bien: calla que me has puesto al corriente de los amores de D. Carlos y Doña Clara, y calla también cuanto sabes acerca de estos amores.

—¡Tío, por amor de Dios! No me crea V. tan amiga de contarle todo. El pícaro idilio tiene la culpa. Sin el idilio, ni á V. le hubiera yo confiado nada.

Oído esto, sonrió el Comendador á su sobrina; y como ya estaban en la casa, se apartó de la muchacha, yéndose algo meditabundo y ensimismado, cual si procurase resolver un difícil problema.

IX.

Mientras el Comendador y Lucía tenían el diálogo de que acabamos de dar cuenta, Clara había entrado en el cuarto de su madre.

Doña Blanca estaba sentada en un sillón de brazos. Delante de ella había un velador con libros y papeles. D. Valentín estaba allí, sentado en una silla, y no muy distante de su mujer.

El aspecto de Doña Blanca era noble y distinguido. Vestida con sencillez y severidad, todavía se notaban en su traje cierta elegancia y cierto señorío. Tendría Doña Blanca poco más de cuarenta años. Bastantes canas daban ya un color ceniciento á la primitiva negrura de sus cabellos. Su semblante, lleno de gravedad austera, era muy hermoso. Las facciones, todas de la más perfecta regularidad.

Era Doña Blanca alta y delgada. Sus manos, blancas, parecían transparentes. Sus ojos, negros como los de su hija, tenían un fuego singular é indefinible, como si todas las pasiones del cielo y de la tierra y todos los sentimientos de ángeles y diablos hubiesen concurrido á crearle.

D. Valentín, tímido y pacífico, enamorado de su mujer en los primeros años de matrimonio, y lleno después de consideración hacia ella, no se atrevía á chistar en su presencia, si ella no le mandaba que hablase.

Era D. Valentín un virtuoso caballero, pero dé-

tanto—añadió D. Fadrique, hablando con lentitud y bajo, dejando caer las palabras una á una, como si le costasen grandes esfuerzos, y como si en vez de responder á su sobrina hablase consigo mismo y á sí propio se respondiese;—entre tanto, Doña Blanca es discreta, es piadosa y es buena madre. Razones de mucho peso tiene... sin duda... para querer casar á su hija con D. Casimiro. En fin, muchacha, sigue siendo buena amiga de Clara; pero no caviles ni formes juicios acerca de la conducta de Doña Blanca. Voy, además, á hacerte otra súplica.

—Mande V., tío.

—Es algo difícil lo que exijo de tí.

—¿Por qué?

—Porque te gusta hablar, y lo que exijo es que calles.

—¿Y qué he de callar? Ya verá V. cómo me callo. Yo no quiero que V. se disguste y forme mal concepto de mí.

—Pues bien: calla que me has puesto al corriente de los amores de D. Carlos y Doña Clara, y calla también cuanto sabes acerca de estos amores.

—¡Tío, por amor de Dios! No me crea V. tan amiga de contarle todo. El pícaro idilio tiene la culpa. Sin el idilio, ni á V. le hubiera yo confiado nada.

Oído esto, sonrió el Comendador á su sobrina; y como ya estaban en la casa, se apartó de la muchacha, yéndose algo meditabundo y ensimismado, cual si procurase resolver un difícil problema.

IX.

Mientras el Comendador y Lucía tenían el diálogo de que acabamos de dar cuenta, Clara había entrado en el cuarto de su madre.

Doña Blanca estaba sentada en un sillón de brazos. Delante de ella había un velador con libros y papeles. D. Valentín estaba allí, sentado en una silla, y no muy distante de su mujer.

El aspecto de Doña Blanca era noble y distinguido. Vestida con sencillez y severidad, todavía se notaban en su traje cierta elegancia y cierto señorío. Tendría Doña Blanca poco más de cuarenta años. Bastantes canas daban ya un color ceniciento á la primitiva negrura de sus cabellos. Su semblante, lleno de gravedad austera, era muy hermoso. Las facciones, todas de la más perfecta regularidad.

Era Doña Blanca alta y delgada. Sus manos, blancas, parecían transparentes. Sus ojos, negros como los de su hija, tenían un fuego singular é indefinible, como si todas las pasiones del cielo y de la tierra y todos los sentimientos de ángeles y diablos hubiesen concurrido á crearle.

D. Valentín, tímido y pacífico, enamorado de su mujer en los primeros años de matrimonio, y lleno después de consideración hacia ella, no se atrevía á chistar en su presencia, si ella no le mandaba que hablase.

Era D. Valentín un virtuoso caballero, pero dé-

bil y pusilánime. Había sido, por amor y respeto á su honra, un magistrado íntegro. Nada había podido apartarle del cumplimiento de su deber, y hasta había mostrado admirable entereza fuera de casa, donde la entereza, por grande que deba ser, basta con que dure un instante; pero en la casa, con la doméstica tiranía de una mujer dotada de voluntad de hierro, cuya presión es perpetua é incesante, D. Valentín no había sabido resistir, y había abdicado por completo. La hacienda, los negocios, la educación de la hija, todo dependía y todo era dirigido y gobernado por Doña Blanca.

El aspecto de D. Valentín era insignificante y neutral.

Ni alto ni bajo, ni pelinegro ni rubio, ni flaco ni gordo. Parecía, con todo, un señor, por decirlo así, muy correcto en sus modales, en su continente y en su habla. La devota sumisión á su mujer añadía á dicha calidad de correcto una tintura de mansedumbre.

D. Valentín había sido en su mocedad muy buen católico, pero sin fervor penitente y sin inclinaciones místicas y contemplativas. Ahora, por no desazonar á su mujer, se esforzaba por remedar á San Hilarión ó á San Pacomio.

Tenía D. Valentín cerca de sesenta años de edad, pero parecía mucho más viejo, porque no hay cosa que envejezca y arruine más el brío y la fortaleza de los hombres que esta servidumbre voluntaria y espantosa, á que por raro misterio de la voluntad se someten muchos, cediendo á la persistencia endemoniada de sus mujeres.

No bien entró Clara en el cuarto, Doña Blanca le preguntó:

—¿Dónde has estado, niña?

—Mamá, en *el nacimiento*.

—No sé cómo tiene pies mi señora Doña Antonia para dar paseos tan disparatados. Con ir y volver, eso es andar cerca de una legua.

—Doña Antonia no ha estado hoy con nosotras, —dijo Clara, no atreviéndose á mentir, ni siquiera á disimular.

El rostro de Doña Blanca tomó cierta expresión de sorpresa y de notable desagrado.

—Entonces ¿quién os ha acompañado en el paseo?—preguntó Doña Blanca.

—No se enoje V., mamá: hemos ido bien acompañadas.

—Sí; pero ¿por quién? ¿Por alguna fregona? ¿Por alguna tía cualquiera?

—Mire V., mamá, Doña Antonia tenía la jaqueca y no pudo acompañarnos. En su lugar ha venido con nosotras el tío de Lucía.

—¿Y quién es ese tío?

—Un señor marino que estuvo en la India y en el Perú, que dice que conoce á V., que hace poco ha venido á vivir á Villabermeja, y que anoche llegó aquí á pasar una temporada.

—Ese es el Comendador Mendoza, —dijo D. Valentín, con cierto júbilo de saber que había llegado un antiguo amigo.

—Justamente, papá, así se llama: el Comendador Mendoza; un señor muy fino, si bien algo raro.

—Oye, Blanca, será menester que vayamos á

ver al Comendador, que vive sin duda en casa de su hermano,—exclamó D. Valentín.

—Cumpliremos con ese deber que la sociedad nos impone—dijo Doña Blanca con reposo y dignidad serena;—pero tú, Clara, no debes volver á salir de paseo ni tratarte con ese hombre malvado é impío. Si la santa fe de nuestros padres no estuviera tan perdida; si las perversas doctrinas del filosofismo francés no nos hubiesen inficionado, ese hombre, en vez de vestir el honroso uniforme de la marina, vestiría el sambenito; en vez de andar libre por ahí, piedra de escándalo, fermento de impiedad, levadura del infierno, corrompiendo lo que aún en el cuerpo social se conserva sano, estaría en los calabozos de la Inquisición ó ya hubiera muerto en la hoguera.

Clara se aterró al oír en boca de su madre aquella diatriba. Se representó en su mente al Comendador como á un personaje endiablado; y, acordándose del tierno beso que de él había recibido, se llenó toda de espanto y de vergüenza.

D. Valentín, con el recuerdo del Comendador, que le trafa á la imaginación mejores tiempos, cuando él estaba menos viejo y menos sumiso, se sentía, contra su costumbre, con ánimo de contradecir y no someterse del todo. Así es que dijo:

—¡Válgame Dios, mujer, qué falta de caridad es esa! Eres injusta con nuestro antiguo amigo. No te negaré yo que era algo *esprit fort* en su mocedad, pero ya se habrá enmendado. Por lo demás, siempre fué el Comendador pundonoroso, hidalgo y bueno. ¿Qué tienes tú que decir contra su moralidad?

—Cállate, Valentín, que no dices más que sandeces. Y las llamo sandeces, por no calificarlas de blasfemias. ¿Qué moralidad, qué hidalguía, qué virtud puede haber donde faltan la religión y las creencias, que son su fundamento? Sin el santo temor de Dios toda virtud es mentira y toda acción moral es un artificio del diablo para engañar á los bobos que presumen de discretos y que no subordinan su juicio á los que saben más que ellos. Ya lo he dicho y lo repito: el Comendador Mendoza era un impío y un libertino, y seguirá siéndolo. Nosotros iremos á visitarle para no chocar, procurando no hallarle en casa y ver sólo á Doña Antonia y á su bendito marido. En cuanto á Clarita, se buscará un pretexto cualquiera para que no salga más con Lucía, exponiéndose á ir en compañía de ese renegado, jacobino, volteriano y ateo. Primero confiaría yo á Clara al cuidado de la más vil y pecadora de las mujeres. Esta mujer, con el auxilio de la religión, puede regenerarse y llegar á ser una santa; pero de quien niega á Dios ó le aborrece, del empedernido de toda la vida, ¿qué esperanza es lícito concebir?

Clarita y D. Valentín se compungieron y amilanaron con el sermón de Doña Blanca, y nada supieron contestarle.

Quedó, pues, resuelto que Clarita, por culpa del Comendador y para que no se contaminase, no volvería á pasear con Lucía.

X.

Las resoluciones de Doña Blanca Roldán eran irrevocables y efectivas. Ella sabía darles cumplimiento con calma persistente.

Una mañana, después de oír misa con D. Valentín, estuvo Doña Blanca á visitar á Doña Antonia y á felicitarla por la venida de su cuñado; y fué con tal tino, que no se hallaba el Comendador en casa.

Ni antes ni después de esta visita se dejaron ver Doña Blanca y D. Valentín de sus vecinos y amigos. Retirados siempre en el fondo del antiguo caserón en que vivían, y pretextando enfermedades, no recibían visitas, á pesar de lo difícil y odioso que es negarse á recibir, estando en casa, cuando se vive en un pueblo pequeño.

En balde intentó repetidas veces Lucía sacar á paseo á Clara. Siempre que envió recado, le contestaron que Clara estaba mal de salud ó muy ocupada y que le era imposible salir.

Lucía fué ella misma á ver á Clara, y sólo dos veces pudo verla, pero en presencia de su madre.

Estas pruebas de retraimiento y hasta de desvío estaban suavizadas por una extremada cortesía de parte de Doña Blanca; aunque bien se dejaba conocer que si esta señora ponía de su parte cuantos medios le sugería su urbanidad á fin de no dar motivo de agravio, preferiría agraviar, si por agravia-

do se daba alguien, á cejar un punto en su propósito.

Fuera del día en que visitó á Doña Antonia, no ponía Doña Blanca los pies en la calle sino de madrugada, para ir á la iglesia, á misa y demás devociones, D. Valentín la acompañaba casi siempre, como un lego ó doctrino humilde, y Clara la acompañaba siempre, sin osar apenas levantar los ojos del suelo.

Lucía, cavilando sobre las causas de aquella poco menos que completa ruptura de relaciones, llegó á temer que Doña Blanca hubiese averiguado los amores de Clara con D. Carlos de Atienza, la presencia de éste en la ciudad y la entrada y protección con que contaba en su casa.

Doña Clara no hablaba á solas ni escribía á su amiga; por los criados nada podía averiguarse, porque los de Doña Blanca eran forasteros casi todos, y ó no tenían confianza en la casa, ó hacían una vida devota y apartada, imitando y complaciendo así á sus amos.

Sólo podía afirmarse que la única persona que entraba de visita en casa de D. Valentín era su cercano pariente D. Casimiro.

De esta suerte se pasaron diez días, que á D. Carlos, á Lucía y al Comendador parecieron diez siglos, cuando al anoecer, en una hermosa tarde, el Comendador estaba en el patio de la casa sólo con su sobrina. Esta traía con su tío una conversación muy animada, mostrándole las plantas y las flores que en arriates y en multitud de tiestos adornaban aquel patio, contiguo, como ya hemos di-

cho, al de la casa de D. Valentín. Salvando el muro divisorio, la voz de ambos interlocutores podía llegar al patio inmediato. La voz llegó, en efecto, porque en medio de la conversación sintieron Lucía y el Comendador el ruido de un pequeño objeto pesado que caía á sus pies. Lucía se bajó con prontitud á recogerle, y no bien le tuvo en la mano, dijo á su tío, toda alborozada y en voz baja:

—Es una carta de Clarita. ¡Qué buena es! Me quiere de veras. Menester es conocerla como yo la conozco, para estimar lo que vale esta fineza de su amistad. ¡Burlar por mí la vigilancia de su madre! ¡Escribirme furtivamente! Calle V... tío... si parece imposible. ¡Por mí, esa infeliz, que es una santa, ha faltado á su deber de obediencia filial! ¿Y cómo, dónde, á qué hora habrá podido escribirme? Vamos... si le digo á V. que es un milagro de cariño. Y la picarita ¿con qué angustia habrá estado espiando la ocasión de echarme la carta, segura de que yo la recogería? ¡Benditas sean sus manos!

Y diciendo esto había desatado el papel de la china en que venía liado con un hilo, y se diría que quería comérsele á besos.

—Ven á leer esa carta—dijo el Comendador,—donde haya luz y donde no vengan á interrumpirnos. En el despacho no hay nadie y ahora acaban de encender el velón. Ven, que es ya de noche y aquí no verás.

Lucía fué al despacho con su tío, y con acento conmovido, casi al oído del Comendador, leyó lo siguiente:

«Mi querida Lucía: De sobra conoces tú lo mu-

cho que te quiero. Considera, pues, cuánto me affigirá verte tan poco y no poder hablarte. Mi madre lo exige, y una buena hija debe complacer á su madre. No creas que mi madre ha sospechado nada de mis desenvolturas con D. Carlos de Atienza. Me echo á temblar al representarme que hubiera podido sospecharlo. Nadie sabe más que tú, el Comendador y yo, que D. Carlos me pretende; pero Dios sabe mi pecado, del que estoy arrepentida. Ha sido enorme perversidad en mí dar alas á ese galán con miradas dulces y profanas sonrisas... casi involuntarias... te lo juro. No por eso me pesan menos en la conciencia. Algo he hecho yo, ó arrastrada por mi maldad nativa, ó seducida por el enemigo común de nuestro linaje, para alborotar á ese mozo, hacerle abandonar su universidad y sus estudios, y moverle á venir aquí en persecución mía. En medio de todo, hartamente tengo que agradecer á Jesús y á María Santísima, que se apiadan de mí, á pesar de lo indigna que soy, y disponen que no se solemnice mi falta con el escándalo. Favor sobrenatural del cielo es, sin duda, el que siga oculto el móvil que ha impulsado á Don Carlos á venir aquí. La gente cree que vino y está aquí por tí, ¡Cuánto debo agradecerte que cargues con esta culpa! Si yo no hubiera sido atrevida, si yo no hubiera animado á D. Carlos, si yo hubiera tenido la severidad y el recato convenientes, no me vería ahora en tan amargo trance. ¡Ay, mi querida Lucía! El corazón humano es un abismo de iniquidad... y de contradicciones. ¿Quieres creer que, si por un lado me desespero de haber dado

oportunidad para que D. Carlos haya venido persiguiéndome, por otro lado me lisonjea, me encanta que haya venido, y advierto que si no hubiera venido sería yo más desgraciada? En medio de todo... no lo dudes... yo soy muy mala. Estoy avergonzada de mi hipocresía. Estoy engañando á mi madre, que es tan perspicaz. Mi madre me juzga demasiado buena... y vela por mí, como el avaro por su tesoro, cuando el tesoro está ya perdido. No acierto á decírtelo para que no te enojés, y, no obstante, quiero decírtelo. No cumpliría con un deber de conciencia si no te lo dijese. La causa de que mi madre me aparte de tí es tu tío. A mí me pareció un caballero muy fino y bueno; pero mi madre asegura ¡qué horror! que no cree en Dios. ¿Es posible ¡hija mía! que hiera el demonio con tan abominable ceguedad los ojos de algunas almas? ¿Se comprende que la copia, la imagen, la semejanza, renieguen del original divino, que les presta el único valor y noble ser que tienen? Si ello es cierto, si el Comendador está obcecado en sus impiedades, ármate de prudencia y pide al cielo que te salve. Procura también traer á tu tío al buen camino. Tú tienes extraordinario despejo y don de expresarte con primor y entusiasmo. El Altísimo, además, se vale á menudo de los débiles para sus grandes victorias. Acuérdate de David, mancebo, que era un pastorcillo sin fuerzas, y venció y derribó al gigante en el valle del Terebinto. ¿Cuántas hermanas, hijas, madres y esposas no han logrado convencer á sus descarriados maridos, hermanos, hijos ó padres? Á glo-

ria parecida debes aspirar tú, y Dios te premiará y te dará brío para alcanzarla. En cuanto á mí, aun siendo tan niña, soy una miserable pecadora, y bastante tarea tengo con llorar mis locuras y apaciguar la tempestad de encontrados sentimientos que me destrozan el pecho. Dame la última y mayor prueba de amistad. Persuade á D. Carlos de que no le amo. Dile que se vuelva á Sevilla y me deje. Convéncele de que soy fea, de que gusto de D. Casimiro, de que mi ingratitud hacia él merece su desprecio. Yo debiera haberle hablado en este sentido; pero soy tan débil y tan tonta, que no hubiese atinado á decírselo, y tal vez le hubiera inducido estúpidamente á que creyese todo lo contrario. Por amor de Dios, Lucía de mi alma, despíde por mí á D. Carlos. Yo no puedo, no debo ser suya. Que se vaya; que no disguste por mí á sus padres; que no pierda sus estudios; que no motive un escándalo cuando se sepa que vino por mí y que yo soy una malvada, provocativa, seductora, quién sabe... Adiós. Estoy apuradísima. No tengo á nadie á quien confiar mis cosas, con quien desahogar mis penas, á quien pedir consejo y remedio. Espero con ansia la llegada del P. Jacinto, que es el oráculo de esta casa. Sé que lo que yo le diga caerá como en un pozo, y que sus consejos son sanos. Es el único hombre que tiene algún imperio sobre mi madre. ¿Cuándo vendrá de Villabermeja? Adiós, repito, y ama y compadece á tu—CLARA. »

XI.

Esta carta inocente, tan propia de una niña de diez y seis años, discreta y educada con devoción y recogimiento, gustó mucho al Comendador; pero también le dió no poco que pensar. No entraremos nosotros en el fondo de su alma á escudriñar sus pensamientos, y nos limitaremos á decir que tomó tres resoluciones, de resultas de aquella lectura.

Fué la primera buscar modo de ver y de hablar á la severísima Doña Blanca; la segunda, sondear bien el ánimo de D. Carlos para conocer hasta qué punto amaba de veras á la niña y merecía su amor, y la tercera, tratar con el P. Jacinto y proporcionarse en él un aliado para la guerra que tal vez tendría que declarar á la madre de Clarita.

Á fin de conseguir lo primero, en vez de escribir pidiendo una audiencia, que con cualquier pretexto y muy políticamente se le hubiera negado, discurrió D. Fadrique levantarse al día siguiente de madrugada, aguardar en la calle á Doña Blanca cuando ella saliese para acudir á la iglesia, é ir derecho á hablarle, sin miedo alguno.

Así lo hizo el Comendador. Doña Blanca, antes de las seis, apareció en la calle con Clarita y Don Valentín. Iban á misa á la Iglesia Mayor. Apenas los vió salir D. Fadrique, se acercó muy determinado, y saludando cortesmente con sombrero en mano, dijo:

—Beso á V. los pies, mi señora Doña Blanca.

Dichosos los ojos que logran ver á V. y á su familia. Buenos días, amigo D. Valentín. Clarita, buenos días.

D. Valentín, al oírse llamar amigo tan blandamente y por una voz conocida y simpática, no se pudo contener; no reflexionó, se dejó llevar del primer ímpetu cariñoso y se fué hacia D. Fadrique con los brazos abiertos. Por dicha, no obstante, D. Valentín tenía la inveterada costumbre de no hacer la menor cosa sin mirar antes á su mujer para notar la cara que ponía y si le retraía de consumir ó le alentaba á que consumase su conato de acción. Á pesar, pues, de lo entusiasmado que iba á abrazar á D. Fadrique, el instinto le indujo á que mecánicamente volviera la cara hacia Doña Blanca antes de llegarse á dar el abrazo. Indescriptible es lo que vió entonces en los fulminantes ojos de su mujer. Casi no se puede describir el efecto que le produjo aquella mirada. Creyó D. Valentín leer en ella el más profundo desdén, como si le acusase de una humillación estólida, de una bajeza infame; y creyó ver, al mismo tiempo, la ira y la prohibición imperiosa de que llevase á cabo lo que se había lanzado á ejecutar. El terror sobrecogió de tal suerte el ánimo de D. Valentín, que se paró, se quedó inmóvil de súbito, como si se hubiera convertido en piedra. Sólo con voz apagada y apenas perceptible exhaló, por último, como lánguido suspiró, un

—Buenos días, Sr. D. Fadrique.

—Buenos días,—dijo también Clara, no con más aliento que su padre.

Doña Blanca miró de pies á cabeza al Comendador, y con reposo y suave acento, sin alterarse ni descomponerse en lo más mínimo, le habló de esta manera:

—Caballero: Dios, que es infinitamente misericordioso, tenga á V. en su santa guarda. No por amor suyo, de que V. carece, sino por el mundano honor de que V. se jacta y por los respetos y consideraciones que todo hombre bien nacido debe á las damas, ruego á V. que no nos distraiga del camino que llevamos, ni perturbe nuestra vida retirada y devota.

Y dicho esto, hizo Doña Blanca al Comendador una ceremoniosa y fría reverencia, y echó á andar con sosegada gravedad, siguiéndola D. Valentín y llevando delante á Clara.

D. Fadrique pagó la reverencia con otra, se quedó algo atolondrado, y dijo entre dientes:

—Está visto: es menester acudir á otros medios.

No bien la familia de Solís se hubo alejado treinta pasos del Comendador, vió éste que Doña Blanca se volvía á hablar con su marido.

Es evidente que el Comendador no oyó lo que le decía; pero el novelista todo lo sabe y todo lo oye. Doña Blanca, que trataba siempre de V. y con el mayor cumplimiento á su señor marido cuando le echaba un sermón ó reprimenda, le habló así mientras Clara iba delante:

—Mil veces se lo tengo dicho á V., Sr. D. Valentín. Ese hombre, que V. se empeñó en introducir en casa, allá en Lima, es un libertino, impío y grosero. Su trato, ya que no inficione, man-

cha ó puede manchar la acrisolada reputación de cualquiera señora. Yo tuve necesidad poco menos que de echarle de casa. Motivos hubo, en su falta de miramientos y hasta de respeto, para que en otras edades bárbaras, olvidando la ley divina, alguien le hubiera dado una severa lección, como solían darlas los caballeros. Esto no había de ser: era imposible... Nada que más repugne á mi conciencia; nada más contrario á mis principios; pero hay un justo medio... Delito es matar á quien ha ofendido... pero es vileza abrazarle. Sr. D. Valentín, V. no tiene sangre en las venas.

Todo esto lo fué soltando, despacio y bajo, casi en el oído de D. Valentín, su tremenda esposa Doña Blanca.

Fueron tan duras y crueles las últimas frases, que D. Valentín estuvo á punto de alzar bandera de rebelión, armar en la calle la de Dios es Cristo y contestar á su mujer lo que merecía; pero el olor de mil flores regalaba el olfato; la gente pasaba con alegre aspecto; el día estaba hermosísimo; la paz reinaba en el cielo; un fresco vientecillo primaveral oreaba y calmaba las sienas más ardorosas; la familia de Solís iba al incruento sacrificio de la misa; Clara marchaba delante tan linda y tan serena: ¿cómo turbar todo aquello con una disputa horrible? D. Valentín apretó los puños y se limitó á exclamar con acento un si es no es colérico:

—¡Señora!...

Luego añadió para sí, cuidando mucho de que no lo oyese Doña Blanca:

—¡Maldita sea mi suerte!

Y no bien lanzada la exclamación, se asustó D. Valentín de la blasfema rebeldía contra la Providencia que su exclamación implicaba, y se tuvo un instante por primo hermano del propio Luzbel.

Como se ve, el éxito del Comendador en este primer intento de reanudar relaciones amistosas con la familia de Solís no pudo ser más desgraciado.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XII.

No se arredró por eso nuestro héroe.

Aguardó un rato en medio de la calle á fin de que no pudiese decir ni pensar Doña Blanca que él la seguía, y al cabo se fué á la iglesia Mayor, á donde sabía que la familia de Solís se había encaminado.

D. Fadrique no iba allí, sin embargo, con el intento de acercarse á Doña Blanca otra vez y de sufrir nueva repulsa, sino á fin de hallar á D. Carlos, quien, á su parecer, no podía menos de estar en la iglesia, ya que no había otro medio de ver á Clara.

En efecto, D. Fadrique entró en la iglesia y se puso á buscar al poeta, á la sombra de los pilares y en los sitios donde menos se nota la presencia de alguien. Pronto le halló, detrás de un pilar y no lejos del altar mayor. Parecía D. Carlos tan embobado en sus oraciones ó en sus pensamientos, que nada del mundo exterior, salvo Clara, podía distraerle ni llamarle la atención.

Llegó, pues, D. Fadrique hasta ponerse á su lado. Entonces advirtió que Clara estaba no muy lejos, de rodillas, al lado de su madre; que D. Carlos la miraba, y que ella, si bien fijos casi siempre los ojos en su libro de rezos, los alzaba de vez en cuando rápidamente, y miraba con sobresalto y ternura hacia donde estaba el galán, declarando así que le veía, que se alegraba de verle, y que tenía miedo y cierto terror de profanar el templo y de pecar gravemente engañando á su madre y alentando á aquel hombre, de quien decía que no podía ser esposa.

No ha de extrañarse que todo esto se viera en las miradas de Clarita. Eran miradas transparentes, en cuyo fondo fulguraba el alma como diamante purísimo que por maravilla ardiese con luz propia en el seno de un mar tranquilo.

El Comendador estuvo un rato observando aquella escena muda, y se convenció de que ni Doña Blanca ni D. Valentín recelaban nada de los amores de la niña. Calculó, no obstante, que su presencia allí podría atraer hacia él la mirada de Doña Blanca, excitar de nuevo su ira, hacerle reparar en el gentil mancebo que estaba á su lado, y darle á sospechar lo que no había sospechado todavía.

Entonces, si bien con pena de interrumpir aquellos arrobos y éxtasis contemplativos, tocó en el hombro á D. Carlos y le dijo casi á la oreja:

—Perdóneme V. que le distraiga de sus devociones y que turbe la visión beatífica de que sin duda goza; pero me urge hablar con V. Hágame

el favor de venir conmigo, que tengo que hablarle de cosas que le importan muchísimo.

Sin aguardar respuesta echó á andar D. Fadrique, y D. Carlos, si bien con disgusto, no pudo menos de seguir sus pasos.

Ya fuera de la iglesia, salió D. Fadrique al campo; D. Carlos fué en pos de él; y cuando se hallaron en sitio solitario, donde nadie podía oírlos ni interrumpir la conversación, D. Fadrique se explicó en estos términos:

—Vuelvo á pedir á V. perdón de mi atrevimiento en obligarle á abandonar la iglesia, y más aún en mezclarme en asuntos de V. sin título bastante para ello. Apenas conozco á V. Esta es la séptima ó la octava vez que le hablo. Á Clarita la he visto hoy por segunda vez en mi vida. Sin embargo, el bien de Clarita y el de V. me interesan mucho. Atribúyalo V. á un absurdo sentimentalismo; al afecto que profeso á mi sobrina Lucía, que llega á Vds. de rechazo; á lo que V. quiera. Lo que le ruego es que me crea un hombre leal y franco, y no dude de mi buena voluntad y mejores propósitos. Quiero y puedo hacer mucho en favor de usted. En cambio, aspiro á que oiga V. mis consejos y á que los siga.

D. Carlos oyó al Comendador atentamente y con muestras de respeto y deferencia. Luego le contestó:

—Sr. D. Fadrique, por V. y por ser V. el tío de la señorita Doña Lucía, tan bondadosa y excelente, estoy dispuesto á oír á V. y hasta á obedecerle en cuanto esté de mi parte, sin considerar el

provecho que por mi obediencia V. me promete.

—No me he explicado bien—replicó D. Fadrique.—Yo no prometo premios en pago de obediencia: lo que quiero significar es que de seguir usted ciertos consejos míos se ha de alcanzar naturalmente lo que de otra suerte se malogrará acaso, con gran pesar de todos.

—Aclare V. su pensamiento,—dijo D. Carlos.

—Quiero decir—prosiguió D. Fadrique,—que este modo que tiene V. de enamorar á Clarita no va, días hace, por buen camino. Hasta ahora nadie sospecha en esta pequeña ciudad sus amores de usted, gracias á mi sobrina. Como ella estuvo, dos meses há, en Sevilla, donde V. la conoció, y V. ha venido luego aquí, y V. va á su casa de tertulia todas las noches, y habla V. mucho con ella, y no pocas veces en secreto; y como mi sobrina es joven y graciosa y linda, si el amor de tío no me engaña, todos creen que ha venido V. por ella, que V. la enamora, que V. es su novio. ¿Quién había de imaginar que chica tan mona y en tan verdes años se limitaría á hacer el triste y poco airoso papel de confidenta? Por esto, pues, se desorientan los curiosos, y sus amores de V. siguen secretos; pero Lucía lo paga. Confiese V. que es mucha generosidad.

—Yo... Sr. D. Fadrique...

—No se disculpe V. No hablo de ello para que V. se disculpe, sino para narrar los sucesos como son en sí. En este lugar creen todos que V. ha venido, abandonando á sus padres, su casa y sus estudios, para pretender á Lucía; pero este enga-

ño no puede durar. Imagine V. el alboroto, los chismes, las hablillas á que dará V. ocasión y motivo el día en que se sepa, como no podrá menos de saberse, que V. pretende á Clarita, á quien todos creen ya prometida esposa de D. Casimiro Solís.

—Eso no será nunca mientras yo viva,—exclamó D. Carlos con grandes bríos.

—Tratemos de impedirlo—continuó con calma D. Fadrique.—Yo le ayudaré á V. cuanto pueda, y repito que algo puedo; pero toda la energía de usted y toda la prudencia que yo emplee serán inútiles si desoye V. mis advertencias y consejos.

—Ya he dicho á V. que deseo seguirlos.

—Pues bien, amigo D. Carlos, es menester que V. se persuada de que Clarita, de cuyo amor hacia V. estoy convencido, está criada con tan santo temor de Dios y con tan grande, y hasta si usted quiere exagerado é irracional, respeto á su madre, que por obedecerla, por no darle un disgusto, por no rebelarse, será capaz de casarse con D. Casimiro, aunque se muera de amor por V. al día siguiente de casada, aunque su vestido de boda sea la mortaja con que la entierren.

—Pero si Clara dice á su madre que no ama á D. Casimiro...

—Clara no se atreverá á decirlo.

—Si declara á su madre que me ama...

—Antes morirá que confesar á su madre ese amor.

—Y si tanto miedo tiene á su madre, ¿no podrá huir conmigo?

—No creo que dé jamás tan mal paso. De todos

modos, aunque tan mal paso fuese posible, no se debía apelar á él sino apurados antes otros medios más prudentes y juiciosos. Reitero, con todo, mi afirmación. Creo capaz á Clarita de morir de dolor; pero no la creo capaz de prestarse al escándalo de un rapto.

—Entonces, ¿qué quiere V. que yo haga?

—Lo primero, volver á Sevilla con sus señores padres, y dejar á Doña Clara tranquila con los suyos.

—Bien se conoce que V. no ama. Á su edad de usted...

—Dale... con la tontería... Caballerito poeta... yo no soy ni viejo ni rabadán... ni me parezco en nada al del idilio. Váyase V. á Sevilla hoy mismo. Salga V. de esta ciudad antes de que Doña Blanca se percate de que hay moros en la costa. Yo velaré aquí por los intereses de V. Y si peligran, si es menester apelar á medios violentos, cuente usted también conmigo... hasta para el rapto. A poco me aventuro prometiéndoselo á V., porque doy por firme que no se dejará robar Clarita.

—¿Y por qué, para qué he de irme á Sevilla?

—¿Pues no se lo he dicho á V. ya? Porque aquí no hace V. sino perjudicarse, sin gusto y sin ventaja. Estoy seguro de que no logrará V. más que ver á Clara en la iglesia, con más angustia que de leite por parte de la pobre muchacha. Y esto mientras Doña Blanca no descubra nada. El día en que descubra Doña Blanca su juego de V., será para Clarita un día tremendo y V. no volverá á verla. Váyase V., pues, á Sevilla.

—¿Y qué ganaré conirme?

—Que yo trabaje con tranquilidad en favor de V. Usted me estorba para mis planes. Si V. se queda, precipitará la boda de D. Casimiro y hará que se envíe á escape por la licencia á Roma. Si V. se va, no afirmo yo que evitaré la boda de Clara con el viejo rabadán y conseguiré que sea para Mirtilo; pero, ó yo he de valer poco, ó he de lograr que se nos dé tiempo y... quién sabe... Nada prometo. Sólo ruego á V. que se vaya. Váyase V. hoy mismo.

El interés que el Comendador le mostraba, su empeño de que se fuese, la decisión con que se entrometía en sus asuntos, todo chocaba á D. Carlos y le tenía desconfiado y descontento.

El Comendador apuró todas las razones, empleó todos los tonos, pero singularmente el de la súplica; D. Carlos le contestó varias veces de mal humor, y fué menester la prudente superioridad del Comendador para calmar y contener á D. Carlos y evitar que llegase á ofender á quien le aconsejaba y casi le mandaba.

Por último, tanto rogó, prometió y dijo D. Fadrique, que D. Carlos hubo de someterse y salir aquel mismo día para Sevilla, si bien ofreciendo sólo ausencia de poco más de un mes: hasta que llegasen las vacaciones de verano. En cambio, exigió y obtuvo de D. Fadrique que le había de escribir dándole noticias de Clara, y avisándole del menor peligro que hubiese, para volar en seguida donde estaba ella.

D. Carlos, aunque no era tímido ni torpe, no

había obtenido jamás que Clara recibiese carta suya, y menos aún que le escribiese. Pero ¿qué mucho, si ni siquiera de palabra Clara le había dado á entender que le amaba? Clara le amaba, sin embargo. Bien sabía el galán que era falso, de puro modesto, aquello de que

... Amistosa y compasiva,
Quiere que el zagal viva,
Mas amarle no quiere.

Clara le amaba, y á su despecho, contra su voluntad, había declarado su amor; pero sólo con los ojos, por donde se le iba el alma en busca del bizarro y gracioso estudiante, sin que todos sus escrúpulos religiosos y filiales fuesen bastante poderosos para detenerla.

D. Fadrique pudo convencerse, en el largo coloquio que tuvo con D. Carlos, de que su pasión por Clara era verdadera y profunda. Del amor de Clara por el poeta rondeño estaba más convencido aún. Con este doble convencimiento, de que se alegraba, precipitó más la partida de D. Carlos, y antes de mediodía consiguió que saliese del pueblo con dirección á Sevilla.

D. Carlos salió á caballo con un su criado; y Don Fadrique, á caballo también, se unió con él en el ejido, y le acompañó más de una legua, dándole esperanzas y hablándole de sus amores. Al llegar á una encrucijada, D. Fadrique se despidió cariñosamente del joven, y tomó el camino de Villabermeja con el intento de conferenciar con el Padre Jacinto.

La sencillez y la modestia de este santo varón no habían dejado ver á D. Fadrique la inmensa importancia que durante su larga ausencia habia adquirido.

Como predicador, gozaba el Padre de extraordinaria nombradía por toda aquella comarca. Era igualmente celebrado por los tres estilos que tenía de predicar. En el estilo llano ó de homilía encantaba á la gente rústica y ponía la religión y la moral á su alcance, amenizando tan graves lecciones con chistes y jocosidades que un severo crítico condenaría, pero que eran muy del caso para que los zafios campesinos se aficionasen á oírle y se deleitasen oyéndole. En sermones de empeño, en días de gran función, el P. Jacinto era otro hombre: echaba muchos latines, ahuecaba la voz y esmaltaba su discurso de un jardín de flores, de un verdadero matorral de adornos exuberantes, que también gustaban á los discretos y finos de aquellos lugares. Y tenía, por último, el estilo patético de la Semana de Pasión y de la Semana Santa, durante las cuales los sermones, más que hablados, eran en Villabermeja, y siguen siendo aún, cantados, sin que gusten de otra manera. Sermón de Semana Santa, sin lo que llaman allí el *tonillo*, no gusta á nadie ni se tiene por sermón. Cuando en el día va á Villabermeja un cura forastero, tiene que aprender el *tonillo*. En este *tonillo* fué el P. Jacinto un dechado de perfección, que nadie ha superado hasta ahora. Al oírle, aunque sea reminiscencia gentilica, dicen que se comprendía cómo Cayo Graco se hacía acompañar por un

flautista cuando pronunciaba en el Foro sus más apasionadas arengas. El P. Jacinto predicaba también en el Foro, ó dígase en medio de la plaza pública, durante la Semana Santa. Allí se hacían todos los pasos á lo vivo, y el Padre los explicaba en el sermón conforme iban ocurriendo. Así, habia sermón que duraba tres horas, y siempre sin dejar el tonillo, lo cual no obstaba para que el Padre expresase los más varios afectos, como piedad, dolor y cólera. Cuando aparecía elregonero en el balcón de las Casas Consistoriales y leía la sentencia de muerte contra Jesucristo, ha quedado en la memoria de los bermejinos el furor con que el Padre se volvía contra él, gritando:

«Calla, falso, ruín, necio y miserableregonero, y oírás la voz del ángel que dice:»

Y entonces salía un ángel muy vistoso por otro balcón de la plaza, y cantaba el inefable misterio de la Redención, empezando:

«Esta es la sentencia que manda cumplir el Eterno Padre...» y lo demás que tantas veces hemos oído los que somos de por allí.

Pero, volviendo al P. Jacinto, diré que su mérito como predicador era quizás lo de menos. Su gran valer fué como director espiritual. Se pasaba horas y horas en el confesonario. Desde el convento bermejino tenía con frecuencia que ir al convento de la ciudad cercana, donde tenía no pocas hijas de confesión entre el señorío. Era además hombre de consejo y tino en los negocios mundanos, y acudían todos á consultarle cuando se hallaban en tribulación, apuro ó dificultad. En suma,

el P. Jacinto era un gran médico de almas, aunque duro y feroz á veces en los remedios. Gustaba de aplicarlos heróicos, como suelen hacer los demás médicos de los lugares, que tal vez recetan á un hombre el medicamento que convendría recetar á un caballo. Á pesar de esto, tenía el Padre tal autoridad y discreción; era tan ameno en su trato y tan resuelto valedor y defensor de las mujeres, que gozaba de inmensa popularidad entre ellas, y era fervorosamente reverenciado, así de las jornaleras humildes como de las encopetadas hidalgas.

Aunque tocaba en los setenta años, estaba firme y robusto aún, si bien había perdido ciertos ímpetus juveniles, que le habían hecho famoso, llevándole en ocasiones á imitar al Divino Redentor, más que en la mansedumbre, en aquel arranque que tuvo cuando hizo azote de unos cordéles y echó á latigazos á los mercaderes del templo. El P. Jacinto había sido un jayán y había sacudido el polvo á algunos desalmados y pecadores contumaces, sobre todo cuando eran maridos que se emborrachaban, gastaban el dinero en vino y juego y daban palizas á sus mujeres.

Contra esta clase de hombres había sido duro de veras el P. Jacinto. Ya no tenía aquellos arrestos de la mocedad; pero su virtud y su fuerza moral, unida al recuerdo de la física, infundían gran respeto entre los rústicos.

Tales eran las cualidades principales y la brillante posición del antiguo maestro del Comendador, con quien éste iba ahora á consultar y tratar ne-

gocios arduos, y de quien esperaba obtener poderoso auxilio.

XIII.

No bien llegó el Comendador á Villabermeja y dejó el caballo en su casa, se dirigió al convento, que distaba pocos pasos, y como era la hora de la siesta, halló en su celda al P. Jacinto, el cual no dormía, sino estaba leyendo, sentado á la mesa.

Mis lectores deben de formarse ya, por lo expuesto hasta aquí, cierta idea bastante aproximada de la condición del mencionado fraile. Fáltame añadir, para que sea completo el retrato, que era alto y seco; que veía y oía bien; que tuteaba á todo el género humano, y que se preciaba de no tener pelillos en la lengua; esto es, de decir cuanto se le ocurría, con una franqueza que tocaba y hasta pasaba á menudo sus límites, entrando con banderas desplegadas por la jurisdicción y término de la desvergüenza. Sólo con D. Fadrique se mostraba el Padre respetuoso y deferente, suponiendo que él tenía, sin poderlo remediar, un afecto por su antiguo discípulo, que le hacía sobrado débil.

—Muchacho—dijo á D. Fadrique, apenas le vió entrar,—¿qué buen viento te trae por aquí de improviso?

—Maestro—contestó el Comendador,—he venido expresamente para consultar á V.

—¿Para consultarme á mí? ¿Y sobre qué? ¿Qué hay, que tú no sepas mejor que yo y mejor que nadie?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTEPERRA, MEXICO

el P. Jacinto era un gran médico de almas, aunque duro y feroz á veces en los remedios. Gustaba de aplicarlos heróicos, como suelen hacer los demás médicos de los lugares, que tal vez recetan á un hombre el medicamento que convendría recetar á un caballo. Á pesar de esto, tenía el Padre tal autoridad y discreción; era tan ameno en su trato y tan resuelto valedor y defensor de las mujeres, que gozaba de inmensa popularidad entre ellas, y era fervorosamente reverenciado, así de las jornaleras humildes como de las encopetadas hidalgas.

Aunque tocaba en los setenta años, estaba firme y robusto aún, si bien había perdido ciertos ímpetus juveniles, que le habían hecho famoso, llevándole en ocasiones á imitar al Divino Redentor, más que en la mansedumbre, en aquel arranque que tuvo cuando hizo azote de unos cordéles y echó á latigazos á los mercaderes del templo. El P. Jacinto había sido un jayán y había sacudido el polvo á algunos desalmados y pecadores contumaces, sobre todo cuando eran maridos que se emborrachaban, gastaban el dinero en vino y juego y daban palizas á sus mujeres.

Contra esta clase de hombres había sido duro de veras el P. Jacinto. Ya no tenía aquellos arrestos de la mocedad; pero su virtud y su fuerza moral, unida al recuerdo de la física, infundían gran respeto entre los rústicos.

Tales eran las cualidades principales y la brillante posición del antiguo maestro del Comendador, con quien éste iba ahora á consultar y tratar ne-

gocios arduos, y de quien esperaba obtener poderoso auxilio.

XIII.

No bien llegó el Comendador á Villabermeja y dejó el caballo en su casa, se dirigió al convento, que distaba pocos pasos, y como era la hora de la siesta, halló en su celda al P. Jacinto, el cual no dormía, sino estaba leyendo, sentado á la mesa.

Mis lectores deben de formarse ya, por lo expuesto hasta aquí, cierta idea bastante aproximada de la condición del mencionado fraile. Fáltame añadir, para que sea completo el retrato, que era alto y seco; que veía y oía bien; que tuteaba á todo el género humano, y que se preciaba de no tener pelillos en la lengua; esto es, de decir cuanto se le ocurría, con una franqueza que tocaba y hasta pasaba á menudo sus límites, entrando con banderas desplegadas por la jurisdicción y término de la desvergüenza. Sólo con D. Fadrique se mostraba el Padre respetuoso y deferente, suponiendo que él tenía, sin poderlo remediar, un afecto por su antiguo discípulo, que le hacía sobrado débil.

—Muchacho—dijo á D. Fadrique, apenas le vió entrar,—¿qué buen viento te trae por aquí de improviso?

—Maestro—contestó el Comendador,—he venido expresamente para consultar á V.

—¿Para consultarme á mí? ¿Y sobre qué? ¿Qué hay, que tú no sepas mejor que yo y mejor que nadie?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

—Mi consulta es de suma importancia.

—Vamos... ¿de qué se trata?

—Se trata... se trata... nada menos que de un caso de conciencia.

Al oír *caso de conciencia*, el Padre miró fijamente al Comendador con aire de incredulidad y de recelo, y exclamó al cabo:

—Mira, hijo mío, si es que te aburres en estos lugares y quieres chancearte y divertirte, tomá una tabla y dos cuernos, y no te diviertas ni te chances conmigo. Ya está duro el alcacer para zanpañas.

—¿Y de dónde infiere V. que me chancoo ó que me burlo? Hablo con formalidad. ¿Por qué no he de exponer yo á V. formalmente un caso de conciencia?

—Porque todo hombre de cierta educación, criado en el seno de la sociedad cristiana, aunque haya perdido la fe en Nuestro Señor Jesucristo, tiene la conciencia tan clara como yo, y no hay caso que no resuelva por sí, sin necesidad de consultarme. Si tuvieses fe, podrías acudir á mí en busca de los consuelos que da la religión. No acudiendo para esto, ¿qué podré yo decirte, que ignores? La moral tuya es idéntica á la mía, aunque en sus fundamentos discrepe. Y al fin, harto lo conoces tú, no hay caso de conciencia, meramente moral, cuya solución no sea llana para todo entendimiento un poco cultivado. Sin duda que Dios, para ejercitar nuestra actividad mental y aguzar nuestro ingenio, ó para dar precio á nuestra fe, ha circundado de tinieblas los grandes problemas meta-

físicos; los ha envuelto en misterios, impenetrables á veces; pero en lo tocante á la moral, en lo que atañe al cumplimiento de nuestros deberes, no hay misterio alguno: todo está claro como el agua. El soberano Señor, en su infinita bondad y misericordia, no ha querido, á pesar de nuestras maldades, que nadie tenga que ser un Séneca para saber perfectamente cuál es su obligación, ni mucho menos que nadie tenga que ser un héroe estupendo para cumplirla. Ni para conocerla te falta entendimiento, ni para cumplir con ella debe faltarte voluntad. ¿Qué es lo que buscas, pues, en mí?

—Mucho pudiera argumentarse contra lo que V. dice; pero no quiero disputar, sino consultar. Quiero convenir en que la moral no es ninguna reconditez, y en que no es tan arduo cumplir con ella.

—Se entiende—interrumpió el Padre,—para todos aquellos pueblos donde la luz del Evangelio ha penetrado. Tú imaginas que el natural discurso ha bastado á los hombres para formar la ley moral: yo creo que han necesitado de la revelación; pero tú y yo convenimos en que, una vez presentada esa ley, la razón humana la acepta como evidente. Es gran bellaquería suponer esa ley obscura y vaga, y forjarse casos terribles, conflictos espantosos entre los sentimientos naturales y el sencillo cumplimiento de un deber. Esto equivaldría á suponer la necesidad de ser un pozo de ciencia y de sentirse capaz de sobrehumanos esfuerzos para ser persona decente. Ya tú comprendes que esto sería disculpar y dar casi la razón á los tunos. Al fin y

al cabo, no todos los hombres son sabios ni tienen las fibras de hierro ni el corazón de diamante. Realzar así la moral es hacerla poco menos que imposible, salvo para algunos seres privilegiados y de primera magnitud, más profundos que Crisipo y más constantes que Régulo.

—Mucho tiene que ver el caso que quiero presentar con todo lo que está V. diciendo. No es curiosidad ociosa, sino interés muy respetable, el que me induce á resolver una duda.

—Imposible... tú no puedes dudar.

—Déjeme V. que acabe. Yo no dudo sobre el caso... Tengo formado mi juicio... que me parece de no menor certidumbre que este otro: dos y tres son cinco. Mi duda está en si V., por razones que se fundan en la inexhausta bondad divina, tiene la manga más ancha que yo, ó si por razones de la ley positiva, en que cree, la tiene más estrecha. ¿Me entiende V. ahora?

—Te entiendo muy bien; y desde luego te declaro que no he de tener la manga ni más ancha ni más estrecha que tú. Lo mismo calificaremos ambos un pecado, una falta, un delito, y lo mismo marcaremos y determinaremos la obligación que de él nazca. Las razones teológicas tienen que ver con la penitencia, con la expiación, con el perdón, con la gloria ó el infierno, allá en el otro mundo, y en esto para nada tienes tú que meterte ahora. Veamos, pues, ese caso, ya que quieres consultarme.

—Desde luego V. convendrá en que lo robado debe devolverse á su dueño.

—Indudable.

—Y cuando, por efecto de un engaño, algo que pertenece á uno viene á pertenecer á otro, ¿qué debemos hacer?

—Debemos poner fin al engaño para que lo que posee alguien sin derecho pase á manos de su señor legítimo.

—¿Y si al poner fin al engaño resultan males evidentemente mayores?

—Aquí importa distinguir. Si tú tienes que hablar, no debes decir jamás mentira por inmensos que sean los males que de decir la verdad resulten. Condenada está la mentira oficiosa como la perniciosa. No debes mentir ni por salvar la vida del prójimo, ni por salvar la honra de nadie, ni por el bien de la religión; pero yo me atrevo á sostener que debes callar la verdad cuando nadie la inquiere de tí y cuando de decirla resultan más males que bienes. Pensar algo en contra es delirio. Lo sostengo sin vacilación. Voy á explanar mi doctrina en breves palabras. Tú cometes un pecado. Eres, por ejemplo, mentiroso. Los males que nazcan de tu pecado debes remediarlos hasta donde te sea posible y lícito, esto es, sin cometer pecado nuevo para remediar el antiguo. Dios, para hacernos patente la enormidad de nuestras culpas, consiente á veces en que nazcan de ellas males cuyos humanos remedios son peores. Tratar tú de evitarlos ó de remediarlos entonces, no es humildad, sino soberbia, orgullo satánico; es luchar contra Dios; es tomar el papel de la Providencia; es dar palo de ciego; es querer enderezar el tuerto que tú

mismo hiciste, torciendo y ladeando lo que está recto, y tirando á trastornar el orden natural de las cosas.

—Hablando con franqueza—dijo el Comendador,—la doctrina de V. me parece muy cómoda. Veo que tiene V. la manga más ancha de lo que yo pensaba.

—Vete á paseo, Comendador—repuso el Padre, bastante enojado.—En ninguna ocasión pasé yo por complaciente. Me diriges la acusación más dura que á un confesor puede dirigirse. Un santo ha dicho: *Non est pietas, sed impietas, tolerare peccata*, y yo disto mucho de ser impío. Todo proviene, sin duda, de que tú confundes las cosas. Aquí no hablamos de penitencia, de expiación, de castigo de la culpa. Sobre este punto no tengo que decirte yo lo que exigiría de un penitente para absolverle. Aquí hablamos sólo de la obligación de satisfacer el agravio que nace del pecado ó del delito. Y á esto he respondido con sencillez. El pecador ó delincuente debe ir hasta donde le sea posible y lícito. Si ha de cometer nuevos pecados, si ha de hacer nuevas maldades y desatinos, mejor es que lo deje y no se meta á remediar el mal que ha hecho. Pues ¡qué! ¿estaría bien, por ejemplo, que tú hirieses á uno, y luego, sin saber de cirugía, tratases de curarle y le acabases de matar? Dices tú que la tal doctrina es cómoda. ¿Dónde está la comodidad? Aunque yo te excuse de poner el remedio, no te libro de la penitencia, del remordimiento y del castigo. Antes al contrario, lo cómodo es lo otro: remediar el mal de mala mane-

ra, y creerse ya horro y darse ya por absuelto. Así un criado torpe te romperá un día el vaso más precioso de los que has traído de la China, le pegará luego chapuceramente con cola, y se quedará tan fresco como si no te hubiese causado el menor perjuicio. Lo que debe hacer el criado es andar siempre muy cuidadoso para no romper el vaso, y si le rompe, sentir mucho su falta, y, ya que no puede ni componer bien el vaso ni comprarte otro nuevo é igual, sufrir con humildad la reprimenda que tú le echas.

—Me complazco en ver que estamos de acuerdo en lo general de la doctrina. En la aplicación á casos particulares es en lo que veo que cabe mucha sutileza. Contra la opinión de V., el buen camino se presenta muy anublado y confuso. ¿Cómo determinar á veces hasta dónde es posible y lícito lo que quiero hacer para reparar el daño?

—Es muy sencillo. Si para repararle causas otro daño mayor, deja subsistir el primero, que es más pequeño; y esto aunque en el segundo daño que causes no haya pecado de tu parte. Habiendo nuevo pecado, nueva infracción de la ley moral en el remedio, aunque este segundo pecado sea menor que el primero que cometiste, no debes cometerle. Dios, si quiere, remediará el mal causado.

—¿De suerte que no hay más que cruzarse de brazos: dejar rodar la bola?

—No hay más que dejarla rodar, ya que deteniéndola puedes hacer que todo ruede. Las Sagradas Letras vienen en mi apoyo con no pocos textos. David dijo: *Abyssus abyssum invocat*; Salo-

món, *Est processio in malis*; el profeta Amós, *Si erit malum quod Dominus non fecerit?* con lo cual da á entender que Dios permite ú ordena el mal como pena del pecado y escarmiento de las criaturas; y el mismo Salomón, antes citado, dice de modo más explícito que no podemos añadir ni quitar de lo que Dios hizo para ser temido: *Non possumus quidquam addere nec auferre quæ fecit Deus ut timeatur.*

—A pesar de los textos, á pesar de los latines, me repugna esa cobarde resignación.

—¿Cómo cobarde? ¿Donde viste tú que para con Dios haya cobardía? La resignación á su voluntad no implica, por otra parte, el que te aquietes y te llenes de contentamiento de tí propio. Sigue llorando tú culpa; desuéllate el alma con el azote de la conciencia y el cuerpo con unas disciplinas crueles; haz de tu vida en el mundo un durísimo purgatorio; pero resignate y no trates de remediar lo que sólo de Dios debe esperar remedio. Hasta el sentido común está de acuerdo en esto, miradas las acciones humanas por el lado de la utilidad y conveniencia, las cuales, bien entendidas, concuerdan con la moralidad y con la justicia. ¡Qué atinado es el refrán que reza: *No siento que mi hijo pierda, sino que quiera desquitarse!* Si malo es jugar, peor es aún volver á jugar; reincidir en el pecado para remediar el mal del pecado. Pero á todo esto, tú no hablas sino de generalidades, y el caso de conciencia no parece.

—Voy al caso,—dijo el Comendador.

—Soy todo oídos,—repuso el fraile.

—¿Qué debe hacer el que no es hijo de quien pasa por su padre según la ley, y usurpa nombre, posición y bienes que no son suyos? (1).

—¡Hombre... tú eres famoso! ¿Después de tanto preámbulo te vienes con una preguntilla tan baladí? Prescindo ahora de la dificultad ó imposibilidad en que ese hijo postizo estaría de probar el delito de su madre. Yo no sé de leyes; pero la razón natural me dicta que contra la fe de bautismo, contra la serie de actos y documentos oficiales que te han hecho pasar hasta hoy por un hijo de un determinado y conocido López de Mendoza, no pueden valer testimonios sino de un orden excepcional y casi imposible. Doy, con todo, de barato que posees tales testimonios. Creo, decido que no debes valerte de ellos. ¿Sabes los Mandamientos de la Ley de Dios? ¿Sabes que el orden en que están no es arbitrario? Pues bien: ¿qué dice el séptimo?

—No hurtar.

—¿Y el cuarto?

—Honrar padre y madre.

(1) Esta novela, que se ha publicado á pedacitos en el periódico *El Campo*, tiene plan trazado en noviembre de 1876. El drama del Sr. Echegaray *Ó locura ó santidad* no había sido representado aún. Yo no tenía de él la menor noticia, dado que ya estuviese escrito. Ha sido, pues, una coincidencia, para mí harto desagradable, la semejanza ó analogía del asunto de tan aplaudido drama con el asunto de mi pobre novela. Entiéndase que al hacer esta observación no quiero defenderme de los que pudieran acusarme de imitar ó remedar, sino de aquéllos que se inclinan á creer que yo, bajo la forma de un cuento, me entrometo en censurar, impugnar ó controvertir las ideas ó doctrinas que en el citado drama resplandecen.

—Es, pues, evidente que para quitarte de encima el pecado contra el séptimo ibas á pecar contra el cuarto, deshonorando á tu madre y á tu padre, que padre sería siempre el que te tuvo por hijo, te crió, te alimentó y te educó, aunque no te engendrara.

—Tiene V. razón, P. Jacinto. Y, sin embargo, los bienes que no son míos, ¿cómo sigo gozando de ellos?

—¿Y quién te dice que goces de ellos? Pues ¡qué! ¿es tan difícil dar sin expresar la causa por qué se da? Dalos, pues, á quien debes. Ya los tomarán... En el tomar no hay engaño. Y si, por extraño caso, hallares á alguien en el tomar inverosímilmente escrupuloso, ingéniate para que tome. Lejos de oponerme, pido, aplaudo la reparación, siempre que para llevarla á cabo no sea menester hacer mayor barbaridad que la que remedie.

—Está bien... pero si no es el hijo, sino la madre culpada... ¿qué debe hacer la madre culpada?

—Lo mismo que el hijo... no deshonor públicamente á su marido... no amargarle la vida... no desengañarle con desengaño espantoso... no añadir á su pecado de fragilidad el de una desvergüenza cruel y sin entrañas.

—La madre, no obstante, no tiene medios de devolver bienes que por su culpa van á pasar ó han pasado á quien no corresponden.

—Y si no los tiene, ¿qué se le ha de hacer? Ya lo he dicho. Que se resigne. Que se someta á la voluntad de Dios. Todo eso lo debió prever antes

de pecar, y no pecar. Después del pecado no le incumbe el remedio si implica pecado nuevo, sino la penitencia. ¿Has expuesto ya todo el caso?

—No, Padre: tiene otras complicaciones y puntos de vista.

—Dilos.

—¿Qué piensa V. que debe hacer el hombre pecador, cómplice de la mujer, en aquel delito cuya consecuencia es el hurto, la usurpación de que hemos hablado?

—Lo mismo que he dicho del hijo y de la madre.

—¿Y si posee bienes para subsanar el daño causado á los herederos?

—Subsanar ese daño, pero con tal recato, discreción y sigilo, que no se sepa nada. En el libro de los Proverbios está escrito: *Melius est nomen bonum quam divitiæ multæ*. Así es que por cuestión de intereses no se debe perjudicar á nadie en su buen nombre.

El historiador de estos sucesos escribe para narrar, y no para probar. No decide, por lo tanto, si el P. Jacinto estaba atinado ó no en lo que decía; si hablaba guiado por el sentido común ó por la doctrina moral cristiana, ó por ambos criterios en consonancia completa; y no se inclina tampoco á creer que dicho padre tenía una moral burda y grosera, y el atrevimiento y la confianza de un rústico ignorante. Quédese esto para que lo resuelva el discreto lector. Baste apuntar aquí que el Comendador mostraba una satisfacción grandísima de ver que su maestro, como él le llamaba, pensaba exactamente lo que él quería que pensase.

El P. Jacinto, desconfiado como buen lugareño, no advertía el interés vivísimo con que su antiguo discípulo le interrogaba; y temiendo siempre una burla, una especie de examen hecho por el Comendador para pasar el rato, volvió á hablar un tanto picado, diciendo:

—Me parece que estoy archi-cándido. ¿Á dónde vas á parar con tanta preguntilla? ¿Quieres examinarme? ¿Piensas retirarme la licencia de confesar si no me crees bien instruído?

—Nada de eso, maestro. Yo ignoro si está V. ó no de acuerdo con sus librotos de teología moral; pero está V. de acuerdo conmigo, lo cual me lisonjea, y lo está también con mis propósitos, lo cual me llena de esperanza. Yo buscaba en V. un aliado. Contaba siempre con su amistad, pero no sabía si podía contar también con su conciencia. Ahora comprendo que su conciencia no se me opone. Su amistad, por consiguiente, libre de todo obstáculo, vendrá en auxilio mío.

El P. Jacinto conoció al fin que se trataba de un caso práctico, real, y no imaginado, y se ofreció á auxiliar al Comendador en todo lo que fuese justo.

Aguardando, pues, una revelación importante, quiso tomar aliento haciendo una pausa, y trató de solemnizar la revelación yendo á una alacena, que no estaba lejos, y sacando de ella una limeta de vino y dos cañas, que puso sobre la mesa, llenándolas hasta el borde.

—Este vino no tiene aguardiente, ni botica, ni composición de ninguna clase—dijo el Padre al

Comendador.—Es puro, limpio y sin mácula. Está como Dios le ha hecho. Bebe y confórtate con él, y cuéntame luego lo que tengas que contar.

—Bebo al buen éxito de mis planes,—contestó el Comendador, apurando el vino de su caña.

—Así sea, si Dios lo quiere,—replicó el fraile, bebiendo también, y se dispuso á atender á D. Fa-
drique con sus cinco sentidos.

XIV.

La celda no tenía mucho que llamase la atención. Sobre la mesa ó bufete, que era de nogal, había recado de escribir, el Breviario y otros libros. Dos sillones de brazos, frente el uno del otro, con la mesa de por medio, y donde se sentaban nuestros interlocutores, eran de nogal igualmente. A más de los dos sillones, había cuatro sillas arrimadas á la pared. Los asientos todos eran de enea. Un *Ecce-Homo*, al óleo, á quien cuadraba el refrán de *á mal Cristo mucha sangre*, era la única pintura que adornaba los muros de la celda. No faltaban, en cambio, otros más naturales adornos. En la ventana, tomando el sol, se veían dos floridos rosales; dentro del cuarto, cuatro macetas de brusco, y colgadas en la pared cinco jaulas, dos con perdices cantoras, y tres con colorines, excelentes reclamos. Otro bonito colorín, diestro cimbel, asido á la varilla saliente que estaba fija á una tabla de pino, volaba á cada momento hasta donde lo consentía el hilo largo que le aprisionaba, y

volvía con mucho donaire á posarse en la varilla.

Los jilgueros cantaban de vez en cuando y animaban la habitación.

Arrimadas á un ángulo había dos escopetas de caza.

Y, por último, en una alcobita que apenas se descubría, por hallarse la pequeña puerta casi tapada del todo por una cortina de bayeta verde, estaba la cama del buen religioso. La alacena de donde éste sacó el vino, y que era bastante capaz, servía de bodega, ropero, despensa, caja ó tesoro y biblioteca á la vez.

Todo, aunque pobre, parecía muy aseado.

El P. Jacinto, con el codo sobre la mesa, la mano en la mejilla y los ojos clavados en D. Fadrique, aguardaba que hablase.

D. Fadrique, en voz baja, habló de este modo:

—Aunque yo no soy un penitente que vengo á confesarme, exijo el mismo sigilo que si estuviese en el confesonario.

El Padre, sin responder de palabra, hizo con la cabeza un signo de afirmación.

Entonces prosiguió D. Fadrique:

—El hombre de que he hablado á V., el pecador causa del engaño y del hurto, soy yo mismo. La ligereza de mi carácter me había hecho olvidar mi delito y no pensar en las fatales consecuencias que de él habían de dimanar. El acaso... ¿qué digo el acaso?... Dios providente, en quien creo, me ha vuelto á poner en presencia de mi cómplice y me ha hecho ver todos los males que por mi culpa se originaron y amenazan originarse aún. Dispuesto

estoy á remediarlos y á evitarlos, de acuerdo con la doctrina de V., hasta donde me sea posible y lícito. Es un consuelo para mí el ver que está V. en concordancia conmigo. Yo no he de buscar remedio peor que la enfermedad; pero hay una persona que le busca, y es menester oponerse á toda costa á que le halle. Sería una abominación sobre otra abominación.

—¿Y quién es esa persona?—dijo el Padre.

—Mi cómplice,—contestó el Comendador.

—¿Y quién es tu cómplice?

—V. la conoce. V. es su director espiritual. Usted debe tener grande influjo sobre ella. Mi cómplice es... Cuenta, maestro, que jamás he hecho á nadie esta revelación. Al menos nadie pudo jamás tildarme de escandaloso. Pocas relaciones han sido más ocultas. La buena fama de esta mujer aparece aún, después de diez y siete años, más resplandeciente que el oro.

—Acaba: ¿quién es tu cómplice? Haz cuenta que echas tu secreto en un pozo. Yo sé callar.

—Mi cómplice es Doña Blanca Roldán de Solís.

El P. Jacinto se llenó de asombro, abrió los ojos y la boca y se santiguó muy de prisa media docena de veces, soltando estas piadosas interjecciones:

—¡Ave María Purísima! ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento! ¡Jesús, María y José!

—¿De qué se admira V. tan desafortadamente?

—dijo el Comendador, pensando que el Padre extrañaba que tan virtuosa y austera matrona hubiese nunca sucumbido á una mala tentación.

—¿De qué me admiro?... Muchacho... ¿De qué

me admiro?... Pues ¿te parece poco? Bien dicen... Vivir para ver... El demonio es el mismo demonio. Miren... Y no lo digo por ofender á nadie... ¡miren con qué ramillete de claveles te acarició y te sedujo nuestro enemigo común!... Con un manojo de aulagas. Suave flor trasplantaste al jardín de tus amores... ¡Un cardo ajonjero! Hermosa debe haber sido Doña Blanca... todavía lo es; pero ¡hombre! ¡si es un erizo! Yo... perdóneme su ausencia... no la creía impecable, pero no la creía capaz de pecar por amor.

D. Fadrique respondió sólo con un suspiro, con una exclamación inarticulada, que el Padre creyó descifrar como si dijese que diez y siete años antes Doña Blanca era muy otra, y que además la misma dureza de su carácter y la briosa inflexibilidad de su genio hacían más vehemente en ella toda pasión, incluso la del amor, una vez que llegaba á sentirla.

Repuesto un poco de su pasmo, dijo el P. Jacinto:

—Y dime, hijo, ¿qué trata de hacer Doña Blanca para remediar el mal? ¿Qué proyectos son los suyos, que tanto te asustan?

—¿Quién sería el inmediato heredero de su marido si ella no tuviese una hija?—preguntó el Comendador.

—D. Casimiro Solís,—fué la respuesta.

—Pues por eso quiere casar á su hija con D. Casimiro.

—¡Pecador de mí! ¡Estúpido y necio!—exclamó el Padre, todo lleno de violencia y dando en la

mesa unos cuantos puñetazos.—¿Quieres creer que soy tan egoísta, que el egoísmo me había cegado? Yo no había visto en el plan de Doña Blanca ninguna mala traza. Me parecía natural que casase á Clarita con su tío. Yo no miraba sino á mi pícaro interés: á que nadie se llevase á Clarita lejos de estos lugares. Es menester que lo sepas... Clarita me tiene embobado. Por ella, no más que por ella, aguanto á su madre. Lo que yo quería, como un bribón de siete suelas, es que se quedase por aquí... para ir á verla y para que ella me agasajase, como me agasaja ahora, cuando voy á casa de su madre, sirviéndome, con sus blancas y preciosas manos, jcaras de chocolate y tacillas de almíbar. Se me antojó que Clarita era una muñeca para mi diversión. Yo no caí en nada... no me hice cargo... pensé sólo en que, ya casada, haría una excelente señora de su casa, y me recibiría al amor de la lumbre, y yo le llevaría flores, frutas y pajaritos de regalo. ¡Si vieses qué corza he hecho venir para ella de Sierra Morena! Es un primor. La tengo abajo en el corral... y se la iba á llevar mañana. Nada... ¿has visto qué bárbaro?... sin dar la menor importancia á lo del casamiento. Ahora lo comprendo todo... ¡Qué monstruosidad! ¡Casar aquel dije con semejante estafermo! Ya se ve... ella no lo repugna... no lo entiende... ¿quién diablo sabe?... pero yo lo entiendo... y me espeluzno... me horrorizo.

—Razón tiene V. de horrorizarse... Ella lo repugna... lo entiende... pero cree que no debe resistir á la autoridad materna.

—Eso será lo que tase un sastre. ¡Pues no falta-

ba más! Obedecerá á su madre; pero antes obedecerá á Dios. *Diligendus est genitor, sed proponendus est Creator.* Es sentencia de San Agustín.

—Además—dijo el Comendador,—Clarita ama á otro hombre.

—¿Cómo es eso? ¿Qué me cuentas? ¿Qué mentira, qué enredo te han hecho creer? Si amase á un galán, Clara me lo hubiera confesado.

—Ella misma ignora casi que le ama; pero me consta que le ama.

—Vamos, sí, ya doy en ello: ciertas miradas y sonrisas con un estudiantillo... Me las ha confesado. Está arrepentida... ¡Con un estudiantillo!... ¿Pues se había de ir Clarita á correr la tuna?

—P. Jacinto, V. chochea.

—¡Desvergonzado! ¿Cómo te atreves á decir que chocheo?

—El estudiantillo no es de esos que van con el manteo roto y con la cuchara puesta en el sombrero de tres picos, pidiendo limosna, sino que es un caballero principal, un rico mayorazgo.

—¿De veras? Ya eso es harina de otro costal. De eso no me había dicho nada aquella cordera inocente. Oye... ¿y es buen mozo?

—Como un pino de oro.

—¿Buen cristiano?

—Creo que sí.

—¿Honrado?

—A carta cabal.

—¿Y la quiere mucho?

—Con toda su alma.

—¿Y es discreto y valiente?

—Como un Gonzalo de Córdoba. Además es poeta elegantísimo, monta bien á caballo, posee otras mil habilidades, es muy leído y sabe de torear.

—Me alegre, me alegre y me realegre. Le casaremos con Clarita, aunque rabie Doña Blanca.

—Sí, querido maestro, le casaremos... pero es menester que seamos muy prudentes.

—*Prudentes sicut serpentes....* Pierde cuidado. Harto sé yo quién es Doña Blanca. Es omnímodo el imperio que ejerce sobre su hija. El respeto y el temor que le infunde exceden á todo encarecimiento. Y luego, ¡qué brío, qué voluntad la de aquella señora! Á terca nadie le gana.

—No soy yo menos terco... y no consentiré que Clara sea el precio del rescate de nadie; que sobre ella, que no tiene culpa, pesen nuestras culpas; que Doña Blanca la venda para conseguir su libertad. Sin embargo, importa mucho la cautela. Doña Blanca, llevada el extremo, pudiera hacer alguna locura.

Después de esta larga conversación, y perfectamente de acuerdo el Comendador y el P. Jacinto, el primero se volvió á la ciudad en aquel mismo día para que su ausencia no se extrañase.

El P. Jacinto quedó en ir á la ciudad al día siguiente de mañana.

Los pormenores y trámites del plan que habían de seguir se dejaron para que sobre el terreno se decidiesen.

Sólo se concertó el mayor sigilo y circunspección en todo y disimular en lo posible la íntima

amistad que entre el fraile y el Comendador había, á fin de no hacer sospechoso y aborrecible al fraile á los ojos de Doña Blanca.

Se convino, por último, en que, á pesar de la gravedad de la situación, no era ninguna salida de tono, ni tenía una inoportunidad cómica ó censurable, que el P. Jacinto llevase á Clarita la corza y se la regalara.

XV.

Al volver aquella noche á la ciudad, el Comendador tuvo que sufrir un interrogatorio en regla de su sobrina, que era la muchacha más curiosa y preguntona de toda la comarca. Tenía además un estilo de preguntar, afirmando ya lo mismo de que anhelaba cerciorarse, que hacía ineficaz la doctrina del P. Jacinto de callar la verdad sin decir la mentira. Ó había que mentir ó había que declarar: no quedaba término medio.

—Tío—dijo Lucía apenas le vió á solas,—V. ha estado en Villabermeja.

—Sí... he estado.

—¿Á qué ha ido V. por allí? ¡Si le traerán á V. entusiasmado los divinos ojos de Nicolasa!

—No conozco á esa Nicolasa.

—¿Que no la conoce V.?... ¡Bah!... ¿Quién no conoce á Nicolasa? Es un prodigio de bonita. Muchos hidalgos y ricachos la han pretendido ya.

—Pues yo no me cuento en ese número. Te repito que no la conozco.

—Calle V., tío... ¿Cómo quiere V. hacerme creer que no conoce á la hija de su amigo el tío Gorico?

—Pues digo por tercera vez que no la conozco.

—Entonces, ¿qué hay que ver en Villabermeja? ¿Ha estado V. para visitar á la chacha Ramoncica?

El Comendador tuvo que responder francamente:

—No la he visitado.

—Vamos, ya caigo. ¡Qué bueno es V.!

—¿Por qué soy bueno?... ¿Porque no he visitado á la chacha Ramoncica, que me quiere tanto?

—No, tío. Es V. bueno... En primer lugar, porque no es V. malo.

—Lindo y discreto razonamiento.

—Quiero decir que es V. bueno, porque no es como otros caballeros, que por más que estén ya con un pie en el sepulcro, de lo que dista V. mucho, á Dios gracias, andan siempre galanteando y soliviantando á las hijas de los artesanos y jornaleros. Ahora no... por el noviazgo; pero antes... bien visitaba D. Casimiro á Nicolasa.

—Pues yo no la he visitado.

—Pues esa es la primera razón por la que digo que es V. bueno. Nicolasa es una muchacha honrada... y no está bien que los caballeros traten de levantarla de cascos...

—Apruebo tu rigidez. Y la segunda razón por la cual soy bueno, ¿quieres decírmela?

—La segunda razón es que no habiendo ido V. ni á ver á Nicolasa ni á ver la chacha Ramoncica, ¿á qué había V. de haber ido tan á escape

como no fuese á ver al P. Jacinto y á tratar de ganarle en favor de Mirtilo y de Clori? ¿Vaya que ha ido V. á eso?

—No puedo negártelo.

—Gracias, tío. No es V. capaz de encarecer bastante lo orgullosa que estoy.

—¿Y por qué?

—Toma... porque, por muy afectuoso que sea V. con todos, al fin no se interesaría tanto por dos personas que le son casi extrañas, si no fuese por el cariño que tiene V. á su sobrinita, que desea proteger á esas dos personas.

—Así es la verdad,—dijo el Comendador, dejando escapar una mentira oficiosa, á pesar de la teoría del P. Jacinto.

Lucía se puso colorada de orgullo y de satisfacción, y siguió hablando:

—Apostaré á que ha ganado V. la voluntad del reverendo. ¿Está ya de nuestra parte?

—Sí, sobrina, está de nuestra parte; pero, por amor de Dios, calla, que importa el secreto. Ya que lo adivinas todo, procura ser sigilosa.

—No tendrá V. que censurarme. Seré sigilosa. V., en cambio, me tendrá al corriente de todo. ¿Es verdad que me lo dirá V. todo?

—Sí,—dijo el Comendador teniendo que mentir por segunda vez. Luego prosiguió:

—Lucía, tú has dicho una cosa que me interesa. ¿Qué clase de amoríos das á entender que hubo ó hay entre D. Casimiro y esa bella Nicolasa?

—Nada, tío... ¿No lo he dicho ya? Fueron antes del noviazgo con Clarita. D. Casimiro no iba con

buen fin... y Nicolasa le desdeñó siempre; pero de esto informará á V. mejor que yo el P. Jacinto. Yo lo único que añadiré es que el tal D. Casimiro me parece un hipócritón y un bribón redomado.

—No es malo saberlo,—pensó el Comendador.

—¡Ah! diga V., tío. Ya sé que se fué á Sevilla D. Carlos. Envié recado despidiéndose y excusándose de no haberlo hecho en persona por la prisa. Es evidente que V. le ha hablado al alma y le ha convencido para que se vaya, asegurándole que esto convenía al logro de nuestro propósito. ¿No es así, tío?

—Así es, sobrina,—respondió el Comendador.

—Veo que nada se te oculta.

XVI.

Cuando ocurrían los sucesos que vamos refiriendo, no había tantas carreteras como ahora. Desde Villabermeja á la ciudad puede hoy irse en coche. Entonces sólo se iba á pie ó á caballo. El camino no era camino, sino vereda, abierta por las pisadas de los transeuntes racionales é irracionales. Cuando había grandes lluvias, la vereda se hacía intransitable: era lo que llaman en Andalucía un camino real de perdices.

Poseía el P. Jacinto una borrica modelo por lo grande, mansa y segura. En esta borrica iba y venía siempre, como un patriarca, desde Villabermeja á la ciudad y desde la ciudad á Villabermeja. Un robusto lego le acompañaba á pie. En el viaje

como no fuese á ver al P. Jacinto y á tratar de ganarle en favor de Mirtilo y de Clori? ¿Vaya que ha ido V. á eso?

—No puedo negártelo.

—Gracias, tío. No es V. capaz de encarecer bastante lo orgullosa que estoy.

—¿Y por qué?

—Toma... porque, por muy afectuoso que sea V. con todos, al fin no se interesaría tanto por dos personas que le son casi extrañas, si no fuese por el cariño que tiene V. á su sobrinita, que desea proteger á esas dos personas.

—Así es la verdad,—dijo el Comendador, dejando escapar una mentira oficiosa, á pesar de la teoría del P. Jacinto.

Lucía se puso colorada de orgullo y de satisfacción, y siguió hablando:

—Apostaré á que ha ganado V. la voluntad del reverendo. ¿Está ya de nuestra parte?

—Sí, sobrina, está de nuestra parte; pero, por amor de Dios, calla, que importa el secreto. Ya que lo adivinas todo, procura ser sigilosa.

—No tendrá V. que censurarme. Seré sigilosa. V., en cambio, me tendrá al corriente de todo. ¿Es verdad que me lo dirá V. todo?

—Sí,—dijo el Comendador teniendo que mentir por segunda vez. Luego prosiguió:

—Lucía, tú has dicho una cosa que me interesa. ¿Qué clase de amoríos das á entender que hubo ó hay entre D. Casimiro y esa bella Nicolasa?

—Nada, tío... ¿No lo he dicho ya? Fueron antes del noviazgo con Clarita. D. Casimiro no iba con

buen fin... y Nicolasa le desdeñó siempre; pero de esto informará á V. mejor que yo el P. Jacinto. Yo lo único que añadiré es que el tal D. Casimiro me parece un hipócritón y un bribón redomado.

—No es malo saberlo,—pensó el Comendador.

—¡Ah! diga V., tío. Ya sé que se fué á Sevilla D. Carlos. Envié recado despidiéndose y excusándose de no haberlo hecho en persona por la prisa. Es evidente que V. le ha hablado al alma y le ha convencido para que se vaya, asegurándole que esto convenía al logro de nuestro propósito. ¿No es así, tío?

—Así es, sobrina,—respondió el Comendador.

—Veo que nada se te oculta.

XVI.

Cuando ocurrían los sucesos que vamos refiriendo, no había tantas carreteras como ahora. Desde Villabermeja á la ciudad puede hoy irse en coche. Entonces sólo se iba á pie ó á caballo. El camino no era camino, sino vereda, abierta por las pisadas de los transeuntes racionales é irracionales. Cuando había grandes lluvias, la vereda se hacía intransitable: era lo que llaman en Andalucía un camino real de perdices.

Poseía el P. Jacinto una borrica modelo por lo grande, mansa y segura. En esta borrica iba y venía siempre, como un patriarca, desde Villabermeja á la ciudad y desde la ciudad á Villabermeja. Un robusto lego le acompañaba á pie. En el viaje

que hizo á la ciudad, al día siguiente de su largo coloquio con el Comendador, le acompañó, á más del lego, un rústico seglar ó profano, para que cuidase de la corza.

Seguido, pues, de su lego, de la corza y del rústico, y caballero en su gigantesca borrica, el Padre Jacinto entró sano y salvo en la ciudad á las diez de la mañana. Como el convento de Santo Domingo está casi á la entrada, no tuvo el Padre que atravesar calles con aquel séquito. En el convento se apeó, y apenas se reposó un poco, se dirigió á casa de D. Valentín Solís, ó más bien á casa de Doña Blanca. El cuitado de D. Valentín se había anulado de tal suerte, que nadie en el lugar llamaba á su casa la casa de D. Valentín. Sus viñas, sus olivares, sus huertas y sus cortijos eran conocidos por de Doña Blanca, y no por suyos. Aquella anulación marital no había llegado, con todo, hasta el extremo de la de algunos maridos de Madrid, á quienes apenas los conoce nadie sino por sus mujeres, cuya notoriedad y cuya gloria se reflejan en ellos y los hacen conspicuos.

Pero dejemos á un lado ejemplos y comparaciones, que pueden tomar ciertos visos y vislumbres de murmuración, y sigamos al P. Jacinto, y penetremos con él en casa de Doña Blanca, donde tan difícil era entrar para el vulgo de los mortales.

Merced á la autoridad del reverendo, y siguiéndole invisibles, todas las puertas se nos franquean.

Ya estamos en el salón de Doña Blanca. Clara borda á su lado. D. Valentín, á respetable distancia y sentado junto á una mesa, hace paciencias

con una baraja. D. Casimiro habla con la señora de la casa y con su hija.

Los lectores conocen ya á D. Casimiro, como si dijéramos de fama, de nombre y hasta de apodo, pues no ignoran que para D. Carlos, Lucía, Clara y el Comendador, era *el viejo rabadán*. Veamos ahora si logramos hacer su corporal retrato.

Era alto, flaco de brazos y piernas y muy desarrollado de abdomen; de color trigüeño, poca barba, que se afeitaba una vez á la semana, y los ojos verde-claros y un poquito bizcos. Tenía ya bastantes arrugas en la cara, y el vivo carmín de sus narices no armonizaba bien con la palidez de los carrillos. En su propia persona se notaba poco esmero y aseo; pero en el traje sí se descubrían el cuidado y la pulcritud que en la persona faltaban, lo cual denotaba desde luego que D. Casimiro más se cuidaba la ropa por ser ordenado, económico y aficionado á que las prendas durasen, que por amor á la limpieza. Iba vestido muy de hidalgo principal, si bien á la moda de hacía quince ó veinte años. Su casaca, su chupa, sus calzones y medias de seda no tenían una mancha, y si tenían alguna rotura, ésta se hallaba diestra y primorosamente zurcida. Gastaba peluca con polvos y coleta, y lucía muchos dijes en las cadenas de sendos relojes que llevaba en ambos bolsillos de la chupa. Su caja de tabaco, que él mostraba de continuo, pues no cesaba de tomar rapé, era un primor artístico, por los esmaltes y las piedras preciosas que le servían de adorno. Al hablar usaba D. Casimiro de cierta solemnidad y pausa muy entonada; pero

su voz era ronca y desapacible, asegurándose provenir esto en parte de que no le desagradaba el aguardiente, y más aún de que, en su casa y despojado de las galas de novio ó de pretendiente amoroso, fumaba mucho tabaco negro.

La expresión de su semblante, sus modales y gestos no eran antipáticos: eran insignificantes; salvo que no podía menos de reconocerse por ellos en D. Casimiro á una persona de clase, aunque criada en un lugar.

Se advertía, por último, en todo su aspecto, que D. Casimiro debía de padecer no pocos achaques. Su mala salud le hacía parecer más viejo.

Dado á conocer así somera, y no favorablemente, por desgracia, podemos ya lisonjearnos de conocer á cuantas personas ocupaban la sala cuando entró en ella el P. Jacinto.

Doña Blanca, Clarita, D. Valentín y D. Casimiro se levantaron para recibirle, y todos le besaron humildemente la mano. El Padre estuvo sonriente y amabilísimo con ellos, y á Clarita le dió, como si no fuese ya una mujer, como si fuese una niña de ocho años, y con la respetabilidad que setenta bien cumplidos le prestaban, dos palmaditas suaves en la fresca mejilla, diciéndole:

—¡Bendito sea Dios, muchacha, que te ha hecho tan buena y tan hermosa!

—Su merced me favorece y me honra,—contestó Clarita.

Doña Blanca se lamentó del mucho tiempo que el Padre había estado sin venir de Villabermeja, y todos le hicieron coro. Se trató de que el Padre

tomase algo hasta la hora de comer, y el Padre no quiso tomar nada, salvo asiento cómodo. Desde su asiento habló de mil cosas con animada y alegre conversación, resuelto á aguardar allí á que Don Casimiro se fuese y á que D. Valentín y Doña Clara despejasen, para hablar á solas con Doña Blanca.

Doña Blanca adivinó la intención del fraile, entró en curiosidad, y pronto halló modo de despedir á D. Casimiro y de echar de la sala á D. Valentín y á Clarita.

Verificado ya el despejo, dijo Doña Blanca:

—Supongo y espero que, después de tan larga ausencia, honrará V. nuestra mesa comiendo hoy con nosotros.

El P. Jacinto aceptó el convite, y Doña Blanca prosiguió:

—He creído advertir que estaba V. impaciente por hablarme á solas. Esto ha picado mi curiosidad. Todo lo que V. me dice ó puede decirme me inspira el mayor interés. Hable V., Padre.

—No eres lerda, hija mía—contestó éste.—Nada se te escapa. En efecto, deseaba hablarte á solas. Y lo deseaba tanto, que dejo para después de tu comida, que acepto gustoso, dejo para sobremesa la aparición de un objeto que traigo de presente á nuestra Clarita, y que le va á encantar. Figúrate que es una lindísima corza, tan mansa y doméstica, que come en la mano y sigue como un perro. Pero vamos al caso: vamos á lo que tengo que decirte. Por Dios, que no te incomodes. Tú tienes el genio muy vivo: eres una pólvora.

—Es verdad; yo soy muy desgraciada, y los desgraciados no es fácil que estén de buen humor. V., sin embargo, no tiene derecho á quejarse del mío. ¿Cuándo estuve yo, desde que nos tratamos, desabrida y áspera con V.?

—Eso es muy verdad. Convendrás, con todo, en que yo no he dado motivo. Yo no soy como otros frailes, que se meten á dar consejos que no les piden, y quieren gobernar lo temporal y lo eterno, y dirigirlo todo en cada casa donde entran. ¿No es así?

—Así es. Más bien tengo yo que lamentarme de que V. me aconseja poco.

—Pues hoy no te quejarás por ese lado. Tal vez te quejes de que te aconsejo mucho y de que me meto en camisa de once varas.

—Eso nunca.

—Allá veremos. De todos modos, tengo disculpa. Tú sabes que Clarita es mi encanto. Me tiene hecho un bobo. ¿Quién ignora mi predilección hacia las mujeres? Menester ha sido de toda mi severidad para que allá cuando mozo no me quitaran el pellejo los maldicientes. Hoy, hija mía (alguna ventaja ha de traer el ser viejo), con treinta y cinco años en cada pata, puedo, sin temor de censura, quereros á mi modo y trataros con la íntima familiaridad que me deleita. Te confieso que para querer á los hombres tengo que acordarme á menudo de que son prójimos y quererlos por amor de Dios. Á las mujeres, por el contrario, las quiero, no ya sin esfuerzo, sino por inclinación decidida. Sois dulces, benignas, compasi-

vas y muchísimo más religiosas que los hombres. Si no hubiera sido por vosotras, lo doy por cierto, hubiérase perdido hasta la huella de la primitiva cultura y revelación del Paraíso, y los hombres jamás hubieran salido del estado salvaje. Si yo fuera un sabio, había de componer un libro demostrando que todo este sér de la Europa del día, que todos estos adelantamientos sociales de que el mundo se jacta, se deben, en lo humano, principalmente á las mujeres. Calcula, pues, cuán alto y lisonjero es el concepto que tengo de vosotras. Pues bien; en los últimos años de mi vida, tu hija Clara ha venido á sublimar mucho más aún este concepto de mi mente. En mi mente tenía yo como un tipo soñado de perfección, al cual ninguna de las mujeres que he conocido se acercaba ni en diez leguas. Clarita ha ido más allá. ¡Qué inocencia la suya, tan rara por su enlace con la discreción y el despejo! ¡Qué fe religiosa tan sana y atinada! ¡Qué amor á su madre y qué sumisión á sus mandatos! Clara es una santita en este mundo, y al verla hay que alabar á Dios, que la ha criado á fin de dejarnos rastrear y columbrar por ella lo que serán en el cielo los angelitos y las bienaventuradas vírgenes.

—Mucho lisonjean mi orgullo de madre—interpuso Doña Blanca,—esos encomios de Clarita que oigo en boca de V.; pero mi amor á la justicia me induce á creerlos exagerados. Yo me los explico de cierto modo, que voy á tener la sinceridad de declarar á V. En el puro amor que en general profesa V. á las mujeres hay algo del antiguo caba-

liero andante, algo del hechizo que tiene para todo sér fuerte dar protección á los débiles y desvalidos. En el concepto superior á la realidad que de las mujeres V. forma, hay gran bondad é instintiva poesía. Todos estos nobles sentimientos de usted se han empleado, durante una larga y santa vida, en lugareñas, jornaleras unas, é hidalgas ó ricachas otras, pero toscas las más, en comparación con Clara, criada en grandes ciudades, con otro barniz, con otra más elevada cultura, con mayor delicadeza y refinamiento. Ventajas tales, meramente exteriores y debidas á la casualidad, han sorprendido y alucinado á V., y le han hecho pensar que lo que está en la superficie está en el fondo; que modales más distinguidos, mayor tino y mesura en el hablar, y ciertas atenciones y miramientos que nacen de más esmerada educación, y que llegan á tenerse maquinalmente, gracias á la costumbre, son virtudes y excelencias que brotan del centro mismo de un alma que se eleva sobre las otras.

—No, hija mía; nada de eso basta á explicar mi predilección por Clarita.

—¿Cómo que no basta? Sea V. franco. ¿No quiere V. y estima casi tanto á Lucía?

—Las comparaciones son odiosas, y las del cariño más. Supongamos, á pesar de todo, que estimo y quiero á Lucía casi tanto. Esto probará sólo que Lucía vale casi tanto como Clara.

—Y que ambas están educadas con más esmero.

—Bueno... ¿Y qué?... Concedo que así sea. ¿Quién te ha negado el poder de la educación? Lo

que niego es que la educación valga hasta ese punto sobre un espíritu estéril é ingrato; y lo que niego también es que su influjo no pase de la superficie y no penetre en el fondo, y no mejore el sér de las personas. Es, pues, evidente que Clara debe mucho á Dios, y luego á tí, que la has educado bien; pero esto que debe á tí no es superficial y externo: los modales, las palabras, las atenciones y los miramientos no son signos vanos. Cuando no hay en ellos afectación, es porque brotan del alma misma, mejor criada por Dios ó por los hombres que otras almas sus hermanas. Cierto que yo no he visto ni conocido más gente en mi vida que la de esta ciudad y la de Villabermeja; pero adivino y veo claramente que ha de haber duquesas y hasta princesas cuyo barniz no me engañaría ni me alucinaría. Yo conocería al momento que era falso y de relumbrón, y que en el fondo eran aquellas damas más vulgares que tu cocinera. Conste, por consiguiente, que no me alucino al encomiar á Clarita.

—¿Y no provendrá la alucinación —dijo Doña Blanca,—de la cándida y espontánea propensión de Clarita á hacerse agradable?

—Sin duda que provendrá; pero esa misma propensión, siendo espontánea y cándida, prueba la bondad de alma de quien la tiene.

—¿V. no sabe, Padre, que eso se califica con un vocablo novísimo en castellano, y que suena mal y como censura?

—¿Qué vocablo es ese?

—Coquetería.

—Pues bien: si la coquetería es sin malicia, si el afán de agradar y el esfuerzo hecho para conseguirlo no traspasan ciertos límites, y si el fin que se propone una mujer agradando no va más allá del puro deleite de infundir cordial afecto y gratitud, digo que apruebo la coquetería.

Doña Blanca y el P. Jacinto se tenían mutuamente miedo. Ella temía la desvergüenza del fraile, y el fraile el genio violentísimo de ella. De este miedo mutuo nacía el que se tratasen por lo común con extremada finura y con el comedimiento más exquisito y circunspecto, á fin de no terminar cualquier coloquio en pelea ó disputa.

Llevada de esta consideración, Doña Blanca no impugnó la defensa de la coquetería: dió por satisfecha su modestia de madre, y acabó por aceptar como justos y merecidos los encomios de su hija Clara.

Luego añadió:

—En suma, mi hija es un prodigio. En las alabanzas de V. no toma parte sino la justicia. Me alegro. ¿Qué mayor contento para una madre? Imagino, con todo, que tan lisonjero panegírico bien se podría haber pronunciado en presencia de testigos. Lo que sigilosamente tenía V. que decirme no ha salido aún de sus labios.

El P. Jacinto se paró á reflexionar entonces, al verse tan directamente interrogado, y casi se arrepintió de haber venido á tratar del asunto de la boda de Clarita, dejándose llevar de un celo impaciente, sin ponerse antes de acuerdo con el Comendador, según habían concertado; pero el Pa-

dre Jacinto no era hombre que cejaba una vez dado el primer paso, y después de un instante de vacilación, que no dejó percibir á ojos tan linceos como los de su interlocutora, dijo de esta manera:

—Allá voy, hija; ten calma, que todo se andará. Mi encomio de Clarita estaba muy en su lugar, porque de Clarita voy á hablarte. Me consta, como su director espiritual que soy, que te obedecerá en todo; pero dime, ¿no consideras tú que para algunas cosas, de la mayor importancia, convendría consultar su voluntad?

—¿Y quién ha informado á V. de que yo no la consulto cuando conviene?

—¿Has preguntado, pues, á Clara si quiere casarse tan niña?

—Sí, Padre, y ha dicho que sí.

—¿Le has preguntado si aceptará por marido á D. Casimiro?

—Sí, Padre, y también ha dicho que sí.

—¿Y no serán parte el temor y el respeto que inspiras á tu hija en esas respuestas?

—Creo que no merezco sólo inspirar á mi hija respeto y temor, sino también cariño y confianza. Prevaliéndose, pues, mi hija del cariño y de la confianza que debo inspirarle, hubiera podido contestar que no quería casarse con D. Casimiro. Nadie la ha violentado para que diga que quiere. Querrá, cuando lo dice.

—Es cierto: querrá, cuando lo dice. No obstante, para que una decisión de la voluntad sea válida, importa que la voluntad esté previamente ilus-

trada por el entendimiento acerca de aquello sobre lo cual decide. ¿Crees tú que Clarita sabe lo que quiere y por qué lo quiere?

—Acaba V. de hacer el encomio más extremado de mi hija, y ahora me induce á pensar que la tiene por tonta, por incapaz de sacramento. ¿Cómo quiere V. que una mujer de diez y seis años ignore los deberes que el santo matrimonio trae consigo?

—No los ignora... pero no me vengas con sofismas... una niña de diez y seis años no sabe toda la transcendencia del sí que va á dar en los altares.

—Por eso tiene á su madre, para iluminarla, aconsejarla y dirigirla.

—¿Y tú la has iluminado, aconsejado y dirigido según tu conciencia?

—La menor duda sobre eso, la mera pregunta que me hace V. es una ofensa terrible y gratuita. ¿Cómo presumir, sospechar, ni por un instante, que había yo de aconsejar á mi hija en contra de lo que mi conciencia me dictase? ¿Tan mala me cree V.?

—Perdona; me expliqué con torpeza. Yo no creo, ni puedo creer que hayas aconsejado á tu hija contra tu conciencia; pero sí puedo creer que en tu entendimiento cabe error, y que, llevada tú de algún error, induces á tu hija á dar un paso deplorable.

—Extraño muchísimo los razonamientos de usted en el día de hoy. ¡Qué diferentes de lo que eran antes! ¿Qué cambio ha habido en V.? Seré yo víctima de un error, y en virtud de ese error

daré malos consejos y tomaré funestas resoluciones; pero V. lo sabía tiempo há, y nada había dicho en contra cuando no había aún compromiso alguno contraído. ¿Cómo ha venido de pronto á hacerse patente á los ojos de V. ese error, que antes no percibía? ¿Qué luz del cielo le ha ilustrado á V. el alma? ¿Qué santo ó qué ángel bendito ha bajado á la tierra á descubrir á V. lo bueno y á distinguirlo de lo malo?

Doña Blanca, según se ve, iba ya perdiendo su aplomo y su dificultosa dulzura. El P. Jacinto empezaba también á amostazarse; pero hizo un esfuerzo heróico, y en vez de seguir adelante y de excitar la tempestad, procuró calmarla por cuantos medios se le ocurrieron.

—Tienes razón que te sobra—contestó con mucha humildad.—Yo debí disuadirte á tiempo de que concertaras esa boda. Del error que noto en tí, confieso que he participado. Por lo menos, ha sido en mí un descuido atroz, una ligereza imperdonable, el no hablarte antes como te estoy hablando hoy. Pero si yo erré, con reconocerlo ya y con apartarme del error, te induzco á que me imites, aunque te dé armas en contra mía. Lo que afirmas probará mi inconsecuencia, mas no prueba nada contra mi consejo.

—¿Cómo que no prueba nada? Quitá á su consejo de V. toda la autoridad que de otra suerte hubiera tenido. Consejo dado tan de repente... hasta pudiera sospecharse... que no se funda en pensamiento propio del consejero.

Doña Blanca, al pronunciar esta última frase,

lanzó al Padre una penetrante y escrutadora mirada. El Padre, que no era tímido, se cortó un poco y bajó los ojos. Serenándose al instante, repuso:

—No se trata aquí de más autoridad que de la autoridad de la razón. Para darte el consejo, válgame la amistad y el cariño que tengo á tu persona y á los de tu familia: para que le aceptes ó le deseches, no pretendo que valga sino el ingenio, que pido á Dios me conceda, para llevar el convencimiento á tu alma.

—Está bien. ¿Quiere V. decirme qué razones hay para que Clara no se case con D. Casimiro? V. es el confesor de Clara. ¿Ama Clara á otro hombre?

—Por lo mismo que soy su confesor, si Clara amase á otro hombre, y ella me lo hubiera confiado, no te lo diría sin que ella me diese su venia, que yo sabría pedir y exigir en caso necesario. Por dicha, para nada tiene que entrar aquí la cuestión de si Clara ama ó no á otro hombre.

—No me venga V. con rodeos y sutilezas. Yo he educado á mi hija con tal rigidez y con tal recogimiento, que no tengo la menor duda de que no ha tenido amoríos. Clara no ha mirado jamás con malicia á hombre alguno.

—Así será. Pero ¿no podrá mirarle el día de mañana? ¿No podrá amar, si no ama aún?

—Amará á su marido. ¿Por qué no ha de amarle?

—Vamos, señora—dijo el P. Jacinto—ya con la paciencia perdida:—no amará á su marido, porque su marido es feo, viejo, enfermizo y fastidioso.

—Quiero suponer—contestó Doña Blanca con el reposado entono que tomaba cuando más tremenda se ponía;—quiero suponer que las caritativas calificaciones de V. cuadran perfectamente al sujeto, á la persona de mi familia, á quien V. honra con ellas. Su exquisito gusto de V. en las artes del dibujo halla feo á D. Casimiro; sus conocimientos de V. en la medicina le han hecho comprender que está el pobre mal de salud, y la amenidad y discreción, que en V. campean, es natural que le induzcan á fastidiarse de todo sér humano que no sea tan ameno y tan ingenioso como V., cosa, por desgracia, rarísima; pero V. no me negará que mi hija, menos instruída en las proporciones y bellezas de la figura del hombre, puede no hallar feo á D. Casimiro, como no le halla; menos docta en ciencias médicas, puede creerle más sano, y menos chistosa que V., puede muy bien hallar en D. Casimiro algún chiste y no aburrirse de su conversación. Y por otra parte, aunque mi hija viese en D. Casimiro los defectos que V. señala, ¿por qué no había de amarle? Pues qué, ¿una mujer de honor, una buena cristiana, ha de amar sólo la hermosura física y el desenfado en el hablar? ¿Será menester buscarle para marido, no á un caballero de su clase, honrado, temeroso de Dios, virtuoso y lleno de atenciones y buenos deseos de hacerla dichosa, sino á algún saltimbanquis robusto, á algún truhán divertido, que provoque en ella con sus chocarrerías una risa indecorosa y un regocijo poco honesto?

—Mira, Doña Blanca—dijo el fraile, que jamás

abandonaba el tuteo, aunque se incomodara,—no creas que se necesite ser un Apeles ó un Fidiás para conocer que es feo D. Casimiro. Su fealdad es tan patente y somera, que no hay que ahondar mucho para descubrirla. Y en cuanto á su ruín salud y escasa amenidad, te aseguro lo mismo. Sin haber cursado medicina, sin ser un Hipócrates, ve cualquiera que D. Casimiro está por demás estropeado. Y sin haber estudiado el *Examen de ingenios*, de Huarte, se descubre en seguida que el de D. Casimiro es romo y huero. Yo no pretendo que busques para Clarita á Pitágoras y á Milón de Crotona en una pieza; pero ¿qué diablura te lleva á darle por marido á Tersites?

El P. Jacinto se abstenía de echar latines cuando hablaba á las mujeres; pero no podía menos de citar en romance, siempre que se dirigía á damas de distinción, hechos, personajes y sentencias de la antigüedad clásica y de las Sagradas Escrituras. Por lo demás, era tan claro el sentido de lo que decía, que Doña Blanca, aunque no hubiera sabido más ó menos confusamente la condición de los personajes citados, no hubiera tenido la menor duda sobre lo que el fraile quería significar. Así es que le respondió:

—Reverendo Padre, esos son insultos y no consejos; pero jamás me enojaré con V. Lo único que afirmo es que todos los defectos que pone V. á mi futuro yerno han de estar menos al descubierto de lo que V. supone ahora, cuando antes de ahora no los ha conocido V. Y si los conocía, ¿por qué antes no me los dijo? Repito que alguien

ha venido á ilustrar su claro entendimiento de V. Alguien le induce á dar este paso. No hay que disimular. Sea V. leal y franco conmigo. V. ha hablado con alguien acerca de la proyectada boda de Clarita. Sus consejos de V. no son consejos, sino un mensaje solapado.

El P. Jacinto era fresco de veras; pero con Doña Blanca no había frescura que valiese. El pobre fraile estaba sofocado, rojo hasta las orejas. Por él hubiera podido inventarse aquella frase con que se denota que á alguien le han dado una buena descompostura: *tenía encarnadas las orejas como fraile en visita*.

Hasta su lengua, que por lo común estaba tan suelta, se le había trabado un poco y no atinaba á contestar.

Doña Blanca, notando aquel silencio, le excitaba á que se explicase y añadía:

—No me cabe duda. Está V. convicto y casi confeso. V. desaprueba hoy lo que ayer aprobaba, porque un enemigo mío le ha llenado la cabeza de ideas absurdas. Atrévase V. á negar la verdad.

Interpelado, acusado con tan desmedida audacia y con tan ruda serenidad, el P. Jacinto sacó fuerzas de flaqueza; puso á un lado la causa de su inusitada timidez, que era sólo el recelo de perjudicar los intereses de Clara y de su amigo y antiguo discípulo, y, ya libre de estorbos, contestó tan enérgica y sabiamente, que su contestación, la réplica á que dió lugar y todo el resto del diálogo tomaron un carácter distinto y solemne, por don-

de merecen capítulo aparte, el cual será de los más importantes de esta historia.

XVII.

El P. Jacinto, sin alterarse, imitando el entonado reposo de su ilustre amiga, contestó lo que sigue:

—Ya he confesado con ingenuidad que debí aconsejarte antes. No lo hice, no porque aprobases tu plan, sino porque, llevado de ligereza vergonzosa y de indiferencia villana y grosera, no advertí todo el horror de la boda que tienes concertada. ¿Debo el advertirlo ahora á mi propio espíritu, ó bien al de otra persona que me ha ilustrado? Punto es éste que podrá interesarte sabe Dios por qué, y que podrá afectar mi reputación de hombre entendido; pero en nada altera el valor de mis consejos. No quiero ni puedo justificar mi inconsecuencia. Puedo y debo, con todo, mitigar un poco la rudeza de tu acusación, y lo haré al exponer las razones en que fundo mis consejos de ahora. Sentiré expresarme con impropiedad, aunque espero de tu buena fe que no me armes disputa sobre las palabras, si entiendes la idea y la sana intención con que la expreso. Tal vez está educada Clara con rigidez que raya en extremos peligrosos. Temiendo tú que un día pueda caer, le has exagerado los tropiezos. Temiendo tú que la nave pueda zozobrar é irse á pique, has ponderado los escollos y bajíos que hay en el mar del

mundo, el ímpetu y violencia de los vientos que combaten la nave y hasta su fragilidad y desgobernio. Esto tiene también sus peligros. Esto infunde una desconfianza en las propias fuerzas que raya en cobardía. Esto nos hace formar un concepto de la vida y del mundo mucho peor de lo que debe ser. ¿Cómo ha de negar un creyente que de resultas de nuestros pecados el mundo es un valle de lágrimas; que el demonio tiende su red de continuo para perdernos; que nuestra flaca condición es propensa al mal, y que es necesario el favor del cielo para no caer en las tentaciones? Todo esto es innegable, pero conviene no exagerarlo. Una vez muy exagerado, ó hay que huir al desierto y hacer la vida ascética de los ermitaños, y entonces todo va bien, porque la belleza y la bondad que no se ven en la tierra, se esperan, se presienten y casi se ven ya en el cielo, en éxtasis y arrobos; ó hay que dar, faltando el amor divino, faltando la caridad fervorosa, en un desesperado desprecio de uno mismo y en tal desdén y odio á todo lo creado y á nuestros semejantes, que hacen á quien así vive odioso y enojoso á sí y á los demás seres. Hija, no sé si me explico, pero tú eres perspicaz y me irás entendiendo. Otro grave peligro nace también de tu método de educar. La conciencia se halla con él más apercibida y precavida para la lucha; pero al mancharlo todo, se mancha; al inficionarlo todo, se inficiona; al presentir en todo un delito, una impureza, provoca y hasta evoca las impurezas y los delitos. Clarita tiene un entendimiento muy sano, un natural excelente;

pero, no lo dudes, á fuerza de dar tormento á su alma para que confiese faltas en que no ha incurrido, pudiera un día torcer y dislocar los más bellos sentimientos y convertirlos en sentimientos pecaminosos; pudiera concebir del escrúpulo de su conciencia, inquisidora del pecado, el pecado mismo que antes no existía. No tengo que asegurarte que yo por mil motivos no he procurado relajar la rigidez de los principios que has inculcado á Clarita, si bien mi modo de ser me lleva, por el contrario, á la indulgencia; á ver en todo el lado bueno, y á tardar muchísimo en ver el lado malo, y á no descubrirle sino después de larga meditación. Así es que al principio, contrayéndonos al asunto de la boda, no ví sino el lado bueno. Ví que D. Casimiro es un caballero de tu clase, honrado, religioso, prendado de Clarita y deseando hacerla feliz. Ví que, casándose con ella, seguiría ella aquí y no se la llevarían lejos de su madre y de nosotros, que la queremos tanto. Ví que con su mucha hacienda y la de su marido haría un bien inmenso en estos lugares, empleándose en obras de caridad. Y ví en la misma austeridad con que está educada la garantía de que para Clarita no podía ser el matrimonio el medio de satisfacer y aun de santificar, merced á un lazo sagrado é indisoluble, una pasión violenta, profana y algo impía, ya que consagra al hombre cierta adoración y culto que á sólo Dios se debe, y una ilusión caduca, efímera, que se disipa tanto más pronto cuanto más vivo y ardiente es el resplandor con que la fantasía la finge y colora. Todo

esto ví, y por haberlo visto trato de cohonestar, ya que no disculpe, el no haberme opuesto antes á la boda. Imaginaba yo, además, que Clarita no la repugnaba. Clarita nada me ha dicho después; pero mis ojos se han abierto, y ahora comprendo que la repugna con repugnancia invencible, allá en el fondo de su alma. Ahora comprendo que Clarita no ve sólo en el matrimonio un voto de devoción y sacrificio. Clarita quiere amar y que el matrimonio sancione y purifique su amor. El matrimonio, por lo tanto, no puede ser para ella el mero cumplimiento de un deber social, un acto de abnegación, un padecimiento á que hay que resignarse, una penitencia, una prueba, un castigo. El profundo respeto que te tiene, la ciega obediencia con que se somete á tu voluntad, la creencia de que casi todo es pecado, no consentirán que ella confiese nunca ni á sí misma lo que te digo: pero yo no dudo ya que lo siente. Ahora bien; ¿es merecedora Clarita de esa penitencia? ¿Es digna de ese castigo? ¿Qué derecho tienes para imponérselo? Y si es prueba, ¿quién te da permiso para poner á prueba su bondad? ¿Por qué, si lo grave y áspero de un deber, como es el del matrimonio, puede mezclarse y combinarse con lícitos contentos que aligeren la cruz y con satisfacciones y gustos que suavicen la aspereza del camino, quieres tú sólo para tu hija la aspereza del camino y la pesadumbre de la cruz, y no también la permitida dulzura?

Doña Blanca escuchó impasible, y al parecer muy sosegada, todo el sermón del buen fraile. Al

ver que no seguía, dijo, después de un instante de silencio:

—Aun conviniendo en que casarse con un hombre de bien, lleno de afecto y de juicio, fuese una penitencia, fuese una cruz, Clarita la debiera llevar y resignarse. La mujer no ha venido al mundo para su deleite y para satisfacción de su voluntad y de su apetito, sino para servir á Dios en esta vida temporal, á fin de gozarle en la eterna. Y usted convendrá conmigo, si en estos días no ha tratado con gentes que han perturbado su razón y le han apartado del camino recto, que el modo mejor de servir á Dios es, en una hija, el obedecer á sus padres. V. mismo reconoce que el santo sacramento del Matrimonio no fué instituido para santificar devaneos. Cierto que es mejor casarse que quemarse; pero aún es mejor casarse sin quemarse, á fin de ser la fiel compañera de un varón justo y fundar ó perpetuar con él una familia cristiana, ejemplar y piadosa. Este concepto puro, cristiano y honestísimo del matrimonio no es fácil de realizar; mas para eso he educado yo tan severamente á Clarita: para que con la gracia de Dios tenga la gloria de realizarle, en vez de buscar en el casamiento un medio de hacer lícito y tolerable el logro de mal regidos deseos y de impuras pasiones. Más pudiera decir en mi abono acerca de este asunto, pero no se trata aquí de una discusión académica. Yo carezco de estudios y de facilidad de palabra para discutir con V. sobre la cuestión general de si el matrimonio ha de ser un estado tan difícil y estrecho como otro cualquiera que se

toma para servir á Dios, y no un expediente mundanal para disimular liviandades. Aquí debemos concretarnos al caso singular de Clarita, y para ello vuelvo á lo dicho: necesito, exijo que sea usted leal y sincero. ¿Quién envía á V. á que me hable? ¿Quién le aconseja para que me aconseje? ¿Quién le ha abierto los ojos, que tenía V. tan cerrados, y le ha hecho ver que Clarita, si no ama, amaré? Vamos, respóndame V. ¿Por qué disimularlo ó callarlo? Hay un hombre que ha hablado á V. de todo eso.

—No lo negaré, ya que te empeñas en que lo declare.

—Ese hombre es el Comendador Mendoza.

—Es el Comendador Mendoza,—repitió el fraile.

Tal declaración, aunque hartamente prevista, dejó silenciosos y como en honda meditación á ambos interlocutores durante un largo minuto, que les pareció un siglo.

Doña Blanca, aunque sin precipitar sus palabras, mostrando ya, en lo trémulo de la voz y en el brillo de los ojos, viva y dolorosa emoción mal reprimida, habló luego así:

—Todo lo sabe V. y me alegro. Quizás hice mal en no decirselo yo misma la vez primera que me arrodillé ante V. en el tribunal de la penitencia. Sírvame de excusa que ya mi mayor delito había sido varias veces confesado, y la consideración de que cada vez que le confieso de nuevo hago sabedora á una persona más del deshonor de quien me ha dado su nombre. Todo lo sabe V. sin que yo se lo haya dicho. Bendito sea Dios, que me humi-

lla como merezco, sin que yo, tan culpada, cometa la nueva culpa de infamar á mi pobre marido. Pues bien: sabiéndolo V. todo, ¿cómo se atreve á aconsejarme lo que me aconseja? ¿Cómo quiere apartarme del camino que llevo, único posible para una reparación, aunque incompleta? Si contra su parecer de V., si contra la ley del decoro, manchásemos la conciencia de Clara, descubriéndole su origen, ¿qué piensa V. que haría ella? ¿No la despreciaría V. si no buscase la reparación? Y para ello, sin hacer pública la infamia de su madre y de aquél á quien debe venerar como á padre, ¿qué otro recurso tiene Clara sino entrar en un convento ó dar la mano á D. Casimiro? ¿Por qué, dirá V., ha de pagar Clara la falta que no cometió? Harto la pago yo, Padre. Los remordimientos, la vergüenza, me asesinan. Pero Clara también debe pagarla. Si esto parece á V. inicuo, vuélvase usted impío y blasfemo contra la Providencia, y no contra mí. La Providencia, en sus designios inscrutables, con ocasión de mi culpa, ha puesto á mi hija en la alternativa ó de sacrificarse ó de ser falsaria y poseedora indigna de riquezas que no le pertenecen.

—No he de ser yo, por cierto—interrumpió el fraile,—quien disimule ó atenúe lo difícil de la situación y la verdad que hay en lo que dices. Convento contigo. Sé la nobleza de alma de Clara. Si ella supiera quién es... pero no, mejor es que no lo sepa.

—¿Qué piensa V. que haría si lo supiese?

—Sin vacilar... Clara se retiraría á un convento.

Tu plan de casarla con D. Casimiro le parecería absurdo, malo, no ya siendo feo y viejo D. Casimiro, sino aunque fuese precioso y estuviese ella prendada de él. Con ese casamiento ni se remedia el mal nacido del embuste ó la falsía, ni se despoja tu hija de bienes que no son suyos.

—Es, sin embargo, la única reparación posible, aunque incompleta, ignorando Clara el motivo que hay para la reparación. Convengo en que entrando Clara en un claustro el mal se remediaría mejor, menos incompletamente. Pero ¿cómo la hija de un ateo ha de tener vocación para esposa de Jesucristo?

Al pronunciar estas últimas palabras, el rostro de Doña Blanca tomó una expresión sublime de dolor: sus mejillas se tiñeron de carmín ominoso como el de una fiebre aguda; dos gruesas lágrimas brotaron de repente de sus ojos.

El P. Jacinto vió á Doña Blanca transfigurada; reconoció en ella un corazón de mujer que antes no había sospechado siquiera bajo la aspereza de su mal genio, y le tuvo lástima y la miró con ojos compasivos. Ella prosiguió:

—He meditado en largas noches de insomnio sobre la resolución de este problema, y no veo nada mejor que el casamiento de Clara con D. Casimiro. No piense V. que me falte valor para otra cosa. No me falta valor; me sobra piedad. Mil veces, ansiosa de que me matase, he estado á punto de revelar mi pecado al hombre á quien ofendí cometiéndole. Yo misma hubiera puesto gustosa el puñal en su mano; pero, le conozco, ¡infeliz! hubiera llorado

como un niño; yo le hubiera muerto de pena, en vez de recibir el merecido castigo; él, con mansedumbre evangélica, me hubiera perdonado, y mi duro pecho y mi diabólico orgullo, lejos de agradecer el perdón, hubieran despreciado más aún al hombre que me le otorgaba. Manso, pacífico, benigno, Valentín hubiera apurado un cáliz de hiel y veneno al oír mi revelación; no hubiera sido mi juez inexorable, sino hubiera acabado de ser mi víctima, y yo, réproba, llena de satánica soberbia, hubiera ahogado el manantial de la compasión y de la ternura con desdén, hasta con asco, de una resignación santa, que el demonio mismo me hubiera pintado como enervada flaqueza. Mi deber era, pues, callar; hacer lo menos amarga posible la vida de este débil y dulce compañero que el cielo me ha dado, disimular, ocultar, hasta donde cabe... mi falta de amor... mi injusta, impía, irracional, involuntaria falta de estimación. Así se explican el engaño y la persistencia en el engaño; pero la vileza del hurto no cabe en mí. Mi alma no la sufre. ¿Pretende quizás ese ateo malvado que me envilezca yo con el hurto? ¿Qué razón, qué derecho, qué sentimiento paternal invoca quien tan olvidado tuvo durante años el fruto de su amor... y de la cólera divina? V. dice bien: lo mejor sería que Clara se sepultase en un claustro, se consagrara á Dios. Yo he hecho lo posible por disgustarla del mundo, pintándosele horroroso; pero en ella han podido, más que mis palabras, la confianza juvenil, el brío maldito de la sangre, el deleite y la exuberancia de la vida. ¿Qué arbitrio me queda sino

casarla con D. Casimiro? ¿Por qué la compadecce V.? Pues qué, ¿no sale ganando? La hija del pecado no debiera tener bienes, ni honra, ni nombre siquiera, y todo esto conservará y de todo podrá gozar sin remordimientos, sin sonrojo.

En la última parte de su discurso Doña Blanca estuvo hermosa, sublime como una pantera irritada y mortalmente herida. Se había puesto de pie. Al fraile se le figuraba que había crecido y que tocaba con la cabeza en el techo. Hablaba bajo, pero cada una de sus palabras tenía punta acerada como una saeta.

El P. Jacinto conoció que había confiado por demás en su serenidad y en su elocuencia. Se hizo un lío y no supo decir nada. Se encontró tan apurado, que la vuelta de Clarita al salón le quitó un peso de encima y le dió tregua para poder replicar en momentos más propicios y después de meditarlo.

Doña Blanca, no bien entró su hija, supo dominarse y recobrar su calma habitual.

Un poco más tarde vino el benigno D. Valentín, y todos fueron á comer como si tal cosa.

El P. Jacinto echó la bendición al empezar la comida, y rezó al sentarse y al levantarse.

Ya de sobremesa, tuvo efecto la grata sorpresa de la corza. Clarita la halló encantadora. La corza se dejó besar por Clarita en un lucero blanco que tenía en la frente, y se comió cuatro bizcochos que ella misma le dió con su mano.

D. Valentín se maravilló, simpatizó y hasta se enterneció con la mansedumbre de aquel lindo animalejo.

Cuando, terminado todo, salió el P. Jacinto de casa de Doña Blanca, se apresuró á ir á ver al Comendador, quien le aguardaba impaciente, no habiéndole visto al llegar de Villabermeja, porque el fraile había adelantado más de una hora su venida á la ciudad. Excusándose de esto y de su precipitación en dar pasos sin consultar al Comendador, el P. Jacinto le relató cuanto había pasado.

D. Fadrique López de Mendoza no era de los que condenan todo lo que se hace cuando no se les consulta. Halló bien lo hecho por su maestro, y lo aplaudió. Hasta la turbación y mutismo final del fraile le parecieron convenientes, porque no habían traído compromiso, porque no se había soltado prenda. Ya hemos dicho que el Comendador era optimista por filosofía y alegre por naturaleza.

XVIII.

Después de haberse enterado de la conversación entre el fraile y Doña Blanca, el Comendador se abstuvo de tomar una resolución precipitada. Se contentó con rogar á su maestro que no se volviese á Villabermeja, que siguiese frecuentando la casa de Doña Blanca y que tratase de desvanecer todo recelo en dicha señora, prometiéndole no hablar con Clarita de la proyectada boda ni decirle nada en contra de los deseos de su madre.

El Comendador quería meditar, y meditó largamente, sobre el asunto. Sus meditaciones (ya hemos dicho que el Comendador era descreído) no

podían ser muy piadosas. Era también el Comendador alegre, frío y sereno, y nada podían tener de apasionadas sus meditaciones. Su espíritu analítico le presentaba, sin embargo, todas las dificultades del caso.

No cabía la menor duda. La criatura lindísima y simpática que á él debía el ser estaba condenada, ó á vivir como usurpadora indigna de lo que no le pertenecía, ó á casarse con D. Casimiro, ó á ser monja. Uno de estos tres extremos era inevitable, á no causar un escándalo espantoso ó á no realizar un difícil rescate.

Doña Blanca tenía razón, salvo que para tenerla no era menester mostrarse tan hosca y tan poco amena con todo el género humano, empezando por su infeliz marido.

Para D. Fadrique había un ideal económico más fundamental que el político. Este ideal era que toda riqueza, todos los bienes de fortuna llegasen á ser un día, cuando la sociedad tocase ya en la perfección deseada, signo infalible de laboriosidad, de talento y de honradez en quien los había adquirido; que el ser rico fuese como innegable título de nobleza, ganado por uno mismo ó por el progenitor que le ha dejado los bienes.

Bien sabía D. Fadrique que este término estaba aún remotísimo; pero sabía además que el mejor modo de acercarse á él era el de hacer todo negocio suponiéndole ya llegado; esto es, como si no hubiese riqueza mal adquirida en la tierra. Lo contrario sería conspirar á que prevaleciese el villano refrán de que *quien roba á un ladrón tiene cien*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

años de perdón, y contribuir á que la vida, la historia, el desenvolvimiento civilizador de la sociedad sean una trama inacabable de bellaquerías.

Fundado en estos principios, desechaba de sí D. Fadrique el pensamiento de que en cada lugar del mundo habría de seguro un enjambre de madres en el caso de Doña Blanca y una multitud de hijas ó de hijos en el caso de Clarita, para los cuales el problema moral, de tan difícil solución, que atormentaba á Doña Blanca, era como si no fuese, dejándolos disfrutar de la hacienda que la suerte y la ley les otorgaban, sin el menor escrúpulo y con la mayor frescura. Desechaba también la idea, algo cómica, pero más que posible, de que el mismo D. Casimiro, por circunstancias análogas, podría tener menos derecho que Clarita á la herencia, aunque toda fuese vinculada; de que D. Valentín, su padre ó su abuelo, podrían también no haber tenido derecho, y de que sólo Dios sabe, aunque tal vez el diablo no lo ignore, por qué arcaduces subterráneos y por qué intrincados caminos ha venido á cada cual lo que por herencia disfruta. En estos casos la fe debe salvar; pero en el caso de Doña Blanca no había fe que valiese contra la evidencia que ella tenía. Cerrar los ojos, vendárselos y remedar fe era una infamia. D. Fadrique, condenando en su corazón y en su inteligencia serena los furiosos de Doña Blanca, la aplaudía y ensalzaba de que pensase con rectitud y con nobleza. Vaya á quien vaya, merézcale ó no, tenga derecho ó no le tenga aquél á quien un bien se destina, son cosas que importan poco ante la su-

perior consideración de que ese bien me consta que no es mío y de que sólo le gozo por engaño, por delito y por mentira.

Como D. Fadrique era persona de mucho seso y sentido común, aunque se hallaba en época de reformas, sistemas y ensueños de toda clase, no pensó en condenar la herencia. Sin el grandísimo deleite de dejar ricos á nuestros hijos, se perdería el mayor estímulo para el trabajo, para el buen orden, para la aplicación y para aguzar y ejercitar el ingenio. D. Fadrique reconocía, no obstante, que si estaba lejos aún el día en que sea casi imposible adquirir mal lo que uno mismo adquiere, estaba aún mucho más lejos el día en que sea casi imposible heredar mal lo que se hereda. El modo de no empujar hacia más hondo porvenir la aurora de ese día, era dar buen ejemplo en contra. La razón de Doña Blanca salía siempre triunfante de cada laberinto de reflexiones en que D. Fadrique se abismaba.

Había un mal moral que pedía remedio. Hasta aquí iba D. Fadrique de acuerdo con la idea de Doña Blanca. ¿Era el remedio peor que el mal? El remedio era duro; pero D. Fadrique comprendía que no era peor que la enfermedad, y que era menester aplicarle no habiendo otro.

El remedio podía aplicarse de dos maneras. Ó casando á Clarita con D. Casimiro, y esto era fácil, ó haciéndola tomar el velo. Esto segundo, á pesar de lo mundano, impío y anti-religioso que era D. Fadrique, le parecía mil veces mejor. Comprendía, no obstante, que para que Clarita entra-

se en un convento sin saber ella por qué, era necesario que alguien le infundiese la vocación. Tal trabajo no podía tomarle su madre. Sólo el P. Jacinto podría persuadir á Clarita á que se retirase al claustro.

Para un hombre lleno del espíritu del siglo xvm, alimentado con la lectura de los enciclopedistas, creyente en Dios, pero hablando siempre de la naturaleza, no hay que exponer aquí cuán horrible aparecía el sacrificio de la hermosura, de la vida, del brío juvenil, sintiendo ya sin duda fervorosamente el amor y reclamándole, en aras de un sentimiento misterioso, de un objeto, á su ver, impalpable y hasta incomprensible. Al Comendador se le antojaba esto una nefanda monstruosidad; pero la prefería á ver, á imaginar á Clara entre los secos brazos de D. Casimiro; y en su orgullo de hidalgo, y en su afán de no verse él mismo mentiroso y fullero, y de no pensar menos noblemente que una mujer fanática y desatinada, lo prefería todo á que Clarita se alzase en su día con los bienes de D. Valentín.

El punto final de las meditaciones de D. Fadri que era siempre el mismo, por cuantas sendas y rodeos tratase de llegar á él. No quería á Clara poseedora de lo que le constaba que no era suyo; no la quería mujer de D. Casimiro; no la quería monja tampoco, y no quería dar escándalo ni amargar la vida de D. Valentín con afrentoso desengaño. Era, pues, indispensable que él fuese el libertador, el rescatador de Clarita.

Á pesar de tener preocupado el ánimo con estas

cosas, el Comendador ejercía tanto dominio sobre sí, que nada dejaba notar.

Paseaba con Lucía por las huertas ó charlaba con ella y procuraba esquivar sus preguntas inquisitoriales.

Así transcurrieron ocho días. Durante ellos se informó el Comendador, con el mayor secreto y diligencia, del valor exacto de todos los bienes de D. Valentín. Pasaban de cuatro millones de reales.

Bastante se apesadumbró, no debemos ocultarlo, de que D. Valentín hubiese llegado á ser tan rico. El Comendador tenía poquísimos más capital, sumando el valor de algunas finquillas que había comprado cerca de Villabermeja, y lo que tenía en varias casas de banca en la Gran Bretaña y en Madrid. Su decisión, á pesar de la pesadumbre, fué firme, con todo.

El Comendador sabía y estimaba cuánto vale el dinero. La vanidad de haberle adquirido diestra y honradamente le daba para él mayor hechizo. Pero ¿en qué mejor podía emplearse el caudal, la ganancia y el ahorro de toda una vida activa, el fruto del brío, del trabajo y del ingenio, que en salvar á un ser tan querido y que tan digno era de serlo?

Suponiéndose ya el Comendador despojado de cuatro millones, se miraba reducido á la triste condición de un hidalgo labriego, que ó tendría que salir otra vez á buscar fortuna, ó tendría que acomodarse á vivir mal y humildemente en Villabermeja. Esto no le arredró.

Eliminadas, pues, varias soluciones, el proble-

ma quedó claro y sencillo. La única dificultad que había que vencer era la de pasar á poder de Don Casimiro, de modo tan natural, que apartase toda sospecha, una suma de cuatro millones, y hacer valer y constar, como era justo, este sacrificio cerca de Doña Blanca, para que la terrible señora reconociese á su hija por libre de toda obligación y por apta para recibir, en su día, los bienes todos de D. Valentín, como devolución, y no como herencia.

XIX.

La familia de Solís continuaba incomunicada con sus vecinos.

Sólo entraban en aquella casa D. Casimiro y el fraile. Éste, á pesar de sus consejos, había sabido ingeniarse, volver á la gracia y recobrar la confianza de aquella adusta señora. No es tan llano desear á un director espiritual, á quien se tiene por santo ó poco menos, aunque este director nos contrarie, y sobre todo haga cosas opuestas á nuestro modo de pensar. La mayor falta del P. Jacinto, lo que apenas acertaba á explicarse Doña Blanca, era que aquel virtuoso varón, aquel hijo de Santo Domingo de Guzmán, fuese tan íntimo amigo de un hombre á quien debía más bien llevar á la hoguera, si los tiempos no estuviesen tan pervertidos y la cristiandad tan relajada.

Doña Blanca no se calló sobre este punto, y varias veces manifestó al fraile su extrañeza; pero el fraile le contestaba:

—Hija mía, piensa lo que se te antoje. Yo no quiero calentarme la cabeza explicándotelo. Básete saber que yo tengo á D. Fadrique por muy amigo, aunque incrédulo, como él me tiene por muy amigo, aunque fraile. Cavilando en ello me asusto, y prefiero no cavilar. No quiero dar por seguro que haya en las almas humanas algo que, á pesar de la radical oposición de creencias, sea lazo de unión amistosa y constante y fundamento de alta estimación mutua.

—Vaya si hace V. bien en no cavilar—contestaba Doña Blanca.—No cavile V., no venga á caer en herejía al cabo de sus años, fantaseando algo más esencial, más sublime que la creencia religiosa.

—No caeré en herejía—replicaba el fraile, que ya hemos dicho que era muy desvergonzado;—no caeré en herejía cuando tú no caíste. Nunca mi amistad será más inexplicable que lo fué tu amor.

Con esto Doña Blanca exhalaba un suspiro, que tenía su poco de bufido, y se amansaba y se callaba.

Por lo demás, el P. Jacinto era leal y no abusó de su derecho de hablar en secreto con Clarita para excitarla en contra de la boda con D. Casimiro.

Sólo una noticia se atrevió á dar á Clarita por instigación de D. Fadrique: que D. Carlos, amonestado por el Comendador, se había vuelto á Sevilla con sus padres.

De esta suerte, Clarita hubo de tranquilizarse y no sobresaltarse de no ver á D. Carlos por la mañana en la iglesia. Á quien vió varias veces casi en el mismo lugar en que D. Carlos se colocaba

fué al Comendador, cuya maldad su madre le había ponderado, y que ella se inclinaba irresistiblemente á creer bueno.

El Comendador, como en desagravio de haber tenido olvidada tantos años aquella prenda de su amor, no se contentaba con disponerse á hacer por ella un gran sacrificio, sino que ansiaba verla y admirarla, aunque fuese á distancia.

Así iban lentamente los sucesos, cuando una mañana, en que Doña Antonia había tenido una de sus jaquecas y no se hallaba con gana de salir, Lucía fué á paseo sola con el Comendador. Ambos llegaron á la fuente ó nacimiento del río que ya conocemos. Sentados á la sombra del sauce, oyendo el murmullo del agua, hablaron de las estrellas, de las flores, de mil diversas materias, hacia donde el tío procuraba llevar la atención de su sobrina para distraerla de su curiosidad sobre los asuntos de Clara.

Lucía, no llegando á distraerse lo bastante, dijo por último:

—Tío, V. va á hacer de mí una sabia. Á veces me habla V. del sol y de lo grande que es y de cómo atrae á los planetas y cometas; y á veces me describe los abismos del cielo, y me señala las más hermosas estrellas, y me declara sus nombres y la inmensa distancia á que están de nosotros, y el tiempo que tardan los rayos alados de su luz en herir nuestras pupilas. Todo esto me deleita y pasma, haciéndome concebir más adecuado concepto del infinito poder de Dios. También me ha explicado V. misterios extraños de las flores, y esto me ha

interesado más, infundiéndome en el alma superior idea de la bondad y sabiduría del Altísimo. Pero desechando el disimulo, recelo que V. no me instruyere tanto sino para no responder á mis preguntas sobre sus proyectos de V. acerca de Clarita. Tal sospecha, lo confieso, me quita las ganas de oír las lecciones de V., que de otro modo me entusiasmarían; tal sospecha disminuye el valor de dichas lecciones, que se me figuran interesadas y maliciosas: más que medio de enseñarme, me parecen medio de embaucarme.

—La malicia la pones tú, sobrina—respondió el Comendador.—Yo procedo con la mayor sencillez. Cuanto hay que saber de Clarita lo sabes mejor que yo. ¿Qué puedo añadir á lo que tú sabes?

—Oiga V., tío: aunque niña, no soy tan fácil de engañar. Aquí hay varios puntos oscuros, inexplicables, y yo no sosiego hasta que todo me lo explico.

—Pues ya estás aviada, hija mía, si no te sosiegas hasta que halles la explicación de todo. Condenada estás á desasosiego perpetuo.

—No confundamos las especies. Yo me aquieto sin explicación sobre muchos puntos en que usted, por desgracia, no se aquieta. No hablo de eso. Hablo de materias más llanas y más al alcance de mi inteligencia. En éstas requiero explicación, y sin explicación no hay reposo. ¿Qué diablo de palabra enrevesada fué aquella de que se valió V. el otro día para significar una suposición que se forja uno para explicar las cosas, y que se da por cierta, cuando las explica?

—Esa palabra es *hipótesis*.

—Pues bien; yo no hago más que forjar hipótesis á ver si me explico ciertas cosas. ¿Quiere usted que le exponga alguna de mis hipótesis?

—Exponla.

El Comendador respondió aparentando serena indiferencia al dar aquel permiso; pero se puso colorado, y tuvo miedo de que Lucía, por arte mágica ó poco menos, hubiese adivinado el lazo que unía á Clara con él.

Lucía, prevaleciéndose del permiso y animada con lo poco de turbación que en su tío advirtió, expuso así una de sus hipótesis:

—Pues, señor, yo me cegué al principio por exceso de vanidad. Pensé que el cariño de tío que V. me tiene le llevaba, para complacerme, á mirar con interés á Clori y á Mirtilo, y á procurar el buen fin de sus amores. Ya he variado de opinión. Ya la hipótesis es otra. El interés de V. es demasiado para ser de reflejo. Noto también que es muy desigual: menos que mediano por Mirtilo; inmenso por Clori. ¡Ay, tío, tío! ¿Si querrá V. jugar una mala pasada al pobre zagal? Todo se sabe. Pues qué, ¿cree V. que no ha llegado á mi noticia que se ha hecho V. devoto (¡ojalá fuese de buena ley la devoción!) y que toditas las mañanas de madrugada va V. á la Iglesia Mayor á misa primera?

—Sobrina, no disparates, —interrumpió el Comendador.

—Yo no disparato. Hallo extraña, para explicada sólo por una simpatía cualquiera, esa devoción de V., y recelo que la santita que se la infunde ha

cautivado á V. con más dulces cadenas que las de la piedad.

—Te repito que no disparates —volvió á decir el Comendador poniéndose muy serio. — Confieso que es difícil de explicar el extraordinario cariño que Clarita me infunde. Aseguro, no obstante, por mi honor, que nada tiene de lo que tú imaginas. Si me quieres tú un poco, y si me respetas, te suplico, y si crees que puedo mandarte, te mando que apartes de tí ese pensamiento. Yo quiero á Clarita, aunque entre ella y yo no median los vínculos de la sangre, del mismo modo que te quiero á tí, que eres mi sobrina: con amor casi paternal; con el amor que es propio de los viejos.

—¡Pero si V. no es viejo, tío!

—Pues aunque no lo sea. No amo á Clarita de otro modo. Y si esto sigue pareciéndote raro, no caviles ni busques más hipótesis para explicártelo satisfactoriamente.

—Está bien, tío. Suspenderé mis tareas de forjar hipótesis.

—Eso es lo más prudente.

—Ya que no valen las hipótesis, ¿vale hacer preguntas?

—Hazlas.

—¿Persiste V. en favorecer los amores de Mirtilo?

—Persisto y persistiré mientras Clara crea yo que le ama.

—¿Espera V. triunfar de la tenacidad de Doña Blanca é impedir la boda con D. Casimiro?

—Lo espero, aunque es difícil.

—¿Me atreveré á preguntar de qué medios va V. á valerse para vencer esa dificultad?

—Atrévete; pero yo me atreveré también á decirte que esos medios no tienes tú para que sabélos. Confía en mí.

—Aunque V., tío, está tan misterioso conmigo, que todo se lo calla, voy á portarme con generosidad: voy á revelar á V. mis secretos. Sé que Don Carlos de Atienza le escribe á V. También á mí me ha escrito. Pero V. no ha hecho lo que yo. V. no ha puesto al pobre desterrado en comunicación con Clara: yo sí. Yo he escrito á Clara tres cartas nada menos, y á fuerzas de súplicas he logrado que el P. Jacinto se las entregue. En mis cartas copió á Clara algunos párrafos de los que me ha escrito D. Carlos.

—Ese secreto le sabía en parte. El P. Jacinto me había dicho que había entregado tus cartas.

—Pues, ¿vaya que no sabe V. otra cosa?

—¿Qué?

—Que Clara me ha contestado. La contestación vino ayer por el aire, como la carta primera que juntos leímos.

—¿Tienes ahí la nueva carta?

—Sí, tío.

—¿Quieres leerla?

—No lo merece V.; pero yo soy tan buena, que la leeré.

Lucía sacó un papel de su seno.

Antes de leer, dijo:

—En verdad, tío, esto me pone muy cuidadosa y sobresaltada. Clara, en los días que lleva de so-

ledad, ha cambiado mucho. ¡Hay en su carta tan singular exaltación, tan profunda tristeza, tan amargos pensamientos!...

—Lee, lee,—dijo el Comendador con viva emoción. Lucía leyó como sigue:

«Amada Lucía: Mil gracias por todo cuanto estás haciendo por mí. Sería yo desleal si te ocultase nada de lo que siento. Ni al P. Jacinto me he confiado hasta ahora; pero á tí todo te lo confío. En mí se pasa algo de extraño, que no acierto á entender. Quiero aún á D. Carlos. Y, no obstante, conozco que no debo darle esperanzas; que no debo casarme con él nunca; que me toca obedecer á mi madre, la cual anhela mi boda con D. Casimiro. Pero lo singular es que ha entrado en mi alma, en estos días, un sentimiento tan hondo de humildad, que hasta de D. Casimiro me hallo indigna. Á solas conmigo he penetrado en el fondo de mi conciencia y me he perdido allí en abismos tenebrosos. Cuando mi madre, que es buena y me ama, encuentra en mí no sé qué levadura, no sé qué germen de perversión, no sé qué mancha más negra del pecado original que en las demás criaturas, razón tendrá mi madre. Sí, Lucía; quizás en este pecho mío, en apariencia tranquilo; bajo la inocencia y superficial sencillez de mis pocos años, van adquiriendo ya sér y vida vehementes y malas pasiones, como nido de yíboras bajo apiñadas rosas. Lo conozco: mi madre tiembla por mí; recela de mi porvenir, y tiene razón. Yo me examino, me estudio y me asusto. Descubro en mí la propensión, difícil de resistir, á todo lo malo. Veo mi

maldad nativa y mi inclinación al pecado por instinto. ¿Cómo comprender de otra suerte que yo, educada con tanto recogimiento y en tan santa ignorancia de las cosas del mundo, haya tenido la diabólica malicia de ponerme en relaciones con D. Carlos, de hacerle creer que le amaba, mirándole sólo (figúrate con qué perversidad le miraría), y de atraerle hasta aquí, obligándole á que me siguiera, y todo con tan infernal disimulo, que mi madre nada sabe? Todavía, si es posible, hay en mí algo peor. Lo noto, lo percibo y no sé, ni quiero, ni me atrevo á examinarlo. Lo que sí te declararé es que para mí el mundo ha de ser más peligroso que para otras mujeres, por naturaleza mejores. Lo que no hay en mí por naturaleza debo pedirlo por gracia al cielo. En él cifro mi esperanza. Procede, pues, que yo me aparte del mundo y busque el favor del cielo. Ya sabes tú cuánto he repugnado hasta aquí entrar en religión. No me juzgaba merecedora de ser esposa de Cristo. En esto no he variado, sino para juzgarme aún menos merecedora. En lo que sí he variado es en reconocer que, por mala que sea una persona, jamás debe desesperar de la bondad de Dios. Su Divina Majestad, si hago una vida santa, si me arrepiento, si me mortifico durante el noviciado, me dará fuerzas y merecimientos después para tomar el velo, sin que sea insolente audacia tomarle. Nada he dicho aún á nadie de esta reciente resolución; pero estoy decidida. Hablaré de esto al Padre Jacinto para que él hable á mi madre, la conwenza de que me conviene y quiero ser monja, y

en vista de mi resolución desengañe á D. Casimiro. Desengaña tú, desde luego, al infeliz D. Carlos. No te niego que le he querido, que le quiero aún; pero no se lo digas. Dile que quiero á otro; que en mi corazón hay un inmenso vacío, donde reinan pavorosas tinieblas. No basta D. Carlos á llenar ni á iluminar este vacío, y si Dios no le llena y le ilumina, me moriré de miedo, y lo menos doloroso que ocurrirá será que le llene mi perturbada imaginación con espectros horribles, que surgen de mi atribulada conciencia. Adiós.*

XX.

La lectura de escrito tan melancólico aguló el contento del paseo del Comendador y de su sobrina. Apenas se hablaron ya hasta volver á casa. Aquella crisis repentina del alma de Clara puso á D. Fadrique taciturno.

Las ideas que acudían á su mente no eran para reveladas á su sobrina.

Pensaba el Comendador que el perpetuo roce del espíritu de Doña Blanca con el de su hija; que la presión que ejercía en aquella joven de diez y seis años el severo y atrabiliario carácter de su madre, y que los terrores de que había cargado su conciencia, tenían á la pobre Clara en un estado de ánimo no muy distante del delirio. La carta á Lucía era la señal alarmante que Clara daba de aquel estado.

El Comendador, empero, aunque lleno de zo-

zobra, decidió no intervenir aún en nada. La resolución de la crisis podía ser favorable si él no intervenía. Su intervención podía hacerla más peligrosa.

La sinceridad de Clara era evidente. De súbito, sin que el P. Jacinto, ni nadie, se lo inspirase, había cambiado de propósito y se hallaba resuelta á ser monja. Harto se comprende que para las creencias del Comendador esta resolución era funesta; pero en virtud de esta resolución era casi seguro que D. Casimiro sería despedido. Iba á eliminarse un obstáculo; iba á descartarse un adversario.

D. Fadrique determinó, pues, aguardar con calma, sin dejar de estar á la mira.

Al mismo P. Jacinto no le insinuó ningún aviso que pudiera servirle de regla de conducta. Se fió, por completo, de su buen natural, y le dejó seguir libremente sus propias inspiraciones.

La prudencia del Comendador se vió coronada del éxito al cabo de pocos días.

Doña Blanca, persuadida de que la súbita vocación de su hija era sincera y profunda, tuvo con D. Casimiro una conversación muy afectuosa y grave, y le dió sus pasaportes.

El P. Jacinto ponderó el fervor de Clara y animó á Doña Blanca para que á la mayor brevedad la dejase entrar de novicia en un convento de carmelitas descalzas que en la ciudad había.

D. Valentín se avino á todo sin chistar.

Clarita hubiera, pues, entrado en seguida en el convento, como lo deseaba y lo pedía; pero la cri-

sis de su alma había influido poderosamente sobre su hermoso cuerpo. Sus ojeras eran más oscuras y extensas que de ordinario; había adelgazado mucho; la palidez de su rostro hubiera inspirado miedo, si su rostro no hubiera sido tan hermoso; su distracción y su embebecimiento parecían á veces más propios de un sér del otro mundo que de una criatura de éste, y en su andar vacilante y en el brillo momentáneo de sus ojos, seguido siempre del prolongado adormecimiento de tan divinas luces, había como un mal agüero, como un anuncio fatídico, que no pudo menos de perturbar la férrea conciencia de Doña Blanca, de doblegar bastante su inflexibilidad, y de aterrarla por último.

Las causas del cambio de Clara eran vagas y confusas; pero Doña Blanca reconocía que de su modo de educar á Clara, de su involuntario y tenaz prurito de mortificarla y asustarla con los peligros del mundo y con su propia condición de pecadora, y de aquel duro yugo que desde la infancia había hecho pesar sobre la conciencia de su infeliz hija, provenía en gran parte la situación en que se hallaba. El motivo, ó mejor dicho, la ocasión de exacerbarse el mal y de aparecer de repente con tan medrosos síntomas, era para todos un misterio. Esto no obstaba para que Doña Blanca empezase á temer que pudiera caer sobre ella el crimen de infanticidio por esquivar el delito de hurto.

Doña Blanca procedió, pues, con inusitada blandura y exquisita prudencia; pero sin desmentir su

carácter y sin faltar á su más importante propósito.

No contenta con estar persuadida de la firme resolución que tenía Clara de tomar el velo, hizo la prometer que profesaría. Y esto de suerte que la promesa no pareció arrancada por instigación de Doña Blanca, sino á su despecho. Así se aseguraba Doña Blanca de que su hija, renunciando al mundo, renunciaría á los bienes de D. Valentín y no podría transmitirlos á nadie.

Pero Doña Blanca no quería matar á su hija. Atormentábase previamente con el remordimiento de que fuera al claustro desesperada y herida de muerte. Deseaba verla profesar, pero alegre, lozana, llena de vida; no apareciendo como una víctima, sino con el deleite, el gozo y la satisfacción de una esposa que vuela á los brazos de su gallardo y feliz prometido.

Á fin de lograr que las cosas fueran así, Doña Blanca puso á un lado su constante severidad: empezó á tratar á Clara hasta con mimo, y, anhelante de que recobrase la alegría y la salud, rompió el entredicho; abrió las puertas de su casa para Lucía, y consintió en que Clara volviese á salir con ella de paseo, aun á pesar del Comendador.

Doña Blanca, no obstante, antes de dar este permiso, preparó á su hija contra D. Fadrique, pintándosele como un monstruo de impiedad y de infamia, y recomendándole mucho que hablase con él lo menos posible.

Doña Blanca, entre tanto, se propuso seguir encastillada en su caserón, sin ver á nadie más que al P. Jacinto, y á Lucía, si acaso.

XXI.

El destino de D. Casimiro es el más extraño y caprichoso entre los de cuantos personajes figuran en esta historia. En el tejido de su vida había puesto él un orden envidiable y gastado poquísimos. Así es que, por más que D. Casimiro distase mucho de ser un águila en nada, había atinado á darse tan buena traza con economía y juicio, que era un señor acaudalado para lo que entonces se usaba en Villabermeja. Esto se lo debía á sí mismo, y de ello podía estar con razón y estaba orgulloso. Lo que debió á la casualidad, á un conjunto de hechos para él inexplicables, fué el momentáneo encumbramiento á novio de su linda y rica sobrina la señorita Doña Clara.

Con cincuenta y seis años de edad, no pocos padecimientos y la facha que ya hemos descrito, Don Casimiro mismo, á pesar de su amor propio, que no era flojo, había hallado, allá en el centro de su conciencia, un sí es no es inverosímil que le quisiesen casar con aquel pimpollo. El amor propio, no obstante, es ingeniosísimo, estando casi siempre su ingenio en razón inversa del ingenio de las personas; por donde D. Casimiro imaginó pronto que en su alma había de haber tan escondidos tesoros de bondad y de belleza, y que en sus modales y porte habían de transcender tal distinción hidalga y tal elegancia ingénita, que, descubierto todo por los ojos zahoríes de Doña Blanca, bastó y sobró

carácter y sin faltar á su más importante propósito.

No contenta con estar persuadida de la firme resolución que tenía Clara de tomar el velo, hizo la prometer que profesaría. Y esto de suerte que la promesa no pareció arrancada por instigación de Doña Blanca, sino á su despecho. Así se aseguraba Doña Blanca de que su hija, renunciando al mundo, renunciaría á los bienes de D. Valentín y no podría transmitirlos á nadie.

Pero Doña Blanca no quería matar á su hija. Atormentábase previamente con el remordimiento de que fuera al claustro desesperada y herida de muerte. Deseaba verla profesar, pero alegre, lozana, llena de vida; no apareciendo como una víctima, sino con el deleite, el gozo y la satisfacción de una esposa que vuela á los brazos de su gallardo y feliz prometido.

Á fin de lograr que las cosas fueran así, Doña Blanca puso á un lado su constante severidad: empezó á tratar á Clara hasta con mimo, y, anhelante de que recobrase la alegría y la salud, rompió el entredicho; abrió las puertas de su casa para Lucía, y consintió en que Clara volviese á salir con ella de paseo, aun á pesar del Comendador.

Doña Blanca, no obstante, antes de dar este permiso, preparó á su hija contra D. Fadrique, pintándosele como un monstruo de impiedad y de infamia, y recomendándole mucho que hablase con él lo menos posible.

Doña Blanca, entre tanto, se propuso seguir encastillada en su caserón, sin ver á nadie más que al P. Jacinto, y á Lucía, si acaso.

XXI.

El destino de D. Casimiro es el más extraño y caprichoso entre los de cuantos personajes figuran en esta historia. En el tejido de su vida había puesto él un orden envidiable y gastado poquísimos. Así es que, por más que D. Casimiro distase mucho de ser un águila en nada, había atinado á darse tan buena traza con economía y juicio, que era un señor acaudalado para lo que entonces se usaba en Villabermeja. Esto se lo debía á sí mismo, y de ello podía estar con razón y estaba orgulloso. Lo que debió á la casualidad, á un conjunto de hechos para él inexplicables, fué el momentáneo encumbramiento á novio de su linda y rica sobrina la señorita Doña Clara.

Con cincuenta y seis años de edad, no pocos padecimientos y la facha que ya hemos descrito, Don Casimiro mismo, á pesar de su amor propio, que no era flojo, había hallado, allá en el centro de su conciencia, un sí es no es inverosímil que le quisiesen casar con aquel pimpollo. El amor propio, no obstante, es ingeniosísimo, estando casi siempre su ingenio en razón inversa del ingenio de las personas; por donde D. Casimiro imaginó pronto que en su alma había de haber tan escondidos tesoros de bondad y de belleza, y que en sus modales y porte habían de transcender tal distinción hidalga y tal elegancia ingénita, que, descubierto todo por los ojos zahoríes de Doña Blanca, bastó y sobró

para que ella ansiase tener á D. Casimiro por yerno. D. Casimiro, pues, desde que empezó á ser novio de Clara, se puso más orondo y satisfecho que antes.

Terrible fué el desengaño cuando Doña Blanca le despidió. El enojo interior de D. Casimiro no fué menos terrible; pero él era encogido y muy torpe para expresarse; Doña Blanca hablaba bien y con autoridad é imperio, y el Sr. D. Casimiro se tragó su enojo, y recibió los pasaportes, hecho manso cordero.

Como sucede á todas las personas débiles y soberbias á la par, la ira de D. Casimiro se fué aglomerando después y poco á poco en el corazón, cuando se detuvo á considerar el chasco que se le daba y el desaire grandísimo que se le hacía.

Cierto que el rival por quien Clara le dejaba era Dios mismo; pero D. Casimiro no se aplacaba con esto.

—¿Si querrá ser monja—decía,—para no casarse conmigo? Valiera más haberlo pensado con tiempo y no ponerme en ridículo ahora. Sin duda que para mí es menos cruel que me deje por tan santo motivo que no que me deje para casarse con otro mortal. Yo no hubiera consentido esto último. Nos hubieran oído los sordos. Yo hubiera tenido un lance con mi rival. Pero ¿contra Dios qué he de hacer?

D. Casimiro se consolaba algo con la imposibilidad de tener un lance con Dios, y hasta con la obligación piadosa en que se veía de resignarse.

Su encono contra Doña Blanca y contra Clarita

no se mitigaba, á pesar de todo. No había quedado perro ni gato, en diez leguas á la redonda, á quien D. Casimiro no hubiera dado parte de su ventura. Ahora, su caída y su desventura debían de ser é iban siendo no menos sonadas, y, por desgracia, hartó más aplaudidas.

La vanidad del hidalgo bermejino recibía desaforados golpes. Pero ¿cómo vengarse?

—La venganza es el placer de los dioses—exclamaba á sus solas el dicho hidalgo;—pero decididamente yo no soy un dios. ¿Qué me conviene hacer? Es refrán frailuno, y muy discreto, que *la injuria que no ha de ser bien vengada ha de ser bien disimulada*. Disimulemos, pues. También hay otro refrán que reza: *Cachaça y mala intención*. Sigamos lo que prescriben dichos refranes. Lo primero que me importa es dejar ver que no me afligen los desdenes de Clarita. Si ella no me quiere, otra que vale tanto como ella, más que ella, estoy seguro de que me querrá. Voy á volver á pretender á Nicolasa. No es rica, pero es mejor moza que Clarita.

Sin desistir, por consiguiente, de vengarse si se presentaba ocasión cómoda para ello, D. Casimiro resolvió enamorar estrepitosamente á Nicolasa, esperando que así daría picón á la futura carmelita, ó probaría al menos que tenía por amiga una mujer de mucho mérito.

Nicolasa, en efecto, lo era. Hija del tío Gorico y de su primera mujer, alcanzaba fama en casi toda la provincia por su singular hermosura, discreción y rumbo. Caballeros, ricos hacendados y has-

ta usías ó señores de título, menos comunes entonces que ahora, habían suspirado en balde por Nicolasa, la cual, con modesta dignidad, había respondido siempre en prosa aquello que dice en verso cierta dama de una antigua comedia nada menos que al Rey:

Para vuestra dama, mucho;

Para vuestra esposa, poco.

Nicolasa excitaba y provocaba con sus risas, con sus ojeadas lánguidas y con su libertad y desenvoltura. Los hombres se prendaban de ella, la perseguían y se llenaban de esperanzas; pero, no bien querían propasarse para que se lograsen, Nicolasa se revestía de gravedad y entono, propios de la mejor heroína de Calderón, hablaba de la inestimable joya de su castidad y limpiísima honra, y ponía á raya todo atrevimiento, todo desmán y todo propósito amoroso algo positivo que no llevasen por delante al padre cura.

Nicolasa había heredado de su madre ciertas prendas que valen más que los bienes de fortuna, porque los conservan, si los hay, y suelen proporcionarlos, si no los hay. Tenía don de mando y don de gentes, extraordinaria energía de voluntad y perseverancia en sus planes. Se había propuesto ó ser una señorona principal ó quedarse para vestir imágenes, y, sirviéndole esto de pauta, ajustaba á ella todos los actos de su vida.

Aunque el tío Gorico había contraído segundas nupcias, y Nicolasa tuvo madrastra en vez de madre casi desde la infancia, lejos de contribuir esto

á que se criase con menos mimo, había ocasionado lo contrario. La madre de Nicolasa había sido tremenda, dominante, feroz: una Doña Blanca á lo rústico; mientras que Juana, la segunda mujer del tío Gorico, era la propia dulzura, sometida siempre á su marido, quien á su vez no hacía más que lo que á Nicolasa se le ocurría. Nicolasa lo podía y mandaba todo en casa de su padre, menos impedir que el tío Gorico dejase de beber bebida blanca.

Los preliminares amorosos de Nicolasa, que estaba entre los veinte y los treinta años de su edad, habían sido ya innumerables. Todos sus amores habían muerto al nacer. Á los pretendientes encoquetados los había Nicolasa despedido, apelando al cura. Á los pretendientes de su clase los había desdenado cuando ya llegaban á lo serio y hablaban del cura ellos mismos.

Nicolasa, no obstante, como todas las mujeres frías, pensadoras y traviesas, había sabido retener en sus redes, en este crepúsculo de amor, que califican de platónico, á varios suspiradores perpetuos, de los que llaman en Italia *patitos*. Uno, sobre todo, pudiera servir de ejemplo portentoso por su pertinacia, resignación y fervor en las incesantes adoraciones. Tal era el hijo del maestro herrador, Tomasuelo.

Desde los diez y siete hasta los veinticinco años que ya tenía, estaba como en cautiverio agri-dulce. Jamás Nicolasa le dijo que le amaba de amor, y jamás le quitó la esperanza de que tal vez un día podría amarle. En cambio, le declaraba de

continuo que le amaba más de amistad que á ningún otro sér humano; y cuando le declaraba esto, se le veía al chico hasta la última muela, sentía una beatitud soberana, y daba por bien empleados sus, para otras cosas, inútiles y perennes suspiros.

Y no se crea que Tomasuelo era canijo, ruín y tonto. Tomasuelo era listo, despejado y fuerte: el mozo más guapo del lugar; pero Nicolasa le había hechizado. Con un rayo de luz de sus ojos podía darle una dosis de aparente bienaventuranza que le durase una semana. Con una palabra sola podía hacerle llorar como si fuese un niño de cuatro años.

Las cadenas en que Tomasuelo gemía y gozaba á la vez de verse cautivo, estaban suavizadas para el mozo, y en cierto modo justificadas para el público, con notable habilidad y profundo instinto. Tomasuelo podía entrar cuando se le antojaba en casa del tío Gorico, ver á Nicolasa, requebrarla, mirarla con amor, acompañarla cuando salía; en suma, servirla y cuidarla, sin que nadie fuese osado á censurar lo más mínimo. Aunque entre Nicolasa y el hijo del herrador no había el más remoto grado de parentesco, Nicolasa había precinizado á Tomasuelo por su hermano. Dios naturalmente no le había dado objeto en quien poner amor fraternal; pero ella, que sentía con viveza y hondura este amor, se proporcionó á Tomasuelo para consagrarsele. Con frases sencillas y con ánimo imperturbable, Nicolasa explicaba de esta manera sus extrañas relaciones con Tomasuelo; y

como Tomasuelo hacía gala de su adoración espiritual y se lamentaba resignado de no ser querido de otra suerte, todos en el lugar, lejos de censurar, se maravillaban de aquel purísimo y angélico lazo que estrechaba así dos almas.

Cuanto pretendiente se acercaba á Nicolasa era respetado por Tomasuelo, quien no le ponía el menor estorbo, durante los preliminares y coquetos; pero si más tarde se extralimitaba y dejaba ver que venía con mal fin, ya podía temer el enojo y las pesadas manos de aquel hermano adoptivo, celoso de la honra de su familia. Asimismo Tomasuelo se ponía zahareño y poco agradable en su trato con todo aquel rival que por cualquiera causa era despedido definitivamente y seguía importunando.

D. Casimiro había estado, antes del noviazgo con Clara, en un largo período de coqueteo con Nicolasa, la cual, con exquisita circunspección, había sabido ir templando y moderando la máquina de los afectos, á fin de no precipitar al hidalgo en declaraciones y demostraciones tales, que no tuviesen ya más salida que la de ponerle en la disyuntiva de prometer boda ó de abandonar la empresa. Gracias á esta conducta, que pasa de hábil y raya en primorosa, D. Casimiro no había sido despedido; sus amores con Nicolasa habían sido como aurora, como amanecer poético de un día, que no llegó por haberse interpuesto el compromiso con Clarita. Roto ya este compromiso, Don Casimiro pudo volver, previo el perdón de su inconsecuencia, pedido con humildad y concedido

magnánimamente, al mismo punto en que lo había dejado: al amanecer; á la aurora.

Las cosas estaban dispuestas con tal arte, que, en lugar de escamarse un pretendiente con Tomasuelo, lo primero que tenía que hacer era como impetrar el beneplácito de aquel espiritual hermano, tan celoso, vigilante é interesado en el bien de su hermanita. D. Casimiro obtuvo la confianza y venia de Tomasuelo, y lo consideró buena señal.

Abandonada la ciudad, y vuelto D. Casimiro á sus reales de Villabermeja, se puso á galantear á Nicolasa con la imprudencia y el ímpetu del despechado. Ella era harto discreta para no conocer que entonces ó nunca: que la fortuna le presentaba el copete y que importaba asirle. D. Casimiro buscaba en Nicolasa refugio y compensación contra el desdén de Clarita. D. Casimiro estaba en su poder.

Nicolasa provocó la declaración seria y definitiva. Hecha ésta, planteó los dos términos del fatal dilema: ó promesa formal de casamiento, ó despedida y nuevas calabazas ruidosas. D. Casimiro no pudo resistir y prometió casarse.

Espantoso día de prueba fué aquél en que supo este triunfo el platónico Tomasuelo. Hasta entonces no había tenido rival que fuese más dichoso que él. Ya le tenía. La amargura de los celos le acibaró el corazón; las lágrimas brotaron en abundancia de sus ojos.

Cuando vió á solas á Nicolasa, con los ojos encarnados de llorar y con voz trémula le dijo:

—¿Con que cedes al amor de D. Casimiro? ¿Con que vas á casarte? ¿Con que me matas?

—Calla, tontito mío,—contestó ella.—¿Á qué vienen esas quejas? ¿Te he engañado yo jamás?

—No; no me has engañado.

—¿Querías que dejase pasar tan buena proporción de ser señora principal y millonaria? ¿Tan mal me quieres, egoísta?

—No porque te quiero mal, sino porque te quiero á manta, lo siento y lo lloro.

Y Tomasuelo lloraba en efecto.

—Anda, no llores, majadero. ¡Si vieses qué feo te pones! ¿Quién ha visto llorar á un hombrón como un castillo?

—Pero ¡si no puedo remediarlo!

—Sí puedes: haz un esfuerzo, ten valor y sosiégate. Ten en cuenta que, de aquí adelante, no sólo hallarás en mí á una hermana, sino á una madrina y á una protectora muy pudiente.

—¿Y á mí qué se me da todo eso? Nada. Lo que yo codiciaba era tu cariño.

—¿Y no lo tienes como antes, ingrato? Pues qué, ¿los buenos hermanitos dejan de amarse aunque se case uno de ellos?

—No seas tramayona, no me aturrulles. Ya sabes tú que la ley que yo te tengo no puede sufrir...

—Vamos, vamos: déjate de niñerías. ¿Quién crees tú que ocupa y llena el lugar más bonito, principal y escondido de mi corazón? Tú. Mi alma es tuya. Te la dí toda con el amor que en ella se cría; con afecto de hermana. ¿Qué sombra puede hacerte que sea yo la mujer legítima de D. Casi-

miro? ¿Por eso hemos de dejar de querernos como hasta aquí, más que hasta aquí? Nos queremos cuanto tú quieras y cuanto sea posible quererse, sin ofender á Dios. ¿Supongo que tú no querrás ofender á Dios? Contesta.

—No, mujer: ¿cómo he de querer yo ofender á Dios? Pues qué, ¿no soy buen cristiano?

—Lo eres. Es una de las partes que más aprecio en tí. Por eso confío en que pienses que voy á ser esposa de otro y no desees nada. Sólo el deseo es ya pecado. Acuérdate de los Mandamientos.

—Oye, ¿y está en mi poder no desear?

—Sí. Cállate: no digas nada á nadie, ni á tí mismo, cuando desees, y el silencio matará el deseo.

—Me matará á mí antes.

Tomasuelo lloró más fuerte que nunca. Las lágrimas caían á modo de lluvia, acompañadas por tempestad de sollozos.

—¡Por vida de los hombres endebles!—exclamó Nicolasa.—¿Qué locura es ésta? Cálmate por Dios y ten pecho ancho.

Nicolasa, con suma blandura, enjugó las lágrimas del mozo con el propio pañuelo de ella; luego le dió tres ó cuatro palmaditas en el grueso y robusto cogote; luego le hizo unas cuantas muecas como remedando la desconsolada cara que ponía, y, por último, le pegó un afectuoso y archi-familiar tirón de las narices.

Tomasuelo no supo resistir á tanto favor y regalo. Como rayos de sol entre nubes, la alegría y la satisfacción aparecieron en sus ojos á través de las lágrimas. La boca de Tomasuelo se abrió, en-

señando la blanca, completa y sana dentadura. No pudo sonreír, porque se quedó boqui-abierto y como traspuesto.

Nicolasa entonces repitió los cogotazos; añadió, al tirón de las narices, unos cuantos tirones de las orejas, y Tomasuelo pensó que se le llevaban al paraíso y que era el más feliz de los mortales.

En esta situación de ánimo convino en que Nicolasa debía casarse con D. Casimiro; en que él debía seguir siendo su hermano, sin pensar, ó sin decir al menos que pensaba en otra cosa; y concibió con claridad, más que por el discurso y las razones, por los blandos cogotazos y por los tirones de orejas, toda la suavidad, hechizo, consistencia y deleite del amor espiritual que á Nicolasa le ligaba.

Así venció Nicolasa los obstáculos todos y asecuró su proyectada boda con D. Casimiro.

La fama difundió al punto la noticia por toda Villabermeja: salvó luego su término y la llevó á la ciudad, y á los oídos del Comendador, de su familia y de los señores de Solís.

El Comendador había sido visitado por D. Casimiro y le había pagado la visita. No se habían hallado en casa y no se habían visto. La frialdad de sus relaciones no hacía necesario más frecuente trato.

No bien supo el Comendador el resuelto proyecto de boda entre D. Casimiro y Nicolasa, fué á Villabermeja: visitó á la chacha Ramoncica y tuvo una larga conferencia con ella, de cuyo objeto se enterará más tarde el curioso lector. Después de esto se volvió á la ciudad D. Fadrique.

XXII.

Clara había vuelto á salir de paseo con Lucía y acompañada del Comendador y de Doña Antonia; pero Clara estaba cambiada.

Su palidez y su debilidad eran para inspirar serios temores. Su distracción continua asustaba también al Comendador. Cuando éste le dirigía la palabra, Clara se estremecía como si la sacasen de un sueño, como si cortasen el vuelo remontado de su espíritu y le hiciesen caer de pronto del cielo á la tierra, á modo de pajarillo herido por el plomo allá en lo sumo del aire.

Á pesar de la benignidad y dulce condición de Clara, D. Fadrique advertía con pena que aquella linda criatura esquivaba su conversación: casi no le respondía sino con monosílabos, y hasta procuraba que él no le hablase.

Con Lucía era Clara más expansiva, y Lucía seguía siéndolo siempre con el Comendador. Por medio, pues, de Lucía penetraba aún el Comendador en el espíritu de aquel sér querido y comunicaba algo con él.

Las nuevas que Lucía le daba eran en substancia siempre las mismas, si bien más inquietantes cada vez.

—No lo comprendo, tío—decía Lucía;—pero á veces me doy á cavilar que á Clara le han dado un bebedizo. ¡Tiene unos terrores tan inmotivados!

¡Siente unos remordimientos tan fuera de razón!... No sé qué sea ello. Doña Blanca le ha puesto tan feroces escrúpulos en el alma, le ha hecho recelar tanto de su apasionada natural condición... que la infeliz se cree un monstruo, y es un ángel. Tal vez imagina que la persiguen las furias del infierno, los enemigos del alma, una legión entera de diablos, y entonces no se considera en salvo sino acogiéndose al pie del altar. Es menester que avisemos á D. Carlos que venga pronto, á ver si liberta á Clara de este género de locura.

El Comendador y Lucía escribieron con la misma fecha á D. Carlos de Atienza, participándole la novedad de la despedida de D. Casimiro, de la resolución de Clara de retirarse á un convento y del estado poco satisfactorio de su salud. D. Carlos partió desalentado de Sevilla, y estuvo en la ciudad á poco.

Con el mismo recato y disimulo de siempre Don Carlos volvió á ver á Clara en los paseos que ésta daba con Lucía; pero la delicada salud de Clara le llenó de desconsuelo. Y más aún, si cabe, le atormentó y afligió el ver á Clara esquivada, tímida como nunca, apartándose de él y no queriendo apenas hablarle, aunque mirándole á veces con involuntarias amorosas miradas, que se conocía que ella dejaba escapar á su despecho, y con las cuales, más que amor, reclamaba piedad, conmiseración y hasta perdón por su inconsecuencia de dejarle, de haber alentado sus esperanzas, y de matarlas ahora entrando en el claustro.

La desesperación de D. Carlos de Atienza llegó

á su colmo. Con no poca amargura echaba la culpa de todo al Comendador.

—Para esto—decía,—me obligó V. á que me ausentase. En esto han parado las promesas de arreglarlo todo en menos de un mes: en que Clara se me esté muriendo, y en que además haya dejado de amarme y quiera ser monja; en que acabe por tomar el velo... y luego la mortaja. Pero yo me moriré también. Yo no quiero sobrevivir. Me mataré, si no me muero.

El Comendador no sabía qué responder á tales quejas. Procuraba consolar á D. Carlos, que le juzgaba indiferente y extraño; que ignoraba qué él tenía mayor necesidad de consuelo.

Iba D. Fadrique á buscarle en el P. Jacinto. Iba asimismo á buscar en él alguna luz sobre aquel misterio; pero ¡caso extraño! el P. Jacinto, todo franqueza y jovialidad antes, se había vuelto muy grave, muy misterioso y muy callado.

D. Fadrique entrevía, no obstante, que el P. Jacinto aprobaba la resolución de Clara de ser monja. Esto le ponía fuera de sí, y á veces estaba á punto de romper con el P. Jacinto y de mirarle como á amigo desleal ó como á fanático sin entrañas.

Con todo, en medio de sus tribulaciones el Comendador se reportaba y no perdía la calma. Había tomado sus medidas. Su conducta estaba prescrita y determinada con firmeza, y aguardaba sereno el resultado.

Este no tardó mucho en venir.

Era muy de mañana cuando trajo un criado desde Villabermeja una carta para D. Fadrique. Don

Fadrique la leyó rápidamente, estando en la cama aún. Se levantó á escape, se vistió y se fué al convento de Santo Domingo en busca de su maestro.

El Padre acababa de levantarse y recibió á Don Fadrique en su celda. Sentados ambos, como en la otra celda de Villabermeja, hablaron de este modo.

XXIII.

—P. Jacinto—dijo el Comendador con aire de jubiloso triunfo,—Clara es libre ya. No es menester que se case con D. Casimiro ni que sea monja.

—¿Cómo es eso, hijo mío?

—He dado por ella una suma igual á todo el caudal de D. Valentín.

—¿Á quién?

—Á D. Casimiro.

—¿Y con qué razón? ¿Con qué pretexto ha podido aceptarla?

—La ha aceptado con una razón que promete callar; por un motivo secreto.

—¡Válgame Dios, hijo mío! ¡Qué delirio! ¡Qué sacrificio inútil! Y dime... ese motivo secreto... ¡Confiar así á D. Casimiro la honra de una familia ilustre!...

—Yo no le he confiado nada.

—¿Pues de qué medio te has valido?

—De una mentira; pero mentira indispensable y con la cual nadie pierde.

—¿Puedo saber esa mentira?

—Todo lo va V. á saber.

El Padre prestó la mayor atención. D. Fadrique prosiguió diciendo:

—De sobra sabe V. que Paca, la primera mujer del tío Gorico, fué una mala pécora.

—Es evidente. Dios la haya perdonado.

—La buena reputación de Paca no tiene nada que perder.

—Absolutamente nada.

—Pues bien. Hay la feliz coincidencia de que Nicolasa nació pocos meses después de mi ida de Villabermeja, cuando estuve allí de vuelta de la Habana.

—¿Y qué?

—He hecho creer primero á la chacha Ramoncica, con el mayor sigilo, que Nicolasa es hija mía. Le he dicho que un deber imperioso de conciencia me obliga á dotarla, ahora, que ella se va á casar. La chacha entiende poco de números. Se ha espantado, no obstante, de la enorme cantidad que yo quería dar por dote; pero la he echado de espléndido y me he supuesto más rico de lo que soy. Á las observaciones que la chacha me ha hecho, he respondido que mi resolución era irrevocable. He persuadido, por último, á la chacha de que no conviene que Nicolasa sepa los lazos que á ella me unen, y que es más delicado y honesto que lo sepa sólo el sujeto que va á ser su marido. He logrado, pues, que la chacha se encargue de persuadir á D. Casimiro á que tome lo que libre, aunque misteriosamente, quiero dar y doy á su futura. No creo que la chacha haya tenido que hacer grandes gastos de elocuencia para convencer á

D. Casimiro de que debe aceptar. D. Casimiro me ha escrito esta carta, donde me dice que acepta, me colma de elogios por mi generosidad, y me promete callar el motivo de la donación que le hago, y la misma donación, hasta donde sea posible.

El P. Jacinto leyó la carta que le entregó D. Fadrique. Luego sacó éste del bolsillo un paquete de papeles. Le puso sobre la mesa y dijo:

—Aquí están los papeles todos que se requieren para formalizar la donación, la cual deseo que se lleve á feliz término por medio de V. Este es el poder más amplio, otorgado ante un escribano de esta ciudad, para que V. disponga, venda, enajene y haga lo que convenga con todo cuanto me pertenece. Estas son las cartas á los banqueros que tienen fondos míos, poniéndolos todos á la orden de V. Esta, por último, es la lista, inventario, cuenta ó como quiera llamarse, de lo que en poder de dichos banqueros tengo hasta ahora; y esta otra es la cuenta de lo que valen los bienes de D. Valentín, justipreciados por peritos. Escasamente llegará lo mío á cubrir el importe de lo que disfruta dicho señor; pero V. sabe que poseo algunas finquillas, y, si fuere menester, supliré la falta. Querido maestro, V. va á ser ejecutor fiel y pronto de mi decidida voluntad, de la cual pretendo que dé V. noticia y testimonio á Doña Blanca, exigiéndole en cambio de mi parte la libertad de mi hija. Y digo exigiéndole la libertad de mi hija, porque si no le da libertad, si no procura quitarle de la cabeza tanto insano delirio, si no determina curar-

la de la mortal enfermedad de alma y de cuerpo, que su orgullo, su fanatismo y sus remordimientos, mil veces más odiosos que el pecado, han hecho nacer, yo me he de vengar, dando el más insolente escándalo que se ha dado jamás en el mundo. Espero que aceptará V. gustoso mi encargo.

—Le acepto,—respondió el Padre; mas no sin condiciones. Yo no he de ser el instrumento de tu ruína, si tu ruína es inútil.

—¿Y por qué inútil?

—Porque Clara, á mi ver, no desistirá ya de tomar el velo.

—¿Cómo que no desistirá? Sobre Clara pesa el yugo férreo de su madre. Quitémosle ese yugo, y Clara volverá á vivir, y volverá á amar á su gallardo estudiante, y se casará con él, y será dichosa.

—Lo dudo.

—Yo no lo dudo. Lo que no me explico es cómo se ha vuelto V. tan tétrico.

—Me parece que es ya tarde,—dijo el P. Jacinto, suspirando.

—Voto al mismo Satanás—replicó D. Fadrique: —no es tarde aún, si la dicha es buena. Vaya usted hoy mismo á ver á Doña Blanca. Infórmela de todo. Convénzala de que es libre Clara; de que los bienes que de D. Valentín ha de heredar están ya pagados. Sepa Doña Blanca que yo rescato misteriosamente á nuestra hija. Sepa también que si no admite el rescate, romperé todo freno; lo diré todo; seré capaz de una villanía; la deshonraré en público; leeré á D. Valentín cartas que aún de ella conservo; haré doscientas mil barbaridades.

—Vamos, hombre, modérate. En seguida iré á hablar con Doña Blanca. Ella es mudrugadora. Estará ya de punta y me recibirá. Aguárdame en tu casa, y allá acudiré á referirte mi entrevista.

—En casa aguardaré á V. Apresúrese, Padre, porque estoy devorado por la impaciencia.

Dicho esto, el fraile y D. Fadrique se levantaron y salieron juntos de la celda á la calle, por la cual caminaron en silencio, hasta que el uno entró en casa de su hermano y el otro en casa de Doña Blanca Roldán.

Dando paseos por su estancia; despidiendo desabridamente á la curiosa Lucía, que asomó la rubia cabeza á la puerta, y preguntó, como de costumbre, qué había de nuevo, y lleno todo de agitación, esperó D. Fadrique más de hora y media.

El fraile llegó al cabo; pero, antes de que abriese los labios, columbró D. Fadrique, en lo melancólico que venía, que era portador de malas nuevas.

No bien entrado el fraile, cerró la puerta con llave el Comendador, para que nadie viniese á interrumpirlos, y en voz baja dijo, mientras él y su maestro tomaban asiento:

—Cuente V. lo que ha pasado. No me oculte nada.

—Hablaré en resumen, porque ha sido larga la discusión. Doña Blanca ha celebrado tu generosidad. Dice que no atina á comprender cómo un impío es capaz de acción tan noble. Supone que es obra del orgullo; pero al fin la celebra. Mas no por eso te excita á que consumes el sacrificio. Afirma que será inútil, y te ruega que no le hagas. Doña

Blanca considera que su hija tiene hoy una verdadera vocación; que Dios la llama á ser su esposa; que Dios la quiere apartar de los peligros del mundo; que Dios quiere salvarla, y que ella no puede, sin gravísima culpa, retraer ahora á su hija de tan santos propósitos.

— ¡Hipocresía! ¡Refinamiento de maldad! — interrumpió D. Fadrique. — ¿Y V. no la ha amenazado con mi venganza? ¿No le ha dicho V. que estoy determinado á todo; que le arrancaré la máscara; que se acordará de mí; que la burla que de mí hace no quedará sin afrentoso castigo?

— Se lo he dicho todo; pero Doña Blanca ha contestado que, si bien te cree un hombre sin religión, todavía te tiene por caballero, y que no teme de tí esas villanas é infames acciones con que en tu rabia la amenazas. Añade, no obstante, que, aun cuando se engañase, aun cuando tú te olvidases de la honra y te vengases así, lo sufriría todo antes de disuadir á su hija contra lo que la conciencia le dicta.

— Esa mujer está loca, P. Jacinto. Esa mujer está loca, y creo que su locura es contagiosa; que á Clara y á V. los tiene ya enloquecidos, y que falta poco para que yo también lo esté. Pero, lo juro por mi honor, por Dios, por lo más sagrado: mi locura será de muy diversa índole. Soñará con mi locura. Pues qué, ¿imagina que soy yo un segundo D. Valentín? ¿Piensa que me someteré á sus monstruosos caprichos? ¿Entiende que soy necio y que voy á creer lo que á ella se le antoje hacerme creer? Clara tiene trastornada la cabeza, y por

eso quiere ser monja de repente. ¿Qué vocación ha de tener, cuando me consta que estaba, que está aún, enamorada de ese muchacho rondeño, con quien podría ser felicísima? Aquí hay algún misterio abominable. Algo se ha hecho para infundir el delirio en Clara y perturbar su natural despejo. Yo ni puedo, ni quiero, ni debo consentir extravagancias tan criminales. ¿No comprende esa mujer de Satanás que la educación que ha dado á su hija, que esos terrores que le ha infundido son como un veneno? ¿Quiere saciar el odio que me tiene, asesinando á su hija, porque también es mi hija?

— Comendador, ten sangre fría; mira que te engañas. Mira que Clara no siente hoy la vocación religiosa por causa de su madre.

— Me importa poco que sea hoy ó ayer cuando su madre le ha dado la ponzoña. El corazón me dice que las rarezas, que los extravíos de Clara provienen del tormento espiritual que le está dando su madre desde que la niña tiene uso de razón. Esto es menester que acabe. Si Clara, cuando esté en completa tranquilidad y serenidad de espíritu, sanos su cuerpo y su alma, persiste en ser monja, que lo sea; yo no me opondré. Mi sacrificio habrá sido inútil. No exhalaré una queja. Que disfrute de todos mis bienes D. Casimiro. Pero mientras Clara esté enferma, casi fuera de sí, con una especie de fiebre continua, no he de sufrir que se tome ese estado febril por éxtasis místico, y esos ataques nerviosos por llamamientos del cielo. Es mi hija, voto á quince mil demonios, y no quiero

que me la maten. Ahora mismo voy á ver á Doña Blanca. Romperé la consigna para entrar. Romperé la cabeza á quien quiera oponerse á mi entrada. Si no la veo y la hablo, estallo como una bomba. No me detenga V., P. Jacinto. Déjeme V. salir.

El Comendador había abierto la puerta, se había puesto el sombrero, y forcejeaba por salir con el P. Jacinto, que procuraba detenerle.

—Quien está desatinado eres tú—decía el Padre.—¿A dónde vas? ¿No calculas el escándalo de lo que te propones hacer?

—Déjeme V., Padre. Yo no calculo nada.

—Esto es una perdición. Dios te ha dejado de su mano. Oye cuatro palabras con reposo y haz luego lo que quieras. Carezco de fuerzas para detenerte.

El P. Jacinto cedió en su resistencia y el Comendador se paró á escucharle.

—Quieres ver á Doña Blanca, y la verás, pero con menos peligro de lances y de escándalo. Pasado mañana va D. Valentín á la caserfa con el aperador, á vender una tinajas de vino. Entonces podrás ver y hablar á Doña Blanca. Para evitar mayores males, te llevaré yo mismo. Yo entretendré á Clara á fin de que hables á solas con Doña Blanca y le digas cuanto tienes que decirle. Ya ves á lo que me allano. Ya ves á lo que me comprometo. Vas á sorprender desagradablemente á Doña Blanca con tu inesperada visita. Vuestra conversación va á tener algo de un duelo á muerte; mas prefiero intervenir en él, ser cómplice en el delito de vuestro espantoso diálogo, á que sucedan cosas peores.

Por las ánimas benditas, Comendador, aguarda hasta pasado mañana. Vendrás conmigo. Verás á Doña Blanca. Por la amistad que me tienes, por la pasión y muerte de Cristo te suplico que te calmes para entonces, y trates de que sea lo menos cruel posible la entrevista que te voy á procurar.

El Comendador cedió á todo, y agradeció al P. Jacinto los consejos que le daba y la protección que le ofrecía.

XXIV.

Con febril impaciencia aguardó D. Fadrique el plazo que el Padre le había pedido.

No hay plazo que no se cumpla, y dicho plazo se cumplió al cabo. Cumpliéronse también los pronósticos del Padre. D. Valentín salió aquel día muy de mañana con el aperador para ir á la caserfa, de donde no pensaba volver hasta la noche.

El Comendador, que lo espiaba todo, se preparó para la entrevista prometida. El P. Jacinto no se hizo aguardar mucho tiempo y vino á buscarle.

Reconociendo que lo menos peligroso, lo menos ocasionado á males, era que se viesén ambos cómplices, por si lograban entenderse y convenir en algo acerca de la hermosa Clarita, no quiso el Padre hablar con Doña Blanca y proponerle una conferencia con el Comendador. Tenía por seguro que se negaría, y que, ya sobre aviso, le haría más difícil, casi imposible, el hacer entrar al Comendador hasta donde ella estuviese. Así, pues, se re-

que me la maten. Ahora mismo voy á ver á Doña Blanca. Romperé la consigna para entrar. Romperé la cabeza á quien quiera oponerse á mi entrada. Si no la veo y la hablo, estallo como una bomba. No me detenga V., P. Jacinto. Déjeme V. salir.

El Comendador había abierto la puerta, se había puesto el sombrero, y forcejeaba por salir con el P. Jacinto, que procuraba detenerle.

—Quien está desatinado eres tú—decía el Padre.—¿A dónde vas? ¿No calculas el escándalo de lo que te propones hacer?

—Déjeme V., Padre. Yo no calculo nada.

—Esto es una perdición. Dios te ha dejado de su mano. Oye cuatro palabras con reposo y haz luego lo que quieras. Carezco de fuerzas para detenerte.

El P. Jacinto cedió en su resistencia y el Comendador se paró á escucharle.

—Quieres ver á Doña Blanca, y la verás, pero con menos peligro de lances y de escándalo. Pasado mañana va D. Valentín á la caserña con el aperador, á vender una tinajas de vino. Entonces podrás ver y hablar á Doña Blanca. Para evitar mayores males, te llevaré yo mismo. Yo entretendré á Clara á fin de que hables á solas con Doña Blanca y le digas cuanto tienes que decirle. Ya ves á lo que me allano. Ya ves á lo que me comprometo. Vas á sorprender desagradablemente á Doña Blanca con tu inesperada visita. Vuestra conversación va á tener algo de un duelo á muerte; mas prefiero intervenir en él, ser cómplice en el delito de vuestro espantoso diálogo, á que sucedan cosas peores.

Por las ánimas benditas, Comendador, aguarda hasta pasado mañana. Vendrás conmigo. Verás á Doña Blanca. Por la amistad que me tienes, por la pasión y muerte de Cristo te suplico que te calmes para entonces, y trates de que sea lo menos cruel posible la entrevista que te voy á procurar.

El Comendador cedió á todo, y agradeció al P. Jacinto los consejos que le daba y la protección que le ofrecía.

XXIV.

Con febril impaciencia aguardó D. Fadrique el plazo que el Padre le había pedido.

No hay plazo que no se cumpla, y dicho plazo se cumplió al cabo. Cumpliéronse también los pronósticos del Padre. D. Valentín salió aquel día muy de mañana con el aperador para ir á la caserña, de donde no pensaba volver hasta la noche.

El Comendador, que lo espiaba todo, se preparó para la entrevista prometida. El P. Jacinto no se hizo aguardar mucho tiempo y vino á buscarle.

Reconociendo que lo menos peligroso, lo menos ocasionado á males, era que se viesén ambos cómplices, por si lograban entenderse y convenir en algo acerca de la hermosa Clarita, no quiso el Padre hablar con Doña Blanca y proponerle una conferencia con el Comendador. Tenía por seguro que se negaría, y que, ya sobre aviso, le haría más difícil, casi imposible, el hacer entrar al Comendador hasta donde ella estuviese. Así, pues, se re-

solvió por la sorpresa. Sabía las costumbres de la casa; sabía las horas de todo, y todo lo dispuso con sencillez y habilidad.

Antes de las diez de la mañana, una hora después del almuerzo, Clara se retiraba á su cuarto y Doña Blanca se quedaba sola en la sala donde estaba de diario.

El Padre se puso en marcha en punto de las diez llevando al Comendador en pos de sí. Entraron en el zaguán, y el Padre dió dos aldabonazos.

La voz de una criada gritó desde arriba:

—¿Quién es?

—Ave María purísima. Gente de paz,—contestó el Padre.

La moza, que reconoció la voz, tiró del cordel desde un balcón del piso principal que daba al patio. Con este cordel se abría la puerta sin bajar la escalera.

La puerta se abrió, y entraron el Comendador y el fraile, sin que los viese nadie, ni la misma criada que les había abierto, pues entre el patio, á donde daba el balcón en que se hallaba la criada, y la puerta de la calle, había otro zaguán, del cual arancaba la escalera principal ó de los señores.

No bien entró el P. Jacinto con su compañero, cerró de nuevo la puerta y dijo en alta voz:

—Dios te guarde, muchacha.

—Dios guarde á su merced,—contestó ella.

Entonces el Comendador y su guía subieron rápidamente la escalera. Ya en la antesala, donde tampoco había un alma, dijo el fraile á D. Fadrique, señalándole una puerta:

—Allí está Doña Blanca. Entra... háblale; pero ten juicio.

D. Fadrique, con ánimo decidido, con verdadero denuedo, se dirigió á la puerta señalada, entró y la volvió á cerrar.

No bien desapareció D. Fadrique, llegó la criada.

—¡Hola!—dijo el P. Jacinto.—¿Está Doña Blanca sola?

—Sí, Padre. ¿No entra su merced á verla?

—No; más tarde. Déjala tranquila. No entres ahora, que estará ocupada en sus negocios. No la distraigamos. ¿Está Clarita en su cuarto?

—Sí, Padre.

—Ea, vete á tus quehaceres, que yo voy á ver á Clarita.

Y, en efecto, el P. Jacinto y la criada se fueron por su lado cada uno.

Entre tanto, D. Fadrique se hallaba ya en presencia de Doña Blanca, sorprendida, pasmada, enojada de tan imprevisto atrevimiento. Sentada en un sillón de brazos, había levantado la cabeza al sonar el pestillo y la puerta que se abría, había visto que la volvía á cerrar quien había entrado, había reconocido al punto al Comendador, y aun casi inmóvil, silenciosa, le miraba de hito en hito, sospechaba si estaría soñando, y apenas si se atrevía á dar crédito á sus ojos.

El Comendador se adelantó lentamente dos ó tres pasos.

No saludó de palabra; no pronunció una sola: no hallaba, sin duda, fórmula de saludo que no

disonase en aquella ocasión; pero con el gesto, con el ademán, con la expresión de toda su fisonomía, mostraba que era un caballero respetuoso, que pedía humildemente perdón de la astucia y de la audacia que se había visto obligado á emplear para llegar hasta allí. En su rostro se veían las disculpas que de palabra no daba. Si atropellaba respetos, lo hacía con razón suficiente. Á par de estas cosas, se leía asimismo en el rostro varonil del Comendador la firme resolución de no salir de allí hasta que se le oyese.

Doña Blanca se hizo al punto cargo de todo esto. Conocía tan bien á aquel hombre, que no necesitaba á veces oírle hablar para penetrar sus intenciones y sus sentimientos. Doña Blanca comprendió que lo menos malo era oírle; que no podía echarle, sin exponerse á dar el mayor de los escándalos. No quiso, sin embargo, aparecer desde luego resignada. Se alzó de su asiento, y antes de que el Comendador hablase, le dijo:

—Váyase V., D. Fadrique, váyase V. ¿Qué palabras, qué explicaciones pueden mediar entre nosotros, que no produzcan una tempestad, sobre todo si nos hablamos sin testigos? ¿Para qué me busca V.? ¿Para qué me provoca? No podemos hablarnos; apenas si podemos mirarnos sin herirnos de muerte. ¿Es V. tan cruel, que desea matarme?

—Señora—contestó el Comendador:—si no creyese que cumplo un deber imperioso viniendo hasta aquí, no hubiera venido. Cuando penetro furtivamente en esta sala, es porque tengo razones suficientes para ello.

—¿Qué razones alega V. para venir á turbar mi reposo?

—El interés que me inspira un sér á quien me une estrechísimo lazo.

—Muy disimulado, muy oculto ha tenido V. ese interés durante diez y seis años. No se ha acordado V. de ese sér hasta que por casualidad ha tropezado con él en su camino. Ha sido menester que salga V. de paseo con una sobrina suya, y que esta sobrina tenga una amiga, y que esta amiga vaya con ella, para que el amor paternal, que vivía latente y ni siquiera sospechado allá en las profundidades de su magnánimo corazón, se revele de pronto y dé gallarda y briosa muestra de sí. Si el acaso no nos hubiese traído á vivir en la misma población, ó si Clara no hubiese sido amiga de Lucía, aunque en la misma población viviésemos, su interés de V., su amor paternal, sus deberes imperiosos, confíeselo V., dormirían tranquilos en el fondo de esa envidiable y hartó cómoda conciencia.

—Justo es que me moteje V. No debo defenderme. Confieso mi culpa. Voy, con todo, á tratar de explicarla y de atenuarla. Yo no podía sospechar que al lado de V., bajo el amparo de una madre cariñosa, corriese mi hija ningún peligro, hallase motivo para ser desventurada.

—Su desventura no proviene de mí solamente. Su desventura proviene del pecado en que fué concebida, y del cual ni V. ni yo, que somos los pecadores, podemos salvarla ni redimirla.

—Ella no es responsable: nadie es responsable

de faltas que no comete. Esa transmisión es un absurdo. Es una blasfemia contra la soberana justicia y la bondad del Eterno.

—No llevemos la conversación por ese camino, Sr. D. Fadrique. Si á V. le parece blasfemia lo que yo creo, impiedad y blasfemia me parece á mí cuanto V. dice y piensa. ¿Á qué, pues, hablar conmigo de Dios? Deje V. á Dios tranquilo, si por dicha cree en Él, allá á su modo. La desventura de mi hija, llámela V. fatal, llámela como guste, procede de su nacimiento. Pues qué, ¿no ha reconocido V. mismo esa desventura, al querer librar de ella á mi hija, haciendo un gran sacrificio, que yo le agradezco, pero que juzgo ya inútil?

—Alguna verdad hay en lo que V. dice. Yo reconozco que Clara, sin culpa, estaba condenada por la suerte ó á sacrificarse ó á ser una usurpadora indigna.

—Estamos de acuerdo, salvo que donde V. dice por la suerte, digo yo por el pecado, y no por el pecado de ella, sino por el pecado de otros. Esto es inicuo para V., que no acata los inescrutables designios de la Providencia. Esto es sólo misterioso para mí. Por eso es lo mejor no tocar tales cuestiones. Hablemos de aquello en que convenimos. Convenimos en que Clara estaba, sin culpa suya, condenada á una pena.

—Convenimos; pero convenga V. también en que yo la he libertado.

—Si la ha libertado V., habrá sido por una serie de casos fortuitos: porque vió V. á Clara y la reconoció; porque Clara es bonita, ya que, si hubie-

ra sido fea, no se hubiera V. entusiasmado tanto, ni la vanidad de padre hubiera provocado con ímpetu el amor de padre, y porque, en suma, tiene V. bastante dinero que dar, y halla V. un hidalgo con bastante poca vergüenza para tomarle sin motivo justificado.

—Á mi vez suplico yo también á V. que no entremos en cuestiones inútiles. Yo no he venido aquí á discretear ni á filosofar.

—Yo no discreteo ni filosofo. Digo lo que es cierto. El pecado no fué un acaso: no fué algo independiente de nuestro libre albedrío. El que usted haya encontrado á Clara; el que ella sea bonita, por donde juzga V. que no debe casarse con D. Casimiro ni ser monja, y el que tenga V. más de cuatro millones, no son cosas que de su voluntad de V. han dependido. Para V. son casuales, aunque por Dios estuviesen previstas y preparadas, como lo está cuanto ocurre en el universo.

—Vamos, señora, no apure V. mi paciencia. Tan casual será todo eso, como el haber yo encontrado á V. en Lima, el que fuese V. bonita, y el que yo no fuese un monstruo de feo. Lo que no fué casual, sino voluntario, fué la caída; pero tampoco es casual, sino voluntario, el rescate. Será casual, no dependerá de mi voluntad, el tener cuatro millones; pero es voluntario, es mi voluntad misma, el darlos. Clara, no por casualidad, sino por un acto libre, está ya rescatada del cautiverio, al cual, según V. juzga, y no sin razón, se hallaba sometida por otro acto, que no supongo que considere V. más voluntario, más reflexionado, más

meditado y más deliberado con perfecta claridad en la conciencia.

Hasta este punto el diálogo había sido de pie. Doña Blanca ni se sentaba ni ofrecía asiento al Comendador. Éste, después de un momento de pausa, porque Doña Blanca no respondió al punto á su último razonamiento, dijo con serenidad:

—Mire V., señora: yo no quiero que disertemos ni que divaguemos. Tengo, no obstante, mucho que hablar; y para que la conferencia sea breve, importa proceder sin desorden. El desorden no se evita sino con la comodidad y el reposo. ¿No le parece á V., pues, que sería bueno que nos sentásemos?

Doña Blanca siguió silenciosa, lanzó una mirada al Comendador, entre iracunda y despreciativa, y se dejó caer de nuevo en el sillón, como aplacada. Entonces se sentó el Comendador en una silla, y prosiguió hablando.

—Mi resolución — dijo, — es irrevocable. Sea por lo que sea: por un capricho, porque Clara es bonita, porque he tropezado con ella casualmente en mi camino, por lo que á V. se le antoje, yo la he rescatado. Todo lo que herede ella por muerte de su marido de V., lo gozará ya, con años de anticipación, el que debiera heredarle, si Clara no viviese. Viva, pues, Clara. Vengo á pedir á V. su vida.

—Á lo que viene V. es á insultarme. ¿Mato yo acaso á Clara?

—Lejos de mí el propósito de insultar á V. Sin querer, podría V. acaso matar á Clara, y esto es

lo que vengo á evitar. Para ello estoy resuelto á apelar á todos los medios.

—¿Me amenaza V.?

—No amenazo. Declaro mi pensamiento sin rebozo.

—¿Y qué me toca hacer, según V., para evitar que Clara muera?

—Disuadirla de que sea monja.

—Eso es imposible. Yo no creo que entrar monja sea morir, sino seguir la mejor vida.

—Ya he dicho que no discuto, ni trato de teologías con V. Concedo, pues, que la vida del claustro es la mejor vida; pero es cuando hay vocación para seguirla; cuando no se va al claustro desesperada, casi loca, llena de desatinados terrores.

—Vuelvo á repetir á V. que me deje, Sr. D. Fadrique. ¿Para qué hablar? Nos atormentaremos y no nos entenderemos. V. llama terrores desatinados al santo temor de Dios, desesperación al menosprecio del mundo, y locura á la humildad cristiana y al recelo de caer en tentación y de faltar á los deberes. V. considera muerte la vida que en este mundo se asemeja más al vivir de los ángeles. ¿Cómo, pues, hemos de entendernos? Usted me honra más de lo que merezco, pensando que me acusa, al suponer que yo he inspirado á mi hija tales ideas y tales sentimientos.

—Por amor del cielo, mi señora Doña Blanca: yo no sé por quién conjurar á V., en nombre de quién suplicarle, que no involucre las cosas, que no me oiga con prevención, que atienda al bien de su hija, y que no dude de que yo vengo aquí,

la molesto con mi presencia y la mortifico con mis palabras, sin prevención también, y sólo por el deseo de ese bien impulsado. ¿Cómo he de condenar yo el santo temor de Dios, el menosprecio del mundo, si es razonable, y la humildad cristiana, que nos lleva á desconfiar de nuestra flaca y pecadora naturaleza? Lo que yo condeno es el delirio. Concedería que Clara tomase el velo aun cuando no le tomase después de pensarlo reflexivamente; aun cuando le tomase por un raptó fervoroso de devoción; pero lo que no concedo, lo que no consiento es que le tome en un arrebato de desesperación. Sería un suicidio abominable y sacrilego.

—¿Y de dónde infiere V. que Clara está desesperada? ¿Quién se lo ha dicho á V.? ¿Qué motivos tiene ella para desesperarse?

—Nadie me lo ha dicho. Basta mirar á Clara para conocerlo. V. misma lo conoce. No disimule V. que lo conoce. Si no temiese V. hasta por su vida corporal, ¿no hubiera ya dejado que entrase en el convento? Al darle ahora la libertad que le da, ¿no lo hace V. excitada por el deseo de que su salud se mejore? En cuanto á los motivos de su desesperación, concretamente yo los ignoro; pero los percibo de cierta manera confusa. V. la ha hecho dudar de sí más de lo que debiera: sin prever un resultado tan funesto, ha infundido V. en su espíritu que está predestinada á pecar si no busca asilo al pie de los altares. En suma, V. la ha envenenado con tal desconfianza, que ella, al sentir los latidos de su corazón juvenil y la lozanía de la vi-

da en su verde primavera; al ver el fuego, si puro, ardiente de sus ojos; al oír la voz de la naturaleza, que la incita á que ame; al soñar acaso con lícitas venturas, logradas en este mundo al lado de un sér de su misma humana condición, se ha figurado que era presa de impuras pasiones, se ha creído perseguida por los monstruos del infierno, y para no ser ella un monstruo, ha querido refugiarse en el santuario.

—Demos que todo eso sea exacto—replicó imperturbable Doña Blanca.—Demos que los hechos son los mismos para V. y para mí. La diferencia subsistirá siempre en la manera de apreciarlos. Si Clara se va al claustro, no ya por puro amor de Dios, sino por temor de ofenderle, por considerarse sobrado frágil para resistir las tempestades del mundo y por miedo de sí misma y del infierno, Clara, á mi ver, no desatina: Clara procede con recto juicio y consumada prudencia. Los motivos de su vocación para la vida religiosa, si no son los más elevados, son buenos. Lejos de mí el tratar de disuadirla, aunque pudiese. Á fin de que goce Clara una efímera é incierta dicha en la tierra, no he de oponerme yo á que tome el camino que más derechamente puede llevarla al cielo. No por dar gusto á V. he de aconsejar yo á Clara, cuando la nave de su vida va á entrar ya en el puerto seguro y abrigado, que vuelva la proa y que se engolfe en el piélagó borrascosó, donde puede zozobrar y hundirse con eterno hundimiento.

—Sí—interrumpió el Comendador, harto ya:—lo mejor es que se muera para que se salve.

—¿Y cómo negarlo?—respondió fuera de sí Doña Blanca.—Más vale morir que pecar. Si ha de vivir para ser pecadora, para su eterna condenación, para su vergüenza y su oprobio, que muera. ¡Llévatela, Dios mío! Así me hubiera muerto yo. ¡Cuánto más me valiera no haber nacido!

—Los mismos furores de siempre. Está V. como atormentada de un espíritu maligno. Yo me lo sabía. Yo tengo la culpa de todo. Yo hubiera debido robar á mi hija de la casa de V., y criarla conmigo, y hacerla dichosa, y darle mi nombre.

—Bendito sea Dios porque no ha sido así. ¡Criada mi hija por un impío! ¿Qué hubiera sido de ella? ¡Debe de ser repugnante una mujer sin religión!

—No sé lo que será una mujer sin religión, ni hubiera sido mi propósito que mi hija no la tuviera. Lo que sé es que una mujer exaltada por el fanatismo religioso puede hacerse insufrible.

—¡Qué feliz sería yo si tal hubiera aparecido á los ojos de V. desde el principio! ¡Cuántos males se hubieran evitado! Pero V. pensaba entonces de otra manera, y me persiguió con constancia, me pretendió con terquedad, y no hubo medio de seducción, ni mentira, ni engaño, ni blandura de regaladas palabras, ni encarecimiento de amante que muere de amor, ni promesa de darme toda el alma, que V. no emplease para vencer mi honrado desvío. Llegó V. á alucinarme hasta el extremo de anhelar yo perderme por salvar á V. ¡Aquél sí que fué delirio! ¿Pues no llegué á soñar con que, cayendo yo, iba á ganar su alma de V. y á sacarla de la impiedad en que estaba sumida? ¿Pues no me

desvanecí hasta el punto de creer que, incurriendo con V. en el pecado, había de levantarle y traerle luego conmigo en la purificación y en la penitencia? ¿De qué artificios no se vale el demonio para envolvernos en sus redes? Yo estaba ciega. Creí ver en V. un hombre extraviado que me enamoraba, que estaba prendado de mí, á quien por amor mío iba yo á cautivar el alma, haciéndola capaz de más altos amores. No advertí que ni siquiera era V. capaz del bajo y criminal amor de la tierra. V. buscaba sólo la satisfacción de un capricho, un goce fácil, un triunfo de amor propio. V. creyó que, una vez vencido mi desvío, que después de un instante de pasión y de abandono, todo sería paz, todo lo olvidaría yo por V., para que V. me hallase siempre sumisa, alegre, con la risa en los labios. V. imaginó que yo iba á matar en mi alma todo remordimiento, toda vergüenza, toda idea del deber á que había faltado, todo temor de Dios, todo respeto á mi honra, todo sentimiento amargo de su pérdida, todo miedo á las penas del infierno, todo aguijón en la conciencia. Se equivocó V., y por eso le parecí insufrible. Era V. dueño de mi alma; pero, así como en tierra de valientes y generosos, que jamás olvidan lo que deben á su patria, sólo posee el feroz conquistador la tierra que pisa, así V. no me poseía sino cuando hasta de mí misma me olvidaba. Cuando no, me alzaba yo contra V., trataba de limpiar mi culpa con la penitencia, y luchaba siempre por libertarme. ¿Cuánto, no obstante, hubiera debido enorgullecer á V. cada una de sus victorias, aun siendo impío, si hubie-

ra V. acertado á comprender la grandeza sublime y tempestuosa de las grandes pasiones? Horribles eran aquellas frecuentes luchas; pero V., cuando triunfaba, triunfaba, no sólo de mí, sino de los ángeles que me asistían; de mi fe profunda; del cielo, á quien yo invocaba; del principio del honor arraigado en mi alma, y de mi conciencia acusadora y severa contra mí misma. V., que sólo buscaba alegría y deleite, se fatigó de luchar. Así me liberte del cautiverio infame. Alabado sea Dios, que lo dispuso. Alabado sea Dios, que ha castigado después tan justamente mi culpa; pero, se lo confieso á V., el castigo que más me ha dolido siempre, el que más me duele todavía, es el tener que despreciar al hombre que he amado. Ya lo sabe V. Usted me halla insufrible; yo le hallo á usted despreciable. Váyase de aquí. Salga de aquí, ó haré que le echen. ¿Quiere V. delatarme? ¿Quiere V. declararme culpada? Hágalo. No temo ya desventura ni humillación, por grande que sea. Sépalo V. de una vez para siempre: me alegro de que Clara entre en un convento. No seré tan vil, que por miedo de V. falte á mi deber inculcándole lo contrario. Ahora, márchese; salga de mi casa; déjeme tranquila.

Doña Blanca, puesta de pie otra vez, con ademán imperioso, señalando la puerta con la mano, expulsaba al Comendador. ¿Qué había de hacer, qué había de contestar éste? Doña Blanca pareció frenética á los ojos del Comendador, lleno de piedad y casi de susto. Temió ser cruel y mal caballero si respondía. Guardó silencio. Vió el asunto

perdido, al menos por aquel lado, y no quiso prolongar más el doble martirio.

D. Fadrique inclinó la cabeza y salió de la sala hartamente apesadumbrado. Apenas se vió en la antecámara, bajó la escalera, abrió la puerta del zaguán y se lanzó á la calle, respirando con delicia el ambiente, como quien se está ahogando y logra sacar la cabeza del agua en que se hallaba sumergida.

XXV.

Á pesar de su optimista y regocijada filosofía; á pesar de su propensión natural á reír y á ver las cosas por el lado cómico, D. Fadrique estuvo todo aquel día meditabundo, callado, con una seriedad melancólica harto extraña en él.

Á la hora de comer apenas probó bocado; apenas si habló con su hermano, con su cuñada y con su sobrina, los cuales, cada uno por su estilo, le agasajaban mucho.

D. José era un señor excelente, que no hacía más que cuidar de su hacienda, jugar á la malilla en la reunión de la botica y dar gusto á Doña Antonia. Esta señora tenía una pasta de las mejores: cuidaba de la casa con esmero, cosía y bordaba. Era buena cristiana, iba á misa todos los días y rezaba el rosario con los criados todas las noches; pero en todo ello había algo de maquinal, de fórmula, costumbre ó rutina, sin que Doña Antonia se metiese en honduras religiosas. Sólo salía algo de sus casillas y mostraba cierto entusiasmo apasionado

en favor de la Virgen de Araceli, de Lucena (Doña Antonia era lucentina), prefiriéndola á las otras Vírgenes y hallándola más milagrosa.

En cuanto á director espiritual, Doña Antonia tenía á un capuchino fervoroso y elocuente, cuya fama eclipsaba entonces la del P. Jacinto, el cual, como más tibio en el predicar y en el reprender, no hacía tantas conversiones ni traía al redil tantas ovejas descarriadas como su cofrade barbudo.

Lucía tenía por confesor al P. Jacinto, y se llevaba tan bien con su madre, que las únicas discusiones que había entre ellas eran sobre los méritos de sus respectivos confesores. Por lo demás, como Doña Antonia no tenía voluntad ni opinión, y de todo se le importaba lo mismo, francamente no era gran prueba de sumisión y deferencia en Lucía el no discutir nunca con su madre, salvo sobre el capuchino, y alguna que otra vez, aunque raras, acerca de la Virgen de Araceli. Lucía no era muy devota, y careciendo de otra Virgen predilecta, concedía pronto á su madre la superior excelencia de la suya.

La única causa de disidencia era, pues, el P. Jacinto, en quien Lucía hallaba superior entendimiento é ilustración; mas al cabo, como buena hija que era, y á fin de contentar á su madre, declaraba que el capuchino había reunido á un sin número de malos casados, que andaban campando por sus respetos y viviendo aparte engolfados en mil marimorenas, y había logrado que no pocos pecadores y pecadoras dejasen las malas compañías y peores tratos, é hiciesen vida ejemplar y pe-

nitente: de todo lo cual podía jactarse muchísimo menos el P. Jacinto; de donde infería Lucía que el capuchino era mejor director espiritual de los extraviados, y el P. Jacinto mejor director de los que estaban en el buen sendero ó dentro del aprisco. El uno valía para vencer y reducir á la obediencia á los rebeldes; el otro para gobernar sabia y blandamente á los sumisos.

Con esto se aquietaba Doña Antonia y vivía en santa y dulce paz con su hija, á quien había enseñado todas sus habilidades caseras, reconociendo la maestra, sin envidia y con júbilo, que casi siempre se le aventajaba ya la discípula. Lucía bordaba con todo primor, en blanco, en seda y en oro; hacía calados, respuntes y vainicas como pocas, y en guisos y dulces nadie se le ponía delante, que no saliera con la ceniza en la frente. Sólo resplandecía aún la superioridad de Doña Antonia en las faenas de la matanza. Era un prodigio de tino en el condimentar y sazonar la masa de los chorizos, morcillas, longanizas y salchichas; en adobar el lomo para conservarle frito todo el año, y en dar su respectivo saborete, con la adecuada especiería, á las asaduras, que ya compuestas llevan siempre el nombre de pajarillas, sin duda porque alegran las pajarillas de quien las come, y á los riñones, mollejas, hígado y bazo, que se preparan de diverso modo, con clavo, pimienta y otras especies más finas, excluyendo el comino, el pimentón y el orégano.

El lector no ha de extrañar que entremos en estos pormenores. Convenía decirlos, y distraídos

con la acción principal, no los habíamos dicho.

El niño mayórazgo, hijo de D. José y de Doña Antonia, había ido, hacía poco, al Colegio de guardias marinas de la Isla, con buenas cartas de recomendación de su señor tío.

Doña Antonia andaba siempre con las llaves de una parte á otra, ya en la repostería, ya en la despensa, ya en la bodega del aceite, ya en la del vino, ya en la del vinagre.

La casa tenía todo esto, como casa de labrador, á par que de señores; pues D. José, al trasladarse á la ciudad, había traído á ella muchos de sus frutos para venderlos con más estimación y darles más fácil salida.

D. José, cuando no hacía cuentas con el aporador, ó bien oía á los caseros, que venían á verle y á informarle de todo desde las caserías, ó se largaba á la botica, donde había tertulia perpetua y juego por mañana, tarde y noche.

Resultaba, pues, que el Comendador, salvo á las horas de las tres comidas, y un rato de noche, cuando había tertulia, á la cual no faltaba jamás D. Carlos de Atienza, se hallaba en una grata y apacible soledad, no interrumpida sino por la rubia sobrina, la cual le buscaba siempre, preguntándole qué había de nuevo respecto á Clara.

D. José y Doña Antonia, que estaban en Babia, nada sabían de los disgustos y cuidados del Comendador. Lucía los sabía á medias, distando infinito de presumir, á pesar de sus hipótesis, que Clara estaba ligada á su tío con vínculo tan natural.

Los criados de la casa y el público todo seguían desorientados en punto á D. Carlos de Atienza. Viéndole joven, elegante y lindo, que venía con frecuencia á la casa, y que cuchicheaba siempre con Lucía, supusieron con visos de fundamento que era su novio, y ya en la casa le apellidaban el novio de la señorita.

Tal era la situación de cada uno de los personajes secundarios de esta historia cuando el Comendador, después de su entrevista con Doña Blanca, se hallaba tan desazonado.

Durante la comida le colmaron de cuidados, creyéndole indispuerto. Doña Antonia supuso que tendría jaqueca y le excitó á que fuese á reposar. D. José, después de decirle lo mismo, se largó á la botica. Lucía, con más vivo interés, trató de informarse mil veces de la causa del disgusto de su tío; pero no consiguió nada.

El Comendador, á sus solas, no hacía más que pensar sobre su diálogo con Doña Blanca, y concebir los más encontrados pensamientos, aunque siempre poco gratos.

Ya se le figuraba que dicha señora tenía un orgullo satánico, un genio infernal, y entonces se culpaba á sí mismo de no haberle robado á la hija; de haberla dejado en su poder para que la enloqueciera y la hiciera desgraciada. Ya imaginaba, por el contrario, que, desde su punto de vista, Doña Blanca tenía razón en todo.

El Comendador entonces calificaba su persecución en pos de Doña Blanca y su victoria ulterior (que en otro tiempo había mirado como una lige-

reza perdonable, como una bizarría de la mocedad) de conducta inicua y malvada á todas luces, aun juzgada por su criterio moral, lleno de laxitud en ciertas materias.

—Por cierto que no merezco perdón—se decía D. Fadrique.—La maldita vanidad me hizo ser un infame. ¡Había tantas mujeres guapas cuando yo era mozo, á quienes cuesta tan poco otro tropiezo, una caída más ó menos! ¿Por qué, pues, no siendo arrastrado por una pasión vehemente, que ni siquiera tengo esta excusa, ir á turbar la paz del alma de aquella austera señora? Tiene razón sobrada. Soy digno de que me aborrezca ó me desprecie. Lo único que mitiga un tanto la enormidad de mi delito es la mala opinión que tenía yo entonces de casi todas las mujeres. No me cabía en la cabeza que ninguna pudiera (después sobre todo) tomar tan por lo serio los remordimientos, la culpa... En fin, yo no preví lo que pasó después. Si lo hubiera previsto... me hubiera guardado bien de pretender á Doña Blanca. Aunque no hubiera habido otra mujer en la tierra... su corazón hubiera quedado entero para D. Valentín, sin que yo se le robara. Pero nada... ¡esta pícara costumbre de reir de todo... de no ver sino el lado malo! Me gustó... me enamoró... eso sí... yo estaba enamorado... y como creí que la gazmoñería era sal y pimienta que haría más picante y sabroso el logro de mi deseo, y que luego se disiparía, insistí, porfié, hice diabluras... sí... hice diabluras: creé dentro de su conciencia un infierno espantoso; por un liviano y fugitivo deleite dejé en su

espíritu un torcedor, una horrible máquina de tormento, que sin cesar le destroza el pecho, diez y siete años hace. ¡Como tengo este carácter tan jocosos!... Las cañas se volvieron lanzas. La burla fué pesada. Pero ¡Dios mío... si yo no podía sospecharlo! Aunque me lo hubieran asegurado mil y mil personas, no lo hubiera creído. Lo repito, no cabía en mi cabeza. Yo no comprendía arrepentimiento tan feroz y tan persistente, simultáneo casi con el pecado. Yo no había medido toda la violencia de una pasión que, á pesar del grito airado y fiero de la conciencia, que á despecho del sangriento azote con que el espíritu la castiga, rompe todo freno y sale vencedora. Cuando exclamaba ella, casi rendida ya á mi voluntad, cayendo entre mis brazos, doblándose quebrantada al toque de mis labios, recibiendo mis besos y mis caricias, cediendo á un impulso irresistible, y no obstante luchando: «¡Dios mío, mátame antes que caiga de tu gracia! ¡Prefiero morir á pecar!» cuando decía esto, que hoy ha repetido á propósito de su hija, no me inspiraba compasión, no me apartaba de mi mal propósito; antes bien era espuela con que agujoneaba mi desbocado apetito. ¡Cuán hermosa me parecía entonces, al pronunciar, con voz entrecortada por los sollozos, aquellas palabras, á las cuales yo no prestaba sino un vago sentido poético, y en cuya verdad profunda yo no creía! Hasta la dulzura de su misma religión se maleaba y viciaba en mi mente, interpretada por mi concupiscencia, y quitaba á mis ojos todo valor á aquella desolación suya, á aquella angustia con

que miraba y repugnaba la caída, sin hallar fuerzas para evitarla. Yo me atrevía á decidir que no era tan gran mal el que tenía tan fácil remedio. Yo me convertía en redentor del alma que cautivaba y en salvador del alma que perdía, parodiando la sentencia divina y diciendo en mi interior: «Levántate: estás perdonada, por lo mucho que has amado.» ¡Ah, cielos! ¿Por qué ocultármelo? Procedí con villanía. Era yo tan bajo y tan vil, que no comprendí nunca el vigor, la energía de la pasión que sin merecerlo había excitado. Era yo como salvaje que, sin conocer un arma, la dispara y hiere de muerte. La grandeza y la omnipotencia del amor me eran tan desconocidas como la persistencia y el indómito poderío de una conciencia recta, que acepta el deber y le cumple, ó jamás se perdona si no le cumple. ¿Será que soy un miserable? ¿Tendrán razón los frailes y los clérigos al sostener que no hay verdadera virtud sin religión verdadera?

De esta suerte se atormentaba D. Fadrique en afanoso soliloquio, en que volvía cien y cien veces á repetirse lo mismo.

El que no viniese el P. Jacinto á hablar con él inspiraba al Comendador la mayor inquietud. Varias veces se asomó al balcón de su cuarto, que daba á la calle, á ver si le veía salir de casa de Doña Blanca. Varias veces salió á la calle y fué hasta el convento de Santo Domingo, aunque estaba lejos, á preguntar si el P. Jacinto había vuelto. El P. Jacinto no parecía en parte alguna.

Á la caída de la tarde, estando D. Fadrique en su

estancia, oyó pisadas de caballos que paraban cerca. Salió al balcón y vió apearse á D. Valentín, que volvía de la casería.

Llegó la noche y no pareció el P. Jacinto.

D. Fadrique echaba á volar su imaginación con vuelo siniestro. Hacía las suposiciones más extrañas y dolorosas.—¿Qué habrá sucedido?—se preguntaba.

Á las ocho de la noche, por último, el Comendador vió aparecer al P. Jacinto bajo el dintel de la puerta de su cuarto.

Al verle, le dió un vuelco el corazón. El Padre traía la cara más grave y melancólica que había tenido en su vida.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa?—dijo el Comendador.—¿Dónde ha estado V. hasta ahora?

—¿Dónde he de haber estado? En casa de Doña Blanca, donde hice mal y remal en introducirte traidoramente. ¡Buena la has hecho! ¿Qué demonios te aconsejaron cuando hablabas? ¿Qué dijiste á la infeliz? ¡Vaya un berrinche que ha tomado! Está mala. ¡Dios quiera que no se ponga peor!

El Comendador se mostró consternado, se quedó mudo. El fraile añadió:

—Clarita es una santa. Allí la dejo cuidando á su madre. No sé para qué todas estas desazones. La chica está resuelta, firmemente resuelta. Todo es inútil. Bien hubiera podido evitarse tu endemoniada conversación con la madre. Tiempo es de evitar aún que te arruines á tontas y á locas.

El Comendador, recobrando el habla, respondió: —Lo hecho, hecho está. Yo no gusto de arre-

pentirme. Yo no deshago mis promesas. Yo no me vuelvo atrás nunca. Lo que prometí á D. Casimiro y él ha aceptado, tiene que cumplirse. Pero, ¿qué enfermedad es esa de Doña Blanca? ¿Sigue Clara poseída de su lúgubre locura? Voto á todos los demonios y condenados que hay en el infierno, que jamás hubiera yo podido soñar que iba á ser víctima de tan enrevesados sentimentalismos.

El Comendador se paseaba á largos pasos por la estancia. El Padre le miraba con pena y algo aturdido.

En esto, Lucía, que había visto entrar al Padre, asomó la rubia y linda cabeza á la puerta, que había quedado entornada, y dijo con dulce ansiedad:

—Tío, ¿qué hay de nuevo?

—Nada, niña. Por Dios, déjanos en paz ahora, que vamos á tratar asuntos muy graves.

Lucía se retiró, lastimada de inspirar tan poca confianza.

XXVI.

Cuando el Padre y el Comendador se quedaron solos de nuevo, cerró éste la puerta é interrogó al Padre en voz baja sobre lo que había oído á Doña Blanca, sobre lo que había hablado con Clarita; pero nada sacó en limpio.

El P. Jacinto parecía otro del que antes era. Mostrábase preocupado; buscaba evasivas para no contestar á derechas: sus misterios y reticencias daban á su interlocutor una confusa alarma.

Al fin tuvo D. Fadrique que dejar partir al frai-

le, sin averiguar nada más que lo que ya sabía.

Aquella noche no salió de su cuarto; no quiso ver á nadie: pretextó hallarse indispuerto, para encerrarse y aislarse.

Se pasaron horas y horas, y aunque se tendió en la cama, no pudo dormir. Mil tristes ideas le atormentaban y desvelaban.

Rendido de la fatiga, se entregó al sueño por un momento; pero tuvo visiones aterradoras.

Sonó que había asesinado á Doña Blanca, y soñó que había asesinado á su hija. Ambas le perdonaban con dulzura, después de muertas; pero este perdón tan dulce le hacía más daño que las punzantes palabras que aquel día había escuchado de boca de su antigua querida. Ésta y Clara se ofrecían á su imaginación con la palidez de la muerte, con los ojos fijos y vidriosos, pero como triunfantes y serenas, subiendo lentamente por el aire, hacia la región del cielo, y entonando un antiguo himno religioso, que siempre había atacado los nervios y contrariado los sentimientos harto gentílicos del Comendador por su fúnebre ternura, por su identificación del amor y de la muerte, y por su misantrópica exaltación del ser del espíritu por cima de todo deleite, contento, esperanza, consolación ó bien posible en la tierra.

Las mujeres, que iban subiendo al cielo, cantaban; y D. Fadrique oía, á través del ambiente tranquilo, los últimos versos del himno, que decían:

*Mors pavit, mors sanavit
Insanatum animum.*

Con estos dos versos en la mente se despertó D. Fadrique.

Apenas se hubo vestido, oyó que daban golpecitos á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó.

—Soy yo, tío—dijo la dulce voz de Lucía.—Tengo que hablar con V. ¿Puedo entrar?

—Entra,—contestó el Comendador, con bastante zozobra de que Lucía trajese malas noticias.

La cara de Lucía estaba demudada. Los ojos algo encarnados, como si hubiesen vertido lágrimas.

—¿Qué hay?—dijo D. Fadrique.

—Que Doña Blanca está muy mala. Clara me escribe diciéndomelo, y me ruega que haga la caridad de ir á acompañarla.

—¿Y se sabe qué tiene Doña Blanca?

—Yo, tío, no lo sé. El mal ha venido de súbito. La criada, que me trajo la carta de Clarita, dijo que su ama cayó enferma como herida por un rayo; que, eso es verdad, la señora estaba delicada, pero que al fin lo pasaba regular, como casi todos, cuando de repente, cual si hubiera tenido alguna aparición de los malos y hubiera peleado con ellos, cayó en tal postración, que ha sido menester ponerla en la cama, donde está aún con calentura.

D. Fadrique sintió un frío repentino, que discurría por todo su cuerpo y que hasta los huesos le penetraba. Imaginó que se le erizaban los cabellos. Se inmutó; pero con habla interior dijo para sí:

—En efecto, ¿habré sido tan brutal que la haya asesinado?

Notando después que Lucía no tenía más que decir y aguardaba respuesta, el Comendador hizo un esfuerzo para aparentar serenidad, y dijo á su sobrina:

—Ve, hija mía; ve á cumplir con ese deber de caridad y de amistad para con Clarita. Procura consolarla. ¡Ojalá que el padecimiento de Doña Blanca no tenga peores consecuencias!

—Voy volando,—replicó Lucía.

Y sin aguardar más, con la venia de su madre, que ya tenía, bajó la escalera y se fué á la casa inmediata.

XXVII.

La sobrina del Comendador tenía tan alegre carácter como su tío. Era, por naturaleza, tan optimista como él. Casi todo lo veía de color de rosa; pero, compasiva y buena, tomaba pesar por los males y disgustos de los otros, si bien procurando más consolarlos ó remediarlos que compartirlos.

Con esta disposición de ánimo entró Lucía á ver á Clara. Apenas se vieron, se abrazaron estrechamente.

Clara, al contrario de Lucía, era melancólica, vehemente y apasionada, como su madre. Sobre esta condición del carácter, que era ingénita en ella, la educación severísima de Doña Blanca, su continuo hablar de nuestra perversidad nativa, su concepto del mundo y del vivir como valle de lá-

Con estos dos versos en la mente se despertó D. Fadrique.

Apenas se hubo vestido, oyó que daban golpecitos á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó.

—Soy yo, tío—dijo la dulce voz de Lucía.—Tengo que hablar con V. ¿Puedo entrar?

—Entra,—contestó el Comendador, con bastante zozobra de que Lucía trajese malas noticias.

La cara de Lucía estaba demudada. Los ojos algo encarnados, como si hubiesen vertido lágrimas.

—¿Qué hay?—dijo D. Fadrique.

—Que Doña Blanca está muy mala. Clara me escribe diciéndomelo, y me ruega que haga la caridad de ir á acompañarla.

—¿Y se sabe qué tiene Doña Blanca?

—Yo, tío, no lo sé. El mal ha venido de súbito. La criada, que me trajo la carta de Clarita, dijo que su ama cayó enferma como herida por un rayo; que, eso es verdad, la señora estaba delicada, pero que al fin lo pasaba regular, como casi todos, cuando de repente, cual si hubiera tenido alguna aparición de los malos y hubiera peleado con ellos, cayó en tal postración, que ha sido menester ponerla en la cama, donde está aún con calentura.

D. Fadrique sintió un frío repentino, que discurría por todo su cuerpo y que hasta los huesos le penetraba. Imaginó que se le erizaban los cabellos. Se inmutó; pero con habla interior dijo para sí:

—En efecto, ¿habré sido tan brutal que la haya asesinado?

Notando después que Lucía no tenía más que decir y aguardaba respuesta, el Comendador hizo un esfuerzo para aparentar serenidad, y dijo á su sobrina:

—Ve, hija mía; ve á cumplir con ese deber de caridad y de amistad para con Clarita. Procura consolarla. ¡Ojalá que el padecimiento de Doña Blanca no tenga peores consecuencias!

—Voy volando,—replicó Lucía.

Y sin aguardar más, con la venia de su madre, que ya tenía, bajó la escalera y se fué á la casa inmediata.

XXVII.

La sobrina del Comendador tenía tan alegre carácter como su tío. Era, por naturaleza, tan optimista como él. Casi todo lo veía de color de rosa; pero, compasiva y buena, tomaba pesar por los males y disgustos de los otros, si bien procurando más consolarlos ó remediarlos que compartirlos.

Con esta disposición de ánimo entró Lucía á ver á Clara. Apenas se vieron, se abrazaron estrechamente.

Clara, al contrario de Lucía, era melancólica, vehemente y apasionada, como su madre. Sobre esta condición del carácter, que era ingénita en ella, la educación severísima de Doña Blanca, su continuo hablar de nuestra perversidad nativa, su concepto del mundo y del vivir como valle de lá-

grimas y tiempo de prueba, y su terror de la eterna condenación y de lo fácil que es caer en el pecado, habían difundido por toda el alma de Clara una sombra de amarga tristeza y de medrosa desconfianza. Por dicha, Clara carecía de aquel orgullo, de aquel imperio de su madre, y el lado oscuro y tenebroso de su espíritu estaba suavemente iluminado por un rayo celeste de humildad, resignación y mansedumbre.

Clara era mil veces más amante que su madre, y se abandonaba á la dulzura de amar, si bien con recelo siempre de pecar amando.

Ambas amigas se hallaban en un cuarto contiguo á la alcoba de Doña Blanca.

El cuitado de D. Valentín no sabía qué hacer; andaba inquieto; bullía de un lado á otro, sin atreverse á entrar en la alcoba de su mujer para que no le despidiese á gritos, porque venía á turbar su reposo, y sin atreverse tampoco á no estar allí cerca para que su mujer no le acusase de indiferente, egoísta y desalmado, que no miraba con interés sus males, y ni siquiera preguntaba por su salud. En esta perplejidad, D. Valentín entraba y salía, asomaba de vez en cuando la nariz á la alcoba, á ver si le veía Doña Blanca y le decía que entrase; y, sin decidirse á entrar, mientras no alcanzaba la venia, preguntaba á Clara por su madre, ni en voz muy alta para que Doña Blanca se incomodase, ni en voz muy baja para que fuera posible que Doña Blanca le oyese y comprendiese que su marido cuidaba de ella y no era un hombre sin entrañas.

Este procedimiento prudentísimo no le valió, sin embargo. Ya una vez, como repitiese con harta frecuencia lo de asomar la nariz á la puerta de la alcoba, Doña Blanca había dicho:

—¿Qué haces ahí? ¿Vienes á molestarte? Pareces un buho que me espanta con sus ojos. Déjame en paz, por Dios.

Poco después se descuidó algo D. Valentín, alzó la voz demasiado al preguntar á Clara por su madre, y ésta exclamó desde la alcoba:

—¡Qué pesadilla de hombre! Se ha propuesto no dejarme descansar. ¡Si parece que está hueco! Valentín, habla bajo y no me mates.

D. Valentín salió entonces zapeado de la estancia en que se hallaban Clara y Lucía, y las dejó solas.

Aunque Doña Blanca era buena cristiana, estos raptos de mal humor contra su marido se comprenden y explican como en cierto modo independientes de su voluntad. Doña Blanca no había encontrado en él ni un átomo de la poesía, ni una chispa de las sublimidades que había soñado hallar, en su inexperiencia, en el hombre á quien dió su mano, siendo aún muy niña. Luego, hacía diez y siete años, no veía ella en D. Valentín sino un hombre cuya serenidad era el perpetuo sarcasmo de las borrascas de su corazón; cuya unión con ella había hecho que lo que pudo ser un bien lícito, una felicidad santificada, fuese un pecado abominable, y cuya salud corporal parecía una burla de los achaques y padecimientos que á ella la atormentaban. Hasta la paciencia con que D. Valentín la sufría era odiosa á Doña Blanca, cual si impli-

case bajeza, gana de no incomodarse por no molestarse, desdén ó menosprecio.

En balde procuraba Doña Blanca formar mejor opinión de su marido, á fin de respetarle, como reflexivamente conocía que era su deber: Doña Blanca no lo lograba. Las mejores prendas del alma de D. Valentín, con intervención quizás de algún demonio astuto, se trocaban, en el alma de Doña Blanca, en defectos ridículos. En balde pedía á Dios Doña Blanca que le concediese, ya que no amar, estimar á su marido. Dios no la oía.

Zapeado, pues, D. Valentín, Doña Blanca quedó sola en la alcoba, abismada, sin duda, en sus hondos y amargos pensamientos, y Clara y Lucía, casi al oído la una de la otra, hablaron así:

—¿Qué ha dicho el médico, Clara? ¿Qué tiene tu madre?—pregunto Lucía.

—El médico hasta ahora—respondió Clara,—no ha dicho más que lo que cualquiera de nosotros ve y comprende: que mi madre tiene calentura; pero la calentura es sólo síntoma de un mal que el médico desconoce aún. Anoche la calentura fué muy fuerte y nos asustamos mucho. Hoy de mañana ha cedido.

—Vamos, Clarita, ya veo que exageraste en tu carta y me alarmaste sin motivo. Tu madre se curará pronto. Apuesto que la causa de toda su indisposición ha sido alguna rabieta que ha tenido con D. Valentín.

—Pues te equivocas. Mi madre no ha tenido la menor rabieta con nadie en todo el día de ayer. Papá estuvo en el campo.

Entonces se concibe que no rabiase con él. ¿Y contigo no rabió?

—Hace días que mi madre está dulcísima conmigo. Te repito que ayer no se sofocó mamá con nadie; no riñó á ninguna criada; estuvo apacible y silenciosa.

Clara, si bien era una criatura de singular despejo, se forjaba la extraña ilusión de que una buena madre de familia tenía forzosamente que rabiar, y así no decía nada de lo dicho para censurar á su madre, sino candorosamente.

Lucía no insistió en buscar el origen del mal de Doña Blanca: se inclinó á creer que este mal era pequeño, á fin de no tener que afligirse; y volviendo la conversación hacia otros puntos, preguntó á su amiga:

—Clara, ¿sigues firme en tu resolución de tomar el velo?

—Estoy más resuelta que nunca. Una voz misteriosa me grita en el fondo del alma que debo huir del mundo; que el mundo está sembrado de peligros para mí.

—Confieso que no te entiendo. ¿Qué peligros tendrá el mundo para tí, que para los demás no tenga?

—¡Ay, querida Lucía; el desorden de mi espíritu, los extraños impulsos de mi corazón, la violencia de mis afectos!

—Pero, muchacha, ¿qué violencia ni qué desorden es ese? Yo no hallo desordenado ni violento el que ames á D. Carlos, que es muy guapo y joven, y el que no gustes de D. Casimiro, que es viejo y feo. Esto me parece naturalísimo,

—Será natural, porque la naturaleza es el pecado.

—¿Dónde está el pecado?

—En desobedecer á mi madre, en engañarla, en haber atraído á D. Carlos con miradas amorosas y profanas, en complacerme en que guste de mí y en que me persiga, en desear que siga queriéndome hasta en este instante, cuando ya estoy decidida á no ser suya. En suma, Lucía, mi alma es un tejido de marañas y de enredos, que el mismo diablo trama y revuelve. Además, yo he prometido á mi madre que seré monja, y, para que lo sea, ha despedido ella á D. Casimiro. ¿Cómo faltar ahora á mi promesa, burlarme de mi madre y hasta de Cristo, á quien he dado palabra de esposa? ¿Qué infamia me propones?

—Es verdad, hija mía: el caso es apurado; pero ¿quién te mandó que dijese que querías ser monja y que lo prometieses? ¿Por qué no declaraste con valor á tu madre que no querías á D. Casimiro y que no querías ser monja tampoco?

—Bien sabe Dios—respondió Clara,—que deseo desahogarme contigo, depositar en tu amistoso corazón el secreto de mi infortunio, confiártelo todo; pero yo misma no me comprendo sino de un modo imperfecto, y lo que de mí misma comprendo está tan enmarañado, que no encuentro palabras para explicártelo. Siento la razón y causa de todas mis acciones, y no las percibo bien para exponerlas. Quiero, no obstante, sincerarme y tratar de probarte que no es absurda mi conducta. Voy á ver si lo consigo. Yo he amado, yo amo aún

á D. Carlos de Atienza. Yo detesto á D. Casimiro. Esto es verdad; pero mi amor por D. Carlos y mi odio á D. Casimiro no han tenido jamás la suficiente energía para hacerme arrostrar la cólera de mi madre, declarándole que amaba al uno y odiaba al otro. Así, pues, te aseguro que durante meses he estado resignada á sofocar en mi alma el naciente amor á D. Carlos y á casarme con Don Casimiro para ser una hija obediente. Hubiera yo preferido á todo ser esposa de Cristo; pero me consideraba indigna. Para ser mujer de D. Casimiro me sentía con fuerzas. Yo esperaba vencer mi fatal inclinación á D. Carlos, y, logrado esto, ser modelo de casadas: cuidar al achacoso D. Casimiro, y hasta quererle, imponiéndome como deber el cariño. Hallándome de esta suerte, nuevos y extraños sentimientos han combatido mi alma y han hecho que mi espíritu dude más de sí. Me he llenado de terror. En mi humildad, no me he creído digna ni de ser mujer de D. Casimiro. Me he espantado de mi flaqueza, de la perversidad de mis inclinaciones, y entonces he pensado en refugiarme en el claustro. Juzgándome menos digna que antes de ser esposa de Cristo, he pensado en la infinita bondad de aquel Soberano Señor, padre de las misericordias, y he comprendido que, aun siendo yo indigna de todo, podía acudir á Él y refugiarme en su seno, segura de que no me rechazaría, de que me acogería amoroso, purificándome y santificándome con su gracia.

—Tú me hablas de nuevos y extraños sentimientos, pero sin decir cuáles son—dijo Lucía.—

Aquí hay un misterio que no me dejas penetrar.

—¡Ay!—exclamó Clara,—apenas si yo le penetro. ¿Cómo declarártele? Mira, Lucía, yo conozco que amo siempre á D. Carlos. Si me finjo en completa libertad de elegir mi vida, me parece que mi elección será ser mujer de D. Carlos. Su talento, su bondad, su delicada ternura, me hacen sentir que sería yo dichosa viviendo á su lado. Te lo confesaré. A pesar del horror que mi madre ha sabido inspirarme á la complacencia de los sentidos, la imagen material de D. Carlos, su porte, la gallardía de su cuerpo, la elegancia y pulcritud de su vestido, el fuego de sus ojos y la viva animación de su semblante y la frescura de su boca me atormentan y me hieren, y me distraen de mis piadosas meditaciones.

—Te lo repito, Clarita: en nada de eso veo yo la obra del diablo; en nada descubro influencias sobrenaturales: todo es naturalísimo. Y si, como tú afirmas, la naturaleza es el pecado, bien es menester, ó que Dios nos dé medios sobrenaturales para vencerla, ó que nos perdone con muchísima generosidad cuando ella nos venza. ¿Dónde están esos sentimientos singulares que te perturban?

—Lucía, tú hablas con suma ligereza. Tus razones tienen no sé qué fondo de impiedad. Me da miedo. Mi madre no se engañaba. El trato, la conversación con tu tío debe de ser muy peligrosa.

—No disparates, Clara. A mi tío no se le ha ocurrido jamás darme lecciones de impiedad. Si lo que yo sostengo es poco piadoso, la culpa es com-

pletamente mía. Seré yo la que está endiablada. Pero dejemos á un lado esas cuestiones: vamos á lo que importa. Dime qué raros sentimientos te asaltan el alma, inspirándote esa humildad, esa desconfianza profunda, que te induce á tomar el velo.

—No acierto á decírtelo. Me falta valor.

—Ea... ánimo... dí lo que es.

—Mi madre no ha hecho más que hablarme de tu tío desde que apareció en esta ciudad... desde que yo le ví y paseé con él una tarde. Me le ha pintado como pudiera haberme pintado á Luzbel, rodeado aún de hermosos fulgores de su primitiva naturaleza angélica, valeroso, audaz, inteligente como pocos seres humanos. Me ha hecho creer que ejerce tal imperio sobre las almas, que las atrae y las cautiva, y las pierde si gusta. En su mirada hay una luz siniestra que ciega ó extravía. En su palabra, una música seductora que embelesa los entendimientos y ensordece la voz del deber en la conciencia. Según mi madre, tu tío es la maldad personificada, el dechado de la irreligión, un rebelde contra Dios, de quien conviene apartarse para no contaminarse. En resolución, cuanto mi madre ha dicho de tu tío debiera infundirme hacia él un odio, una aversión grandísima. Sé por mi madre que el Comendador es un réprobo. No hay esperanza de que se salve. Está condenado. Es como Luzbel. Y, sin embargo, lejos de producir en mí los discursos de mi madre el horror hacia el Comendador que ella deseaba, tal es mi perversidad, tan pecaminoso es mi espíritu de contradicción, que han avivado mis simpatías hacia tu

tío. Yo no debiera decírtelo; yo no sé cómo tengo la desvergüenza de decírtelo. Apenas si á mi con- fesor le he dejado entrever algo de lo que siento en el negro abismo de mi corazón. Pero, si no te lo digo... ¿con quién me desahogo?... Lucía, tú eres mi mejor amiga... Yo quiero al Comendador de un modo inexplicable. Me siento arrastrada ha- cia él. Creo en todas sus maldades porque mi ma- dre me las ha dicho; y creo que Dios, á quien el Comendador es simpático, se las va á perdonar, como yo se las perdono. ¿No es una monstruosi- dad, no es una aberración este cariño hacia una persona casi desconocida? Yo me condenaba antes por mi inclinación á D. Carlos, á despecho, á es- condidas de mi madre. Ahora me sucede casi lo mismo que á tí: mi inclinación á D. Carlos me parece natural. Lo diabólico, lo abominable es mi inclinación á tu tío. Es un sentimiento tan distin- to, que no destruye ni aminora mi afecto á Don Carlos. Esto prueba mi desordenada índole, mi pecadora y perturbada manera de ser. No sé con qué pretexto, bajo qué título, con qué nombre ca- riñoso he de acercarme á él, hablarle, llegar á su intimidad, y lo deseo. Cuantas cualidades detesta- bles mi madre le atribuye, se me antoja que no lo son en él, porque es un sér de superior natural je- rarquía y está exento de la ley común para los de- más mortales.

Con la mirada fija; con el semblante no risue- ño, como le tenía de costumbre, sino triste y gra- ve, y sin acertar á contestar palabra, oyó Lucía la inesperada confesión de Clara.

Después de unos instantes de silencio Clara pro- siguió:

—Nada me respondes; nada observas; te callas; reconoces que soy un monstruo. Será amor de otro género, será un sentimiento indefinido, que carece de nombre en la clase é historia de las pa- siones; pero yo quiero á tu tío y le quiero por esa misma pintura con que mi madre ha procurado que yo le aborrezca.

Á este punto llegaba Clara, cuando vino á in- terrumpirla la voz de Doña Blanca, que decía:

—¡Hija, hija!

Lucía y Clara se estremecieron. Aunque era imposible que Doña Blanca las hubiese oído, ima- ginaron por un instante que milagrosamente las había oído y que iba á terciar en la conversaci6n por estilo terrible.

—¿Qué manda V., mamá?—dijo Clara tem- blando.

—Agua. Dame un poco de agua. ¡Me ahogo!

Las dos amigas acudieron á la alcoba á dar agua á la enferma. Entonces notaron con pena y sobresalto que la fiebre había crecido. Las palpita- ciones del corazón de Doña Blanca eran tan violentas, que se hacían perceptibles al oído.

—¿Qué siente V., señora?—preguntó Lucía.

—Una ansiedad... una fatiga...—respondió Do- ña Blanca,—el corazón me late con tanta fuerza.

Lucía posó suavemente la mano sobre el pecho de Doña Blanca. Entonces notó con pena que los latidos de su corazón habían perdido el ritmo natural: eran desordenados y anormales; pero no

dijo nada por no asustar á la paciente y á su hija.

El cuidado que requería Doña Blanca no consiguió que prosiguiese el diálogo entre Clara y Lucía.

XXVIII.

Tantos años de pesares y de tormentos habían ido destruyendo la salud de Doña Blanca. Su tristeza sin tregua; su oculta vergüenza, con la que de continuo tenía que verse cara á cara, sin poder hallar alivio comunicándola y confiándose á una persona amiga; sus luchas de compasión y de desprecio por su marido y de amor y de odio por el Comendador; su horror del pecado que creía sentir sobre ella y que le pesaba como lepra asquerosa é incurable; su orgullo ofendido; su temor del infierno, al que á veces se creía predestinada, y su preocupación incesante de la suerte de Clara, á quien amaba con fervor y á quien en ocasiones aborrecía, como vivo testimonio de su más grave falta y de su más imperdonable humillación, habían influido lastimosamente sobre todos los órganos de aquella vida corporal.

Doña Blanca hacía mucho tiempo estaba sujeta á frecuentes paroxismos histéricos. Había momentos en que le parecía que se ahogaba: un obstáculo se le atravesaba en la garganta y le quitaba la respiración. Entonces le daban convulsiones que terminaban en sollozos y lágrimas. Después solía calmarse y quedar por algunos días tranquila, aunque pálida y débil.

El carácter violentísimo de aquella mujer, exacerbado por la continua contemplación de una desgracia, que hacía mayor su melancólica fantasía, la impulsaba á tratar á su marido, á su hija y á muchos de los que la rodeaban, con un despegó, con una dureza cruel, de la que en el fondo del corazón, que era bueno, se arrepentía ella al cabo, no siendo fecundo este arrepentimiento sino en nuevos motivos de disgustos y de amarguras.

La energía de las pasiones había así, poco á poco, fatigado materialmente el corazón de Doña Blanca, excitándole á moverse con impulso superior á sus fuerzas. No padecía sólo de las palpitaciones nerviosas de que daba muestras en aquel instante. Tal vez (los médicos al menos lo habían afirmado) Doña Blanca tenía una enfermedad crónica en aquel órgano tan importante.

Á pesar de su cansancio, tal vez el excesivo ejercicio había agrandado y robustecido de una manera peligrosa aquel activo corazón.

Como quiera que fuese, Doña Blanca hacía tiempo que estaba harta de vivir.

La única idea, el único propósito, el solo fin que en su vivir estimaba era el de cumplir un deber terrible: el evitar que su hija heredase á Don Valentín.

Cuando su hija le prometió con solemne promesa entrar en el claustro, y cuando después supo, de boca del P. Jacinto, y más tarde de los labios del mismo D. Fadrique, el rescate de Clara, si bien le rechazó y le juzgó inútil ya, se tranquilizó, creyendo su propósito cumplido en cual-

quier evento, y considerándose desligada del mundo; sin nada que hacer en él sino atormentarse, y sin razón alguna para desear, estimar y conservar la vida.

El reposo relativo del espíritu de Doña Blanca cuando pensó haber hallado la solución de su difícil problema, la hizo caer en una postración, en una atonía peligrosa. Por otro lado, no obstante, su imaginación, fecunda en atormentarla, le ofrecía mil motivos de aflicción y de ira. La generosidad del Comendador humillaba su orgullo, y por más que trataba de empequeñecerla ó de afear y envilecer sus causas fingiéndoselas vulgares, absurdas ó caprichosas, dicha generosidad resplandecía siempre y la ofendía.

La voluntad de Doña Blanca era de hierro: pocas personas más pertinaces y firmes que ella; pero su espíritu vacilaba y no se aquietaba jamás. La fuerza de cualquier encontrado pensamiento bastaba á descontentarla de lo que había hecho, y no bastaba á hacerle cambiar y á moverla á hacer otra cosa. No producía sino nueva mortificación estéril.

Así es que Doña Blanca percibía vivamente la presión que había ejercido sobre el alma de su hija, que, sin querer, acaso la había hecho infeliz, y que su hija iba á encerrarse en un convento, no devota, sino desesperada. Las rudas acusaciones del Comendador durante la fatal entrevista, acusaciones contra las cuales se había ella defendido con valor y tino, terminada aquella lucha de palabras, acudían á su mente con mayor fuerza, sin

que las dijera el Comendador, sin que se pudieran rechazar merced al calor de la disputa, y labrando en su ánimo como una honda llaga.

El ardiente amor que el Comendador le había infundido, siendo causa de que ella se humillase, se había convertido en espantoso aborrecimiento; y sin perder este carácter, sin volver á su sér primero, porque ya no era posible, porque su alma tenía mucha hiel para poder amar, habíase recrudecido en su seno durante la entrevista con el hombre que le inspiraba.

Todos estos dolores, tribulaciones y combates espirituales no es de maravillar que produjesen en Doña Blanca una enfermedad aguda, sobreexcitando sus males crónicos.

Poco después de la conversación entre Clara y Lucía, de que acabamos de dar cuenta, visitaron á la enferma los dos médicos mejores de la ciudad. Ambos convinieron en que su dolencia era de cuidado. Ambos reconocieron cierta alarmante alteración en la circulación de la sangre, que por la fiebre sola no se explicaba. El corazón tenía una actividad enfermiza y un excesivo desarrollo. El pulso era vibrante y duro. El lado izquierdo del pecho de la enferma se estremecía con las palpitations. Un vivo carmín tenía las mejillas de Doña Blanca, de ordinario pálidas.

Los médicos auguraron mal de éstos y otros síntomas: la principal dolencia estaba complicada con otras muchas. No hallando, pues, remedio eficaz por lo pronto, recetaron algunos paliativos, y entre ellos la digital en pequeñas dosis.

Aunque disimularon bastante la gravedad y el carácter poco lisonjero de sus observaciones y pronósticos, dejaron á las dos amigas en extremo afectadas.

Todo aquel día permaneció Lucía al lado de Clara, auxiliándola en sus faenas y cuidados; pero ya no era ocasión propicia para volver á las confidencias.

Si bien Clara no volvió á hablar del estado de su alma, sin duda pensaba en él, según lo preocupada que estaba. Lo que antes de confiarse á Lucía había ella percibido en imágenes vagas y como borrosas, había adquirido, en su propia mente, mayor ser, consistencia y determinada figura al formularse en palabras. Así es que, en medio del afán y del dolor que por su madre sentía, Clara se atormentaba con la idea de aquella inclinación hacia un sujeto, á favor del cual, por extraordinario hechizo, se trocaban en causas y motivos de simpatía y afecto todas las razones que para aborrecerle le daban.

Lucía, por su parte, también estaba meditabunda y triste en extremo. Su taciturna tristeza, dado su carácter regocijado, parecía superior á la pena que pudiera sentir por el mal de Doña Blanca, y aun al mismo disgusto que los devaneos mentales y los dolores fantásticos de su amiga debieran causarle.

D. Valentín, combatido por los opuestos sentimientos de la compasión y del terror que su mujer le inspiraba, seguía viniendo con frecuencia á informarse del estado de la paciente; pero, en vez

de entrar en el cuarto y asomar la nariz á la alomba, se quedaba fuera y asomaba sólo al cuarto la nariz, preguntando á su hija:

—¿Cómo está tu mamá?

Clara respondía: «Lo mismo;» y D. Valentín se iba.

Fuera de la criada de más confianza, que ya venía á traer un recado, ya á dar algún auxilio indispensable, nadie más que el P. Jacinto entraba en la habitación donde se hallaban Clara y Lucía.

Al anoecer subió de punto, llegó á su colmo la agitación febril de Doña Blanca. El P. Jacinto estaba acompañando á las dos amigas y asistiendo con ellas á la enferma.

Ésta, que había estado por la tarde soñolienta y postrada, empezó á dar señales de vivísima exaltación: se quejó de que le dolía la cabeza; mostró en el semblante cierta movilidad convulsa; pronunció frases sin orden ni concierto. Lo que más repetía era:

—Vete, Valentín. Déjame, no me atormentes.— Sin duda la enferma tenía la alucinación de ver á D. Valentín, que allí no estaba.

Así permaneció Doña Blanca hasta cerca de las diez. Entonces se agravó el mal: el delirio se declaró; estalló con ímpetu.

El cerebro sintió por completo la reacción del mal que la infeliz tenía en las entrañas. Los pensamientos todos, que durante años la atormentaban, y que hacía más de treinta horas habían cobrado mayor brío, se barajaron en tumulto; se rebelaron contra la voluntad, se hicieron indepen-

dientes de ella, rompieron todo freno; y, buscando y hallando maquinal é instintivamente palabras adecuadas en que formularse, salieron del pecho en descompuestas voces.

Doña Blanca se incorporó en la cama; miró con ojos extraviados á Lucía y á Clara y al fraile, y habló de esta manera:

—¡Vete, Valentín! ¿Por qué quieres matarme con tu presencia? Mátame con un puñal... con una pistola. Échame una sogá al cuello y ahórcame. No seas cobarde. Toma la debida venganza.

—Sosíégate, Doña Blanca—interrumpió el fraile, á quien ella se dirigía como si fuera D. Valentín.—Sosíégate: tu marido está fuera... Idos, muchachas—añadió, dirigiéndose á las dos amigas.—Déjadme solo con la enferma, á ver si logro que se sosiegue.

Clara y Lucía, como si estuviesen allí clavadas, no se movieron. Doña Blanca prosiguió:

—Ten valor y mátame. Tu honra lo exige. Es necesario que mates también al Comendador. Está condenado. Se irá al infierno y me llevará consigo.

—¡Madre, madre, V. delira!—exclamó Clara.

—No, no deliro—respondió Doña Blanca.—Y tú, necio—añadió dirigiéndose al fraile,—¿eres ciego? ¿no la ves?—y señalaba con el dedo á su hija.—¡Cómo se le parece! ¡Dios mío! ¡Cómo se le parece! Es un retrato suyo. ¡Apártate de mi vista, vivo testimonio de mi vergüenza!

Clara, llena de horror y de ansiosa curiosidad á la vez, oía á su madre y pugnaba por comprender

todo el arcano tremendo. Al sonar las últimas palabras, que iban dirigidas á ella, se cubrió Clara el rostro con ambas manos.

—Bien puedes estar satisfecha—continuó Doña Blanca.—Te tenía olvidada; pero al cabo se acordó de tí é hizo un gran sacrificio. Ya pagó de antemano lo que has de heredar de mi marido. Te rescato de Dios para entregarte al mundo. Quédate en el mundo. Tú no puedes ser monja. La mala sangre del Comendador hierve en tus venas. ¿Cómo dudar que eres la hija maldita de aquel impío?

Clara, al oír estas últimas palabras, dió un grito inarticulado y cayó desmayada entre los brazos de Lucía.

Lucía sacó á Clara fuera de la alcoba, sosteniéndola por debajo de los brazos y tirando de ella.

Doña Blanca, entre tanto, no pudiendo resistir más á la honda emoción, extenuada, rendida, cayó de nuevo en la cama, con temblor convulso y rigidez de los tendones, lo cual fué cediendo con lentitud y dando lugar á un desfallecimiento profundo.

El P. Jacinto acudió entonces á donde estaba Clara, que Lucía había recostado en un sofá.

Clara volvió en sí del desmayo, exhaló un suspiro y rompió á llorar con desatado y copioso llanto.

—¡Clara, amiga querida!—dijo Lucía.

—Cálmate, niña, cálmate,—exclamó el P. Jacinto.

—¡Dios santo y misericordioso!—dijo Clara.—

Tu mano omnipotente me hiere y me sana al propio tiempo. ¡Pobre madre mía de mi alma! ¡Cuán infeliz has sido! Y él... ¡ay! él... no puede ser impío y perverso como tú supones... ¡Ahora comprendo por qué y cómo yo le amaba!

XXIX.

La enfermedad siguió su curso ascendente. Tres días después de la escena que hemos descrito, Doña Blanca estaba tan mal, que no había esperanza de salvarla.

Su hija y Lucía la habían cuidado, la habían velado con el mayor cariño y esmero.

Los accesos de delirio se habían renovado con largas intermitencias de postración.

La cabeza de Doña Blanca se despejó al cabo por completo; pero su estado era digno de lástima: la respiración, corta y anhelante; la voz, alterada y ronca; imposibilidad de estar acostada; necesidad de estar incorporada.

Los médicos declararon al P. Jacinto que había sobrevenido un grave impedimento á la circulación de la sangre en el mismo corazón, y que, si crecía el impedimento, se seguiría la muerte.

El Padre dejó percibir á Clara aquel terrible pronóstico, con la mayor delicadeza que pudo, y confesó y administró á la paciente.

En aquel momento supremo, á las puertas de la eternidad, Doña Blanca depuso la dureza de su genio, su orgullo y su amargura, y no guardó en

el alma sino la fe vivísima, que hizo renacer en ella las esperanzas ultramundanas y abrió el manantial de las más puras consolaciones.

Doña Blanca llamó á D. Valentín, le abrazó y le suplicó que la perdonase. D. Valentín, muy afligido y lloroso, y no menos humilde, contestó que nada tenía que perdonar; que él era el culpado, pues no había sabido hacer dichosa á una mujer tan santa y tan buena.

El rostro macilento de Doña Blanca se tiñó entonces de ligero rubor. Sus labios exhalaban un triste suspiro.

Á Clara la llamó á sí Doña Blanca, le dió un beso en la frente, y le dijo al oído con acento apenas perceptible:

—Dí á tu padre que le perdono. Tú, hija mía, sigue los impulsos de tu corazón. Eres libre. Sé honrada. No te cases si no le amas mucho. Mira no te engañes. Lo sé todo... Me lo ha dicho el padre Jacinto. Si le amas y merece tu amor, cástate con él.

Pocos instantes después exhaló Doña Blanca el último suspiro, diciendo con ahogada y sumisa voz:

—¡Jesús me valga!

El dolor de Clara fué profundo. Silenciosamente lloró la muerte de su madre.

Lucía lloró también y trató de mitigar con su afecto el dolor de su amiga.

El P. Jacinto, acostumbrado al espectáculo de la muerte y familiarizado con ella, cerró piadosamente los ojos y la boca de la difunta, que se ha-

bían quedado abiertos; puso sus manos en cruz, y la extendió en el lecho.

El débil D. Valentín, cuando vió muerta á su mujer, sintió por un lado una pena muy viva, porque todavía la amaba; pero, por otro lado, según aseguran malas lenguas, que siempre están de sobra, advirtió cierto alivio, cierto desahogo, cierto infame deleite en su alma, como si le quitaran un enorme peso de encima, como si le libertaran de la esclavitud. Tan opuestas pasiones, batallando dentro de su nerviosa y débil constitución, le hicieron romper en risa sardónica. Después se asustó de sí mismo; se creyó peor de lo que era; tuvo miedo del diablo; tuvo vergüenza de que Dios, que todo lo ve, viese la sucia fealdad de su conciencia, y se compungió y amilanó. Acudieron entonces á su memoria los amores pasados, los dulces días de la ilusión, el tiempo en que su mujer le quería; y todo ello enterneció por tal arte aquel pecho nada varonil, que el desgraciado se deshizo en lágrimas, dando sollozos, gemidos y hasta gritos, moviendo á gran compasión el verle y el oírle.

El P. Jacinto llevó á D. Fadrique la noticia de la catástrofe.

D. Fadrique, retirado en su cuarto, aguardaba siempre con ansiedad noticias de la enferma. Esta vez, al mirar al P. Jacinto, el Comendador leyó en su rostro lo que había ocurrido.

—Ha muerto,—dijo el Comendador.

—Ha muerto,—respondió el fraile.

El Comendador no replicó palabra. Inmóvil, de

pie, callado, sintió un dolor mezclado de remordimiento. Dos gruesas y amargas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Te ha perdonado,—dijo el P. Jacinto.

—¡Ah, Padre!... yo no me perdono... Me sería menos insufrible en la memoria el recuerdo de una afrenta no vengada... de una vileza en que yo hubiese incurrido... de una mancha en mi honor... En cualquiera otro caso me sería más fácil conciliarme conmigo mismo. Aunque Dios me perdone... yo no me perdono.

XXX.

A los seis meses de la muerte de Doña Blanca, en pleno invierno, se reunían todas las noches en torno del hogar, en el piso alto de la casa del mayorazgo D. José López de Mendoza, á más de su mujer y de su hija Lucía, el Comendador D. Fadrique, el viudo D. Valentín, Clara y á veces el padre Jacinto.

El joven D. Carlos de Atienza había estado dos ó tres veces en Sevilla á ver á sus padres; pero en seguida se había vuelto. Tenía abandonada la Universidad; no pensaba en los estudios ni en la carrera. Habíase consagrado enteramente á idolatrar, á consolar, á adorar á Clarita, á quien ya veía sin dificultad, de diario.

D. Fadrique y el P. Jacinto iban y venían á Villabermeja; pero estaban más tiempo en la ciudad.

La donación de los bienes de D. Fadrique se había hecho en toda regla y con el posible sigilo.

bían quedado abiertos; puso sus manos en cruz, y la extendió en el lecho.

El débil D. Valentín, cuando vió muerta á su mujer, sintió por un lado una pena muy viva, porque todavía la amaba; pero, por otro lado, según aseguran malas lenguas, que siempre están de sobra, advirtió cierto alivio, cierto desahogo, cierto infame deleite en su alma, como si le quitaran un enorme peso de encima, como si le libertaran de la esclavitud. Tan opuestas pasiones, batallando dentro de su nerviosa y débil constitución, le hicieron romper en risa sardónica. Después se asustó de sí mismo; se creyó peor de lo que era; tuvo miedo del diablo; tuvo vergüenza de que Dios, que todo lo ve, viese la sucia fealdad de su conciencia, y se compungió y amilanó. Acudieron entonces á su memoria los amores pasados, los dulces días de la ilusión, el tiempo en que su mujer le quería; y todo ello enterneció por tal arte aquel pecho nada varonil, que el desgraciado se deshizo en lágrimas, dando sollozos, gemidos y hasta gritos, moviendo á gran compasión el verle y el oírle.

El P. Jacinto llevó á D. Fadrique la noticia de la catástrofe.

D. Fadrique, retirado en su cuarto, aguardaba siempre con ansiedad noticias de la enferma. Esta vez, al mirar al P. Jacinto, el Comendador leyó en su rostro lo que había ocurrido.

—Ha muerto,—dijo el Comendador.

—Ha muerto,—respondió el fraile.

El Comendador no replicó palabra. Inmóvil, de

pie, callado, sintió un dolor mezclado de remordimiento. Dos gruesas y amargas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Te ha perdonado,—dijo el P. Jacinto.

—¡Ah, Padre!... yo no me perdono... Me sería menos insufrible en la memoria el recuerdo de una afrenta no vengada... de una vileza en que yo hubiese incurrido... de una mancha en mi honor... En cualquiera otro caso me sería más fácil conciliarme conmigo mismo. Aunque Dios me perdone... yo no me perdono.

XXX.

A los seis meses de la muerte de Doña Blanca, en pleno invierno, se reunían todas las noches en torno del hogar, en el piso alto de la casa del mayorazgo D. José López de Mendoza, á más de su mujer y de su hija Lucía, el Comendador D. Fadrique, el viudo D. Valentín, Clara y á veces el padre Jacinto.

El joven D. Carlos de Atienza había estado dos ó tres veces en Sevilla á ver á sus padres; pero en seguida se había vuelto. Tenía abandonada la Universidad; no pensaba en los estudios ni en la carrera. Habíase consagrado enteramente á idolatrar, á consolar, á adorar á Clarita, á quien ya veía sin dificultad, de diario.

D. Fadrique y el P. Jacinto iban y venían á Villabermeja; pero estaban más tiempo en la ciudad.

La donación de los bienes de D. Fadrique se había hecho en toda regla y con el posible sigilo.

D. Fadrique vivía modestamente de su paga de oficial retirado. Habitaba, no obstante, en Villabermeja la casa del mayorazgo, alhajada con los preciosos muebles que trajo cuando vino.

El carácter de D. Fadrique no había cambiado, pero se había modificado. Su optimismo natural sufría interrupciones frecuentes. Negra nube de tristeza ofuscaba á menudo el resplandor de su abierta y franca fisonomía.

Aunque el dolor por la muerte de Doña Blanca se había ido mitigando en todos aquellos corazones, Clara la recordaba con ternura melancólica, y el Comendador con cariño y con penoso arrepentimiento á la vez.

Sólo D. Valentín, que comía como un buitro, y que había engordado, y no hallaba quien le riñese ni quien le dominase, se creía en la obligación de llorar cuando menos ganas tenía. Entonces la consideración de aquello á que se juzgaba obligado, y el ver que no le salían de adentro la aflicción y el lloro, le compungían de nuevo y producían en él el prurito y el flujo. D. Valentín era un mar de lágrimas dos ó tres veces por semana.

Clara, viendo ya á todas horas á D. Carlos y á D. Fadrique, había penetrado la diferencia de los afectos que á ambos la ligaban, y cada día los hallaba más compatibles. El Comendador le inspiraba cada día más veneración, ternura y gratitud por su sacrificio generoso. D. Carlos le parecía cada día más agraciado, bello, enamorado, ingenioso y poeta.

Pasaron así algunos meses más. Vino la prima-

vera. Llegó el verano. Solemnizóse el primer aniversario de la muerte de Doña Blanca con llanto y con misas y otras devociones.

El escrúpulo de faltar á la promesa de ser monja se borró al fin de la mente de Clarita. Su madre, al morir, la había absuelto de la promesa. El amor inspirado y sentido la excitaba á no cumplirla. El bueno del P. Jacinto, confesor de Clarita, le aseguraba que la promesa era nula.

Clarita al cabo la anuló, haciendo otra promesa dulcísima para D. Carlos. Le prometió darle su mano, confesándole al fin que le amaba.

Una alambicada cavilación había detenido á Clara en dar el sí á D. Carlos. Clara juzgaba probable que D. Casimiro muriese sin sucesión y que alguna parte de los bienes del rescate viniese á ella; pero hasta esta duda, que si bien delgada y sutil, la mortificaba, se disipó del todo.

Nicolasa, ó mejor dicho la señora Doña Nicolasa Lobo de Solís, esposa legítima de D. Casimiro, dió á luz un robusto infante.

Cuando el Comendador, al volver un día de Villabermeja, trajo esta noticia, fué Lucía la primera persona á quien se la comunicó.

—Calle V., tío—exclamó la muchacha;—de seguro que el niño de D. Casimiro será un escomendrijo; parecerá un gazapillo desollado.

—No, sobrina—contestó el Comendador:—el recién nacido Solís es fuerte como un becerro.

Así era la verdad, según hemos sabido después. El primogénito de los Solises parecía, no un becerro, sino un toro.

D. Casimiro era el varón más bienaventurado de la tierra. Estaba lleno de satisfacción y de orgullo de verse tan amado de su mujer, y de tener por hijo á un Hércules tebano, sin pensar en el Saturnio y sin mirarse como Anfitríon, pues ignoraba la Mitología.

El tío Gorico, desde el casamiento de Nicolasa, había empezado á pugnar porque le llamasen Don Gregorio; habíase jubilado del oficio de Abraham y del de pellejero, y no se empleaba más que en beber aguardiente y rosolí, y en ponderar la ventura y grandeza de su hija, sus virtudes y la vida beata que daba á su ilustre esposo.

Después del bautismo de la criatura, iba el tío Gorico de casa en casa, refiriendo el júbilo de su yerno, quien ya se volvía hacia la cama donde estaba Nicolasa, ya hacia la cuna donde estaba el niño, y ya se paraba á igual distancia de la cama y de la cuna, y exclamaba, levantando las manos al cielo:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo para ser tan dichoso?

En efecto, la dicha pudo más que D. Casimiro, y pronto le hundió en la sepultura.

Aunque sea adelantar los sucesos, se dirá aquí que la viuda llevó una vida retirada, sin recibir ni tratar, durante un año, sino al platónico Tomasuelo, y que tuvo dos gemelos póstumos, los cuales, si el primogénito merecía llamarse Hércules, no merecían menos pasar por Cástor y Pólux.

La rectitud de la conciencia de Doña Blanca y sus severos fallos, hallando un leal y decidido eje-

cutor en D. Fadrique, daban así sus resultados naturales, proporcionando pingüe herencia á aquellos mitológicos angelitos, vástagos lozanos de la familia de Solís.

Como quiera que fuese, toda persona delicada y noblemente orgullosa no repara en las bajezas y bellaquerías del vulgo de los mortales y en la utilidad que proporcionan: no acepta jamás, sino en sentido irónico y de burla, la picaresca sentencia de la fábula:

«Tómelo por su vida: considere
Que otro lo comerá, si no lo quiere.»

Así es que D. Fadrique se reía de las consecuencias de su desprendimiento, y no por eso dejaba de aplaudirse de haberle tenido. Lo que á él le importaba era que su pura y hermosa hija no disfrutase de nada que no fuese suyo ó por lo que en compensación no hubiera él dado lo equivalente con usura.

La boda de Clara y D. Carlos de Atienza se celebró al cabo en un bello día del mes de octubre de 1795, año y medio después de morir Doña Blanca.

Los padres de D. Carlos vinieron de Sevilla para asistir á la boda.

Los desposados se quedaron á vivir en la ciudad donde ha sido la escena de nuestra historia.

Durante el año y medio, que tan rápidamente hemos recorrido, el Comendador había vivido, ya en Villabermeja, ya en la ciudad en casa de su

hermano; pero más en la ciudad que en Villabermeja.

El afecto hacia Clara le atraía á la ciudad; pero, como Clara andaba muy distraída en sus amores y era muy dichosa, no consolaba tanto las melancolías del Comendador como su rubia sobrina.

Esta era la que llamaba al Comendador cuando se tardaba en volver de Villabermeja; la que más le escribía diciéndole que viniese, y la que le enviaba recados con el mulero y con el aperador para que dejase la soledad bermejina.

Como Lucía estaba ya enterada de todos los secretos de su amiga Clara, y como tampoco ocurrían cosas importantes, no había motivo ni pretexto para acudir á cada momento al tío, preguntándole, como en otro tiempo, qué había de nuevo. En cambio Lucía, libre ya de los cuidados en que la suerte de su amiga la había tenido, sintió despertarse en su alma la más viva curiosidad científica. La Astronomía y la Botánica, que antes la enojaban cuando había secretos de Clara que ansiaba penetrar, la entusiasmaban ahora extraordinariamente, y nunca se cansaba de oír las lecciones que su tío le daba, excitado por ella. No había lección que no le pareciese corta. No había misterio de las flores que no quisiese descubrir. No había estrella que no quisiese conocer.

La discípula ponía en grandes apuros al maestro, porque si se trataba del movimiento de los astros, de su magnitud, de la distancia á que se hallaban de la tierra y de otras afirmaciones por el estilo, ella quería saber la razón y el fundamen-

to de las afirmaciones, y D. Fadrique hallaba disparatado y hasta absurdo enseñar las matemáticas á una sobrina tan guapa, tan alegre y graciosa; y, por el contrario, si se trataba de flores, Lucía quería que le explicase su tío lo que era la vida y lo que era el organismo, y aquí el Comendador hallaba que no había ciencia que respondiese á las matemáticas y que explicase algo. Sin querer se encumbraba entonces á una filosofía primera y fundamental, y Lucía le escuchaba embebecida, y, como vulgarmente se dice, metía también su cucharada, porque de filosofía habla, en queriendo, y no habla mal, toda persona de imaginación y viveza.

En suma, Lucía se iba haciendo una sabia. Mientras más aprendía, más iba creciendo su afición y su empeño de saber. Las lecciones y conferencias duraban horas y horas.

El Comendador se acostumbró de tal suerte á aquel dulce magisterio, que el día en que no daba lección le parecía que no había vivido.

Sus días de Villabermeja fueron disminuyendo, y alargándose cada vez más los que pasaba con la discípula.

Siempre que volvía de Villabermeja, el Comendador traía á su discípula libros de su biblioteca, flores y plantas de su huerto, y pájaros que cazaba vivos. Lucía gustaba mucho de los pájaros, y, merced al Comendador, no había ya casta de aves en toda la provincia, ora de paso, ora permanentes, de que Lucía no tuviese un par de muestra en su pajarera.

Notado todo esto por Clara y D. Carlos, daba ocasión á bromas inocentes, pero que turbaban algo al Comendador y que ponían á Lucía colorada como la grana.

Los novios hablaban á Lucía con cierto retintín de su excesivo amor á la ciencia.

En fin, aunque el Comendador y Lucía no se hubieran dado, ni hubieran querido darse cuenta de lo que les pasaba, Clara y D. Carlos les hubieran hecho reflexionar, pensar en ellos mismos y despejar la incógnita.

El Comendador y Lucía, á pesar de la diferencia de edad, estaban perdidamente enamorados el uno del otro.

Lucía admiraba en su tío la discreción, la nobleza de carácter, el saber y la elegancia natural del porte y de los modales. Le encontraba hermoso, de varonil hermosura, y no le parecía posible que hubiese otro tal hombre como él en todo el mundo.

A D. Fadrique le parecía Lucía tan bonita, tan buena y tan inteligente como Clara, que era todo cuanto él podía encarecer la alabanza, allá en su pensamiento. La alegría de Lucía concordaba además muchísimo mejor con el carácter del Comendador que la seriedad un poco triste que Clara había heredado de su madre.

El Comendador, que al fin no era una criatura inexperta, conoció pronto que amaba á Lucía y que de ella era amado; pero, pensando en su edad y en el idilio de D. Carlos, no se atrevía á declarar su amor, si bien le manifestaba con su constante solicitud en servir á Lucía.

Ella no atinaba, entre tanto, á comprender la timidez del Comendador, á quien juzgaba enamorado.

De aquí que se dijese toda clase de requiebros y finezas, que literalmente podrían tomarse por efecto de amistad tiernísima, pero que ocultaban el fervoroso espíritu de verdadero amor.

D. Fadrique, á más de sus años, creía tener otro inconveniente, que en su delicadeza no le permitía aspirar á ser amado de Lucía. Este otro inconveniente era su pobreza; pero Lucía, precisamente por esa pobreza y por el motivo que la había causado, amaba y admiraba más al Comendador. El descuidado desdén, la alegre calma y el nada trabajoso ni lamentado abandono con que D. Fadrique se había desprendido de más de cuatro millones, valían más de mil en la poética y generosa mente de Lucía.

Ésta llegó á veces á preguntar á su tío (sabido es que tenía el defecto de ser muy preguntona) que por qué no se casaba.

Cuando el tío le contestaba que porque era viejo, Lucía le aseguraba que era mozo ó que estaba mejor que los mejores mozos. Cuando el tío contestaba que porque era pobre, Lucía afirmaba que la paga de oficial retirado era más que suficiente; que además la chacha Ramoncica estaba poderosísima con lo que había ahorrado, é iba á dejarle por heredero, y que, por último, podía casarse con una rica.

Todo esto lo decía Lucía con mil rodeos y disimulos; pero el Comendador, si bien lo compren-

día, juzgaba aún que ella podía engañarse y tomar por amor otros sentimientos de respeto y afección casi filial; por donde no hallaba justo ni honrado prevalerse tal vez de una alucinación de aquella linda muchacha para lograr lo que consideraba una felicidad para él.

En esta situación se hallaban Lucía y el Comendador la noche en que se celebró la boda de Clara y de D. Carlos en casa de D. Valentín.

El Comendador estuvo alegre, aunque hondamente conmovido, en aquella solemne ocasión, en que una persona tan querida de su alma se unía con lazo indisoluble al hombre que debía hacerla dichosa.

D. José y Doña Antonia se volvieron temprano á su casa.

Lucía permaneció al lado de Clara hasta más tarde. También se quedó con ella el Comendador.

Juntos y solos volvieron ambos á la casa. La noche estaba hermosísima, la calle silenciosa y solitaria, el ambiente tibio y perfumado, el cielo lleno de estrellas y sin luna.

Lucía iba callada, contenta, pensando en la ventura de su amiga.

No estaba D. Fadrique menos soñador é imaginativo.

El tránsito de una casa á otra era cortísimo; pero, sin reflexionar, le alargaron ellos, parándose en medio de la calle y contemplando la bóveda inmensa del firmamento, como si quisiesen interrogar á las eternas luces, que allí fulguraban, so-

bre la suerte de los recién casados y quizá sobre la propia suerte.

Lucía, dando un suspiro, dijo al fin:

—¡No lo dude V... serán muy felices!

—Alégrate sólo y no estés envidiosa—respondió el Comendador;—tú hallarás también un hombre que te merezca, que te ame y á quien ames tú con toda la energía de tu corazón.

—No, tío, no me amaré—replicó Lucía.—Yo soy muy desgraciada.

Y Lucía suspiró de nuevo. El Comendador, á la dulce y escasa luz de los astros, vió entonces que corrían dos hermosas lágrimas por las mejillas de Lucía. La luz de los astros se quebraba en aquellos líquidos diamantes y daba reflejos de iris.

El Comendador no fué dueño de sí mismo. Acercó su rostro al de Lucía y puso los labios en una de aquellas lágrimas. Luego exclamó:

—¡Te amo!

Lucía no contestó palabra. Echó á andar hacia su casa; llamó, abrieron, y entró seguida del Comendador.

Al llegar á la escalera, se volvió y le dijo:

—Buenas noches, tío. Adiós, hasta mañana. Mamá me estará aguardando.

El Comendador puso la cara más afligida del mundo, viendo que tan secamente respondía la muchacha, ó mejor dicho, no respondía á su repentina y vehemente declaración.

Ella se apiadó entonces, sin duda, y añadió sonriendo:

—Hable V. mañana con mamá...

—¿Y qué?...—interrumpió D. Fadrique.

—Y pida V. la licencia á Roma.

Dicho esto, muy avergonzada, pero muy satisfecha, Lucía subió á brincos la escalera, y dejó al Comendador no menos contento que ella iba.

Cuando supo Clara que Lucía y el Comendador habían decidido casarse, se alegró en extremo.

D. Carlos de Atienza compartió la alegría de su mujer; y recordando que debía una especie de satisfacción al Comendador, el cual se había creído aludido cuando le oyó leer el idilio contra el viejo rabadán, compuso otro idilio en defensa de un rabadán no tan viejo y en alabanza del amor de los rabadanes.

Este segundo idilio, que viene á ser como la palinodia del primero, se conserva aún en los archivos de Villabermeja, de donde mi amigo Don Juan Fresco me ha remitido copia exacta y fidedigna, que traslado aquí para terminar. El idilio es como sigue:

En la vid con sus pámpanos lozana

Relucen cual topacio los racimos.

Quita lluvia temprana

Al alma tierra la aridez estiva,

Y los frutos opimos

Medran con nuevos jugos en la oliva

Y en el almendro que entre riscos brota.

Recobra el claro río

El caudal que perdiera en el estío;

Y el áspera bellota

Se madura y endulza entre el pomposo

Follaje, donde el viento

Para las gentes de la edad primera

Con fatídico acento

La voluntad de Júpiter dijera.

No como en primavera

El campo está de flores matizado;

Que el labrador cansado

En las flores cifraba su esperanza,

Y ora en cosecha sazónada alcanza

El premio de su afán y su cuidado.

Embalsama el membrillo con su aroma

Los céfiros ligeros;

Y en el limón y en la madura poma,

Y en los sabrosos peros,

El oro luce y el carmín asoma,

Que brillaron en rosas y alelles;

Mientras, por celos de su flor, empieza

A romper la granada su corteza,

Descubriendo un tesoro de rubles.

Con la otoñal frescura

Nace la nueva hierba, y su verdura

La palidez de los rastrojos cubre.

Serena está la esfera cristalina,

Y hacia el rojo Occidente el sol declina

En una hermosa tarde del octubre.

Filis, la pastorcilla soñadora,

Bella como la luz de la alborada,

Abandonando ahora

Su tranquila morada,

Va de las Ninfas á la sacra gruta;

Y en vez de flores, por presente lleva

Un canastillo de olorosa fruta,

Con que á vencer la resistencia prueba
 Que hacen á sus amores
 Las Ninfas que en el suelo
 A Cupidos traviesos y menores
 Dan vida y sér contra el Amor del Cielo.
 No bien el antro con su planta huella,
 Donde reinan las sombras y el reposo,
 Con terror religioso
 Se estremece la tímida doncella.
 Su presente coloca
 De las silvestres Ninfas en el ara,
 Y altas razones de prudencia rara,
 Que pone el Numen en su fresca boca,
 Con esmerada concisión declara:
 «Ninfas, no os ofendáis de mi desvío;
 No deis vuestro favor á los zagales
 Que cautivar pretenden mi albedrío.
 Son como los rosales,
 Que lucen mucho en la estación florida
 Y dan amarga fruta desabrida.
 De su orgullosa mocedad el brí
 Apetece y no ama;
 Y con enojo en sus palabras leo
 Que poética llama
 Ni ennoblece ni ilustra su deseo;
 Y que el conato que imprimió natura
 En todo sér viviente,
 No se acrisola allí ni se depura
 Del cielo con la luz resplandeciente.
 Ya sé que los Cupidos,
 Vuestros hijos queridos,
 Dan á la tierra su virtud creadora;

Mas el Amor, que en el Empíreo mora,
 Esa misma virtud en ellos vierte,
 Y difunde do quier su vida arcana,
 Vencedora del mal y de la muerte.
 Pues bien; la que se afana
 Los misterios ocultos y supremos
 Por saber de este Amor, ¿lograrlo puede
 Con un zagal sencillo y sin doctrina?
 Las que tesoro tal gozar queremos,
 ¿No es mejor que busquemos
 Al varón sabio á quien el Dios concede
 El vivo lampo de su luz divina?
 Por esto, Ninfas, á mi Ireño adoro:
 Como en arca sagrada,
 Guarda dentro del alma immaculada
 Del Amor el tesoro;
 Y arde su llama bajo el limpio hielo
 Con que el tenaz trabajo de la mente
 Corona ya su frente,
 Como corona el cano Mongibelo.
 Así Ireño recobra por la ciencia
 Lo que roba del tiempo la inclemencia.
 ¡Cuánto zagal con incansable mano
 Toca el rabel en vano
 Por carecer de gracia y maestría;
 Mientras que Ireño, con su blando tino
 Y su plectro divino,
 Produce encantadora melodía,
 Y hace sentir al alma lo que quiere,
 No bien la cuerda hiera!
 Si el zagal inexperto
 Persigue al perdigón en la carrera,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO REYES
 1960-1961

O le pierde ó le coge medio muerto;
 Mas la diestra certera
 Pone Irenio prudente
 En el oculto nido,
 Do el pájaro reposa con descuido,
 Y su pluma naciente
 Sin destrozár, sus alas no fatiga,
 Y le aprisiona al fin para su amiga.
 Ni resplandece menos el ingenio
 Del doctísimo Irenio
 En componer cantares
 Y en referir historias singulares.
 Cuando me alcanza de la rama verde
 La tierna nuez, la alloza delicada,
 Elige lo mejor, sin tronchar nada.
 Cuando algún corderillo se me pierde,
 Él le busca y á casa me le lleva;
 Y de continuo me regala y prueba
 Su cariño sincero,
 O haciendo con esmero
 De los huesos de guinda
 Ya un barquichuelo, ya una cesta linda,
 O enseñando á sacar á mi jilguero
 El alpiste menudo
 De entre mis labios con su pico agudo.
 Tan sólo me perturba y me desveía
 Que Irenio á veces con el alma vuela
 Por donde de su amor terreno dudo.
 Pero si Irenio de verdad me amara
 Mayor triunfo sería
 El lograr la victoria,
 No de pastoras de agraciada cara,

Sino de la poesía,
 De la ciencia, del arte y de la gloria.»
 Irenio á Filis, escondido, oía:
 Y apareciendo y dándole un abrazo,
 Dijo con modestísima dulzura:
 «Este amoroso lazo,
 Que labra mi ventura,
 En vano, Filis, explicar pretendes
 Con tus alambicadas discreciones.
 ¡Ay, candorosa Filis! ¿No comprendes
 Que, á pesar del saber que en mí supones,
 Amor no te infundiera
 Tu rabadán si muy anciano fuera?
 Cuando mi amor al del zagal prefieres,
 Por viejo no, por rabadán me quieres.»





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE.

Páginas.
Prólogo del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo . . . vii

PEPITA JIMÉNEZ.

Prólogo.....	3
Pepita Jiménez.....	7
I.—Cartas de mi sobrino.....	9
II.—Paralipómenos.....	111
III.—Epilogo.—Cartas de mi hermano.....	219

EL COMENDADOR MENDOZA.

A la Excm. Sra. Doña Ida de Bauer.....	231
El Comendador Mendoza.....	235



®

